

# La sal de la tierra

## Clase obrera y lucha de clases en el agro pampeano (1870-1940) - Vol. 1

Autor:

Sartelli, Eduardo

Tutor:

Pozzi, Pablo A.

2009

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Historia

Posgrado

Eduardo Sartelli

Tesis  
14-1-9

FACULTAD de FILOSOFIA y LETRAS	
Nº 852.789	TESA
20 MAY 2009	DE
AGR.	LETRAS

**LA SAL DE LA TIERRA**

*Clase obrera y lucha de clases en el agro pampeano (1870-1940)*

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA  
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
Dirección de Bibliotecas

TESIS DE DOCTORADO

## Índice

Introducción	3
<b>Parte I: Teoría</b>	10
1. La historia de la clase obrera	12
2. Las clases en el mundo rural	45
3. Qué es y cómo actúa la clase obrera (rural)	79
<b>Parte II: Estructura</b>	112
4. La acumulación de capital	113
Cuadros capítulo 4	157
Apéndice gráfico	166
5. La estructura de clase de la producción agraria (I): los explotadores	183
Cuadros capítulo 5	220
6. La estructura de clase de la producción agraria (II): los explotados	239
Cuadros capítulo 6	353
<b>Parte III: Lucha de clases</b>	362
7. De la clase en sí a la conciencia corporativa (1870-1914)	363
Cuadros capítulo 7	392
8. Entre la reforma y la revolución (1915-22)	398
Cuadros capítulo 8	570
9. La estatización del movimiento obrero (1928-1940)	591
Cuadros capítulo 9	647
<b>Parte IV: Conciencia</b>	663
10. El descubrimiento de sí y del otro	664
11. La corporación	710
Cuadros capítulo 11	760
12. Programas	764
<b>Conclusiones</b>	797
<b>Abreviaturas</b>	801
<b>Bibliografía y fuentes</b>	802

## Introducción

“Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes ni mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia aparece así como propiedad privada, cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas.”  
Rodolfo Walsh

“Escribir la historia de un partido no significa otra cosa que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para subrayar un aspecto característico. Un partido habrá tenido mayor o menor significado y peso, justamente en la medida en que su actividad particular haya pesado más o menos en la determinación de la historia de un país.”  
Antonio Gramsci

El problema que esta tesis busca resolver puede enunciarse de la siguiente manera: ¿cuál es el lugar que la fracción rural pampeana de la clase obrera ha ocupado en el desarrollo de la sociedad argentina? Entendemos por “lugar” el rol que le cupo en el proceso de acumulación de capital que sostiene a la Argentina como Estado-Nación, pero también el papel jugado en los procesos sociales y políticos que lo expresan históricamente.

La respuesta que se ofrece contradice tanto las imágenes provenientes de la historia agraria pampeana como de la historia de la clase obrera argentina, tanto a derecha como a izquierda. En ambas, el proletariado rural pampeano prácticamente no existe o si se le reconoce alguna importancia, no se le otorga el lugar correspondiente en la reconstrucción de los procesos históricos y en la caracterización de las estructuras sociales que encarnan. Esta tesis, por el contrario, viene a sostener que el proletariado rural pampeano es, durante buena parte del período estudiado, el principal productor de valor de la economía argentina y que, por lo tanto, sobre sus espaldas se ha construido este país. Por otra parte, que ha participado de todos los procesos importantes de la historia argentina, por lo menos durante el período que cubre este estudio. *Centralidad* en el proceso de acumulación y *participación destacada* en los procesos sociales y políticos, esa es la respuesta al interrogante planteado. Veamos primero por qué decimos que esta afirmación contradice el conocimiento existente sobre el objeto en cuestión.

### Un doble olvido

En la historia argentina, la “cuestión agraria” pampeana, ha ocupado siempre un lugar relevante y, en su interior, la “cuestión chacarera” ha estado casi siempre en primer plano. Terratenientes y chacareros protagonizan allí un drama que no parece tener muchos actores más y que los coloca, también casi siempre, en posiciones antagónicas. Muy de vez en cuando el libreto ofrece algún lugar para actores secundarios (compañías cerealistas, alguna “burguesía media”, cuando no el “imperialismo” y los bancos). Sea como sea, terratenientes y chacareros aparecen siempre como los

actores fundamentales de la historia rural.

Así, la historia “oficial” (tanto la liberal como la socialdemócrata) es siempre la historia de los terratenientes, mientras que la historia “alternativa”, incluso con discurso marxista, es siempre historia de los chacareros. La mayoría de los análisis de la izquierda argentina sobre el agro pampeano, desde los más “tradicionales” a los más “modernos”, no son más que el reflejo de la imagen que los chacareros han transmitido de sí mismos. Si la historiografía “terrateniente” ha tratado siempre de afirmar la existencia de una realidad armoniosa y delicadamente bucólica, los chacareros se han esforzado, con no menor empeño, en encubrir su naturaleza burguesa, demostrando que son ellos los verdaderos productores del campo y los únicos explotados. La importancia real del proletariado pampeano ha sido sepultada bajo una doble lápida: el llanto chacarero y la pastoral deliberadamente elegíaca del terrateniente.

En parte, esta situación se debe a que terratenientes y chacareros han dejado abogados de su causa mientras los obreros rurales pasaron a la historia en silencio, incluso en el campo de la historiografía sobre el movimiento obrero. En la historia del proletariado argentino existen dos dimensiones examinadas con cierta asiduidad: la trayectoria de los agrupamientos políticos propios de la clase obrera (la historia de los partidos políticos); la actividad del proletariado como corporación (la historia sindical). Así, las “historias” de la clase obrera son en realidad historias del movimiento obrero y de los partidos que se reclaman “del proletariado”.<sup>1</sup> Poco hay sobre la historia de la clase misma<sup>2</sup> y, mucho menos, de la lucha de la clase obrera.<sup>3</sup>

En buena medida, entonces, la historia de la clase permanece poco conocida, entre otras cosas porque escasos son los trabajos que reconstruyan unidades menores de la misma, como las fracciones que la componen. Menos aún, los que reconstruyan monográficamente, como querría Gramsci en la cita que encabeza esta introducción, la totalidad de la historia de la sociedad observando la historia de una de sus partes. Si esto afecta al conjunto de la historia de la clase obrera, lo hace con mucho más fuerza, por las razones antedichas, con el proletariado pampeano, que no figura en las historias del movimiento obrero o de la clase obrera y sólo recientemente ha venido a transformarse en un objeto de estudio.

En efecto, cuando comenzamos nuestra investigación, en el marco de un proyecto dirigido por Waldo Ansaldi, la recensión bibliográfica inicial dio por resultado no más de tres o cuatro artículos sobre el tema y sólo dos libros enteramente dedicados al mismo. Entre los primeros estaban “La rebelión de los braceros”, de Cuadrado Hernández, sobre la huelga de braceros de Tres Arroyos de 1919; “La masacre de Jacinto Aráuz”, de Osvaldo Bayer y “Conflictos obreros rurales en Córdoba, 1919-1921”, de Waldo Ansaldi y María Veci, este último entonces inédito. Entre los segundos estaban *El grito de la Tierra*, de Luparia y *Desocupación y conflictos laborales en el campo argentino, (1940-1965)*, de Humberto Mascali. Desparrramados entre otros temas, se encontraban datos más o menos relevantes en *Los trabajadores*, de Panettieri, *Revolución en las pampas*, de Scobie o *Italiani d'Argentina*, de Eugenia Scarzanella, y en artículos como “Descontento rural y política agraria en la Argentina, 1912-1930”, de Carl Solberg y “Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922”, de Ofelia Pianetto,

más otros textos de Ansaldi relacionados lateralmente con el problema.<sup>4</sup> La imagen que surgía de este conjunto era más bien pobre en términos de recolección empírica y, con alguna excepción, de enfoque teórico, como nuestra propia investigación posterior confirmó.

Aparte de nuestra propia producción y con posterioridad, la temática ha recibido tratamiento por parte de muy pocos autores, entre los que destacan Jeremy Adelman<sup>5</sup> y Adrián Ascolani<sup>6</sup>. Adelman ha adelantado algunas hipótesis sobre el trabajo rural pampeano ligadas a su interpretación del funcionamiento de la economía argentina en general, desde la perspectiva del marxismo analítico, mientras que Ascolani es el único, aparte de nosotros, que ha producido sistemáticamente sobre el tema, aunque limitado a la provincia de Santa Fe. Otros autores se han acercado de manera lateral, en el marco de investigaciones parcialmente relacionadas, como Andrea Reguera o María del Carmen Arnaiz<sup>7</sup>. Algunas tesis de licenciatura en marcha como la de Pablo Iparraguirre<sup>8</sup> o de doctorado, como la de Andreas Doeswijk, se acercan a la temática, el primero desde un ángulo cercano al nuestro, el segundo desde una perspectiva completamente disímil, limitada al período del primer gobierno de Irigoyen y dentro de un estudio ligado a la historia anarquista.<sup>9</sup> Un sólo libro ha sido dedicado a un aspecto de nuestro tema de investigación, el análisis del diario anarquista de La Pampa, *Pampa Libre*, de Jorge Etchenique<sup>10</sup>.

Tenemos, hasta aquí, un objeto poco conocido, cuya importancia en la producción de la vida social resultaría irrelevante. Si bien no está en nuestro interés una tarea de “rescate” al estilo “historia desde abajo”, casi siempre lindando con el folclorismo, sí se trata de hacer observable una serie de procesos generales de la sociedad argentina y de la clase obrera que difícilmente puedan reconstruirse sin restituir al proletariado pampeano a su lugar en la historia general. Esa restitución permite mirar con otra luz el papel de la clase obrera en el desarrollo de la sociedad argentina y es, en este sentido, en el que la expresión de Rodolfo Walsh cobra toda su relevancia: no como ocultamiento y olvido de hechos (o no sólo), sino como desconocimiento del rol protagónico jugado en la construcción del mundo en que vivimos.

### **El proceso de investigación**

El proceso de investigación que culmina en esta tesis atravesó dos momentos distintos, signados por problemas distintos. En efecto, el primero, iniciado por una intuición original de Waldo Ansaldi, se sintetizaba en la siguiente pregunta: ¿por qué en un país con una enorme producción agraria no parece desplegarse una importante conflictividad obrera rural? Con esa pregunta en mente comenzamos a trabajar y los resultados superaron el problema planteado.

El fruto de nuestro trabajo se sintetizó en dos aportes sustantivos. El primero, el relevamiento de un vasto conjunto de acciones obreras que cubrían varios ciclos de conflictividad entre 1870 y 1940, entre ellos, el más importante, el que arrancaba por 1915 y culminaba al menos en 1922. Una descripción apretada de esas huelgas, con una fracción muy menor de la información con la que hoy contamos, fue

publicada bajo la forma de cuatro artículos en la compilación realizada por Ansaldi para el CEAL.<sup>11</sup> El resultado de este relevamiento aportaba al conocimiento existente la certeza de la existencia de la lucha de clases en el agro pampeano, desmintiendo la imagen de un espacio idílico y, por lo tanto, dejando obsoleto el problema planteado originalmente. El segundo, la Tesis de Licenciatura, defendida hace ya más de 15 años y que aún permanece inédita, desbrozaba una serie de problemas concernientes a las condiciones materiales generales del trabajo rural en la pampa, en especial, la tecnología, los salarios y el mercado de trabajo, que permitían explicar las causas inmediatas de aquellos hechos.<sup>12</sup> El resultado cuestionaba la única explicación existente sobre las huelgas rurales, la de Ofelia Pianetto, que sostenía que eran una simple extensión de la conflictividad urbana: en nuestro criterio, la conflictividad agraria brotaba directamente de las condiciones imperantes en el agro pampeano.

Estas conclusiones cierran la etapa de desarrollo del problema tal cual lo había planteado Ansaldi y abrían otra: ya no la constatación de un “olvido” historiográfico sino la reconstrucción de un momento de la historia argentina en general y de la clase obrera en particular, tal cual puede observarse desde la experiencia de una de sus fracciones, la rural pampeana. El momento al que hacemos alusión es el del ascenso del proceso de acumulación de capital, hasta desarrollar a pleno las relaciones que le son propias, y el pasaje de la clase en sí a la conciencia política reformista, es decir, desde el punto más bajo al más alto de existencia de la clase dentro del sistema capitalista. Un momento que puede fecharse entre 1870 y 1940.

El período elegido, entonces, corresponde al nacimiento, el apogeo y el fin de toda una etapa de la vida argentina, la del despliegue más amplio de las relaciones que le son propias y que será coronada por el peronismo, la forma política que asume el máximo desarrollo político alcanzado y alcanzable por la clase obrera en el capitalismo.

### **El modo de exposición**

Como es sabido, la exposición de los resultados no procede ni de la misma manera ni con el mismo orden en el que aquellos fueron obtenidos. Distinguir entre el orden de la investigación y el modo de exposición es importante, no sólo para no someter al lector al caos que debió enfrentar el investigador, sino para precaverse de la falsa sensación de que la respuesta se conocía de antemano. La exposición consiste en la reconstrucción del objeto en su movimiento, siguiendo un orden lógico y abstrayendo las determinaciones más importantes de lo anecdótico y superfluo, lo que obliga muchas veces, a invertir la narración comenzando por aquellas conclusiones a las que se ha arribado al final de la investigación.

Efectivamente, como en toda investigación, en el camino hacia la resolución del problema, nos vimos obligados a ajustar cuentas con el conocimiento acumulado (teoría), debiendo despejar el camino de los obstáculos epistemológicos que el propio desarrollo de la práctica histórica ha ido creando, sobre todo en los últimos años, tanto en el campo de la historia de la clase obrera (capítulo 1) como de la cuestión agraria (capítulo 2). A ello está dedicada la primera parte: a superar aquellas formulaciones

historiográficas que hacían difícil percibir la existencia de la clase obrera en general y de su fracción rural en particular. El tercer capítulo ofrecerá una síntesis de ambas cuestiones en relación a nuestro objeto de estudio. La segunda parte, por el contrario, trata de situarlo en el marco del proceso de acumulación de capital en el agro pampeano, a fin de reconstruir su importancia en tanto productor de valor. Para ello, deberemos describir ese proceso (capítulo 4) y describir y caracterizar a sus protagonistas: burguesía (capítulo 5) y proletariado (capítulo 6). Obtendremos, además, información muy valiosa para resolver el problema que nos planteamos en la tercera parte, a saber, de qué procesos sociales y políticos generales forman parte los conflictos protagonizados por esta fracción particular de la clase obrera. Nos remontaremos allí al momento de formación de la clase (capítulo 7), al de su primera gran crisis (capítulo 8) y al previo a la culminación de su desarrollo como tal en el marco de la sociedad capitalista (capítulo 9). Por último, en la cuarta parte, examinaremos los niveles de conciencia alcanzados por los trabajadores en su lucha contra la explotación capitalista, en particular, el conocimiento sobre su enemigo que su práctica dio lugar (capítulo 10), sobre la mejor forma de organizarse para defender sus intereses inmediatos (capítulo 11) y finalmente sobre el programa político que construyeron para asegurarlos (capítulo 12).

## Notas

<sup>1</sup>De la abundante bibliografía existente citamos, sólo a modo de ejemplo, los clásicos de las tradiciones anarquista, socialista y sindicalista: *La FORA. Ideología y trayectoria de movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, de Diego Abad de Santillán; *Gremialismo proletario argentino*, de Jacinto Oddone y *El movimiento sindical argentino*, de Sebastián Marotta, respectivamente. Ejemplos modernos son Bilsky, Edgardo: *La FORA y el movimiento obrero, (1900-1910)*, CEAL, Bs. As., 1985 y *La Semana trágica*, CEAL, Bs. As., 1984, así como Del Campo, Hugo: *Sindicalismo y peronismo*, CLACSO, Bs. As., 1983 y Oved, Isaac: *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina, Siglo XXI*, 1984. Mucho más actuales aún son Suriano, Juan: *Anarquistas*, Manantial, Bs. As., 2001, Di Tella, Torcuato: *Perón y los sindicatos*, Ariel, Bs. As., 2003, Campione, Daniel: *El comunismo en Argentina. Sus primeros pasos*, Ediciones del CCC, Bs. As., 2005, Camarero, Hernán: *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Siglo XXI, Bs. As., 2007.

<sup>2</sup>Dejamos aquí de lado la bibliografía sobre “sectores populares”, cuya temática, por lo general, no se refiere a la clase obrera o lo hace en conjunto con otras fracciones y capas sociales a la cual la categoría mencionada da cabida, a mi juicio, indebidamente. Como veremos más adelante, su excesiva inclusividad obstaculiza un conocimiento real de la clase obrera y de todas las fracciones y capas que engloba. Sí corresponden al estudio de la clase en sí textos como Kabat, Marina: *Del taller a la fábrica*, Ediciones ryr, Bs. As., 2005 y *La vida en las fábricas*, de Mirta Lobato (Prometeo Libros/Entrepasados), Bs. As., 2001, el primero sobre los obreros zapateros y el segundo sobre los frigoríficos. También Pascucci, Silvina: *Costureras, monjas y anarquistas*, Ediciones ryr, Bs. As., 2007 y Bil, Damián: *Descalificados*, Ediciones ryr, Bs. As., 2007, sobre confección y gráficos respectivamente.

<sup>3</sup>Ejemplos de este enfoque son los clásicos de CICSO, *Lucha de calles, lucha de clases y El '69*, ambos editados por Ediciones ryr en el 2005. El primero es producto de la tarea colectiva de CICSO bajo la dirección de Beba Balvé, mientras el segundo es de la autoría de la mencionada y de Beatriz Balvé. En el período bajo estudio y tributario del mismo enfoque, Iñigo Carrera, Nicolás: *El '36. La estrategia de la clase obrera*, PIMSA-La Rosa Blindada, Bs. As., 2000.

<sup>4</sup>Ansaldi, Waldo: *Revueltas agrarias pampeanas*, CEAL, Bs. As., 1984; *Notas para un programa de investigación de los conflictos agrarios pampeanos*, Ponencia preparada para las Primeras Jornadas de Historia Económica Argentino-americanas, Tandil, 1983; “¿Cómo estudiar los conflictos obreros rurales pampeanos?”, en Carlos Zubillaga (comp.): *Trabajadores y sindicatos en América Latina. Reflexiones sobre su historia*, Montevideo, 1989, CLACSO-CLAEH; y Veci, María: *Conflictos obreros rurales en Córdoba, 1919-1921*, Ponencia presentada al Seminario de Historia del Movimiento Sindical en América Latina, celebrado en Montevideo, noviembre de 1986. Bayer, Osvaldo: “La masacre de Jacinto Aráuz”, en *Todo es Historia*, n° 45, enero de 1971 (reeditado en: *Los anarquistas expropiadores*, Legasa, Bs. As., 1983). Cuadrado Hernández, G.: “La rebelión de los braceros”, en *Todo es Historia*, n° 185, oct. de 1982. Luparia, Carlos: *El grito de la tierra. Reforma agraria y sindicalismo*, Editorial La Bastilla, Bs. As., 1973. Mascali, Humberto: *Desocupación y conflictos laborales en el campo argentino (1940-1965)*, CEAL, 1986. Pianetto, Ofelia: “Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922”, en: *Desarrollo económico*, n° 94, (jul-set 1984), p. 297-307. Scarzanella, E.: *Italiani d'Argentina*, Marsilio Editores, Venezia, 1983. Scobie, James: *Revolución en las pampas*, Ediciones Solar, Bs. As., 1982. Solberg, Carl: “Descontento rural y política agropecuaria en la Argentina, 1912-1930”, en: Marcos Giménez Zapiola (comp.): *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina* (vol. 1), Amorrortu, Bs. As., 1975, cap. 11

<sup>5</sup>Adelman, Jeremy: “The Harvest Hand: Wage-Labouring on the Pampas, 1880-1914”, en Jeremy Adelman (comp.): *Essays in Argentine Labour History, 1870-1930*, St. Antony's MacMillan, Series, 1992.

<sup>6</sup>Ascolani, Adrián: “Guerra a muerte al chacarero”, en Ansaldi (comp.) op. cit. También: “Orígenes de la legislación laboral agraria en Argentina. Vinculaciones con la política y la economía (1900-1930)”, en *Anuario de la Escuela de Historia*, n° 16, Rosario, 1993-4; “Corrientes sindicales agrarias en la Argentina. Socialismo, Anarco-comunismo y sindicalismo (1900-1922)”, en *Anuario de la Escuela de Historia*, n° 15, Rosario, 1991-2; “Estado y mercado de trabajo rural pampeano (1890-1930)”, en *Anuario de la Escuela de Historia*, n° 17, Rosario, 1995-6; “Labores agrarias y sindicalismo en las villas y ciudades del interior santafesino (1900-1928)”, en Adrián Ascolani (comp): *Historia del Sur Santafesino*, Ediciones Platino, 1993; “El anarco comunismo rural argentino. Utopía revolucionaria y sindicalismo (1900-1922)”, en *Estudios Sociales*, n° 4, Primer semestre 1993.

<sup>7</sup>Reguera, Andrea: “Trabajo humano, trabajo mecánico. Cadena de oficios entre ciudad y campo en el sur bonaerense. Siglos XIX y XX”, en *Anuario IHES*, Tandil, 1992. Arnáiz, María del Carmen: “Aires libertarios. La Federación Obrera Comarcal entrerriana”, en Idem. También pueden encontrarse alusiones laterales en textos que abarcan otro momento histórico o realizan reflexiones generales. Pueden verse, como ejemplo Alfaro, María Inés: “Trabajadores rurales y sindicalismo agrario en Argentina: avance y deudas pendientes”, en Susana Aparicio y Roberto Benencia (Coord.): *Antiguos y nuevos asalariados en el agro argentino*, La colmena, Bs. As., 2001 y Rau,

Víctor: "El asalariado agrícola como sujeto de lucha social", VII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural (ALASRU), 20 al 24 de noviembre de 2006, Quito, Ecuador.

<sup>8</sup>Véase adelante de la misma en la ponencia "Nuevas tecnologías y transformaciones en la sociedad rural (Córdoba, 1895-1914)", en *IX Jornadas Inter-escuelas y departamentos de Historia*, Córdoba, 1993.

<sup>9</sup>Doeswijk, Andreas L.: "La Cosecha Roja del Verano de 1919/1920 y la Unión de Trabajadores Agrícolas", En, *Entre Camaleones y Cristalizados. Los anarco-bolcheviques rioplatenses, 1917-1930*. Tesis de Doctorado en Historia, Campinas, UNICAMP, 1998.

<sup>10</sup>Etchenique, Jorge: *Pampa Libre. Anarquistas en la pampa argentina*, UNQUI-Amerindia, Bs. As., 2002

<sup>11</sup>Ansaldi, Waldo (comp.): *Conflictos obreros rurales pampeanos, 1900-1937*, CEAL, 1993. Los artículos incluidos en la compilación son: Sartelli, Eduardo: "De estrella a estrella, de sol a sol. Huelgas de braceros en Buenos Aires, 1918-1922"; "Sindicatos obreros rurales en la Región Pampeana (1900-1922)"; "Una conflictividad débil. Los conflictos obreros rurales entrerrianos, 1918-1921"; "Rehacer todo lo destruido. Los conflictos obreros rurales en la década 1927-1937". Otros textos en los cuales se reflejó ese primer relevamiento empírico son: "Santa Fe y las huelgas de braceros de 1928", en Adrián Ascolani (comp.): *Historia del Sur Santafesino*, Ediciones Platino, Rosario, 1993; "Las apuestas del movimiento obrero en la crisis de la Primera Guerra Mundial, 1914-1922", en Centro de Estudios de Historia Obrera, *Boletín*, nº 5, mayo 1993.

<sup>12</sup>Nuestra tesis de licenciatura, defendida en 1989, es *Las máquinas y los hombres (1900-1947)*, Tesis de Licenciatura, 1992, mecanografiado, 190 páginas. Otros textos en los que se ha volcado el desarrollo de la investigación en torno a la tecnología rural, son: Sartelli, Eduardo: "El nivel tecnológico de la agricultura pampeana, 1880-1940. A propósito del "atraso" de mecanización de la cosecha maicera", en *Estudios Sociales (Revista Universitaria Semestral)*, Santa Fe, 1993; "Del asombro al desencanto: La tecnología rural y los vaivenes de la agricultura pampeana", en Andrea Reguera y Mónica Bjerg (comp.), *Sin estereotipos ni mitificaciones. Problemas, métodos y fuentes de la historia agraria*, IHES, Tandil, 1995; "Ríos de oro y gigantes de acero. A propósito de tecnología y clases sociales en el agro pampeano, 1870-1940", en *Razón y Revolución*, nº 3, julio de 1997. Otras preocupaciones incluidas en la tesis que fueron objeto de desarrollo posterior, relativas a características de la fracción, condiciones de vida o procesos de trabajo son las siguientes: "Barcos en la pradera: Los carreros pampeanos, de la colonia al "granero del mundo", *Todo es Historia*, octubre 1993, nº 315; "La vida secreta de las plantas: el proletariado agrícola pampeano y su participación en la producción rural", en Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Univ. Nacional de Rosario, *Anuario*, 1997; "Procesos de trabajo y desarrollo capitalista en la agricultura. La región pampeana, 1870-1940", en *Razón y Revolución* nº 6, mayo de 2.000.

## *Obstáculos epistemológicos*

Si bien esta primera parte aparece como un conjunto de conclusiones a priori, ajenas a la investigación, se trata de una “ilusión óptica”: ya lo dijimos, el proceso de producción del conocimiento es distinto del proceso de exposición de los resultados. En efecto, a lo largo del proceso de producción del conocimiento se confrontan los hechos con el conocimiento acumulado, es decir, la teoría. Esa confrontación arroja conclusiones acerca del valor de ese conocimiento acumulado para seguir orientando la investigación. En el caso en el que los hechos resultan imposibles de ser explicados por la teoría, el conocimiento nuevo desplaza al antiguo. En el caso contrario, lo confirma. A lo largo del extenso proceso de investigación que culmina en esta tesis, mucho de ese conocimiento acumulado ha resultado cuestionado por los hechos. Mucho de ello ha resultado confirmado.

Normalmente el conocimiento acumulado no se nos aparece bajo la forma de un conjunto homogéneo y coherente, sino como un campo de tensión entre cúmulos relativamente organizados en torno a datos, conceptos, leyes y principios. Así, lo que llamamos “teoría” en realidad se presenta como “teorías” o “cuerpos teóricos” rivales. Es de rigor que un tesista explicita su “marco” teórico, el “lugar” desde el que pretende hacer valer “su” conocimiento adquirido, es decir, que manifieste su “opción”. Como si la ciencia fuera un “espacio democrático” en el que cada uno tuviera derecho a elegir, como en un bazar, aquello que más le gusta.

Por el contrario, la ciencia y la democracia no tienen ninguna relación *interna* entre sí. Un cuerpo teórico, es decir, un conjunto de conocimientos adquiridos, desplaza a otros, que pierden validez y deben ser abandonados. Nadie defendería ni la validez ni la necesidad de estudiar, menos aun de investigar, la teoría de los humores de Galeno y ninguna tesis de ningún tipo sería aceptada con un “marco teórico” tal. A ningún tesista se le ocurriría defender su “derecho” a elegir “su” marco teórico y obligar a la ciencia a retroceder al período previo al descubrimiento de la circulación sanguínea. Sin embargo, en las “ciencias sociales” (debiórase decir: en el ámbito de la ciencia que se ocupa del objeto llamado “sociedad”) pareciera que estas cuestiones elementales no sirven y “teorías” superadas ya por el conocimiento científico tienen “derecho” a la existencia y ser objeto de “elección”.

Lo que aparece a continuación es el resultado de la confrontación de los hechos descubiertos con los “conocimientos adquiridos”. No se trata de una “elección”, sino de una imposición del proceso de investigación y si se muestran al principio como una “toma de partido” y no en el orden real en que estas conclusiones hicieron su aparición, se debe a las necesidades propias del orden lógico de la exposición. A fin de que el lector entienda la solución que ofrecemos al problema que nos planteamos, resulta necesario que removamos desde el comienzo aquellos falsos conocimientos que obstaculizaron nuestra investigación. Sintetizando, esos obstáculos apuntaban a la inexistencia de nuestro objeto de estudio, ya sea porque la clase obrera en general no existe o no se la puede conocer (capítulo 1) o

porque, en el mejor de los casos, sólo tiene una existencia urbana (capítulo 2). El capítulo 3 sintetiza nuestra posición al respecto.

Como mostraremos a continuación, entre nosotros y nuestro objeto de investigación se interponían “obstáculos epistemológicos”, es decir, trampas construidas en el propio decurso de la disciplina histórica que impiden pensar ciertos problemas. No son simples “errores”, sino perspectivas que, sin examinar la realidad, obliteran la posibilidad de encarar unas vías de investigación en detrimento de otras. Básicamente, esos obstáculos son, en nuestro caso, el thompsonismo y el campesinismo. Por qué el campesinismo es un obstáculo para percibir la presencia del proletariado rural es algo fácil de entender. Tal vez resulte más extraña la misma acusación contra una corriente que se ha caracterizado por el rescate, precisamente, de la clase obrera y su protagonismo. Sin embargo, lo que apareció como una reivindicación de la autoactividad de la clase obrera y un “aggiornamiento” del marxismo, derivó rápidamente en una banalidad idealista cuyo resultado último es la negación de la validez del análisis de clase. En efecto, cualquier investigador que se arriesgue a pensar el problema en términos de “clase” será acusado de “posivista” o “materialista vulgar”, en el mejor de los casos, de “estalinista” en el peor. Detrás de esa acusación no se encuentra una “oferta” teórica superadora, sino el simple prejuicio que ha determinado que las cosas “ya no se piensan así”. El descrédito del marxismo, producto de la experiencia del “socialismo real”, permite, a quienes reivindican el idealismo más ramplón, imponer la sospecha final de complicidad estalinista a cualquiera que ose desafiar el canon. El punto ha llegado a tal que incluso quienes se reivindican marxistas han incorporado dosis crecientes de idealismo a fin de evitar una identificación tan desagradable. A ése cóctel se lo ha identificado con la obra de Edward Thompson y la saga que ha dejado tras de sí. Algo parecido sucede con quien tenga la desgracia de enfrentarse al “campesino”, que merecerá siempre la comprensión y la buena predisposición, haga lo que haga, porque se lo supone omnipresente miembro de las “clases subalternas” a las que sólo los reaccionarios critican. En este texto intentamos demostrar, no sólo que las clases existen, sino que la clase obrera rural es la contraparte explotada de la versión local del “campesinismo”, que insiste en considerar al chacarero como un no explotador.

## ***La historia de la clase obrera***

### **Introducción**

El estudio de la clase obrera involucra el análisis de varios aspectos de la vida social, desde los fenómenos materiales más elementales, hasta los correspondientes a los que llamamos, según el gusto, “subjetivos”, de conciencia o “mentales”. Cuando se estudia una clase obrera en particular, es necesario también colocar su historia en el marco de esa historia más amplia del proletariado mundial. En cualquier caso, siempre se trata de recuperar el conocimiento adquirido (aquello que llamamos teoría) y confrontarlo a la experiencia concreta que se desea examinar. Este capítulo (y el que sigue) está destinado a ello. En la medida en que la problemática sobre la clase obrera es enorme, nos limitaremos aquí sólo a aquellos aspectos que conciernen a nuestro objeto de investigación o a dificultades que hemos debido sortear en su estudio.

#### **I. Una carrera de obstáculos**

Coincidente (y no por *mera* coincidencia) con la oleada antimarxista que se desató en todo el mundo en los años '80, en la Argentina, el capítulo “historiográfico” de la estrategia burguesa de vaciamiento del instrumental teórico de la revolución, asumió la forma de “renovación” y “modernización”. La categoría que estaba en discusión, otra vez, no por mera coincidencia, era la de “clase”. Las clases ya no existían y, en sentido estricto, no habían existido nunca. Algunos sostenían que porque la realidad no podía conocerse, de modo que, posmodernamente, no había mucho que discutir. Esa variante no tuvo mucha cabida en el marco de la renovación historiográfica de los '80, en buena medida, porque sus impulsores carecían del cinismo necesario que requiere una postura de ese tipo. Embarcados en el experimento alfonsinista, la necesidad de defender ciertas ilusiones (como la “transición a la democracia”), mantenía a raya a las tendencias relativistas: la sociedad existía, las clases no. Quedaban, entonces, por fuera del marxismo, pocas opciones: o se recaía en el individualismo metodológico propio del liberalismo, o se encontraban algunas categorizaciones que rescataran algún tipo de agrupamiento social, al estilo del funcionalismo o alguna variante weberiana.

Desde otras posiciones políticas, el rescate de la “clase” sirvió como una forma de instalar una corriente de “izquierda” historiográfica que pretendía defender la actividad de la clase obrera y su capacidad para transformar la historia. Paradójicamente, tanto unos como otros se filiaban en el

llamado “marxismo británico” y, en particular, en la obra de Edward Thompson. En un tercer y más reciente momento (y, por suerte, con un despliegue muy acotado) se desarrollarán en Argentina las tendencias posmodernas, asociadas en general a los Estudios Subalternos y a algunas otras supuestamente radicales (Holloway, Negri, Virno, etc.). Aunque se ha intentado ver al thompsonismo como una respuesta al agotamiento del “marxismo estalinista”, “positivista” o “cientificista”, es posible verlo como el momento de pasaje del marxismo de raíz clásica (Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Gramsci) al posmodernismo. Ya sea que se quede a mitad de camino (el “thompsonismo” de Thompson, por decirlo de alguna manera) o que llegue hasta el final (los Subaltern Studies), hoy por hoy, esa construcción político-ideológica que se asocia, más cerca o más lejos, con el historiador británico, es el principal obstáculo a desmontar para recuperar un análisis científico de la clase obrera. Por eso, este capítulo no constituye un análisis exhaustivo de la historiografía argentina y mundial sobre la historia del proletariado, sino de esta tendencia peculiar que domina el campo en la actualidad. Examinaremos primero este derrotero de la historiografía mundial, para luego observar de cerca sus reflejos argentinos.

## 1. De Stalin a Guha

### La tradición marxista “británica”

El conjunto de historiadores del que aquí se habla es, en realidad y contra lo que sus apologistas quieren, una porción menor de la rica tradición inglesa de intelectuales marxistas que se remonta casi al mismo Marx (de hecho, toda la historiografía del grupo en cuestión está marcada por *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, de Engels).<sup>1</sup> El socialismo en Inglaterra siempre tuvo una corriente dominante abiertamente liberal (en particular, el socialismo fabiano: Wells, Shaw, Webb), pero también una más afín al marxismo (encarnada sobre todo por Eleanor Marx, Aveling y Morris). Durante la primera mitad del siglo XX, varias figuras provenientes del comunismo o cercanas a su órbita mantendrán la presencia viva del marxismo en amplios campos de la vida intelectual (la historia de la ciencia –Bernal–, la biología –Haldane–, la historia del mundo antiguo –Farrington–, la crítica literaria –Caudwell–, la historia económica –Dobb–, y otros).<sup>2</sup> El conjunto de intelectuales conocidos genéricamente como “marxismo británico” va a surgir dentro de ese movimiento, como parte del Grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico, fundado y dirigido por Donna Torr y formado por entonces jóvenes que devendrían luego en historiadores famosos: Rodney Hilton, Christopher Hill, Victor Kiernan, Eric Hobsbawn, Edward Thompson, George Rudé, etc. Cada uno tomará un período de la historia inglesa con el objetivo de demostrar que la creencia en la armonía dominante y la ausencia de conflictos poderosos era falsa. El grupo surge, entonces, para demostrar que la lucha de clases caracterizó a la historia inglesa tanto como a cualquier otra. Con el tiempo se

desmembrará, sobre todo a raíz de la política soviética (la invasión a Hungría y Checoslovaquia, las revelaciones del XX Congreso, etc.) y sufrirá el embate de la “nueva izquierda” inglesa, en particular el grupo reunido en torno a la *New Left Review* (Perry Anderson y Robin Blackburn), filo trotskistas muy influidos por el guevarismo, el althusserismo y el maoísmo “occidental” y vinculados de alguna manera a Isaac Deutscher. Algunos, como Hobsbawn, permanecerán fieles al PC hasta muy tarde y enfrentarán historiográficamente a las nuevas tendencias (véanse en particular los artículos de *Rebeldes primitivos y Revolucionarios*) y otros se plegarán a la “nueva izquierda”, constituyéndose de hecho en sus referentes, como es el caso de Edward Thompson. Este ambiguo punto de partida del thompsonismo (entre el PC y la “nueva izquierda”) explica sus contradicciones, las razones de su éxito en los '80 y de su incorporación al canon posmoderno en los '90.

En efecto, el “debate Thompson” surge en el interior del marxismo como una controversia contra el althusserismo, al que se identifica con el estalinismo, pero en realidad, es un embate contra esa “nueva izquierda” de los '60 a la que Thompson no tiene mucho que ofrecerle.<sup>3</sup> En los '80, sin embargo, con el fracaso de esa “nueva izquierda”, el thompsonismo apareció como una vía de reconstrucción posible del marxismo, separado del estalinismo y ligado a la tradición del movimiento obrero. Quien más ha hecho por instrumentalizar a Thompson para esta tarea es la filósofa canadiense Ellen Meiksins Wood, formando un tándem con el historiador norteamericano Robert Brenner, dirigente principal de la organización Solidarity. Brenner, trotskizante, intenta recoger la herencia del marxismo norteamericano, en particular, la de *Monthly Review* de Paul Sweezy y de los historiadores “radicales” (Gordon) y “desde abajo” (Eugene Genovese). A todo este conjunto variopinto y plagado de diferencias y contradicciones (al que se suele adosar a Richard Hogart y Raymond Williams), se le ha colgado el título de “marxismo político”, caracterizable por el énfasis puesto en la centralidad de la lucha de clases. De este arco difícil de unir, la figura de Thompson vendría a constituir la piedra de toque.

Donde con más claridad se observa esta manipulación con voluntad unificadora, es en la obra de Harvey Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*.<sup>4</sup> Su tesis central es que estos historiadores marxistas comparten una problemática (forman una “tradición” teórica), caracterizada por el combate contra el determinismo economicista, la problemática de la transición del feudalismo al capitalismo como cambio social, la preferencia por análisis de la lucha de clases, por la historia desde abajo, la concepción del marxismo como “teoría para la determinación de las clases” y una contribución a una conciencia histórica socialista democrática.

La clave de esta reconstrucción consiste en unificar a todas estas expresiones y reconducir al numen tutelar, Thompson, a una lectura del marxismo más cercana a la, paradójicamente, más fiel a la “ortodoxia” estalinista, la de Eric Hobsbawn. Efectivamente, se trataba, ya en el artículo señero de Meiksins Wood, de rescatar a Thompson de sí mismo, de sus tendencias idealistas que permitirían su utilización por el naciente posmodernismo. Este idealismo del historiador inglés coagularía en la otra gran lectura de la historia thompsoniana y la culminación lógica de la historia “desde abajo”: la

escuela de estudios de clases subalternas, de Ranajit Guha, de la que nos ocuparemos más adelante. Veamos primero en qué consiste el “thompsonismo”.

Los elementos centrales de la intervención thompsoniana son los siguientes: 1. la importancia de los elementos subjetivos en la constitución de las clases sociales; 2. la relevancia de la “experiencia” en la conformación de dichos elementos; 3. la acción del sujeto en su auto-construcción, es decir, su desempeño en la lucha de clases; 4. la resistencia como forma de acción privilegiada; 5. la autonomía de la cultura popular.

El primer punto deriva de su convicción de que no hay clase social si no existe alguna conciencia. Este énfasis en el lugar de la conciencia, que interpretado en cierto sentido significa simplemente un punto de llegada de la “experiencia”, irá posteriormente derivando hacia un rol constituyente: si en el primer sentido el elemento subjetivo es el que corona el proceso de “formación” de una clase, en el segundo, ese elemento subjetivo es el que crea la clase o, mejor dicho, su sustancia misma, algo que no está lejos de Laclau y Mouffe<sup>5</sup>. La deriva hacia una lectura idealista (discursiva) es un peligro ya latente en Thompson.

El segundo punto también puede interpretarse en un doble sentido: siguiendo la clásica expresión de Marx, fundante del análisis materialista (“la vida determina la conciencia”, entendiéndose por “vida” el despliegue de las contradicciones contenidas en las relaciones sociales de producción) o de un modo genérico (entendiéndose aquí por “vida”, cualquier experiencia humana). Igual que en el punto anterior, el énfasis que se ponga en la existencia o no de una jerarquía de relaciones sociales, determina una postura materialista o una idealista. En efecto: si se supone que las relaciones de producción son las relaciones sociales fundamentales y que todas las demás se alinean a partir de ellas, la conciencia es expresión de la experiencia de la explotación social. Si se niega tal jerarquía, cualquier instancia de la vida social tiene la misma importancia que las relaciones sociales de producción: los sujetos se constituyen, entonces, a partir de otras determinaciones (el discurso, por ejemplo) o, de una manera más ecléctica, de una mezcla de todas ellas. Como bien demuestra la crítica a la noción de experiencia de Anderson, Thompson da pie a cualquiera de las dos lecturas. De hecho, en la formación de la clase obrera inglesa el proceso material (la revolución industrial) es colocado a la misma altura que la coyuntura política (la represión anti-jacobina) y otros elementos subjetivos.

Siguiendo en la misma línea, la idea de que la clase obrera se hace a sí misma en la lucha puede entenderse en un sentido restringido o de un modo más amplio. En un sentido restringido, se señala que a partir de su condición la clase toma conciencia y ese proceso la transforma en sujeto y, por lo tanto, en titular de una acción creadora. En un sentido amplio, puede entenderse como un sujeto autónomo, autorregulado y libre.

La categoría de resistencia ha dado pie a dos operaciones distintas: por un lado, como modo de designar un tipo de acción; como categoría que reemplaza a todos los tipos de acción, por otro. En efecto, en el primer caso, se trata de la denominación que se impuso, a partir de *La formación histórica de la clase obrera inglesa*, a la actitud esperable en las clases subalternas como expresión de

su autonomía: aún a pesar de la derrota o de la imposibilidad de otro tipo de acción, siempre queda un resquicio por el cual ofrecer alguna muestra de rechazo de la dominación. La elección de una forma de acatar un edicto del poder, como en *La muerte de Chandra*, de Guha, o una broma gastada a costa de unos pobres animales, como en *La gran matanza de gatos*, de Darnton, son testimonio de esa actitud irredenta. También el mismo concepto ha sido extendido para corporizar grandes movimientos de clases, como el Cordobazo. Veremos más adelante la crítica al concepto, dejando sentado que esta ambigüedad es lo que le ha dado su popularidad: por un lado, resulta ideal para la actitud populista del “rescate” de la historia “oculta”, de las “clases subalternas”, de los “oprimidos”, etc. Por otro, tiene tal vaguedad, que puede aplicarse a cualquier contexto y acción, sin requerir ninguna sutileza de análisis. Veremos también que contiene una serie de consecuencias políticas que lo hace simpático a izquierda y derecha. Tiene, entonces, un vasto público, sobre todo entre “progresistas”, feministas, defensores de los derechos humanos, luchadores contra el racismo, anticomunistas, nacionalistas, etc.

El último punto es el soporte de todos los demás: el presupuesto de la autonomía última del sujeto “subalterno”. También puede entenderse en dos sentidos distintos: la clase obrera es, en última instancia, soporte de intereses opuestos a la clase que lo explota y, por ende, es distinto de aquella e irreductible a la ideología, que no puede nunca coincidir objetivamente con sus intereses; el mundo de la clase obrera no puede asimilarse en modo alguno al mundo de la burguesía o, en términos que utilizaremos más adelante, el subalterno ni siquiera puede conocerse.

Estas dos líneas diferentes de interpretación del thompsonismo llevan por dos caminos distintos: en el primero de ellos puede reconocerse un derrotero claramente marxista, en nada diferente de autores considerados ortodoxos como Eric Hobsbawn o Pierre Vilar. El segundo va a desembocar en una historiografía abiertamente posmoderna. A una conclusión parecida (a saber, que Thompson habilita una lectura posmoderna de su obra) arriba Caínzos López:

“En resumen: Thompson, por una parte, y Laclau y Mouffe por otra, llegan por vías muy diferentes a posiciones que, aunque diversas, convergen en una serie de supuestos teóricos clave (reduccionismo accionalista, relacionismo pluralista ecléctico, historicismo, concepción interpretativa y, en última instancia, empirista de la investigación social) que acaban convirtiendo su presunto programa analítico en una efectiva liquidación de la posibilidad de una ciencia de la sociedad y, por lo tanto, de la principal instancia contemporánea de crítica social.”<sup>6</sup>

Siendo un poco más generosos, podemos sostener que el thompsonismo ve abrirse ante sí dos caminos divergentes. Por el primero se manifiesta el grupo cercano a la llamada “Historia desde abajo”. Por el segundo, el Grupo Subalterno. Veamos uno por uno.

El grupo cercano a la Historia desde abajo incluye entre sus principales defensores a la filósofa canadiense Ellen Meiksins Wood.<sup>7</sup> El Thompson de Meiksins es, como él mismo ha señalado, muy similar a Hobsbawn y a autores como Eugene Genovese.

La historia “desde abajo” incluye a un conjunto variopinto de historiadores que va desde el grupo fundado por Donna Torr hasta los historiadores “radicales” norteamericanos, como David Gordon y el ya citado (y celebrado) autor de *Roll Jordan Roll*.<sup>8</sup> La obra de éste último es particularmente afín a la de Thompson y de hecho alguien la ha calificado de *The Making...* del pueblo “negro”. La historia “desde abajo” comenzó como un intento de reformular la historia popular, a fines de los años '50 y comienzos de los '60 en Inglaterra. La obra clásica de Thompson es considerada uno de sus textos fundadores. Se dotó incluso, a comienzos de los '70, de una revista que sería clave en su desarrollo, el *History Workshop Journal*. También se observó un movimiento parecido en otros países, como en Francia, con la reorientación producida en la Escuela de los Annales.<sup>9</sup>

La historia “desde abajo” ha tenido pretensiones políticas y epistemológicas desmedidas. Desde el punto de vista de alguno de sus teorizadores, que suelen adosarle como “prima cercana” la “historia oral” (que no es una forma específica o una rama particular de la historia sino una práctica, un instrumento y un tipo de documento), sería tanto una vía para revelar la verdad histórica (oculta por la historia “desde arriba”) como un medio para “devolver la voz” a los oprimidos, que podrían así expresar sus intereses y organizarse. Para Raphael Samuel, por ejemplo, desde “cierto punto de vista cabría decir que El capital es una historia desde abajo: la historia de un fenómeno vista con los ojos de sus víctimas...”<sup>10</sup>. En los dos casos se trata, por lo menos, de una exageración: si bien es importante recordar que la historia escrita por la burguesía es la reconstrucción de la experiencia burguesa según los intereses burgueses (en eso consiste la historia “desde arriba”), la reconstrucción de la historia “desde abajo” no necesariamente es una “proletarización” de la misma experiencia. En particular, porque la experiencia “de abajo” puede ser realizada sin necesariamente desde un punto de vista político perfectamente burgués; por otra parte, porque sigue siendo una mirada parcial del proceso histórico. La historia es una sola y no hay ningún recorte particular que otorgue un privilegio epistemológico, algo contra lo que ya Gramsci había precavido y que el propio Ranajit Guha remarcaría en el origen de los *Subaltern Studies*:

“Reconocemos, por supuesto, que la subordinación no puede entenderse excepto como uno de los términos constitutivos de una relación binaria en la que el otro es la dominación, ya que “los grupos subalternos están siempre sujetos a la actividad de los grupos que gobiernan, incluso cuando se rebelan y sublevan”. Los grupos dominantes recibirán, entonces, en éstos volúmenes, la consideración que merecen, sin que se les dote, sin embargo, de esa falsa primacía que les asignó la larga tradición de elitismo en los estudios surasiáticos. De hecho, parte importante de nuestro empeño consiste en asegurar que nuestro énfasis en la subalternidad funcione como medida de valoración objetiva del papel de la élite, así como de crítica a las interpretaciones elitistas de ese papel.”<sup>11</sup>

La reconstrucción del conjunto de la experiencia histórica es la que permite asumir el punto de

vista de la totalidad. Esa es la razón por la cual la historia “desde abajo” ha desembocado siempre en un populismo acrítico, en una celebración folclórica o, peor aún, en la creencia en la inmutabilidad de lo “popular” (o lo “subalterno”), fuente de una imaginación y una política permanentemente renovadas.<sup>12</sup> Una posición que siempre se enfrenta a la misma contradicción: si tal fuera la cosa, ¿por qué los “de abajo” persisten en una posición tan desgraciada? La historia populista da paso, ante esta contradicción, a la conclusión lógica: no lo sabemos, porque no sabemos qué hay dentro de la “mente subalterna”. El paso que acabamos de dar desemboca en las teorías posmodernas. Que la deriva del Thompson populista culmina aquí, lo demuestra la historia del Grupo de Estudios de Clases Subalternos.

El Grupo surgió de un conjunto de jóvenes historiadores académicos reunidos por la figura dominante de Ranajit Guha.<sup>13</sup> Si bien su carta de nacimiento, la aparición del primer volumen de la publicación colectiva *Subaltern Studies*, fecha el evento en 1983, las raíces se hunden en la influencia maoísta sobre los estudiantes del sudeste asiático en los años ‘60 y ‘70.<sup>14</sup> Guha perteneció, en sus años mozos, al Partido Comunista de la India, que sufrió los embates, como todos los PC del mundo, del maoísmo triunfante, que aparecía como una suerte de renovación del estalinismo, una crítica “interna” que permitía revitalizar la militancia sin ser acusado de “trotskista”. El maoísmo indio caracterizaba a la India como un país semi-feudal con un Estado semi-colonial. El ímpetu original a la historiografía “subalterna”, según Simeon, proviene de la voluntad de probar estos asertos. Se trataría de una sociedad que, como consecuencia de la no ruptura real del vínculo colonial, mantendría una situación de “dominación sin hegemonía” y, por lo tanto, donde los “subalternos” mantendrían un grado elevado de autonomía.

Precisamente, la temática dominante en un primer momento (que duraría hasta 1986, con la edición del sexto volumen de *Subaltern Studies*, último editado por Guha) es la reconstrucción de la experiencia vivida por las clases excluidas de la historia india, en particular el campesinado, aunque hay también cierta atención a la clase obrera. El campesinado será, sin embargo, el objeto de estudio por excelencia de esta primera etapa, comenzando por el texto que diera origen a la “escuela”, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency*, de Guha. Allí están plasmadas las ideas básicas: autonomía de lo subalterno, protagonismo del campesinado, carácter político de sus movimientos, etc.

Un segundo momento del Grupo se abre con la creciente presencia de la filósofa Gayatri Chakravorty Spivak, abiertamente posmoderna. A partir del séptimo volumen de *Subaltern Studies* el eje del trabajo pasa a ser la política de la identidad y el análisis del discurso, orientación que se afirmará en los ‘90. Consecuentemente, las orientaciones intelectuales cambian. De un tutelaje original por parte de Gramsci y Thompson, reflejadas en otros estudios sobre la India con preocupaciones similares a las de Guha (como *Weapons of the Weak*, de James Scott) se pasa a la creciente influencia de Derrida y Foucault, vía Homi Babba y, sobre todo, Edward Said. De hecho, la trayectoria del Grupo podría ser descrita como el pasaje de un proyecto thompsoniano a uno saidiano, es decir, del proyecto del rescate de la “otra historia” al del análisis del discurso colonial. O lo que es lo mismo, de la

“historia desde abajo” al “giro lingüístico”.<sup>15</sup>

Este giro problemático, que coincide con el llamado “giro lingüístico” que opera en Europa y Estados Unidos, no sólo estaría en la base de la fama mundial del Grupo, sino en la desaparición del proyecto original. En efecto, como uno de sus fundadores lo sintetizó en un título provocativo, esta segunda fase presencia “la declinación del subalterno en los Estudios Subalternos”. Sumit Sarkar, conocido historiador indio hoy excluido de la “historia oficial” de los *Subaltern Studies*, señala que los primeros dos volúmenes están dedicados íntegramente a campesinos, tribus y obreros, mientras que en los volúmenes VII y VIII su presencia se limita a cuatro artículos sobre doce. Igualmente, mientras el prefacio y el primer artículo del primer volumen, escritos por Guha estaban destinados a las clases subalternas, a Gramsci y a la terminología marxista, los últimos están dominados por la crítica del “saber-poder occidental-colonial” y el elogio a la conciencia comunitaria no occidental, junto con un predominio de la concepción de “comunidad” en términos de identidad religiosa.<sup>16</sup> Como se señaló también, el mismo Sarkar atribuye la fama del Grupo y su recepción en Europa y EE.UU. a la aceptación de los cánones académicos dominantes “occidentales”. Para Sarkar, entonces, los *Subaltern Studies* se transformaron en un capítulo más del ataque contra la posibilidad de transformación del mundo propio de los años '90 y del posmodernismo, en particular en su concepción de un saber-poder omnipresente y sin fallas (que elimina el sentido de una “historia desde abajo”) y la crítica a la Ilustración y al marxismo como variantes del eurocentrismo. Autores como Gyan Prakash y Partha Chatterjee serían los protagonistas de la nueva etapa, copada por las preocupaciones postcoloniales de Said y Bhabha. Esta tendencia crítica a los *Subaltern Studies* es común a otros analistas y puede resumirse en lo siguiente: lo positivo del Grupo fue el intento de llevar la “historia desde abajo”, con su impronta marxista “heterodoxa” a la India. Cuando se asoció al poscolonialismo se “posmodernizó” y perdió toda capacidad disruptiva, transformándose en un engranaje más del poder académico “occidental”.<sup>17</sup>

Algunos defensores de Guha y sus acólitos niegan que la suya sea una historia en dos tiempos, marcada por una traición al programa original. En efecto, según Dipesh Chakrabarty, los *Subaltern Studies* estuvieron marcados desde el comienzo por Foucault y el post-estructuralismo, lo que facilitó el encuentro posterior con el poscolonialismo y la deconstrucción. El Grupo surge como una crítica tanto a la historiografía inglesa (Cambridge) como a la nacionalista india, informada en buena medida por el marxismo y ligada al Partido Comunista de la India. Los primeros veían la independencia de la India como un proceso liderado por los intereses y la acción de una élite que buscaba desplazar el dominio colonial en beneficio propio. Los segundos, criticando esta posición, señalaban, desde la teoría de la dependencia, que el colonialismo había sido una fuerza retrógrada en la India y que la independencia constituía un esfuerzo épico para unificar la nación, liderado por Gandhi y Nehru. La contradicción principal era, entonces, no de clase sino nacional. Los *Subaltern Studies* venían a reconstruir la historia de la India desde las clases subalternas, es decir, recuperando su lugar en los grandes episodios de la vida nacional, en particular, en la Independencia, como actores por derecho

propio y no simples masas manipuladas por la élite nacionalista. La desilusión con los resultados sociales de la Independencia, la guerra entre China e India que atrajo a la juventud hacia el maoísmo y el surgimiento de un movimiento maoísta indio (el movimiento “naxalita”<sup>18</sup>), fueron el contexto de emergencia del grupo.<sup>19</sup> Según el mismo autor, el proyecto original simpatizaba con la “historia desde abajo”, (que seguía atrapada en los viejos “paradigmas liberales y positivistas”) pero se diferenciaba en tres puntos importantes: a. la separación de la historia del poder de la historia del capital; b. la crítica de la forma “nación” y c. la crítica de la historia como forma de conocimiento a través de la relación poder-saber.<sup>20</sup> A partir de aquí Guha habría realizado una ruptura crítica, reivindicando la autonomía política del “pueblo” (ahora sinónimo de “clases subalternas”), separado de la política de la “élite”. Su política fue caracterizada por un accionar más “violento” y por la “resistencia” a la política de la “élite”, siendo su eje la sublevación campesina, diferenciándose aquí de Hobsbawn, que miraba los movimientos campesinos y “subalternos” en general como “pre-políticos”. Guha niega, entonces, la “falsa conciencia”. Todo el aparato conceptual marxista “occidental” carece de importancia para la India porque en el capitalismo colonial hindú, no hay jerarquías capitalistas, sino una dominación capitalista sin una cultura capitalista hegemónica, es decir, una dominación sin hegemonía. Hay que decir que estos elementos se encuentran ya, como dice Chakrabarty, en el primer texto teórico de Guha en los *Subaltern Studies*, aunque en un lenguaje todavía marxista, muy diferente del estilo posterior.<sup>21</sup>

Contra la supuesta originalidad del Grupo, se ha señalado que en realidad recoge una muy larga herencia de la historia desde abajo, la historia de las mujeres y los estudios sobre el campesinado y las insurrecciones campesinas. Es decir, una trayectoria que se remonta a los Webb, a Thompson y Hobsbawn y llega hasta Eric Wolf, el *Journal of Peasant Studies* y la obra de Hamsa Alavi, Kathleen Gough y A. R. Desai. Incluso la idea de una política autónoma del “subalterno”, ya había sido avanzada por James Scott y Samuel Popkin. Incluso el estudio sobre el nacionalismo como una fuerza cultural ya había sido desarrollado por Benedict Anderson.<sup>22</sup>

Los apologistas del grupo pretenden que ha tenido una influencia mundial. Sin embargo, como señala Vinay Bahl su fama se recorta a EE.UU. y Europa, en particular, a Gran Bretaña, incluyendo, por supuesto, al Sudeste asiático. La experiencia latinoamericana, a pesar de la existencia de un grupo latinoamericano de estudios subalternos, ha sido más bien pobre. En África no hay motivos para una recepción positiva: si bien los académicos sudafricanos han simpatizado con la crítica al Estado colonial y su continuidad post-independencia, no pueden compartir el entusiasmo indio en las virtudes políticas de las “comunidades” cuando observan su continente atravesado por masacres estilo Ruanda y Somalia. Incluso la pretendida novedad de leer críticamente los textos coloniales y recuperar por la historia oral la “otra cara” de la historia, fue inventada por los intelectuales africanos que participaron de la lucha anti-colonial en los '60.<sup>23</sup>

Sin poder señalar probos y réprobos, lo cierto es que la tesis de la “ruptura” del programa original tiene en contra el hecho que el propio Guha, si bien abandonó la dirección de los *Subaltern*

*Studies*, nunca desaprobó el “giro”. También tiene a su favor el que el propio thompsonismo contiene la ambigüedad suficiente como para dar cabida a una lectura “poscolonial”. Lo cierto es que el giro derechista del grupo de Guha acentúa y clarifica las contradicciones del thompsonismo, que se ven con mucha más nitidez en el Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos.

El Grupo Latinoamericano es, por supuesto, infinitamente menos interesante y productivo que el indio. En su pobreza conceptual, sin embargo, expresa mejor las limitaciones de todo el proceso hasta aquí estudiado. El Grupo Latinoamericano surgió en Estados Unidos e incluyó entre sus miembros casi exclusivamente a críticos literarios, reflejando el contexto posmoderno de su emergencia. Si el grupo indio había dado marcha atrás a fines de los '80, a mitad de los noventa el grupo latinoamericano nace reculando. Se organiza en 1994 y sus miembros son, también de forma más acusada que en el caso indio, miembros acomodados de la academia norteamericana, como ellos mismos dicen en el Manifiesto inaugural: “conformado por un equipo de investigadores (pertenecientes a universidades norteamericanas de élite) que quieren extraer de ciertos documentos y prácticas hegemónicas el mundo oral de los subalternos”.<sup>24</sup> Obviamente, la mayor parte de sus escritos son en inglés, a pesar de lo cual hablan de superar la experiencia “colonial”.

Algo que resulta más chocante que el hecho de pretender conocer al “subalterno” mejor que la “vieja izquierda sectaria”, cuyos miembros se hallan en contacto directo con los dominados, muchas veces para riesgo de su propia vida, leyendo novelas del Boom latinoamericano, es la vulgaridad del planteo. Ya la expresión “subalterno”, como “campesino”, tiene una generalidad estéril, que sirve para encubrir políticas de las fracciones más visibles del “pueblo” y para malinterpretar procesos sociales. Volver, en nombre de superar categorías supuestamente “anquilosadas” como clase, a una categorización “colonizador-colonizado” es retroceder más de un centenar de años en el análisis social. Todo el problema latinoamericano se resume en una situación colonial que, sin embargo, terminó hace doscientos años. Leyendo la historia desde un punto de vista nacionalista vulgar (al estilo de la izquierda peronista de los '70), sin que falte el toque racista, toda la historia latinoamericana estaría marcada por el dominio de la élite “blanca” sobre mulatos, indios, mestizos y los “nacientes proletariados”. Dejando de lado que tal cosa no podría decirse para países como Haití o casi todos los africanos, para Japón o China, debiera uno concluir que los ya “nacidos” proletariados europeos no se encuentran subordinados, que Europa no podría quejarse de la colonización norteamericana, etc., etc. Sería interesante ver cómo se explica la revolución mexicana, la cubana o la boliviana eliminando la categoría de clase. Cómo se explican también los '70 latinoamericanos sin esa categoría o, sin la categoría de “burguesía” se explican los golpes de Estado que le siguieron. Sería también interesante ver cómo se explica la miseria del norteamericano blanco o del europeo común y corriente sin la categoría de clase.

Igual que sucede en el caso indio, pero aquí desde el inicio, es aquello que denunciaba Sumit Sarkar: la creciente reivindicación de la religión y el misticismo. El Manifiesto del grupo latinoamericano termina precisamente así, citando a Rigoberta Menchú: “Conservo todavía secretos

que nadie puede conocer. Ni siquiera los antropólogos y los intelectuales, no importa cuántos libros hayan escrito, pueden descubrir nuestros secretos.” Sería bueno que los utilice para resolver los problemas indígenas, en vez de mantenerlos ocultos... El problema es peor para los subalternistas, que no van a poder ofrecer mayor conocimiento que el que ya tenemos, a menos que negocien con Rigoberta la entrega de sus “secretos”...

Este tipo de tonterías se hace método con la historia oral. La que en su momento apareció como “gurú”, como el Guha de los subalternistas latinoamericanos, Silvia Rivera Cusicanqui, habría descubierto, al decir de uno de los fundadores, Walter Mignolo, el “potencial epistemológico” de la historia oral.<sup>25</sup> Según Mignolo, la historia oral permite producir “conocimiento crítico”, algo que estaría ausente en las ciencias sociales. Esta práctica rebaja la ciencia al nivel de la charla entre iguales: el “contador de historias” dialoga con el “científico” en igualdad de condiciones. El “científico” se limita a “traducir” a un lenguaje asequible al común de los mortales una verdad ya producida por el “subalterno”. Ambos resultarían enriquecidos por el intercambio: “dos sujetos que reflexionan juntos sobre su experiencia y sobre la visión que cada uno tiene del otro”. Muy a pesar de la verbosidad característica de los textos subalternistas latinoamericanos, que amontonan palabras para no decir nada, la sorpresa no resulta de los resultados proclamados, que no superan, en el mejor de los casos, a los grupos de autoayuda. La sorpresa mayor es que, después de todo lo que se ha escrito ya sobre historia oral, alguien venga a decir este tipo de cosas tan suelto de cuerpo. Es similar a la sorpresa que produce el enterarse que la “teología de la liberación” debiera ser ahora nuestro norte teórico. Ya Tulio Halperín Donghi y Eric Hobsbawm han dado cuenta de la inutilidad completa y la ingenuidad de estos planteos.<sup>26</sup>

El grupo latinoamericano no tuvo la suerte que le cupo al indio. Se reunió con su contraparte asiática a poco de fundarse, en 1998, por supuesto, en Estados Unidos, dando como resultado una serie de números de la revista *Nepantla* y la escisión del grupo.<sup>27</sup> La división partió de la percepción de la diferencia entre quienes producían estudios sobre la subalternidad y quienes escribían “desde el punto de vista” del subalterno. Se utilizó, entonces, una metodología imperial, desde el “norte”, mientras el objeto de estudio está en el “sur”. De hecho, como señala Ramón Grosfoguel, decidido a ir a fondo con el disparate, de los “cuatro jinetes del apocalipsis” reivindicados por gente como Florencia Mallon, tres de ellos (Derrida, Gramsci y Foucault) son del “norte” y uno sólo del “sur” (Guha). Dejando de lado que Bengala, la ciudad natal de Guha, igual que Birmingham, la ciudad donde nacieron los *Subaltern Studies*, quedan en el hemisferio norte, lo que parece molestar más a los subalternistas “consecuentes” es la evidencia de la contradicción entre la supuesta radicalidad de una teoría y la obvia consagración derechista de sus autores (Derrida y Foucault) en el canon “occidental post-estructuralista”). Este grupo de subalternistas rebeldes criticaba en el mismo sentido incluso al grupo indio, acusando a todos de ser eurocéntricos por apelar al posmodernismo contra el eurocentrismo, es decir, hacer una crítica “eurocéntrica del eurocentrismo”. Se trataría de adoptar una postura “descolonial” y descolonizar no sólo a los estudios subalternos sino también a los estudios

poscoloniales.

Resulta curioso como todo llega al mismo punto en que la crítica post-estructuralista feminista había llegado ya hace tiempo: no hay que hablar con la lengua del varón, luego, habría que utilizar o un lenguaje genéricamente neutro o introducir lo femenino a la par con lo masculino. Escribiremos ahora con la arroba o empezaremos siempre aclarando “el/ella” o “lo/la”. Como luego resulta una movida evidentemente cosmética, iremos ya a la gramática misma y hablaremos estilo Roberto Giordano, sin verbos. El peinador argentino debe ser el paradigma de Kristeva o Irigaray. A esto ha llegado el análisis social, a través de la crítica original al análisis de clase.

En efecto, finalmente, la defensa del “fragmento”, propio de los estudios subalternos, lleva a transformar a la categoría “subalterno” en una cobertura ideológica metodológicamente inoperante, en tanto que reivindicando la “diferencia”, se termina examinando la experiencia de categorías menores dentro de la categoría “madre”: niños, mujeres, mulatos, indios, campesinos, etc. Esta generalidad sin valor epistemológico estaba ya presente en el proyecto original de Guha, cuando en lugar de retomar el concepto gramsciano de “clases subalternas” como alianza en disputa entre obreros y campesinos, prefiere apelar al Concise Oxford Dictionary, que lo define simplemente como “de rango inferior”. Como tal, aplicable a casi cualquiera por debajo de Dios:

“Será utilizada en estas páginas como denominación del atributo general de subordinación en la sociedad surasiática, ya sea que esté expresado en términos de clase, casta, edad, género, ocupación o en cualquier otra forma.”

E insiste:

“Con las palabras “historia y sociedad” del subtítulo se intenta dar forma abreviada a todo lo que implica la condición subalterna. Como tal, no hay nada en los aspectos espirituales y materiales de esa condición, pasados y presentes, que no nos interese.”<sup>28</sup>

He aquí el núcleo del error básico de esta deriva “subalterna” del thompsonismo: cualquier defensor de la “clase” reconocería que un obrero blanco, anglosajón y protestante no es igual a una obrera negra inmigrante. Cualquiera reconocería allí que toda persona (toda cosa) es el resultado de múltiples determinaciones. Que es obrero, blanco, negro o amarillo, que tiene o no tiene educación, que es nativo o inmigrante, que es varón, mujer o transexual, bisexual o cualquier otra cosa. Lo que diferencia el análisis científico de la superficialidad empirista (eso y no otra cosa son los Estudios Subalternos: tomar la cosa tal como se muestra a sí misma), es la defensa de la existencia de una jerarquía de determinaciones, jerarquía en la cual la relación de clase resulta más importante. En torno a ella se organiza el resto, o mejor, que la relación de clase es el organizador del conjunto de las determinaciones. El posmodernismo del “fragmento” aísla en forma arbitraria una de las

determinaciones (la de género, por ejemplo), y la reifica bajo la forma de “identidad”. La “política de la identidad” consiste en esta separación arbitraria, que no es más que la proyección inicial del liberalismo burgués entre hombre y ciudadano, donde ahora “hombre” es reemplazado por las “identidades” reprimidas: “mujer”, “indio”, “homosexual”, etc. No es casual que el objetivo de esta política sea, finalmente, la eliminación imposible de esa separación: la democracia burguesa. Algo que ya el feminismo burgués había planteado hace mucho y promovido con la “discriminación positiva”, como las leyes de “cupos” que, como todo el mundo sabe, han servido para “familiarizar” la política, en tanto el cupo se completa con la esposa del político burgués. La mujer obrera, mientras tanto, sigue fuera de la política igual que el obrero en general, hasta que la transformación radical de sus condiciones de existencia cree en su vida espacios para algo más que trabajar para otros.

Podríamos seguir con esta historia lamentable, incluyendo ahora la creciente influencia en las ciencias sociales del “marxismo abierto” de John Holloway o de *Imperio*, de Toni Negri, el impacto del nuevo concepto fetiche, “multitud”, de Paolo Virno o los más anodinos y endebles estudios de la “exclusión social”, pero arribaríamos al mismo punto: la negación de la categoría de clase social. Veamos mejor cómo esta historia tiene su correlato en la historiografía argentina.

## **2. Reflejos argentinos**

La oleada reaccionaria que arrasó la ciencia en los años '90 no dejó de tener su capítulo argentino. Como en todos los casos, tiene antecedentes marxistas y como en todos los casos vistos, la primera tarea, la más importante, es la negación de la existencia de las clases sociales o, al menos, de la clase obrera. Es cierto que la lectura dominante llegó hasta ahí y no se animó a avanzar hasta el posmodernismo (por suerte), pero ni siquiera ese momento dejó de estar ausente en nuestros pagos.

### **Sectores populares y experiencia de clase**

La obra de Thompson sirvió en la Argentina, a caballo entre los '80 y los '90, para justificar dos posturas opuestas: la reivindicación de la capacidad creativa de la clase obrera, por un lado; la negación su existencia, por otro. La idea central que precedía ambos razonamientos era que la clase no existe sin conciencia de clase, que esa conciencia brotaba de su experiencia y que esa experiencia expresaba su capacidad (o su impotencia) infinita para resistir (o adecuarse a) los embates que sobre ella se cernían permanentemente. Evidentemente, la primera afirmación creaba el marco idealista de las dos que le siguen y puede interpretarse de manera divergente: si la clase no existe sin conciencia, pero no existe clase sin algún grado de conciencia, cualquier conciencia de la clase es valiosa y conduce al socialismo; si la clase no existe sin conciencia y la conciencia necesaria de la clase es el socialismo, la ausencia de una corriente socialista poderosa es prueba de que la clase no

existe. Aplicado al análisis del Proceso Militar, servía para demostrar la “victoria” del proletariado contra sus represores; aplicado a comienzos del siglo XX, permitía desarrollar una imagen de una sociedad sin clases. En los dos casos, se podían buscar pruebas en la “experiencia” y mostrar la “resistencia” o la “integración” (o las dos al mismo tiempo, como haría con posterioridad Daniel James). Concentrémonos ahora en la crítica a Luis Alberto Romero y su influyente concepto de “sectores populares”.

Romero y la historiografía socialdemócrata a la que pertenece<sup>29</sup>, se presentó, a comienzos de los '80 como la renovación del oficio y su profesionalización. Su primer objeto de crítica era la “historia tradicional”, en la que entraban desde Levene hasta Rodolfo Puiggrós. En particular, la crítica de la historiografía tradicional de la clase obrera (ideologismo, carencia de metodología, preocupación por los dirigentes, identificación de clase y movimiento obrero, etc.) era la proyección a la Argentina de lo que ya había hecho en Europa Eric Hobsbawm. Como el historiador inglés estaba en ese entonces todavía demasiado a la izquierda, había que “podarlo” un poco, como señala Hilda Sabato: “Pusimos en duda, primero y luego rechazamos una filosofía de la historia que otorga un sentido preciso y progresivo a la marcha de las sociedades, así como el postulado de la existencia de sujetos portadores del cambio histórico.”<sup>30</sup> Consecuentemente, había que reformular las concepciones sobre el “sujeto” histórico, papel que vendría a cumplir el concepto de sectores populares. Veámoslo con detenimiento, dejando dicho que volveremos hacia el final sobre otros aspectos de esta línea historiográfica.

La expresión “sectores populares” ha sido utilizada coloquialmente muchas veces como sinónimo de “pueblo” e, incluso, de “trabajadores”. La novedad de Romero consiste en elevarla a la categoría de concepto que, además, tendría la virtud de retratar la realidad mejor que el que vendría a desplazar, el de clase social. Escuchemos primero por qué la categoría de clase debía ser eliminada del análisis social, al menos del período que Romero examinaba:

-“supone una correlación automática entre las condiciones sociales de existencia y su conciencia, un fuerte deber ser a partir del cual los casos concretos que se analizan suelen ser presentados como desviaciones, generalmente producto de una falsa conciencia.”<sup>31</sup>

-“Buenos Aires no es una ciudad industrial ... creímos necesario encontrar categorías que funcionaran en contextos sociales en que los obreros industriales no fueran el grupo hegemónico de los sectores populares” (p. 14)

-“la fuerte movilidad y la expectativa generada por ella, más fuerte aún, conspiró contra la constitución de identidades de clase firmes y consistentes” (p.15)

Atado a una teorización esquemática, el concepto de clase no puede dar cuenta de los cambios y las sutilezas porque es, inevitablemente, el producto de una racionalización economicista. Pareciera entonces que, por el contrario, el sujeto histórico no se constituiría en la economía sino en la cultura. Aunque el texto de Romero, que se caracteriza por una contradicción tras otra, línea a línea, no deja

nunca claro nada:

-“en la esfera cultural se constituye la *forma mentis* de los sujetos” (p. 29)

-“su acción es un producto tanto de las “incitaciones y límites” de la estructura como de los impulsos de esa forma mentis que opera como filtro y como retícula de las incitaciones de la realidad” (p. 29)

-“un sujeto social se constituye tanto en el plano de las situaciones reales o materiales como en el de la cultura, sencillamente porque ambos son dos dimensiones de una única realidad” (p. 29)

Según Romero, siguiendo a Thompson, la relación entre ambas dimensiones está dada por la “experiencia”. Claro está, su experiencia nos es ajena, razón por la cual no podemos hablar de ellos en forma directa, aunque se puede imaginarlos a partir de la cultura común a toda la sociedad. De ese patrimonio común cada grupo saca el material de su identidad, de modo que se abre aquí una ventana por la cual entrar: no son “polinesios”, sino copartícipes de nuestra propia cultura. A partir de su experiencia y su “forma mentis”, decodificarán ese patrimonio común. Esa decodificación puede entenderse por la mirada del “otro”, la “élite”, a quien entendemos porque “escriben y piensan más o menos como nosotros” (p. 33). Dejemos de lado esta abrupta confesión de clase, probablemente inválida para mí que soy hijo de una portera y un albañil y sigamos el argumento... Así, la vía de entrada al estudio de los sectores populares será el examen de “las acciones de diverso tipo que esa élite desarrolla para moldear, adecuar, conducir, dominar a los sectores populares”. Lo primero es, entonces, la “mirada” de la élite. Un segundo momento es observar cómo la élite organiza la sociedad, es decir, la acción de diferentes “instrumentos, en parte coactivos y en parte educativos”, con los cuales adecua a “este sujeto a los papeles que debe desempeñar”: el Estado, la iglesia, la industria cultural. Dicho de otra manera, la “cultura” es más importante que la fábrica. Obviamente, todo resignificado por la “forma mentis”. De “autoactividad”, poco.

Finalmente, ¿qué son los “sectores populares”? Romero admite que el concepto dice poco y nada. Sirve “apenas para delimitar un área de la realidad” (p. 35). En esa “ambigüedad” radica su virtud, pues pone más en claro que el concepto de clase, sólo “aparentemente más preciso”, que es imposible definir un sujeto “a priori” (aunque parece que tal precepto sí vale para los “sectores populares”). Algo así como que en su inutilidad radica su utilidad. Pero el problema no es de Romero, sino de la historia como ciencia, que frente “a las definiciones más bien estáticas de las disciplinas sociales sistematizadoras”, debe encontrar “un modo específico de caracterizar a los sujetos” y “un modo diferente de razonar”. A la pregunta sobre qué son los sectores populares, si aquello que son, lo que ellos creen ser o lo que los otros creen que son, Romero contesta:

“Como ya se señaló, el sujeto histórico incluye, de alguna manera, esas distintas dimensiones. Hay en él una base, como un mármol en bruto, sobre el cual puede construirse un número limitado pero diverso de estatuas: tal la determinación de la estructura; los escultores son los grupos dirigentes. El

Estado, la Iglesia, los grupos contestatarios, actuando conjunta o separadamente, y también el propio sujeto, que construye desde adentro su propia imagen, de modo que la resultante es una combinación, no necesariamente coherente, de todos esos impulsos.” (p. 35)

Si dejamos de lado, otra vez, que resulta difícil entender cómo un mármol se autoconstruye, notaremos que aquí Romero privilegia a la estructura en la construcción del sujeto, en tanto que todos los demás elementos pueden realizar su trabajo sólo dentro de cierto límite puesto por aquella (el “mármol”). Sin embargo, al abordar una segunda cuestión, a saber, si los sectores populares tienen límites precisos, homogéneos y constantes, afirma la existencia de fuerzas “que llevan a la fragmentación”: diversidad ocupacional, diferencia de riqueza, prestigio y poder, tradiciones distintas, recortes nacionales, ideológicos y políticos, etc. Pero hay fuerzas que contienen semejante dispersión:

“grandes experiencias unificadoras, que pueden encontrarse en los mismos campos donde se hallan las de la fragmentación: una gran fábrica, que iguala condiciones laborales, el hacinamiento en la vivienda, la común extranjería frente a una sociedad excluyente o xenófoba, la participación en acciones de lucha importantes, una identificación política, la represión.” (p. 36)

Aquí se observa que los elementos unificadores (es decir, constituyentes) proceden de cualquier otro nivel, desde el trabajo hasta la ideología o una circunstancia fortuita. Así, el campo de los “sectores populares” puede achicarse o agrandarse según el momento y el caso, para incluir lo que “tradicionalmente” llamaríamos “lumpen proletariado” por abajo y “clase media” por arriba (p. 37).

¿Hay algo constante en los “sectores populares”?, se pregunta Romero. No y sí. Los sectores populares “no son, sino que están siendo”. Además, cuando ya han cambiado, las tradiciones suelen dar una imagen de continuidad que oculta los cambios. Como conclusión, “Tenemos, pues, unos sujetos sociales que cambian y permanecen, son lo que son y lo que han sido. También, en alguna medida, lo que van a ser.” (p. 38) Después de haber afirmado su existencia como sujeto, Romero termina reconociendo que “los sectores populares no son un sujeto histórico, pero sí un área de la sociedad donde se constituyen sujetos”. Sobre ellos surgen las “identidades”, que son “cristalizaciones provisionales” (p. 39), provisionales como resultado del fluir del proceso histórico. Eso no impide que vuelva a definir a los sectores populares como “sujeto histórico” unos pocos renglones más abajo.

Uno estaría tentado, frente a un texto que se contradice a sí mismo una y otra vez con notable precisión, dejar que se critique a sí mismo. Sin embargo, la tarea destructiva que esta operación ha realizado no puede dejarse sin castigo. Por empezar, porque descartar el concepto de clase no es una operación neutral en términos políticos. Segundo, porque ese descarte no le ha hecho bien a la ciencia histórica, todo lo contrario.

Romero está muy preocupado por lo “estático” y lo “dinámico”, expresiones que tienen muy poco de científico, como “esquemático”. ¿Qué quiere decir que un concepto es “estático”? ¿Que no se

adapta a las transformaciones del sujeto? Si el objeto cambia tanto que ya no es el mismo, el problema no es del concepto, sino del objeto, salvo que querramos conceptos que designen lo propio y lo contrario. Si el objeto cambia dentro de ciertos límites, entonces permanece, es “estático”, por decirlo en lenguaje romeriano. En consecuencia, el concepto necesita ser “estático”. Por otra parte, ¿qué hay de malo en los “esquemas”? Si no fuera porque el cerebro humano tiene la propiedad de “esquematar”, otra vez, para usar un concepto “romeriano”, no habría más forma de conocer la realidad que metérsela tal cual en la cabeza. Tal vez resultaría sencillo conocer un alfiler, pero sería un tanto complicado tomar conciencia de la existencia de los portaviones, las galaxias, los hipopótamos y todo tipo de entes caracterizados por su tamaño desproporcionado.

Un concepto necesariamente delimita un objeto, le pone límites. O mejor dicho, describe sus límites. No puede existir un concepto que no funcione de tal manera porque de lo contrario no describiría nada o, lo que es lo mismo, describiría objetos infinitos, lo cual es un absurdo puesto que en el universo no puede haber más que un infinito, en el supuesto caso que el universo no fuera finito. La virtud principal de un concepto es definir (ponerle fin) al objeto. En ese sentido puede decirse que un concepto es adecuado o inadecuado. Es inadecuado cuando no establece límites precisos (como el concepto de “sectores populares”) o cuando establece límites tan amplios que caben en su interior objetos diversos (como el concepto de “sectores populares”). Romero comete los dos errores y los confiesa: por una parte, no sabe qué son los “sectores populares” (ni donde empiezan ni donde terminan); por otra, los “sectores populares” son todos los que sobran de la “élite”.

Romero afirma la “cultura” popular nos es irremisiblemente ajena, dando por sentado un “nosotros” cuestionable. Entre otras cosas porque confiesa una comprensión casi automática de la “élite”. Algo entendible si recordamos que su familia siempre ha formado parte de cualquier cosa menos de los “sectores populares”. Yo, que soy hijo de un albañil y una portera, puedo dar testimonio de que los “sectores populares” son tan racionales e inteligibles como cualquier mortal. Sólo hay que entender sus “intereses”.

Lo más sorprendente del análisis es que no existe ninguna razón por la cual el concepto de “clase obrera”, como el de “burguesía”, es decir, de “clase”, sean más o menos “estáticos” que el de “sectores populares”. Romero nunca examina el concepto tal cual aparece en los textos que denomina “clásicos”, se limita a exponer su prejuicio. De hecho, podemos deducir del texto romeriano que lo que concibe como “clase obrera” se limita al “obrero industrial”. Sin embargo, ¿en dónde Marx, Engels, Gramsci, Luxemburgo, Trotsky, Kautsky, Plejanov, Mao, etc., etc., definen a la clase obrera como “persona que trabaja en la industria” o “asalariado industrial”? Cualquier hijo de vecino puede tomar *El Capital*, buscar el capítulo XXIII y encontrar allí todas las fracciones y capas que corresponden a la clase obrera. Puede tomar los capítulos XI y XII y encontrar allí todas las modificaciones que sufre la clase en su desarrollo histórico. Cualquiera puede tomar *El Dieciocho Brumario*, *La lucha de clases en Francia* (de Marx), *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, *Las guerras campesinas en Alemania* (de Engels), *La historia de la Revolución Rusa* (de Trotsky) o *El desarrollo del capitalismo*

en Rusia (de Lenin) y encontrarse con lo mismo: ninguna definición de clase admite sujetos homogéneos, imposibles de enfrentarse entre sí, no atravesados por otras categorías (ideológicas, políticas, nacionales, de género). El que no lo hace es por simple pereza mental o por prejuicio ideológico. Efectivamente, el concepto de clase obrera que establece Romero como propio del marxismo “clásico” o de la “ortodoxia” es notablemente restrictivo y, por lo tanto, inadecuado, además de falso. Para la “tradición marxista”, obrero es todo aquél carente de medios de producción y de vida. Una enorme variedad de situaciones unidas todas por el hecho de la explotación. Dada esa unidad, sorprenderá siempre la similitud de respuestas tanto como, dada la variedad, la diferencia de acciones, sentimientos y “cultura”. ¿De dónde saca Romero, entonces, la definición de “clase social” que pretende demoler? No se sabe, porque no lo dice en ningún lado, siguiendo la costumbre de toda la “nueva historia social”: inventar un enemigo a medida para luego “destruirlo” con comodidad.

Al igual que sucede con Thompson, Romero termina dándole a todas las “experiencias” la misma jerarquía. Resulta entonces que un club de fútbol barrial y una sociedad de fomento tienen la misma importancia en la determinación de las características del “sujeto” que la explotación. ¿Por qué alguien vive en un barrio de las afueras? Porque no puede tener un palacete en Plaza San Martín. ¿Por qué alguien tiene que fundar sociedades de fomento para mejorar sus condiciones de existencia? Porque no tiene plata, como la burguesía, que no precisa más fomento que el de su capital. ¿Por qué alguien prefiere el fútbol antes que el polo? Porque para jugar polo hace falta caballos, equipos, grandes espacios, y todo lo demás. ¿Qué determina entonces, la cultura de los “sectores populares”? Sus condiciones sociales de existencia, es decir, las relaciones que lo consagran como poseedor o desposeído. No hace falta ser antropólogo para darse cuenta.

¿En qué consiste, finalmente, la “revolución” conceptual romeriana? En un retorno al funcionalismo. Efectivamente, como en el funcionalismo, la sociedad queda dividida en capas que no tienen ninguna vinculación necesaria entre sí más que la mera superposición. De esa manera, las razones del conflicto social desaparecen: ¿por qué son peligrosos los sectores populares?; ¿por qué hay que controlarlos, moldearlos, educarlos? Si la “élite” no tiene ninguna relación *interna* con ellos, ¿qué es lo que lleva a los “sectores populares” a la lucha contra quienes los dominan? Debemos suponer que la envidia o alguna otra pasión humana. Por otra parte, ¿qué tipo de sociedad es, entonces, la Argentina? No es capitalista, en tanto no dominan en su interior las relaciones asalariadas o la polarización burguesa-proletariado no es dominante. Es más, no sabemos si esas clases existen, de modo que la Argentina debe ser algún tipo de sociedad única en el mundo. ¿Para qué estudiar a los “sectores populares” que no son más que un bloque pasivo (de “mármol” dice Romero), incapaces de autoactividad aunque se diga lo contrario? Pero, además, ¿de dónde viene la capacidad “autoactivante” de la “élite”? ¿O no están ellos también “determinados”?

Podríamos seguir páginas y páginas marcando las contradicciones de un texto filosóficamente infantil cuya conclusión es el empirismo más vulgar, que concluye con la ausencia de determinaciones materiales de los agrupamientos humanos y sus comportamientos y, por lo tanto, eliminando la

historia como ciencia. Aceptaremos por buenas las conclusiones del propio Romero, a saber, que el concepto de “sectores populares” es inútil. Dado que no ha demostrado que el de “clase” sea peor (porque todo lo que dice de él es falso), seguiremos utilizándolo con provecho. Como señala Eric Hobsbawm, las clases sociales (y por ende sus proyecciones institucionales) “nunca están hechas en el sentido de quedar terminadas o de adquirir su forma definitiva.”<sup>32</sup> Aunque el balance sobre la historiografía de los “sectores populares” está por hacerse, podemos afirmar que ha terminado recayendo en aquello que el propio Hobsbawm cuestionaba, el folclorismo:

“Si no formulamos primero preguntas y luego buscamos material a la luz de las mismas, corremos el riesgo de producir algo que será meramente una versión izquierdista de la afición a estudiar lo antiguo, labor que equivaldrá a la que llevan a cabo los folcloristas amateurs.”<sup>33</sup>

Un simple repaso de buena parte de esa producción mostraría un amontonamiento de datos en general insulsos, que no se remite a ningún cuerpo de conocimientos que permita resolver problema alguno.<sup>34</sup> En efecto, si se quiere entender el sentido de la historia que vamos a examinar, es mejor volver al concepto de clase y al marco teórico que lo sostiene y le otorga sustancia explicativa. En ese punto, vale la pena retornar a una frase inicial de la obra clásica de Thompson que resulta frecuentemente olvidada por quienes invocan su nombre para decir cualquier cosa:

“*Clase*, en lugar de *clases*, por razones que es un objetivo de este libro examinar. Hay por supuesto una diferencia. ‘Clases trabajadoras’ es un término descriptivo, que elude tanto como define. Unifica un conjunto de fenómenos diversos. Hay ... aquí y ... allá y juntos constituyen las clases trabajadoras. Pero *clase* como yo lo entiendo, es un fenómeno histórico que unifica un conjunto de eventos dispares y aparentemente inconexos, tanto en el ... material de la experiencia como en la conciencia.”<sup>35</sup>

De eso se trata: de reconducir ese cúmulo de experiencias disímiles a esa experiencia unificada. El concepto de sectores populares facilita la tarea, evitándonos engorrosas discusiones sobre la “adscripción” de tales o cuales personajes a tal o cual clase; sobre la razón de tal o cual comportamiento; sobre el origen de tal o cual orientación política. Pero lo soluciona de la peor manera, tirando el bebé con el agua sucia.

### **¿Conciencia de clase o conciencia étnica?**

Otra de las formas que asumió el combate a la categoría de clase por parte de los intelectuales burgueses fue la negación de su centralidad. Las “identidades” de clase existen, pero no tienen un rol protagónico. En este caso, la categoría que venía al dedillo para esa tarea era la “étnica”. Resultó un

sucedáneo del nacionalismo propio de la historiografía revisionista argentina, bastante pasada de moda. El nacionalismo retorna a combatir contra el clasismo por la vía de los estudios sobre la inmigración. El más importante expositor de esta tendencia es Fernando Devoto, quien ha señalado que, a principios de siglo, la “conciencia étnica” era más importante que la de clase. En sus palabras, “la predilección por la solidaridad étnica era probablemente más fuerte que la predilección por la solidaridad de clase.”<sup>36</sup> Las pruebas son notablemente endeables:

“En 1907 el frustrado Congreso de unificación de las dos centrales obreras (FORA y UGT) reunirá la no igualada cifra de 180 delegaciones de otras tantas sociedades de toda la república. En 1908 un censo realizado por las autoridades italianas en Argentina señala la existencia de alrededor de 320 instituciones mutualísticas solamente italianas en todo el país.”

Es decir: porque hay más asociaciones “étnicas” que delegados a un congreso sindical, los “inmigrantes” no se sienten otra cosa que hijos de su terruño.<sup>37</sup> Devoto supone demasiadas cosas para poder arribar a este resultado: 1) que todos los miembros de las “sociedades étnicas” se nucleaban tras ellas por solidaridad “étnica”; 2) que todos los miembros eran obreros; 3) que aún habiendo miembros no obreros primaba una “pax interclasista”; 4) que la membresía sindical era la única forma de expresión de “solidaridad de clase” y que la cantidad de asociaciones sindicales es una medida de la fuerza del movimiento obrero y de la identidad de clase; 5) que ambos tipos de conciencia (étnica y clasista) se movían en igualdad de condiciones. Veamos si los propios datos de Devoto avalan su afirmación.

Las sociedades de ayuda mutua daban “servicios” sociales en un país como la Argentina de 1900, donde reinaba la más absoluta indefensión en materia de salud, vivienda, educación, etc. Tal vez sólo en el último punto el Estado reconocía la necesidad de actuar con intensidad y recién a comienzos de siglo. ¿Es difícil suponer que la pertenencia a este tipo de asociaciones tuviera que ver más con estos aspectos que con la “solidaridad étnica”? No hay forma de “descontar” de la cuenta “solidaridad étnica” a todos los miembros que sólo buscaban servicios sociales, pero un indicio lo puede dar el misérrimo nivel de participación en la vida interna de estas sociedades: según cuentas del mismo Devoto, apenas alcanzaba al 12% la participación de asistentes a las asambleas de la más movilizadora de las asociaciones que examina, la San Cristóbal. En las otras tres los porcentajes son 2,3, 3,5 y 10,7 respectivamente. Con razón concluye Devoto: “salvo excepciones la vida de las sociedades italianas transcurría en el más profundo desinterés de sus miembros”, porque “los mismos no buscaban en dicho tipo de entidades nada más que una cobertura médico asistencial.” A confesión de parte, relevo de pruebas. Una objeción en contra de mi argumento sería que, de todos modos, buscaban ese servicio en las sociedades étnicas y no en los sindicatos. Volveremos sobre este punto.

Devoto examina la composición interna de las organizaciones utilizando un criterio profesional, “ocupacional”. Categorías como “empleados” o “agricultores”, no dicen nada en términos de relaciones sociales: un gerente de la General Motors es un “empleado”; todos los que trabajan la tierra son

“agricultores, sea un campesino feudal, un pequeño burgués o, incluso un burgués. Para peor, la categorización no sólo es pobre sino que ni siquiera resulta coherente, porque Devoto incluye entre las ocupaciones a los “obreros”, una categoría de clase, distinguiéndolos de los “jornaleros”, como si no fueran lo mismo. Es imposible, con esta forma de mirar la realidad, ver más allá de lo que las fuentes dicen. Tratando de transformar categorías ocupacionales a algo cercano a “clases”, lo que sus cifras muestran es que la participación burguesa es por lo menos de entre el 20 o el 30%, cifra muy conservadora porque quién sabe qué realidad se esconde tras la categoría Artesanos y obreros calificados y semicalificados (¿cuantos de ellos serían pequeños patrones, es decir, no obreros?).

Por otra parte, ¿había una “fuerte solidaridad interclasista en estas asociaciones”, como pretende Devoto? Como señala Romolo Gandolfo, es verdaderamente audaz responder afirmativamente.<sup>38</sup> Se podrían agregar infinidad de citas en el mismo sentido. Como veremos más adelante con el conflicto de Villaguay, en 1921, incluso en una de las “comunidades” inmigrantes más concentradas sobre sí mismas, la experiencia de las colonias judías en Entre Ríos, el conflicto de clase rompía cualquier tipo de solidaridad étnica y reconstruía líneas de clase inmediatamente.<sup>39</sup>

Aunque las sociedades de ayuda mutua, sobre todo las de base étnica, cumplieron un papel en la lucha contra el clasismo, es cierto. Con claridad lo señalaba *La Vanguardia*:

“A la burguesía no le conviene que los trabajadores se den cuenta del dualismo de clase, porque entonces se emancipan de la tutela moral de ella, que no sólo los explota y los oprime, sino que les enseña y les inculca por distinguidos medios que esa explotación es algo bueno, necesario, o por lo menos irremediable (...) Responden muy bien al interés burgués de evitar o retardar esta emancipación moral, las sociedades de socorros mutuos, de recreo, etc., donde están unidos pobre y ricos, y en las que éstos, que son los iniciadores, son también a título de protectores privilegiados, los que manipulan y en muchos casos, roban, haciendo siempre negocios productivos. Los trabajadores que pertenecen a estas sociedades instituidas y dominadas por elementos burgueses, no pierden ni un instante el sentimiento de sumisión y respeto a los patrones, a quienes creen superiores porque bajo ellos viven eternamente en la política, en el taller, en los centros sociales.”<sup>40</sup>

Las mutuales son instituciones burguesas (por composición, dirección e intereses centrales)<sup>41</sup> y funcionan con finalidades cambiantes: como clave de la sociabilidad burguesa (fomentando la constitución de redes de intereses entre los miembros); como instrumento de presión burgués contra otros burgueses (como cuando la “comunidad” reclama ante el Estado argentino); como instrumento del control sindical (con la contratación de rompehuelgas, por ejemplo); como elemento de disolución del conflicto (como cuando se forman para los obreros de una fábrica como concesión patronal); como instituciones generadoras de la hegemonía burguesa en el seno de la sociedad civil. Esta última función fue muy importante en el caso argentino, como señala Gandolfo:

“De muchas maneras, las sociedades italianas representaban la visión del mundo de los artesanos convertidos en pequeños industriales. Tanto las sociedades como los pequeños industriales hablaban la lengua del “self-help” e invariablemente enfatizaban la importancia del trabajo duro, de la fuerza de voluntad, del ahorro y la educación. “Volere e potere”, “querer es poder”: este era el lema inequívoco de las sociedades italianas; un lema aparentemente validado por el éxito económico mismo de los industriales que las dirigían. Mientras los artesanos calificados y trabajadores tuvieran esperanzas de establecer su propio negocio, los industriales podrían seguir evocando el origen común para apaciguar conflictos de clase.”<sup>42</sup>

Estas sociedades, señalaba Emilio Zuccarini, anarquista devenido en nacionalista, habían “...forzado en el ámbito del socorro mutuo, a los trabajadores y jornaleros que se encontraban antes desorganizados, disciplinándolos y enarbolándolos como ejemplo de moderación y ahorro.”<sup>43</sup>

Resulta más importante ahora, sin embargo, preguntarse por la naturaleza de la organización sindical: ¿son los sindicatos la única forma de expresión de la conciencia de clase? Obviamente no. Siempre la representación sindical, aún en los momentos más exitosos, cubre apenas una porción de la clase. Presuponer que quienes no forman en las filas de ningún sindicato carecen de conciencia de clase, no sólo es un prejuicio inadmisibles, sino que contradice toda experiencia histórica. Ni siquiera en la Alemania de comienzos del siglo XX, con su poderoso Partido Socialdemócrata y su intensa relación con los sindicatos, podía mostrar a su movimiento obrero como algo más que el contenedor de una porción menor del proletariado alemán: un millón y medio de afiliados sobre un total de quince millones de obreros. Ni hablar del movimiento obrero ruso en momentos de la Revolución de Octubre.<sup>44</sup> Precisamente, porque la conciencia de clase excede con mucho a esa minoría organizada que es el movimiento obrero, puede éste movilizar enormes masas cuando la ocasión lo permite. Y para mostrar ejemplos no hace falta salir ni de la Argentina ni del período en discusión: durante la Semana Roja de 1909 entre 250 y 300.000 obreros (la mitad de la población obrera de la capital del país) participaron de la huelga más grave e importante antes de la Semana Trágica, a sólo dos años del “frustrado congreso” y apenas un año después del censo que justifica colocar a las “sociedades étnicas” en el centro de la vida social argentina. Y entre 50 y 80.000 se movilizaron el 4 de mayo de 1909 al funeral de los muertos el día anterior, probablemente la mayor concentración de cualquier tipo vista en la Argentina hasta el entierro de Yrigoyen o el de Eva Perón.<sup>45</sup>

Los sindicatos del período, eran pequeños, inestables, dirigidos por militantes muy consecuentes, con una dotación burocrático-administrativa mínima.<sup>46</sup> Más importante aún, eran objeto de persecución permanente y vivían a mitad de camino entre la clandestinidad y el protagonismo social, lo que explica por qué muchos obreros preferían buscar “seguridad social” en las “sociedades étnicas”: respetadas, estimuladas y aplaudidas por el Estado, resultaban receptáculos más seguros para los ahorros obreros. Un sindicato que perdía una huelga importante desaparecía: ¿cómo podía ofrecer continuamente algún

tipo de servicio? El redactor del Boletín de Departamento Nacional del Trabajo, comentando la relación entre los círculos católicos y los sindicatos lo entendía claramente:

“existen obreros afiliados a los Círculos, que a su vez lo están a los sindicatos gremiales de tendencias opuestas a las del catolicismo social. Entienden estos obreros llenar así, lícitamente, dos necesidades compatibles: la del socorro y la de la defensa de los intereses profesionales desatendidos a su juicio, en las asociaciones católicas”<sup>47</sup>

Con obreros inmigrantes, transitorios, que hablaban más de cuatro lenguas diferentes<sup>48</sup>, con dirigentes deportados permanentemente, es realmente increíble que algún tipo de actividad sindical fuera posible. El que instituciones tan débiles pudieran movilizar amplísimos sectores de la sociedad sólo puede explicarse de una manera: por la existencia de una poderosísima conciencia de clase. Esa es la realidad: una estructura sindical débil tiene por contracara un clasismo fuerte. No por alguna cuestión metafísica sino porque la realidad de la producción social y su apropiación privada es la contradicción que domina la vida humana, por lo menos desde que el capitalismo existe.

Por último, si la conciencia “étnica” era más poderosa que la de clase, uno esperaría encontrar que los obreros italianos no hicieran huelgas a los patrones italianos, que se dividieran en sindicatos según nacionalidad y cosas por el estilo. Nada de esto sucedió. Por el contrario, ya vimos más arriba (y veremos, más abajo) ejemplos de lo contrario. Si hubiera sido al revés, habríamos visto desarrollarse fracturas verticales en la sociedad argentina. Sin embargo, más allá de confrontaciones menores, los conflictos principales tomaron las características de conflicto de clases, hecho favorecido por la permeabilidad étnica de la sociedad argentina: no sólo había obreros extranjeros sino también burgueses extranjeros. Y era muy común que unos y otros se encontraran en conflicto. Por esto era más común que un obrero italiano se sintiera más cerca de un obrero japonés que de un patrón italiano.<sup>49</sup> La forma que asumían las manifestaciones obreras, con diarios y discursos en alemán, inglés, francés, español e italiano, hacían creer, probablemente mejor que en cualquier otro lugar del mundo, en la realidad del internacionalismo proletario. Como dijimos, lo que explica esta gran capacidad de movilización de una estructura sindical tan endeble, es la amplia difusión del “clasismo” como forma de conciencia.

Es cierto que podrían darse ejemplos de manifestaciones “étnicas” y de preocupación por parte del Estado, es decir, de la burguesía argentina, por el desarrollo del poder de alguna de las “comunidades” extranjeras.<sup>50</sup> Pero el asunto nunca pasó de la anécdota. En realidad, más que un contrincante, las sociedades de ayuda mutua de base étnica fueron un arma burguesa contra la clase obrera. Reivindicar la “nacionalidad” aún bajo la forma de “inmigración”, es una manera de ayudar a la confusión que impone el caos superficial de la realidad. El “inmigrante” no existió jamás: es un invento reaccionario de la burguesía argentina y extranjera. Eduardo Míguez llega a una conclusión similar cuando señala que

“Páginas atrás nos preguntábamos sobre la cuota de poder de que dispusieron los inmigrantes. Vemos ahora que la pregunta no está bien formulada (...) dentro de las reglas del juego que operaron en la época, entonces, la estratificación social fue un factor mucho más condicionante de la posibilidad de acceso a una cuota de poder que el país de origen.”<sup>51</sup>

Aunque *para mi gusto de historiador* formular correctamente una pregunta es el punto de partida de la investigación y no el de llegada, el resultado es correcto. Claro que, hace mucho tiempo ya, Ofelia Pianetto había señalado la conveniencia de focalizar el análisis en “el trabajador” y no “el inmigrante”.<sup>52</sup> “El inmigrante” no existió jamás: la inmigración es un fenómeno de clase, hecho que atraviesa toda la vida social. Al igual que con el concepto de “sectores populares”, los estudios sobre inmigración que privilegian lo “étnico” han tendido a perder de vista las relaciones sociales fundamentales que organizan la vida social, razón por la cual recaen en el mismo folclorismo que apuntábamos antes, sólo que ahora con un cierto tono melancólico con el que se recuerda a los abuelos y a aquellos buenos viejos tiempos...

### **¿Conflicto, resistencia o lucha de clases?**

Vamos a repetir en este acápite algo que ya dijimos en otra ocasión, aprovechando las críticas que Juan Manuel R. Palacio hiciera a la compilación de Waldo Ansaldi, *Conflictos obreros rurales pampeanos*, en la que tuve una participación destacada.<sup>53</sup> El eje de la discusión allí era el problema de las formas de acción de las clases y el estudio de la clase obrera.

Entre las críticas que recibimos en su momento, Palacio sumaba el que no hubiéramos tenido en cuenta “aportes” de la Escuela de estudios sobre clases subalternas. Como ya hemos ajustado cuentas con la “escuela”, nos concentraremos en la alusión casi exclusiva de Palacio al trabajo de James Scott, un estudio del campesinado de una villa malaya, inspirado en Thompson, que desembocó en su “manual” *Weapons of the Weak*. El eje del texto es la distinción entre conflicto abierto y manifiesto. En su perspectiva, la tradición marxista ha puesto demasiado énfasis en los conflictos que aparecen a plena luz del día, sobre todo los institucionalizados. En estos casos, arriesga Scott, no nos encontramos con los “verdaderos” sujetos del proceso social, sino con sus mediaciones. Además, parece que en ciertas sociedades o en largos períodos de tiempo no hay conflicto social. Pero en realidad no lo vemos porque no estamos preparados para verlo, no estamos preparados para ver otra cosa que el conflicto “manifiesto” (huelgas, insurrecciones, etc.). El “hidden transcript” de los débiles no sale a la luz tan fácilmente. Scott tiene una tendencia pronunciada a utilizar como ejemplos privilegiados sociedades campesinas y esclavistas, cuando no reduce el tratamiento del problema a un planteo psicológico individual, sin preocuparse por analizar las complejidades que introducen, tanto la forma específica de la dominación social en una sociedad capitalista, como la aparición de la

democracia burguesa, en el problema de la hegemonía. Sin tanta alharaca, la propuesta de Scott no es demasiado diferente de Raymond Williams, Richard Hogart o el propio Thompson. De hecho, la distinción entre ambos tipos de conflicto ya está en Marx, en *El Manifiesto Comunista*. En el mismo sentido, Gramsci señala lo siguiente:

“En el período de predominio económico y político de la clase burguesa el desarrollo real del proceso revolucionario se produce en forma subterránea, en la oscuridad de la fábrica y en la oscuridad de la conciencia de las multitudes enormes que el capitalismo ata a sus leyes: este proceso no es controlable ni documentable, lo será más adelante cuando los elementos que lo constituyen (los sentimientos, las pretensiones, las costumbres, los gérmenes de iniciativa y de hábitos) se hayan desarrollado y purificado con el desarrollo de la sociedad, con el desarrollo de la situación que la clase obrera viene a ocupar dentro del campo de la producción. Las organizaciones revolucionarias (el partido político y el sindicato profesional) nacen en el campo de la libertad política, en el campo de la democracia burguesa, como afirmación y desarrollo de la libertad y de la democracia en general, en un campo en el que subsisten las relaciones de ciudadano a ciudadano; el proceso revolucionario se desarrolla en el campo de la producción, en la fábrica, donde las relaciones son de opresor a oprimido, de explotador a explotado, donde no existe libertad para el obrero, donde no existe democracia; el proceso revolucionario se realiza donde el obrero es nada y quiere convertirse en todo, donde el poder sobre el proletario es ilimitado, es poder de vida y de muerte sobre el obrero, sobre la mujer del obrero, sobre sus hijos.”<sup>54</sup>

En los dos casos, no se trata de reivindicar el elemento “latente”, sino explicar el proceso de formación de un conflicto “manifiesto”, es decir, señalar que nada sale de la nada, que las grandes luchas tienen un proceso previo de preparación en la conciencia de los oprimidos. Es una crítica a la idea de espontaneidad de los movimientos sociales.

Coherente con la importancia desmedida otorgada al conflicto latente en detrimento del manifiesto, es la banalización del conflicto social y de la lucha de clases. En el trabajo de Palacio, el asunto es llevado hasta el absurdo, como veremos en el próximo capítulo. Revisar archivos judiciales y rescatar los juicios que los obreros pampeanos hacían a sus patrones, encontrar (y dar importancia) a chistes “maliciosos” o peleas entre borrachos, no es una forma de recuperar una conflictividad “olvidada”, sino rebajar el verdadero nivel de la lucha.

En esa ocasión, Palacio transformaba su ignorancia en la nuestra al hacernos decir que reducimos “conflicto” a “huelga” y por eso no vemos la “actividad” de los peones de ganadería. Cuando Palacio enumera otras formas de conflicto a los que deberíamos haberles prestado atención, señala: “demandas judiciales” que hacían los peones rurales “por salarios impagos” o “los carreros contra los chacareros por atraso en el pago de sus servicios” o “la violencia cotidiana y solapada, ejercida individualmente por trabajadores... contra la propiedad ... de sus empleadores” o “aquella que se daba entre los

trabajadores mismos". Cuando se preguntaba: "¿no son estos, acaso, conflictos rurales, obreros y pampeanos?", nosotros respondíamos "no". Palacio confunde, dijimos entonces, manifestaciones de antagonismo con conflictos. Como vamos a desarrollar con extensión en el acápite siguiente, un conflicto social es un *hecho* compuesto por las acciones de fuerzas que se disputan un determinado territorio social. Los antagonismos no son conflictos: son *atributos* de relaciones. Una relación antagonista tampoco es un conflicto. Los conflictos nacen de las relaciones y su explicación depende de la comprensión de estas últimas. Y no todo conflicto es un conflicto social. Un juicio puede ser el resultado de, o el inicio de, un conflicto social, pero no es un conflicto social (aunque puede ser la expresión de un antagonismo social). Lo propio de un conflicto social es oponer fuerzas sociales, no individuos, aunque los conflictos entre individuos puedan llevar (casi siempre lo hacen) la marca de antagonismos sociales. Pero si ese obrero busca (y obtiene) la solidaridad de su clase, mostrándose como ejemplo de un antagonismo social que, por lo tanto, involucra a todos, entonces el problema individual puede transformarse en un conflicto social. La burguesía sabe esto y por eso transforma los antagonismos sociales en problemas individuales: por dar un ejemplo, la expropiación social constituida por la propiedad privada, se oculta detrás de la represión individual del "delito". Además, no todos los conflictos sociales tienen la misma jerarquía: no es lo mismo uno en el cual los protagonistas confunden el objetivo real de la lucha que otro en el que lo comprenden pero se limitan a evitar las consecuencias de una posible derrota, o cuando los protagonistas son capaces de imaginar una forma diferente de relaciones sociales y buscan imponerlas a las anteriores. Como se demuestra en esta tesis, el agro pampeano estaba atravesado por tensiones de clase que se expresaban claramente como tales. Ese enfrentamiento alcanzó un grado muy elevado.

Otro problema planteado en la crítica de Juan Manuel Palacio es el de las fuentes adecuadas para estudiar a la clase obrera. La primera acusación de Palacio versaba sobre la utilización exclusiva como fuentes de los periódicos obreros, para colmo, tratados ingenuamente. Frente a ello, esgrimía como novedad revolucionaria en términos metodológicos el uso de fuentes judiciales. Más allá del descargo obvio e inmediato que cuestiona la veracidad de sus afirmaciones, el fondo del asunto no radica en si usamos sólo diarios obreros o completamos la información con otras fuentes.<sup>55</sup> Expresa un prejuicio hacia las fuentes "políticas" y pareciera otorgar un privilegio epistemológico a fuentes supuestamente más "objetivas". Empecemos por restaurar el estatus de los diarios obreros, para luego examinar la utilidad de otro tipo de fuentes.

Por empezar, como decía en aquel entonces, que la cantidad de citas de diarios obreros sea mayor que la de los no obreros se debía, simplemente, a que los periódicos de los trabajadores suelen ocuparse más de sus problemas que los diarios burgueses. Suelen, también, incluir información que no se encuentra en la prensa patronal y que normalmente la contradice. Se dirá que no hay razón para darle más crédito a un periódico obrero que a uno burgués, pero esto significaría colocar a ambos en una posición de simetría equivalente, lo que no corresponde a la realidad.

Veamos primero: ¿qué es un diario obrero?; ¿a quién le hablan los diarios obreros?; ¿para qué

hablan?; ¿quiénes hablan?; ¿en qué condiciones hablan? Un diario obrero no habla a la “opinión pública”, intenta hablar a los obreros. Los que escriben los diarios obreros son, por lo general, obreros. Cuando una organización no tiene en su seno obreros “intelectualizados”, que escriben al mismo tiempo que trabajan y militan, está en decadencia o se ha burocratizado. No era el caso ni de *La Protesta*, *La Vanguardia*, *La Organización Obrera* o *Bandera Proletaria*, sobre todo en momentos en los que se producía un auge de la lucha, sus tiradas eran enormes y la libertad con la que se expresaban era la más amplia, aún en situaciones de represión. Era la época en la que promociones enteras de la clase obrera se transformaban en su vanguardia intelectual: todos los que escribían en las páginas de *La Organización Obrera* eran obreros. Buena parte de los que lo hacían en *La Protesta* y *La Vanguardia* también.

Estructurar a la clase en una organización nacional, poderosa, era el objetivo de todos. Un diario obrero es un organizador de relaciones, igual que uno burgués. La diferencia estriba en el tipo de relaciones que organiza. Organiza relaciones entre obreros. Para toda organización obrera, reflejar la vida de los obreros en sus publicaciones es una necesidad: da a conocer el carácter común de los problemas, la forma en que miles de actos y hechos dispersos constituyen una sola realidad. Muestra al individuo indefenso la fuerza potencial de la unidad de los que, en la superficie, aparecen como seres aislados. Autoidentificación, autorreconocimiento. Un diario obrero no le habla a la “opinión pública” para mostrar la “iniquidad” del “capitalismo” o cosa por el estilo. Un diario obrero, cuando es una realidad viva, es un instrumento de trabajo político en el seno de la clase obrera. Y lo primero que tiene que demostrar es que no dice “disparates”, que sus expresiones son el fiel reflejo de la realidad: nadie juega el cuero en una huelga, un boicot o lo que fuera, siguiendo a locos desahogados que inventan una realidad que no existe. Por eso, los diarios obreros suelen tomar información “oficial”, “estatal”, “burguesa”, simplemente por aquello de “a confesión de parte relevo de pruebas”.

Un diario obrero es un organizador de relaciones, pero cada uno de ellos responde a programas políticos diferentes, lo que quiere decir que no todos organizan el mismo tipo de relaciones ni de la misma manera. Cada uno organizará las relaciones que correspondan a su programa. Es por eso que una de las vetas más ricas que permiten la confrontación de la información es la contrastación de los dichos de cada una de las orientaciones políticas con los de las otras. Dice mucho más sobre la veracidad de la información de *La Protesta* la confrontación con las versiones similares que ofrecía *La Vanguardia* que con diarios burgueses. Puede ver el lector los ejemplos que aparecerán en los capítulos finales.

Los diarios burgueses, por su parte, también construyen relaciones: en el seno de la burguesía, primero; entre burguesía y proletariado, luego. En la medida en que construye relaciones entre supuestos iguales, el sujeto interpelado por la prensa burguesa es el “ciudadano”. En el seno de la burguesía, los periódicos burgueses actúan como partidos, representando ya a fracciones específicas, ya a la totalidad del capital abstraído de sus intereses inmediatos.<sup>56</sup> Entre burguesía y proletariado, los diarios vehiculizan los intereses secundarios de las clases subalternas, al tiempo que intentan compatibilizarlas con el interés general de la clase a la que representan. Al mismo tiempo, son empresas capitalistas, por lo cual la presión por la ganancia juega su lugar también en el asunto, obligándolos a veces a reflejar hechos que sería mejor

ocultar. Por otra parte, para “mentir” con eficacia, es necesario también decir la “verdad” de vez en cuando. En el período en cuestión, son los únicos medios de comunicación de masas, de modo que su rol en la creación del consenso necesario para la hegemonía es central. Deforman, ocultan, parcializan, dan a luz lo que les conviene cuando les conviene, siempre dentro del marco de intervención posible de su clase. Eso no significa que no tengan contradicciones entre sí, todo lo contrario. De la misma manera que los diarios obreros, también representan a fracciones y capas distintas y organizan relaciones sociales diferentes.

Igual que cualquier fuente, los diarios requieren criterios de control. Un diario burgués opositor puede ofrecer información muy detallada de actividades represivas del Estado o de organizaciones paraestatales. Un periódico obrero puede no informar con detalle a fin de proteger a sus militantes en determinados hechos.<sup>57</sup> Hay ciertas informaciones, sin embargo, que no se encontrarán en otro lugar que en las bocas de los protagonistas. No recurrir a ellos es arriesgarse a desconocer hechos y malinterpretar procesos.<sup>58</sup>

El cuestionamiento a este tipo de fuentes suele olvidar que tienen algunas ventajas difíciles de igualar por otras. Una de ellas es la homogeneidad, la universalidad y unidad del registro, extensión geográfica, etc. Si no se guardan esas precauciones, se puede sobredimensionar un fenómeno al que fuentes específicas le otorgan más atención que a otros. Precisamente, entre las fuentes que se proponen como superación de las dificultades de la historia de la clase obrera y que está más expuesta que ninguna a los problemas que no tienen los periódicos se encuentra el registro oral. En efecto, como ya vimos, a la historia oral se le han adjudicado propiedades políticas y epistemológicas desmesuradas. Ciertamente, algunos trabajos han arrojado resultados notables y han reconstruido procesos importantes, pero eso no justifica los dislates a los que se ha llegado, tanto en la historia del movimiento obrero y la izquierda, como de la inmigración.<sup>59</sup>

En relación a esta investigación, entrevisté a Juan Fernández, anarquista de Pergamino, a Miguel Ávila, socialista de Córdoba, a Pascual Vuotto, mítico anarquista de la provincia de Buenos Aires, a Roque Gardella, peón rural de Chacabuco y a Humberto Correale, también anarquista. Las declaraciones de este último fueron sorprendentes: había ido a verlo a Quilmes por su participación en la huelga de Alejandro (Córdoba) de 1921 después de haber leído su columna en *La Protesta* de ese año. Para mi sorpresa, ese magnífico luchador de más de 80 años recordaba con lujo de detalles todos los episodios de la huelga. Pero ninguno, absolutamente ninguno, añadía absolutamente nada, nada, a la columna del diario, 60 años atrás. No es sorprendente, basta recorrer las columnas de *La Protesta* de 1921 para tener el núcleo más importante de la información que luego Teodoro Suárez le dio a Osvaldo Bayer para escribir “La Masacre de Jacinto Aráuz”. Las entrevistas a personas “del común”, no militantes, participantes o no en los hechos investigados tampoco arroja grandes novedades.

Algo parecido sucede con los archivos judiciales o del Ministerio del Interior. Debo reconocer que los archivos del Ministerio del Interior que revisé para la crucial cosecha de 1919-20 son extraordinariamente parcos y no dicen nada que no estuviera en los diarios. Los juicios (ah!, la última

palabra en fuentes...) aparecen denunciados como abusos patronales en las columnas de los diarios, como ese que un grupo de carreros de Rojas le hace a un cerealista en 1922 entre los que figura, como afectado denunciante, un tal Domingo Sartelli, mi bisabuelo...

Tanto el registro privilegiado con la historia oral, como el cuestionamiento a los diarios obreros como fuente válida, esconden no sólo un prejuicio hacia la historia políticamente explícita sino, peor aún, un rechazo del concepto de verdad. En el conjunto de la historiografía socialdemócrata prima un concepto débil de verdad, pero donde ello llega a su paroxismo es en la crítica literaria.<sup>60</sup> En la historiografía latinoamericana, Florencia Mallon ha resumido los resultados de la Escuela de estudios de clases subalternas, como ya aclaré, una mixtura impropia del pobre Gramsci con Derrida y Foucault.<sup>61</sup> A pesar de reconocer lo infeliz de un matrimonio de ese tipo, Mallon insiste en la apología de la incoherencia: aunque sea imposible ser gramsciano al mismo tiempo que posmoderno, una especie de desesperación post-muro la llevaría a reivindicar el absurdo de galopar al mismo tiempo caballos que van en direcciones opuestas. Absurdo que se muestra en toda su magnitud en una propuesta metodológica que se ofrece como panacea "política": parece ser que si tratamos los textos con instrumental posmoderno recuperaremos el radicalismo político que el marxismo ya es incapaz de ofrecer. El problema surge cuando la asunción de los presupuestos posmodernos y/o derrideanos lleva a la disyunción: si existe la realidad y puedo conocerla, Derrida me sirve de poco. Si Derrida y/o los presupuestos posmodernos me sirven de mucho, el objeto de la investigación se transforma en texto, lo que lleva implícito que el tan mentado radicalismo político queda reducido a "guerra de palabras". Habiendo eliminado todo criterio de verdad, no hay crítica posible de fuente alguna, porque todas son "construidas" y no "la realidad misma". No hay ningún presupuesto de privilegio para ningún discurso ni ningún observador. En consecuencia, lo que yo digo y hago es tan válido como lo suyo y lo de cualquiera. Vale señalar que esta consecuencia es una banalidad.

### **¿Por qué todo esto no sirve para nada?**

Después de este largo ajuste de cuentas con el thompsonismo y sus reflejos argentinos, cabe resumir las conclusiones. Y la principal de todas ellas es que, tomado por su mejor lado, en el mejor de los casos la mayoría de los "descubrimientos" teórico-metodológicos tienen un valor marginal: la importancia del estudio de los factores culturales, del mundo más allá de la fábrica, la relevancia de la historia oral, de la crítica de las fuentes, de la institución "historia", de la auto-actividad de la clase, de las diferencias entre la clase y sus mediaciones y representaciones, etc.

El corazón del thompsonismo, sin embargo, no tiene prácticamente ningún valor para la historia de la clase obrera argentina: nos encontramos con una clase que nace "adulta", producto del desarrollo desigual y combinado de la conciencia de clase. Que protagoniza, rápidamente, conflictos típicamente clasistas y que se organiza en la forma en que se espera que lo haga. De allí que la noción de "resistencia" venga en realidad a oscurecer los problemas más que a aclararlos. Es probable que la apuesta

thompsoniana tenga algún valor para el período en que en su patria natal fue utilizado. Dicho de otra manera, tal vez puedan recuperarse elementos útiles para la prehistoria de la clase obrera argentina, el siglo que va de 1750 a 1850. Una evaluación tal escapa a los límites del trabajo que nos preocupa. Esa es la razón por la cual hemos debido realizar esta tarea de higiene, antes de explicitar nuestros puntos de partida.

Podemos concluir de este itinerario que ya a fines del siglo XIX la clase obrera está en condiciones de acciones de calidad superior a “las tretas del débil” (hay sindicatos, conciencia de clase, acciones propias de la clase obrera desde 1870 por lo menos), que no es necesario buscar el “hidden transcript” ni la “economía moral”, que la clase obrera no ha estado siempre a la defensiva, por lo tanto la categoría “resistencia” no describe la realidad adecuadamente. Por el contrario, las acciones de masas demuestran una presencia masiva de la clase obrera actuando como tal clase.

## Notas

<sup>1</sup>Los textos en los que basamos esta reconstrucción son: “E. P. Thompson, the British Marxist Historical Tradition and the Contemporary Crisis”, de Harvey Kaye, en Kaye, Harvey and Keith McClelland (ed.): *E. P. Thompson. Critical Perspectives*, Temple University Press, Filadelfia, 1990; Kaye, Harvey: *Los historiadores marxistas británicos*, Prensas Universitarias, Zaragoza, 1989; Palmer, Bryan: *E. P. Thompson: Objections and Oppositions*, Verso, London, 1994; Anderson, Perry: *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Siglo XXI, México, 1987; Anderson, Perry: *Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI, Madrid, 1986; Meiksins Wood, Ellen: “A Cronology of New Left and its Succesors or: Who is Old Fashioned Now?”, in *Socialist Register* 1995; Miliband, Ralph: “El nuevo revisionismo en Gran Bretaña”, en *Cuadernos del Sur*, n° 8, octubre de 1988; Hobsbawn, Eric: “El marxismo hoy”, en *Cuadernos políticos*, n° 36, abril-junio de 1983; Saville, John: “Edward Thompson, the Communist Party and 1956”, en *Socialist Register*, 1994; Aracil, Rafael y Mario García Bonafé: “Marxismo e historia en Gran Bretaña”, en *Hacia una historia socialista*, Ediciones del Serbal, Madrid, 1983.

<sup>2</sup>Dobb, Maurice: *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Siglo XXI, México, 1987; Caudwell, Christopher: *La agonía de la cultura burguesa*, Ediciones ryr, Bs. As., 2008; Farrington, Benjamin: *Ciencia y política en el mundo antiguo*, Ayuso, Madrid, 1979 y *El cerebro y la mano en la Antigua Grecia*, Lautaro, Bs. As., 1949; Haldane, J. B. S.: *La desigualdad del hombre*, Fabril editora, Bs. As., 1961; Bernal, John D.: *La ciencia en la historia*, Nueva Imagen, México, 1981-

<sup>3</sup>La cantidad de tinta que corrió, mucha de ella completamente inútil, sobre este debate es infinita, de modo que nos limitaremos a indicar los textos centrales. El combate de Thompson contra la “nueva izquierda” trosko-mao-guevarista representada por el grupo de la *New Left Review* comienza con una respuesta a la sorprendente y absurda idea de Perry Anderson sobre que en Inglaterra no se había producido una verdadera revolución burguesa, un proceso en el cual la vieja aristocracia se mantiene en el poder (“Origins of the Present Crisis” y “Socialismo y pseudoempirismo”, ambos en *NLR*, en el n° 23 el primero y en el 35 el segundo, de 1964 y 1966 respectivamente). Thompson atacó con un soberbio ensayo, “The Peculiarities of the English”, en *Socialist Register*, 1965, aunque Anderson no aprendió nada y repitió las mismas ideas tiempo después (“Components of the National Culture”, traducido al castellano como *La cultura represiva*, Anagrama, 1977). El debate se transformó luego en una controversia sobre el valor de la historia, denostada como “empirismo”, y sobre el lugar del sujeto en los procesos históricos, siendo acusado Thompson de “humanista”. Apareció, precisamente, como un debate entre el “humanismo” y el “estructuralismo” o entre Thompson y Althusser, aunque éste nunca contestó. Abrió el fuego Thompson, con *Miseria de la teoría* (Crítica, Barcelona, 1988), que fue respondido por Perry Anderson poco después en *Teoría, política e historia*. Un debate con E. P. Thompson (Siglo XXI, Madrid, 1985). Un ataque directo contra Thompson se desarrolló contemporáneamente en las páginas de *History Workshop*, en particular por parte de Richard Johnson (“Edward Thompson, Eugene Genovese y la historia socialista-humanista”), seguido por un intercambio en el que participaron Keith McClelland, Tim Putnam, Gavin Williams, Rober Shenton, Tim Mason, Simon Clarke, Gregor McLennan y Gareth Stedman Jones, publicado en castellano como AAVV: *Hacia una historia socialista*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1983. Una nueva ronda

- sobre el debate se produjo en el *History Workshop Journal* en 1981, con intervenciones de Stuart Hall, Richard Johnson, Raphael Samuel y E. P. Thompson, recogido en castellano en Raphael Samuel, ed.: *Historia popular y teoría socialista*, Crítica, Barcelona, 1984. Una serie de textos posteriores que evalúan elementos de esta polémica se reúnen en la compilación de Kaye y McClelland citada más arriba, con contribuciones de Geoff Eley, William Sewell, Catherine Hall, Renato Rosaldo, Ellen Meiksins Wood, Robert Gray y otros. En general, no campea allí el espíritu crítico. Entre los defensores de Thompson merece destacarse Meiksins Wood, Ellen: "El concepto de clase en Thompson", en *Cuadernos Políticos*, nº 36, abril-junio de 1983.
- <sup>4</sup>Kaye, *Los historiadores...*, op. cit. La idea de una "tradición" constituida por estos historiadores ya estaba presente en Richard Johnson ("Edward Thompson...", op. cit.).
- <sup>5</sup>Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe: *Hegemonía y estrategia socialista*, Siglo XXI, Bs. As., 1987.
- <sup>6</sup>Cainzos López, Miguel A.: "Clase, acción y estructura: de E. P. Thompson al postmarxismo", en *Zona Abierta* nº 50, enero-marzo de 1989, p. 68-69
- <sup>7</sup>Meiksins Wood ha sido la campeona por excelencia del llamado "marxismo político", expresado por los historiadores británicos, los radicales americanos y por trotskizantes como Robert Brenner. Se ha batido tanto contra el althusserismo en defensa de Thompson, como contra la deriva posterior postestructuralista y el marxismo analítico. Véanse, en particular, *The Retreat from Class*, Verso, London, 1986 y *The Pristine Culture of Capitalism*, Verso, London, 1991. Retoma prácticamente todos sus temas en *Democracia contra capitalismo*, Siglo XXI, México, 2000.
- <sup>8</sup>Genovese, Eugene: *Roll, Jordan, Roll. The World the Slaves Made*, Vintage Books, Nueva York, 1976
- <sup>9</sup>Samuel, Raphael: "Historia popular, historia del pueblo", en Raphael Samuel (ed.): *Historia Popular y teoría socialista*, Crítica, Barcelona, 1984.
- <sup>10</sup>Samuel, op. cit., p. 35
- <sup>11</sup>Guha, Ranajit: "Prefacio a los Estudios de la Subalternidad. Escritos sobre la historia y la Sociedad Surasiática", en Cusicanqui, Silvia y Rossana Barragán (comp.): *Debates post-coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*, Producciones Culturales Arawiyiri, Bolivia, 1991.
- <sup>12</sup>Véase, de Eric Hobsbawm, "Sobre la historia desde abajo", en *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998
- <sup>13</sup>Guha detalla al grupo original: Shahid Amin, David, Arnold, Gautam Bhadra, Dipesh Chakrabarty, Partha Chatterjee, David Hardiman y Gyanendra Pandey. Véase para estos detalles la introducción de David Ludden a *Reading Subaltern Studies*.
- <sup>14</sup>Simeon, Dilip: "Subaltern Studies", in [www.amanpanchayat](http://www.amanpanchayat), diciembre de 2008
- <sup>15</sup>El "giro lingüístico" fue una de las formas que asumió la "desmarxización" de las ciencias sociales. Véase Palmer, Bryan: "The Eclipse of Materialism: Marxism and the Writing of Social History in the 1980s", en *Socialist Register*, 1990 y Ross, George: "Intelectual against the Left", en idem.
- <sup>16</sup>Sarkar, Sumit: "Le déclin du subalterne dans les *Subaltern Studies*", en *Writing Social History*, Delhi, Oxford, 1997
- <sup>17</sup>Entre los críticos más importantes se encuentran Arif Dirlik (...) y Aijaz Ahmad (*In Theory*, Verso, London and New York, 1992). En particular, en éste último se destaca la crítica a Edward Said. Una síntesis de la posición de Ahmad puede verse en "Poscolonial Theory and the 'Post'-condition", en *Socialist Register*, 1997. Una evaluación sobre la crítica de Ahmad al poscolonialismo y al mismo tiempo una reseña de las teorías de Said, Bhabha y Spivak puede verse en Grüner, Eduardo: *El fin de las pequeñas historias*, Paidós, Bs. As., 2002.
- <sup>18</sup>Una conexión más estrecha entre el movimiento naxalita (nombre popular del Partido Comunista de la India ML) y el origen del grupo de Guha se defiende en Bahl, Vinay: "Situating and Rethinking Subaltern Studies for Writing Working Class History", in Arif Dirlik, Vinay Bahl and Peter Gran: *History after the Three Worlds: Post-Eurocentric Historiographies*, Rowan and Littlefield Publishers, Maryland, 2000. Según Tom Brass, el rechazo del Grupo a la lucha de clases y el privilegio a la lucha de castas es paralelo al de los naxalitas.
- <sup>19</sup>Chakrabarty, Dipesh: "Una pequeña historia de los Estudios Subalternos", en *Anales de desclasificación*, [www.desclasificacion.org](http://www.desclasificacion.org). Otras defensas del grupo, con diferentes argumentos, pueden verse en Sylvester, Christine: "Development Studies and Poscolonial Studies: Disparate Tales of the 'Third World'", en *Third World Quarterly*, nº 4, agosto de 1999 y en Lal, Vinay: "Subaltern Studies and Its Critics: Debates over Indian History", en *History and Theory*, nº 40, febrero de 2001.
- <sup>20</sup>Una reivindicación de la lectura "crítica", es decir, foucaultiana de los archivos coloniales puede verse en Ballantyne, Tony: "Archive, Discipline, State: Power and Knowledge in South Asian Historiography", en *New Zealand Journal of Asian Studies*, nº 3, junio de 2001.
- <sup>21</sup>Véase Guha, Ranajit: "Sobre algunos aspectos de la historiografía colonial de la India", en Cusicanqui y Barragán, op. cit.
- <sup>22</sup>Luden, op. cit. La influencia de James Scott, en particular su .... Es más que obvia, y a través suyo, del Thompson que se expresa sobre todo en el concepto de "comunidad" y "economía moral". Véase, además de *The Making...*, la muy influyente compilación *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1984. Son muy relevantes, para la problemática subalterna, los artículos dedicados al delito del anonimato y a la

economía moral. Menos relevante parece haber sido para Guha y los suyos el destinado a la “lucha de clases sin clases”.

<sup>23</sup>Bahl, op. cit. De hecho, los “subalternos” indios y latinoamericanos reivindican a Franz Fanon y Amílcar Cabral.

<sup>24</sup>En Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta: *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, Porrúa, México, 1998

<sup>25</sup>Mignolo, Walter: “El potencial epistemológico de la historia oral: algunas contribuciones de Silvia Rivera Cusicanqui”, en Daniel Mato (coord.): *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*, CLACSO, Caracas, 2002. Una buena reflexión sobre este problema, en línea con lo que aquí sostenemos, es la entrevista que Daniel James le hace a Paul Thompson en *Entrepasados*, nº 9, fines de 1995.

<sup>26</sup>Halperín Donghi, Tulio: “Campesinado y Nación (a propósito de Peasant and Nation, de Florencia Mallon)”, en *Entrepasados*, nº 12, 1997. Hobsbawn, Eric: “Posmodernismo en la selva”, en *Sobre la historia*, op. cit. También, en la misma compilación véase “La historia de la identidad no es suficiente”.

<sup>27</sup>Grosfoguel, Ramón: “La descolonización de la economía política y los estudios poscoloniales”, en *Tabula Rasa*, Bogotá, nº 4, ene-junio de 2006. En la misma línea, Lander, Edgardo: “Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos”, en Lander, Edgardo: *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Bs. As., CLACSO, 2003

<sup>28</sup>Guha, Ranajit: “Prefacio...”, op. cit.

<sup>29</sup>Se nos ha preguntado por qué “socialdemócrata” y no simplemente “liberal”. En primer lugar, porque existe una corriente abiertamente liberal (Botana, Gallo, Cortés Conde) con la que los socialdemócratas discuten, aunque en términos muy moderados; segundo, porque las preocupaciones liberales y socialdemócratas no son las mismas: si las primeras se pretenden mostrar que las políticas de su signo han dado los mejores resultados, la socialdemócrata insiste en un discurso filo-keynesiano; tercero, porque ambos reivindican tradiciones intelectuales locales diferentes: Alberdi, en el primer caso; Juan B. Justo (a través de José Luis Romero) en el segundo.

<sup>30</sup>“Hobsbawn y nuestro pasado”, en *Punto de Vista* nº 46, p. 16

<sup>31</sup>Romero, Luis Alberto y Leandro Gutiérrez: *Sectores populares, cultura y política*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1995, p. 14. A partir de aquí, todas las citas corresponden al mismo libro, a menos que se indique lo contrario.

<sup>32</sup>Hobsbawn, Eric: “La formación de la clase obrera, 1870-1914”, en *El mundo del trabajo*, Crítica, Barcelona, 1987, p. 238

<sup>33</sup>Hobsbawn, *El mundo...*, op. cit., p. 18

<sup>34</sup>El mejor ejemplo es, tal vez, la compilación de Diego Armus: *Mundo urbano y cultura popular*, Sudamericana, Bs. As., 1990

<sup>35</sup>Thompson, E. P.: *The making of the English Working Class*, Penguin, London, 1991, p. 8. Traducción propia.

<sup>36</sup>Devoto, Fernando: “Las sociedades italianas de ayuda mutua en Buenos Aires y Santa Fe. Ideas y problemas.”, en *Studi emigrazione*, Centro Studi Emigrazione, Roma, anno XXI, settembre, 1984, nº 75

<sup>37</sup>Aunque ya no lo afirma de modo tan rotundo, Devoto insiste con esta idea e incluso con la misma comparación veinte años después, en su *Historia de la inmigración en la Argentina*, Sudamericana, Bs. As., 2004, pp. 310-319

<sup>38</sup>Gandolfo, Romolo: “Las sociedades italianas de socorros mutuos de Buenos Aires: Cuestiones de clase y etnia dentro de una comunidad de inmigrantes (1880-1920)”, en Devoto, Fernando y Eduardo Míguez (comp.): *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica*, CEMLA-CSER-IEHS, Bs. As., 1992.

<sup>39</sup>Para que no se crea que corresponde a un análisis sesgado por la “ideología marxista”, remitimos al lector, por ahora, al análisis del mismo conflicto de Villaguay de McGee Deutsch, Sandra: *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932*, UnQui, Bs. As., 2003

<sup>40</sup>*La Vanguardia*, 13/6/1896, citado por Gandolfo, op. cit.

<sup>41</sup>Gandolfo, op. cit.

<sup>42</sup>Ibid, p. 319

<sup>43</sup>Zuccarini, Emilio: *Il lavoro degli italiani nella Repubblica Argentina del 1516 al 1910*, Bs. As., 1910, citado por Gandolfo, op. cit., p. 319

<sup>44</sup>Sobre el tema, la mejor reflexión es la de Luxemburgo, Rosa: *Huelga de masas, partido y sindicatos*, PyP, Bs. As., 1970

<sup>45</sup>Ruffo, Miguel y Frydenberg, Julio: *La Semana Roja de 1909*, CEAL, Bs. As., 1992, t. 1, p. 44-45. También puede verse Bilsky, Edgardo: *La FORA y el movimiento obrero*, CEAL, Bs. As., 1985

<sup>46</sup>Véase Bilsky, Edgardo: *La FORA y el movimiento obrero*, CEAL, Bs. As., 1985

<sup>47</sup>*Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, nº 46, marzo de 1920, p. 200

<sup>48</sup>Los discursos del Iro. de mayo de 1890 tuvieron que repetirse en español, alemán, italiano y francés. Ratzel, José: *Los marxistas argentinos del '90*, Ediciones pasado y Presente, Córdoba, 1969, op. cit., p. 71

<sup>49</sup>Un viejo militante anarquista, Humberto Correal, me relató cómo, durante una huelga en la Boca, los patrones

utilizaron “crumiros” japoneses, lo que los llevó a buscar (y encontrar) un obrero japonés que actuara de traductor y le explicara a los rompehuelgas la situación, tras lo cual pudo desbaratarse la maniobra.

<sup>50</sup>Quien mejor ha estudiado el asunto es Bertoní, Lilia Ana: *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*, FCE, Bs. As., 2001

<sup>51</sup>Míguez, Eduardo: “Política, participación y poder. Los inmigrantes en las tierras nuevas de la Provincia de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX”, en

<sup>52</sup>Pianetto, Ofelia: “Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922”, en: *Desarrollo económico*, n° 94, (jul-set 1984).

<sup>53</sup>Véase Palacio, Juan Manuel R.: “¿Revolución en las pampas?”, en *Desarrollo económico*, n° 140 (enero-marzo 1996), Sartelli, Eduardo: “¿Revolución en la historiografía pampeana? Una respuesta a “¿Revolución en las pampas?” de Juan Manuel R. Palacio”, en *Desarrollo económico*, y Palacio, Juan Manuel R.:

<sup>54</sup>Gramsci, Antonio: *Escritos políticos (1917-1933)*, Siglo XXI, México, 1990, p. 109

<sup>55</sup>No obstante, no está de más aclarar que sólo en el artículo más criticado hay 44 citas de diarios no obreros, de todo tipo y color (*La Prensa, El Diario, La Razón y Chacabuco, La Voz del Interior, La Capital, La Tierra*, etc.).

<sup>56</sup>El locus clásico sobre la prensa como “partido” es Gramsci, Antonio: Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado moderno, Nueva Visión, Bs. As., 1984, p. 29-30. Un caso estudiado localmente es Sidicaro, Ricardo: *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación (1909-1989)*, Sudamericana, Bs. As., 1993

<sup>57</sup>Un ejemplo claro lo encontramos en el período 1974-76 con la prensa de organizaciones de izquierda. Ver Löbbecke, Héctor: *La guerrilla fabril*, Ediciones ryr, Bs. As., 2006

<sup>58</sup>Véase, por ejemplo, Iñigo Carrera, Nicolás: *La estrategia de la clase obrera*. 1936, PIMSA-La rosa blindada, Bs. As., 2000

<sup>59</sup>El ejemplo más claro es, probablemente, el de Pozzi, Pablo: *Por las sendas argentinas. El PRT-ERP, la guerrilla marxista*, Eudeba, Bs. As., 2001. Una crítica de estas posiciones, en Schwarzstein, Dora: “Tendencias y temáticas de la historia oral en Argentina”, en *Entrepasados*, n° 9, fines de 1995. En el mundo de los estudios sobre la inmigración, véase la apología del seudo conocimiento (y por ende, negación del conocimiento real) desplegada por Fernando Devoto en el prólogo a Priamo, Luis: *Memorias de la Pampa gringa*, Unqui, Bernal, 2005. Se trata de una colección de tres entrevistas sin el menor análisis, en el mejor de los casos, material en bruto para analizar por un verdadero historiador. Ejemplos notables de historia oral: *Recuérdalo tú, recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 2001

<sup>60</sup>Véase, en particular, Ludmer, Josefina: *El cuerpo del delito*, Perfil, Bs. As., 1999.

<sup>61</sup>Mallon, Florencia: “Promesa y dilema de los estudios subalternos: perspectivas a partir de la historia latinoamericana”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana, Dr. Emilio Ravignani*, 3ra. Serie, núm. 12, II semestre de 1995. Véase la acertada crítica de Halperin Donghi, Tulio: “Campesinado y Nación (A propósito de Peasant and Nation, de Florencia Mallon)”, en *Entrepasados* n° 12, principios de 1997. La crítica al postmodernismo historiográfico es abundante, pero véase también, cercano a este tema, el artículo de Eric Hobsbawm, “Posmodernismo en la selva”, en *Sobre la historia...* op. cit.

## ***Las clases en el mundo rural***

### **Introducción**

La “cuestión agraria” ha sido problema desde muy distintos ángulos, siempre respondiendo a las preocupaciones particulares de cada actor y cada época. De todos los problemas incluidos en la cuestión agraria, aquí sólo nos interesan los que corresponden a la estructura de clases pampeana, a los efectos de conocer con el mayor detalle posible a los protagonistas de nuestro drama. En la medida en que no todos los miembros de esa estructura participan de las acciones examinadas aquí, no nos interesa una discusión pormenorizada de la naturaleza de todos ellos, sino sólo de los actores centrales: chacareros, contratistas, cerealistas, carreros y braceros. Dada la forma que asumen las clases sociales en el agro y a la historia de la “cuestión agraria”, el conjunto de la estructura social rural suele quedar oculta detrás de la díada terrateniente-campesino.<sup>1</sup> Como veremos, para encontrar al protagonista de esta historia, el proletariado rural, hay que realizar un considerable esfuerzo de “higiene” conceptual. En otro lugar nos ocupamos de la naturaleza del terrateniente pampeano, por lo que remitiremos allí al lector.<sup>2</sup> Nos ocuparemos aquí de despejar de la maraña de denominaciones confusas a la burguesía agraria, por un lado, a la clase obrera, por el otro. Así como el obstáculo epistemológico a superar, en el capítulo anterior era el “thompsonismo”, en éste, el obstáculo es el “campesinismo”.

### **I. La edad de oro campesina**

La “cuestión agraria” nace con el capitalismo, igual que el “campesinismo”. ¿Es el campesino un relictos condenado a la desaparición? ¿Es la clase correspondiente a un nuevo modo de producción no capitalista? ¿Es la cuarta clase del capitalismo, junto con burgueses, obreros y terratenientes? Para lo que aquí nos interesa, reconstruir toda la historia de la cuestión agraria (y de la cuestión campesina, en su interior) resulta excesivo. Sí es importante recapitular los últimos cuarenta años de reflexión sobre este personaje particular, porque es el fondo amorfo del cual extraeremos a nuestro personaje. Resulta una tarea ardua porque estas cuatro décadas han sido, sin duda, la edad de oro, política y académica, del principal obstáculo para la percepción del obrero rural, el campesino.

### **La cuestión agraria en la era de la razón maofista**

Nada más útil, para desarrollar este punto, que el examen del texto presentación del primer número del *Journal of Agrarian Change*, que es al mismo tiempo el balance de casi treinta años de la publicación que lo precedió, el reconocido *Journal of Peasant Studies* (JPS).<sup>3</sup> El artículo, producto de la pluma de los fundadores y editores de ambas publicaciones, Henry Bernstein y Terence Byres, se titula, muy sintomáticamente “From Peasant Studies to Agrarian Change”. El JPS incluye entre sus fundadores nada menos que a uno de los miembros de la santísima trinidad campesinista, Theodor Shanin (los otros dos son, obviamente, Eric Wolf y Alexander Chayanov). Nació en 1973 y, como su nombre lo indica con claridad, el campesino resultó su objeto de estudio privilegiado. Obviamente, más allá de los intereses generales que la figura conlleva, la influencia política determinante en su origen se encontraba en el ascenso del maoísmo como forma general de la guerrilla campesina, en particular, el proceso de descolonización y la revolución vietnamita. La revolución cultural china le agregó al maoísmo, además de su reconocido radicalismo campesino, un plus de antiestalinismo y renovación marxista que hizo furor en todo el mundo occidental. El maoísmo obligó a repensar la “cuestión campesina”, que tenía un lugar secundario y no muy prestigioso en los clásicos marxistas. Las obras de Eric Wolf y Barrington Moore resultaron un impulso intelectual adicional y en el mismo sentido. Chayanov, obviamente, se transformó en el numen de los estudios campesinos y su influencia creció gracias a, al mismo tiempo que se reflejó en, el JPS.

Sea como sea, el JPS definió o permitió definir, siempre siguiendo el balance de Bernstein y Byres, un “esencialismo” campesino, la ideología que aquí llamamos “campesinismo”: un sujeto compuesto por agricultores familiares, dedicados a la autosubsistencia, participantes de relaciones de reciprocidad en una comunidad de iguales, con una economía “sustentable”, como diríamos hoy, y que desarrollan valores de solidaridad comunal anti-capitalistas. La clave de esta construcción es el presupuesto de una lógica interna propia a la sociedad campesina, capaz de sobrevivir a la opresión externa y de ofrecer un modo de desarrollo alternativo y mejor, en términos sociales y políticos. Como señalan Bernstein y Byres, el esencialismo campesino no pertenecía en exclusiva a ninguna orientación política o programa particular y podía inspirar versiones populistas de izquierda y de derecha. Podía ser piedra de toque para posiciones anti-industrialistas como para la promoción de vías alternativas y mejores de desempeño social.

Contra el campesinismo dominante se expresó también, dentro del JPS, una corriente crítica que mostraba que el campesinado no era una unidad homogénea e indiferenciada sino que existía una diversidad amplia de experiencias campesinas, tan amplia que cuestionaba el uso del mismo concepto para todas ellas, incluso en ámbitos pre-capitalistas. Esta corriente, de reminiscencias leninistas y/o kautskianas, ponía énfasis en la diferenciación interna del campesinado y en los procesos de proletarización. Sin embargo, esta línea de trabajo no tuvo nunca la fuerza suficiente como para dar origen a algo así como un *Journal of Rural Workers*. Una prueba, indirecta si se quiere, de la preponderancia de la figura campesina en los estudios agrarios de los años '70. Cuando esa figura fue desafiada no fue en nombre del obrero rural sino de la Producción Mercantil Simple, es decir, de la

obra de Harriet Friedmann que examinaremos más abajo, que básicamente es una adaptación de Chayanov a las llanuras de Canadá y EE.UU. (y, como veremos, a la Argentina). Lo que parece haber resultado finalmente el mayor desafío es el impulso descampesinizador de la realidad misma, tanto como resultado político (ninguna de las grandes experiencias campesinas resultó en algo mejor que el estalinismo), como por sus novedades sociales (la desaparición del campesinado). Esta transformación de la realidad está, probablemente, en el origen del cambio de nombre de la publicación que reseñamos. Curiosamente, este proceso no ha dado lugar a la figura del proletariado rural, como veremos más abajo, sino a una “nueva ruralidad” que parece empeñada en un “neocampesinismo”, tanto más absurdo que el anterior. Recuperemos los dos momentos que nos interesan del campesinismo (Chayanov y Friedmann), no sin antes pasar por una breve reseña de los clásicos del marxismo contra los cuales ambas vertientes debaten. Al final, obviamente, volveremos sobre los “reflejos argentinos” de estos desarrollos teóricos.

### **El campesino en el marxismo clásico**

En el campo del marxismo, el campesinado ha jugado un papel cambiante, tanto en la política como en el análisis. En un principio, aparece tanto como un relictos del proceso social como en la función de elemento reaccionario. El locus classicus de este primer momento es la famosa cita de Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, donde lo describe en ambos aspectos:

“Los campesinos parcelarios forman una masa inmensa, cuyos individuos viven en idéntica situación, pero sin que entre ellos existan muchas relaciones. Su modo de producción los aísla a unos de otros, en vez de establecer relaciones mutuas entre ellos. Este aislamiento es fomentado por los malos medios de comunicación de Francia y por la pobreza de los campesinos. Su campo de producción, la parcela, no admite en su cultivo división alguna del trabajo ni aplicación ninguna de métodos científicos; no admite, por tanto, multiplicidad de desarrollo, ni diversidad de talentos ni riqueza de relaciones sociales. Cada familia campesina se basta, sobre poco más o menos, a sí misma, produce directamente ella misma la mayor parte de lo que consume, y obtiene así sus medios de subsistencia más bien en intercambio con la naturaleza que en contacto con la sociedad. La parcela, otro campesino y otra familia. Unas cuantas unidades de éstas forman una aldea, y unas cuantas aldeas un departamento. Así se forma la gran masa de la nación francesa, por la simple suma de unidades del mismo nombre, al modo como, por ejemplo, las patatas de un saco forman un saco de patatas. En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vivir, sus intereses y su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquéllas forman una clase. Por cuanto existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase.”<sup>4</sup>

Este personaje, entonces, no podía, según Marx, ser capaz de ninguna acción política independiente, necesitaba una representación externa. De esta manera, los “campesinos”, a quien Marx no caracteriza con demasiada precisión, se distinguen por su impotencia histórica. La próxima vez que Marx se ocupe del campesino, será con relación a la evolución de la agricultura rusa, en particular sobre “el porvenir de la comuna rural”. Se iniciará allí un largo debate en el marxismo que llegará prácticamente hasta nuestros días, donde aparentemente Marx parece dar razón a los populistas rusos, que creían, al estilo Chayanov, que el “mundo” campesino podía no sólo sobrevivir sino incluso ser la base de una nueva sociedad. La posición de Marx es bastante clara: si la revolución proletaria se produjera *antes* de la disolución de la comuna rural, ésta podría servir como instrumento de la socialización de la producción.<sup>5</sup> Lenin probará que esta alternativa, veinte años después, ha desaparecido.

Esta problemática, sin embargo, se le planteará a Engels con más fuerza que a Marx porque la socialdemocracia europea (en particular la alemana, pero también la belga, la francesa y la rusa) enfrentará el problema agrario a fines del siglo XIX, con la gran crisis que azotará el campo europeo.<sup>6</sup> De los textos más importantes sobre esta temática resaltan dos: *Las guerras campesinas en Alemania* y *El problema campesino en Francia y Alemania*.<sup>7</sup>

El primero de los textos mencionados se refiere al problema de la revolución en Alemania, en particular a las limitaciones de la burguesía alemana, más que a la naturaleza del campesinado. Sin embargo, el prólogo a la segunda edición alemana abundará sobre el problema campesino tal cual se presenta en su forma moderna, es decir, capitalista. Desarrollará esta cuestión con más detalle en el segundo texto. Allí, a diferencia del Marx del *Dieciocho brumario*, Engels se preocupará por desmontar la heterogeneidad social que se encuentra en la expresión “campesino”. Descubre en su interior dos realidades diferentes: las variantes del “campesinado” rico y medio, distinto del proletariado rural, y los campesinos en sentido estricto. A todo el campesinado francés lo ubica fuera de esta última realidad campesina y por eso critica el programa agrario del partido de Guesde y Lafargue. Define como “campesino” al propietario o arrendatario de tierras liberado de las trabas feudales, que no explota fuerza de trabajo y se basta con la familia. A este campesino “futuro proletario”, Engels le propone una solución cooperativa. La suerte de los otros, que explotan fuerza de trabajo asalariada, no le interesan. De hecho, tampoco el pequeño campesino es objeto de real interés, porque Engels señala como principal preocupación necesaria de la socialdemocracia al obrero rural.

Lo que Engels introduce, sin decirlo, es una categoría que rara vez se menciona en esta época: la pequeña burguesía. No lo dice, pero está implícita en su caracterización del “campesino pobre”. En efecto, hay dos procesos, que hemos explicado en otro lado<sup>8</sup>, que confluyen en ocultar dos realidades detrás del mismo nombre: la liberación del campesino, por un lado; la expropiación del pequeño productor, por otro. En el primer caso, el campesino deja de serlo, por transformarse en propietario de medios de producción, es decir, tener la potencialidad (cuando no la actualidad) burguesa. Dicho de

otra manera, un campesino liberado es un burgués, un pequeño burgués o un semiproletario, pero ya no un campesino. En el segundo caso, un burgués o un pequeño burgués agrario se pauperiza y puede, eventualmente, proletarizarse. Ambos procesos tienen características opuestas: en el primer caso, se trata de crear el capitalismo y, por lo tanto, de eliminar relaciones pre-capitalistas. El campesino es un explotado. En el segundo caso, es el resultado normal de la acumulación del capital, donde el ex campesino lucha por evitar ser expulsado del campo de los explotadores. Resulta claro que no puede utilizarse el mismo concepto para ambas realidades y que, como veremos, tampoco puede usarse incluso dentro de la segunda perspectiva.

Son estas contradicciones con las que tratan de lidiar Engels y luego, casi como una proyección directa, Kautsky y Lenin. Veamos cómo resuelven ambos el problema de un mismo nombre para tres realidades distintas.

Kautsky procede en forma cercana a la planteada por Engels. De hecho, su obra no es más que el despliegue de las líneas fundamentales del texto engelsiano. Para ello, examina con mucho detalle la evolución de la agricultura combatiendo en dos frentes: contra la acusación de dogmático marxista, que en aquella época quiere decir defensa de la perspectiva que observa un proceso de desaparición lineal de la pequeña producción rural; contra la tesis opuesta, que defiende la superioridad de la pequeña producción y, por ende, su carácter progresivo. Encuentra que si bien no se produce un proceso lineal de proletarización, sí avanza en ese sentido, sólo que de un modo más complejo. En particular, por la transformación de la pequeña producción en un complemento de la gran hacienda, en especial, como proveedora de fuerza de trabajo. Dicho de otro modo, Kautsky documenta el proceso de proletarización en el interior de la pequeña producción.

Lenin es quien tiene entre sus manos el problema más complejo, porque el campesinado es todavía una realidad masiva en la Rusia de entonces. Un proceso de liberación superficial, que en realidad ha dado nuevas formas a la vieja subordinación feudal, coloca al campesinado en la línea de fuego en la lucha contra el absolutismo. Sin embargo, de esa maraña de formas Lenin va a extraer tres variantes de la misma categoría: campesino rico, medio y pobre. Son, sin embargo, fácilmente traducibles por burguesía, pequeña burguesía y semiproletariado, aún en ese contexto de liberación limitada.

Para Lenin, cualquier proceso que contribuyera a aclarar las líneas de clase en el campo era bienvenido. De allí que saludará como progresivas las reformas de Stolypin, que tenían por función crear una burguesía agraria. Lenin no tenía ninguna confianza en el campesinado en general, ya que consideraba regresiva la pequeña propiedad, pero creía que esas líneas de clase se iban a desarrollar permitiendo a la clase obrera encontrar un apoyo en el campesino sin tierras o pobre. Dicho de una manera mejor, en la clase obrera rural. Era consciente de que el campesinado rico nunca sería un aliado, más bien lo contrario, y que el campesinado medio podía ser persuadido en alguna medida, pero accesorio. La base de la política agraria de Lenin, entonces, era aprovechar el impulso general de la burguesía agraria emergente (eso es un campesinado que lucha por su "liberación") para destruir el

absolutismo y construir una sólida base para la socialdemocracia entre el proletariado rural.<sup>9</sup>

¿Por qué Lenin no utilizó otro lenguaje para expresar una realidad nueva? Probablemente porque, en su contexto, todavía el “campesino” era un campesino, es decir, un productor directo agrario explotado en un modo de producción no-capitalista. El problema es cuando se arrastra el concepto a una realidad posterior: por definición, en el capitalismo no hay campesinos. Si los hay es porque la transición al capitalismo no se ha completado. Como veremos, ésta es la posición (coherente) que han asumido los “campesinistas” argentinos, es decir, los estalino-maoístas. Lo cierto es que escondiendo dos realidades bajo un mismo nombre, se esconden también dos políticas distintas: Lenin (y Engels) llamaban a colaborar con el campesinado en la destrucción del feudalismo; los estalinistas (claro que fuera de la URSS) llamaban a la conciliación con la burguesía por la vía de una alianza con sus fracciones más pobres. Dicho de otra manera, detrás del mismo personaje se escondían dos políticas distintas: las bases de revolución permanente, por un lado; el frente popular, por el otro.

### **La teoría campesina**

Sabido es que el campesinismo como ideología ha tenido (y tiene, aunque ya no tanto) un fuerte poder de atracción sobre los intelectuales. Aún en países donde no existieron jamás personajes aunque sea remotamente parecidos, un cierto populismo rural suele constituir un barniz persistente en los intelectuales progresistas que hablan “del campo”. La aureola revolucionaria, a veces justamente ganada, de los campesinos de más de un país, suele oficiar como catalizador de las simpatías del intelecto. Por eso resulta siempre un poco incómodo definir al pequeño productor rural. Indudablemente, Chayanov y su escuela junto con todos los “campesinistas”, llevan cierta ventaja frente a un auditorio positivamente motivado, sea de izquierda o de derecha y, sobre todo, frente a los mismos pequeños productores. De alguna manera, el chayanovismo ha sido y es la ideología espontánea de los “campesinos”.

Chayanov, economista ruso muy conocido, ha dejado una serie de obras en las que desarrolló su teoría de la economía campesina como un sistema económico que se debía entender en sí mismo. La principal obra de Chayanov, *La organización económica de la unidad campesina*, constituyó un notable esfuerzo por sintetizar su postura acerca del campesinado ruso, pero no fue la única. Escritor prolífico, tanto en historia como en economía y literatura, entre sus libros se destacan el *Viaje de mi hermano Alexis al país de la utopía campesina* y el breve, pero ambicioso, ensayo *Sobre la teoría de los sistemas económicos no campesinos*. Nos detendremos brevemente en este último texto.<sup>10</sup>

Chayanov parte de señalar que los sistemas económicos constituyen una totalidad, a partir de la cual no puede aislarse una categoría sin que el resto se caiga: en una sociedad donde no existe la ganancia, tampoco existe el capital ni los salarios. La conclusión, más que razonable, es que cada sociedad necesita su propia economía política. Su texto mayor, *La organización...* no pretende más que ser la economía política del campesinado, clase social que constituye un sistema económico a su

imagen, basado en la explotación de trabajo familiar no asalariado. La Unidad Económica Familiar (UEF) es definida como “la explotación económica de una familia campesina o artesana que no ocupa obreros pagados sino sólo el trabajo de sus propios miembros.” La importancia de su tarea yace en que esta UEF tiene, en su época (1920), una extensión notable: “Sabemos que la mayoría de las explotaciones campesinas de Rusia, China, la India y casi todos los estados no europeos, y aún muchos europeos, ignoran las categorías de trabajo asalariado y salario.”

Obviamente, se trata de una notable exageración, pero muestra la propensión de Chayanov a forzar los datos empíricos. A partir de aquí, forja una “economía política” del campesinado caracterizado por el subjetivismo, coherente con su posición teórica marginalista: la única categoría de ingreso válida es el producto del trabajo familiar, que se determina subjetivamente por una ecuación entre necesidad y valoración del esfuerzo necesario. La cuantía del mismo depende del tamaño y composición de la familia y sobre todo, del grado de esfuerzo familiar, su autoexplotación. El cuadro que culmina armándose es el de un sistema estático cuyos únicos vaivenes son los del ciclo vital de la familia campesina. Y aquí yace otro de los aspectos más débiles de la postulación chayanoviana: la economía campesina se encuentra en estado aislado, en situación en que ninguna presión del exterior la obliga a comportarse de otra manera. Chayanov es consciente de que la economía capitalista en expansión no sólo ataca la propiedad familiar sino que la vacía de mano de obra, pero prefiere hacer oídos sordos al gigantesco estruendo de la acumulación originaria. Al contrario, prefiere imaginar que ese proceso puede eludirse por siempre. Para sostener esa ilusión, aspectos clave de la “economía política” campesina son sobrestimados, como la capacidad de autoexplotación, que le permitiría enfrentar exitosamente al capitalismo: como lo explicaremos en el acápite siguiente, la superexplotación familiar tiene sus límites ya que, dada una determinada masa de capital y un nivel determinado de tecnología, ningún nivel de superexplotación puede recuperar la diferencia. Un trabajo que demanda una jornada de 8 horas puede, con una mejora técnica, ser realizado en 4 hs. Para el campesino se trata de una tragedia ya que los precios bajarán y para obtener la misma cantidad de bienes deberá trabajar el doble. Pero si la tecnología impone unas 2 horas por producto, el campesino ya no puede alcanzarlo ya que debería reemplazar la tecnología por más cantidad de trabajo, lo que, en este caso, es imposible, porque ningún día tiene 32 horas. Por eso el campesino se ve obligado, cosa que Chayanov no ve y Friedman sí, a innovar tecnológicamente en forma continua, tratando de alcanzar la productividad de las empresas más grandes. De alguna manera, se concibe la autoexplotación familiar como cornucopia de la que mana trabajo inagotablemente.

Esta posición corre pareja con el subjetivismo que señalábamos: el campesino deja de producir, según Chayanov, cuando ha cubierto sus necesidades. Así se construye un tipo ideal, el campesino abstracto, que jamás va a tener comportamientos similares a otras clases, como la burguesía. ¿Por qué el campesino va a negarse a obtener mayores ingresos si la situación se lo permite, comportándose de hecho como un burgués? Chayanov no tiene respuesta porque ha excluido la posibilidad en los supuestos mismos, reforzando así el carácter estático de la UEF. Por eso mismo, en

su descripción el “mundo” campesino es notablemente homogéneo. Todos los esfuerzos de Kautsky y Lenin por distinguir las fracturas que atraviesan ese mundo han sido deliberadamente omitidos.

### **Campesinos no campesinos**

Por alguna razón, que no viene al caso ahora, la agricultura cerealera favoreció a la pequeña y mediana burguesía, mientras la ganadería hizo lo propio con los grandes propietarios de tierras. Ese fenómeno ayudó a evaporar a la burguesía agraria: por abajo, identificándola con campesinos y pequeña burguesía; por arriba identificada con los terratenientes. Como dijimos más arriba, de éste último no nos ocuparemos en este texto. Nos concentraremos, en cambio, en un caso del primero examinando el trabajo de Harriet Friedman acerca de la producción mercantil simple (PMS), en tanto su obra constituye el intento más serio para negar el carácter capitalista del productor familiar cerealero.<sup>11</sup>

Friedman está preocupada por la naturaleza de los productores rurales de EE.UU. y Canadá, a los que quiere diferenciar tanto de los campesinos como de la burguesía. Es decir, intenta transformar al farmer en una clase particular, intento que será retomado en la Argentina por otros en relación al chacarero, como veremos más adelante. Como modo de distinguir a aquellos productores asociados al nombre “farmer” de los campesinos, desarrolla el concepto de Producción Mercantil Simple (en adelante, PMS). Esta forma de producción, concretamente el “farm” (la chacra, diríamos en castellano) se caracterizaría por mano de obra familiar *estrictamente*, combinada con una muy importante dotación técnica y una amplia mercantilización de la producción y la reproducción, participando del mercado capitalista sin ser una empresa capitalista. Como tal, constituiría una forma de producción que se caracterizaría por carecer de división de clases en su interior: el mismo sujeto (la familia) es ambos sujetos a la vez (obrero y burgués). La ventaja que le otorgaría la mano de obra familiar radicaría en la posibilidad de funcionar sin exigir la producción de ganancia y de aumentar los niveles de autoexplotación, reduciendo lo que en una empresa capitalista sería el peso del capital variable. Históricamente, esta ventaja se habría hecho evidente con la aparición de la economía farmer a gran escala en los años ‘90 del siglo diecinueve, cuando la producción capitalista de cereales en Europa fue desplazada por la producción no capitalista de América y Australia. La autora no lo dice, pero su análisis es perfectamente aplicable a la pampa, donde de hecho algunas posiciones retoman la suya.

El trabajo incurre en algunos errores y no pocas contradicciones: 1) En primer lugar, la autora supone que la producción mercantil simple (PMS) excluye toda mano de obra que no sea familiar. Sin embargo, sabido es que, en el período que ella analiza, la “chacra” típica tenía una importante participación de mano de obra asalariada *temporaria*. Suponemos, porque ni siquiera lo menciona, que conoce este hecho pero, como a la inmensa mayoría de los autores, aquí y allá y en cualquier lado, el carácter estacional del trabajo asalariado la ha confundido llevándola a suponer despreciable su peso en el proceso productivo.<sup>12</sup>

2) Si esto es correcto, la idea de que ninguna división de clases atraviesa a la forma PMS es incorrecta. Hay, en realidad, dos clases: en la parte más importante del proceso productivo cerealero, en la cosecha,<sup>13</sup> el asalariado tiene una participación clave, lo que significa que, en ese momento, el farmer\chacarero actúa como burguesía. En realidad, el proceso mismo de acumulación lleva al chacarero\farmer a constituirse al menos parcialmente en un burgués.

3) Friedman toma al PMS como un todo homogéneo, con lo cual borra el sentido de proceso de la historia. Es así como no puede ver que cuando mayor sea la chacra\farm más acusado será el carácter burgués del productor familiar. Por el contrario, cuanto menor sea, comienza a producirse la aparición del asalariamiento de la propia mano de obra familiar, con la cual, la forma PMS nuevamente incluye dos clases, sólo que ahora por abajo, es decir en un momento importante del proceso productivo, la cosecha o la siembra, el exceso de mano de obra familiar se comportará como asalariado fuera del farm.

4) Sólo en el hipotético caso de una perfecta correlación entre la disposición de mano de obra familiar y las necesidades de mano de obra para la chacra\farm, puede suponerse que la familia constituye una unidad indivisa y autosuficiente. Ante la menor desproporción en uno u otro sentido la "armonía" se romperá y aparecerá la división en clases. Ahora bien, en el período que Friedman estudia, la tecnología disponible para la producción de cereales hacía virtualmente imposible no emplear asalariados, en la cosecha por lo menos.

5) El desarrollo de la PMS americana y australiana, es cierto, puso contra las cuerdas a la producción capitalista europea. Sin embargo, no ocurrió lo mismo en Argentina.<sup>14</sup> Si la PMS desplaza al capitalismo por sus ventajas en la eficiencia final, ¿por qué no lo hizo en todos lados? ¿Por qué podían convivir en Argentina PMS con empresas capitalistas? El argumento podría ser llevado al caso europeo: ¿cómo hizo la empresa capitalista para desplazar a la PMS en Inglaterra?

6) Esto nos lleva al núcleo de la "ventaja" competitiva de la PMS, que según Friedman yace en dos elementos: a) la no necesidad de obtener ganancia y b) la posibilidad de superexplotar la mano de obra familiar. El punto b, si bien es cierto, es también relativo: la mano de obra familiar sólo está disponible durante un momento de la vida, la que va desde los 10-14 hasta los 20-25 años. Al llegar a la madurez los hijos se independizan. En un contexto de expansión y facilidades de acceso a la tierra, como el de 1880-1930, las posibilidades de retener la mano de obra deben haber sido escasas y aún contraproducentes si se piensa en las estrategias de acumulación familiar, donde la independencia de los hijos puede resultar parte de la ampliación de la unidad productiva. Pero, lo más importante es que incluye la presuposición falsa de que el asalariado no puede ser explotado al mismo nivel que la mano de obra familiar. Esa circunstancia depende del contexto histórico concreto y no puede darse por sentada. Pero hay algo más aún: los obreros sólo cobran su salario cuando trabajan, los miembros de la familia deben ser mantenidos todo el tiempo, incluyendo el tiempo muerto. Por lo tanto, para producir el mismo valor, el asalariado sólo cobrará tres meses de salario mientras el familiar debe ser mantenido durante 12. Por mucho que sea la superexplotación familiar, por mucho que los familiares

colaboren el resto del año en la producción de sus alimentos (huerta, por ejemplo), parece difícil que la diferencia a favor de la PMS en este aspecto sea muy sustanciosa. Se podría argumentar que durante el resto del año el familiar sale a conseguir salarios, pero entonces ya no hablamos de PMS en los términos de Friedman, sino de un semiproletario, alguien a quien sus propios medios de producción no le alcanzan para reproducirse.

El primer punto merece mayor discusión. Si bien es correcto que la PMS puede reproducirse sin necesidad de ganancia, puesto que le basta con obtener un precio que pueda reproducir el CC y el CV<sup>15</sup>, (siendo o no éste más barato que igual magnitud de trabajo asalariado). En estas condiciones, cualquier empresa capitalista se fundiría inmediatamente en el mismo momento en que se transpusiera hacia abajo el límite fijado por  $CC + CV + G$ . Pero esto es relativo, puesto que la empresa capitalista puede limitarse a la reproducción simple, con lo que la magnitud de la ganancia no tiene por qué exceder el consumo particular del capitalista, lo que permitiría a éste achicar diferencias. Pero, por otro lado, por la competencia constante que enfrenta el PMS se ve obligado no a la mera reproducción simple sino a la reproducción ampliada, con lo cual, el PMS debe obtener más que lo estrictamente necesario para la reproducción simple (CC+CV). Esto es muy importante si se recuerda que para los pequeños productores todos los costos tienden a ser mayores que para los más grandes, desde la semilla hasta las máquinas o el crédito, sin contar los arrendamientos, mucho mayores en proporción para los más chicos que para los más grandes. En realidad, el único costo que *pareciera* ser menor para la PMS que para las empresas capitalistas, es la mano de obra.

Por eso es necesario repensar el costo del CC para ambos tipos de producción. Por ejemplo, cuanto más pequeño es el predio, más ineficiente es el CC. Una trilladora será subutilizada por una chacra de 100 has., pero tendrá un uso óptimo en una de 500 a 1.000. Y así podríamos seguir con todo lo que Kautsky ya señaló con gran detalle hace casi 100 años. Esto nos permite acercarnos a otro supuesto fuerte de Friedman, a saber, que la óptima utilización de recursos coincide exactamente con el modelo de unidad productiva que sólo requiere mano de obra familiar. En el caso argentino, tal situación coincidiría exactamente con el chacarero maicero de 50 has. Debería explicar Friedman por qué tal personaje sólo alcanza un porcentaje cercano al 5% en el total de la producción maicera pampeana siendo el productor más eficiente... La única conclusión posible es que el óptimo de eficiencia productiva se encuentra en un punto intermedio entre la empresa capitalista y la PMS que incluye un importante porcentaje de mano de obra asalariada. Esto es lo único que puede explicar que puedan sobrevivir en el mismo espacio (la pampa húmeda) empresas capitalistas con las que *aparentemente* no lo son.

7) Existe otro punto importante que es necesario remarcar: no es sólo que si la diferencia establecida por las "ventajas" de la PMS fueran tan importantes, no sólo desplazarían a toda producción capitalista en cualquier lado sino que la misma producción capitalista no hubiera surgido nunca y no sólo en la agricultura. En efecto, la PMS puede darse en otros sectores de la economía, y es dable esperar que con los mismos resultados. Y sin embargo, es evidente que no sucedió tal cosa

porque, de lo contrario, no existiría el capitalismo. Por lo tanto, la explicación de Friedman a la permanencia de la PMS en la agricultura no alcanza. Hay que explicar cuál es la peculiaridad de la *agricultura* que hace que sólo allí (con unas pocas excepciones más) la PMS sobreviva.

Finalmente, ¿qué es la PMS? Friedman propone constituir la en una forma de producción específica con su propia lógica, al estilo de la economía campesina de Chayanov. Pero hay muchos elementos para negar esa autonomía. La principal surge del análisis que hicimos más arriba: no existe posibilidad alguna de una categoría permanente y estable de empresas familiares que no contraten fuerza de trabajo. Claramente se encuentran entre la burguesía y el proletariado: cuando contratan fuerza de trabajo, son una capa de la burguesía, la más pobre; cuando deben asalariarse durante un período, son una capa del proletariado, el semiproletariado. En ningún caso constituyen una clase en sí.

Por otra parte, la PMS se comporta y reacciona ante el mercado como cualquier empresa capitalista. Entre un chacarero\farmer y una empresa capitalista la diferencia pasa por la magnitud de trabajo asalariado de la que dependen, que en un caso permite al capitalista independizarse del trabajo y en el otro no. Esta situación es ambigua, propiamente transicional y por lo tanto, no puede constituirse en el seno de una entidad definida en sí misma sino en función de las tendencias que operan en ella. Y las tendencias son las mismas que operan en toda la economía capitalista, con las peculiaridades que el ámbito rural opone al capital. La chacra\farm no es más que un tipo específico de empresa capitalista que se ubica en aquellos sectores en los que el capitalismo tarda en desarrollarse a pleno, allí donde el proceso de acumulación, concentración y centralización del capital encuentran notables resistencias.

Es necesario aclarar que *todos* los ámbitos de la realidad oponen resistencia al capital. Que al capital le cueste más vencer tal resistencia en la agricultura no implica que tenga vía libre en todo lo demás. Cada ámbito de acción específico opone resistencias específicas. En el caso de la agricultura no es sólo la propiedad privada de la tierra (y su consecuencia inmediata, la renta) sino además la naturaleza misma. El capital está atado a sus ritmos y hasta ahora sus esfuerzos sólo lentamente han podido ir condicionándolos, hasta que al fin pueda dominarlos. Mientras tanto, igual que en muchos otros campos, crea condiciones para la actuación de pequeños capitales, que se instalan en el espacio abierto por las dificultades del capital de imponer su ritmo y condiciones.

Piénsese en los video-clubs: por su propia naturaleza deben ser pequeños y estar dispersos. Esto significa que las ventajas que el capital puede imponer del mayor tamaño, la concentración de los procesos productivos y la mayor eficiencia en el uso del capital, encuentra un tope rápidamente. Esas ventajas comienzan a diluirse al aumentar los gastos de administración, control de los empleados, dificultades para evadir cargas sociales e impuestos, seguros, etc. En esas condiciones, las posibilidades de los pequeños capitales se multiplican porque el límite de la eficiencia se encuentra ubicado muy abajo. A medida que el proceso de acumulación se desarrolla aumentan las dificultades para la pequeña burguesía, que se ve obligada a capitalizarse constantemente adaptándose al

progresivo dominio del capital en el espacio en cuestión. Éste ni es un proceso lineal ni tiene por qué excluir retornos al lugar de partida, pero aún en la agricultura, es visible la clausura creciente de espacios para la pequeña burguesía. Un farmer (una parte de ellos, en realidad) es un pequeño burgués, es decir, una fracción de la burguesía.

Esta peculiaridad de la producción agraria hace pesar la presencia de la mano de obra familiar en el mundo rural, otorgándole una importancia excesiva y desdibujando la presencia de una verdadera burguesía rural. Lo veremos cuando examinemos la figura del chacarero.

### **¿Nueva ruralidad o neocampesinismo?**

En el acápite inicial nos sirvió para desarrollar un balance sobre los estudios campesinos de la revista decana en el tema, el *Journal of Peasant Studies*. Vamos a valernos ahora de algo parecido, un balance sobre el campesinado latinoamericano, para cerrar esta sección. En efecto, “25 años de estudios rurales”, de José Bengoa, es testimonio de una deriva similar a la que observamos más arriba: el mundo ya no es el mismo, el campesino desapareció pero sigue existiendo, los descampesinistas tenían razón pero no la tienen, los obreros rurales bien, gracias.<sup>16</sup> Hay una “nueva ruralidad”, eufemismo para no reconocer la proletarización masiva de millones de “campesinos”.<sup>17</sup>

Bengoa comienza reconociendo la importancia de los cambios, señalando, incluso, que los textos clásicos de los años setenta ya no tienen relevancia. Es más: la cuestión rural ya no es un problema más que simbólico, porque la idea de un mundo agrario diferenciado ha pasado a la historia. Los cambios en la temática se deben, sobre todo, a las transformaciones objetivas en la producción agraria, por un lado, y a la introducción de las categorías étnicas y de género. Es decir, un cambio en el objeto y en la forma de estudiarlo. En los '70, la manera predominante era enfocar el problema desde el ángulo de la necesidad del desarrollo rural. Esta “mirada” ya era, a su vez, un intento de superar la perspectiva “criollista”, romántica, más preocupada por la opresión del indígena a través de una mirada compasiva. Según Bengoa, “esta mirada ocultaba la condición de productores de los indígenas, su mundo cultural vivo, su participación en las luchas políticas”. Como se ha dicho, el desarrollismo, en los '50, sucedió a la perspectiva criollista, imponiendo una lectura desde la economía y la historia económica, donde el problema es la estructura agraria como obstáculo al desarrollo. Es esta perspectiva la que transforma a los indígenas en “campesinos”, categorización que los mismos protagonistas adoptan. No queda claro si es la forma en que los estudiosos miran lo que provoca el cambio o la adopción por los indígenas de la nueva categoría la que reformula el problema, pero está claro que los “indios” desaparecen y emergen los “campesinos”. La política que se impone es la reforma agraria, desde una perspectiva “urbana”, que percibe un “campo” atrasado y fuente de la opresión campesina.

La reforma agraria, en general, fracasó en sus ilusiones, pero inició un proceso de cambio rural profundo, que incluyó la transformación de latifundios en empresas agrícolas, la transformación

de muchos campesinos en productores capitalistas y la apertura de nuevas tierras en colonización. Sobre las consecuencias de este proceso se producirá el debate entre campesinistas y descampesinistas, resumido por Bengoa de la siguiente manera:

“El debate entre quienes pensaban que el campesinado latinoamericano era la estructura de estabilización del continente y quienes veían un proceso inevitable de destrucción de las unidades campesinas y que a la corta o a la larga se proletarizaría la fuerza de trabajo rural, migraría a las ciudades y se empobrecería cada vez más.”

Obviamente, los campesinistas reflataron a Chayanov y los anti-campesinistas a Lenin. Según Bengoa, el debate terminó a comienzos de los '80, con la fórmula elaborada por David Lehman, “ni Chayanov ni Lenin”. ¿Qué es lo que resultó? Otra vez, en palabras de Bengoa:

“Quienes miraban desde una perspectiva más proletarista, afirmaban el inexorable proceso de destrucción de la vida rural. Seguían tendencias europeas claramente descritas que finalmente no ocurrieron en América Latina. Los campesinos que abandonaron el campo no se proletarizaron. Los que quedaron tampoco se transformaron en obreros agrícolas. Un extraño proceso económico y político ocurrido en los ochenta, marcado por la crisis más generalizada (y aún no concluida) condujo a que esas enormes masas de personas humanas no quedaran incluidas en una categoría social claramente detectada por las ciencias sociales. Masas pobres flotantes entre las ciudades y los campos, trabajadores de temporada, semiasalariados, habitantes de poblados semirurales, en fin, una nueva masa poblacional sobre la cual tenemos muy poco que decir y de la que los intelectuales y científicos sociales latinoamericanos sabemos muy poco, ya que la tratamos de aprehender con categorías anejas, europeas, norteamericanas y sin “imaginación sociológica”.”

Bengoa se niega a sacar las conclusiones de lo que está describiendo, el fin del campesinado y la aparición de una masa de proletarios distribuidos en diferentes capas: “semiproletarios” (¿qué son si no los “semiasalariados”?), obreros pertenecientes a la desocupación estacional (los “pobres flotantes”), a la infantería ligera (“trabajadores de temporada”), etc. Lo que no quiere reconocer es que los descampesinistas tenían razón (y Lenin con ellos). Frente a la evidencia que resume, prefiere, simplemente, afirmar que “nos encontramos con sociedades y culturas campesinas más vivas que nunca”. Es la tónica dominante, como lo veremos en el caso argentino, de la “nueva ruralidad”: no hay más campesinos, pero los hay. Paradójicamente, se celebra el “retorno” del “indígena”, ahora que se reconoce que el campesino se ha “des-subordinado”, es decir, se enfrenta ahora no a un “patrón” sino al mercado. Dicho de otra manera: Bengoa no arriesga la hipótesis de que el neoindigenismo no sea sino la ideología de la burguesía rural emergente post-reforma agraria.<sup>18</sup> Esta burguesía agraria “indígena” emergente arrastra tras sí a los obreros rurales “indígenas”, a quienes utiliza como masa de

maniobra. La masa de los ex-campesinos se proletariza y no se da cuenta porque no pasa de campesino a obrero fabril o rural, sino a población sobrante. El mismo Bengoa reconoce que el productor directo ahora ya no es el trabajo subordinado sino el asalariado. ¿Por qué insistir en el campesinismo cuando se reconoce el fin del campesino? El autor confunde la representación con la realidad: como ahora se reconocen indios, son eso, indios. Es más, festeja y se congratula por esta “re-indianización”, cuando debería pugnar porque el sujeto se reconozca en su realidad, es decir, como obrero.

Esta negación del obrero rural, aun cuando por todos lados reaparece, se encuentra incluso en quienes lejos están de negar el leninismo. Veamos el caso de James Petras y Henri Veltmeyer.<sup>19</sup> En efecto: a pesar de considerar los cambios sociales vividos por la agricultura latinoamericana en los últimos años, insisten no sólo en la conceptualización de “campesino” sino que defienden el “hecho” de que “bajo las condiciones combinadas de una crisis fiscal y de un profundo “impasse teórico” en los ’80, y el consecuente avance del capitalismo, los campesinos han desafiado una vez más la teoría y la historia para constituirse a sí mismos en la fuerza más dinámica de resistencia contra el desarrollo capitalista en su última fase”. A renglón seguido se señala que campesinos y trabajadores rurales sin tierra, muchos “proletarizados”, han protagonizado revueltas y luchas contra el capital. El ejemplo más importante es el del MST brasileño. Por qué un “trabajador sin tierra” es considerado un campesino incluso por marxistas, es todo un síntoma de los tiempos. Aún así se insiste en que la “centralidad del campesinado en estos movimientos es clara”. Como si faltara cereza en la torta, a los campesinos y trabajadores rurales se agregan los “indígenas”. Y esto aún reconociendo que probablemente dos tercios de la población rural de América Latina ha sido proletarizada y que más de la mitad de los llamados campesinos en realidad han sido transformados en obreros.

Petras y Veltmeyer reconocen que en realidad, la lucha “rural” en la actualidad se ha trasladado a las grandes ciudades, junto con los obreros rurales migrantes y ex campesinos que no pueden romper sus relaciones definitivamente con la tierra. También reconocen que aun el MST brasileño, con sus logros, no ha logrado detener la tendencia a la expulsión de la población rural. Revisando la política de los movimientos campesinos de los últimos años, los autores declaran que “el abandono de la perspectiva de clase del análisis político y de la política de alianzas estratégicas ha socavado los avances sociales conseguidos entre 1985 y 2003 por los movimientos sociales”. Demandan también que se retorne a una política de clase independiente. Sin embargo, ¿cómo exigirle a otros lo que uno mismo no hace? El análisis que los autores hacen tiene una conclusión lógica: el problema es la categoría misma de “campesino” y la política que de ella se desprende. Hoy, cuando la mayoría de los campesinos (sin entrar a discutir si alguna vez lo fueron) ya no lo son, en vez de enfatizar en la teoría lo que la propia realidad subraya, los “teóricos” marxistas mantienen con vida categorías muertas en la realidad.

### ¿Qué es un campesino?

Campesino es entonces una categoría que sólo puede entenderse como tal en el marco de relaciones no capitalistas. Ignoro si allí tiene alguna validez o no, si como categoría no resulta demasiado amplia también en esos contextos. Lo cierto es que en medio de relaciones capitalistas, es decir, en relaciones que excluyen la posibilidad de dependencias personales, la propiedad de la tierra que trabaja transforma al campesino en un propietario de medios de producción, es decir, alguien que no es explotado y que se apropia de su propio trabajo (y del ajeno, con toda probabilidad). Es, en términos estrictos, pequeña burguesía. La pequeña burguesía se define precisamente por poseer medios de producción y explotar mano de obra asalariada parcialmente, de manera tal que el dueño del capital no puede abandonar el proceso productivo. Como señaló Marx:

“Claro que también él (el capitalista) puede intervenir directamente en el proceso de producción, como un obrero más, pero en ese caso no será más que un término medio entre el capitalista y el obrero: un pequeño artesano. Y al llegar a un cierto nivel de desarrollo, la producción capitalista exige que el capitalista invierta todo el tiempo durante el cual actúa como capitalista, es decir, como capital personificado, en apropiarse, y por tanto en controlar el trabajo de otros, y en vender los productos de este trabajo.”<sup>20</sup>

El mismo Marx, citando al reverendo Richard Jones, señala con justeza: “La clase capitalista se ve desligada, primero de un modo parcial y por último totalmente, de la necesidad de desarrollar un trabajo manual”<sup>21</sup>. Siendo entonces una posición ambigua, la pequeña burguesía es la base de todas las ideologías híbridas.<sup>22</sup>

Se dirá que la realidad muestra otra cosa: campesinos que no explotan a nadie y que tampoco pueden retener su propio trabajo. Bajo otras formas (deudas, insuficiencia del tamaño de sus parcelas, etc.) reaparece la explotación del campesino pobre. Pero es que aquí, como ya lo señalamos más arriba, tampoco tenemos un campesino. Lo que tenemos es un semiproletario, es decir, una capa de la clase obrera. La pequeña burguesía siempre está en “un proceso de formación -descomposición o recomposición- hacia el proletariado o hacia la burguesía”.<sup>23</sup>

Esta confusión en torno a la burguesía agraria/pequeña burguesía/campesino aparece en la cuestión agraria pampeana en torno a la figura del chacarero, detrás de la cual se ha escondido (con total conciencia, como veremos en el anteúltimo capítulo) al proletariado rural pampeano. Es menester, entonces, que entremos al mundo del chacarero pampeano como forma de quitar el último obstáculo epistemológico que nos separa de nuestro objeto de estudio.

## II. Del campesino al chacarero

En la historiografía argentina la bibliografía sobre el mundo agrario ha estado poco informada por los debates internacionales sobre el campesinado, algo razonable si se tienen en cuenta las peculiaridades de la agricultura pampeana, a veces tomada como sinónimo de “nacional”. Sin embargo, las posiciones que hemos revisado están también presentes aquí, como no podía ser de otro modo.

Ansaldi ha sintetizado el abanico de opiniones acerca del chacarero: campesino, campesino enfrentado a la explotación y los abusos feudales, campesino de tipo capitalista, capa capitalista de origen campesino, productor familiar capitalizado, farmer, prefarmer, productor directo explotado por terratenientes, pequeña y mediana burguesía, pequeño productor capitalista, pequeño productor mercantil, pequeña burguesía rural propietaria, agricultor arrendatario, burguesía agraria federada, burguesía agraria frustrada. El mismo Ansaldi prefiere transformar la categoría histórica en categoría analítica y llamar chacarero al chacarero.<sup>24</sup>

Veremos en lo que sigue a los principales representantes de las corrientes más importantes<sup>25</sup> y, luego de su crítica, procederemos a un intento de definición.

### **El chacarero como campesino**

Esa lectura marxista que veíamos más arriba expresando dos programas diferentes se manifiesta en la literatura argentina a través de los escritores del Partido Comunista y del Partido Comunista Revolucionario, es decir, a través del estalinismo y el maoísmo. En los dos casos, se trata de concebir al chacarero como un campesino no plenamente liberado, en particular, por la no propiedad de la tierra, explotado por terratenientes latifundistas que a través de la renta eliminan cualquier posibilidad de acumulación.

La obra de Eugenio Gastiazoro, del PCR, es significativa en este aspecto.<sup>26</sup> Parte de considerar a la Argentina como un país donde el capitalismo no se ha desarrollado de modo pleno, en particular en el campo, donde todavía dominan relaciones de producción semif feudales. Dominada su economía por los terratenientes, el único uso productivo de la tierra fue la actividad pastoril. La agricultura sólo se introdujo subsidiariamente y cuando la situación resultó favorable y bajo la forma de arrendamiento. Las dificultades de acceso a la tierra “hizo que el arribo a la Argentina fuera poco atractivo a las grandes corrientes migratorias” del siglo XIX. El resultado se pudo apreciar en la limitación del mercado interno y, por lo tanto, en la incapacidad de desarrollo del conjunto de la economía. Incluso cuando la agricultura entró en crisis hacia 1930, el reducido tamaño del mercado interno producto del dominio terrateniente hizo imposible defender la producción rural relocalizando el destino de la producción.

Gastiazoro, sobre datos de los censos de 1960 (nacional) y 1969 (agropecuaria), afirma que sólo el 16% de la superficie cultivada se dedica a uso agrícola, en todo el país. El 42% de la tierra explotada en el país está, también según las mismas fuentes, en manos del 1,2% de las explotaciones, que son las

que tienen más de 5.000 has. En el otro extremo, el 38,4% correspondiente a las unidades de menos de 25 has. cubre apenas el 1% de la tierra. Si a las explotaciones de más de 5.000 has. le agregamos las ubicadas entre 1.000 y 5.000, tendremos que el 74% de la superficie se encuentra en manos del 5,6% de las explotaciones. Gastiazoro parece decir que el mundo del latifundio se extiende por encima de las 1.000 has. Sin embargo, después de impresionar al lector con las cifras mencionadas, nos explica algo que resulta obvio y que invalida todos los cálculos anteriores: que no es lo mismo 1.000 has. en la Patagonia que en la pampa húmeda. Obviamente, mezclando magnitudes de diferentes tipos de suelo, se obtiene un verdadero disparate. Procede entonces a evaluar nuevamente la situación sobre la base de datos de CONADE-CFI y CIDA, pero cometiendo exactamente el mismo error, es decir, incluyendo en las mismas categorías tierras de distinto tipo. El resultado sigue siendo un disparate.

Resulta interesante también detenerse en las categorías: terratenientes, campesinos ricos, campesinos medios y campesinos pobres y semiproletarios. Dicho de otra manera, la burguesía brilla por su ausencia. Los campesinos ricos serían tan poderosos como los terratenientes, porque tendrían “chacras gigantes” de 2.000 has. promedio. Los campesinos “medios” tendrían un promedio de 350 has. No se sabe por qué los ricos son ricos, los medios tales y los pobres ellos, porque Gastiazoro no se preocupa por definirlos en términos concretos. Se nos dice que los “ricos” son los que contratan “varios jornaleros” y actúan en función de capitalistas, pero no se entiende por qué no se los llama por su nombre: burguesía. Se nos dice también que los “medios”, que tienen un promedio de 350 has. no precisan contratar jornaleros sino en forma esporádica. No obstante, afirma que los campesinos medios son los que absorben el mayor número de asalariados. A renglón seguido se afirma que estos predios tendrían menor inversión en capital constante “bajo la forma de maquinarias modernas”. Es decir, el autor cree que en el campo argentino se pueden trabajar 350 has. sin tecnología moderna, aunque, claro está, no se explora sobre qué es esta última. Los campesinos “pobres” explotan 90 has. en promedio y, a pesar de habérselos caracterizado como vendedores parciales de fuerza de trabajo, resultan emplear al 15% de los obreros rurales; es decir, la mitad de los que ocupan los campesinos ricos y apenas un 5% menos de los empleados por los terratenientes.

Podríamos seguir encontrando contradicciones en una obra que ofrece ejemplos a renglón seguido, pero no tendría mayor sentido. Lo importante aquí es la caracterización del chacarero pampeano (bien que diluido en un mar de personajes distintos a los que se unifica en la misma categoría) como un no explotador de fuerza de trabajo, incluso bajo relaciones semi-feudales si se trata de aparcería o mediería. Las conclusiones políticas son obvias: hay que expropiar los latifundios y entregar la tierra a campesinos y obreros rurales...

En el mismo sentido, un autor ligado al Partido Comunista, Alberto Kohen, señala que el atraso argentino está determinado por, además de la dependencia del imperialismo, el predominio de “una oligarquía terrateniente de carácter semifeudal” que vive de las “formas más atrasadas de arriendos, aparcerías y medierías”.<sup>27</sup> En su perspectiva, el chacarero es un campesino expoliado por los terratenientes, no puede acumular ya que el monto de la renta (además de su forma atrasada) se lo

impide. Sin entrar demasiado en el análisis de un texto cuya única función parece ser el justificar de cualquier modo una alianza con la burguesía agraria, señalaremos que para Kohen un chacarero en vías de proletarización por el simple proceso de acumulación capitalista es un campesino. Todo aquel que no pueda acumular será considerado tal y la causa será la renta “semi-feudal”.

Kohen no examina las relaciones sociales reales en el agro pampeano, se limita a repetir a Lenin, como ya lo había hecho Gastiazoro, pero con menor preocupación (¡todavía!) por los datos empíricos. En su perspectiva, todos los chacareros pampeanos son alguna forma de campesinado, aunque señala por allí que la FAA representa a los chacareros ricos. Un agro semifeudal como el que describe, tiene, sin embargo, una presencia obrera muy importante, según su propio análisis. La descripción de la lucha de la FATRE que él mismo hace, debería haberlo llevado a reflexionar con más cuidado acerca de la compatibilidad de intereses entre explotador y explotado.

### **Chayanov en la pampa**

Como en el resto del mundo, Chayanov tuvo su audiencia en la Argentina. De hecho, el argentino Eduardo Archetti fue el introductor de Chayanov al mundo de habla castellana. Sin embargo, pese a los méritos que Archetti encuentra en la obra de Chayanov, a la que describe como complementaria de la de Marx, su libro explícitamente descarta la idea de que los chacareros puedan ser considerados campesinos.

En efecto, trabajando con colonos del norte santafesino, dedicados a la producción algodonera, Archetti y Stolen descubren un nuevo modo de producción, el farmer. Un “farmer” es “un productor que combina trabajo doméstico y trabajo asalariado y que acumula capital, lo que le permite en un lapso significativo, ampliar el proceso productivo aumentando la productividad del trabajo”<sup>28</sup>.

Un farmer se diferencia de un capitalista por la importancia de la mano de obra familiar, pero se diferencia también de un campesino en que éste no acumula. Archetti y Stolen se anticiparon en varios años al concepto que luego desarrollará Harriet Friedman. Las críticas a su posición son, entonces, las mismas que a la autora mencionada. Brinda, sin embargo, algunos argumentos que están ausentes en aquella, de modo que los consideraremos brevemente.

Archetti y Stolen señalan que el trabajo familiar no debe estar presente en la empresa capitalista. Si lo hace, es más un “hobby” que otra cosa. “En el caso del colono si él no realiza este tipo de tareas la explotación no puede funcionar”. Los autores no notan que si el trabajo asalariado no se hace presente, tenemos las mismas consecuencias. Es decir, el trabajo familiar resulta imprescindible, pero el asalariado no. Agregan que no existe un mercado de tractoristas y carpidores asalariados, lo que no tiene ninguna importancia. Según Archetti y Stolen esta situación obstaculiza el pasaje al capitalismo porque no se puede hacer plena utilización de los recursos productivos disponibles sin limitaciones extraeconómicas y por la imposibilidad de los farmers de calcular objetivamente la relación entre gastos e ingresos. Se trata de dos afirmaciones absurdas: el farmer no puede dejar de serlo, en todo

caso, por la magnitud de las fuerzas productivas de que dispone, no por la dificultad de emplearlas, lo que se solucionaría con un préstamo. En el mismo sentido, que no pueda calcular objetivamente gastos e ingresos es falso. Precisamente, porque puede hacerlo es capaz de especular con la mano de obra familiar de la que dispone. De ese cálculo perfectamente objetivo y racional es que brota toda una psicología familiar y una serie de conductas adecuadas para mantener a los hijos en la unidad o expulsarlos cuando haga falta.

“Un capitalista”, agregan los autores, “decide realizar sus inversiones de acuerdo con el criterio de rentabilidad, un colono decide invertir sólo si esa inversión no le impide seguir manteniendo la relación existente entre trabajo doméstico y cantidad de recursos disponibles en tierra y tecnología”. Algo completamente falso, porque si no ningún farmer lograría promocionarse al mundo capitalista. Lo que no pueden percibir es que el farmer es parte de un continuo en el cual lo que lo diferencia de la burguesía plena es la posibilidad de ampliación de un tipo de relación que ya es fundamental para él, la relación asalariada, a diferencia de los obreros, a los que separa de aquella un corte abrupto: la no propiedad de los medios de producción.

Archetti y Stolen, como Friedmann y sus discípulos argentinos, invierten la lógica de funcionamiento de la realidad: es la lógica del individuo la que determina, en última instancia, la estructura económica y no a la inversa, un modo de razonamiento heredado, en última instancia, del individualismo metodológico weberiano, o lo que es lo mismo, del marginalismo de Chayanov.

Así y todo, habiendo introducido a Chayanov, Archetti construyó los mejores argumentos para demostrar su inutilidad para el agro pampeano, aunque a costa de conclusiones no menos equivocadas. Es por eso que Chayanov tuvo que buscar refugio en otras etapas de la historia argentina. En efecto, en la actualidad el chayanovismo se ha recludo en los estudios del agro colonial. Autores como Gelman o Garavaglia han utilizado las herramientas del economista ruso para examinar el mundo colonial rioplatense. La producción historiográfica que encabezan Juan Carlos Garavaglia, Jorge Gelman y Raúl Fradkin se inspira en la teoría chayanoviana.<sup>29</sup> A diferencia de la imagen clásica, donde predomina la gran estancia frente a gauchos desposeídos e itinerantes, aquí se señala una sociedad de pequeños productores independientes. La ilimitada oferta de tierras permitiría la existencia de productores independientes, volcados principalmente a la agricultura o la ganadería en pequeña y mediana escala: *pastores* y *labradores* serían las formas de existencia de este campesinado independiente.<sup>30</sup> Las definiciones de campesinado que esta corriente suele ofrecer se refieren a explotaciones domésticas, en torno a familias nucleares que no utilizan mano de obra externa sino esporádicamente y que tienen como particularidad la *autosuficiencia*, que les permitiría gozar de cierta independencia. Esta convivencia provocaría relaciones signadas por la reciprocidad: *minga* (trabajo voluntario) y *convite* (comida en común al finalizar la faena). La figura central de la pampa no sería el hacendado, sino el *labrador*, el nombre que se le da al campesino en el Río de la Plata de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. En las pocas grandes estancias sí predominarían los intercambios monetarios, pero estos estarían signados por relaciones personales. El salario y la obligación de

trabajar se confundirían con la *minga* y el *convite*. Los peones no son gauchos desposeídos, sino labradores que quieren complementar sus ingresos con metálico. Los hacendados ofrecerían un recurso abundante (la tierra), para obtener uno escaso (la mano de obra).<sup>31</sup> En definitiva, mucha tierra y poca gente serían los factores determinantes de esta sociedad más bien armónica.

Sin embargo, la documentación no permite confirmar que estos labradores sean autosuficientes. Tal como lo reconoce Jorge Gelman, y lo confirma un extenso corpus de estudios, los pequeños y medianos productores acuden al mercado. Esto sucede porque en el Río de la Plata no observamos manufacturas rurales. Por lo tanto, deben vender su producción para obtener vestimenta, instrumentos de producción, aguardiente, yerba y tabaco, entre otras cosas. No solamente carecen de manufacturas, sino que no tienen molinos, atahonas, ni siquiera un pequeño depósito. Tampoco podemos situar a estos labradores por fuera de las relaciones de explotación. Estas no son privativas de la estancia. Así como se observan “campesinos” que acuden a la explotación de trabajo ajeno, es decir, acumulan. También observamos campesinos que se conchaban en época de la cosecha, conformando lo que el mismo Gelman llama “peones campesinos”, contratados muchas veces por “chacareros-estancieros”.<sup>32</sup> Es decir, por un lado existen productores que explotan trabajo ajeno y, por el otro, productores que son explotados. En realidad estos términos intentan salvar semánticamente una realidad que no corresponde con la existencia de un campesinado.

Las mismas fuentes permiten distinguir al labrador del peón.<sup>33</sup> El labrador es aquel que está en condiciones de contratar mano de obra o, al menos, de no caer en la necesidad de ofrecer sus brazos. Con respecto a los peones, Juan Hipólito Vieytes los define como “manos mercenarias que deben emplearse en su socorro. [...] Los que no teniendo otra propiedad alguna que la del trabajo de sus brazos, se hallan precisados a venderlo para ocurrir al socorro de sus necesidades”.<sup>34</sup>

En el caso de la estancia, tampoco observamos relaciones recíprocitarias, sino de explotación. De hecho, hasta se pueden medir. Los estudios realizados sobre contabilidades de estancias permiten descartar la hipótesis de su inexistencia. En el caso de la estancia de López Osornio tomaremos los datos de las cuentas del administrador entre 1785 y 1795, estudiados por Samuel Amaral.<sup>35</sup> En esos diez años la hacienda recibe 12.520 ps.<sup>36</sup> De los cuales 4.558 ps. se utilizan para la reproducción de la mano de obra libre y esclava. La transferencia es fácilmente mensurable: 6592 ps., la ganancia de López Osornio. Las cifras no parecen arrojar reciprocidad alguna.

Por lo tanto, para el período colonial y las primeras décadas de siglo XIX, la evidencia documental no permite afirmar la existencia de un campesinado ni el predominio de relaciones recíprocitarias. Más bien, los documentos parecen mostrar la existencia de productores mercantiles, de relaciones de explotación, de una progresiva diferenciación social en el interior del universo de pequeños y medianos productores y de la aparición del embrión de lo que será la clase obrera rural.

### **El chacarero como PMS**

La concepción del chacarero como una forma de producción tal cual lo plantea Harriet Friedman está presente explícitamente en el reciente trabajo de Javier Balsa, aunque su texto debe mucho al de Archetti y Stolen.<sup>37</sup> Recoge una experiencia limitada (tres partidos de la provincia de Buenos Aires) aunque muy significativa, sobre una base empírica importante. Trata de ubicarse entre la imagen tradicional y la “anti-tradicional”, como Friedman, entre campesinistas y “anticampesinistas” y evitar, sobre todo, la caracterización del chacarero como burgués o pequeño burgués. Con todo, no termina de quedar muy claro cómo define Balsa al chacarero.

Hay algunas cuestiones metodológicas que realizar al texto, en particular que el Censo de 1937 tal vez no sea el mejor punto de partida o una buena descripción del momento de mayor expansión de la economía agraria pampeana, porque la crisis de 1930 ya había tenido sus efectos. Por otro lado, no hace una clasificación de clase sino una descripción de empresas y, en el mejor de los casos, tipos de productores a los que luego de distinguir con mucho detalle, unifica en un omnímodo “mundo chacarero”. Balsa se apoya con mucha fuerza en entrevistas a protagonistas que, sin embargo, no incluyen a obreros rurales, lo que tiene evidentes consecuencias sobre el escaso o nulo lugar que deja a los asalariados en el “mundo chacarero”. La lectura de los dichos de sus entrevistados deja ver que se trata sistemáticamente de burgueses que subestiman el trabajo asalariado, aún cuando sus mismas afirmaciones dan que pensar, como el que pretende que padre e hijo manejaban 4 tractores y sólo tenían un obrero “eventual”...

Como dijimos, Balsa se limita a describir una tipología de empresas o unidades productivas, pero rehuye definir al conjunto, incluyendo en su interior figuras muy diferentes, según tengan o no la propiedad de la tierra y si contratan o no fuerza de trabajo. Farmer, en el primer caso, propietarios sin asalariados permanentes o con uno o dos peones; arrendatarios que contratan y que no. ¿Son o no son una clase? Del análisis se desprende que no, dada la importancia que para la lógica de su comportamiento le atribuye Balsa a esas diferencias. Sin embargo, todos ellos serían participantes del mismo mundo. Entonces, ¿cómo es que tienen la misma experiencia vital si las diferencias internas los constituyen en clases distintas? ¿Las diferencias son tan importantes como para impedirles constituirse en una clase, pero no para vivir la misma vida? Pareciera, para Balsa, que el semi-proletario aparcerero, lleva la misma “vida” que un capitalista de 1.000 has. Lo que los unificaría es vivir “en el campo” (p. 81). Balsa sustituyó “chacarero” por PMS y procede a incluir en esa categoría un cúmulo de experiencias muy diferentes, procedimiento que no resulta en un análisis sutil de las diferentes posiciones y de la suerte que le cupo a cada una.

El libro que examinamos está construido al borde de un gran agujero negro empírico y conceptual: el papel jugado por los trabajadores asalariados. Igual que sucede con Friedmann y Chayanov, Balsa no justiprecia el peso de la clase obrera al no comparar trabajo familiar real/trabajo asalariado real. Es más, da por supuesto que no contratan obreros en la cosecha, supuesto que se extiende incluso a los productores medianos de Tres Arroyos (p. 55), es decir, a los más grandes. No hay una buena

descripción del papel del trabajo asalariado, sobre todo en la cosecha, y no hay cálculo de peso real de cada tipo de fuerza de trabajo (p. 72-73), así como tampoco hay ninguna descripción del proceso de trabajo inmediato. Se afirma que con la cosechadora se puede cosechar una chacra media en la zona sur sólo con familiares, pero no se da más prueba que los dichos de los entrevistados. Es más, Balsa no sólo no considera adecuadamente el trabajo estacional, sino que pretende que la naturaleza explotadora del chacarero se diluye por la presencia del “contratista”, tema sobre el que volveremos más adelante. Sin embargo, reconoce que los chacareros contratan obreros. ¿Qué hacen esos trabajadores? Tareas auxiliares: ¿cómo cuáles? Balsa no presta atención a la producción de valor (p. 55) sino a la cantidad abstracta de fuerza de trabajo empleada. Así es como no ve capitalismo sino por encima de las 625 has. (p. 56). Curiosamente, sus fuentes (sus “historias de vida”) corresponden en general a personajes mucho más grandes.

Igual que Friedman, no problematiza la relación “familiar”, a la que no se la piensa nunca como asalariado por casa y comida. Tampoco calcula el costo de mantenimiento de un familiar durante todo el año, contra lo que significa un salario de un par de meses. Parece creer, seriamente, que la fuerza de trabajo familiar es gratuita. Tampoco queda claro a qué se refiere con que asumían “trabajo físico” o “manual”, cuando las descripciones que ofrece son un tanto disparatadas, como el niño de 7 años que probablemente no llega a los pedales y sin embargo maneja un Ford T (p. 79). Es así incluso cuando Taylor minimiza el carácter “extenso” de la familia chacarera y el propio Balsa reconoce que en general, las mujeres no hacían trabajo de “campo”, las hijas menos (p. 78). Sucede que Balsa no parece distinguir entre producción para el consumo personal de producción capitalista, como en el ejemplo que ofrece de desgranar maíz con un hierro...

De una manera sorprendente, igual que sus mentores intelectuales, Balsa prefiere la fotografía al cine. Defiende la idea de la persistencia del modo de vida chacarero, pero demuestra que se trata de un simple momento de pasaje atravesado por el proceso de proletarización y concentración y centralización del capital. En efecto, al igual que Friedman, Balsa reifica un momento y lo transforma en una estructura permanente, algo así como cortar la película quedarse con la foto.

A despecho de cierto coqueteo con el marxismo, Balsa elige una forma caprichosa de pensar la economía según la racionalidad de los actores, siguiendo el modelo weberiano del individualismo metodológico afín a la escuela austríaca. Se ha relacionado esta forma de pensar los problemas con un rechazo al economicismo del marxismo, pero en el texto de Balsa la racionalidad aparece asociada a mínimas modificaciones en la dotación de capital, es decir, a un economicismo extremo: si tiene tierra, una racionalidad; si tiene cosechadora, otra, y así. El problema es el individualismo metodológico: los actores pueden actuar como les parece (Balsa usa la palabra “indeterminación”) y no ve la determinación generalizada del sistema. Si se la examina con simpatía, racionalidad es aquí en realidad sinónimo de “oportunidad”. Más que cómo razonan estas personas, tenemos que entender qué oportunidades les quedan. Actúan como cualquier burgués: si pueden acumular, lo harán, si no pueden se transformarán en pequeño-burgueses y si no, se semiproletarizarán. Todos los burgueses hacen eso.

Los obreros hacen lo mismo: si una coyuntura se los permite, acumularán; si no, se la bancan. La idea de que los chacareros no piensan en la acumulación de capital cuando, por ejemplo, gastan recursos en enviar a sus hijos a estudiar es falsa. La educación puede ser considerada perfectamente una inversión de capital o, si se quiere, la preparación necesaria para la vida burguesa plena (un hijo contador, ingeniero agrónomo o veterinario).

La lógica es la del sistema. Los individuos pueden actuar según una "racionalidad" distinta, pero el que no se comporta acorde a las leyes de la economía capitalista a la larga se funde. Según Balsa no: para estos productores no existe el requerimiento de la tasa de ganancia (p. 288) y todo depende de lo que el productor piensa, lo que el productor cree, etc. (p. 289), una forma de expresión que denota un deslizamiento permanente hacia el subjetivismo, donde no queda claro si el proceso objetivo de acumulación de capital tiene consecuencias objetivas o no. De hecho, es el proceso de formación de la tasa de ganancia, por el mecanismo de transferencias de ingresos y de privilegio a la concentración y centralización, lo que expulsa al chacarero de la producción. Ese subjetivismo llega a tal extremo que a veces da la impresión de que Balsa afirma algo a partir de su posibilidad, es decir, que reemplaza la historia concreta por "alternativas" entre las que el sujeto podría elegir a partir de otros "valores". La prueba no aparece incluso cuando se torna muy importante y el mismo Balsa vacila. En la cita 93 de p. 68, el chacarero no quiere la tierra, pero en p. 69-70 da marcha atrás, al discutir con Jeremy Adelman. En ninguno de los dos casos ofrece más pruebas que una encuesta superficial de Carl Taylor y la cita de *La paz del trigo*, de Juan Manuel Palacio, que tampoco da prueba alguna. Curiosamente, él mismo da un ejemplo que muestra que lo que los chacareros "quieren" o "no quieren" no es una cuestión ontológica sino simple cálculo racional: en p. 56 se refiere la experiencia de arrendatarios que recién cuando alcanzaban cierto volumen de tierras en propiedad se arriesgaban a comprar una parte.

Balsa defiende la estabilización del PMS argentino (curiosamente, de nuevo, su formación no da lugar a una vía farmer, lo que significaría que el PMS podría permitir varias "vías"), pero al mismo tiempo demuestra que hay un proceso de concentración y centralización, con la consecuente expulsión de productores, cuya cantidad va descendiendo progresivamente en forma relativa y absoluta. Es como el chiste de una persona que cae del décimo piso que, mientras va por el quinto cree que no pasa nada. Lo que Balsa describe es precisamente el proceso de desaparición de la "agricultura familiar". Por ejemplo, se puede ver el proceso de "farmerización" como pauperización y proletarización encubierta. El mismo Balsa se da cuenta, aunque examina de manera poco detallada la etapa previa a la que él estudia, que el pequeño burgués necesita más capital para ser pequeño burgués: es decir, que la pauperización de la burguesía se encubre a través de la degradación en el interior de la clase: el pequeño burgués de principios de siglo no precisa tener cosechadoras ni tractores para serlo; treinta años después, no puede serlo sin ellos; unos treinta más y no podrá serlo aún poseyéndolos.

Una línea de discusión se abre también con relación al problema de la vía de desarrollo. Balsa quiere defender una vía "pampeana" pero toda la interpretación empuja a considerar a la Argentina como una "vía clásica". La forma clásica capitalista es definida como asalariados y ausencia de renta, es decir,

terratenientes puros y burgueses puros (p. 56). Pero la comparación con el modelo farmer arroja como resultado que la pampa es más parecida al modelo clásico: arrendatarios más grandes con asalariados permanentes. El modelo pampeano, donde el propietario es absentista, es mucho más flexible, en tanto que hace más fácil adquirir una escala de producción mayor que en el caso farmer. Dicho de otra manera, la concentración de la tierra, como ya lo había predicho Marx, hace más fácil el desarrollo del capitalismo.

El concepto de vía no tiene ningún valor: opera con conceptos de un grado de concreción muy elevada, de modo que pequeñas modificaciones dan lugar a una "vía" distinta. Hay tantas vías como experiencias posibles. Sin embargo, la "vía argentina" resultó en un cierto éxito económico pero en un fracaso social, aunque Balsa no quiere usar la expresión "fracaso". Se opera con el presupuesto de que necesariamente el productor agrario tiene que "triunfar", como si el capitalismo consistiera en eso. Eso no ocurre ni siquiera con los farmers.

Al final Balsa reconoce que Marx tenía razón, después de escribir todo un libro que parte del principio contrario. El problema es que tiene poderosas ilusiones en la pequeña propiedad, al punto del embellecimiento. Igual que Friedman, trabaja con una serie de prejuicios acerca de lo que es el comportamiento capitalista. En particular que el burgués busca la ganancia media y que dejará de producir cuando no la obtenga. Forma parte también de este conjunto de presupuestos el que la familia no cuenta en las "estrategias burguesas", con lo que finalmente, como quisiera Weber, la "verdadera" empresa capitalista es la que se apoya en la sociedad por acciones. Balsa al mostrar el "aburguesamiento" de los chacareros como una causa de su fracaso, entra en contradicción con su posición weberiana y lo que Weber considera "espíritu" del capitalismo. El presupuesto parecería decir que "hacia arriba", la familia no cuenta, es decir, que la estructura familiar no sirve para promover un proceso de acumulación (hay ejemplos en contrario que el mismo Balsa menciona, como cuando se subdivide ficticiamente la propiedad para eludir impuestos). Este último es un presupuesto sorprendente, habida cuenta de la enorme cantidad de bibliografía sobre "familia y negocios", incluso en la historiografía agraria argentina. Tampoco parece que cuenta en el camino hacia abajo, como un peso al mismo tiempo que como un colchón: como peso, porque el exceso de mano de obra familiar suele hacer más difícil la supervivencia del conjunto, de allí la institución de la primogenitura; como colchón: el burgués que va barranca abajo no deja de producir, primero porque, como veremos, no necesita la ganancia media, que no es más que una ficción metodológica, segundo porque podemos contar por centenares las historias de burgueses que despiden a sus obreros y continúan produciendo en menor escala con su familia. No hay una "racionalidad ontológica", que corresponde a cada figura social sino una lógica general del sistema que es enfrentada de manera diferente según los recursos que se tengan. Volveremos a esto más adelante.

### **El chacarero como neocampesino o "subalterno"**

Aunque parezca mentira que Guha pudiera pasearse por la pampa a comienzos del siglo XXI, la idea no resulta disparatada, al menos para Karina Bidaseca.<sup>38</sup> En efecto, al igual que Juan Manuel Palacio, la doctora por la Facultad de Ciencias Sociales nos ofrece un análisis “subalterno” de los chacareros pampeanos. Comienza planteándose un problema: ¿por qué hay una débil tradición de estudios campesinos en la Argentina? En vez de esbozar una hipótesis obvia, que tal vez no haya campesinos en la Argentina, prefiere apelar a Chakravorty Spivak, quien a su vez necesita de Lacan, para plantear la “forclusión” del campesino argentino. Obviamente, quien cree que hoy estamos más cerca de la Edad Media, puede creer cualquier cosa, entre otras, un constructo llamado “campesino”, que va desde el Grito de Alcorta al MOCASE, los indios del Chaco y la Mesa de Enlace. Según Bidaseca, su “lógica no es la acumulación de capital o la producción de mercancías o la reproducción ampliada de riquezas o la obtención de “plusvalía””. Debemos creer, entonces, que las 4X4 que pueden apreciarse en cada movilización chacarera son el fruto exclusivo de la “mano de obra familiar”. Como se mezcla al chacarero pampeano con las experiencias del MOCASE, APENOC o del UST, siempre queda el recurso de señalar que se habla del “campesino sin tierra” de las “economías regionales”. Más allá de que ya hemos señalado la contradicción de hablar de “campesino sin tierra” en lugar de “obrero”, el análisis de estas experiencias muestra que se embellece una realidad más bien miserable.

En efecto, el análisis de los famosos “campesinos” de Santiago del Estero, del que ya hemos hablado en otro lado<sup>39</sup>, revela un panorama de explotados (obreros) y explotadores (“campesinos”). Un detallado estudio de tres departamentos distintos de Santiago del Estero muestra que nos encontramos en un proceso en el cual la mayoría de los “productores campesinos” son en realidad obreros y el resto pequeña burguesía agraria explotadora.<sup>40</sup> En el caso de los obreros, se observa, además, el pasaje de infantería ligera a población sobrante. El mismo autor es consciente de que la categoría campesino no refleja correctamente la realidad:

“la heterogeneidad presentada en los casos estudiados no permite hablar de campesinos ocupantes como una categoría uniforme, en consecuencia resulta inadecuado elaborar una tendencia única de los procesos de transformación social imperantes en el agro”.

Lo que el autor no ve es que es, precisamente, la categoría misma la que le impide comprender la tendencia observada a la diferenciación de los “campesinos”.

Bidaseca, sin embargo, no ha planteado el asunto en esos términos sólo para estas experiencias sino, lo que resulta más importante para nosotros, también para la experiencia de los chacareros pampeanos actuales. Es aquí donde resalta más el absurdo de la concepción general del problema: resulta que los chacareros pampeanos han logrado producir “formas comunitarias de poder”, gracias a las cuales han resistido a la “exclusión”, como si no hubieran controlado la vida de los pueblos y ciudades del interior pampeano desde sus orígenes. Un planteo de este tipo es absurdo hasta en el

tiempo de la colonización santafesina, algo que salta a la vista con sólo leer *La pampa gringa* o *Colonos en armas*, de Ezequiel Gallo.<sup>41</sup> No sólo participan de la vida política en un grado superlativo sino que forman la base de los grandes partidos nacionales, desde el Partido Demócrata Progresista hasta (y sobre todo) el radicalismo. Como veremos en este trabajo, ese poder político local es el que les permite utilizar el Estado como instrumento contra sus explotados, los obreros rurales. Como si faltara algo, Bidaseca agrega que estos personajes tendrían un “tiempo propio”, no capitalista, un “calendario propio”, como si fueran maticos, árabes del tiempo de Mahoma o esquimales prehistóricos y no empresarios que viven de y en el mercado capitalista. Bidaseca parece no saber que los chacareros son parte de la clase explotadora, algo lógico porque mezclando todo, no se preocupa por dar prueba de nada. Entre otras cosas, la existencia de un supuesto “derecho a la tierra”, un derecho propio de los “campesinos”, obtenido no se sabe a santo de qué. Curiosamente, no se señala que los chacareros alcanzan ese “derecho” como propietarios privados, es decir, privando de la propiedad al resto de la humanidad.

Precisamente, porque son propietarios, los intentos de agrupamientos chacareros como el Movimiento de Mujeres en Lucha por vincularse con experiencias similares en otros países dio resultado disímil: con El Barzón mexicano, básicamente propietarios burgueses o pequeño-burgueses en vías de expropiación, la empatía resultó mayor que con el MST brasileño. Mientras éste último cuestiona de algún modo la propiedad privada, el MML la defiende. Bidaseca tiene que hacer malabarismos para explicar esta contradicción, aún reconociéndola, achacando el hecho al temor a “transformarse en el otro”, cuando en realidad hay una diferencia de programas que brota del diferente anclaje de clase de unas (burguesas) y otros (obrerros).

Este tipo de trabajos podría ser caracterizado como “neopopulista”.<sup>42</sup> Embellecen a explotadores del trabajo ajeno y se conculen de su situación en el momento de la expropiación, no recordando que su negativa a ser expropiados es, al mismo tiempo, la reivindicación de su “derecho” a explotar a otros.

### **El chacarero como burgués**

La caracterización del chacarero como empresario capitalista, productor capitalizado o pequeño burgués, no carece de defensores en la historiografía pampeana. Ya Boglich caracterizaría al personaje como un emergente de la propia economía capitalista, un campesino capitalista. Quién más ha enfatizado esta línea de desarrollo es Ismael Viñas.<sup>43</sup>

En efecto, su texto intenta polemizar con Gastiazoro y Kohan y con las posiciones generales de sus respectivos partidos, desde el ángulo opuesto, es decir, remarcar el carácter capitalista de la agricultura argentina. Su análisis es interesante en muchos aspectos, mejor afincado, como Boglich, en la tradición marxista y, aunque adolece de análisis empírico detallado, adelanta muchos análisis actuales de autores como Barsky y otros. En ese camino, Viñas afirma el carácter capitalista del campo

argentino, en particular a partir de la década del '30. Es así que, para el período que nos interesa, Viñas sostiene que hasta ese momento dominaba en el campo una estructura en la que “predominaba el trabajo no asalariado”, el trabajo “del campesinado y de su familia”. Considera que la figura más importante de la producción agraria es la mercantil simple, a la que estima no capitalista, “es decir, dirigida al mercado, pero basada en el trabajo personal y no en la explotación de trabajo ajeno”. Era más importante, afirma, “el número de trabajadores campesinos sobre los obreros rurales”. Contradictoriamente, afirma que a pesar de ello el capitalismo ya dominaba en el agro.

Viñas es suficientemente observador como para criticar a los defensores de la pequeña propiedad y para enfrentar el “dogma” de la primacía de la mano de obra familiar y del lugar de los familiares en la estructura productiva. Sin embargo, su análisis parte de un criterio común a otros autores que hemos examinado: que es posible que los chacareros no contrataran fuerza de trabajo y que se bastaran con su familia. Viñas se rige por el criterio de comparación simple entre magnitudes de las diferentes formas de trabajo, de modo que cae en la misma subestimación del trabajo temporario.

Quiénes más han desarrollado el análisis en torno a la naturaleza burguesa, son Marta Bonaudo y Cristina Godoy<sup>44</sup>. Ambas van a definir al chacarero como un pequeño y mediano burgués. En su interior se pueden encontrar variadas situaciones: 1. pequeños y medianos propietarios, que disponen y planifican de la producción y emplean mano de obra asalariada permanente y transitoria. 2. El pequeño o mediano arrendatario, obligado a pagar cánones elevados de arriendo que lo subordinan al terrateniente o al gran arrendatario. 3. El arrendatario campesino, cuya diferencia con el anterior es que no puede acumular y depende fundamentalmente del trabajo doméstico. Parece tener un peso muy escaso.

La definición que dan de chacarero, entonces, no coincide bien con su descripción. Se trata de burgueses, pero al mismo tiempo se los define como “clases subalternas”; se trata de burgueses, pero paralelamente se agrega una categoría, la tercera de la enumeración que acabamos de reseñar, que no acumula. Con todo, el trabajo de Bonaudo y Godoy, junto con el de Alfredo Pucciarelli, se mantienen como los mejores en relación a estos temas.

### **¿Qué es un chacarero?**

Recordemos la proliferación de definiciones ofrecidas por Ansaldi y hagamos un primer ejercicio de crítica. Un somero análisis reducirá la aparente proliferación a no más de dos o tres posibilidades. Primero, definir a una clase implica decir qué es y no qué quiso o no pudo ser, qué fue en el pasado o va a ser en el futuro. Expresiones como “capa capitalista de origen campesino”, “pre-farmer” o “burguesía agraria frustrada” quedan descartadas, porque eluden la designación directa. Segundo, toda definición debe designar a un objeto y no a varios distintos. En consecuencia, una definición que señale al chacarero como “pequeña y mediana burguesía”, en realidad está anulándose a sí misma. Tercero, no pueden aceptarse definiciones históricas por la misma razón que se rechaza el empirismo:

al nominar a la realidad tal como ella se llama a sí misma, aceptamos como homogéneo algo que puede no serlo y olvidamos que las “mezclas” históricas llevan la marca del poder social, con lo cual podemos terminar comprando una descripción intencionada de la realidad. Términos como “farmer” o “chacareros” terminan eliminando el problema por la vía de no plantearlo. Cuarto, aquellas definiciones que no hacen lugar central a las relaciones sociales que dan vida a las clases hacen recaer el carácter distintivo en cuestiones secundarias: “agricultor arrendatario” y “burguesía agraria federada” parecen decir que un chacarero podría ser un productor cerealero que arrendara 10.000 has. tanto como uno que arrendara 50 (puesto que basta que se dedique a la agricultura y arriende) y que un propietario de 50 has dedicadas a la ganadería formaría otra clase; o que un burgués no “federado” no es chacarero mientras un campesino aceptado en la federación sí.

En consecuencia, excluyendo estas definiciones, nos queda un abanico de tres posiciones básicas: campesino (subsumiendo por ahora sus diferencias), pequeño burgués (incluyendo términos análogos: productor directo mercantil y pequeño productor capitalista) y burgués. En todas estas definiciones se cumple el requisito básico, a saber, el concentrarse en el tipo de relaciones sociales que dan vida al personaje.

Comencemos por la categoría “campesino”. Si se acepta como tal a un productor no capitalista, en el sentido de sometido a relaciones de servidumbre, fácil será reconocer que nunca hubo campesinos en la pampa, por lo menos desde la Revolución de Mayo en adelante. Nadie, por lo menos en voz alta si queda alguno, defiende hoy una estructura no capitalista para el agro pampeano. Una expresión como “campesino de tipo capitalista” es una contradicción en sus propios términos y sólo puede entenderse como una fórmula histórica que arrastra el nombre a nuevas realidades. El chacarero no es un campesino.

Pasamos ahora a la diferenciación entre arrendatario y propietario. Muchos autores insisten, dado que los movimientos de protesta de los chacareros pampeanos estuvieron mayoritariamente enfocados a los problemas generados por los arrendamientos, en la importancia de distinguir a los productores entre propietarios y arrendatarios. Algunos autores consideran que la diferencia es cualitativa y que ambos deben figurar como clases distintas. Así, si es arrendatario, es chacarero; si propietario, farmer. Creemos que esta distinción, para el hecho de establecer la pertenencia o no a una clase, no es sustantiva. En efecto, quienes categorizan de este modo confunden la propiedad jurídica con la propiedad efectiva. Es decir, jurídicamente alguien puede ser propietario de una parcela, pero si ha cedido su uso a cambio de un canon determinado, no es el dueño efectivo, es decir, aquel que la pondrá en producción. Por el contrario, quien ha abonado el canon ha pasado a ser el propietario efectivo, por el tiempo prefijado en el contrato. Por lo tanto, la propiedad de uso o efectiva de los medios de producción es lo que compra el arrendatario. La única diferencia con el propietario jurídico que además es propietario efectivo, está en que este, además de apropiarse de la ganancia por la puesta en producción a través de mano de obra asalariada, como todo burgués, se apropia de ese porcentaje del que no puede apropiarse el arrendatario porque es precisamente el canon que éste debe ceder aquel para poder gozar de la propiedad efectiva y que no constituye otra cosa

más que la renta de la tierra.

Así, lo que distingue a un propietario de un arrendatario es el hecho de que aquel se apropia de renta y de ganancia y éste sólo de ésta última. Ahora bien, lo que define a un burgués es precisamente la obtención de ganancia (es decir, de parte de la plusvalía extraída al trabajo asalariado). Por lo tanto, en términos estrictos, un arrendatario es más burgués que un propietario y por lo tanto, un chacarero más capitalista que un farmer. Sin embargo, un farmer se diferencia del terrateniente absentista (es decir, que sólo vive de renta), en que para él la tierra no es fuente de renta con exclusividad, sino de ganancia, parte de sus ingresos que es fundamental para su economía. El farmer no vive de renta (aunque la perciba) sino de ganancia, es decir de la explotación de su tierra con trabajo asalariado. Es por esto que ambos son burgueses, chacareros y farmers, puesto que ambos tienen como ingreso principal la ganancia. La propiedad de la tierra (la propiedad absoluta) puede ser o no una ventaja, dependiendo esto del contexto histórico y de las características de la formación social en cuestión. En este sentido, es sintomático que entre las demandas chacareras no se encuentre la propiedad de la tierra. Es probable que en condiciones de expansión acelerada a principios de siglo, los chacareros pampeanos valoraran más la movilidad que el monto del arrendamiento, prefiriendo soportar la renta de la tierra a inmovilizar su capital en un lugar determinado y restar recursos, con la compra de la tierra, a otros gastos juzgados más necesarios, como la adquisición de tecnología. Es sintomático de esto el que en la recensión de establecimientos agrícolas titulado *Chacras y Estancias de nuestra tierra* (que utilizaremos in extenso en el capítulo cuatro), del que se conocen los volúmenes de los departamentos de Necochea y Tres Arroyos, la mayoría de los chacareros lleven 20 años arrendando la misma tierra, sin que se pueda decir que no hayan acumulado lo suficiente para comprarla ya que el listado de sus bienes muestra una excelente dotación técnica para la época de la publicación.<sup>45</sup>

Volviendo al centro de la cuestión, hemos llegado a la conclusión de que ambos, chacareros y farmers son burgueses. Se nos dirá que entre un burgués con miles de has. y un pobre chacarero de 100 debe haber algún tipo de diferencia. Se nos recordará también que el pobre chacarero debía trabajar el mismo su parcela por lo cual sus ingresos no provenían de la ganancia sino de su propio trabajo. Entramos aquí entonces, en la discusión del concepto de pequeño burgués. Tanto farmers como chacareros utilizan su propio trabajo y el de sus familias y suelen prescindir de asalariados en la siembra (y aun aquí no siempre) pero no pueden evitárselos en la cosecha. En esta etapa los utiliza en volúmenes muy importantes (una trilladora necesita unas veinte personas promedio, lo que eleva al chacarero al rango de empleador de mano de obra asalariada por volúmenes que no todos los talleres de Buenos Aires podían darse el lujo de contratar). Y no se trata de asalariados ocasionales o que realicen una tarea menor de la que podría prescindirse. Se trata de la tarea fundamental de la labor agrícola, sin la cual es imposible efectivizar el ciclo económico y en la que son absolutamente imprescindibles los obreros asalariados cuyos brazos son comprados de una manera y en un mercado típicamente capitalistas. Por lo tanto, sin explotar mano de obra asalariada, farmers y chacareros se verían relegados al nivel del semiproletario, cuya explotación no puede superar la oferta familiar de mano de obra. Es por esto que la dimensión

burguesa del farmer y el chacarero no puede soslayarse. Sin explotar mano de obra asalariada, es decir, sin establecer relaciones capitalistas como poseedores de medios de producción con no poseedores de los mismos mediante el salario, no podrían ser lo que son y en este sentido no se diferencian en nada de cualquier otro burgués, sea cual sea su tamaño.

Con respecto a “productor directo mercantil” o “pequeño productor capitalista” se manifiestan nuevos problemas. En principio, ambas enfatizan la orientación mercantil pero la primera denota a un productor (es decir, un productor de valor, o sea, un trabajador) que no es explotado ni explota. Cuentapropista, artesano o alguna otra fórmula histórica encubren a quien gana su subsistencia ofreciendo en el mercado los productos de su propio trabajo. No vende su fuerza de trabajo ni la compra sino que vende trabajo. El segundo alude tanto a un pequeño burgués como a un burgués (pequeño o no, no importa a los efectos de la definición). La historia del agro pampeano está lo suficientemente desarrollada como para poder excluir al primero de los dos: cualquiera que sea la importancia de un personaje tal en la historia humana, poco tiene que ver con la pampa. Todo chacarero contrataba por necesidades técnicas, fuera cual fuera su tamaño, en forma directa o indirecta, mano de obra. En consecuencia, todo el problema se subsume a dirimir la naturaleza de nuestro personaje entre pequeña burguesía y burguesía. E históricamente es fácil observar que lo que se ha conocido como “chacarero” es un personaje difuso que va desde las 50 a las 500 has., más o menos. Es decir, lo que se nombra como “chacarero” es un constructo histórico que encubre dos situaciones distintas: pequeña burguesía y burguesía. En consecuencia, el chacarero, como una clase independiente, no existe. Hay, sin embargo, una forma de existencia del “chacarero”.

El mayor mérito del trabajo clásico de Alfredo Pucciarelli es el de mostrar el grado importante de heterogeneidad de las unidades productivas. Imagen compleja que nos permite escapar al achatamiento que sumerge a todos los productores agrícolas en la cómoda categoría “chacareros”. Con semejante confusión, a veces sostenida en sospechosas operaciones matemáticas que obtienen “promedios” no menos sospechosos,<sup>46</sup> lo que se consigue es impedir un análisis más fructífero, sobre todo cuando se examinan las transformaciones que produce la crisis. Porque “chacarero” no es una realidad homogeneizable en la misma categoría analítica. Por el contrario, bajo ese rótulo histórico se esconden diferentes personajes cuya suerte va a ser, por eso mismo, también diferente. Dentro de esta categoría histórica se encuentran las siguientes categorías analíticas: a) pequeña burguesía: parcialmente productores directos (con mano de obra familiar) y parcialmente contratistas de mano de obra asalariada. Son los productores más pequeños del agro pampeano (su límite máximo se encuentra en torno a las 200 has.), los más numerosos y los que suelen identificarse (y ser identificados) como “chacareros”. Serán también los más afectados por la crisis que se desata en torno a la Primera Guerra Mundial. No son campesinos sino productores capitalistas, sufren las mismas presiones que los capitalistas y reaccionan de la misma manera. La presencia de mano de obra familiar no constituye un distorsionante importante en este último sentido. b) burguesía: contratistas de mano de obra asalariada en todas las actividades de su empresa, su piso mínimo se ubica entre las 200 y 300 has. y rara vez

supera las 1.000. Son los productores más importantes de la agricultura pampeana en cuanto a volumen de producción aunque la historiografía ha tendido a ignorarlos. Frente a la crisis serán los menos proclives a acciones políticas radicales al estilo de las primeras movilizaciones chacareras. Llegarán a la conducción de la Federación Agraria de la mano de Piacenza, desplazando a socialistas y anarquistas. Hipótesis es también que serán ellos los protagonistas principales de las transformaciones productivas más importantes.

Entonces: ¿Qué es un chacarero? El chacarero es un constructo histórico *en el nivel de las relaciones políticas* en un momento concreto del desarrollo de la sociedad. Expresa una alianza de las capas más pobres de la burguesía agraria y la pequeña burguesía, donde la capa más importante subordina a los más débiles, usurpando al mismo tiempo su lenguaje y eliminando del imaginario social a la clase explotada por ambas, el proletariado. En concreto, Piacenza expresa a la burguesía agraria más pequeña del agro que, encabalgada en la lucha desatada desde Macachín y Colonias Trenel, se apoya en las más activas pero débiles fuerzas de la pequeña burguesía, originalmente movilizadas por socialistas y anarquistas. Dominada la pequeña burguesía, la burguesía “chacarera” mantiene sin embargo el lenguaje creado por aquella, que coloca en primer lugar la construcción del “chacarero” como un productor directo en el sentido antes mencionado. Esta ideología chacarerista es la que enarbola la FAA y la que ha pasado a la historiografía en forma cruda, sobre todo aquella que adopta posiciones izquierdistas o progresistas, desde el juanbejustismo hasta el Partido Comunista. En una expresión un poco más radicalizada, la ideología chacarerista bordea el campesinismo. Lo importante es que el escenario imaginario que crea es el que corresponde a una estructura de clases donde los “chacareros”, esencialmente productores directos, se enfrentan antagónicamente a los terratenientes en busca de elementales “libertades capitalistas” o bien en un deseo metafísico por la tierra. Siendo productores directos, los “chacareros” no reconocen la presencia en el agro pampeano de otros “productores”: los obreros.

La eliminación de este aspecto del análisis en beneficio de la relación con los terratenientes, es decir, la sustitución de una relación de producción (la compra-venta de fuerza de trabajo) por una de distribución (la renta), permite dejar de lado la historia “negra” de los chacareros, su rol de apropiadores de trabajo ajeno y, como tales, parte de la clase dominante de la sociedad capitalista, tema sobre el que volveremos hacia el final. Este problema se entiende mejor si se observan con más detenimiento las relaciones entre los chacareros y los verdaderos productores del agro pampeano, los obreros.

## Notas

<sup>1</sup>Ver Raymond Williams, *Campo y ciudad*, Paidós, Bs. As., 2001

<sup>2</sup>*Tierra y libertad...*, op. cit.

<sup>3</sup>Bernstein, Henry y Terence J. Byres: "From Peasant Studies to Agrarian Change", en *Journal of Agrarian Change*, vol. 1, n° 1, January 2001.

<sup>4</sup>Marx, Carlos: *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Ariel, Barcelona, 1971, pp. 144-145

<sup>5</sup>Marx, Karl y Friedrich Engels: *Escritos sobre Rusia*, tomo II, *El porvenir de la comuna rural rusa*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1980. En el prólogo, José Aricó pretende otra conclusión, a nuestro juicio, insostenible.

<sup>6</sup>Véase Garrabou, Ramón: *La crisis agraria de fines del siglo XIX*, Crítica, Barcelona, 1988.

<sup>7</sup>Engels, Federico: *Las guerras campesinas en Alemania*, Grijalbo, México, 1984 y "El problema campesino en Francia y Alemania", en Eduardo Sartelli (Dir.): *Patrones en la ruta*, Ediciones ryr, Bs. As., 2008.

<sup>8</sup>Véase *Patrones en la ruta*, op. cit.

<sup>9</sup>Lo principal de estas conclusiones se encuentran en Rochester, Ana: *Lenin y el problema agrario*, Editorial páginas, La Habana, 1944.

<sup>10</sup>La bibliografía sobre Chayanov es muy extensa, pero podríamos citar: Shanin, Teodor: *La clase incómoda*, Alianza, Madrid, 1983; Archetti, Eduardo y Stolen Kristi Anne: *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*, S. XXI, Bs. As., 1975; Funes, Santiago: "Introducción a la utopía de Chayanov"; Kerblay, Basile: "A. V. Chayanov: su vida, carrera y trabajos"; Thorner, Daniel: "Una teoría neopopulista de la economía campesina: la escuela de A. V. Chayanov", y Harrison, Mark: "Chayanov y la economía del campesinado ruso", todos en AAVV: *Chayanov y la teoría de la economía campesina*, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1987. En la misma edición se pueden consultar los dos trabajos del economista ruso que comentamos aquí, el "Viaje de mi hermano Alexis al país de la utopía campesina" y "Sobre la teoría de los sistemas económicos no capitalistas". Una crítica que compartimos en buena medida es Vilar, Pierre: "Economía campesina?", en *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Crítica, Barcelona, 1982. Véanse también Solo de Zaldivar, Víctor Breton: "De campesino a agricultor? La pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista", en *Noticiario de Historia agraria*, nro. 5, año III, ene-jun, 1993 y Worsley, Peter: "Economías Campesinas", en Raphael Samuel, ed: *Historia popular y teoría socialista*, Crítica, Barcelona, 1984.

<sup>11</sup>Los textos sobre los que nos basamos son Friedmann, Harriet: "World Market, State, and Family Farm: Social Bases of Household Production in the Era of Wage Labor", in *Comparative Studies in Society and History*, vol. 20, n° 4, oct. 1978 y "Household Production and the National Economy: Concepts for the Analysis of Agrarian Formations", en *Journal of Peasant Studies*, 1980.

<sup>12</sup>Hemos desarrollado originalmente este punto en "La vida secreta de las plantas", en *Escuela de Historia, UNR, Anuario*, n° 17, 1997.

<sup>13</sup>Por encima de las 100 has. comienza a emplear asalariados también en la siembra.

<sup>14</sup>No contamos datos sobre Australia, Canadá y Estados Unidos, pero presumimos que es posible.

<sup>15</sup>Utilizamos estas expresiones por comodidad, sin desconocer que como tales categorías no existen en el PMS.

<sup>16</sup>Bengoa, José: "25 años de estudios rurales", en *Sociologías*, n°10, jul/diez de 2003, Porto Alegre.

<sup>17</sup>Qué se entiende por "nueva ruralidad" no es algo tan fácil de explicar, más allá del reconocimiento implícito de que los últimos años han dado por tierra con todas las ilusiones campesinistas. Véase Giarraca, Norma (comp.): *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*, Clacso, Bs. As., 2001; Barkin, David y Mara Rosas: "¿Es posible un modelo alternativo de acumulación? Una propuesta para la Nueva Ruralidad", en *Polis: revista académica de la Universidad Bolivariana*, n° 13, Caracas, 2006; Gómez, Sergio: *La "nueva ruralidad": ¿Qué tan nueva?*, Universidad Austral de Chile, Santiago de Chile, 2002

<sup>18</sup>La costumbre de adoptar la "identidad" campesina por miembros de la "élite" es un fenómeno muy extendido y conocido. Véase Edelman, Marc: "Movimientos sociales y campesinado. Algunas reflexiones", Conferencia dictada en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica, 1/6/2003, <http://www.iis.ucr.ac.cr/publicaciones/libros/textos/5/medelman.pdf>

<sup>19</sup>Veltmeyer, Henry and James Petras: "Peasants in an Era of Neoliberal Globalization: Latin America on the move", en *Theorai*, n° 18, 2° semestre de 2008. La traducción de los párrafos citados es nuestra.

<sup>20</sup>Marx, C.: *El Capital*, FCE, México, 1986, p. 246

<sup>21</sup>*Ibid.*, p. 247, nota 4

<sup>22</sup>Marin, Juan Carlos: *Los hechos armados. Un ejercicio posible*, Bs. As., 1988, La Rosa Blindada/PICASO, Bs. As., 1988, p. 46

<sup>23</sup>Íñigo Carrera y Podestá, op. cit., p. 21, nota 1. Una posición similar puede verse en Lenin.

<sup>24</sup>Ansaldi, Waldo: *La pampa es ancha y ajena. La lucha por las libertades capitalistas y la construcción de los chacareros como clase*, Ponencia presentada en las Terceras Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia de Universidades Nacionales, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, set. 1991, p. 3. Los autores citados son: campesino: Asinari, Amanda, "Aportes para la historia rural. Surgimiento del movimiento campesino: el Grito

de Alcorta en Córdoba.”, en Instituto de Estudios Americanistas, *Homenaje al Doctor Ceferino Garzón Maceda*, Universidad Nacional de Córdoba, Dirección General de Publicaciones, Córdoba, 1973; Fuchs, Jaime: *Argentina, su desarrollo capitalista*, Cartago, Bs. As., 1965; Grela, Plácido: *El grito de Alcorta*, CEAL, (Biblioteca política argentina, n° 107), Bs. As., 1985 y *Alcorta. Origen y desarrollo del pueblo y de la rebelión agraria de 1912*, Litoral Ediciones, Rosario, 1975; Kohen, op. cit.; expoliado por abusos feudales: García, José María, *Reforma agraria y liberación nacional*, CEAL, Bs. As., 1987; campesino capitalista: Boglich, Jose: *La cuestión agraria*, Bs. As., 1937; capitalista de origen campesino o productor familiar capitalizado: Murmis, Miguel, “Sobre una forma de apropiación del espacio rural: el terrateniente capitalista pampeano y un intento de transformarlo”, en Murmis, Miguel, José Bengoa y Osvaldo Barsky: *Terratenientes y desarrollo capitalista en el agro*, Ediciones Ceplaes, Quito; farmer: Taylor, C.: *Rural life in Argentina*, Baton Rouge, 1946; Archetti, Eduardo y Stolen Kristi Anne: *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*, S. XXI, Bs. As., 1975; prefarmer: Mascali, Humberto: *Desocupación y conflictos laborales en el campo argentino (1940-1965)*, CEAL (Biblioteca política argentina n° 139, 1986; productor directo expoliado por la clase terrateniente: Peña, Milciades: *Industria, burguesía industrial y liberación nacional*, Ediciones Fichas, Bs. As., 1974; pequeña y mediana burguesía: Bonaudo, Marta y Godoy Cristina: “Una corporación y su inserción en el proyecto agroexportador: la Federación Agraria Argentina (1912-1933)”, en *Anuario*, n° 11, Rosario, 1985, pgs. 151-216; pequeño productor capitalista: Borón Atilio y Juan Pegoraro: “Las luchas sociales en el agro argentino”, en Pablo González Casanova (Coord.), *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, Siglo XXI; pequeño productor mercantil y pequeña burguesía rural propietaria: Pucciarelli, Alfredo: *El capitalismo agrario pampeano, 1880-1930*, Hyspamerica, Bs. As., 1986; agricultor arrendatario: Arcondo, Anibal: “El conflicto agrario argentino de 1912. Ensayo de interpretación”, en *Desarrollo económico*, n° 79, Bs. As., oct-dic 1980; burguesía agraria frustrada: Pérez Brignoli, Héctor: “Los intereses comerciales en la agricultura argentina de exportación, 1880-1955”, en Enrique Florescano (comp): *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina, 1700-1955*, Nueva Imágen, México, 1985.

<sup>25</sup>La bibliografía que habla sobre campesinos o chacareros es muy extensa, nos limitamos al examen de un grupo muy reducido de autores. Para un listado más comprensivo (aunque ya muy atrasado) sobre el problema, véase Posada, Marcelo Germán: “Sociología rural argentina. Estudios en torno al campesinado”, estudio preliminar a *Sociología rural argentina. Estudios en torno al campesinado*, CEAL, Bs. As., 1993, pp. 34-49.

<sup>26</sup>Gastiazoro, Eugenio: *El programa agrario argentino y sus soluciones*, Paidós, Bs. As., 1976.

<sup>27</sup>Kohen, Alberto: *Clases sociales y programas agrarios*, Quipo, Bs. As., 1968.

<sup>28</sup>Archetti, Eduardo y Kristi Anne Stolen: *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*, Siglo XXI, Bs. As., 1975

<sup>29</sup>Véase Chayanov, Alexander: “Sobre la teoría de los sistemas económicos no capitalistas”, en AA.VV., *Chayanov y la teoría económica campesina*, Cuadernos de Pasado y Presente, n° 94, Buenos Aires, 1997. Este acápite reproduce más o menos fielmente la crítica desarrollada en Harari, Fabián: *Hacendados en armas*, Ediciones ryr, Bs. As., 2009.

<sup>30</sup>Véase Garavaglia, Juan Carlos: *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia de la campaña bonaerense*, Ediciones La Flor, Buenos Aires, 1999.

<sup>31</sup>Véase Gelman, Jorge: “Nuevas perspectivas sobre un viejo problema y una misma fuente: el gaucho en la historia rural en el Río de la Plata colonial”, en Fradkin, Raúl (comp.): *Historia agraria del Río de la Plata colonial. Los establecimientos productivos*, CEAL, 1993, t. I.

<sup>32</sup>Gelman, Jorge: *Campesinos y estancieros. Una región del Río de la Plata a fines de la época colonial*, Editorial Los libros del riel, Buenos Aires, 1998, p. 250.

<sup>33</sup>“La falta de peones es otro entorpecimiento grave para los labradores, no porque efectivamente falten sino porque no hay celo en que tantos anden vagos sin quererse conchabar [...] Otros sirviendo una semana o poco más a un labrador, se les va con el salario de dos o tres meses, mudándose a servir a otro”, en *El Correo de Comercio*, edición facsimilar a cargo de la Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1970, t. I, n° 23, p. 179.

<sup>34</sup>Weinberg, Félix: *Antecedentes económicos de la Revolución de Mayo. Escritos publicados en el Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, Raigal, Buenos Aires, 1956, p. 306.

<sup>35</sup>Amaral, Samuel: *The Rise of Capitalism on the Pampas. The Estancias of Buenos Aires, 1785-1870*, Cambridge University Press, 1998, p. 35.

<sup>36</sup>Se toma el total de gastos más la ganancia.

<sup>37</sup>Balsa, Javier: *El desvanecimiento del mundo chacarero*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2006. Implícitamente, el planteo está ya presente en Murmis y en Pucciarelli. Véase Murmis, Miguel: “Tipos de capitalismo y estructura de clases”, en: Murmis, Miguel y Ramil Cepeda, Carlos: *Estudios sobre*, Ediciones La Rosa Blindada, Bs. As., 1974

y Pucciarelli, Alfredo: *El capitalismo agrario pampeano*, Hyspamérica, Bs. As., 1984

<sup>38</sup>Bidaseca, Karina: “Disputas culturales y políticas en torno a la/s campesina/os sin tierra en Argentina”,

Ponencia presentada a ALASRU, Asociación Latinoamericana de Sociología Rural, *VII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*, Ecuador, 20 al 24 de noviembre de 2006.

<sup>39</sup>Véase Sartelli, Eduardo: *Patrones en la ruta...*, op. cit.

<sup>40</sup>Paz, Raúl: "Integración, exclusión y vulnerabilidad del campesinado ocupante en la Argentina. Estudios de caso en el marco de la globalización", en *Trabajo y Sociedad*, vol. II, mayo-julio de 1999

<sup>41</sup>Gallo, Ezequiel: *La pampa gringa*, Sudamericana, Bs. As., 1990 y *Colonos en armas*, Siglo XXI, Bs. As., 2007.

<sup>42</sup>En esta línea pueden ubicarse el grupo de Giarraca y Teubal, en particular, en *El campo argentino en la encrucijada*, Alianza, Bs. As., 2005. Sobre el mismo tipo de embellecimiento del MML, véase Isla, César: "El Movimiento de Mujeres en Lucha y el Plan de Convertibilidad", en *Terceras Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales*, Bs. As., 5 al 7 de noviembre de 2005, FCE-UBA

<sup>43</sup>Viñas, Ismael: *Tierra y clase obrera*, Achával Solo, Bs. As., 1975

<sup>44</sup>Bonaudo y Godoy, op. cit.

<sup>45</sup>Estancias y Chacras de nuestra tierra. Publicación gráfica y descriptiva de los establecimientos agrícolas, Buenos Aires, Kraft, 1929, tomos I y II

<sup>46</sup>Véase por ejemplo Palacio, Juan Manuel: "Jorge Sabato y la historiografía agraria pampeana. El problema del otro", en *Entrepasados*, n° 10, año V, comienzos de 1996.

## *¿Qué es y cómo actúa la clase obrera (rural)?*

Habiendo hecho un recorrido crítico por la bibliografía, corresponde ahora pasar en limpio los conceptos que utilizaremos a lo largo de la tesis. Dichos conceptos brotan del conocimiento acumulado por la ciencia, pero resultan también de su adecuación al material empírico tratado. Veamos primero los conceptos más generales (válidos para la clase obrera en general) y luego lo que caracteriza a nuestra fracción.

### **I. La clase obrera**

#### **Clase**

Muchas definiciones se han dado del concepto. La siguiente rescata una serie de aspectos del problema que la transforman en una de las más completas:

“Clase (esencialmente una relación) es la expresión social colectiva del hecho de la explotación, la forma en la que la explotación se encarna en una estructura social. Por explotación quiero decir la apropiación de parte del producto del trabajo de otros. Una clase (una clase particular) es un grupo de personas en una comunidad identificada por su posición en el conjunto del sistema social de producción, definido sobre todo por su relación (centralmente en términos del grado de propiedad o control) de las condiciones de producción (esto es, los medios de producción) y con otras clases ... Los individuos que constituyen una clase determinada pueden ser o no completa o parcialmente concientes de su propia identidad e interés común como clase, y pueden o no sentir antagonismo hacia los miembros de las otras clases como tales.”<sup>1</sup>

Primero, una clase es un conjunto de personas. Segundo, lo es en tanto término de una relación. Tercero, la función de esa relación es hacer posible la explotación. Cuarto, esa relación establece un antagonismo. Quinto, ese antagonismo se expresa en una disputa por el excedente social. Sexto, esa disputa es la génesis del conflicto social. Séptimo, los individuos que conforman la clase pueden no ser concientes de serlo. Quedémonos aquí por ahora. Sobre el problema de la conciencia volveremos más abajo. Lo importante de rescatar el que la clase es un conjunto de personas es que le da al concepto una carnadura material, sobre todo frente a aquellos que la definen sólo como “una relación”. Una clase no es una relación, sino el producto de una relación. Por eso puede medirse su tamaño y seguirse su evolución

“física”. Como veremos más adelante, resulta un dato no menor a la hora del análisis científico. Por otra parte, que es resultado de una relación, permite superar el análisis funcionalista de las clases sociales, análisis que veíamos en el concepto de sectores populares. Por eso mismo, da una base de explicación material al conflicto social, en tanto que se constituye en el centro de la vida social, en el momento de génesis y distribución de las condiciones materiales de existencia. Por último, establece la opacidad de la vida social para sus propios participantes. Es decir, establece las condiciones inmediatas en que el conflicto se produce y se resuelve.

La vida de una clase se expresa en un proceso permanente de actualización de potencias contenidas en la propia relación que la constituye. Siempre comienza como una existencia individual que debe tomar conciencia de su carácter social. En el caso del capitalismo, se expresa primero que nada en el dominio de la competencia. Como dice Engels:

“La competencia es la expresión más completa de la guerra de todos contra todos, dominante en la moderna sociedad burguesa. Esta guerra, guerra por la vida, por la existencia, por cada cosa, por lo tanto, en caso de necesidad, una guerra de vida o muerte, no existe solamente entre las clases diversas de la sociedad, sino, además, entre los particulares individuos de estas clases; cada uno estorba al otro y cada cual busca suplantar a todos aquellos que están en su camino y ocupar su lugar. Los trabajadores se hacen competencia entre sí, los burgueses hacen otro tanto. Los tejedores mecánicos compiten con los tejedores a mano; el tejedor empleado y mal pagado, contra aquel mejor pagado, a quien trata de suplantar. Pero esta competencia entre los trabajadores es el lado más triste de su actual condición, el arma más aguda contra el proletariado, en manos de la burguesía. De ahí los esfuerzos de los trabajadores para suprimir, con las asociaciones, esta competencia; de ahí el furor de la burguesía contra estas asociaciones y su triunfo por cada derrota sufrida por ellas.”<sup>2</sup>

Precisamente, para limitar esta competencia, expresión de la indefensión del obrero individual frente al poder del capital, aparecen, primero, la corporación inmediata (la coalición de los empleados de un mismo patrón), la sectorial (el sindicato por oficio o rama), la corporación general (la central sindical) y, por último, el gobierno reformista. Volveremos sobre esto más adelante. Baste decir, por ahora, que este movimiento de limitación de la competencia llega recién a su culminación con la conquista del gobierno del Estado por el reformismo. Ese intento por eliminar la competencia sin eliminar el sistema competitivo es lo que caracteriza al reformismo y sella todas sus contradicciones. Engels lo veía claramente al destacar la relación entre la competencia y el cartismo:

“La libre competencia ha traído a los obreros bastantes dolores para serle odiosa; sus representantes son sus enemigos declarados. El obrero sólo tiene que esperar ventajas de su completa liberación de la competencia. Las demandas hechas hasta ahora: el bill de las diez horas, la protección del obrero contra los capitalistas, buen salario, puesto garantizado, abolición de la nueva ley sobre los pobres, todas cosas

que pertenecen esencialmente al Cartismo, como los “seis puntos”, van directamente contra la libre competencia y el libre comercio.”<sup>3</sup>

El capital ejerce sobre la clase presiones contradictorias. Por empezar, la divide, la atomiza en tantas partes como individuos la componen. Por otro lado, la une al obligar a todos esos fragmentos a sufrir un trato general, una determinación general (la explotación) y un ritmo común (el que deviene de la dinámica de la acumulación del capital). Aún así, ese trato y ese ritmo no son comunes a toda la clase, porque el capital es una realidad heterogénea, en la medida en que en cada ámbito de aplicación y cada magnitud concreta de capital tiene dinámicas diferentes. Esta heterogeneidad del capital (que se expresa en la multiplicidad de capitales concretos), provoca también una heterogeneidad profunda de la clase obrera. Así, por cada fracción de capital habrá una fracción de la clase. También, por cada función que el capital convoque a la clase a cumplir, habrá capas obreras correspondientes. Más concretamente aún, la división de la clase se profundizará más al intervenir nuevas determinaciones propias de la vida social, muchas de ellas introducidas o perpetuadas por el capital para incrementar dicha división: el género, ciertas características biológicas (reales o ilusorias), el origen nacional, las costumbres y creencias religiosas, etc.. Este conglomerado de experiencias disímiles es lo que se refleja en esa frase de Thompson que citábamos más arriba. *E pluribus unum*, esa es la tarea de toda clase obrera que se precie de sí. Ese conglomerado de múltiples experiencias disímiles es lo que se constituye en unidad de acción en momentos más bien excepcionales. Eso que tan difícil es una clase, sin embargo, lo es. Sobre esa dialéctica de la clase, el ser y no ser una unidad, se asienta la política de la clase obrera (y de la burguesía).

Dijimos que la clase está dividida en fracciones y capas. En su conjunto Marx describe las siguientes: el ejército en activo (todas las fracciones y capas que se encuentran bajo la explotación inmediata de alguna fracción del capital) y la reserva (aquellas que no se encuentran bajo la explotación inmediata de ningún capital). Lo que las unifica es que todos sus miembros sólo pueden sobrevivir, directa o indirectamente, de la venta de la fuerza de trabajo, en tanto carentes de medios de producción y de vida. Venden su fuerza de trabajo al capital y sobreviven con ello, o de alguna de las formas en que se recicla el valor de la fuerza de trabajo en el conjunto de la clase (la caridad privada y pública o las relaciones de parentesco). Este ejército industrial de reserva cumple la función de frenar las pretensiones salariales de los obreros ocupados y de entrar en acción cuando la acumulación de capital alcanza niveles muy elevados. Algunas de sus capas tienen este “entrar y salir” como modo de vida, aquello que Marx denomina “infantería ligera” y de la que hablaremos más adelante con detalle. Otras, como la desocupación intermitente o la latente, se encuentran en la frontera de la clase obrera desocupada, mientras que las menos “movilizables”, aquellas que difícilmente entren en funciones alguna vez, constituyen el pauperismo consolidado, donde la desocupación es permanente.

Algunas capas de la clase ocupan el lugar exactamente opuesto al del pauperismo consolidado, como, dentro del ejército en activo, la “aristocracia obrera”:

“En segundo lugar, las grandes Trades Unions. Estas son organizaciones de la rama del trabajo en la cual sólo es susceptible de emplearse, o es predominante, el trabajo de hombres adultos. Allí no existe la competencia de las mujeres ni los niños, y las máquinas, hasta ahora, no se hallaron en el caso de romper su fuerza organizada. Los mecánicos, carpinteros, obreros de la construcción, son cada uno, por sí, una fuerza, y ellos mismos pueden resistir con éxito la introducción de las máquinas, como lo hacen los obreros de la construcción. Su condición ha mejorado notablemente, sin duda, después de 1848. La mejor prueba de esto es que, desde hace más de quince años, no sólo sus patrones están contentos de ellos, sino que ellos están contentos de sus patrones. Forman una aristocracia dentro de la clase obrera; han llegado a obtener una situación relativamente buena y la aceptan como definitiva. Son los obreros modelo de los señores León Levi y Giffen (y también del hombre de bien, Lucio Brentano) y son, en verdad, gente muy gentil y tratable, para todo capitalista inteligente en particular y para la clase capitalista en general.”<sup>4</sup>

### **Interés**

Las clases se reúnen en torno a intereses de clase. Dicho de otra manera: hay algo que es objeto de deseo común de un conjunto de individuos. Deseo común que brota de una situación común. Esa situación común es la explotación. Los intereses de clase brotan de la explotación y, por supuesto, del lugar en que los individuos experimentan la explotación. Los intereses de clase varían de clase en clase, porque en última instancia están determinados por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, pero siempre pueden dividirse en dos grandes grupos: primarios y secundarios.

Los intereses primarios corresponden al hecho mismo de la explotación: los campesinos feudales querrán la tierra; los esclavos su libertad; los obreros, la propiedad de los medios de producción. Los secundarios presuponen la explotación y representan objetivos limitados a la mejora de las condiciones de existencia en las relaciones sociales dominantes. Otra vez: el campesino buscará una limitación en el monto de la renta; el esclavo, tareas más livianas o mejor alimentación; el obrero, un mejor pago por la mercancía que vende, la fuerza de trabajo.

Normalmente, los intereses primarios sólo aparecen en primer plano, como objeto de deseo y como conciencia, en las grandes crisis sociales, es decir, cuando la sociedad en cuestión no puede seguir reproduciéndose como tal. Lo más común, entre los objetivos de los dominados, es el peso sustantivo de los intereses secundarios, que son objeto de una guerrilla permanente. En ambos casos, los intereses terminan expresándose en formas de conciencia y en instituciones.

### **Conciencia de clase**

El hecho de que muchas personas compartan una situación, hace posible que tomen conciencia de esa posición común en la estructura social. Esa conciencia hace más fácil y eficiente la acción y la defensa de los intereses comunes. Obviamente, el grado de desarrollo de las fuerzas productivas hace posible o no

la aparición de la conciencia de esos intereses. Hay, entonces una relación más o menos directa entre acumulación de capital y conciencia de clase:

“Al lugar de los antiguos patronos y trabajadores pasaron los grandes capitalistas y obreros, y estos últimos no tenían nunca la perspectiva de elevarse sobre su clase; los oficios fueron ejercidos como en las fábricas, la división del trabajo fue rigurosamente aplicada y los pequeños patronos, que no podían competir con los grandes, fueron empujados a la clase proletaria. Al mismo tiempo, con la supresión del artesanado, hasta entonces existente por la diferenciación de la pequeña burguesía, le fue quitada al obrero toda posibilidad de volverse él mismo burgués. Hasta entonces había tenido siempre la perspectiva de asentarse en cualquier lugar como patrón estable y tomar, a su vez, con el tiempo, otros trabajadores; pero, ahora, cuando los mismos patronos eran arrojados por los fabricantes, cuando para el ejercicio independiente de un trabajo eran necesarios grandes capitales, el proletariado llega a constituir, por primera vez, una verdadera clase, una clase fija de la población, mientras que antes había sido, a menudo, solamente un tránsito hacia la burguesía. El que ahora nacía trabajador no tenía ninguna otra perspectiva que seguir siéndolo toda la vida. Por primera vez, el proletariado estuvo entonces en condición de moverse independientemente.”<sup>5</sup>

Una acumulación particularmente vigorosa puede tener, también, la capacidad de demorar el desarrollo de la conciencia de una clase:

“La verdad es ésta: mientras duró el monopolio industrial de Inglaterra, la clase trabajadora inglesa participó, en cierto grado, de las ventajas de este monopolio. Estas ventajas se distribuyeron muy desigualmente entre la clase trabajadora; la minoría privilegiada se apoderó de la parte mayor, pero para la gran masa había, al menos de cuando en cuando, su ventaja pasajera. Y esta es la razón por la cual, después de la muerte del Owenismo, no ha habido en Inglaterra socialismo. Con la catástrofe del monopolio, la clase trabajadora inglesa perderá esta posición privilegiada. Se verá un día sin excluir a la minoría privilegiada y dirigente al mismo nivel que los trabajadores del exterior. Y por esta razón en Inglaterra tendremos de nuevo el socialismo.”<sup>6</sup>

Es posible delinear una gradación de la conciencia desde la clase en sí, la ausencia de todo rastro de conciencia de clase, hasta la conciencia socialista, su grado más elevado. Las formas de la conciencia para sí, es decir, de la clase que ya se reconoce como tal, son dos: la conciencia sindical y la conciencia socialista.<sup>7</sup> Por la primera, la clase se reconoce como corporación, es decir, poseedora de un interés particular del conjunto social, cuya defensa sólo implica una modificación cuantitativa en la relación entre las clases. En la segunda, se reconoce portadora de otro tipo de sociedad, cuya realización requiere la eliminación del actual sistema de clases. Ambas formas de conciencia pueden expresarse en diversos grados y bajo diversos formatos ideológicos, incluso contradictorios con sus fines declarados

explícitamente.

También es necesario destacar que, dado el desarrollo desigual de la clase, ambas formas de conciencia coexisten permanentemente. Una de ellas resulta, sin embargo, dominante y da la tónica del período en cuestión. ¿Qué sucede cuando una clase no tiene conciencia? ¿Tiene la mente en blanco? No. Lo que sucede es que su conciencia no se reconoce como sujeto, está plenamente dominada por la ideología burguesa del individualismo. Es la forma más retrasada de la conciencia, que sólo se reconoce como cuerpo físico con intereses inmediatos. En la conciencia sindical, el componente burgués de la conciencia obrera ha cedido lugar: hay un rechazo del individualismo (que puede adoptar formas muy violentas), pero no se sale todavía del marco de la sociedad existente. Como decíamos más atrás, busca una mejor situación en su interior. Como señalaba Engels, el sindicato es el límite a la competencia, es su tarea específica. Esto implica que no todos los patrones están en contra de los sindicatos e incluso éstos pueden cumplir una función de regimentación de la clase, muy necesaria contra los conatos de aparición de la conciencia socialista. La aparición de la gran industria suele estimular la construcción sindical, los patrones eliminan la discusión por cuestiones menores e incluso se constituyen ellos mismos en reformistas: las reformas ayudan a limpiar el mercado de capitales más débiles, que no pueden hacer frente a las imposiciones de las regulaciones estatales. El proletariado fabril mejor pago suele ser el principal soporte ideológico de esta coalición obrero-patronal, dando pie al surgimiento de la ya mencionada “aristocracia obrera”. Surge también con ella, una capa de funcionarios de la clase obrera que es la que gestiona los réditos de esta coalición, aquello que Engels llamaba “viejo sindicalismo” y hoy llamaríamos burocracia sindical.<sup>8</sup>

### **La burocracia sindical**

Cuando las condiciones que han permitido la emergencia de esa alianza reformista se degradan, vemos aparecer la lucha entre el “viejo” y el “nuevo” sindicalismo, que está expresando una nueva realidad de la clase, bajo formas de renovación del reformismo ya gastado en la gestión de la alianza o de nuevas formas de conciencia revolucionaria. Suele expresarse el conflicto de diversas maneras (“burócratas” o “traidores” versus “honestos” o “combativos”), pero siempre es manifestación de un cambio en las relaciones de fuerza entre las clases y un agotamiento de las formas en que tomaba la alianza. Engels sintetizaba así la experiencia de la Inglaterra de 1880:

“Las viejas uniones conservan las tradiciones del tiempo en que fueron fundadas; consideran el sistema del salario, dado una vez por todas, como un hecho definitivo, que, en el mejor de los casos, pueden modificar un poco, en interés de sus asociados... Las nuevas uniones, por el contrario, fueron fundadas en una época en que la confianza en la eternidad del sistema del salario era violentamente alterada. Los fundadores y los protectores de estas nuevas uniones eran socialistas conscientes o de sentimiento; las masas que afluyeron a ellas, y en las que reposa su fuerza, eran incultas, descuidadas, no tenidas en cuenta

por la aristocracia de la clase trabajadora. Pero ellas tienen esta inmensa ventaja: sus espíritus son todavía puros, completamente libres de la herencia de los “respetables” prejuicios burgueses, que confunden las cabezas de los “viejos unionistas” mejor ubicados. Y así, vemos ahora cómo estas nuevas uniones toman la dirección del movimiento obrero, y cómo, cada vez más, llevan a remolque a las ricas y orgullosas “viejas” uniones.”<sup>9</sup>

Lo normal, sin embargo, es que cuando el movimiento obrero está muy institucionalizado, es decir, el sindicato recibe del reconocimiento estatal su derecho de monopolio sobre la fuerza de trabajo, la lucha no se dé entre nuevas y viejas organizaciones, sino en el interior de las mismas, como lucha “anti-burocrática”, por la “reconquista” de la organización o su “democratización”. En realidad, lo que se está expresando con ello no es un deseo de destruir la “burocracia”, porque esto implicaría destruir al sindicato mismo (en tanto la “burocracia” no es más que el personal técnico-político elegido para dirigir permanentemente la estructura sindical y no podría existir sin ella), sino reemplazarla por otra. En la expresión “reconquista” se observa una mayor conciencia de esta situación: se entiende que el sindicato está expresando intereses contrarios al interés general de sus miembros y es necesario, entonces “rescatarlo” para que, con otra conducción, vuelva a actuar en el sentido “correcto”. Lo mismo sucede con la expresión “democracia” sindical: los obreros no buscan un instrumento cuya función sea el respeto a las formas de “participación” libre, sino uno que defienda sus intereses, sea cual sea la forma en que los concibe en cada momento. En la medida en que la “burocracia” ocupa un lugar intermedio, expresa intereses obreros en la burguesía e intereses burgueses en la clase obrera. La combinación de ambos varía según el momento y las relaciones de fuerza entre las clases. La lucha de clases es, entonces, el termómetro de esas situaciones.

### **Lucha de clases**

La lucha de clases como concepto remite al enfrentamiento. Es decir, a la actuación de los antagonismos presentes en las relaciones sociales. Las clases siempre se hallan en situación de antagonismo, lo que, como dijimos, genera manifestaciones permanentes, normalmente a nivel de los individuos. Siendo una situación de enfrentamiento, hay dos momentos necesarios siempre presentes, el ataque y defensa:

“¿Cuáles son las condiciones del inicio de la emergencia del enemigo? La figura del enemigo se presenta para cualquiera de las dos partes como un atacante. El inicio de la emergencia de un enemigo es el ataque... quien define al enemigo es el que se siente atacado. El carácter del ataque y del atacante no está en manos de quien supuestamente ataca sino del atacado. Esto es así porque el núcleo de lo que se llama ataque es la imagen de apropiación.

La imagen de apropiación tiene que ver con la ruptura de una relación social, hay una relación social

que entra en crisis, que es de alguna manera vulnerada. Esto es lo que establece en el enemigo la imagen de que es atacado, pero no como imagen subjetiva sino objetiva. El ataque puede producirse sin que se use en absoluto un arma o una fuerza armada, ni el más mínimo gesto de violencia. Un ataque puede ser también la desobediencia.

La noción de ataque y la noción de defensa son útiles cuando se quiere establecer un esquema para el análisis de las relaciones de fuerza. El análisis de las relaciones de fuerza nos remite a la formación de una estrategia político-militar. ¿En qué se basa una estrategia político-militar? En la noción ataque-defensa y el ataque, en su sentido más general, significa la apropiación de algo. El ataque está basado en la noción de apropiación y la defensa se organiza como recuperación de esa pérdida.”<sup>10</sup>

Siempre que hay enfrentamiento, es decir, ataque y defensa, hay un objeto del enfrentamiento. Ese objeto es siempre una determinada territorialidad social:

“¿Qué es lo que se disputa en un enfrentamiento? Una determinada territorialidad social. La territorialidad social en se produce el enfrentamiento está definida por el carácter social de las fuerzas que se enfrentan, no por el espacio geográfico. La disputa por ella se hace mediante la confrontación de fuerzas, fuerzas que no son solo materiales, sino también morales.”<sup>11</sup>

Aquí es donde puede ubicarse la discusión sobre la “resistencia”. Finalmente, la resistencia no es más que una actitud defensiva, la moral propia de la defensa, la acción misma de defender y la energía gastada en la tarea.

Durante períodos largos, la lucha de clases no se observa en la superficie de la vida social, se mantiene, como dice el *Manifiesto comunista*, “larvada”, como ya explicamos en el capítulo 1 citando incluso a Gramsci. Esas formas de manifestación de antagonismo son permanentes, aunque suelen hacerse endémicas en momentos previos a las grandes explosiones sociales. Engels, por ejemplo, enumera como precedentes de las revueltas del Capitán Swing, los incendios de parvas, sabotajes e incluso “caños” como los que caracterizarán a la “resistencia peronista”.<sup>12</sup>

Esas formas de antagonismo pueden ser muy sutiles e incluso, pasar desapercibidos si no son rescatados por algún hecho posterior que los ressignifica:

“Ahora parece, nos dice Richard Cobb, que la mitad de los ayudas de cámara del París prerrevolucionario, que seguían a los nobles servilmente a través de los elegantes salones, alimentaban en sus fantasías visiones de guillotinas cayendo sobre los blancos y empolvados cuellos que les rodeaban. Pero, de no haberse levantado nunca la guillotina, las fantasías de estos criados permanecerían desconocidas. Y los historiadores podrían escribir sobre la deferencia, incluso el consenso, del ancien régime. La deferencia de la Inglaterra del siglo XVIII pudo ser algo similar.”<sup>13</sup>

Un buen historiador será capaz de reconstruir estos momentos. El trabajo de Robert Darnton sobre una matanza de gatos en la Francia pre-revolucionaria es un buen ejemplo de este tipo de análisis, aunque también resulta útil oírlo hablar sobre sus límites:

“Esta broma, aunque hoy día pueda parecer insustancial, fue peligrosa en el siglo XVIII. El peligro era parte de la broma, como en muchas formas de humor, que juegan con la violencia y se burlan de las pasiones reprimidas. Los obreros llevaban su juego simbólico al borde de la reificación, al punto en que la matanza de gatos podía convertirse en una rebelión abierta. Jugaban con cosas ambiguas, usaban símbolos que ocultaban su significado pleno y permitían que bastante de éste se mostrara para burlarse del burgués, sin darle motivo para que los despidiera. Le pellizcaron la nariz y le impidieron protestar. Realizar esta hazaña requirió gran habilidad. Mostró que los trabajadores sabían manejar símbolos en su idioma, tan eficazmente como los poetas lo hacían por escrito.

Los límites en que debía estar contenida la broma sugieren las limitaciones que tenía la militancia de la clase trabajadora en el Antiguo Régimen. Los impresores se identificaban con su gremio, pero no con su clase. Se organizaban en capillas, hacían huelgas y a veces obtenían aumentos de salario, pero permanecían subordinados a la burguesía. Los patrones contrataban y despedían a los obreros con la indiferencia con que compraban papel, y los regresaban a los caminos cuando sospechaban una insubordinación. Por ello hasta que empezó la proletarianización a fines del siglo XIX, generalmente sus protestas las mantenían en un nivel simbólico. Una *copie*, como un carnaval, ayudaba a dejar escapar vapor; pero también producía risa, ingrediente vital en la antigua cultura de los artesanos y que no se ha destacado en la historia del movimiento obrero. Al observar cómo se hacía una broma en las imprentas hace dos siglos, podemos encontrar de nuevo el elemento perdido: la risa franca, la risa rabelesiana incontenible y desbordada, no la sonrisa afectada volteriana que nos es familiar.”<sup>14</sup>

A este tipo de hechos suele denominárselo “resistencia”. Volviendo, entonces, a la definición de resistencia, podemos señalar que en sentido estricto, “resistencia” no es un tipo de hecho, sino una posición en un campo de fuerzas. Alude a la actitud propia de quien está a la defensiva. Resistencia es la actitud del que se defiende. El tipo de acción y los instrumentos con los que se realiza la defensa pueden ser de lo más variado. En el mundo thompsoniano-subalterno ha venido a ser sinónimo de lo que Ludmer llamó “treta del débil”, una forma de acción por la cual no se cambian las relaciones sociales pero se rescata un ámbito de autonomía, de decisión propia, que normalmente termina mal o, como mucho, deja las cosas como están.<sup>15</sup> Puede resultar un acto individual (como el cazador de London, que viendo como los indios torturaban a sus compañeros antes de matarlos, inventó una historia según la cual poseía una pomada que otorgaba a la piel la resistencia del hierro, desafiando al jefe de la tribu a cortarle el cuello embadurnado con ella, logrando, a consecuencia, una muerte rápida y digna) o colectivo (como en *El inglés que subió a una colina y bajó de una montaña*), pero siempre tiene como consecuencia una “negociación” sobre la forma en que se cumplirá la voluntad del poder.

Si la “treta” diera como resultado una inversión de los roles, estaríamos dentro de la narrativa maravillosa, como cuando el Gato con botas convence al ogro de transformarse en ratón para demostrar que era cierto que podía convertirse en lo que quisiera, terminando el pobre en las fauces del astuto felino.

Hobsbawn remarca las limitaciones de estas formas de manifestar el antagonismo social:

“Sin embargo, al tratar de estos hombres y grupos, sencillamente no podemos aislarlos del resto de la sociedad. La clase no es una simple relación entre grupos, sino que es también la coexistencia de los mismos en el seno de un marco social, cultural e institucional creado por los de arriba. El mundo de los pobres, por complejo, independiente y separado que sea, es un mundo subalterno y, por ende, incompleto en algunos sentidos, pues normalmente da por sentada la existencia del marco general de los que tienen hegemonía o, en cualquier caso, su propia y casi permanente incapacidad para hacer mucho al respecto. Acepta la citada hegemonía, incluso cuando pone en entredicho algunas de sus implicaciones, y la acepta principalmente porque no hay más remedio. Las ideas, los modelos y las situaciones que le permiten pasar a la acción tienden a llegarle desde fuera, aunque sólo sea porque la iniciativa que cambia las condiciones a escala nacional procede de arriba o porque los mecanismos de difusión de ideas se generan fuera. Sólo en el siglo XIX generó o se identificó la propia clase obrera con una fuerza potencialmente hegemónica - el movimiento obrero y socialista organizado- que brindaba la posibilidad de, por ejemplo, transformarse en un sistema de gobierno nacional, como es el caso de los partidos comunistas después de las revoluciones. Esto es una novedad histórica. No obstante, incluso esta hegemonía potencial, aunque se basa en la movilización y el apoyo activo de las masas, al menos antes de la transferencia del poder, deriva su ideología, sus programas y sus estrategias principalmente de personas y fuentes ajenas al mundo de las clases subalternas: de intelectuales mayormente burgueses como Marx y Engels, de la filosofía alemana, de la economía política británica y del socialismo francés.”<sup>16</sup>

Sea como sea, estas manifestaciones de antagonismo social no son todavía conflictos sociales. Veremos también que no todo conflicto social es lucha de clases. Lo que importa ahora es que las formas que asume la lucha *de la clase obrera* (la de otras clases y, en particular, la burguesía asume otras formas, obviamente) describe una secuencia de jerarquía creciente. La primera de ellas, la “más incivil e inconsciente”, al decir de Engels, es el delito. Lindando con ello y dando inicio a la oposición a la burguesía, es la rotura de máquinas. Una forma más avanzada es ya el motín, un tipo de acción heredada de modos previos, no requiere de una gran organización sino de consenso en la comunidad.<sup>17</sup> Para darle un contenido permanente a la lucha es que se organizan los sindicatos y da comienzo la lucha sindical y, en particular la huelga, primero contra un patrón particular, luego contra el conjunto de los patrones de una rama, por último la huelga general.<sup>18</sup> Llegado a este punto, la huelga puede asumir un carácter económico o político, ser demostrativa o coercitiva. En éste último punto aparece la huelga de masas política.<sup>19</sup> La acción política ya se había hecho presente con la manifestación, cuyas formas pueden ser las

más variadas. La política parlamentaria suele coronar la estrategia reformista de la clase obrera aunque el momento culminante de esa estrategia es el gobierno reformista. La forma más elevada de la acción política de la clase obrera en el capitalismo, sin embargo, es la insurrección armada socialista y la constitución del Estado obrero. Obviamente, el punto más elevado de la acción obrera dentro ya del proceso de transición, es la constitución del “ejército rojo” y la guerra de liberación internacional. Dentro de las formas de lucha menores, normalmente incluida entre las acciones en solidaridad, se encuentran el boicot y el label.

Casi todas estas formas de lucha requieren instrumentos que ayudan a definir el contenido político de la acción, en particular en las manifestaciones (como el uso de cacerolas, pancartas, disfraces). Instrumentos propios de la lucha son también el rumor, la amenaza y el anónimo.<sup>20</sup> Casi todas estas formas requieren también de tareas complementarias, que obligan a especializar partes de la masa en lucha como destacamentos especiales. El más común es el “piquete”, que no es más que un destacamento especial de una fuerza en lucha para realizar tareas específicas (atacar rompehuelgas, por ejemplo). El terrorismo es otra tarea complementaria y puede ser de carácter simbólico individual (como cuando los resistentes iraquíes filmaban la decapitación de prisioneros) o colectivo (como el ataque a las torres gemelas). Lenin abunda sobre su lugar en el proceso de lucha:

“En principio, nunca hemos rechazado el terror, ni podemos rechazarlo. El terror es una de las formas de acción militar que puede ser perfectamente aplicable, y aun esencial, en un momento dado del combate, en determinado estado de las fuerzas y en determinadas condiciones. Pero lo importante es que ahora el terror no se propugna como una de las operaciones de un ejército en acción, como una operación estrechamente ligada y coordinada con todo el sistema de lucha, sino como una forma independiente de ataques ocasionales, sin relación con ejército alguno. En efecto, cuando se carece de una organización revolucionaria central y las organizaciones locales son débiles, el terror no puede ser otra cosa.”<sup>21</sup>

Todas requieren de algún tipo de organización, por elemental que sea. El problema de la organización y la espontaneidad ha sido objeto de gran debate, debido a su importancia política en relación a la estrategia revolucionaria adecuada y al rol del partido en su desarrollo. Es necesario, entonces, detenerse un poco en ella.

### **Organización, dirección, espontaneidad**

Lenin es quien más ha desarrollado este punto, en particular en el *Qué hacer*. Sigamos con cierto detalle lo que dice. Lenin parte de señalar la diferencia entre distintos movimientos sociales, unos más primitivos, otros más desarrollados. Y demuestra que, en relación a los segundos, los primeros son más “espontáneos”. Lo que le permite desarrollar dos ideas: la primera, que hay distintos tipos de espontaneidad; la segunda, que finalmente el elemento espontáneo “no es sino la forma embrionaria de lo

conciente”. En los motines se reflejaba aunque más no sea “un cierto despertar de lo conciente: los obreros perdían la fe tradicional en la inmovilidad del orden de cosas que los oprimía” y empezaban a “sentir la necesidad de oponer resistencia colectiva”. No alcanzaba a ser lucha sino “desesperación y venganza”. En las huelgas ya se observa “destellos de conciencia” porque se formulan reivindicaciones, se calcula el momento conveniente, etc. Estas huelgas representan embriones de lucha de clases. No son lucha plenamente porque se mantienen dentro del ámbito del economicismo. En este sentido, aun siendo “organizadas” en relación a los motines, en relación a la lucha revolucionaria las huelgas siguen siendo “espontáneas”.<sup>22</sup>

El problema remite entonces a una dialéctica entre espontaneidad y organización en la que ninguno de los dos polos desaparece nunca, aunque va ganando espacio en relación al otro. Por lo tanto, decir que un movimiento determinado fue espontáneo u organizado, no significa nada, porque todo movimiento contiene ambas cosas. Contribuye a reificar los procesos definirlos de una u otra forma y, en el fondo, es no decir nada. O peor aún, contribuye a malinterpretar el contenido político concreto que se despliega en los procesos sociales. En realidad, lo que resulta necesario es especificar de qué tipo de organización se trata o, lo que es lo mismo, de qué tipo de espontaneidad se trata. Es decir, hay que delimitar con precisión el tipo de *dirección* dominante. Lo que nos lleva a preguntarnos por el fenómeno de la dirección. Como dice Gramsci:

“Se pueden dar varias definiciones de la expresión *espontaneidad*, porque el fenómeno al que se refiere es multilateral. Hay que observar, por de pronto, que la espontaneidad *pura* no se da en la historia, coincidiría con la mecanicidad *pura*. En el movimiento *más espontáneo* los elementos de “dirección conciente” son simplemente incontrolables, no han dejado documentos identificables. Puede por eso decirse que el elemento de la espontaneidad es característico de la “historia de las clases subalternas”, y hasta de los elementos más marginales y periféricos de esas clases, los cuales no han llegado a la consciencia de la clase *para sí* y por ello no sospechan siquiera que su historia pueda tener importancia alguna, ni que tenga ningún valor dejar de ella restos documentales. Existe, pues, una *multiplicidad* de elementos de *dirección conciente* en esos movimientos, pero ninguno de ellos es predominante ni sobrepasa el nivel de la *ciencia popular* de un determinado estrato social, del *sentido común*, o sea, de la concepción del mundo tradicional de aquel determinado estrato.”<sup>23</sup>

¿Qué es la “dirección”, entonces? Es el ejercicio del poder que determina el curso de la acción. Decir que algo no tuvo dirección implica decir que no fue un ejercicio de poder ni construyó ninguna forma de poder. De modo que es imposible que un hecho no contenga ninguna dirección. Lo que hay que especificar es cuál es el grado de dirección contenida o, lo que es lo mismo, qué tipo de dirección tuvo. Dijimos que existen diversas formas de dirección. Dirección técnica: toda clase requiere especialistas en sus diferentes funciones, desde las militares a las industriales. Es la primera dirección que se desglosa y da lugar a las figuras del guerrero, el ingeniero y el escriba. La segunda es la dirección

política: un cuerpo especializado que ejerce la dirección de las relaciones que vertebran el poder a lo largo de toda la sociedad, pero en particular entre la clase dominante y la dominada: el político, el tribuno, el sindicalista. Entran aquí desde el presidente de los Estados Unidos hasta la manzanera duhaldista, desde el santo rey de Francia hasta Hugo Moyano. El último desdoblamiento construye aquellas figuras más cercanas al sentido común sobre el intelectual y que corresponden a la dirección moral: el cura, el periodista, el filósofo. Si la primera es una dirección de personas a través de cosas, si la segunda es la dirección de personas a través de personas, la tercera es la dirección de personas a través de ideas.

Al analizar un movimiento, lo que debemos decir es de qué tipo fue su dirección. Lo que no significa que no tuviera más de una dirección o, mejor dicho, que no fuera una dirección disputada. En un movimiento simple como un motín, es algo relativamente sencillo; en uno tan complejo como una insurrección, se vuelve más difícil de definir. Por empezar, porque la insurrección siempre comienza con algún grado de dirección estrictamente burguesa, aunque termina con una de otro tipo. El sucederse de direcciones es lo que caracteriza a un proceso insurreccional de tipo revolucionario. Para que esas direcciones se sucedan en el comando, es necesario que estén presentes. Una insurrección donde el sujeto protagonista dirige las acciones sin enfrentar ninguna disputa por el comando y realizando estrictamente su programa, posee dirección moral (una influencia a través de las ideas, ya sean estas por escrito o por el ejemplo), dirección política (destruye y construye relaciones sociales) y técnica (está dotada de un personal especializado para la dirección inmediata de las acciones). Esas situaciones son por completo excepcionales y corresponden a las grandes revoluciones triunfantes. Lo común es procesos con un grado de espontaneidad alto, es decir, caracterizados por la ausencia de alguna de estas formas de dirección o por su debilidad. Normalmente, la dirección que aparece primero es la moral: una influencia acerca de cómo o por qué hay que hacer algo. Cuando esa dirección se afianza, aparece la dirección política, es decir un comando unificado que logra establecer relaciones en el interior del movimiento. Lo más común es que la dirección técnica sea la última en aparecer: que el personal político que sintetiza la influencia moral y ha logrado tejer mayor cantidad de relaciones sea el que termine comandando las acciones insurreccionales. En cualquier caso, siempre se trata de la dirección de fuerzas, es decir, energías sociales acumuladas. Esas energías pueden medirse y, por lo tanto, pueden estimarse a la hora de planear acciones políticas. De eso habla Gramsci cuando propone el análisis de relaciones de fuerzas.

### **Relaciones de fuerza**

Cada formación social tiene una determinada estructura económico-social de carácter objetivo, independiente de la conciencia de los sujetos acerca de las mismas. Sobre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales surgen los grupos sociales, ocupando diferentes posiciones. Por este nivel, el de las relaciones de fuerzas materiales entre clases, hay que comenzar. Su resultado determinará el grado de "realismo" de las diversas ideologías que nacieron de ella misma, "en el

terreno de las contradicciones que generó durante su desarrollo.” De estas **relaciones de fuerzas objetivas sociales** podemos derivar la **relación de las fuerzas políticas**, es decir de las fuerzas organizadas en partidos. Gramsci establece dos momentos iniciales de bajo desarrollo de la conciencia de tales relaciones objetivas: el **momento económico-corporativo** (unidad profesional) y **de solidaridad de grupo social** en un plano económico (donde todavía no hay lucha por el poder). La fase más directamente política, cuando el grupo corporativo supera sus intereses económicos inmediatos e intenta abarcar los “intereses de otros grupos subordinados”, es la del

“... neto pasaje de la estructura a la esfera de las superestructuras ... en la cual las ideologías ya existentes se transforman en “partido”, se confrontan y entran en lucha hasta que una sola de ellas, o al menos una sola combinación de ellas tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por todo el área social, determinando además de la unidad de los fines económicos y políticos, la unidad intelectual y moral ... sobre un plano “universal” y creando así la hegemonía de un grupo social sobre una serie de grupos subordinados.”<sup>24</sup>

El que los contrincantes ubicados en los extremos de esas relaciones de fuerza sean plenamente conscientes o no y se hayan predispuesto adecuadamente o no, signará su suerte en el momento álgido del proceso: si las nuevas fuerzas logran vencer en el plano “militar”, metáfora que remite a la confrontación directa y violenta entre clases y no a la forma en que se da esa confrontación (en grandes asaltos armados de ejércitos formalmente constituidos, en manifestaciones callejeras, etc., etc.), la irrupción de lo orgánico significa la imposición de una nueva realidad, de nuevas relaciones sociales y de un nuevo tipo de estado. La historia habrá saltado una etapa. Si las fuerzas resistentes llegan a la confrontación en mejores condiciones, lo orgánico volverá a sumergirse y todo volverá a comenzar otra vez a partir de una nueva relación de fuerzas entre los mismos términos. Lo importante es que cada nivel de manifestación de las relaciones de fuerza corresponde a un ámbito distinto de la realidad, ámbitos que mantienen entre sí una relación que excede la mera superposición. Un análisis detallado de todos los niveles es clave en la conformación de una estrategia política. La clave del triunfo de una de las fuerzas sobre la otra está en la conciencia de los objetivos de la fuerza adversaria: “debido a esa conciencia, su “subjetividad” era de una calidad superior y más decisiva”, porque al comprender los objetivos de la fuerza antagónica, lo que estaba comprendiendo era la esencia del conflicto, la tendencia orgánica fundamental.

El esquema que propone Gramsci permite sentar las bases de una política realista y ayuda a comprender en dónde se encuentran las fortalezas y debilidades de una clase. Por empezar, el nivel material más amplio, el de las fuerzas materiales: el número y peso en la estructura social de la clase que pretende emprender una acción de características históricas. Después, el nivel de las organizaciones de esa clase, su desarrollo, eficiencia, tradición de lucha, etc. Por último, el nivel inmediatamente político, en el que prima la subjetividad encarnada en programas, estrategias y, sobre

todo, conciencia de la situación y disposición a la lucha. Este último es el campo de la “fuerza moral”, concepto que engloba varios significados: la amenaza directa o indirecta del uso de la fuerza física<sup>25</sup>; la convicción del “derecho” y la validez del uso de la fuerza física; la “razón” que asiste a los combatientes sobre la “justicia” de su lucha; la disposición a la misma, su “convicción”. Ésta última es uno de los elementos claves y cabe distinguirlas del “estado de ánimo”:

“Un estado de ánimo determinado, la decisión de llevar adelante un enfrentamiento por ejemplo, no equivale a la convicción acerca de la necesidad de enfrentamiento permanente contra las fuerzas represivas del régimen. Así, la disposición de las masas a luchar no implica que tenga conciencia del tipo de lucha que se necesita, ni tampoco que asuma plenamente la totalidad de la tarea.”<sup>26</sup>

Dado que la burguesía tiene el monopolio de la violencia y educa a las clases subalternas en la negación de la violencia, en el pacifismo, buena parte de la “convicción” consiste en el desarrollo de una voluntad decidida en el ejercicio de la violencia:

“La “violencia” de la que habla públicamente y con énfasis la burguesía es casi siempre aquella que expresa el enfrentamiento de los desposeídos y por ello la categoriza como “delito”; la otra, en cambio, recibe los elogios de una categorización benevolente y cómplice, la justicia. En la perspectiva de los intereses de la burguesía, la lucha de clases es reemplazada por la imagen de una lucha -también permanente- entre el delito y la justicia; y es conveniente señalar que no es lo policíaco (lo carcelario, disciplinario o represivo) el modelo sustantivo de ese combate, sino la concepción de la guerra. La burguesía ha ido asumiendo inescrupulosamente la certeza de “su” guerra permanente contra el delito; ha ido haciendo crisis su criterio “policíaco” en relación al delito -etapa en que el capital industrial era dominante en el sistema- para subordinar ese criterio al del orden y la jerarquía de la guerra. Distingue la necesidad de contar en esa lucha con una concepción estratégica de la misma y no reducirse a la consecución de erráticos éxitos tácticos de una cacería policial.”<sup>27</sup>

Buena parte de la tarea revolucionaria consiste, entonces, en la lucha contra el pacifismo y la obediencia a la ley.<sup>28</sup>

### **Fuerza social y partido**

Las clases, sin embargo, no van al enfrentamiento como tales clases. Por la misma razón por la cual la clase está dividida en su interior según la fracción del capital a la que represente o la función que haya sido convocada a cumplir, en términos de su estructuración política, también se encuentra dividida, entre aquellas fracciones que tienen una disposición más inmediata a la lucha y aquellas que se encuentran en condiciones de pasividad relativa. A la primera se le asigna el nombre de “vanguardia”,

oficiando la segunda como “retaguardia”. Pero esas fracciones de vanguardia no se mueven solas, sino que trazan alianzas con otras fracciones de otras clases sociales, conformando así una “fuerza social”. Los grandes combates de clase se dan, entonces, entre fuerzas sociales y no directamente entre clases. La suerte de dichas fuerzas dependerá de su capacidad hegemónica, es decir, de ampliar permanentemente el campo de sus alianzas dentro de su programa. Para poder llevar adelante esta tarea, las fuerzas deben darse un personal apto, un conjunto de “cuadros”: individuos cuyos “cuerpos” son soporte de relaciones sociales, de un sistema de relaciones sociales que encarnan con un grado tal de consistencia que sus acciones tienen carácter de acción conciente de clase.” Estos cuadros, históricamente, surgen del interior del proletariado tanto como desde el exterior:

“La formación de los cuadros revolucionarios nos remite al (...) problema del conocimiento directo y el conocimiento indirecto en el proletariado, que no le es de acceso directo; en particular, la experiencia internacional. La apreciación de las condiciones totales de la lucha de clases que el proletariado puede tener, como consecuencia de su experiencia directa en la misma, se encuentra en gran medida retaceada. Según cual sea el carácter de la alianza de clases que el proletariado logre, será la capacidad que tenga de adscribir e incorporar en su lucha directa, real, permanente e inmediata, un enorme caudal de experiencia que ha sido acumulado históricamente en otros enfrentamientos. Esta experiencia no la puede captar directamente. Aquí hay un elemento de importancia enorme: la capacidad de cooptación que el proletariado realiza en su lucha de clases. El proletariado va incorporando mediante mecanismos sociales muy complejos, una gran cantidad de cuadros de otras clases sociales que se van sumando a la lucha. Es a través de este mecanismo que empieza a producirse la incorporación de las experiencias históricas, del conocimiento indirecto.”<sup>29</sup>

Esos cuadros deben organizarse: el partido. ¿Qué es un partido? Volvamos a Gramsci:

“[Es un] un organismo elemento de la sociedad complejo en el cual comienza a concretarse una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción.” [Es] “la primera célula en la que se resumen los gérmenes de voluntad colectiva que tienden a devenir universales y totales.” [Un partido nace] “para dirigir las situaciones en momentos históricamente vitales para su clase.”<sup>30</sup>

Ningún partido puede funcionar sin un programa. ¿Qué es un programa? Si un partido es un germen de voluntad colectiva, el programa es la expresión de las necesidades de los intereses que el grupo que lo sostiene debe satisfacer para realizarlos. Los partidos pueden ser orgánicos o reformistas, es decir, corresponder a los intereses más generales de la clase a la que representan, o a intereses parciales. Los primeros corresponden al momento de la creación de una realidad nueva o a la defensa de la realidad existente amenazada por completo. Los segundos actúan en el marco de la sociedad existente, moviéndose entre ambos extremos. Los programas se reparten de la misma manera. Un partido puede estar repartido

en diversas estructuras que se dividen el trabajo político, al mismo tiempo que varios partidos pueden compartir el mismo programa. En este caso, se trata de diferentes personales políticos que se disputan la conducción de los mismos intereses de clase. Los partidos suelen organizar intereses de alianzas de fracciones de clase, expresando en su programa la capacidad hegemónica de la clase que dirige la alianza.

De esta manera, clase, fuerza social y partido corresponden a diferentes momentos de la formación del poder social, en tanto corresponden a la fuerza material, a la capacidad hegemónica y al personal dirigente. Ese camino termina, necesariamente, en la construcción del partido como poder estatal y, por lo tanto, su disolución.

La vida política burguesa surge de la revolución burguesa. Pasado el momento revolucionario, la burguesía se enfrenta al problema de la democracia, es decir, de la integración de los intereses de las clases subalternas en el aparato del Estado y, por ende, la neutralización de esos intereses como poder independiente de clase. La vida política burguesa transcurre entonces, por el carril de la democracia como forma "normal". En esa situación, lo normal es que dos partidos burgueses se disputen el gobierno del estado, expresando alianzas de diverso tipo con las clases subalternas, particularmente con el proletariado. Desde el campo obrero, también se producen agrupamientos políticos que buscan alianzas con fracciones burguesas, normalmente estructurados desde el movimiento obrero y teniendo a los sindicatos como "columna vertebral". Estos partidos "centristas" dominan la escena en épocas de "bonanza". Normalmente, los partidos orgánicos tienden a dominar durante los momentos conflictivos.

Esta dinámica se sobreimprime al proceso de desarrollo de la sociedad. En realidad, es la expresión de ese desarrollo. Veremos dicho proceso en la Argentina del período elegido, observándolo desde el proceso de formación de la clase obrera y de su desarrollo hasta convertirse en partícipe del gobierno de un Estado que le es ajeno, es decir, desde la clase en sí hasta la culminación de la estrategia reformista.

Un germen de voluntad colectiva, sintetizada en un programa y corporizada por un conjunto de cuadros jerárquicamente estructurados, eso es un partido. Su función es la dirección del enfrentamiento. El enfrentamiento es el momento principal en la formación del poder. Como dice Marín citando a Clausewitz: "sin enfrentamiento no hay poder."<sup>31</sup> Obviamente, el tipo y la forma que asumen los enfrentamientos dependen siempre del carácter de la "situación".

### **Crisis, proceso y situación**

La situación más propicia para las transformaciones sociales es la "situación revolucionaria". Lenin la define de la siguiente manera:

"...resulta indudable que la revolución es imposible si no se da una situación revolucionaria, pero no toda situación revolucionaria conduce a la revolución. ¿Cuáles son, en términos generales, los signos distintivos de una situación revolucionaria? Estamos seguros de no equivocarnos al señalar estos tres

signos principales: 1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener su dominio en forma inmutable; tal o cual crisis en las “alturas”, una crisis de la política de la clase dominante, abre una grieta por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución, no basta que “los de abajo no quieran vivir”, sino que hace falta también que “los de arriba no puedan vivir” como hasta entonces. 2) Una agravación, superior a la habitual, de la miseria y las penalidades de las clases oprimidas. 3) Una intensificación considerable, por las razones antes indicadas, de la actividad de las masas, que en tiempos “pacíficos” se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas históricas turbulentas son empujadas tanto por la situación de crisis de conjunto como por las “alturas” mismas, a una acción histórica independiente. Sin estos cambios objetivos, independientes no solo de la voluntad de estas o aquellas clases, la revolución es, por regla general, imposible. El conjunto de estos cambios objetivos es precisamente lo que se llama situación revolucionaria ... la revolución no surge de toda situación revolucionaria, sino solo de una situación en la que a los cambios objetivos antes enumerados viene a sumarse un cambio subjetivo.”<sup>32</sup>

Así como hay situaciones revolucionarias las hay contra-revolucionarias, en las que se invierten las características anteriores. Toda situación se inscribe dentro de un proceso más amplio, que determina el carácter de todos los hechos que lo componen. Un proceso revolucionario se inicia cuando una crisis general (orgánica) inicia un proceso de ruptura de relaciones sociales. Puede desplegarse a fondo (y entonces dará lugar a una o varias situaciones revolucionarias, como en Rusia en 1917) o estancarse e incluso replegarse (como en el 2001 argentino).

### **El proceso de desarrollo de la clase**

La historia de la clase obrera no puede estudiarse como una sucesión de eventos azarosos, sino como un proceso general (mundial) que se desarrolla siguiendo una legalidad: un proceso general material (la evolución de las fuerzas productivas y el ciclo económico); un proceso subjetivo general (los resultados de la lucha de clases y el desarrollo ideológico consecuente). A esos procesos generales se sobreimprimen un proceso material general y un proceso subjetivo particular, unidos según la lógica del desarrollo desigual y combinado. Esa dinámica se cumple de modo diferencial según cada fracción nacional de la clase obrera, precisamente por la diferencia en las calidades y los ritmos del proceso más general y los procesos particulares. A su vez, cada fracción nacional de la clase obrera es distinta porque se enfrenta a diferentes configuraciones de representaciones del capital, es decir, a diferente conjunto de fracciones del capital, que a su vez se enfrentan a diferentes porciones de la naturaleza, que le imprime a cada una una dinámica diferente. En la medida en que el conjunto no nace todo completo de una sola vez sino que sus diferentes momentos son parte de un proceso general cuyas primeras etapas se cumplen en algunos lados y en otros no, asistiremos a un desarrollo desigual. Los que llegan tarde se encuentran ya condicionados, para bien y para mal de su propio proceso de

desarrollo, por los que han llegado primero. Cada fracción nacional puede nacer de manera distinta, dicho de otro modo, cada proceso nacional de acumulación originaria es irrepetible, al mismo tiempo que toda clase obrera es hija, necesariamente, de un proceso de ese tipo. En ese sentido es que decimos, todas las fracciones de la clase obrera tienen la misma historia, cada fracción de la clase obrera tiene una historia diferente. Es tarea del historiador revelar la existencia de ese proceso general que hace inteligible los hechos, al mismo tiempo que mostrar su carácter peculiar, que lo hace irrepetible.

### **¿Es inmutable la clase obrera?**

Como vimos en la polémica con Luis Alberto Romero, un argumento particularmente falso es el que supone que el concepto "clase obrera" es "estático" y que, como tal, no puede hacerse cargo de los cambios. Si hay algo que caracteriza al concepto de clase es que cubre una muy amplia gama de situaciones y una dinámica muy notable. Dicho de otro modo: no hay dos clases obreras idénticas. La variación del capital de país en país gesta proletariados con estructuras diferentes; los diferentes puntos de partida sociales, históricos, culturales, gesta hasta "temperamentos" distintos. Pero hay un motivo más importante que la diversidad espacial de la acumulación del capital. Lo que genera "clases" obreras distintas (en sentido estricto: fracciones nacionales diferentes), incluso dentro de la misma historia de la cada una de ellas (del proletariado británico, argentino o haitiano) es que la clase como tal evoluciona. Es decir, se transforma en su desarrollo, siguiendo, obviamente, el desarrollo de la fracción del capital que le ha tocado en suerte. Esa evolución de la clase es el resultado del desarrollo cualitativo del capital, desarrollo que se expresa en la evolución de los procesos de trabajo.

Teniendo como eje el proceso de trabajo, en la evolución del modo de producción capitalista pueden distinguirse dos etapas claras.<sup>33</sup> Una primera etapa lo toma tal como lo encuentra en modos de producción previos, sometiéndolo a su dominación sin alterar su forma. En un segundo paso, el proceso laboral es adaptado a una modalidad estrictamente capitalista. Marx llama, a estos dos momentos sucesivos, formas de subordinación (subsunción) del trabajo al capital. Así, la subsunción formal corresponde a la modalidad de subordinación del trabajo al capital en el que el segundo toma el proceso de trabajo tal cual lo encuentra bajo modos pre-capitalistas. Es la etapa de la manufactura, cualquiera sea la forma en la que esta se desarrolla o manifiesta. Como tal sólo puede progresar por la expansión de la plusvalía absoluta. Se distingue de las formas anteriores antes que nada por la escala con que opera: la escala de los medios de producción utilizados y la cantidad de obreros bajo la dirección del mismo patrón. Lo esencial es que la manufactura es "un mecanismo de producción cuyos órganos son hombres". Compuesta o simple, la operación sigue siendo artesanal en sus diversas operaciones parciales. El artesano es la base técnica estrecha que impide una división científica del trabajo porque todo proceso parcial recorrido por el producto debe ser ejecutable como trabajo artesanal. La manufactura es un "mecanismo vivo" compuesto por el "obrero colectivo". La división

del trabajo facilita el consumo productivo de la fuerza de trabajo, por su intensidad creciente (llenado de "poros"). El mismo proceso que opera con las personas opera con las herramientas, que se perfeccionan por la manufactura, creando las bases para el surgimiento de las máquinas. El obrero detallista y su instrumento son, entonces, los elementos simples de la manufactura.

De otra parte, la modalidad específicamente capitalista de subordinación del trabajo al capital es denominada por Marx subsunción real, en la que este procede a destruir el viejo proceso de trabajo y reconstruirlo a su imagen y semejanza. Es la gran industria, la que modifica la forma real del modo de producción, surgiendo entonces un "modo de producción específicamente capitalista" sobre cuya base se "desarrollan las relaciones de producción —correspondientes al proceso productivo capitalista— entre los diversos agentes de la producción y en particular entre el capitalista y los asalariados." Los cambios en el proceso de trabajo se revolucionan con la gran industria: en la manufactura, "la organización del proceso social de trabajo es puramente subjetiva, combinación de obreros parciales; en el sistema de las máquinas, la gran industria posee un organismo de producción totalmente objetivo al cual el obrero encuentra como condición de producción material, preexistente a él y acabada." El carácter cooperativo del proceso de trabajo "se convierte ahora en una necesidad técnica dictada por la naturaleza misma del medio de trabajo". Es decir, lo impone la máquina.

El régimen de gran industria impone una serie de consecuencias sobre la mano de obra:

- a) apropiación de fuerzas de trabajo subsidiarias (trabajo femenino e infantil): amplía el material humano de explotación, "o sea del campo de explotación propiamente dicho del capital, el grado de dicha explotación".
- b) prolongación de la jornada laboral: la maquinaria carece de límites físicos, apropia fuerzas de trabajo dóciles y genera una población superflua.
- c) intensificación del trabajo.

El ambiente de trabajo en el que se concentran los obreros bajo el régimen de gran industria es la fábrica, es decir, un taller fundado en el empleo de máquinas. En la fábrica los obreros se ven "descalificados" y la cooperación entre ellos pasa a sobresimplificarse, en la medida que ahora la división del trabajo aparece como distribución de obreros entre las máquinas especializadas. "El cuerpo articulado de la manufactura es desplazado por la conexión entre el obrero principal y unos pocos ayudantes." La división se da claramente ahora entre los obreros ocupados en las máquinas-herramientas y los simples peones. A estos se suma un grupo pequeño de especialistas, capa superior de obreros, "en parte educada científicamente" y en parte, herencia de la etapa artesanal. Esta división del trabajo es puramente técnica (o tecnológica). La máquina, al imponer el proceso de producción al obrero, elimina la necesidad de la especialización haciéndolo rotar de puesto en puesto. La división del trabajo manufacturera es eliminada por la máquina, aunque luego es reproducida y consolidada por el capital de manera sistemática "bajo una forma más repulsiva: la especialidad vitalicia de manejar una

herramienta parcial se convierte en la especialidad vitalicia de servir a una máquina parcial". El contenido del trabajo se ha empobrecido de la manufactura a la gran industria. El obrero sigue ahora a una máquina y depende de ella mientras en la manufactura él era parte de un mecanismo vivo. Ahora es el apéndice de uno muerto. La máquina consolida la escisión entre las potencias intelectuales del proceso de producción y el trabajo.

Por último, la subordinación técnica del obrero a la marcha del medio de trabajo crea una disciplina cuartelaria, forma un régimen fabril y desarrolla el trabajo de supervisión. Aparecen, entonces, los soldados rasos y los suboficiales industriales (capataces). No puede faltar el código de fábrica. Esta necesidad de control deriva directamente del carácter capitalista del proceso de producción, que ya está presente en la etapa de la manufactura. La misma cooperación impone el mando del capital, como un general en el combate, por necesidades técnicas. Pero el interés del capitalista es la producción de más valor, es decir, conseguir la mayor explotación posible. Con el crecimiento de la masa de los obreros empleados crece su resistencia y, por ende, la presión para dominarlos. Por eso, la dirección del capitalista no es sólo una cuestión técnica sino función de la explotación de un proceso social de trabajo, condicionada por el antagonismo entre explotador y explotado. A los obreros, el carácter social de sus trabajos individuales se les aparece como algo externo, propiedad del capital. La conexión se les enfrenta como un plan, como autoridad. Por eso, la forma de la dirección es necesariamente despótica. A medida que avanza el proceso de acumulación de capital, el capitalista debe abandonar el trabajo directo y luego la supervisión misma del proceso de trabajo, surgiendo entonces la necesidad de desarrollar un sistema de comando, igual que en un ejército, que incluirá ahora nuevas jerarquías como los "oficiales" (la línea gerencial).

La clase obrera, en cada rama y, a la postre, en su conjunto, cambia permanentemente, lo que no es lo mismo que caótica o azarosamente. Va adquiriendo nuevas formas, en tamaño, composición, calificación, formas de organización, conciencia, etc., a medida que se desarrolla el proceso de acumulación. Es cualquier cosa menos algo "estático", si tal adjetivo tiene algún valor científico.

## **II. El obrero rural**

Es común en las ciencias sociales negar la importancia del proletariado rural. Lo hemos dicho repetidas veces. Ello incluso cuando son los principales protagonistas de las migraciones internacionales actuales, en particular a EE.UU. y a Europa y que existe una notable cantidad de bibliografía sobre el tema. En este caso, el proletariado rural es escondido detrás del "inmigrante".<sup>34</sup> Sorprende más cuanto que ya a comienzos de los años '70, los inmigrantes que tenían por destino insertarse en la agricultura ocupaban el tercer lugar (detrás de la construcción y las ingeniería) en Francia, Suiza, y Alemania.<sup>35</sup> Ni en el presente ni en el pasado: una historia de la "Francia rural", por lo menos en los dos tomos que van desde la revolución francesa hasta nuestros días, dedica a los

obreros rurales un puñado de páginas en 1.400.<sup>36</sup> Incluso autores de raigambre marxista son responsables por este “olvido”. Paradójicamente, esta ausencia notable contrasta con la importancia que le dieron los clásicos del materialismo histórico. Vamos, entonces, a realizar un breve resumen de algunos momentos importantes de dicha tradición, para luego explayarnos sobre las características del personaje que nos ocupa. El desarrollo del acápite anterior es válido, como dijimos, para la clase obrera tomada como conjunto, pero cada fracción tiene sus particularidades. A eso vamos.

### **El obrero rural en los clásicos marxistas**

El capítulo XXIII del primer tomo de *El capital*, Marx describe las capas de la clase obrera, ubicando al proletariado agrícola entre las capas peor remuneradas y con peores condiciones de existencia. ¿Cómo es el obrero rural que describe Marx? Es, obviamente, el obrero inglés producto de la acumulación de capital en el campo inglés. Esto que parece obvio, veremos más adelante que no lo es tanto. La “limpieza” del campo da por resultado que la población rural disminuya violentamente, absorbida sólo parcialmente por la revolución industrial. Como consecuencia, una parte de la población rural es transformada en sobrepoblación latente, lista para hacerse presente cuando el capital industrial la convoque, algo difícil porque, como explicara ya Engels en 1845, la industria produce su propia población sobrante. Queda allí, en una tierra de nadie, colaborando a bajar los salarios rurales e industriales.

Por su parte, el verdadero proletariado rural, el que trabaja en el campo, va cada vez más siendo desplazado por la concentración de la tierra y la mecanización de la agricultura, de modo que enfrenta grandes períodos de desocupación y un reemplazo permanente por mujeres y niños. El viejo proletariado rural del siglo XVIII vivía en tierras del terrateniente o del arrendatario y servía todo el año. Con la revolución agrícola, que eleva los rendimientos, reacondiciona terrenos antes incultos y con la nueva tecnología, el capitalista agrario demanda toda la tierra posible y, además, enfrenta la competencia con la expulsión del obrero, evitándose así mantenerlo en los períodos del año donde no hay suficiente trabajo. Estos expulsados no terminan en las ciudades sino en las aldeas o en villorrios inmundos construidos ad hoc por los especuladores en los bordes de la gran propiedad. Reproducen allí las peores condiciones de vivienda que se creían propias de las ciudades, con el agravante de que ahora deben caminar entre tres y diez kilómetros por día para trabajar. Fuera de la época de trabajo duro, es decir, cosecha y siembra, el desempleo es la norma.

Se organiza, para hacer frente a esta demanda estacional, el sistema de cuadrillas (*gangs*), grupos de niños y mujeres, preferentemente, que al mando de un contratista (*gangmaster*) recorre los campos trabajando por tanto. Es obvio que como señala Marx, este sistema de cuadrillas viene a adecuar, como sucede con el principio de Babbage, el tipo de mano de obra necesaria para este tipo de trabajo, fundamentalmente descalificada y que sólo se emplea estacionalmente. Naturalmente, las consecuencias de este sistema de trabajo repercuten en una caída aún mayor del salario obrero y en

una peculiar situación poblacional: en el campo inglés siempre hay sobrepoblación para las tareas cotidianas, pero hay escasez de fuerza de trabajo para los momentos álgidos. Señala Marx que por la época en que escribe, en torno a 1860, la situación se está reproduciendo en Francia. Kautsky describe el mismo sistema en vigencia en Alemania a fines del siglo XIX.<sup>37</sup>

Es interesante, por lo que se verá más adelante, comparar esta situación del obrero rural inglés con el irlandés: en la medida en que Inglaterra es un país industrial, la sobrepoblación rural es parte del ejército industrial de reserva de las fábricas inglesas. Pero Irlanda es un país agrario, de modo que el obrero rural expulsado a las ciudades, se convierte allí en la reserva del capital agrario:

“Recuérdese que al considerar la situación del proletariado agrícola inglés nos encontrábamos con fenómenos similares. Pero la diferencia estriba en que en Inglaterra, país industrial, la reserva de la industria se recluta en el campo, mientras que en Irlanda, país agrario, la reserva de la agricultura se recluta en las ciudades, en los refugios de los desplazados obreros agrícolas. Allí, los supernumerarios de la agricultura se transforman en obreros fabriles; aquí los expulsados a las ciudades siguen siendo obreros agrícolas –mientras presionan al mismo tiempo sobre el salario urbano- y constantemente se ven rechazados hacia el campo en busca de trabajo.”<sup>38</sup>

Esta situación del obrero rural irlandés recuerda mucho el escenario de los “campesinos” descrito por la “nueva ruralidad”, que como vemos, no tiene nada de nuevo. Se asemeja también, aunque con diferencias importantes, a lo que veremos cuando examinemos a los obreros rurales argentinos.

La situación que va a describir Lenin con respecto a Rusia está, en relación a Inglaterra e Irlanda, muy atrasada, en la medida en que todavía se está produciendo en la futura patria de los soviets el proceso de diferenciación en el interior del campesinado, proceso por el cual el campesino rico es, simplemente, un burgués y el campesino pobre, un obrero.<sup>39</sup> El tema se repite aquí y allá todo el tiempo, porque el problema de la diferenciación del campesinado es el *leit motif* del combate leninista contra las tendencias reformistas. En sus descripciones, como las de Kautsky, siempre nos encontramos al obrero rural como parcial poseedor de tierra, que le sirve como un modo de vida complementario y que persiste porque el sistema de hacienda capitalista (más intensivo y diversificado que en la gran agricultura cerealera) requiere fuerza de trabajo más o menos continua. Este obrero rural entonces, se parece externamente a un campesino, aunque ya no lo es.

Buena parte del proletariado rural ruso, sin embargo, el que se contrata en las fincas cerealeras de las Tierras negras o en las provincias del sur (Jersón, Besarabia, Táurida, del Don, Ekaterinoslav, Sarátov, etc.), no se diferencia mucho de lo que vamos a ver en el caso argentino, incluso con formas similares a la pauta de empleo urbano-rural que vamos a describir como típico de la agricultura pampeana.<sup>40</sup>

En cualquier caso, Lenin siempre apelará a él como base de la política revolucionaria del bolchevismo en el campo:

“Esta labor de organización pasó por dos fases principales. En octubre de 1917 tomamos el poder junto con el campesinado en su conjunto. Era una revolución burguesa, ya que aún no se había desplegado la lucha de clases en el campo. Como he dicho, la verdadera revolución proletaria en el campo no comenzó hasta el verano de 1918. Y si no hubiéramos logrado desatar esta revolución, nuestro trabajo no habría sido completo. La primera etapa fue la de la toma del poder en la ciudad, la de la instauración de la forma de gobierno soviética. La segunda etapa consistió en algo fundamental para todos los socialistas, en algo sin lo cual los socialistas no son socialistas: la separación de los elementos proletarios y semiproletarios del campo y su alianza con el proletariado urbano para luchar contra la burguesía rural.”<sup>41</sup>

Podríamos seguir examinando a otros clásicos marxistas, como Gramsci o Trotsky, sólo para encontrarnos con lo mismo: el proletariado rural existe y juega un rol central en la economía y en la vida política. Lógicamente, asume una forma distinta según sea en cada caso la forma peculiar que asuma la acumulación originaria. Será menester recordar esta conclusión para cuando debamos definir al obrero rural pampeano.

### **Las tres formas que asume el proletariado rural**

Buena parte de las confusiones de que es víctima el obrero rural proviene de la enorme disparidad que asume el conjunto de la producción rural, desde la silvicultura a la ganadería, pasando por varias formas de agricultura distintas (desde la horticultura a los cereales y oleaginosas). Sin embargo, es posible detectar tres formas básicas de existencia del proletariado rural: el proletariado permanente con o sin residencia en la unidad productiva; el proletariado con tierra; la infantería ligera del capital. Como el primero no ofrece ninguna complicación, es la forma más fácil de reconocer al obrero rural, ya sea bajo la forma de peón de estancia o de empleado permanente de chacra. Normalmente es el único de los tres que tiene visibilidad estadística, tomándose su magnitud como expresión de la totalidad del proletariado rural. Las otras dos son las formas más difíciles de percibir, razón por la cual le dedicaremos mayor espacio.

### **El proletario con tierra**

Ya vimos esta figura a propósito de Marx y Lenin. En última instancia, es ella la que constituye el mayor obstáculo para percibir al proletariado rural: en tanto su reproducción depende fundamentalmente de la venta de fuerza de trabajo, es ya un obrero hecho y derecho pero, en tanto que su parcela le provee de un suplemento de ingresos, en particular alimentos, pareciera mantener una “identidad” campesina. De hecho, autores hay que consideran que la venta de fuerza de trabajo, más que demostrar la disolución de su carácter campesino, es una estrategia de supervivencia que refuerza

esa "identidad". Arturo Warman, Guillermo Esteva y Rodolfo Stavenhagen fueron los que, durante el debate campesinismo-descampesinismo en los '70, defendieron con más energía esta idea.<sup>42</sup> Veamos al primero de ellos.

Warman sostiene que es difícil encontrar proletarios puros en el campo mexicano:

"A través de la observación directa ha sido muy difícil establecer la existencia de grupos importantes y numerosos en el campo que estén completamente alienados de los medios de producción y que subsistan y se reproduzcan exclusivamente de la venta de su fuerza de trabajo. Cuando la observación se realiza en los llamados polos de desarrollo de la agricultura mexicana como los grandes distritos nacionales de riego o las plantaciones de productos tropicales, se constata la presencia de contingentes muy grandes de peones que estrictamente venden su trabajo; pero cuando se sigue a esos grupos hasta sus comunidades de origen aparece claramente que la venta de fuerza de trabajo es una de las funciones de una relación más compleja que abarca la producción para el autoconsumo y el mercado. Las empresas agrícolas capitalistas tienen un número muy reducido de empleados permanentes, que sí corresponden a la definición abstracta del proletariado agrícola, por lo que prácticamente todo el trabajo físico lo realizan peones temporales que en sus comunidades de origen cultivan la tierra o forman parte de una unidad que produce y consume de manera integrada."<sup>43</sup>

Al medir la magnitud del proletariado rural habría que descontar a estos "campesinos" que venden fuerza de trabajo. Es más: la forma salario también resulta engañosa. En efecto:

"La investigación demuestra que la subsistencia de los grupos rurales no está definida ni organizada por el salario. El acceso a la tierra para cultivarla, la pertenencia a una familia y a una comunidad y la práctica de relaciones no mercantiles de intercambio de bienes, servicios y trabajo, ocupan la reproducción y organizan las relaciones productivas campesinas. El salario interviene como un complemento vital y muchas veces irremplazable pero siempre subordinado a esta red de relaciones fundamentales."<sup>44</sup>

Warman añade una tercera objeción a la idea de considerar al campesino que vende fuerza de trabajo como un proletario con tierra, a saber, sus formas de organización y lucha, punto que dejamos para más adelante. Más importante que ésta es un cuarto argumento, que es el que identifica ausencia de propiedad jurídica de la tierra con proletarización. Lo que importa es la posibilidad real de acceder a la tierra bajo alguna otra forma:

"El análisis tiene que tomar en cuenta la naturaleza del proceso productivo, las relaciones que en él se establecen y la posición que por ellas toman los diferentes grupos involucrados. En el caso de México la posición de los grupos, más que por la propiedad formal, se establece por la posibilidad de

emprender con autonomía actividades productivas agropecuarias. Al decir autonomía no quiero implicar autosuficiencia y mucho menos autarquía. La autonomía se traduce en toma de decisiones, en la definición de objetivos tácticos y estratégicos, y el control sobre los recursos críticos mientras intervengan en la producción independientemente de quienes sean sus poseedores o propietarios.”<sup>45</sup>

Según Warman, el fenómeno de “propietarios” de hecho es muy amplio, lo que daría por tierra con la tesis de la proletarianización. Un estudio del Oriente de Morelos muestra, según el mismo autor, que dos terceras partes de la población cultiva tierras que no son de su propiedad. Al mismo tiempo también vendían su fuerza de trabajo, de modo tal que lo que parecía un amplio grupo de proletarios era en realidad una enorme masa campesina. Por otra parte, Warman sostiene que muchos campesinos que venden su fuerza de trabajo lo hacen a otros campesinos, con lo cual el salario se comportaría aquí como una forma de intercambiar y redistribuir la fuerza de trabajo entre las diferentes unidades productivas. Se trataría de un sistema de reciprocidad.

Las tesis de Warman eran una respuesta a quienes sostenían que la tendencia a la proletarianización era profunda y definitiva. Uno de los más representativos de esta corriente es Roger Bartra:

“El proletariado rural es dos veces mayor que el proletariado industrial, no obstante lo cual carece de organizaciones políticas o sindicales que lo representen. Es la fracción numéricamente más importante de la clase obrera mexicana, pero es la fuerza social que tiene la menor presencia política y la más débil capacidad de presión. Su existencia misma como clase ha permanecido ignorada bajo la etiqueta de “campesinos sin tierra” o el eufemismo de “ejidatarios con derechos a salvo”.”<sup>46</sup>

Otros autores han defendido la categoría de sobrepoblación latente para los campesinos semiproletarios, en una línea parecida a la de Bartra.<sup>47</sup> Uno de los principales críticos de Warman, Guillermo Foladori, defiende la idea de que los ritmos estacionales de los cultivos capitalistas determinan la posibilidad de la existencia de proletarios con tierra, sobre todo si coinciden en territorios con diversidad climática que permitan otros cultivos en los meses muertos del año. Por otro lado, recuperando a Lenin, recuerda que la dispersión geográfica de la producción agraria obliga a los patronos a ceder parte de la tierra para asegurarse la presencia de la mano de obra en el momento álgido. Sobre esta base es que Foladori sostiene que se trata de proletarios con tierra, porque el sentido del proceso no es a la expansión de la masa campesina sino al revés. Interpretarlo como un campesino que vende fuerza de trabajo es no entender la lógica de la transformación en marcha.

No resulta muy complejo acordar con Foladori, sobre todo con la ventaja de estar en un punto bastante más avanzado de la película. Efectivamente, la forma más común (y paradójicamente) la más difícil de percibir que asume el proletariado rural es el de proletario con tierra. Veremos luego las consecuencias que eso tiene para la lucha de la clase obrera. Pasemos primero a describir la tercera forma de existencia del proletariado rural, que es precisamente a la que nos enfrentaremos en nuestro estudio.

## La infantería ligera del capital

Volver una vez más a Lenin nos permitirá entender por qué el personaje del que hablaremos en esta tesis es siempre difícil de entender como obrero rural. Dice Lenin:

“Cabe agregar que en nuestras obras se comprende a menudo con excesiva rigidez la tesis teórica de que el capitalismo requiere un obrero libre, sin tierra. Esto es del todo justo como tendencia fundamental, pero en la agricultura el capitalismo penetra con especial lentitud y a través de formas extraordinariamente diversas. La asignación de tierra al obrero del campo se efectúa muy a menudo en interés de los mismos propietarios rurales, y por eso el tipo de obrero rural con “nadie” es propio de todos los países capitalistas. En los distintos estados adquiere formas diversas: el “cottager” inglés no es lo mismo que el campesino con parcela de Francia o de las provincias renanas, y esto último tampoco es lo mismo que el “Hausler” o el “knecht” de Prusia. Cada uno de ellos ostenta las huellas de un régimen agrario peculiar, de una historia peculiar de relaciones agrarias, pero eso no es obstáculo para que el economista los incluya en un solo tipo de proletario agrícola.<sup>48</sup>

Si hay razones que invisibilizan a la burguesía rural, también las hay que hacen lo mismo con el proletariado rural. Así como el terrateniente eclipsa a la burguesía, el campesinado (y en el caso argentino el chacarero) eclipsa al proletariado. En efecto, buena parte del proletariado rural proviene del propio campesinado y mantiene con él una situación de simbiosis como la que hemos mostrado más arriba. En ese contexto, es difícil distinguirlos y todo el esfuerzo que hace Lenin para demostrar el proceso de proletarización en marcha en *El desarrollo del capitalismo en Rusia* es una prueba de la importancia de ese obstáculo epistemológico.

Pero otras razones que invisibilizan al proletariado rural brotan de la misma naturaleza de las tareas rurales, en particular su estacionalidad y su diversidad. Empecemos por la última. En el conjunto de las tareas rurales hay dos que se destacan particularmente, la agricultura y la ganadería. Las dos dan pie a tareas estacionales, pero la ganadería sufre una tensión menor a este respecto. En efecto, tanto la ganadería de tambo como la cría e invernada requieren un personal permanente y estable que no se ven desbordados estacionalmente por masas de trabajo necesario inusual. Hay allí una masa de trabajo continuo de un volumen similar. Sólo la esquila de ovejas da lugar a una movilización estacional semejante a la agricultura. Además, la ganadería, salvo en los grandes tambos, no da pie a la aglomeración de masas asalariadas demasiado amplias. Al mismo tiempo, grandes distancias geográficas separan a estos pequeños grupos de trabajadores. Es fácil explicar, en este contexto, la escasa actividad sindical o de otro tipo, dado el bajo “clasismo” de estos segmentos de la clase obrera.

La agricultura de quinta, es decir, la agricultura intensiva, tiene aspectos similares a la

ganadería, pero no es el caso de la extensiva, en particular de la cerealera, común también al café, la vid, la caña de azúcar, el algodón, la soja y otras producciones por el estilo. Por el contrario, está signada por la estacionalidad y por la aglomeración de masas enormes de trabajadores. Se da aquí una dicotomía muy fuerte en las magnitudes de fuerza de trabajo requeridas según la tarea: la siembra exigirá una cantidad importante de trabajo, que quedará licenciada luego de ese breve pero intenso período, para volver a demandar cantidades aún superiores en la cosecha. Por las razones que vimos más arriba, la agricultura cerealera ha permitido durante mucho tiempo la existencia de pequeños y medianos productores, lo que generaba una oferta de trabajo particular: la mano de obra familiar. Es así que el trabajo de siembra podía ser cubierto en buena parte por no asalariados igual que las escasas tareas que mediaban hasta la cosecha. Sin embargo, nada podía impedir las grandes aglomeraciones veraniegas, cuando la recolección de los frutos creaba una corta pero violenta demanda. Esta situación explica, también fácilmente, la frecuencia e importancia de la actividad sindical (y de otro tipo) entre estos obreros, igual que las dificultades para la continuidad de cualquiera de esas actividades.

En la medida en que las tareas estacionales demandan una gran masa de fuerza de trabajo que será licenciada a poco de terminar, la población destinada a esa tarea no puede encontrar en el mundo rural ocupación para sobrevivir el resto del año, debiendo necesariamente buscar empleo fuera de él o de lo contrario realizar grandes desplazamientos geográficos para enlazar una ocupación temporaria con otra. Dadas las dificultades que esto significa, la masa del trabajo estacional de cosecha se radica en los pueblos y ciudades de la campaña, realizando allí tareas compatibles con la estacionalidad rural. Se gesta así una capa de la clase obrera que bordea la desocupación intermitente y que recibe el nombre de *infantería ligera*. Como ya lo hemos dicho, se trata de una población en desplazamiento permanente que el capital utiliza para aquellas tareas que demandan una acción corta, rápida e intensa. De allí la metáfora. En consecuencia, el proletariado rural es, en su segmento más voluminoso y activo, una simple metamorfosis de la infantería ligera del capital.

Pequeño, disperso, estacional, el proletariado rural yace escondido en los galpones de las grandes estancias y sólo aparece una vez al año, irrumpiendo desde afuera en los campos a medio cosechar. Sobre esa base se ha construido el mito de una pampa dominada por terratenientes y chacareros, en los que la burguesía se desdibuja y el proletariado no existe o tiene una existencia más que exigua, despreciable, se diría.<sup>49</sup>

### **La lucha de los obreros rurales**

En este apartado discutiremos las razones por las cuales los conflictos de los obreros rurales han recibido muy poca atención, lo que nos permitirá evaluar en qué medida todo lo que hemos desarrollado en el primer acápite de este capítulo nos servirá para los hechos que queremos explicar. Un artículo de un especialista en el trabajo rural en Argentina, estudioso de los conflictos de los obreros de la yerba mate nos servirá como contrapunto para desarrollar la temática: nos referimos al

intento de Víctor Rau de entender las peculiaridades del asalariado agrícola como sujeto de lucha.<sup>50</sup> Rau comienza reseñando la dispar opinión que los clásicos marxistas le merecía la capacidad de acción del proletariado agrario. Engels y Kautsky expresan el polo más pesimista, en cuanto a capacidad de organización. Sin embargo, la afirmación es exagerada, por lo menos para Engels. En *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, si bien es cierto que señala los estallidos violentos y de corto alcance como propios de las acciones proletarias en el campo, no deja de alabar su capacidad organizativa y su ingenio para la lucha, así como la tendencia a la organización que se expresa en el movimiento contra las leyes de granos:

“El movimiento de la clase obrera penetra también en los distritos agrícolas abandonados, inmóviles, intelectualmente muertos, y se establecerá, por la miseria dominante, con rapidez, firmeza y vivacidad, como en los distritos industriales de las fábricas.”

Por otra parte, en otro texto, más importante para lo que aquí se discute, el dedicado al problema agrario en Francia y Alemania, Engels considera factible y fundamental la organización de los obreros rurales en las filas socialdemócratas. El propio Kautsky vuelve sobre la idea cuando pone por delante de la política agraria de la socialdemocracia la defensa del obrero rural. Ciertamente, como recuerda Rau, Lenin, Mao y Trotsky guardaban un aprecio particular por la capacidad de acción de los obreros rurales, en eso acordamos con Rau. Sin embargo, discrepamos cuando reivindica en cierta manera análisis al estilo James Scott, por varias razones. La más importante, es la que él mismo insinúa, aunque no afirma abiertamente: resulta en una banalización del análisis social el detenerse en supuestas “sutilezas” de análisis en relación a manifestaciones de antagonismo que no superan lo cotidiano. Otra, no menos importante, es que las formas de acción más complejas existen y han existido. Sin embargo, Rau acepta el “consenso” existente en la bibliografía sobre que los trabajadores del agro “en general enfrentan grandes dificultades para organizarse autónomamente, para elaborar con mayores mediaciones concientes sus intereses grupales o para emprender acciones colectivas de lucha sistemática en este sentido”. En efecto, Rau realiza un somero inventario de la bibliografía sobre acciones de los obreros rurales, pero no se cuestiona cuán exhaustivo es y las consecuencias que esa limitada recensión pueda tener para su hipótesis.<sup>51</sup> En efecto, un pequeño esfuerzo más nos permitiría enterarnos de que las acciones de los obreros rurales se extienden a lo largo del globo y alcanzan una calidad muy elevada. Entre los países que menciona Rau, pero también en otros. En efecto, hay cierto conocimiento del movimiento obrero rural norteamericano<sup>52</sup>, pero la acción de los obreros rurales africanos está lejos de limitarse ni a Sudáfrica ni al sindicalismo,<sup>53</sup> y hay estudios que demuestran el elevado grado de organización de los obreros rurales brasileños,<sup>54</sup> de los australianos e hindúes. Pero también se puede mencionar la larguísima experiencia europea, que además de acción sindical<sup>55</sup> muestra el mayor alcance cualitativo de la acción social, la revolución.<sup>56</sup>

Por otra parte, lo que se contabilice como “acciones de obreros rurales” depende también de a qué llamemos “obrerros rurales”. Si, como vimos en el acápite anterior, eso que suele llamarse “campesino” es en realidad “obrero con tierra”, muchos de los movimientos “campesinos” más importantes de la actualidad (como la lucha de los “campesinos” bolivianos, el MST y, tal vez, el Zapatismo) y del pasado (los soviets de “campesinos” en Rusia o los “campesinos” revolucionarios cubanos), tal vez deban sumarse a la cuenta “proletariado rural”.

Si recordamos una de las tesis de Warman que dejamos pendientes de análisis más arriba, tendremos un elemento más para reflexionar sobre este problema. Allí Warman señalaba que muchos de los llamados “obrerros con tierra” (para él campesinos) no se comportaban como se esperaba de un proletario sino que tendían a tener, más bien, reivindicaciones agrarias (derechos a la tierra, instrumentos de apoyo financiero a la producción rural, problemas de precios, etc.) actitud que se repetía incluso entre aquellos que ni siquiera tenían tierras. Esto último es visible, agregamos nosotros, en movimientos actuales, como el MST brasileño cuyos miembros, como su nombre lo indica, son obreros.

Para estos obreros, la tierra es un medio de vida. Sucede que la mayoría de estos trabajadores son superpoblación relativa latente, es decir, población expulsada que no encuentra trabajo en las ciudades y “flota” entre el mundo urbano y el rural. Carente de toda relación inmediata con el capital, desocupado, no puede actuar como obrero ocupado ni revista en ninguna estructura del movimiento obrero, que normalmente se funda en los trabajadores en activo. Una respuesta obvia a esta situación, para estos obreros rurales, es tratar de recuperar (o mantener) medios de vida perdidos. Que tenga que hacerlo demuestra tanto su condición proletaria como la necesidad del movimiento obrero de hacerse cargo de esta tarea.

Estos elementos nos llevan a dos conclusiones importantes. Primero, que si algo de todo esto es cierto, el problema que se plantea Rau (básicamente el mismo que buena parte de la bibliografía sobre el tema) es un problema falso: los obreros rurales no han sido menos “obrerros” ni menos “activos” (cuantitativa y cualitativamente) que el resto de la clase. Simplemente hemos tendido a ignorarlos por las peculiaridades del trabajo rural, por los prejuicios “urbanos” sobre el “campo” y por la presencia dominante, sobre todo en el campo de la izquierda, del “campesinado”, un efecto ideológico de la última oleada revolucionaria mundial, la que empezó en China y terminó en Nicaragua.

Más que la larga lista de factores que dificultarían la organización sindical que enumera Rau, hay que prestar atención a dos problemas. El primero, que la condición de sobrepoblación relativa de la mayoría del proletariado rural, que dificulta su presencia en el movimiento obrero. Precisamente, cuando la sociedad vive una conmoción general que lleva la crisis a sus ámbitos más lejanos, el obrero rural, sea cual sea su condición, se incorpora al movimiento general. El segundo, que la disparidad de situaciones que se incluyen dentro de la expresión “obrero rural” obliga a evitar generalizaciones excesivas. En efecto, los problemas del “obrero con tierra” que acabamos de describir, están ausentes en la infantería ligera, que por su propia naturaleza tiende a encontrarse más estrechamente unido al

movimiento obrero, entre otras cosas, porque se encuentra a mitad de camino entre el ejército en activo y la reserva. Es por esa razón que suelen protagonizar acciones y crear instituciones más fácilmente identificables como obreras. La infantería ligera es la respuesta necesaria del capital cuando la superpoblación rural tiende a agotarse, fenómeno que Rau interpreta como “urbanización”, cuando en realidad es un proceso diferente. En efecto, no se trata de un cambio de residencia de la población trabajadora, sino de una transformación en sus condiciones de existencia, transformación que significa el pasaje de una forma de existencia como superpoblación latente a otra como parte del ejército en activo, la infantería ligera. O lo que es lo mismo, el pasaje de una a otra capa de la clase obrera. No casualmente Kautsky señala que entre los derechos a conquistar para el proletariado rural figuraba el de la libertad de residencia, es decir, su pasaje a infantería ligera por lo menos, mientras que los patronos prefieren mantenerlo atado a la tierra y evitar, así, su contacto con el movimiento obrero, al mismo tiempo que mantenerlo en situación de superpoblación latente.<sup>57</sup>

Detrás del problema de la organización del proletariado rural aparece, entonces, un elemento central que hace si no imposible, al menos en extremo difícil toda organización: la desocupación. Rau cita el trabajo de Jenkins y Perrow sobre la organización de los obreros rurales norteamericanos. En la tesis de ambos autores, el fracaso de los intentos organizativos entre 1945 y 1956 y el contrastante éxito de la United Farm Workers entre 1965 y 1972 se debe al contexto más general. Pero ese contexto existió en otros momentos, sin los mismos resultados, de modo que esa conclusión general debería matizarse en relación a este fenómeno.

Sea como sea, como se ha visto en este acápite, todo lo que vimos acerca de las formas de acción de la clase obrera en general, es perfectamente válido para su fracción rural que, de un modo u otro, ha experimentado con todas ellas. Veremos, capítulos más adelante, que el cuadro argentino no se diferencia en nada de la historia general de esta fracción de la clase obrera.

---

<sup>1</sup>Ste Croix, G.: *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, citado por Callinicos, Alex: *Making history*, Polity Press, London, 1995.

<sup>2</sup>Engels, *La situación...* p. 89-90

<sup>3</sup>Ibid., p. 227

<sup>4</sup>Ibid., p. 26

<sup>5</sup>Ibid., p. 39.

<sup>6</sup>Ibid.

<sup>7</sup>Nos basamos aquí en Lenin, Vladimir: *Qué hacer*, Polémica, Bs. As., 1974

<sup>8</sup>Ibid., p. 16

<sup>9</sup>Ibid. p. 19

<sup>10</sup>Marín, Juan Carlos: *Los hechos armados...*, p. 14-15

<sup>11</sup>Ibid., p. 16

<sup>12</sup>Engels, op. cit., p. 214

<sup>13</sup>Thompson, E. P.: “El delito del anonimato”, en *Tradicón, revuelta y consciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1984, p. 238

- <sup>14</sup>Darnton, Robert: "La rebelión de los obreros: la gran matanza de gatos en la calle Saint-Séverin", en *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, FCE, México, 1987, p. 105. Buscar "contraterror de los pobres".
- <sup>15</sup>Ludmer, Josefina: "Las tretas del débil", en *La sartén por el mango*, Ediciones del Huracán, Puerto Rico, 1985
- <sup>16</sup>Hobsbawn, op. cit., p. 61-62
- <sup>17</sup>Thompson, E. P.: "La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII", en *Tradición...*, op. cit. También en Rudé, George: *Revolución popular y conciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1981.
- <sup>18</sup>Tal es la secuencia que identifican Marx y Engels en *El Manifiesto...*
- <sup>19</sup>Ver Luxemburgo, Rosa: *Huelga de masas, partido y sindicatos*, Pasado y Presente, Córdoba, 1970. También AAVV: *Debate sobre la huelga de masas*, Pasado y Presente, Córdoba, 1975.
- <sup>20</sup>Thomson, E. P.: "El delito...", op. cit.
- <sup>21</sup>Lenin, *Qué hacer*, op. cit., p. 22
- <sup>22</sup>Ibid., p. 68-69
- <sup>23</sup>Gramsci, Antonio: *Escritos políticos (1917-1933)*, Siglo XXI, México, 1990
- <sup>24</sup>Gramsci, Antonio: *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Nueva Visión, 1984, p. 48-49.
- <sup>25</sup>Engels, op. cit., p. 226.
- <sup>26</sup>Marín, op. cit., p. 65.
- <sup>27</sup>Ibid., p. 102.
- <sup>28</sup>Un buen ejemplo de batalla "moral" de este tipo es *¿Adónde va Inglaterra?*, de Trotsky.
- <sup>29</sup>Marín, op. cit., capítulo "El concepto de fuerza social", pp. 22."
- <sup>30</sup>Gramsci, Antonio: *Escritos políticos (1917-1933)*, Siglo XXI, México, 1990, p. 109
- <sup>31</sup>Marín, op. cit., p. 82-83
- <sup>32</sup>"La bancarrota de la II Internacional", Lenin, Vladimir: *Obras completas*, Tomo XXI, Ed. Cartago, Bs. As., 1960, pp. 211-212.
- <sup>33</sup>El desarrollo de esta sección está basado en Marx, Carlos: *El Capital*, Siglo XXI, México, 1988, tomo I, caps. V y X a XIII.
- <sup>34</sup>Véase, como ejemplo, "Inmigración y trabajo irregular en la agricultura: trabajadores tamaulipecos en Estados Unidos y jornaleros magrebíes en Andalucía", en *Mundo Agrario*, vol. 4, n° 8, ene-jun de 2004. Véase al final del texto una larga lista de bibliografía que avala lo que señalamos aquí.
- <sup>35</sup>Castles, Stephen y Godula Kosack: *Los trabajadores inmigrantes y la estructura de clases en la Europa occidental*, FCE, México, 1984.
- <sup>36</sup>Duby, George et Armand Wallon (dir): *Histoire de la France rurale*, tomos 3 y 4, Éditions du Seuil, París, 1977
- <sup>37</sup>Kautsky, op. cit., p. 439-445
- <sup>38</sup>Marx, Carlos: *El Capital*, Siglo XXI, tomo I, vol. 3, p. 886
- <sup>39</sup>"Al incluir los campesinos pobres entre el proletariado rural no decimos nada nuevo. Esa expresión se ha utilizado ya por muchos escritores, y sólo los economistas del populismo hablan con tenacidad del campesinado en general como de algo anticapitalista, cerrando los ojos al hecho de que la mayoría de los "campesinos" ha ocupado ya un lugar del todo determinado en el sistema general de la producción capitalista, precisamente, el lugar de obreros asalariados agrícolas e industriales". Lenin, Vladimir: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Ediciones Estudio, Bs. As., 1973.
- <sup>40</sup>Ibid., pp. 247-261
- <sup>41</sup>Lenin, Vladimir: "VII congreso del PC (b)R", en *Obras completas*, Cartago, Bs. As., 1971, vol. XXXI,
- <sup>42</sup>Stavenhagen, Rodolfo: *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, Siglo XXI, México, 1969; Esteve, Guillermo: "¿Y si los campesinos existen?", en *Comercio Exterior*, vol. 28, n° 6, 1978; Warman, Arturo: *Ensayo sobre el campesinado en México*, Nueva Imagen, México, 1985
- <sup>43</sup>Warman, op. cit., p. 170
- <sup>44</sup>Ibid. p. 171
- <sup>45</sup>Ibid., p. 176
- <sup>46</sup>Bartra, Roger: *Estructura agraria y clases sociales en México*, Era, México, 1979, p. 170.
- <sup>47</sup>Lerda, Francisco Omar: "Salarios y ejército de reserva en el campo mexicano", en AA.VV.: *Ensayos sobre la cuestión agraria y el campesinado*, Juan Pablos editor, México, 1988.
- <sup>48</sup>Lenin, *El desarrollo...*, op. cit. p.
- <sup>49</sup>Esa es la posición de Balsa, op. cit. y Palacio, op. cit.
- <sup>50</sup>Rau, Víctor: "El asalariado agrícola...", op. cit.
- <sup>51</sup>Los textos que menciona, dejando de lado la bibliografía argentina (que lejos está de incluir buena parte de la existente), es la siguiente: Bahila, Sheila: "Liberalization. Rural Labour Markets and th Mobilization of Farm Workers", en *Journal of Peasant Studies*, Vol. 26, n° 2/3, 1999; Cattani, Antonio: *La ação coletiva dos trabalhadores, Porto Alegre*, Palmerica, 1991; Lerche, Jens: "Politics of Poor: Agricultural labourers and

Political Transformations in Uttar Pradesh”, en *Journal of Peasant Studies*, Vol. 26, nº 2/3, 1999; Ewert, Joachim y Hammnan, Johann: “Labour Organization in Western Cape Agriculture: An Ethnic Corporatism”, *Journal of Peasant Studies*, Vol. 26, nº 2/3, 1999; Jenkins, Craig y Perrow, Charles: “Insurgency of the Powerless: Farm Workers Movements (1947-1972)”, en *American Sociological Review*, vol 42, nº 2, 1977; Tanner, Clare: “Class, Caste and Gender in Collective Action. Agricultural Labour Unions in Two Indians Villages”, en *Journal of Peasant Studies*, Vol. 22, nº 4, 1995; Ganz, Marshall: “Resources and Resourcefulness: Strategic Capacity in the Unionization of California Agriculture, 1959-1966”, en *American Journal of Sociology*, vol. 105 nº 4, 2000 y Newby, Howard: *The Deferential Worker*, Penguin Books, Harmondsworth, 1977.

<sup>52</sup>A los tres textos mencionados por Rau pueden sumarse Weiner, Merle: “Cheap food, cheap labor: California Agriculture in the 1930’s”, en *Critical Sociology*, nº 8, 1978; Majka, Theo and Linda C. Majka: “Decline of the Farm Labor Movement in California: Organizational Crisis and Political Change”, in *Critical Sociology*, nº 19, 1993; Terry, James: “The Political Economy of Migrant Farm Labor. Immigration, Mechanization and Unionization in the Midwest”, *Critical Sociology*, nº 11, 1983. Puede consultarse también el capítulo siete de *Regulating the poor*, de Francis Fox Piven y Richard Cloward (Vintage Books, New York, 1993)

<sup>53</sup>Sobre la acción sindical en Sudáfrica, véase también Mather, Charles: “The Anatomy of a Rural Strike: Power and Space in the Transvaal Low veld”, *Canadian Journal of African Studies*, vol. 27, nº 3, 1993; Murray, Martin: “Burning the Wheat Stacks’: Land Clearances and Agrarian Unrest along the Northern Middelburg Frontier, c. 1918-1926”, *Journal of Southern African Studies*, vol. 15, nº 1, october 1988, para ver la resistencia de los obreros rurales sudafricanos a la expansión del capitalismo agrario; sobre los obreros rurales de Zimbabwe, véase “Another Side to Rural Zimbabwe: Social Construtes and the Administration of Farm Workers in Urungwe District, 1940s”, *Journal of Southern African Studies*, vol. 23, nº 1, mar. 1977.

<sup>54</sup>Welch, Cliff: “Rivalry and Unification: Mobilising Rural Workers in Sao Paulo o the Eve of the Brazilian Golpe of 1964”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 27, nº 1, feb. 1995.

<sup>55</sup>Un ejemplo de actividad sindical muy temprana, incluso anterior al desarrollo de sindicatos urbanos, puede verse en la experiencia de Bologna, Italia: Dumont, Dora: “Strange and Exorbitant Demands’: Rural Labour in Nineteenth-Century Bologna”, *European History Quarterly*, vol. 30, 2000; una huelga particularmente importante en la rica historia de los “braccianti” italianos, la de Parma de 1908, puede verse en boca de un protagonista: Balestrazzi, Umberto: “Lo sciopero parmense del 1908 nel ricordo e nelle considerazioni di un vecchio sindacalista”; Preti, Luigi: *Le lotte agrarie nella valle padana*, Torino, Einaudi, 1955 y Gentili Zappi, Elda: *If Eight Hours Seem Too Few. Mobilization of Women Workers in the Italian Rice Fields*, SUNY, New York, 1991. Sobre la historia del movimiento obrero agrícola español, Antonio M<sup>o</sup> Calero Amor: *Historia del movimiento obrero en Granada (1909-1923)*, Tecnos, Madrid, 1972; Tuñón de Lara, Manuel: *Luchas obreras y campesinas en la Andalucía del siglo XX. Jaén (1917-1920); Sevilla (1930-1932)*, Siglo XXI, Madrid, 1978 y Díaz del Moral, Juan: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Alianza Editorial, Madrid, 1967. Sobre Francia, Smith, Harvey: “Agricultural Workers and the French Wine-Growers’ Revolt of 1907”, *Past & Present*, nº 79, may 1978 y *Histoire de la France rurale*, op. cit., p. 438-445. Sobre los obreros rurales ingleses, véase el capítulo 7 de *The making of the English Working Class*, de E. P. Thompson, op. cit., Hobsbawn, Eric y Georg Rudé: *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Siglo XXI, Madrid, 1985. Alan Armstrong: *Farmworkers in England and Wales. A social and Economic History*, Iowa State, 1995 y David Morgan: *Harvesters and harvesting 1840-1900*, Taylor and Francis, London, 1982.

<sup>56</sup>Varios de los textos citados en la nota anterior aluden no sólo al movimiento obrero sino a la participación de los obreros rurales en procesos más amplios, incluso en algunos de tipo revolucionario o durante tales coyunturas. Como ejemplo, véase Edelman, Robert. *Proletarian Peasants: The Revolution of 1905 in Russia's Southwest*, Ithaca: Cornell University Press, 1987. Obviamente, los textos ya citados de Lenin y Trotsky son prueba suficiente.

<sup>57</sup>Es interesante notar que mientras Marx no incluye al trabajo agrícola estacional entre los ejemplos de infantería ligera, Kautsky utiliza el mismo nombre que Marx le da: trabajo “trashumante”.

## ***El proceso y sus protagonistas***

El problema más general de esta tesis se resuelve recomponiendo las acciones protagonizadas por el proletariado rural pampeano. En la primera parte hemos debido eliminar una serie de obstáculos que impedían reconocer su existencia y estudiarla. En esta segunda parte, nos interesa observar el movimiento de la estructura concreta de la que forman parte tanto él como sus antagonistas. A partir de allí se harán observables en forma completa sus características esenciales y su historia.

¿En qué consiste el “movimiento de la estructura concreta”? En las transformaciones que en una determinada sociedad se operan a través del tiempo. En el caso en el que nos encontramos, la sociedad capitalista, ese movimiento tiene un motor específico: la acumulación de capital, que mueve la estructura social y provoca transformaciones. Dicho de otro modo, esas transformaciones, en realidad, son la forma en que se expresa el movimiento de la estructura al impulso de la acumulación de capital. Veremos eso en el capítulo 4. En los dos capítulos siguientes examinaremos con detalle esas transformaciones mismas en los antagonistas del drama que estudiamos, la burguesía agraria pampeana (capítulo 5) y el proletariado rural (capítulo 6).

## *La acumulación del capital*

“Las fuentes de la producción se ensanchan sin límites, el trabajo se multiplica, los salarios suben notablemente, y la población escasa es insuficiente para responder a la fiebre de la Civilización que lo transforma todo. Tiene lugar entonces la lucha desesperada por los brazos, a cuyo espectáculo asistí a fines de 1882 en la Región del Trigo, en Santa Fe. La cosecha exigía emplear cien mil hombres y solamente con centenares de máquinas podía ser sustituida aquella inmensa fuerza humana, aunque no del todo. ¡Brazos! ¡Brazos! era la exclamación del día, y el vapor Proveedor que necesitaba treinta peones para cargar trigo, apenas hallaba catorce al jornal fabuloso de ¡TRES PESOS FUERTES! (15 francos). En este momento llegan mil peones contratados en Europa para la construcción de ferrocarriles y los agentes de la producción, resentida por la falta de brazos se precipitan sobre los recién llegados que trae el Gobierno Nacional, les hablan de un clima insostenible en los lugares a donde se dirigen, de pagos inseguros, de alimentación nociva o escasa, del desierto y de la barbarie de la comarca, mientras que allí, a dos leguas, en el seno de sesenta mil extranjeros felices de la Región del Trigo, tienen clima saludable, pago seguro de dos pesos fuertes por día, buen alojamiento, comida suculenta y ciudades y campiña de tipo europeo. El motín y el desbande de los inmigrantes fue el resultado; pero urgente es decir en alta voz que no hay en la República Argentina climas mortíferos ni barbarie amedrentadora, ni infidelidad del gobierno a sus contratos... Estanislao Zavallos”<sup>1</sup>

“Las cosechas argentinas hasta hace 5 años producían una movilización de braceros importantísima. La corriente del norte que venía de Santiago y más allá y la corriente del sur cuyo centro eran Buenos Aires y Rosario, incluyendo aquí la inmigración golondrina. La grande extensión de los cultivos daba ocupación a un gran proletariado rural, que de otra manera permanecerá ocho meses de los 12 del año, sin trabajo. Los cultivos han ido extendiéndose y aplicándose nuevas y costosas maquinarias que vienen a traer la desocupación al campo, fenómeno nunca visto antes de ahora. Hace cinco años la situación del jornalero agrícola era mala; hoy se torna desesperante. A pesar de las buenas cosechas, la miseria invade al pueblo: la cuarta clase. Hace cinco años la campaña triguera y de lino duraba cuatro o tres meses, las trilladoras empleaban 15 a 16 hombres durante ese tiempo. Hoy la cosechadora tiende a suplantar las trilladoras. Difícil es encontrar un colono con más de 100 cuerdas, generalmente propietario, que no tenga una de estas máquinas, con lo cual se ahorra el trabajo de 8 a 10 peones. En colonias como las de Santa Fe, donde haya 15 o 20 de estas máquinas ya está colmada. Vale decir, la cosecha deja de ser un medio de vida para un centenar de personas y así en centenares de pueblos. Juan Lazarte.”<sup>2</sup>

## Introducción

El marco más general de la historia que vamos a examinar es la propia acumulación de capital en el agro pampeano, de modo que la primera tarea es una periodización, es decir, una aproximación a las leyes sociales más generales que rigen el movimiento de la estructura que estudiamos. La acumulación de capital puede observarse desde varios puntos de vista (el crecimiento del volumen físico de la producción, el proceso de concentración y centralización del capital, la polarización de las figuras sociales que tiene lugar en su interior, el cambio de la potencia del capital constante puesto en juego, etc., etc.). De todos los posibles, aquí nos concentraremos en aquellos que permitan responder a la siguiente pregunta: ¿qué transformaciones sufre la población trabajadora en esta rama de la producción? Con esta pregunta en mente, comenzaremos con una descripción general de la evolución física de la producción, para observar luego el cambio tecnológico y sus repercusiones en el proceso de trabajo. Esperamos, en ese camino, hacer observables la existencia de diferentes momentos de ese proceso de acumulación y, por lo tanto, de diferentes situaciones y configuraciones de la población trabajadora. En los capítulos siguientes veremos cómo ese proceso se encarna en una estructura y se despliega en el espacio, es decir, cómo esa "población trabajadora" se encarna en clases sociales.

El movimiento más general del capital que va a dar vida a la historia que aquí contamos, es la llegada de la gran industria al mundo de los transportes. Eso y no otra cosa es lo que se conoce como "Segunda Revolución Industrial" y que se sostiene en la acumulación de capital a escala ampliada de la primera mitad del siglo XIX, la que estalló con la crisis de 1848. El ferrocarril y el barco a vapor van a nacer de ese esfuerzo, dando lugar a una reestructuración y relocalización de la producción agrícola mundial. Ese proceso liquida buena parte de la agricultura europea y crea las condiciones de la expansión de las tierras potencialmente explotables del resto del mundo. Es decir, la construcción de países enteros, como la Argentina, son la expresión de ese momento de la acumulación a escala mundial.<sup>3</sup>

En una magnitud importante, la acumulación de capital en Argentina está dominada por la evolución del mercado mundial de productos agrícolas. Aquí nos interesa en particular el de cereales, porque es el que domina la producción que nos ocupa. El mercado mundial de cereales crece a gran velocidad durante toda la segunda mitad del siglo XIX, incorporando tierras nuevas. Pero, hacia 1920, una fecha que hay que retener, hay un cambio de tendencia hacia la superproducción, que se va a hacer sentir a fines de la década y, sobre todo, en los '30. Ese es el marco más general en el que se va a mover la historia que vamos a contar.<sup>4</sup>

## I. La evolución de la producción

La producción agraria pampeana va a sufrir, en el período bajo estudio, una serie de transformaciones importantes, en cantidad y en calidad. Por empezar, se expandirá al máximo su capacidad productiva y se diversificará su producción. En el campo de la ganadería, el lanar dejará paso al bovino, primero para la exportación "en pié" y luego para el frigorífico. En el que nos importa, el de la agricultura, se producirá el despegue de la producción cerealera, primero en Santa Fe y Entre Ríos, después en Buenos Aires y Córdoba. Sin entrar en un debate a nuestro juicio ya saldado, el de la relación entre agricultura y ganadería, podemos observar la expansión, primero del trigo, luego del maíz y por último el lino, los cultivos que liderarán la primera etapa (1870-1920). Posteriormente, el proceso de diversificación que dará lugar a pasajes hacia la agricultura tambera, el crecimiento en importancia del lino y la aparición de otras oleaginosas, en particular girasol. Obviamente, quedan fuera de esta descripción los cultivos forrajeros, la alfalfa y el sorgo.

Para lo que nos interesa, observar a qué presiones somete el proceso de acumulación a la población explotada en esta rama de la producción, basta con seguir la expansión del área sembrada y la producción de las principales cosechas pampeanas, trigo, maíz y lino. Si partimos de 1870, vemos que la expansión del área sembrada total pasa de 73.000 hectáreas de trigo y 130.000 de maíz, para ubicarse en más de tres millones en el primer caso y de un millón en el segundo, en apenas treinta años. El área sembrada de trigo creció más de 46 veces, un proceso mucho más espectacular que el del maíz, que lo hizo "tan sólo" 9 veces. Se trata de una reproducción ampliada espectacular. El crecimiento se mantiene sostenidamente hasta terminado nuestro período de estudio, aunque en forma dispar.

Comparando el movimiento paralelo de la superficie y la producción de trigo (Gráfico 1, al final del capítulo) nos encontraremos con que ambas variables ascienden francamente hasta 1929, para estabilizarse en los '30. Si seguimos las líneas de tendencia polinómica, nos encontraremos que la superficie cosechada tiende a caer hacia el final de la década del '30, pero que la producción no, mostrando una elevación en la productividad de la tierra. En el maíz las líneas de tendencia polinómicas marcan un ascenso constante de las dos variables, aunque mucho más pronunciada en la producción, lo que indica, nuevamente, un aumento de los rendimientos por hectárea (Gráfico 2). Con el lino sucede algo distinto: el ascenso es abrupto hasta 1930, para luego caer, notándose una caída mayor en la producción, es decir, un descenso en los rendimientos (Gráfico 3). Desde este punto de vista, la acumulación habría seguido un ritmo expansivo, aunque con grandes sobresaltos, hasta fin de los años '20, punto en el que varios autores consideran que se alcanza el límite de la tierra disponible. Desde allí y casi hasta el fin del período estudiado el área sembrada total, a pesar de las variaciones

cultivo a cultivo, no cae (gráfico 4) o lo hace levemente, fenómeno más que compensado por el ascenso de los rindes, que se manifiesta en el aumento de la producción (también gráfico 4). Su consecuencia sobre la población trabajadora debiera haber sido, por lo tanto, una tendencia continua a la incorporación de masas crecientes hasta 1930, con una estabilización en los últimos años de la década. Eso es lo que expresa la primera cita que encabeza este capítulo, que data de comienzos del período estudiado. No es, sin embargo, lo que dice la segunda, que se ubica a poco del final. La explicación usual sobre la aparición de la desocupación en el agro pampeano apela a los efectos de la “crisis del ‘30”. Pero, como vemos en los gráficos precedentes, no hay razón para aceptarla porque la producción no deja de crecer hasta el fin del período. Entonces, ¿a qué se debe que la tendencia a la incorporación de población al proceso productivo se haya quebrado? Para responder a la pregunta, es necesario observar la acumulación de capital más de cerca, atendiendo ya no al volumen físico de la producción, sino al cambio en la dotación del capital constante, es decir, a la expansión de la productividad del trabajo o, como vulgarmente se lo denomina...

## **II. El cambio tecnológico**

Para observar desde otro punto el proceso de acumulación y acercarse a las transformaciones que se operan en su seno, hay que examinar la tecnología rural.<sup>5</sup> De todos los aspectos posibles, sólo atenderemos al cambio de la dotación tecnológica básica, a fin de marcar el momento en el cual se producen las transformaciones claves. Veremos que mientras la expansión de la producción continúa su marcha sin observarse un cambio radical en la tendencia, en la tecnología observamos una profunda transformación. Así, a los efectos de estudiar el cambio tecnológico, dividimos el período bajo estudio en dos etapas, la de la implantación de la moderna tecnología, entre 1870 y 1920 y el de la renovación tecnológica, desde 1920 a 1940.

### **a. Una agricultura moderna (1870-1920)**

La agricultura pampeana desarrolló desde muy temprano una dotación tecnológica que estaba a la altura del estándar mundial marcado por sus competidoras más avanzadas (Canadá, EE.UU., Australia, etc.). Es decir, estaba por encima de las agriculturas consideradas “tradicionales” y a la altura de las llamadas “modernas”. Sin esa tecnología el desarrollo pampeano hubiera resultado imposible:

“Es cierto que el crecimiento de los medios de producción importa un progreso económico, y en este

sentido, los progresos realizados por nuestra agricultura son enormes desde que, con sólo un aumento de 34% en su población, ha podido aumentar en más de 150% las extensiones cultivadas dentro de un corto período de 12 años.”<sup>6</sup>

La aparición de las primeras máquinas en la pampa fue, sin duda, el producto de sueños de pioneros: una trilladora en Rosario, otra en Chivilcoy y una más en Junín, en 1855, son las más tempranas. Junto a una más en Rosario, tres años después, y 4 (movidas por caballos) en colonia Esperanza, en 1863, constituyen la primera tanda de “tecnología de punta” que se incorpora a la economía pampeana. Si tenemos en cuenta que la agricultura triguera estaba aún en pañales, no debe dejar de sorprender que, a poco de caído Rosas, esté ya presente, en la Argentina, la máquina que apenas veinte años antes causaba conmoción en la patria de la agricultura moderna, Inglaterra.<sup>7</sup>

Desde el inicio mismo de la expansión agrícola la presencia de las máquinas no sólo es real sino indispensable: ya en las colonias santafesinas la dotación de maquinaria crece a un ritmo superior al del área sembrada. De 1 segadora y 1 trilladora por cada 179 y 3.909 hectáreas respectivamente en 1872, se pasa a 132 y 1.336 en 1895. En ese mismo período, el área sembrada crecía de 21.000 a 1.058.300 hectáreas de trigo solamente, sin contar maíz y lino y sin olvidar que entre 1881 y 1889 entraron la mayoría de los 160.000 extranjeros que había en la provincia en la fecha del Segundo Censo General y que se añadieron a los 90.000 habitantes de 1870.<sup>8</sup> Zevallos da cuenta de la progresión notable en la introducción de máquinas agrícolas por el puerto de Rosario, que pasa de 16 a 116 trilladoras y de 348 a 3647 segadoras por año entre 1872 y 1881 (Cuadro 1).

Como señalaba Barañao, nuestra agricultura nace “extensiva y mecanizada”<sup>9</sup> y no podría haber sido de otro modo. Sin la segadora mecánica, millones de obreros habrían tenido que recorrer los sembrados, hoz en mano. Antes de la incorporación de la trilladora, la trilla se hacía a “pata de yegua”: en torno a una parva, varias decenas de animales sudaban durante horas aplastando la paja y provocando la expulsión del grano. Luego, en un día de viento, se lanzaban al aire la paja y el grano mezclados, esperando que la gravedad realizara el milagro de la separación definitiva. Ninguna economía cerealera de las dimensiones de la pampeana, podía erigirse sobre semejante base técnica, a menos que renunciara a ser una economía de exportación y decidiera recluírse en un ambiente aldeano y campesino. Ya para 1900 no había lugar, en la pampa, en donde la hembra del caballo realizara la magna tarea de separar la paja del trigo. Si en 1880 una queja había causado preocupación al Ministerio de Agricultura (“en fin, como el mal olor proviene del orín de las yeguas de que se sirven en las trillas, es de urgencia que las reemplacen por máquinas para esta operación porque el olor es tan tenaz que se conserva hasta en las harinas y deprecia considerablemente los trigos que lo tienen”<sup>10</sup>), ya para 1895, Gabriel Carrasco, comentarista del Censo Nacional, señalaba que

“En la actualidad, puede asegurarse que, salvo algunas explotaciones primitivas situadas en las comarcas más lejanas de los centros productivos e industriales en todo el resto del país sólo se emplean maquinarias y herramientas agrícolas de las mejores que respectivamente existen en su clase. Este hecho es consecuencia necesaria de la gran extensión de la superficie cultivada, con relación al número de agricultores y a lo elevado de los jornales, puesto que para obtener la cosecha en condiciones económicas es indispensable suplir por medio de maquinarias el trabajo directo del hombre.”<sup>11</sup>

Esta afirmación se ve corroborada por el hecho que, entre 1880 y 1895, la relación total de hectáreas sembradas con trigo por cada trilladora existente en el país bajó de 1.002 a 701, a pesar de la expansión del área sembrada, de menos de medio millón a más de 2.000.000 de has. Girola, coordinador de la investigación agrícola ordenada por Roca, concluía en su informe preliminar que

“Sobre la maquinaria agrícola bastará decir que para los cultivos más importantes, el trigo, maíz, lino, alfalfa, etc., está en uso la más perfeccionada, tanto para la preparación del suelo como para la siembra y cosecha. Imposible citar aquí todos los instrumentos y máquinas empleadas, que se hallarán descritas en los informes parciales. En general, en las zonas más cultivadas existe un espíritu progresista respecto a este asunto y si en algunas partes no se emplean instrumentos más perfeccionados, es porque faltan al agricultor los recursos indispensables para adquirirlos, no porque ignore sus ventajas. Si el cultivo ha adquirido tan rápida extensión y aumenta todos los años de una manera tan considerable, a pesar de la afluencia reducida de brazos del extranjero y del desaliento causado por algunas cosechas pobres y hasta desastrosas en los últimos años, se debe en gran parte al empleo de los instrumentos más perfeccionados. Los mejores sistemas de arados, rastras, sembradoras, segadoras de todos los modelos, los motores y las trilladoras de construcción la más esmerada y perfecta, todas las máquinas perfeccionadas son conocidas por los agricultores de estas zonas y hacen de ellas un amplio uso.”<sup>12</sup>

La fuente siguiente traduce el clima de febril actividad característica de este período:

“Recurrimos a las oficinas de las aduanas de la capital para conocer el número de arados introducidos al país durante este año, y allí se nos dio un dato que resulta la medida exacta del desarrollo de la agricultura. Desde el 1º de enero hasta anteayer han pasado por las aduanas de la República, procedentes del exterior, setenta mil arados de una, dos y tres rejas. En igual período de 1902 la importación de arados acusó 30.000 unidades, de manera que el aumento de ese renglón de los materiales agrícolas marca la bonita cifra de 40.000 máquinas. (...) Las trilladoras: La existencia de

trilladoras al finalizar el año anterior se hacía ascender a 3.500. En lo que ha transcurrido de este año han entrado 90 juegos completos (motor y trilladora) y 100 trilladoras sin motor. Están en viaje y a llegar antes de un mes unos 50 juegos más de trilladoras y motores. Las casas introductoras de esta Capital y del Rosario han recibido este año seis mil segadoras y esperan la llegada de mil quinientos más para antes de cuarenta y cinco días.”<sup>13</sup>

El Cuadro 2 muestra la evolución de las importaciones de las principales máquinas empleadas en la cosecha del trigo y el lino, haciendo explícito el ritmo vertiginoso del proceso de innovación tecnológica: si en 1890 se importan 1.045 segadoras y 43 trilladoras, diez años después las cifras se multiplican casi seis veces en ambos casos; una década después este último guarismo se triplicará, llegando, en vísperas de la Primera Guerra Mundial al récord de 29.998 en las primeras y a 1.454 las segundas (cuyo punto más elevado, sin embargo, se alcanza en 1909 con 1.576 trilladoras importadas).

Veamos ahora un poco más de cerca las tareas rurales en cuestión y la tecnología utilizada, solicitándole al lector siga las descripciones de las máquinas e implementos<sup>14</sup> con las figuras ubicadas al final del capítulo. La tarea de sembrar era propia del chacarero y su familia en la mayor parte de la región pampeana, salvo en las zonas donde la extensión de las explotaciones era mayor y exigía la contratación de mano de obra asalariada. Sin embargo, en cualquier lado la tarea era la misma: arar, rastrear, sembrar, volver a rastrear y limpiar de malezas los sembrados. De todas estas labores, sólo la limpieza era realizada manualmente en forma íntegra, ante la ausencia de desmalezadores químicos. La siembra, tanto en el trigo como el maíz, se hacía con varios implementos de uso común (rejas, arados, etc.). Todos consistían, básicamente, en elementos de arrastre en los que los trabajadores sólo debían conducir, a veces caminando, otras sentados. Por lo general, estos implementos eran producidos en el país aunque buena parte era importada: hacia 1900, además de la producción local, se importaban anualmente 50.000 arados de USA y Gran Bretaña. La producción local de arados, rastras, etc., era muy importante, pero nunca eliminó la importación. Según estadísticas oficiales, entre 1909 y 1913 se importaron un promedio anual de 75.000 arados, 15.000 rastras, 21.000 sembradoras, etc.<sup>15</sup>

El instrumento más difundido de las tareas de siembra era, obviamente, el arado. Existían numerosísimos tipos de arados, adaptados a todas las necesidades, tanto importados como nacionales. Podían clasificarse en arados de manseras (estos a su vez en simples, de una reja, o polirrejas, de dos o tres) y de asiento. En 1900 eran más importantes los primeros, pero en la época de la investigación de Raña en Entre Ríos, los de asiento se expandían rápidamente. Eran relativamente económicos tanto en fuerza motriz como en personal, apropiados al cultivo extensivo, cansaban menos al arador (que iba sentado) y permitían mayor velocidad en la tarea. De reducido tamaño, arrastrados por caballos (tres generalmente) liberaba al trabajador de la pesada tarea de caminar detrás guiando los caballos y dirigiendo el aparato. No obstante, en ambos casos, su incidencia en el volumen de la mano de obra

usada era escasa o nula, aunque las ventajas existían para los modelos más modernos: los arados de vertederas recubiertas de acero, con rejas múltiples hicieron más rápido el trabajo al abrir más surcos al mismo tiempo. El arado de asiento desplazó al de manquera y siguió evolucionando en el sentido de una más fácil y efectiva tarea, pero al igual que la sembradora, no exigió nunca más personal que la familia del chacarero, en las pequeñas explotaciones, aunque es probable que le permitiera a ésta acceder a mayores superficies de siembra.<sup>16</sup>

La siembra registro avances en el uso de sembradoras mecánicas, aunque Scobie (con cierta tendencia a exagerar las deficiencias del agro pampeano) afirma que la siembra manual siguió predominando en el norte de Buenos Aires, Córdoba y La Pampa después de 1900, cuando las sembradoras al voleo (menos perfeccionadas que las de línea, que exigían un trabajo más cuidadoso) “aumentaron rápidamente en popularidad”. Sin embargo, en las investigaciones llevadas a cabo hacia 1904 se observa claramente la presencia importante de sembradoras de línea en Entre Ríos y especialmente en Santa Fe, donde sólo se sembraba a mano en las granjas chicas porque no tenían dimensión adecuada en relación al “costo de una sembradora y el trabajo que puede hacer”, mientras que “en todas las grandes granjas se emplean sembradoras mecánicas”. En cuanto a las de línea, según el redactor del informe, “no pasara mucho tiempo antes que tengan la misma preferencia que los mejores sistemas de arados, rastras, segadoras, trilladoras, etc.”.<sup>17</sup>

Por último, otros implementos usadas en la siembra tenían que ver con algunas tareas complementarias como la carpida y aporcada de maíz, que no siempre se realizaban. La carpida se hacía un mes después de la siembra para destruir pastos y malas yerbas con carpidor de caballos o aporcador de azada. La labor se finalizaba con azada de mano, reclamando hasta 6 personas (incluso mujeres y niños) pudiendo exigir mano de obra asalariada además de la familia del chacarero. Generalmente estos implementos eran propiedad del chacarero.

La tracción se realizaba casi siempre con bueyes o caballos (estos cada vez más, especialmente con la aparición del percherón, en 1910). Hacia 1920 comenzó a expandirse el tractor, aunque ya se los usaba en 1907. En ese año, Miatello analiza el rendimiento del “arado a vapor” en Tejedor (Buenos Aires) con un sistema ensayado para roturación de tierra virgen (más cara que la ya trabajada). El sistema consistía en un motor “Case”, a tracción, de 25 caballos de fuerza, arrastrando dos rastras de discos. El sistema se complementa con un motor, la casilla para el depósito de agua y combustible y las rastras. Se empleaban varios arados enganchados a un tractor, lo que daría pie a una productividad superior. Sin embargo, Miatello descrea de su utilidad porque se interponían varios problemas, a pesar de beneficiarse con la difusión de motores para trilla y desgrane, numerosos en Buenos Aires y conocidos en Santa Fe y Córdoba. Estos problemas eran, básicamente, la mayor cuantía de los salarios de los conductores, el alto costo del combustible (carbón, aunque podía usarse marlo, leña y hasta junco de cañada, pasto, paja de trigo, etc.) y las dificultades con suelos húmedos o

livianos. Los resultados fueron dudosos. Se podían arar 10 a 12 has. por día de 10 horas consumiendo 800 kg. de carbón, pero con el salario de maquinista, foguista, aguatero y peón para arrimar el combustible, más costos de amortización, se gastaba más de 6\$ por hectárea, lo mismo que se le pagaba a los “tanteros” o contratistas para romper campos por hectárea. En conclusión, sólo sería rentable si el motor pudiera usarse además para trilla y desgrane, con combustible cercano y barato. Además,

“Su implementación tiene de todos modos, carácter de empresa capitalística, por la inversión permanente de capitales que requiere y es adecuada para estancieros, colonizadores o empresarios de aradura a vapor (gremio que aún no existe en el país); el colono agricultor y los propietarios de trilladoras pueden utilizar el motor, si es a tracción, durante el invierno para roturar tierra virgen o rastros, en donde las condiciones topográficas y litológicas lo consientan y en localidades donde se puede emplear la paja de trigo o lino y los marlos de maíz como combustibles...”<sup>18</sup>

No hace falta aclarar que el sistema no se aplicó jamás.

Hasta la llegada del verano, el chacarero tenía poco por hacer, salvo casarse. Pero al comenzar el calor llegaba la más extenuante de todas las labores, la cosecha. Las tareas de cosecha del trigo se dividían en siega, emparve, trilla, transporte al galpón de la casa cerealista en estación y cargado de trenes. En la siega se utilizaban diferentes máquinas: espigadoras, atadoras y atadoras-segadoras. También se usaban máquinas atadoras cuyo aparato atador podía sacarse y funcionar sólo como espigadora. Las espigadoras cortaban alto la planta, en un frente de unos tres metros, y elevaban la espiga hasta el vagón o chata a través de un tubo, para ser inmediatamente trasladadas a la parva. Eran conducidas por una persona avanzando paralela a un carro tirado por 3 caballos, más un peón que acomodaba las espigas, el pistín. Por lo general, se utilizaban dos carros por cada espigadora, para no detener la marcha de la máquina.

La atadora cortaba la planta a baja altura (10 a 20 cms.) y dejaba el trigo engavillado y atado distribuyendo las gavillas por el rastrojo (donde había que “pararlas”) para ser llevadas a la parva después de cierto tiempo. La tarea era más lenta y más costosa (llevaba alambre o hilo para atar y además se debía recoger luego las gavillas). Eran más utilizadas en Entre Ríos hacia 1900 y tenían ciertas ventajas: 1) el trigo maduraba en el rastrojo, facilitando el posterior emparve; 2) no era necesario el emparve inmediato; 3) si había yuyos en el trigo cortado, se secaban antes de emparvar, lo que no sucedía con la espigadora, que al emparvar simultáneamente los llevaba a la parva (con peligro para la conservación y con problemas en la trilla); 4) permitía la maduración una vez cortado y no antes, evitando pérdidas por desgrane; 5) con las gavillas la parva resultaba más impermeable, estable y grande.

Para Miatello, la espigadora era preferible porque permitía el corte anticipado del trigo, una recolección más completa, la desecación de espigas y granos, más fácil, el emparve más cómodo y seguro, todo con un mayor rendimiento, grano de mejor clase y más peso. Sin embargo, él mismo anotaba que exigía un trigo bastante maduro, no bañado por rocío o lluvia, desperdiciaba espigas no cortadas, obligaba a la desecación de espigas y granos en la parva, cuya confección quedaba subordinada al estado del tiempo. No obstante, Miatello sostenía que mejorando el uso de la espigadora se obtenía mejor rendimiento y más barato, especialmente con el trigo Barletta, resistente al desgrane.

Económicamente la diferencia entre ambas máquinas no podía ser mayor: el trabajo con espigadora era tres veces más barato y la misma máquina costaba menos que la atadora, siendo, además, el doble de rápida. Una atadora Deering de 7 pies costaba aproximadamente 510\$ mientras que la misma marca de espigadora, pero de 12 pies, 440\$. Una espigadora-atadora 630\$. ¿Por qué la espigadora no hizo desaparecer a la atadora? Es probable que el problema pasara por una ecuación de capital y mano de obra familiar: la espigadora empleaba menos mano de obra y abarataba las tareas, pero exigía una tarea continua y sin pausas, al mismo tiempo que mayor capital, ya que debía ser acompañada por dos o tres chatas, con emparve simultáneo. En cambio, la atadora, si bien empleaba hilo para atar, permitía dejar en el rastrojo las gavillas, que luego podían ser llevadas a la parva (y emparvadas) por los mismos que habían segado. De esta manera, permitía un mayor uso de la mano de obra familiar al fragmentar la tarea y desdoblarla en el tiempo. Al margen de las consideraciones técnicas, la espigadora sería, entonces, más apta a las grandes superficies y a productores con mayor capital mientras las atadoras jugarían a favor del chacarero pobre y gran familia. Según Raña, los italianos eran los únicos fanáticos de la espigadora, lo que es probable, ya que en Santa Fe, donde el predominio de los peninsulares era abrumador, las máquinas preferidas eran las espigadoras con cuchilla de 12 pies.

Atadoras o espigadoras, las dos máquinas empleaban, y el traslado en carros o chatas (carros con jaulas de madera con un borde más alto que otro), entre 7 y 8 personas. Se elegía el lugar donde erigir las parvas, normalmente en el centro de la chacra, y se procedía a su construcción de una manera que veremos más adelante, empleándose una cantidad variable de obreros de distinta calificación.

Ya tenemos la planta cortada y emparvada. Todavía falta lo peor. La trilladora era, con mucho, la máquina más importante de las tareas rurales y la más cara. Generalmente eran trasladadas con animales, pero podía hacerse con automóvil o motor locomóvil. Utilizaba como personal unas 22 personas y a diferencia de otras máquinas, trabajaba fija. Tenía la función de separar limpia y entera la semilla. Recibía el cereal, con la paja, por la boca, donde era tomada por los cilindros que la trituraban contra la pieza opuesta, llamada cóncavo. Las firmas inglesas fabricaban estas piezas con listones de acero áspero de modo de separar la semilla por fricción. Las yanquis lo hacían con dientes. El primer

método no destrozaba bien, el segundo, demasiado, por lo que salía paja muy mezclada con los granos, obligando a colocar varios batidores. La distancia cilindro-cóncavo debía variar según la humedad del grano. Ambas piezas tenían entre 80 y 90 cm. de diámetro. De aquí sacaba la paja hacia la cola de la máquina, al tiempo que permitían la decantación de la semilla con un movimiento alternativo de arriba abajo y de adelante hacia atrás, sobre un tablero dentado. La paja salía por la cola de la máquina y la semilla con parte de paja triturada (bálago) pasaba al zarandón donde se detenían las partes más gruesas de la paja, arrastradas por una corriente de aire. La primera zaranda sacaba la granza (trigo vestido) y la segunda separaba las semillas chicas, granos rotos, etc. De aquí la granza pasaba a un elevador (tubo recorrido por un corriente de aire) que la expulsaba lejos de la máquina, y la semilla a otro, rumbo al aparato embolsador donde la esperaba el obrero que la recogía en bolsas. Algunos aparatos llevaban embocador automático, una lona sin fin que llevaba la paja a la boca de la máquina (ahorrando al obrero embocador y emparvadores), y tubo dispersor, que la sacaba luego del trillado hacia alguna dirección, generalmente a favor del viento.

La trilladora debía ser completada con un motor que le comunicaba el movimiento a través de una polea. El motor podía ser locomóvil (autotransportable) o no, era a vapor, alimentado con la misma paja del trigo o el marlo en la época del maíz. Las trilladoras de tipo inglés (llamadas así aunque vinieran de cualquier otra parte de Europa) limpiaban mejor la semilla y eran aptas para terrenos sucios. Donde el trigo era más limpio podían usarse las americanas. Como máquina, la trilladora centralizaba el trabajo de un batallón de obreros con tareas específicas y jerárquicamente remuneradas. Era una verdadera fábrica portátil de producir grano limpio y seco en bolsas. Cada trilladora empleaba 22 personas como mínimo, cifra fluctuante en función del tamaño y las posibilidades de conseguir mano de obra. El personal incluía 2 o 3 trabajadores calificados (maquinista, foguista y algún ayudante) y unos 18 o 19 que realizaban distintas tareas más simples. Las inglesas de 3 y 1/2 pies se bastaban con 18 y las más grandes, americanas de 5 y 1/2 pies, con 29.<sup>19</sup> Las trilladoras sufrieron innovaciones que permitían ahorros de todo tipo, especialmente de hombres, tanto en tamaño como en velocidad de la tarea, con la aparición de algunos elementos que eliminaban parte del personal, como los "cilindreros" (con el embocador automático) y los coleros (con el tubo dispersor de la granza). No obstante, siempre permaneció como una fuerte empleadora de brazos.<sup>20</sup>

El proceso de tecnificación de la cosecha de maíz es distinto del trigo. En éste la mecanización se llevó a cabo "a través de un largo y sostenido proceso que se inicia con el siglo hasta llegar a la adopción generalizada de la cosecha mecánica a granel a mediados de la década del '60", mientras la del maíz es más tardía pero más intensa, verificándose entre 1930 y 1968 una mayor disminución de la mano de obra (90%). En ese momento la cosecha pasa de requerir 54 horas por hectárea a 4.<sup>21</sup> Sin embargo, hay que matizar: lo único que le faltaba a la cosecha maicera era una segadora. Por lo

demás, estaba tan mecanizada como la del trigo. La cosecha del maíz tenía tres pasos, igual que la del trigo: juntada, entroje y desgranada. Las dos primeras se hacían manualmente y la última con la desgranadora. En la juntada a mano sólo se precisaba una aguja "chalera" (un gancho o clavo de alambre doblado que podía comprarse por poco precio o bien fabricarse con un pedazo de cerco) para deschalar la espiga, y una maleta, bolsa que ubicada entre las piernas servía para acumular las espigas a medida que se arrancaban. La maleta tenía cerca de 1,5 metros de largo, de lona con fondo de cuero para facilitar el deslizamiento, y se enganchaba al cinturón de cuero que el trabajador llevaba a la cintura. Después, las bolsas se trasladaban hasta el lugar donde se ubicaba la troja (cerco que contenía las espigas) hasta el desgrane.<sup>22</sup> La juntada manual se mantuvo idéntica durante todo el período tratado, lo que no significa que no se produjeran intentos de invención e innovación. En 1902 Marcelo Conti examina la cosechadora de maíz Lorusso: no elimina el entroje, etapa que el colono consideraba necesaria para poder esperar varios meses en busca de buenos precios, conservando el maíz deschalizado pero no desgranado. La máquina es básicamente una espigadora que saca las espigas pero no las deschala, tarea que realiza una segunda máquina que trabaja fija. En la espigadora los tallos son conducidos hacia dos cilindros que los aplastan obligando a soltar las espigas, que caen en una canaleta que lleva a la bolsa. La máquina haría el trabajo de 10 hombres por día. En las conclusiones de los tres examinadores, la espigadora da buen resultado, no así la deschaladora, la que además sería necesario adosar a la espigadora. Todavía en 1929 se estaba probando otra máquina para recolectar el maíz en la planta. De hecho, recién después de 1930, la cosechadora de maíz comenzará a difundirse, dejando sin trabajo a "miles de familias, hombres mujeres y niños cuya principal actividad ha sido hasta ahora juntar maíz".<sup>23</sup>

Buena parte de la mano de obra se usaba en la desgranadora, que no era más que una trilladora pequeña modificada, a la que se le cambiaban sólo unas piezas. El personal suma de 18 a 25 personas según tenga la máquina de 3 1/2 pies a 5 pies. También igual que la trilla el trabajo es realizado por el comercio cerealista y los pequeños empresarios, que utilizan exclusivamente mano de obra asalariada.<sup>24</sup>

En el resto de las producciones pampeanas importantes como el lino, las tareas, máquinas y costos son similares al trigo. En la papa la recolección se hace también a mano, utilizándose un hombre con un arado sacador de papas para abrir surcos, quince para recoger las papas y un carrero para llevarlas. Los útiles necesarios: un arado, 8 a 10 horquillas, otros tantos canastos, bolsas y un carro.<sup>25</sup>

Aunque el grano ya repose en bolsas, todavía falta bastante para festejar. La tarea de transportar de la granja a la estación la cosecha era bastante importante en cuanto a su costo: era aproximadamente el 3% del total de gastos de producción en 1899, según Lahitte. El mismo autor nos dice que buena parte de esta tarea la realizaba el chacarero con su propio carro. Sin embargo, por lo

general, la tarea recaía en pequeños propietarios de carros, que, cobraban una tarifa de acuerdo a la distancia. Había también empresarios de transporte, propietarios de carros que contrataban obreros. La estacionalidad de la tarea puede haber sido una limitación importante a la formación de fuertes empresarios de carros, aunque la existencia de sindicatos de “conductores” (y no de “carreros”, denominación usada cuando se trata de propietarios) indica la presencia de algo parecido. Hay que aclarar que un carro del tipo del que hablamos no es lo que uno se imagina:

“El transporte de los productos desde las chacras a las estaciones o galpones de los acopiadores, se efectúa por medio de carros de 4 ruedas, chatas, carretas o carros; de las antiguas carretas de 2 ruedas se ven todavía algunas en el Sud de la provincia; y los carros pequeños de 2 ruedas úsanse solamente para el transporte de papas... En chatas o carretas grandes, con caballos, en el Sud, cargan en promedio de 60 a 70 bolsas de trigo, lino o maíz; pero con buena caballada y por buenos caminos hay quien puede cargar hasta 120 bolsas, es decir, cerca de 8 y 1/2 toneladas; pero el promedio más común es de cargar 5 solamente... [para esto] se necesitan 7 y 8 caballos (...) El número de viajes que se efectúan por día depende: de la carga; del estado del terreno en el rastrojo; del estado del camino; de la distancia a recorrer; del número y bondad de los animales ... Tratándose de viajes cortos, de 2 leguas, por ejemplo, con buenos caminos y animales suficientes, no muy cargados y pronto despacho, pueden hacerse 3 a 4 viajes por día; pero no pasando de 4 leguas, en condiciones normales, pueden hacerse 2 viajes por día; se entiende de ida y vuelta...”<sup>26</sup>

La disparidad en los niveles tecnológicos fue una constante no sólo en el conjunto de la región sino incluso en áreas menores: Tort contabiliza 16 niveles en uso en Santa Fe, en 1904, implicando diferente intensidad en el uso de mano de obra, ahorrándose 32 horas/hombre del primero al último. Sin embargo, no hay una separación muy marcada entre zonas: si bien en el sur de Buenos Aires la densidad tecnológica parece haber sido mayor, eso no implica que la agricultura santafesina estuviera a un nivel tan bajo que no pudiera realizar tareas en forma mecánica. Es más probable que la agricultura santafesina realizara un uso más intensivo del capital.<sup>27</sup>

#### **b. La renovación tecnológica (1920-1940)**

“La antigua segadora, movida por seis caballos que la empujaban de atrás, prevaleció en ‘La Vera’ como método de elección hasta el año 1923. Nosotros pudimos comprobar lo retardado y anti-económico que era ese sistema: en el transporte de las espigas hasta la parva se perdía del 5 al 10% del grano; en las capas periféricas de la parva, lluvia y humedad inutilizaban también un buen porcentaje

de espigas. Una vez emparvado todo su trigo, el chacarero quedaba a la disposición del dueño de la máquina trilladora, que llegaría de acuerdo a un turno que fijaba este último. Apurar la trilla para aprovechar los mejores precios que rigen generalmente antes de terminar las cosechas, es una pretensión explicable y justificada del productor, pero cuya satisfacción depende explícitamente de la buena voluntad del dueño de la máquina. La cosechadora, al prescindir del gasto de emparve, abarata el costo de las cosechas y entrega el grano listo para su venta inmediata. Debe tenerse presente, además, que si por una razón o por otra, se hubiera emparvado el grano, sea trigo, avena, lino, etc., bastaría arrimar la cosechadora para trillarlo sin el menor inconveniente. El papel de las antiguas trilladoras queda hoy limitado al desgrane del maíz, operación que tiende a desaparecer por el empleo de máquinas que lo cosechan y desgranar al mismo tiempo.”<sup>28</sup>

Hacia 1920 el sistema de segar y trillar por separado empieza a ser superado por la aparición de la cosechadora, máquina que realizaba ambas tareas en forma simultánea con enorme ahorro de mano de obra: 22 empleos en trilla y 8 en siega y emparve, pasan a ser 6 o 7 con la cosechadora. También ahorro en tiempo: de 2 a 3 meses de trabajo, la cosecha se reduce a menos de uno. Su incorporación a las tareas rurales fue muy temprana: ya en 1902, Miatello prueba la “Crescent” en Santa Fe. Tenía un peine de 5 pies con el que tomaba las espigas y un juego de batidores que las cortaba y arrojaba al cilindro trillador, de donde el grano pasaba luego sobre unas zarandas que lo limpiaban y depositaban dentro de un cajón con capacidad para tres bolsas de trigo. Ya en esa época ahorra casi la mitad del precio de la cosecha. Otra máquina similar, la “Complete Harvester”, estaba en funcionamiento en 1902, en Cochicó (Coronel Suárez). Rindió un excelente resultado (“un promedio de 78 bolsas por hora”) y debió ser similar (si no la misma) a la examinada por Larguía en 1903, que cosechaba de 5 a 6 hectáreas por día con dos conductores de caballos y un obrero que recoge las bolsas de tres máquinas a la vez. Los propietarios eran ingleses de una estancia cercana a Coronel Suárez, donde el inspector del Ministerio acepta su valor pero duda de su probable extensión, dada la mediocridad de los sembrados en las chacras.<sup>29</sup> Otros modelos eran la “Australiana” (la más popular) y la “Golondrina”.

A pesar de tan temprana aparición, la verdadera revolución tecnológica se produce con la llegada de la cosechadora de cuchilla, que aparece hacia 1910 y se populariza a partir de 1920. La cosechadora de peine era pesada y técnicamente atrasada, se atoraba fácilmente, la limpieza era deficiente y, aún con las sucesivas mejoras del conjunto, llegó apenas a una discreta tarea<sup>30</sup>. Un agricultor nos cuenta su experiencia con la máquina:

“Las máquinas cosechadoras de “peines” que Melamed había comprado no podían cortar en un trigo tan alto. Con esas máquinas se perdía más de la mitad del cereal. Además se atoraban, lo que hacía

perder muchas horas en limpiarlas. En realidad esas máquinas eran muy económicas y útiles en una cosecha regular, pero no en una tan excepcional como la de aquel año.”<sup>31</sup>

Las de cuchilla permitían cosechar productos algo desparejos, reducían pérdidas y hacían mejor trabajo, con 9 pies de ancho de cuchilla y cilindro tipo trilladora. Eran máquinas más pesadas, que requerían 10 a 12 caballos, pero algunos las transformaron en automóviles acoplándoles un motor a nafta.<sup>32</sup>

Según la información del Cuadro 3, la cantidad de cosechadoras evoluciona de 2.500 en 1908 a 41.559 en 1940, es decir, se multiplica 16 veces. Ya para 1914 hay 8.444 y casi 22.000 trece años después. La cifra de 1914 parecería contradecir nuestra afirmación de que la principal etapa en la introducción de la cosechadora comienza en 1920. Sin embargo, es necesario hacer algunas precisiones. En primer lugar, hay dudas sobre la veracidad de la cantidad de cosechadoras de 1914: si se suman las máquinas importadas entre 1909 y 1914 al Censo de 1908, se obtiene la cifra que vemos en la segunda columna (3.377). Salvo que se trate de un caso de contrabando masivo, no hay base para sostener que en fecha del Tercer Censo Nacional hubiera tal cantidad de máquinas. La confusión bastante común entre la segadora y la cosechadora (ya que a la primera solía llamársela también cosechadora e inclusive alguien tan informado como Scobie las confunde) induce a creer en una estimación baja.<sup>33</sup>

Aún con las salvedades realizadas, las cantidades de ambos censos (1908 y 1914) resultan sobredimensionadas al compararlas con las otras dos: las cosechadoras que se computan en los censos y las que aparecen en los Anuarios del Comercio Exterior luego de la guerra, no son las mismas. Las primeras son de peine y las segundas, de cuchilla y como la productividad de las últimas (por tamaño de cuchilla, por velocidad y eficiencia) puede calcularse en el doble de las anteriores, las cifras correctas son las que corresponden a la tercera columna. De esta manera, queda visible en qué momento y en qué magnitud se produjo el salto tecnológico. En el Cuadro 4 siguiente puede apreciarse la evolución de las importaciones año por año, pudiéndose ver que la oleada comienza en 1919-20. Para 1927 la cosechadora había reemplazado, aproximadamente, el 27% de la tarea realizada por la trilladora.<sup>34</sup>

En conclusión, hacia 1930 la introducción de la cosechadora se estaba acelerando, llegando a una proporción de 2,3 cosechadoras por cada trilladora en 1927 y a 10 por cada una en 1937. En 1930, sumando sólo las importadas a lo largo de la década, es decir, aceptando que la fabricación local sólo reemplazó a las máquinas desgastadas por el uso, se llega a 33.842,<sup>35</sup> lo que significaría que en los 7 años siguientes habría continuado la incorporación de maquinaria a ritmo menor, apenas unas 7.000 máquinas más. No obstante, si se recuerda que en los primeros años posteriores a la crisis del '30 aparecieron fuertes restricciones a las importaciones, no puede afirmarse que el proceso se haya

suspendido, sino que, más bien, se mantuvo a pesar de las malas condiciones (o quizás, a causa de ellas).

Las cifras de la década del '30 esconden, además, una mayor capacidad por unidad mecánica. Por ejemplo, la cosechadora All Crop sin motor, aparecida hacia 1937, ofrece interesantes reformas: por empezar, es un implemento, "como el arado o la sembradora", de costo reducido, impulsada por tractor desde el cual se opera la máquina, necesitando sólo un empleado más para manejar el conjunto. Permite cosechar varios granos diferentes, pesa sólo 1.200 kg. y viene equipada con ruedas neumáticas. Dos años después ya eran muy populares.<sup>36</sup> Señala también una nueva reducción del personal necesario: de los 20 a 30 de la primitiva trilladora, a los 5 con la vieja cosechadora, pasando ahora a sólo 3. Además, la máquina es más eficiente y veloz, reduciendo más todavía las necesidades de mano de obra.

Si bien el censo 1937 todavía informa la existencia de trilladoras, su participación real debe haber sido mucho menor que la expresada en las cifras. Además, es probable que, como tecnología vieja y poco rentable, haya quedado confinada a zonas atrasadas. Por otra parte, el censo estima la cantidad de máquinas existentes sin indicar si todas esas máquinas estaban en uso (y para qué) en época del relevamiento (recuérdese que la trilladora se usaba también como desgranadora de maíz). Pero también la trilladora sufrió una evolución muy grande en cuanto a cantidad de mano de obra empleada y tamaño: la Mototrilla "Sistema Merlin", de fabricación nacional, apta para toda clase de cereales, premiada en la exposición agrícola de Rosario de 1926, estaba equipada con motor de 30 h.p. a nafta y podía trabajar con sólo 4 hombres.<sup>37</sup> Es difícil saber hasta cuando sobrevivieron las viejas trilladoras pero es probable que ya para 1936 comenzaran a tornarse cada vez más raras.<sup>38</sup>

### **El último refugio**

La cosechadora maicera tiene una primera aparición a fines de los '20. Se trata de una máquina que debe diferenciarse de la posterior "plataforma" maicera. En efecto, esta máquina, una juntadora mecánica marca Gayraud, está ya en uso en 1928. Recolectaba de uno a dos surcos por vez y era el equivalente de la segadora de trigo.<sup>39</sup> Podía montarse sobre un pequeño tractor a querosén y, a fines de los '20 ya había varias en uso.

Por la misma fecha se informa de la recolección del maíz con la cosechadora de trigo, a la que se le reforman los cóncavos del cilindro o se le coloca una plataforma más ancha y, en vez de cilindro y cóncavos, una hélice con jaula como las desgranadoras comunes.<sup>40</sup> Es muy difícil saber cuanto se avanzó con esto en los años '30, lo cierto es que recién adelantados los '40 puede verse un movimiento decidido hacia la mecanización, primero probando con juntadoras de hasta cuatro surcos, con muy pocos resultados, y luego con la "plataforma" que entregaba el grano ya listo, en bolsa.<sup>41</sup>

Donde la evolución sí puede verse, aunque no medirse con facilidad, es en la desgranadora, que gana en rapidez y eficiencia con menor número de brazos. Aún así, el maíz quedará, entonces, como el último refugio del obrero rural.

En efecto, otros dos bastiones, aunque muy menores, de los obreros rurales estaban en el lino y la papa. En la etapa de la renovación tecnológica, van a desaparecer como fuertes empleadores de brazos. En el primer caso, en la campaña 1939-40, la cosechadora linera ya ha acaparado más del 80% de la producción en todo el sur de Buenos Aires, sudeste de Córdoba, oeste de San Luis, noroeste de Buenos Aires, varios partidos de la zona centro-norte de la misma provincia, partes de Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes. Toda esta superficie suma, unas 220.000 has. Otras 100.000, correspondientes al oeste de Córdoba, centro-oeste santafesino y partidos sueltos del centro-norte de Buenos Aires, eran cosechadas entre un 65 y 80% con estas máquinas. Unas 80.000 has. más eran cosechadas entre un 50 y 65% con el nuevo sistema y unas 90.000 entre 20 y 50%. Finalmente, 70.000 con hasta un 20% de moderna tecnología.<sup>42</sup>

La mecanización de la cosecha papera comienza ya en la década del '20, cuando se hacen ensayos con máquinas sacadoras de papas. Diego Abad de Santillán menciona el caso de la máquina "Hoover" cuyo prospecto le fuera enviado desde Balcarce. En él se lee:

"Cuando el mercado de patatas ofrece perspectivas de precios bajos (como el presente año) hay que reducir los gastos de producción. Recordamos a los chacareros que la cosecha del año 1924, en cuyo año los precios obligaron a emplear máquinas sacadoras para disminuir gastos, trabajaron con éxito más de cien sacadoras de papa en este partido. Los poseedores de estas máquinas han continuado empleándolas teniendo en cuenta sus innegables ventajas, no obstante los remunerativos precios del producto en 1925 y 1926. Hoy se renueva el problema del año primeramente citado, y el agricultor que quiera obtener beneficios de la presente cosecha, debe pensar en reducir los gastos para encontrar la utilidad a que tiene derecho."<sup>43</sup>

Con esta máquina, según Santillán, se podía hacer una reducción de 300 a 88\$ por cada tres hectáreas. Con un peón que maneje se sustituye de 8 a 10 hombres. No obstante, Humberto Correale, sostiene que tales máquinas no estaban en uso hacia 1930 en la zona de Bragado, escenario de fuertes huelgas por esos años, de las que él fue protagonista.<sup>44</sup> Esta apreciación puede deberse a que las principales zonas paperas de la pampa están en el sudeste de Buenos Aires (65.000 has., hacia 1938, en torno a Balcarce y Mar del Plata) y en Santa Fe, (30.000, en torno a Rosario). En el oeste bonaerense, sólo se computan en esos años unas 10.000 has. En la primera, hacia 1938, "lo que cada día se está empleando en mayor escala es la máquina de arrancar, sobre todo en extensiones mayores de 40 ha."<sup>45</sup> En la segunda, por la misma fecha, "el 90% de los chacareros cuenta con máquina de

arrancar.”<sup>46</sup>

## El transporte

“La agricultura mecanizada recibió otro gran impulso con la aplicación del motor a explosión en los transportes. El uso de camiones para el acarreo de cereales u otros productos en camiones representa un gran adelanto, por ser un elemento de transporte rápido y económico. El antiguo transporte a sangre (...) era lento y costoso.”<sup>47</sup>

Como ya señalamos, el carrero es el “rey del transporte”... hasta 1920. En efecto, en este año comienza una muy fuerte importación de camiones de carga, como se observa en el Cuadro 5. La importación de camiones pasa de ser el 1,7% del total de importaciones en 1919, al 23% en 1929. En 1914 en Buenos Aires había, según patente municipal, 7 en Avellaneda, 1 en Baradero, 3 en San Fernando, 5 en Tandil y 1 en Tres Arroyos.<sup>48</sup> De aquí puede deducirse que el peso real del camión comienza a sentirse después de la guerra, pero especialmente a partir de 1923 cuando la importación se multiplica por 7 y desde ahí crece a grandes saltos hasta 1929. La importación llega, en un 97,12%, desde EE.UU. y Canadá, y el resto, de países europeos. Por provincias, la existencia de caminos puede seguirse en el Cuadro 6.

Según el mismo anuario, en Entre Ríos en 1929 hay 2.768 y en Córdoba 5.491. Como puede verse, Buenos Aires lleva la ventaja y dentro de ésta los partidos con más presencia son (separando los claramente urbanos como Avellaneda): Bahía Blanca, 1.143; Balcarce, 248; Bolívar, 707; Coronel Dorrego, 304; Coronel Pringles, 405; Coronel Suárez, 289; General Pueyrredón, 891; González Chávez, 293; Necochea, 382; Pehuajó, 457; Puán, 200; Tandil, 640; Tres Arroyos, 707. Es decir, el camión sigue el mismo patrón de distribución que la cosechadora. En total, en Buenos Aires por la misma fecha, hay 25.800 camiones frente a 45.590 carros de transporte, es decir el 34% del total de carga de la provincia.

Si examinamos los distritos agrícolas, veremos lo siguiente: en Tres Arroyos hay 707 camiones contra 147 carros, es decir, el 80% del total de carga descansa en camiones. En otros, sin embargo, constituyen apenas el 10%, como en San Pedro. Podría ser tomado como un indicio del “subdesarrollo” agrario de la zona norte de la provincia, caracterizado por un tipo de productor más chico, pero en San Nicolás, el 100% de la capacidad de carga es asumida por los enterradores del carro. En realidad, partido por partido, su desarrollo es dispar: en San Antonio de Areco, casi el 30%, similar a Salto, 60 en Rojas, más del 90 en Ramallo y menos del 10 en Puán. De todas maneras, aunque el grado de avance varía de partido a partido, en casi todos es siempre más del 10%, lo que implica un grado alto de desplazamiento del transporte animal. En otras provincias también varía, pero

en todas estamos por arriba del 20%: en Santa Fe ése es el porcentaje de camiones sobre el total de vehículos de transporte, pero sube al 25 en Entre Ríos y al 36% en Córdoba.<sup>49</sup> Téngase en cuenta además que estos cálculos enfrentan camiones contra carros como si ambos fueran vehículos de capacidad equivalente, pero en realidad un camión desplaza a más de un carro, tanto por capacidad de transporte propio como por la posibilidad de arrastrar un trailer y por hacer el trabajo más velozmente.

De esta manera, la situación de los carreros de campaña debe haber estado muy comprometida, especialmente porque los principales compradores de camiones son los dueños de casas cerealistas, lo que les permite desprenderse de este molesto personaje, que no siempre pudo comprar el camión y debió contentarse con poder transportar una parte cada vez más estrecha de la cosecha. La propaganda es muy efectiva en mostrar a los agricultores las ventajas del camión: por ejemplo, el camión Federal puede transportar desde 1 a 7 1/2 tn., el Minerva, de 2 a 6 llegando a 8 y 12 con remolque. El Liberty llegaba a 20 tn. con remolque, 22 km. por hora con 80 litros de nafta para 100 km.<sup>50</sup>

Juan Lazarte señalaba así el fenómeno:

“Junto a la cosechadora ha venido el camión. El transporte de cereales de la chacra a los lugares de embarque se hacía con carros. En esos inmensos carros lentos y pesados. Pueblos había con 300 carreros; de cien muchos. Pues bien: el camión ha suplantado definitivamente al carro. Con los camiones se hace el trabajo de veinte carros, sin el inconveniente de los caballos, lentitud, pérdida, etc. Los carreros no han podido ni comprar camiones, ni hacerse ‘chauffeurs’, la mayoría ha quedado sin trabajo. Las casas comerciales (ramos generales) los han comprado y puesto al trabajo. Les resulta, pues, una enorme ganancia.”<sup>51</sup>

Para 1934, Borrás atestigua su definitiva desaparición.<sup>52</sup>

## **El tractor**

“[El tractor] ... necesita poco espacio para vivir”

*Anales de la Sociedad Rural*, 1917

Ya hemos hablado de ese antecedente “prehistórico” del tractor, que era el motor “locomóvil”. En un sentido importante, el desconocimiento del hecho que el motor de la trilladora podía usarse como tractor, ha disminuido su presencia real en el campo pampeano. El informe en el que Lahitte examinaba la “aradura” a vapor era negativo en términos económicos, aunque podía dársele más utilidad si se lo usaba como motor de trilladora o desgranadora. No obstante, el “locomóvil”, una

especie de locomotora de ferrocarril sin vías, era un aparato demasiado grande y voluminoso como para ser práctico, debiendo, además, estar al servicio de una explotación muy grande para ser rentable.<sup>53</sup> Por estas razones, limitó su actividad a ser motor de trilladora, capaz de arrastrar, al mismo tiempo, a todo el “tren” de trilla (trilladora, casilla, implementos anexos, bolsas, y el personal mismo), a través del campo, de un lugar de trabajo a otro.

En 1911 comienza a difundirse el motor a oruga Holt, que podía usarse sólo o combinado con la cosechadora del mismo nombre, de 24 pies de corte. El motor tenía 60 HP de potencia y podía labrar una superficie de diez y seis y media hectáreas, a quince centímetros de profundidad, en terrenos de composición media, en diez horas de trabajo efectivo, con un costo medio de 3,54\$. Exigía un conductor y un ayudante como personal. Otro aparato por el estilo era el motor Landbau, unidad de tracción de un arado rotativo Koeszegui, pero que podía funcionar con cualquier otra máquina rural. También con 60 caballos de fuerza.<sup>54</sup> Sin embargo, hacia 1917 todavía la situación era muy confusa en cuanto a la utilidad real que podía tener este tipo de aparatos:

“Si se recorre cualquier revista agrícola, se encuentra con abundancia un tema que, desde las páginas de texto hasta las de avisos, predomina y casi se diría constituye una obsesión. Este tema es la tracción mecánica aplicada a la agricultura; sus ventajas, sus maravillas y sus milagros. Desde el caballo de Troya, antecesor más remoto que yo conozca de consorcio mecánico-hípico, los fabricantes nos van ofreciendo “El cadenero de hierro”, “El cuarteador de acero”, “La mula con tornillos” y otra porción de máquinas de tracción con nombres tanto más eficaces para sugestionar, cuanto más reñidos con el sentido común y la realidad de las cosas. (...) En una palabra, estamos experimentando, y aprovechando esta situación se lanzan a la venta máquinas de las que posiblemente no quedará sino el recuerdo ingrato de quienes las adquirieron.”<sup>55</sup>

El expositor de la conferencia, dada en la Sociedad Rural, Ricardo Gutiérrez, es ingeniero mecánico y deplora que esta situación no permita apreciar justamente la validez y utilidad de los nuevos implementos. La tracción mecánica es

“Más económica, por ser mecánica puede ser producida a menor costo que la fuerza animal. Más compacta, reduciendo así la mano de obra, puesto que un hombre puede trabajar fácilmente una máquina con un poder de tracción igual a 40 caballos con mayor facilidad de manejo que lo que sería posible sobre esa cantidad de animales. Resistencia ilimitada; puede trabajarse de día y noche sin interrupción. Necesita poco espacio para vivir, y consumiendo alimento concentrado o sea combustibles de poco volumen y gran poder calorífico esto mismo reduce el espacio necesario para su almacenamiento. No requiere atención cuando no trabaja. Hace un trabajo mejor pues no se cansa. Sus

enfermedades se curan renovando las piezas afectadas.”<sup>56</sup>

Las variedades de tractores que Gutiérrez menciona muestran que, efectivamente, se está en una fase de experimentación: tractores de tres ruedas, de dos, de cuatro, a oruga, a nafta, a querosén, con uno, dos, tres, cuatro y seis cilindros, etc. Esta situación explica el lento desarrollo del tractor en la segunda década del siglo. No obstante, se sigue estimulando su desarrollo, presintiendo la revolución que encarnan. En parte para evitar los problemas mencionados, se buscan formas de establecer garantías de “calidad”. Un método eficiente es la realización de “concursos” de tractores, como el que, en octubre de 1919, se realizó en la Facultad de Agronomía y Veterinaria de Buenos Aires. Obtuvo el primer premio un tractor Fiat y el segundo, un Cletrac.<sup>57</sup> Una entidad nacional revestida de la autoridad de la ciencia garantizaba al chacarero la utilidad de su compra.

Hacia fines de la Primera Guerra Mundial la situación se afianza:

“Estamos acostumbrados a oír decir que el tractor sólo es útil en chacras muy extensas. Es la vieja noción que provenía de la clase de tractores construidos hasta hace poco. Las tentativas hechas en 1910 a 1912 para aclimatar en el país los tractores mastodontes, sólo sirvieron para desacreditar al cultivo mecánico. Desde 1913 las condiciones han cambiado; se ha producido, especialmente durante el período de guerra, una evolución general hacia el material liviano (...) de cualidades técnicas y de facilidades de adherencia. Actualmente en las condiciones de la República Argentina y de acuerdo con datos recogidos de los agricultores que usan tractores en chacras de 100 a 250 hectáreas, el cultivo mecánico es mucho más económico que el de tracción animal.”

Se trata, entonces, de un cambio técnico: la introducción del motor a explosión y el desarrollo de metales livianos y resistentes. El comentarista, ubicado hacia fines de la década del '20, remarca la economía de tiempo que supone el tractor, la independencia frente a la biología animal y frente a las exigencias de los peones. Las ventajas del tractor se potencian cuando se piensa en los caballos y el mantenimiento que exigen:

“No hay duda que los buenos caballos son útiles y que es posible hacer excelente agricultura a base de buenos caballos, pero el principal defecto de este sistema de agricultura consiste en la gran cantidad de atención personal que exige. A medida que aumenta el número de caballos tenemos que aumentar el personal para cuidar y manejar esos caballos y para producir el forraje necesario a su manutención y para reparar sus collares y arneses, y es justamente ese personal que actualmente es difícil de conseguir y muy caro de pagar y mantener. Cuando una labor es larga y penosa, la perfección del trabajo disminuye a medida que cansan los animales y también la fatiga del conductor es mayor con la

tracción a sangre que con el cultivo mecánico. A veces el tractor decide del éxito o del fracaso, porque es únicamente cuestión de poder efectuar la tarea o de dejarla paralizada; como lo que importa al agricultor es el resultado final, o sea la cosecha, el tractor se la garantiza cuando le permite ejecutar con celeridad y a la hora precisa en que debe hacerse una operación que sin tractor no hubiera podido llevarse a cabo. Los tractores modernos de 3 rejas, tipo actualmente preferido para las explotaciones chicas y medianas pueden escogerse de varias fuerzas y según la extensión de la chacra tendremos al 8-16, al 10-20 o al 15-30 H.P.”<sup>58</sup>

El texto citado pertenece al año 1927, fecha para la cual es posible detectar una importante presencia de tractores. Los primeros tractores se introdujeron de EE.UU. en 1915, marca Sandusky, y en 1926 ya había 6.000, a queroseno-nafta y 8.000 en 1928, fecha en la que ya se usan gas oil y neumáticos.<sup>59</sup> Efectivamente, el desarrollo del tractor será cosa de los años '20, aunque todavía a fines de los mismos se exige una “ley de tractores” como la “que está en vigor en Estados Unidos”, para proteger al agricultor de los comerciantes inescrupulosos con certificados de prueba entregados por el Ministerio de Agricultura.<sup>60</sup>

A despecho de estas precauciones, durante toda la década se produce una fuerte importación de tractores. Sobre este punto, hay nuevamente problemas de cifras. La Sociedad Rural, la investigadora Isabel Tort y la Asociación de importadores de Automotores y Afines estiman de manera diferente las importaciones de tractores para máquinas agrícolas, como se observa en el Cuadro 7. La diferencia entre los totales puede ser mayor todavía ya que el *Anuario* no da cifras anteriores a 1924. Aún así, una diferencia de más de 4.000 unidades es ya de por sí suficientemente grande. Si se restan al total de la Sociedad Rural, los años anteriores a 1924, la diferencia se estiraría al doble. No estamos en condiciones de dar pruebas de ningún tipo sobre la veracidad de estos datos, sólo marcamos la divergencia. Hay un dato que podría indicar que las cifras de la Sociedad Rural están más cercanas a la realidad: cuando Carl Taylor interroga a Jack Camp, de la International Harvester Company sobre las importaciones argentinas de maquinaria agrícola norteamericana en los últimos 20 años anteriores a 1941, la cifra de tractores mencionada por la fuente es de 27.784, lo que más o menos coincide con la suma de las importaciones de tractores entre 1921 y 1941 (unas 29.000 unidades).<sup>61</sup>

Lo cierto es que esta importante aparición del tractor en los '20 es coherente con toda la etapa de renovación tecnológica que se desata en esta década, junto con cosechadoras y camiones. Parece difícil evaluar los efectos del proceso durante esta década, aunque sí podemos observar que entre 1922 y 1930 el área dedicada a los equinos se reduce de 8 a 7 millones de hectáreas. Según Ortiz, el rodeo equino en la zona cerealera pasa de 7,8 millones de cabezas a 8,1. Sin embargo, en el mismo período y en la misma región, las hectáreas dedicadas a la agricultura pasan de 11 a 16 millones, es decir, sufre

un aumento del 45%. Es evidente que un incremento tal del rodeo equino no puede hacerse cargo del aumento del área sembrada. Por lo tanto, es probable pensar que buena parte de la responsabilidad en la provisión de energía para ese 45% de aumento del área sembrada se deba a camiones, autos y tractores.<sup>62</sup> Es decir, que de los 5.000.000 de has. nuevas, al menos unas 4.000.000 se manejan con motor a explosión.

Como prueba de lo que decimos, Buenos Aires, la mayor receptora de los tres elementos mencionados y al mismo tiempo, la provincia donde más crece el área sembrada, ve caer el volumen de su rodeo de 2.778.085 en 1920 a 2.271.458 en 1928.<sup>63</sup> Por otro lado, es necesario tener en cuenta que las necesidades de tracción aumentan más que el área sembrada en la medida que las nuevas cosechadoras combinadas exigen muchos más animales que las trilladoras estacionarias y las livianas espigadoras y segadoras atadoras. Si en 1910 Huret señalaba que un tractor podía reemplazar 64 caballos, 20.000 tractores podrían haber desplazado a 1.280.000 animales<sup>64</sup>, suponiendo que la potencia de la máquina no hubiera aumentado nada.

Este proceso puede tener como ejemplo el siguiente caso de Pablo Harry, empresario de Tres Arroyos. Con 9.000 hectáreas, de las cuales dedica a agricultura 3.500 y el resto a 7.500 vacunos y 3.000 lanares, posee el siguiente listado de bienes:

“La estancia consta de una casa de material, estilo chalet, construida en 1920, con 20 habitaciones, más otras cinco casas de material, modernas, para habitación de mayordomo, escritorio, mensuales, garage, taller, etc. Tiene 2 galpones grandes de cinc, 20 molinos, una trilladora Case con motor Oil Pull, 4 cosechadoras Case, 9 atadoras, 14 tractores, 2 camiones Federal con acoplados, máquina esquiladora, y todos los demás sistemas ultramodernos para el cultivo del campo. Tiene luz eléctrica sistema ‘Delco’ y ‘Otto’ instalado, el último también para fuerza motriz. Además hay instalación completa para depósito de querosén y gas oil a granel. Seis autos.”<sup>65</sup>

Parece ser que, con 14 tractores, 2 camiones y 6 autos, Harry no precisa caballos puesto que apenas posee 25 yeguarizos, lo que es claramente insuficiente para las 2.500 has. sembradas. Este no es un caso común, lógicamente, pero es posible que no fuera tan inusual como parece. De hecho, para la misma fecha, prácticamente cada chacra de Tres Arroyos y Necochea tiene su auto y muchas tienen tractores y camiones.

¿Por qué no se expande más el parque de tractores? La opinión más común es la de Carl Taylor, según el cual la baratura del caballo conspiraba contra el “coloso de hierro”.<sup>66</sup> Ahora bien, a despecho de esto, mientras las hectáreas sembradas aumentan un millón más entre 1930 y 1937, las dedicadas a equinos bajan un millón más. La caída del rodeo en forma absoluta es de 1,1 millón de cabezas entre 1930 y 1937. Diez años después, el rodeo vuelve a caer a 5,1 millones de cabezas.

El reemplazo del ganado puede haber afectado entre 1922-30 a relativamente pocos “tropilleros” que aportaban las caballadas para arrastrar las máquinas. ¿A quien afecta más la aparición del tractor? En particular, a los obreros de siembra, en tanto la mayor velocidad reduce la cantidad de mano de obra. A los obreros de cosecha, en la medida en que también le agrega velocidad a la tracción de las cosechadoras. Borrás señala que disminuye el número de obreros “mensuales”.<sup>67</sup>

### **Elevadores de cereal**

“Los trabajadores ocupados en las labores de carga, descarga, seca, limpieza y clasificación del cereal, así como en otros trabajos accesorios que se realizan en los galpones y depósitos de las estaciones de embarque, fueron desplazados también en gran número en los últimos años por los modernos elevadores de granos, que ejecutan todas aquellas operaciones mediante los nuevos sistemas de manipulación mecánica.”<sup>68</sup>

En la campaña, la tarea de transporte de cualquier grano incluía el pasaje del campo al carro y, tras un corto viaje, al galpón de la casa cerealista. Aquí comenzaba el trabajo de hombreadores y estibadores, los primeros transportando a hombro la bolsa que era acomodada en pilas (estibas) por el estibador. Luego harían el camino inverso con destino al vagón del tren que la transportaría a los puertos de salida de ultramar. Como pasos intermedios, no siempre realizados, estaban la pesada, balanza mediante, y el secado y la limpieza del grano. Como explicaremos más adelante, hemos calculado que serían necesarios unos treinta mil estibadores tanto para el trigo como para el maíz. ¿En qué afecta a este número la aparición de una red de elevadores en los años `30? El informe presentado en 1928 al ministro de agricultura, Mihura, señala con claridad el efecto sobre la fuerza de trabajo:

“Sobre la base del término medio calculado de 160.000.000 millones de bolsas tenemos, por los tres movimientos necesarios para cargar un vagón un gasto total de 16.000.000\$ m/n por año. Pero esto no es todo: se necesita un verdadero ejército de hombres para efectuar a mano todos estos movimientos en un período de tiempo relativamente breve, lo que es grave en un país de escasa población como el nuestro. La operación de cargar un vagón de 40 toneladas (incluida la pesada) demanda el empleo de 9 hombres durante dos horas y media. Desde el elevador, un hombre solo puede cargar el mismo vagón en un tiempo que varía entre 15 y 30 minutos.”

El ahorro de mano de obra es muy evidente:

“La determinación del costo de administración y mano de obra del elevador de campaña, se basa en

admitir que para cada uno de los 900 elevadores de campaña a constituir, se requerirán dos hombres cuya remuneración mensual sumaría \$500, o sea 6.000 anuales por unidad y en conjunto, \$5.400.000 para el tráfico total de 10.000.000 de toneladas, o bien 0,054 por 100 kilos.”<sup>69</sup>

Un simple cálculo, sin hacer jugar la dimensión temporal, sin elevador se habrían contratado en 900 estaciones, unos 8.100 estibadores; con elevador, 1.800. Otra forma en que el elevador resta empleos al trabajador rural es en las otras tareas realizadas antes manualmente: limpieza y secado de cereal. Suponiendo que con estos 900 se manejase toda la cosecha: sólo el 6% de la antigua masa de estibadores ( que hemos calculado en 30.000 personas, siguiendo un método que se verá más adelante) encontraría trabajo en las nuevas instalaciones.

¿Cuánto avanzó este proceso en el período que estudiamos? En 1939, el transporte a granel por ferrocarril ya alcanzaba al 22% del total de ambas cosechas (trigo y maíz),<sup>70</sup> lo que significa que de las 9.200.000 toneladas transportadas por bolsa (el 78% restante) se podían esperar unos 42.000 empleos, a los que habría que sumarles 700 que manejarían los elevadores responsables de unos 2.560.000 toneladas. Este cálculo está hecho sobre el total de ambas cosechas, lo que significa que el resultado hay que dividirlo por dos. Nos queda que, en 1939, 21.350 obreros tenían trabajo en la estiba, habiendo perdido su empleo más de 8.000, cifra que si bien no tiene comparación con los miles de empleos perdidos por los braceros, no deja de ser importante si se tiene en cuenta que el proceso es muy veloz, ya que en, realidad, todo empieza casi a mitad de los ‘30.

Además opera una reducción suplementaria de brazos entre los braceros, ya que elimina la tarea de coser las bolsas haciendo desaparecer al “costurero” y al “apilador”. Al mismo tiempo se ahorra mucho reduciendo la demora en la carga de vagones (2.000.000 de horas menos), en la descarga en los terminales (6.000.000 de horas menos), las mermas (por rotura del envase, roedores, humedad, escapes por el agujero dejado por el calador) y mejor tratamiento del grano en mala condición. El gasto de transporte del cereal cae bruscamente: en bolsas, por cada 100 kg. se gastan 0,73\$ mientras que por elevador, 0,43\$.

Los efectos de la aparición de la red de elevadores se hacen notar hacia fines de los ‘30. Como respuesta al cuestionario de la Junta Nacional para combatir la desocupación, Sabattini, el gobernador cordobés, señala que:

“Cabe sin embargo, observar que la falta de una legislación apropiada que contemple el problema del trabajo en la construcción de elevadores de granos ofrece serias dificultades al obrero agrícola, por el desplazamiento de brazos que aquellos provocan. Una reforma de la legislación, que contemple el caso propuesto, se hace necesaria a fin de prevenir sus consecuencias en el mercado de trabajo.”<sup>71</sup>

Este es el resultado de los más 300 elevadores que están en funciones en 1940, según informa la CONAGRANEL (Comisión Nacional de Granos y Elevadores), entidad creada en 1934 y que retomó el proyecto de la construcción de la red y lo llevó a cabo.<sup>72</sup>

Por su parte, el camión, con la expansión y mejora de caminos, pasa a reemplazar al elevador regional, llevando directamente de la chacra al elevador terminal el grano cosechado. En los lugares donde aún se utiliza la bolsa, un implemento colabora en la tarea del estibador (y de paso lo deja sin empleo...), el apilador mecánico, que suple al viejo "burro", un planchón tambaleante por donde subía el obrero con la bolsa al hombro a varios metros de altura. Ahora bastara con colocar la bolsa sobre la cinta transportadora que lo elevara automáticamente a manos del estibador.

Dado que una imagen del agro pampeano insiste en afirmar la existencia de campesinos o, al menos, de una parte de la pequeña burguesía que está incapacitada para acumular, conviene preguntarse si éste es un fenómeno localizado regionalmente o es más bien general. Si una cosa tal existiera, debiera reflejarse en una disparidad regional en cuanto a la distribución de maquinaria. El avance del proceso por región, hacia 1925, se observa en los Cuadros 8, 9 y 10. Parece claro que el sur bonaerense respondió más rápidamente a la innovación mientras que el resto lo hizo con menor intensidad. Si vemos la relación has. sembradas/cosechadoras, encontraremos algunas sorpresas. Una de ellas es el importante papel de Santa Fe en el proceso. Otra es Córdoba, cuyo proceso de innovación es mucho más lento de lo que esperábamos. Impactante el de La Pampa. En el caso santafesino, el área triguera viene reduciéndose desde 1925, lo que, sin duda, mejoró sus cifras, mientras Córdoba hace lo inverso. El caso de La Pampa sorprende más porque mejora sus cifras en un contexto de muy fuerte crecimiento. Mirado en su totalidad, un mejor nivel tecnológico se evidencia en el sur de Buenos Aires y La Pampa, pero el conjunto es bastante parejo.

### **Una periodización que se afianza**

El examen del proceso de acumulación desde la evolución del volumen físico de la producción reveló la continuidad de la expansión de la producción. Detectamos allí que la evolución de la producción no justificaba un cambio en la tendencia a incorporar masas crecientes de trabajadores que parecía verificarse hacia 1930 y que era adjudicado a la "crisis" de ese año. Una mirada detenida a los instrumentos de la producción, a la "tecnología", detectó un cambio profundo en el capital constante que hacía observable las razones del cambio de tendencia. Para poder entender el significado profundo de esos cambios, es decir, exponer la ley que determina su desarrollo, hay que examinar nuevamente el proceso de acumulación, ahora desde el lugar mismo de la producción de valor, el proceso de trabajo.

### III. La evolución del proceso de trabajo

“Rosario, dic. 21 -Comunican de Morteros que en la vecina colonia Bartolina debido a la carencia de agua en las calderas, ha explotado hoy el motor de la máquina trilladora del señor José Del Bosco. A consecuencia de la explosión fallecieron cuatro peones, cuyos nombres ignórase, entre ellos un hijo de Del Bosco. Además hay varios heridos porque los pedazos del motor arrojados con violencia, fueron a parar a dos cuadras del sitio en que se hallaba la trilladora.”<sup>73</sup>

La acumulación del capital no procede por simple expansión. Su despliegue implica transformaciones en la masa de la producción social (las fuerzas productivas), el objeto del proceso (los medios de producción) y la forma que asume la transformación de la materia (el proceso de trabajo). El desarrollo de la acumulación de capital en el agro puede seguirse, pues, también como transformación del proceso de trabajo. Ya hemos visto las dos primeras formas, veremos ahora la tercera, recordando que todavía nos queda una más, la transformación de los sujetos del proceso capitalista de producción (la burguesía y el proletariado), que serán tema de los dos capítulos siguientes. Veamos entonces la evolución del proceso de trabajo en la agricultura argentina.

#### a. De la cooperación simple a la manufactura moderna (hasta 1870)

¿Cómo es la agricultura anterior a la modernización que acontece con la incorporación de la pampa al mercado mundial? La siguiente cita, un tanto impresionista, no deja de ser útil:

“En cambio afuera de la región del cereal o de la más cultivada, la maquinaria agrícola perfeccionada es poco conocida y menos empleada; no se encuentra en general buenos instrumentos sino en los grandes establecimientos y a menudo arrinconados u olvidados por falta de personal capaz de manejarlos. En las pequeñas granjas y en la generalidad de las explotaciones no se hallan sino instrumentos primitivos, los cuales no pueden proporcionar sino un trabajo imperfecto, una preparación deficiente del suelo de la que se resienten las plantas cultivadas, los rendimientos y los beneficios. A menudo no se conoce otro instrumento que el tosco arado construido totalmente de madera, con punta de hierro a veces, y la rastra de ramas que el gañán confecciona en un día con la madera que halla en el monte; no se dispone ni de azada ni de pala siquiera, herramientas que son reemplazadas por un palo de punta. Se comprende cuán primitivo resulta este sistema de labrar la tierra y cuán difíciles sean los progresos en estas comarcas. (...) Se siembra lo que se ha visto sembrar a los antecesores, de la misma manera, en la misma época, con la misma semilla degenerada; se

cosecha con igual incuria y lejos de realizar mejoras se aumentan las deficiencias y los defectos existentes.”<sup>74</sup>

La fuente, de comienzos del siglo XX, compara la modernidad pampeana, con las zonas más atrasada del país, que aún no han visto renovación técnica alguna. Más o menos, esa era la forma y los instrumentos de la agricultura pampeana anteriores a 1870, básicamente los mismos que sesenta años antes, tal cual lo relata Alexander Gillespie, soldado inglés retenido como cautivo luego de las invasiones inglesas:

“El único arado que noté en aquel país ... era de madera, con un simple palo que el labriego tenía en la mano para dirigir la operación y uña del mismo material. El suelo, sin embargo, es tan blando y los surcos tan poco profundos, que se desempeña muy bien y fue solamente la pequeñez de la parte trasera que me desagradó. Después de haber sembrado el terreno, se le pasa cinco veces una rastra de ramas y se deja el resultado a la providencia.”<sup>75</sup>

La “tecnología” de siembra no había cambiado mucho todavía hacia 1870-80, al menos tal como lo refiere un estanciero a Jules Huret hacia 1910:

“Y ¡en qué situación miserable se hallaban entonces los cultivos! No nos encontrábamos ya en aquellos tiempos en que los homóplatos de los caballos y los bueyes (a los que se fijaba un palo por medio de correas) hacían de azadones, pero nuestros arados apenas arañaban la tierra y las siembras se hacían al voleo; unas ramas servían de rastrillos...”<sup>76</sup>

Agregaba, como comparación, que “hoy nuestros peones nos exigen asientos de resorte”.

Juan Carlos Garavaglia señala, citando a Chapeaurouge, que hasta 1869, por lo menos, no era común en Argentina el arado de vertedera, al estilo inglés. La tracción normal era la yunta de bueyes.<sup>77</sup> Arado de palo, siembra al voleo, rastra de ramas, tal la tecnología y tal el proceso de trabajo, completamente manual.

El maíz se cosecha manualmente por un procedimiento que no alcanza todavía la sistematicidad que adquirirá luego, dada la magnitud menor de la tarea, pero es básicamente el mismo: arrancar las mazorcas, sacarles con un palo la chala y amontonarlas en trojas. Juntada la cosecha, hay que separar el grano de la mazorca, lo que se hacía a medida que se requería y con implementos muy primitivos: un pedazo de hueso o de hierro para raspar la superficie y arrancar los granos

La “tecnología” de cosecha está, también, dominada por el principio subjetivo en forma completa. El instrumento más difundido para segar es la hoz dentada, normalmente de madera con el

filo de metal. Es rara la guadaña para segar, e incluso Gelman refiere el uso de cuchillos.<sup>78</sup> La trilla, por su parte, implicaba, necesariamente una cooperación más compleja. Veamos primero la descripción del trabajo. Como ya lo hemos señalado, de la aparición de los implementos mecánicos, la trilla se hacía “a pata de yegua”:

“Me habían convidado a asistir a una trilla que se haría a la antigua usanza criolla, por falta de máquinas en un paraje lejano, en un puesto de una estancia cuyo encargado hacía los primeros ensayos en la labranza. Todo el vecindario, en cinco leguas alrededor del puesto, está convidado para la faena y para la fiesta. El labrador había solicitado de los ganaderos amigos le prestasen las yeguas para la trilla. (...) Las yeguas de distintas procedencias, reunidas en una sola manada de más de trescientas cabezas, relinchaban en todos los tonos... Diez o doce ginetes rodeaban la manada para impedir la dispersión. (...) Cuatro hombres se habían trepado a la parva, descalzos, los brazos arremangados, la cabeza atada con pañuelos de seda, provistos de horquillas de madera con las que levantaban mazos de espigas que dejaban caer al suelo. Cuando quedó todo el redondel cubierto con la primera camada, los yeguarizos cortaron una punta de yeguas, de sesenta a ochenta cabezas, y las arriaron a la hacia la puerta de la era. La mayor parte de los hombres montaron a caballo para obligar a las yeguas, que asustadas por la algarabía, hacían fuerza por disparar. Por dos veces consecutivas, al llegar los animales a la puerta, se sentaron arremolinándose. Cuatro o cinco forzaron la línea de ginetes y ganaron el campo a todo escape, relinchando con la cola tiesa. Por fin se consiguió hacer entrar a la era algunas, y tras ellas entraron las demás en pelotón. Empezaba la trilla. Las yeguas, entre gritos y chasquidos de arriador, trotaban alrededor de la parva pisoteando las espigas, resbalando sobre la paja lustrosa. Cada cuarto de hora, paraba la carrera, y se iniciaba en seguida en sentido contrario, a los gritos de: ¡Vuelta, yeguas! La paja, desmenuzada por los cascos de los animales, volaba en hebras de oro. De rato en rato, los azotadores se turnaban. Y de la parva seguían cayendo mazos dorados que se enredaban en las patas de las yeguas, ya sudorosas, las narices abiertas, mareadas en el continuo dar vuelta, sometidas a la faena, relinchando sin bríos en procura de las crías ya apartadas, y que hacían fuerza por juntarse con las madres por entre el cerco de la era. (...) Cuando se consideró que ya no quedaba ni un grano en las espigas, dieron salida a las yeguas, que arrancaron al trote largo, hacia el bajo, buscando a las compañeras.”<sup>79</sup>

Lo que la cita describe es una de las formas más primitivas de trillar el trigo. El mismo “aire” de la descripción, la forma en que se realiza el trabajo, los episodios omitidos para no agobiar más la lectura, dan una clara idea de lo que es verdaderamente una agricultura no mecanizada. Entre los episodios pintorescos reemplazados por corchetes y puntos, figura una doma que hizo suspender la tarea para observar la bravura del jinete o el asado que estaba en preparación a medida que se terminaba la labor, así como el baile posterior a la misma, ya caída la tarde. Estamos muy lejos aquí de

lo que luego será la agricultura moderna implantada en la región pampeana. No se trata sólo del entorno festivo de la labor. Los “obreros” son paisanos de “5 leguas a la redonda” que mas bien parecen haber ido a hacer sociales que a ganarse el pan. Ni que decir de la magnitud de energía que consumió la tarea: sin contar las “chinas” (con todo respeto) que cebaban mate y cocinaban empanadas y tortas fritas, doce hombres eran necesarios sólo para cuidar la tropilla que se componía de ... ¡más de 300 yeguas!. Y todo el día para trillar una sola parva. La fuente que citamos esta fechada en 1895 y, como aclara desde el comienzo, la escena fue presenciada en un paraje lejano, en territorio virgen, donde se realiza la trilla “a la criolla” por falta de máquinas. Es decir, para esta fecha, la trilla “a pata de yegua” era una verdadera curiosidad. Gillespie, otra vez, atestigua su antigüedad:

“Tuvo lugar un día la trilla de alguna mies, que había sido traída del campo. Se formó un corral circular en cuyo centro algunos negros colocaban lechadas de mies. Numerosos cojudos y yeguas daban vueltas, mantenidos a todo galope hasta estar el terreno batido, y luego se echaba más paja y el mismo procedimiento se repetía hasta concluir todo, y después la cosecha quedaba en su sitio esperando una bocanada de viento.”<sup>80</sup>

Narciso Parchappe, miembro civil de la expedición militar a la frontera sur en 1828 cuenta así todo el proceso:

“Los trabajadores cortan el trigo con la hoz; lo amontonan en un cercado formado por estacas y travesaños que llaman parva. Después lo hacen pisar por una tropilla de yeguas para separar el grano, casi como lo hacían los romanos; luego lo aventan y lo sacuden con horquillas de madera para que la paja, rota, vuele al lado.”<sup>81</sup>

William Mac Cann atestigua el uso del mismo método de trillado (“como en Oriente”), hacia fines del Rosismo.<sup>82</sup> Como señala Parchappe, la trilla no estaba terminada hasta que el trigo no estuviera limpio y guardado. Lo que exigía esperar a un día de viento, en el que los trabajadores debían “ventear” la paja con las semillas desprendidas. El viento se llevaba la paja y las semillas, más pesadas, caían al pie. Garavaglia refiere el uso de palas de aventar y zarandas para completar la limpieza. Aún así, este método “hace que el pan de consumo en general sea muy arenoso”.<sup>83</sup> Todo el proceso, como vemos, está construido sobre una base subjetiva.

La única máquina que se conoce en este período, de cuya expansión en la Argentina no hay mucho dato cierto, es la “aventadora”, una máquina que reemplazaría a los trabajadores “aventadores”. Según Garavaglia, es probable que Juan Fugl, el pionero tandilense, usara una máquina de este tipo.<sup>84</sup> La “aventadora” o “tarará” deriva de un sistema inventado en 1716 en París por el Barón de Knopperf.

Consistía en una tolva donde se depositaba el grano que luego era limpiado por un ventilador potente y seleccionado a través de tamices (véase corte transversal en apéndice gráfico). Otro aparato similar era la “criba”, utilizada en Francia. Se trata, básicamente, de aparatos de limpieza cuyo mecanismo es parecido al que será incluido en las trilladoras. Se entiende la utilidad de su uso, dada la enorme cantidad de energía que requería el “aventado” manual y lo deficiente de los resultados.<sup>85</sup>

Como dijimos, no hay muchos datos de su uso en Argentina, probablemente porque antes de la gran expansión agrícola las magnitudes en juego no justificaban la inversión y luego, con trilladoras perfeccionadas ya existentes, resultaba una tecnología superada, aunque Zevallos menciona la existencia de una cantidad importante de “ventiladores” en las colonias santafesinas. No podría certificar, sin embargo, que se trata de la misma máquina.<sup>86</sup>

#### **b. El dominio de la manufactura moderna (1870-1920)**

La aparición de la tecnología moderna señala un cambio radical en varias de las tareas agrícolas. La arada, al aumentar el área sembrada por agricultor, obligará a usar implementos más eficientes, como ya vimos, con la aparición de arados metálicos, primero de mansera y luego de asiento. Con el arado de asiento, no sólo se avanza en cantidad y calidad de la tarea, sino que se simplifica el trabajo y la pericia del arador. El cambio operado a partir de 1870 aproximadamente, obedecerá a la calidad de los implementos (el arado y las rastras), pero el proceso de trabajo seguirá siendo el mismo. Sin embargo, la que va a observar una revolución técnica mucho más importante es la siembra, donde el proceso, antes manual, se objetiviza en las sembradoras mecánicas, ya sea al voleo o en línea.

En el maíz, la cosecha sufrirá una transformación, no porque la tarea deje de ser manual en forma absoluta, sino porque avanzará hacia la manufactura. En 1905, Miatello describía de la siguiente manera la cosecha del maíz: a principios de mayo comenzaba la “juntada”, una tarea manual en la que el juntador tomaba para sí 15-20 surcos, colocaba las bolsas en el centro y comenzaba a arrancar espiga por espiga, deschalándolas. Luego, con chatas de 4 ruedas se llevaban las bolsas llenas al troje (cerco cilíndrico hecho de palos y cañas) donde las espigas esperaban el desgrane.<sup>87</sup> Tras esta operación el grano es transportado al galpón de la casa cerealista del pueblo más cercano o la estación de ferrocarril.

Tan sencillo como parece, el trabajo tiene sus complicaciones. La tarea del juntador era dura y extenuante: se marcaban las “luchas” (área a trabajar por cada obrero) deschalando la espiga más alta del surco que hacía de límite entre una y otra. El juntador recorría el trayecto con una bolsa de lona entre las piernas (maleta) de un metro y medio de largo, reforzada con cuero y unos ganchos para

colgarla del cinto, donde se metían las espigas que se arrancaban a mano. Previamente debían despojarlas de la chala que las envuelve, arrancándola con una aguja chalera (por lo general, un alambre doblado, a veces con un dedal de cuero adosado). Se iba por un surco y se volvía por el otro, desagotando la maleta en bolsas ubicadas al final del viaje de ida. En detalle, el procedimiento de deschalada exigía un rutinario movimiento continuo de las muñecas, lo que las deja hinchadas y doloridas al final del día: “Toma con la mano izquierda una espiga y con la derecha, con un palito puntiagudo, corta las chalas en su extremidad superior, las abre, toma la espiga desnuda, quiebra el pedúnculo, lo separa de la planta y la depone en el canasto que tiene siempre próximo.”<sup>88</sup> Se juntaban normalmente entre 8 y 12 bolsas diarias, pero había formas de hacer más veloz el trabajo, arrancando las espigas con un fuerte tirón que las despojaba al mismo tiempo de la chala:

“Amalio Moreno, al principio tan inexperto como yo, había aprendido muy pronto a manejar la aguja chalera. Su velocidad me asombraba. Empezábamos los dos juntos por una de las cabeceras del maizal en surcos vecinos y al rato me había sacado medio surco de ventaja. No se como lo hacía tan velozmente. Yo iba aun por el primero cuando el regresaba por el tercero.

-¿Querés ver volar las gaviotas? -me grito una mañana sudoroso y feliz.

-¿Las qué? -me detuve sin entender.

-Mirá!

Y empezó a arrancar espigas y deschalarlas a toda velocidad. Se fue alejando, espigas a la maleta y chalas reseca al viento, metros y metros, y de golpe comprendí: al sacar la espiga, de un tirón le quitaba las chalas y las arrancaba con un movimiento por sobre el hombro con tanta fuerza y destreza que la chala flotaba a sus espaldas largos instantes en el aire caliente del mediodía. Una y otra y otra más. Flotaban las chalas (...) como gaviotas.”<sup>89</sup>

Sin embargo, tal forma de trabajar, aunque llegara a rendir 20 bolsas diarias, extenuaba físicamente al trabajador, aflojaba las muñecas y dejaba un persistente dolor en las articulaciones. El proceso es por completo subjetivo, descansando en la habilidad del obrero y su cooperación con otros.

La desgranada, sin embargo, abandonará el principio manual y avanzará hacia la gran industria. Terminado el entrojado, comenzaba la desgranada. El desgrane podía hacerse en desgranadoras manuales o a vapor. En las de vapor trabajaban unas 20 personas: el maquinista que cuidaba del funcionamiento de la misma; un foguista, que alimentaba la caldera del motor abastecida por dos marleros que echaban marlos (el cuerpo de la espiga de maíz) al fuego de la misma; un aguador, cuya tarea consistía en mantener el tanque de la caldera lleno de agua para lograr el vapor y evitar la explosión de la máquina. Se empleaban también 8 paleros, que extraían con palas las espigas de la troja a través de un boquete abierto en la base. A medida que se vaciaba, la troja quedaba más

cargada de un lado que del otro. Para evitar que se volcara aplastando a los obreros (una troja podía tener hasta 6 metros de alto) había que empujar las espigas del extremo más lleno hacia el otro, clavando una plancha de madera o metal sostenida por un obrero parado en ella y arrastrada por el motor de la desgranadora.<sup>90</sup>

Mientras los paleros echaban las espigas en la boca de la desgranadora que separaba el marlo de la semilla, ésta salía por una compuerta, donde la esperaba el bolsero que aguardaba que se llenara la bolsa que sostenía con las manos y la pasaba a los dos costureros, que la cosían con unas pocas puntadas rápidas, para entregarla a los dos pulseadores, que la llevaban a la balanza. Luego de pesada, pasaba a la pila, estibador mediante. Toda la tarea se realizaba en forma continua durante 12 o 14 horas por día, con solo un intervalo en que el cocinero hacía disfrutar a los 20 trabajadores sus mejunjes, por los que cobraba un buen porcentaje.<sup>91</sup> Las bolsas de maíz debían ser luego transportados al pueblo cercano, a la casa cerealista.

La cosecha del trigo comienza, como dijimos, con la siega. Cuando la agricultura pampeana cobró vuelo, la mecanización de la siega fue inmediata y la revolución en el proceso de trabajo no se hizo esperar. Según la tecnología, variaba la forma del trabajo, pero lo que antes era una tarea manual, ahora se transforma en mecánica. El trabajador queda limitado a la conducción de la máquina. Si se usaba atadora, otras tareas complementarias eran necesarias, porque el trigo cortado y engavillado quedaba desparramado en el rastrojo y luego, en carro, era transportado al lugar donde se hacía la parva. Antes de recoger las gavillas dejadas en el rastrojo por la atadora, se hacinaban (paradas en montones de 12 a 20 gavillas). Era una tarea realizada a veces por muchachos y mujeres que seguían a la atadora, colocando 4 gavillas en cruz con las espigas hacia afuera y arriba, sobre las que se colocaban las demás.<sup>92</sup> Con espigadora, estas tareas se eliminaban porque las espigas eran elevadas hasta el carro-jaula que corría paralelo a la máquina. Para segar 150 hectáreas se requerían una espigadora, tres carros con sus jaulas y seis hombres (uno dirige la espigadora, tres guían los carros, uno emparva el trigo cortado y el último, llamado "pistín", pasa de carro a carro para acomodar y apretar las gavillas). Este conjunto puede cosechar unas 10 cuadras por día.<sup>93</sup> El maquinista, en las chacras chicas, era, por lo general, el colono, hasta el momento que comenzaba el emparvado, cuando pasaba a controlar esta tarea, contratando un conductor. Además de éste, era necesario un cuarteador que cuidara los animales. El corte se hacía en forma sistemática: se cortaba primero el perímetro de la chacra y luego se realizaban cortes en cruz, separando así 4 partes iguales. El "corral" queda en el centro, donde se levantan las parvas. Estos "corrales" se hacían cada 12 a 15 hectáreas. En las chacras grandes se hacía el corte con 2 espigadoras en forma simultánea, lo que simplemente refleja un mayor volumen de capital puesto en juego.<sup>94</sup> Lo importante es que, como ya había señalado Marx utilizando el mismo ejemplo de la segadora, esta máquina "sustituye la cooperación de los segadores". Es decir, el proceso laboral ha adquirido una base objetiva.<sup>95</sup>

Ya sea engavillado o espigado, el trigo debía ser emparvado. De la buena factura de la parva dependía la conservación de la semilla ya sea contra lluvias, viento o vuelco. Las parvas podían ser cónicas, rectangulares o con cúspide regularmente triangular. En tamaño, podían tener de 5 a 6 metros de ancho por 12 a 15 de largo y 5 a 6 de alto. Demandaba el trabajo de 6 personas: un parvero (o emparvador) que podía ser el colono pero que de ser asalariado cobraba el doble de sueldo que los horquilleros, generalmente 2, que sacaban el trigo de los carros y los volcaban en la parva. Cuando estaba muy alta se empleaba un horquillero más, el puente, que colocado entre los horquilleros y el parvero elevaba las gavillas en un movimiento que exigía mucho su cintura. El emparvador solía tener un ayudante, con lo que el número de los obreros podía subir a 8. Con este personal se conseguía emparvar 5 a 6 hectáreas por día.<sup>96</sup> La emparvada era una tarea calificada (que se pagaba 4 o 5 pesos por día “cuando el jornal común era de dos”<sup>97</sup>). Era necesario “calcular las cosas de manera que se pueda terminar en el mismo día” y, una vez elegido el sitio, “se establece una cama de paja de 80 centímetros de espesor” sobre la que se colocan las gavillas “de modo que la hilera de afuera tenga las espigas hacia adentro de la parva y que la hilera que siga, al interior cruce sus espigas con las de la primera”. Así, las paredes de la parva se inclinan “hasta formar un ángulo de 25 a 39 grados con la línea de la plomada.” La parva “se elevará hasta donde alcance con la horquilla un hombre subido a un carro” y luego “se empieza a cerrarla” hasta “terminar el ángulo superior o caballete, cuya arista o línea de la cumbrera debe quedar a igual distancia de las paredes laterales.” Además, “hay que cuidar siempre de orientarla, de modo que ofrezca el menor frente a los vientos más fuertes.” Luego, “para preservar mejor las gavillas superiores se recubre el caballete de la parva con paja o pasto seco”, esteras de junco o paja de centeno, sujetas a la parva por medio de clavijas de alambre de cerco. Por último, para evitar “que se reúnan las aguas de lluvia al pie de la parva, se rodea a ésta de una pequeña zanja.”<sup>98</sup>

Como se ve, todo el proceso descansa en la colaboración de los obreros y en su pericia. El proceso tiene, entonces, una base meramente subjetiva.

Hasta aquí la semilla de trigo no ha sido separada del resto de la planta. Para esto es necesario un paso más, la trilla. Era la tarea más compleja e importante de la cosecha y la que reunía la mayor cantidad de gente. Había que coordinar un verdadero ejército y manejar dos máquinas gigantescas que podían incendiarse o explotar si no se las cuidaba. Todo a un ritmo febril. El Ministerio de Agricultura aconsejaba seguir los siguientes pasos para realizar la trilla: Primero, atracar a la parva del lado que el viento favorezca los horquilleros, ofrezca fácil salida a la paja y evite las chispas del motor sobre la parva”, “nivelar la trilladora y calzarla” y alinear el volante con la polea del motor, “colocándola cruzada y tirante”. Una vez instalada había que aceitar las piezas permanentemente y evitar el recalentamiento por suciedad, falta de aceite, correa demasiado estirada, etc. Luego se graduaban las piezas de trillado (cilindro y cóncavo), se verificaba la velocidad de cilindro, el buen funcionamiento

del ventilador y la correcta colocación de las zarandas. De esto dependía que la máquina no se atorara.<sup>99</sup>

Una vez preparado el sistema se da comienzo a la tarea. Dos emboquilladores (si la máquina no tiene emboquillador automático) echan las gavillas en la boca de la máquina luego que 4 horquilleros las arriman desde la parva. Dos cortadores cortan el hilo de la gavilla (si fue cosechada con atadora) antes que entre al cilindro. Una vez adentro, la paja es triturada y mientras la semilla, luego de pasar por las zarandas, sale por una compuerta donde la espera el bolsero bolsa en mano. La paja sale por la parte final de la trilladora y cae sobre una rastra. La bolsa con la semilla es cosida por el cosedor y va destino a la balanza. La paja caída sobre la rastra es sacada por el colero que coloca otra en su lugar mientras dos yugueros la desparraman por el campo (si la máquina no tiene tubo dispersor de granza). Para que todo funcione, es necesario, además, la presencia del maquinista que cuida de la marcha de las máquinas, un foguista encargado de mantener el fuego del motor, generalmente con un ayudante y dos aguateros que mantienen el agua necesaria de la caldera. Al conjunto se suma el cocinero. Todos estos son trabajos pesados, lo que no impide la presencia de mujeres y niños.

Obviamente, el maquinista era el más calificado de todos y cuyo aprendizaje “es largo y difícil (...) todo se aprende con la practica larga y para dominar la máquina, el conductor debe ser animado de una voluntad firme, energía y buen criterio profesional.” Efectivamente, en este caso, el nivel de conocimiento técnico debía ser elevado, puesto que los pasos a seguir requerían cuidado y práctica. Un manual de la época describía así las obligaciones del maquinista:

“1ro. Atracar a la parva del lado que el viento favorezca los horquilleros, ofrezca fácil salida a la paja y evite las chispas del motor sobre la parva.

2do. Nivelar la trilladora y calzarla.

3ro. Se alinea el volante con la polea del motor, colocándola cruzada y tirante.

4to. Aceitar cada cuarto de día cojines cuidando que no entren las basuras.

5to. Evitar recalentamiento por suciedad, falta de aceite, correa demasiado estirada, etc. Conviene parar la máquina.

6to. Graduar el cóncavo y verificar velocidad de cilindro.

7mo. Cuidar y graduar corrientes del ventilador.

8vo. Buena elección de las zarandas. (...)

13ro. Cuando se atora la máquina y resulta difícil la emisión de paja trillada hay que regular la velocidad ya que no ha llegado a límite óptimo.

14to. Para el lino reducir el viento porque puede llevarse la semilla.

15to. Estirar y revisar correas. (...)

18vo. Limpiar la máquina al final del día y durante las paradas. (...)

20mo. Refacción general al terminar la campaña.

21ro. En caso de incendio, retirar el motor.”<sup>100</sup>

El elemento subjetivo ha desaparecido, el trabajo ha sido objetivado, tanto en la siega como en la trilla. En ambos casos, nos encontramos en el mundo del régimen de gran industria, tal como es descrito por Marx.

La bolsa era pesada y amontonada en las cercanías en espera del carrero que las llevaría al pueblo. Una vez en el pueblo, el cerealista se encarga de las manipulaciones complementarias: secado del cereal húmedo (se saca de la bolsa y se desparrama en capas de 5 a 6 cms., se deja al sol y se remueve cada 2 horas con un rastrillo o una pala, volviéndose a embolsar luego) limpieza (con aventadora de mano, trilladora, o a vapor con elevadores), clasificación, etc. Cuadrillas de obreros a los que se les pagaba por cada “movimiento simple”, empleados del cerealista, se encargaban de esto.<sup>101</sup> En los galpones cerealistas la tarea más importante era la estiba: desde trasladar las bolsas de los carros al galpón y acomodarlas allí para sacarlas luego y colocarlas en los vagones del ferrocarril. Este trabajo era sencillo: 2 pulseadores colocaban sobre el hombro del hombreador la bolsa, que luego era transportada hacia el interior recorriendo una distancia, que no excedería de 30 metros, para alcanzarla al estibador, que se encargaba de acomodar las bolsas de manera que las estibas se mantuvieran firmes cuando llegaran a alturas equivalentes a 26 o 30 bolsas. Cada estibador era abastecido por 4 o 5 hombreadores, los que, una vez que la estiba alcanzaba cierta altura, debían subir por medio de un tablón inclinado (el burro). Siempre al trote, durante unas 10 horas diarias. El camino inverso se seguía al cargar los vagones. Capataces controlaban la tarea (a veces un tantero, que cobraba al cerealista un porcentaje por cada obrero) con la ayuda del apuntador, que llevaba la cuenta de lo que se estibaba.

La aparición de la nueva tecnología no sólo revolucionará el proceso de trabajo sino que transformará radicalmente la “fiesta” de la trilla en un verdadero infierno:

“Son las dos de la tarde, el campo es un inmenso horno, se respira fuego, se ve fuego y se siente fuego. A distancia de los montones enormes y circulares de paja trillada se levanta una tenue pero hiriente neblina de calor que ondula como si fuera un río de llamas blanquecinas agitadas constantemente por la brisa y que nos obliga a cerrar los ojos. Diez hombres están en la parva, junto a la parva la máquina, y encima de la máquina y alrededor de la máquina, en ese bochorno reseco y debilitante, otros hombres van y vienen, se agitan, corren, se afiebran y no dan abasto. Los ojos, las caras, las carnes y los movimientos todo, todo esta pidiendo un descanso con la plegaria de los que se agotan y el descanso no llega porque la máquina no para! Se sienten voces: Agua, agua! Caña, caña! y aparece el aguatero que para llegar más pronto lleno

su barril en los bebederos de la hacienda. Agua soleada, agua babosa, agua enfermiza! Y llega la caña, la caña para reanimar momentáneamente el aplastamiento de los cuerpos, la energía de los nervios, la flojedad de las almas, la divina caña sin la que no se podría seguir trabajando en la trilla.”<sup>102</sup>

Difícil describir mejor las consecuencias de la mecanización sobre el trabajador. Si comparamos los procesos de trabajo en la cosecha del maíz, veremos que el dominio de la gran industria es menor que en la del trigo.

### **c. El avance de la gran industria (1920-1940)**

Hasta aquí el proceso de trabajo de la cosecha de cereales, representa una forma de manufactura moderna muy avanzada o, si se quiere, una gran industria primitiva. La culminación de la gran industria en la cosecha cerealera llegará recién con el perfeccionamiento de la cosecha a granel. Veamos primero qué es y luego midamos el avance que se produce en ese proceso.

Las cosechas pampeanas tienen un cuello de botella muy estrecho: la bolsa. Embolsar toda la cosecha de trigo y maíz en la década del '30, a un promedio de 14.000.000 de toneladas, en envases de 70 kg., implicaba movilizar 200.000.000 de bolsas por año. La cosecha a granel significaba eliminar esa forma de manipular la cosecha haciendo pasar el grano directamente desde la planta hasta el elevador. Una conquista de tal tipo presupone que la semilla es arrancada con planta y todo por la cosechadora, que la entrega limpia a una chata que corre pareja a la máquina, que partirá, una vez llena, directamente al silo de la estación ferroviaria. Se elimina no sólo la bolsa sino con ella al estibador. Significa, por lo tanto un salto gigantesco en el que queda eliminado todo contacto humano con la semilla. Obviamente, presupone una gran fuerza de tracción, máquinas poderosas y mucho capital.

El problema de la cosecha a granel está ligada a la existencia de elevadores de campaña. Nos limitaremos aquí a exponer las consecuencias del desarrollo del sistema de elevadores en la evolución de la cosecha a granel. Los intentos por desarrollar un sistema de elevadores de campaña son muy tempranos y datan de principios de siglo XX. Sin embargo, es recién hacia fines de los '20 que vuelve a ponerse a discusión un proyecto de creación de una red de elevadores de grano. En enero de 1928, el Ministro de Agricultura de la Nación, Emilio Mihura, resuelve formar una comisión para estudiar y proyectar la implantación de un sistema de elevadores de granos, considerando las ventajas que aportaría “a la economía de la producción agrícola de nuestro país”: los agricultores podrían obtener locales de almacenaje que permitirían conservar sus productos hasta el momento oportuno de la venta y la creación de un sistema de warrants, la limpieza, desecación y clasificación de los granos en forma adecuada y regular por los elevadores regionales y la supresión en gran parte de las bolsas.<sup>103</sup> El ahorro

de mano de obra era otra de las ventajas mayores del sistema.<sup>104</sup> Otras mejoras eran: superior almacenamiento de los granos, menor demora de los vagones en cargar (2.000.000 de horas menos), menor demora de descarga en los terminales (cerca de 6.000.000 de horas menos) eliminación de las mermas (por la rotura del envase, roedores, humedad, escapes por el agujero dejado por el calador), mejor tratamiento al grano en mala condición.

Apenas seis meses después la comisión presenta al ministro el informe con los resultados de la investigación. Como consecuencia, Alvear ordena la creación del Departamento Nacional de Graneros Públicos, que sería administrado por una comisión autónoma, encargada de todo lo relacionado con el almacenamiento, clasificación, limpieza y comercialización de granos. Se construirían 900 elevadores de granos, de diferentes capacidades, que en total tendrían una capacidad de 2.054.000 toneladas. A esto se sumaban los elevadores terminales, ubicados en los puertos de salida, y otros puertos menores. El sistema conocería una etapa de transición antes de llegar a su mayor rendimiento:

“En cuanto al trigo, se presentarían dos casos: 1ro. durante el período de evolución en que el sistema de granel se seguiría sólo parcialmente, y 2do. durante el definitivo, en que dicho proceso sería integral, desde la chacra al buque;

1ro. Durante este tiempo se continuaría utilizando las mismas maquinarias como hasta el presente -trilladoras o espigadora-trilladora combinada. Con una u otra se continuaría embolsando, igual que al presente, sólo que en vez de coser las bolsas se atarían por el cuello. El transporte hasta el elevador se efectuaría como hasta ahora sin ninguna modificación. Llegado el carro al elevador, el carrero desataría las bolsas y el grano caería a granel en la tolva del elevador.

2do. Cuando se siguiera el sistema integral, el trigo podría ser cosechado con la cosechadora, sólo que el embocador dejaría caer el grano a un carro-tanque que correría a la par de la máquina. El trigo así recolectado, podría ser conducido directamente al elevador o a un depósito provisional en la misma chacra y una vez terminada la trilla, llevado siempre a granel al elevador. A tales fines los carros tendrían que ser del tipo “tanque”. Los mismos vehículos actualmente en uso podrían transformarse en tanques de bordo alto, debiendo cubrirse el grano con una lona. De aquí en adelante el proceso sigue exactamente igual, ya sea que se trate de trigo, maíz u otro grano.”<sup>105</sup>

Tras la caída del radicalismo (en realidad, después de la asunción de Irigoyen), el problema no vuelve a plantearse hasta el gobierno de Uriburu, que decide entregar a la Asociación de Cooperativas la construcción y el manejo de una red de 130 elevadores. Bajo Justo, se dictó la ley 11.742 para reglamentar su instalación y control. En 1932, con un proyecto del Diputado De Tomaso, se llegó a la fórmula de construcción estatal con la creación de una Dirección Nacional de Elevadores de Granos. El proyecto fue atacado por quienes pensaban que la ACA venía desarrollando una buena tarea (sobre

todo, Tomas Amadeo y Lisandro de la Torre). Dos años mas tarde, la ley 12.253 reemplazó a la anterior y creó la Comisión Nacional de Granos y Elevadores (CONAGRANEL), la que finalmente construirá la red. Para 1940 la CONAGRANEL informara que están en funcionamiento más de 300.<sup>106</sup> Sin embargo, el sistema de bolsa siguió dominando el manejo de las cosechas argentinas. Los defensores de la cosecha a granel acusaron siempre a los interesados en el negocio de las bolsas.<sup>107</sup> Ello no impidió un avance “privado” del sistema de cosecha a granel, ligado a la construcción de silos en las chacras: en la revista *Pampa Argentina*, en agosto de 1942, un tal Federico Palacios Moreno afirma haber desarrollado el sistema de cosecha a granel ya hacia 1930. La revista muestra, efectivamente, la foto de su cosechadora volcando directamente el grano a la chata. Obviamente, en ausencia de un sistema de elevadores se hace imprescindible el silo en la chacra y el propio Palacios Moreno explica su propio invento.<sup>108</sup> Nos sabemos qué extensión tuvo el sistema, que todo el mundo reconoce como definitivamente implantado en los años '60.

En otras palabras, el triunfo de la gran industria desarrollada excede el período que estudiamos, lo que no quiere decir que no haya dado pasos fundamentales. Entre ellos figura la introducción de las innovaciones tecnológicas que ya hemos estudiado: la cosechadora, el camión y el tractor. Los tres hacen posible el sistema a granel, al cual le falta sólo el último paso. Veamos los efectos de este avance de la gran industria en la población trabajadora.

¿Qué significa la aparición de la cosechadora en este universo laboral? Ahora, todas las tareas que correspondían a la siega, la emparvada y la trilla se limitan a cuatro si se trata de cosecha en bolsas, a una si se trata de cosecha a granel: conducir, embolsar, coser y cargar, en el primer caso; conducir, en el segundo. Así, varias tareas han sido eliminadas y reemplazadas por cuatro en el primer caso y una en el segundo. La aparición de la cosechadora, en particular, la cosecha a granel, señala la integración de las máquinas dispersas y la culminación del desarrollo de la gran industria, con la aparición del gran autómeta. El desarrollo del sistema de cosecha a granel tiene enormes consecuencias sobre la población trabajadora, en particular la disminución del volumen necesario, acompañada, de un proceso de descalificación generalizada, que conlleva la desaparición de oficios enteros. Aún cuando la gran industria no se haya desplegado por completo, su desarrollo parcial ya ha producido una reducción enorme del nivel de empleo y una descalificación profunda, aunque no total, de los trabajadores rurales. Lo veremos con más detalle en el capítulo siguiente.

El desarrollo de la cosecha a granel tiene consecuencias no sólo sobre las actividades de siega, emparvado y trilla, sino también sobre las del transporte y la carga. En los dos casos se produce el mismo efecto: reducción del empleo y descalificación. Otra vez, volveremos sobre el tema más adelante.

#### IV. Conclusión

En esta periodización hemos marcado, como bisagra que articula dos momentos, a la década del '20. Así, el período que va desde 1870 a 1920 se caracteriza por el dominio de la subsunción formal en la agricultura, mientras que el que comienza en 1920 ve desarrollarse a fondo la subsunción real. Dicho de otra manera, la agricultura evoluciona de la cooperación simple (desde los inicios de la agricultura pampeana hasta algún momento en torno a 1870-80), a la manufactura (con la aparición de la agricultura en gran escala) y a la manufactura moderna (con el dominio de la trilladora) hasta 1920 y comienza, desde esa fecha, su pasaje a la gran industria (con la cosechadora, el camión, el tractor y los elevadores de granos). Ese pasaje no está completo ni se detiene en 1940, pero ya ha hecho su aparición definitiva (con la cosecha a granel). Los resultados en relación a la utilización de fuerza de trabajo pueden verse en los gráficos 5 y 6 para el trigo y 7 y 8 para el maíz, en los que se aprecia cómo se desploman las cantidades de horas/hombre por hectárea y por quintales con cada avance de la acumulación, a pesar del incremento de los rendimientos por hectárea.

Ha llegado el momento, en consecuencia, de responder la pregunta inicial: ¿Qué transformaciones sufre la población trabajadora en esta rama de la producción a consecuencias del progreso de la acumulación del capital? Para la historia que nos interesa, básicamente dos:

1. Un proceso de integración de la población trabajadora a la estructura productiva, por la vía de la expansión de la producción sobre una misma base tecnológica en la que dominan todavía los componentes subjetivos del proceso de trabajo;
2. Un proceso de expulsión de la población trabajadora de la estructura productiva, por la vía de la renovación de la base tecnológica, en la que ya dominan los componentes objetivos.

¿Qué ley ha determinado este proceso? La que rige la evolución de los procesos de trabajo: la tendencia a la división y descalificación subjetiva que culmina con la recomposición objetiva, que se corporiza en las diferentes figuras de la cooperación, la cooperación simple, la manufactura y la gran industria. Lejos, entonces, de constituir alguna novedad histórica o alguna particularidad del agro mundial frente a la industria o del pampeano frente a otros, el proceso observado remite a ese cuerpo de conocimiento científico acumulado que se conoce vulgarmente como "teoría marxista". En los capítulos que siguen observaremos estas conclusiones sobre el terreno, más concreto, del análisis de las clases sociales que protagonizan esta historia: la burguesía y el proletariado rurales.

## Notas

<sup>1</sup>Zevallos, Estanislao: *La región del trigo*, Hyspamérica, Bs. As., 1984, p. 217-218

<sup>2</sup>40)

<sup>3</sup>Véase Garrabou, Ramón: *La crisis agraria de fines del siglo XIX*, Crítica, Barcelona, 1988.

<sup>4</sup>Sobre la evolución del mercado mundial de cereales, Sartelli, Eduardo: "Cuando Dios era argentino: La crisis del mercado triguero y la agricultura pampeana (1920-1950)", en Universidad de Nacional de Rosario, *Anuario*, 1994.

<sup>5</sup>El tema de la tecnología rural pampeana desborda el problema de la mecanización misma y se conecta con la cuestión agraria en general (carácter y grado de modernización de la agricultura argentina, forma y comportamiento de sus clases, etc.) y con el estancamiento de nuestro país a partir de 1930 (incluyendo su retraso frente a otros países de similar contextura, como Australia y Canadá). Hemos tratado este tema en "Del asombro al desencanto: La tecnología rural y los vaivenes de la agricultura pampeana", en Andrea Reguera y Mónica Bjerg (comp.), *Sin estereotipos ni mitificaciones. Problemas, métodos y fuentes de la historia agraria*, IHES, Tandil, 1995.

<sup>6</sup>Lahitte, Emilio: *Informes y estudios de la Dirección de Economía Rural y Estadística*, (T. I), Talleres Graficos del Ministerio de Agricultura de la Nación, Bs. As., 1916, p. 466.

<sup>7</sup>Hobsbawn, Eric: *El capitán Swing...*, op. cit.

<sup>8</sup>Zevallos, op. cit.

<sup>9</sup>Barañaño, T.: "La mecanización agrícola en la Argentina", en: *Cursos y conferencias*, n.º. 223 al 225, 1950. Zevallos se encarga de darnos una idea de la dotación técnica de la colonia La Candelaria en un momento tan temprano como 1880: 180 atadoras, 150 segadoras de varios sistemas, 130 carros y 10 trilladoras a vapor, todo para cosechar 8.000 cuerdas de trigo y lino ocupando 1.000 personas además de las 2.000 de la colonia. Córdoba, por su parte, posee en 1895 38.732 piezas de maquinaria agrícola en las colonias, incluyendo 172 desgranadoras y 292 trilladoras a vapor. Girbal de Blacha, Noemi: *Historia de la agricultura argentina a fines del siglo XIX (1890-1900)*, FECYC, Bs. As., 1982

Girbal de Blacha, Noemi: *Historia de la agricultura argentina a fines del siglo XIX (1890-1900)*, FECYC, Bs. As., 1982

<sup>10</sup>BDNA, p. 150-151, citado por Scobie, James: *Revolución en las pampas*, Ediciones Solar, Bs. As., 1982, p. 139

<sup>11</sup>Véase *Censo Nacional* de 1895

<sup>12</sup>Girola, Carlos D.: *Investigación agrícola en la República Argentina. Preliminares*, Bs. As., Compañía Sud Americana de Billetes de Banco, 1904, p. 276

<sup>13</sup>LP, 16/11/03, p. 4

<sup>14</sup>Definimos máquina como sistema de mecanismos que realiza al menos dos tareas manuales; implemento es la herramienta simple, extensión de la mano del trabajador.

<sup>15</sup>Scobie, op. cit., p. 106-7 y RER, p. 44 y 55.

<sup>16</sup>Scobie, op. cit., p. 106.

<sup>17</sup>Ibid, p. 102 y Raña, op. cit., p. 99.

<sup>18</sup>Miatello, Hugo: *La aradura a vapor*, Talleres de publicaciones de la oficina meteorológica argentina, Bs. As., 1907.

<sup>19</sup>Miatello, Hugo: *Investigación agrícola en la provincia de Santa Fe*, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, Bs. As., 1904, p. 249-65, 490-2, 495 y 497; Conti, Marcelo: *Informe relativo a los ensayos de una cosechadora automovil realizados en el campo de la Facultad de Agricultura y Veterinaria de Bs. As.*, Bs. As., 1919, p. 5-6; MA-SPI (1924), p. 20.

<sup>20</sup>LV, 12/12/18, p. 4.

<sup>21</sup>Tort, María Isabel: "Tecnología y mano de obra en el cultivo del maíz y del trigo en la Región Pampeana", en: *Tecnología en el agro, el caso argentino. Recopilación de ensayos*, CEIL, Doc. de Trabajo nro. 8, vol. II, Bs. As., 1980.

<sup>22</sup>La troja se hacía de forma circular, de entre 6 y 8 metros de diámetro, insertando tirantes cada dos metros,

unidos por alambres que abrazaban el círculo cada 20 centímetros. Entre los postes se intercalaban cañas o la misma plana seca del maíz, de modo de formar un tubo más o menos hermético, que iba creciendo a medida que se llenaba. Al final se colocaba una tapa en forma de cono, hecho también de cañas. Como suelo llevaba una camada de chala, de manera de aislar la humedad, razón por la cual las trojas se construían en lugares altos. Se cargaban con un "carrito de entrojar" que se elevaba estilo "funicular", por un alambre que trepaba por un poste. Buratovich, Tadeo: *La juntada de maíz*, disponible en internet.

<sup>23</sup>LV, 25/4/29, p. 3; Borrás, Antonio: *Nuestra cuestión agraria. En defensa de la producción y del productor*, Bs. As., Ed. La Vanguardia, 1932, p. 228-229 y Tort, M. I. y Mendizabal: "La fuerza de tracción en la agricultura argentina: maquinaria agrícola y estructura agraria, el caso de las zonas cerealeras pampeanas", en: *Tecnología en el agro*, op. cit., p. 16-19.

<sup>24</sup>Boglich, Jose: *La cuestión agraria*, Bs. As., 1935, p. 329.

<sup>25</sup>Miatello, *Investigación...*, p. 430.

<sup>26</sup>Miatello, Hugo: *Investigación agrícola en la provincia de Santa Fe. Informe presentado por...*, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, Bs. As., 1904, p. 249-65.

<sup>27</sup>Tort, op. cit.

<sup>28</sup>Repetto, Nicolas: *Mi paso por la agricultura*, Bs. As., Rueda, p. 135.

<sup>29</sup>Tort y Mendizabal, op. cit., p. 9; Miatello, *Investigación...*, p. 489; Raña, op. cit., 98-105 y Lahitte, *Informes...*, op. cit., p. 218-221.

<sup>30</sup>Miatello, *Investigación...*, op. cit., p. 249-65; Conti, *Informe...*, op. cit., y (1942), p.235-48.

<sup>31</sup>Marchevsky, Elias: *El tejedor de oro. Memorias de un colono judío*, Editorial Bastión, Bs. As., 1964, p. 167

<sup>32</sup>Conti, Marcelo: *Informe relativo a los ensayos de una cosechadora automóvil realizados en el campo de la Facultad de Agricultura y Veterinaria de Bs. As. por el profesor...*, Bs. As., 1919

<sup>33</sup>Según Domingo Borea, la cosechadora de peine pierde 60 kg. de cereal por hectárea cosechada. Véase *La cosecha del trigo en la República Argentina. Método para determinar su costo*, Bs. As., 1921. Anotemos, de paso, que Borea, igual que Ferré (*Máquinas para la cosecha de cereales*, Bs. As., 1917), aceptan la cantidad de cosechadoras del Censo de 1914 de la que nosotros dudamos.

<sup>34</sup>Conti, M.: *Lo que no...*, p. 46

<sup>35</sup>Ballesteros, "Argentine agriculture", citado por Diaz Alejandro, Carlos F.: *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Amorrortu, Bs. As., 1975, p. 161, calcula en 32.831 para 1929-30, las cosechadoras existentes según datos extraídos del Ministerio de Agricultura. Dado el método al que debimos recurrir para calcular las máquinas incorporadas en 1928 y 1929 y su carácter aproximativo, preferimos tomar sus cifras como válidas y por eso las colocamos en el cuadro 3. De todas maneras, la diferencia es menor, lo que indica que nuestro cálculo no estaría tan lejos de la verdad.

<sup>36</sup>BAGRA (1939), n° 16, P. 9-10

<sup>37</sup>*El agrónomo argentino*, 1928. Javier Balsa ha confirmado, en sus entrevistas en Tres Arroyos, la utilización de pequeñas trilladoras.

<sup>38</sup>Ibarra, 1963, p. 26

<sup>39</sup>*El agrónomo argentino*, 1928, p. 29

<sup>40</sup>*Gaceta Rural*, julio 1928, p. 1064-1065

<sup>41</sup>Bailliard, op. cit.

<sup>42</sup>CONAGRANEL, *Memoria*, 1940

<sup>43</sup>LPRO (suplemento), 30/6/28, p. 360

<sup>44</sup>Entrevista a Humberto Correale, militante anarquista

<sup>45</sup>Foulon, Luis: *El problema económico de la papa*, Ferrari hnos, Bs. As., 1939, p. 76

<sup>46</sup>Ibid., p. 110

<sup>47</sup>Boglich, op. cit., p. 239

<sup>48</sup>BMDGE Y DPT, 1914

<sup>49</sup>AIA (1929), P. 16

<sup>50</sup>LC, 25/11/28, p. 18 y 16/12/28, p. 18

<sup>51</sup>BP, 4/1/28, p. 1

<sup>52</sup>Borrás, op. cit.

<sup>53</sup>Puede apreciarse su tamaño en el apéndice. Allí aparece un motor Lanz con un hombre parado a su lado, mostrando el tamaño relativo: con su cabeza no alcanza al tope de la rueda.

<sup>54</sup>ASR, 1911, p. 257

<sup>55</sup>ASR, 1917, p. 83

<sup>56</sup>ASR, 1917, p. 86

<sup>57</sup>ASR, 1919, p. 825

- <sup>58</sup> *Nuestra tierra*, 1927, p. 52
- <sup>59</sup> Tort y Mendizábal, op. cit., p. 60-64
- <sup>60</sup> *Gaceta rural*, abril de 1928, p. 797
- <sup>61</sup> Las cifras de importaciones entre 1930 y 1941 fueron tomados de Tort, María Isabel: "Tecnología y mano de obra en el cultivo del maíz y del trigo en la Región Pampeana", en *Tecnología en el agro...* op. cit., p. 87
- <sup>62</sup> Para cifras de Giberti y Ortiz, Tort, op. cit., p. 56-59. Para cifras de autos y camiones, véase AIA, op. cit.
- <sup>63</sup> SRA (1930), p. 15
- <sup>64</sup> Huret, op. cit., p. 407
- <sup>65</sup> CyE, Necochea, p. 289
- <sup>66</sup> Taylor, Carl: *Rural Life in Argentina*, Baton Rouge, New York, 1946, p. 147. En el mismo sentido se expresa otro observador lo suficientemente distante en tiempo y en la experiencia personal como para darle a la idea fuerza suficiente. Véase Bevione, G.: *L'Argentina*, Fratelli Bocca Editori, Torino, 1911
- <sup>67</sup> Borrás, op. cit.
- <sup>68</sup> Boglich, op. cit., p. 240
- <sup>69</sup> Mihura, Emilio: *Informe sobre la implantación de un sistema general de elevadores de granos*, Bs. As., 1928, p. 20 y 28
- <sup>70</sup> *Ibid.* p. 23
- <sup>71</sup> JNCD (1937), p. 82
- <sup>72</sup> Béjar, María Dolores: *Uriburu y Justo: el auge conservador (1930-1935)*, CEAL, 1983, p. 86
- <sup>73</sup> *La Prensa* (en adelante, LP), 22/12/03, p. 5
- <sup>74</sup> Girola, op. cit., p. 276-77.
- <sup>75</sup> Gillespie, Alexander: *Buenos Aires y el interior*, Hyspamérica, Bs. As., 1986, p. 116.
- <sup>76</sup> Huret, Jules: *De Buenos Aires al Gran Chaco*, Hyspamérica, Bs. As., 1986, p. 400
- <sup>77</sup> Garavaglia, Juan Carlos: *Pastores y labradores de Buenos Aires*, Ediciones de la Flor, Bs. As., 1999, p. 186
- <sup>78</sup> *Ibid.* y Gelman, Jorge: "Una región un una chacra en la campaña rioplatense: las condiciones de la producción triguera a fines de la época colonial", en Fradkin, Raúl: *La historia agraria del Río de la Plata colonial*, CEAL, Bs. As., 1993, p. 14.
- <sup>79</sup> Sociedad Rural Argentina: *Anales*, 1895, p. 144
- <sup>80</sup> Gillespie, op. cit., p. 115.
- <sup>81</sup> Parchappe, Narciso: *Expedición fundadora del fuerte 25 de Mayo en Cruz de Guerra. Año 1828*, Eudeba, Bs. As., 1977, p. 11
- <sup>82</sup> Mac Cann, William: *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, Hyspamérica, Bs. As., 1986, p. 104
- <sup>83</sup> Gillespie, op. cit., p. 115
- <sup>84</sup> Garavaglia, op. cit. p.103.
- <sup>85</sup> Para una descripción detallada de sistemas de siembra y cosecha y, en particular, para la aventadora, véase Garola, C. V.: *Cereales*, Salvat, Barcelona, 1918, p. 527.
- <sup>86</sup> Zevallos, op. cit., p. 231.
- <sup>87</sup> Miatello, Hugo: *La chacra santafesina en 1905*, Bs. as., 1906, p. 217-220. Véase también Raña, Eduardo: *Investigación agrícola en la provincia de Entre Ríos*, Imprenta de M. Biedma e Hijo, Bs. As., 1904, p. 177-182
- <sup>88</sup> Miatello, Hugo: *Investigación...*, op. cit., p. 398
- <sup>89</sup> Nario, Hugo: *Bepo. Vida secreta de un linyera*, CEAL, Bs. As., 1988, p. 39-40
- <sup>90</sup> Entrevista con Roque Gardella, peon rural
- <sup>91</sup> Miatello, *Investigación...*, op. cit., p. 500.
- <sup>92</sup> Raña, Eduardo: *Investigación agrícola en la provincia de Entre Ríos*, Imprenta de M. Biedma e Hijo, Bs. As., 1904 p. 124-130
- <sup>93</sup> Repetto, Nicolás: *Mi paso por la agricultura*, Bs. As., Rueda (s/f), p. 130
- <sup>94</sup> Miatello, Hugo: *Investigación...*, op. cit., p. 249-265
- <sup>95</sup> Marx, op. cit., tomo I, p. 559
- <sup>96</sup> Raña (1904), p. 124-130
- <sup>97</sup> Dickmann, Enrique: *Recuerdos de un militante socialista*, Ed. La Vanguardia, 1949, p. 44
- <sup>98</sup> Boletín de Agricultura y Ganadería (1901), n° 5, p. 72
- <sup>99</sup> Ministerio de Agricultura, (1924), p. 20
- <sup>100</sup> Ministerio de Agricultura, Sección de Prop. e Informes: *Instrucciones prácticas para la trilla*, 1924, p. 20
- <sup>101</sup> *Ibid.* p. 249-65
- <sup>102</sup> *La Protesta*, 2/12/17, p. 2
- <sup>103</sup> Mihura (1928), p. 5. La supresión de los envases significaba eliminar las 160.000.000 de bolsas que se consideraban necesarias para mover 10.000.000 de toneladas de granos. Se calculaba un costo anual de

\$24.000.000, además de \$2.500.000 m/n de hilo.

<sup>104</sup>Sólo para coser 160.000.000 de bolsas se calculaba un costo de \$3.000.000. A eso había que sumarle los costos de manipulación de las bolsas (de la chacra a la estación y de esta al vagón de ferrocarril) que totalizaban \$16.000.000 m/n por año.

<sup>105</sup>Ibid., p. 103.

<sup>106</sup>Béjar, op. cit., p. 86.

<sup>107</sup>Shellenberger, John: *Los granos argentinos*, Corporación para la promoción del intercambio, Bs. As., 1943, p. 19. De hecho, el Centro de Comerciantes de Bolsas Vacías presentó quejas al Ejecutivo por la sanción de la ley de Elevadores, “manifestando que su cumplimiento sería de graves consecuencias para la economía nacional y el orden social”. Repossini, José: “Los elevadores de granos en la República Argentina”, en *Boletín oficial de la Bolsa de Comercio del Rosario*, n° 593, 30/9/36.

<sup>108</sup>Palacios Moreno, Federico: “El fantasma de la bolsa debe desaparecer de nuestra campaña”, en *Pampa Argentina*, Año 16, n° 17, junio de 1942.

## Cuadros capítulo 4

### Gráficos

Gráfico 1

**Trigo: superficie cosechada y producción**

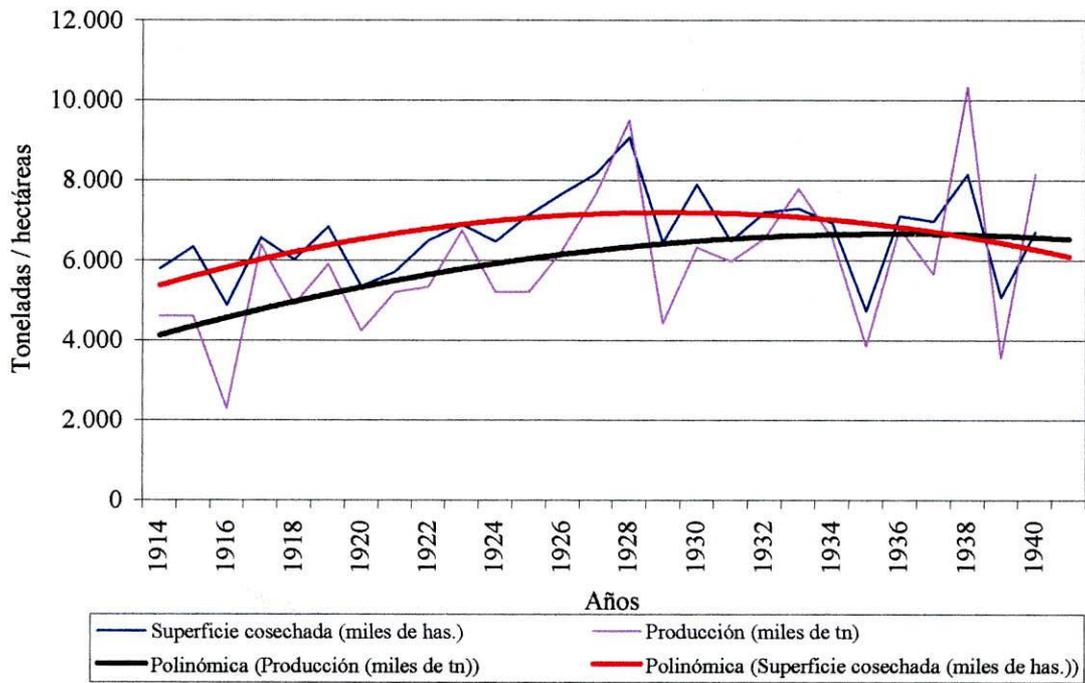
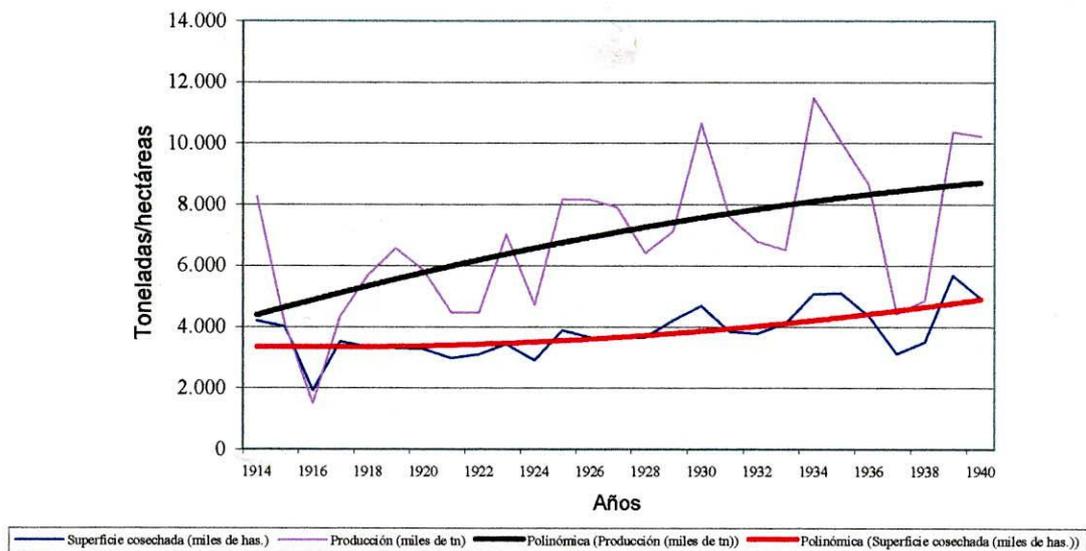
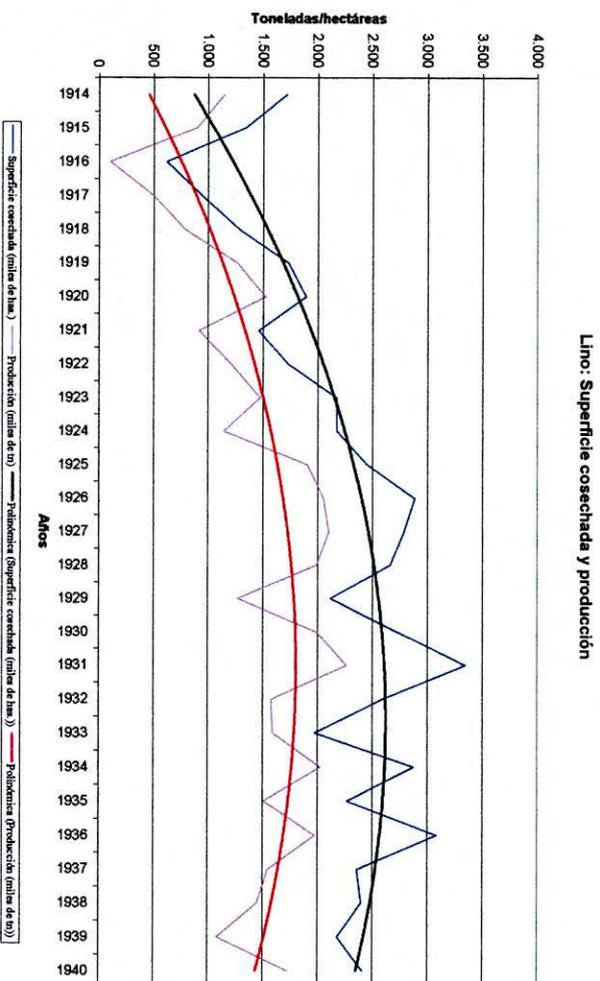


Gráfico 2

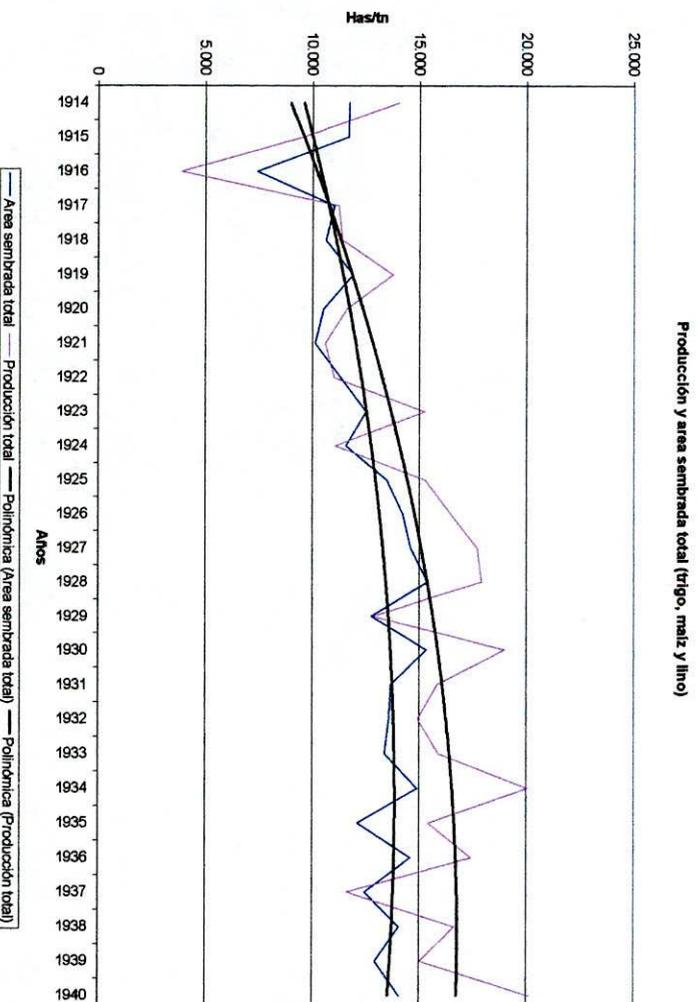
**Maíz: superficie cosechada y producción**



**Gráfico 3**

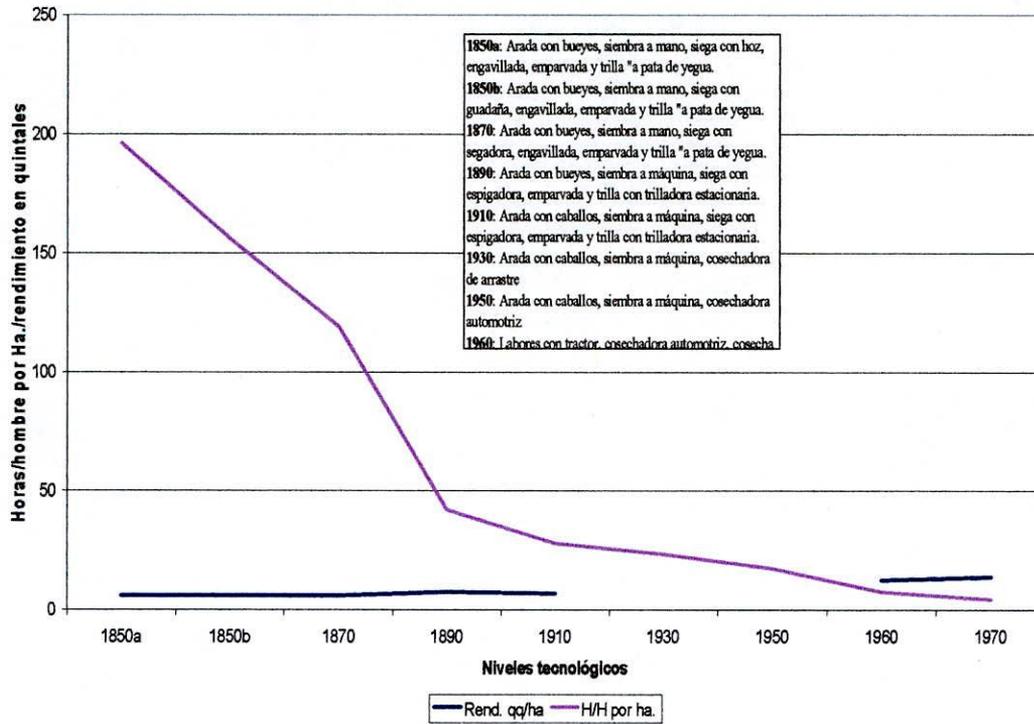


**Gráfico 4**



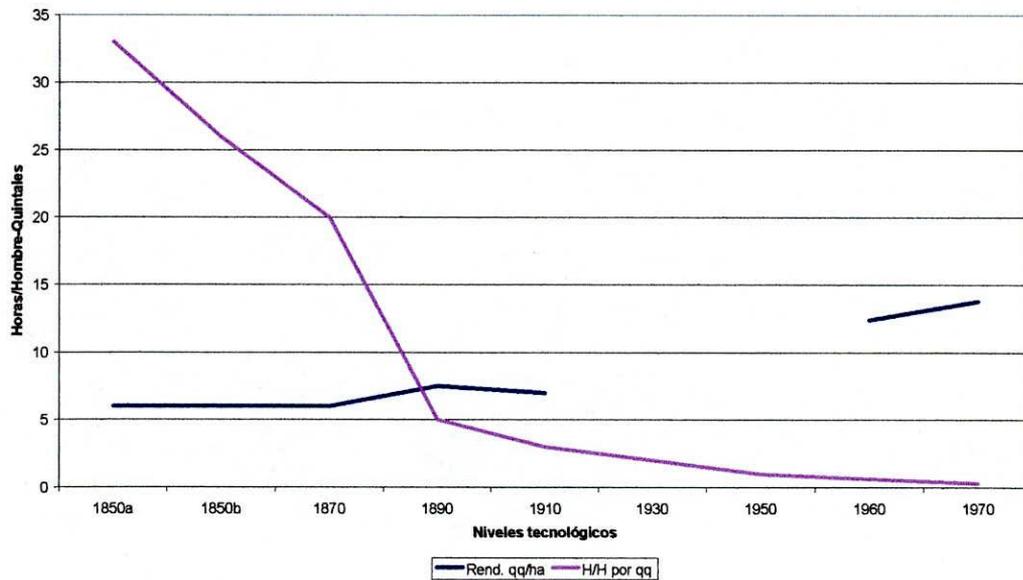
**Gráfico 5**

**Evolución de la productividad del trabajo en la cosecha del trigo**

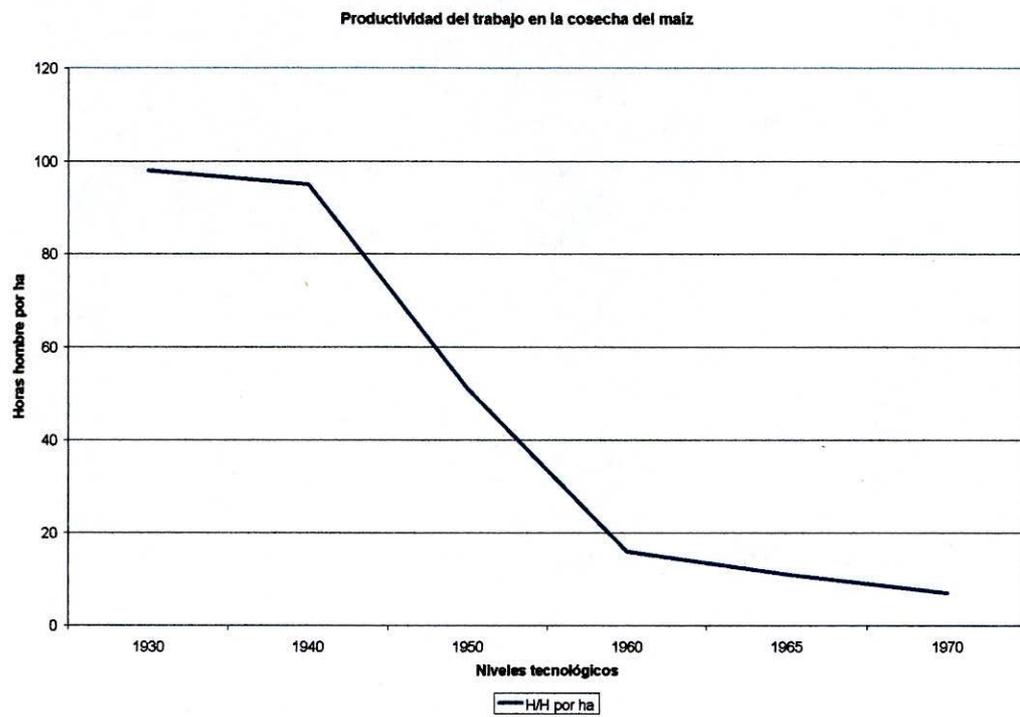


**Gráfico 6**

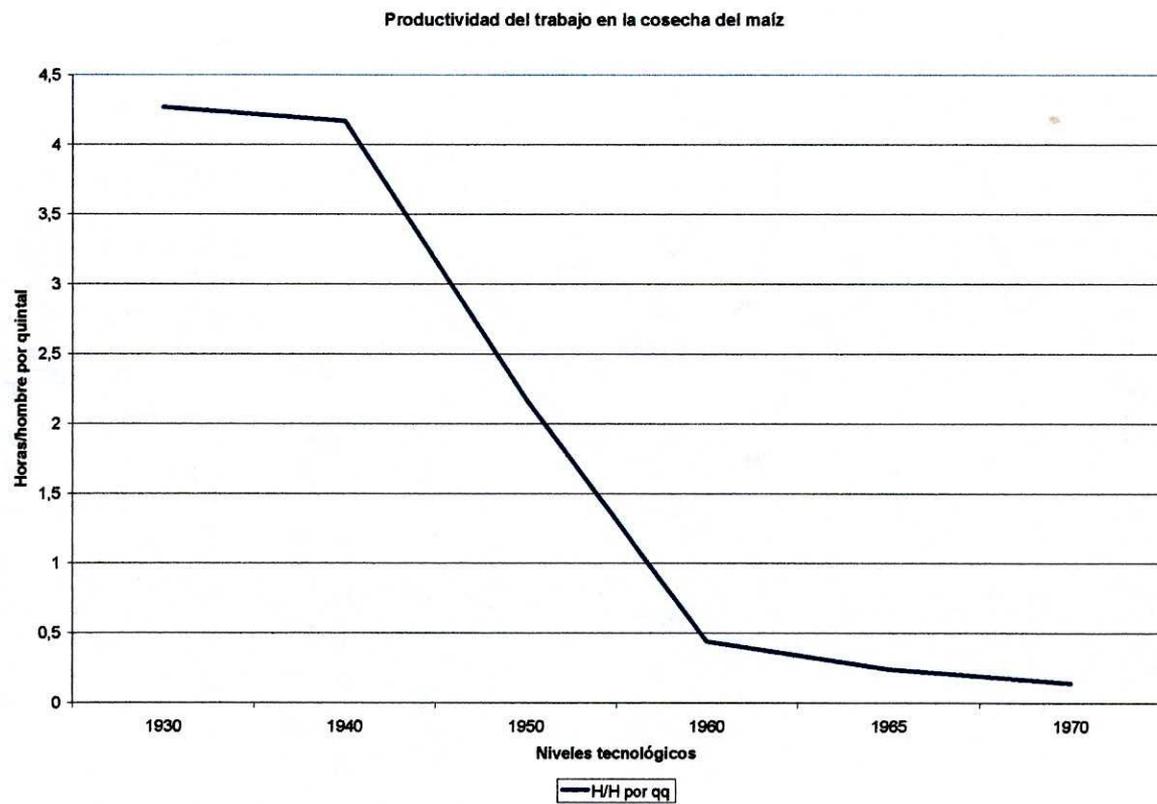
**Evolución de la productividad del trabajo en la cosecha del trigo**



**Gráfico 7**



**Gráfico 8**



## Cuadros

Cuadro 1						
Máquinas	1872	1876	1878	1879	1880	1881
de trillar a vapor	16	17	36	72	98	116
“ “ con caballos	-	28	46	10	27	24
de segar	348	1.116	1.832	2.382	3.007	3.647

Fuente: Zevallos, op. cit., p. 231

Cuadro 2			
Años	segadoras	trilladoras	cosechadoras
1890	1.045	43	
1891	1.382	47	
1892	4.908	328	
1893	9.034	338	
1894	9.633	1.569	
1895	2.723	299	
1896	3.054	93	
1897	1.985	31	
1898	5.872	22	
1899	11.058	152	
1900	6.094	228	
1901	5.882	274	
1902	8.093	167	
1903	13.135	434	
1904	14.572	745	
1905	14.492	909	
1906	20.739	1.136	
1907	17.334	490	
1908	18.772	969	2.500*
1909	13.672	1.576	501
1910	18.513	807	250
1911	11.534	1.127	119
1912	29.998	1.454	1
1913	10.617	1.172	5
1914	2.310	81	8.444**
1915	4.282	627	276

Fuentes: Scobie, James, *Revolución en...*, cuadro 8; *Resúmenes estadísticos retrospectivos*, p. 44-45; *Estracto estadístico 1915*, p. 172 y 175. \* y \*\* existencias según censos respectivos

<b>Cuadro 3</b>			
Años	Cantidad (1)	Cantidad (2)	Cantidad (3)
1908	2.500	2.500	1.250
1914	8.444	3.377	1.689
1927	21.755	21.755	21.755
1930	32.831	32.831	32.831
1937	40.414	40.414	40.414
1940	41.559	41.559	41.559

Fuentes: Censos Nacionales, *Anuario de Comercio Exterior* y Conti, M.: *Lo que deben conocer nuestros agricultores sobre la cosecha del trigo. Por el profesor...* Boletín n° 2 de UBA, Facultad de Agricultura y Veterinaria, Bs. As., 1929, p. 46

<b>Cuadro 4</b>	
1910-1918	653
1919	371
1920	797
1921	1.512
1922	693
1923	2.752
1924	7.712
1925	1.352
1926	4.565
1927	5.033
1928	2.079*
1929	4.965*
1930	2.011
1931	
1932	
1933	
1934	497
1935	1.500
1936	580
1937	1.443
1938	3.212
1939	2.342
1940	1.098

Fuente: *Anuario del comercio exterior*. En los años señalados con \* los anuarios no consignan las cifras correspondientes a la cantidad de máquinas sino el peso total de las mismas sumadas a los de sus repuestos. Hemos calculado la cantidad de las mismas a partir de dividir el total por el peso estimado de cada máquina.

<b>Cuadro 5</b>			
<b>Importación de automotores</b>			
<b>Año</b>	<b>Automóviles</b>	<b>Camiones</b>	<b>Total</b>
1919	4.513	81	4.594
1920	13.499	439	13.938
1921	9.319	424	9.743
1922	15.463	516	15.979
1923	26.455	3.569	30.024
1924	32.102	5.811	37.913
1925	55.798	8.900	64.698
1926	45.643	8.789	54.432
1927	40.023	12.858	52.881
1928	53.063	20.008	73.071
1929	68.859	21.537	90.396
	364.737	82.932	447.669

Fuente: Asociación de importadores de automóviles, *Anuario*, p. 15

<b>Cuadro 6</b>						
	<b>Buenos Aires</b>			<b>Santa Fe</b>		
	<b>automotores</b>	<b>camiones</b>	<b>total</b>	<b>automotores</b>	<b>camiones</b>	<b>total</b>
1922	20.941	671	21.612			
1923				10.935	616	11.551
1924	33.456	2.684	36.140			
1925				25.782	2.303	28.085
1926	50.808	6.766	57.574			
1927				33.111	4.075	37.189
1928	69.736	17.690	87.426			
1929	90.436	25.800	116.236	40.386	7.800	48.186

Fuente: Asociación de importadores de automóviles, *Anuario*, p. 36

Año	Unidades	Unidades	Unidades
1919	33		
1920	253		
1921	325		
1922	1.252	1.800	
1923	1.600	1.600	
1924	1.756	1.756	811
1925	2.952	2.952	5.313
1926	2.676	2.676	2.426
1927	1.213	1.213	1.692
1928	1.439	1.439	3.238
1929	1.929	2.754	7.252
1930		2.041	
Promedio 1925-29	2.207		3.984
Total	16.253	18.231	20.732
	Fuente: SRA (1931)	Fuente: Tort, "La fuerza de tracción..." p. 80	Fuente: Asociación de Importadores de Automotores y Afines: <i>Anuario Importadores</i> (1929), p. 22

Porcentaje de máquinas de cosecha en las distintas zonas de cultivos				
	Atadora	Espigadora	Atadora combinada	Cosechadora
Bs. As. (sur)	5	5	20	70
Bs. As. (nor)	60	15	23	2
Santa Fe	25	57	8	10
Córdoba	1	66	8	15
Entre Ríos	55	14	26	5
La Pampa	10	40	20	30
Fuente: <i>Sistemas y Máquinas...</i> , p. 19				

<b>Cuadro 9</b>				
Número aproximado de máquinas para cosecha de trigo usadas en cada zona del país (1927-28)				
Superficie total cosechada: 7.500.000 has.				
	Atadora	Espigadora	Cosechadora	Trilladora
Bs. As. (sur)	2.000	4.500	1.058	7.229
Bs. As. (n.o.)	4.500	4.000	2.000	3.000
Santa Fe	4.500	5.000	1.950	2.397
Córdoba	3.000	7.500	1.789	4.739
Entre Ríos	3.000	1.500	1.744	1.191
La Pampa	2.000	4.000	466	3.599
Otras	-	1.500	232	70
<b>Total</b>	<b>19.000</b>	<b>28.000</b>	<b>9.227</b>	<b>21.755</b>

Fuente: Conti, M.: *Lo que no...* p.4

<b>Cuadro 10</b>		
Relación área sembrada/cosechadoras en 1927-28		
	Área sembrada	Relación
Buenos Aires	3.131.000	306
Santa Fe	888.600	371
Córdoba	2.247.000	474
Entre Ríos	465.000	390
La Pampa	1.097.000	304

Fuente: Área sembrada, SRA, *Anuario*, 1928

Apéndice gráfico

*Implementos y máquinas de siembra y cosecha*

Ilustración 1: Arado de Asiento

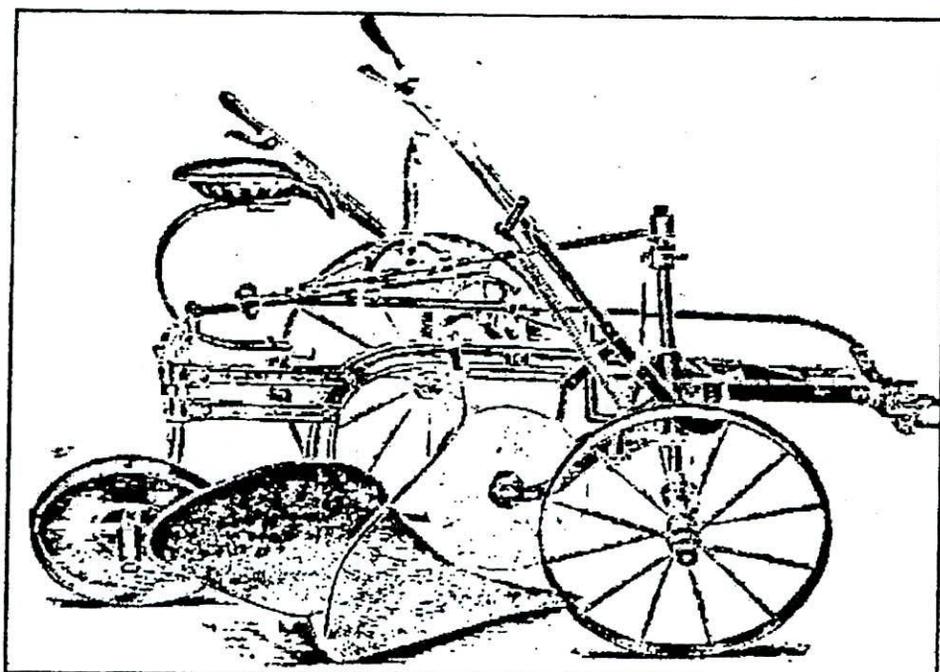


Ilustración 2: arado de asiento doble reja

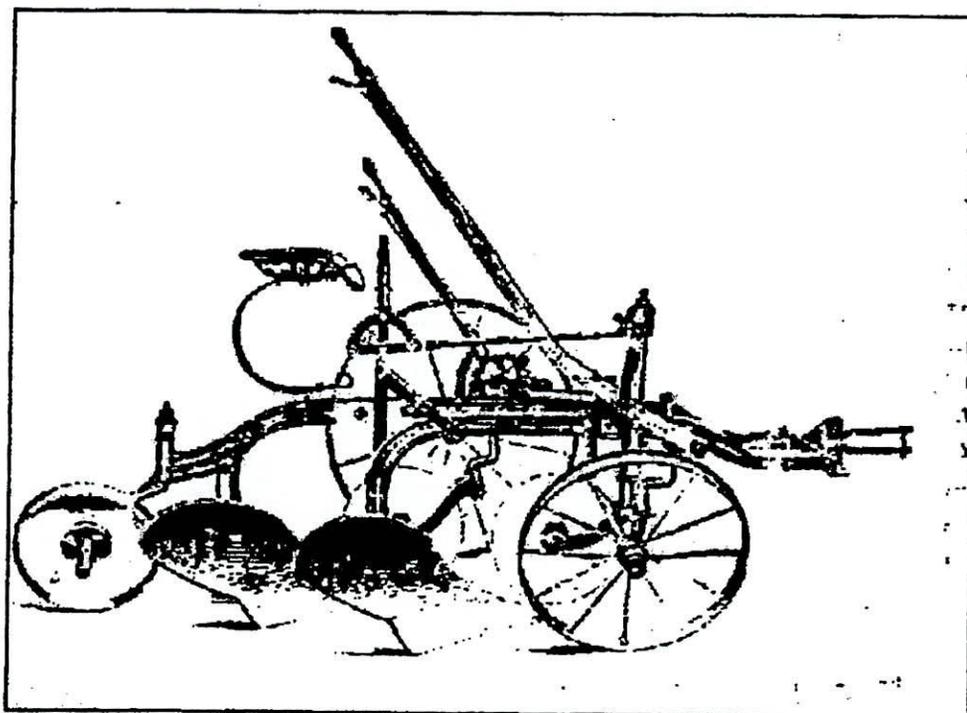


Ilustración 3: Sembradora al voleo

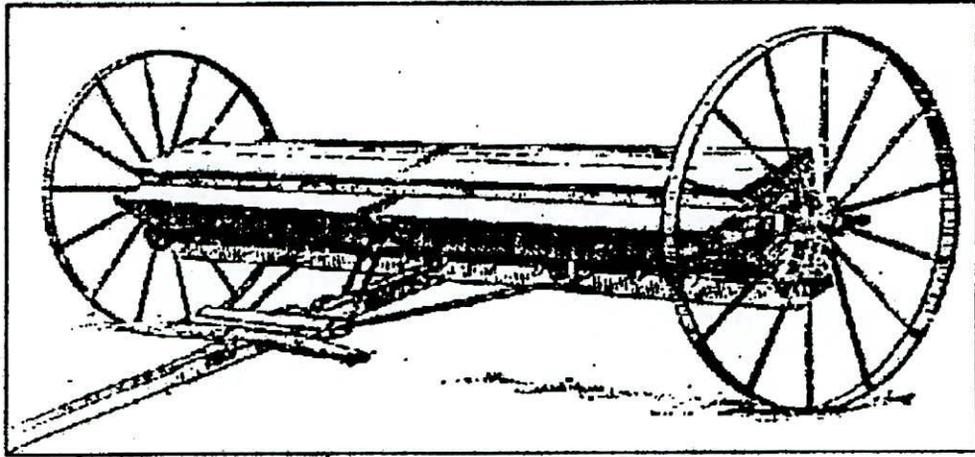


Ilustración 4: Sembradora de línea

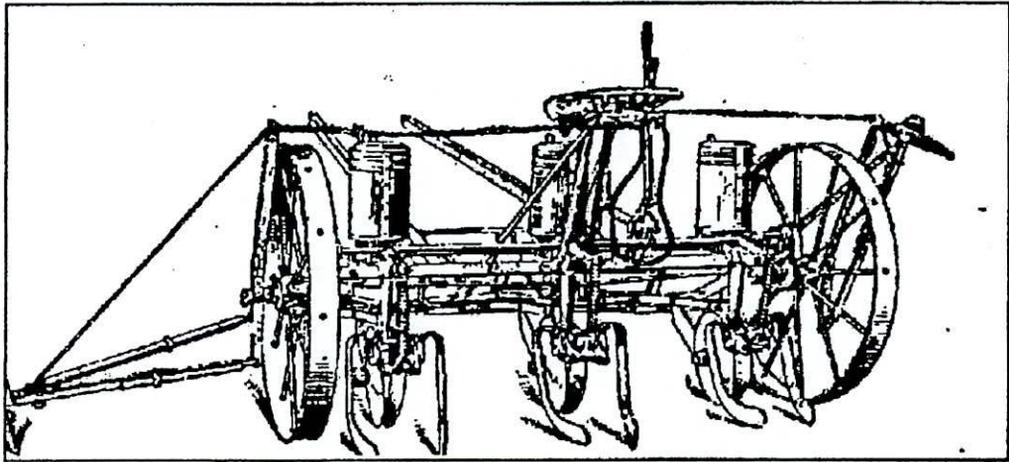


Ilustración 5: rastra de discos

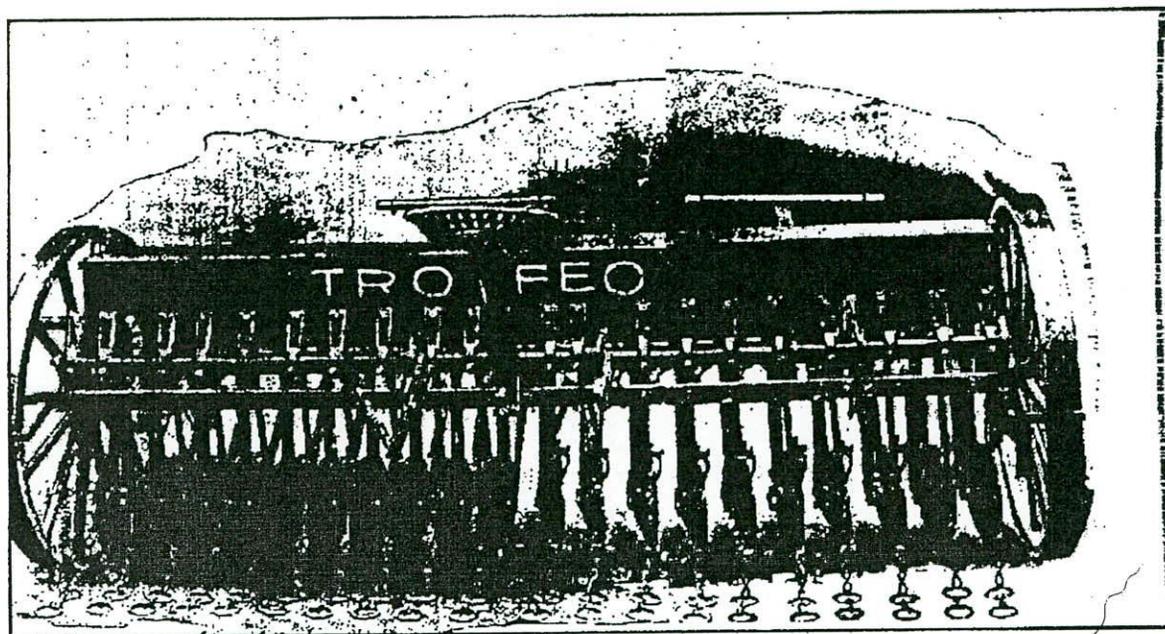


Ilustración 6: Aporcador para maíz

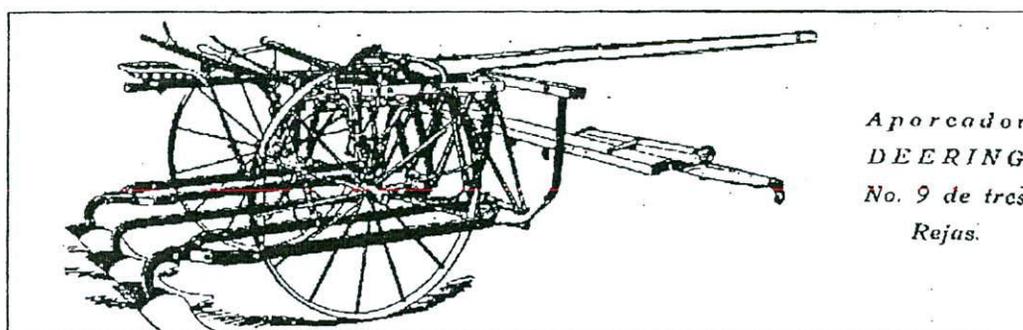


Ilustración 7: rastra

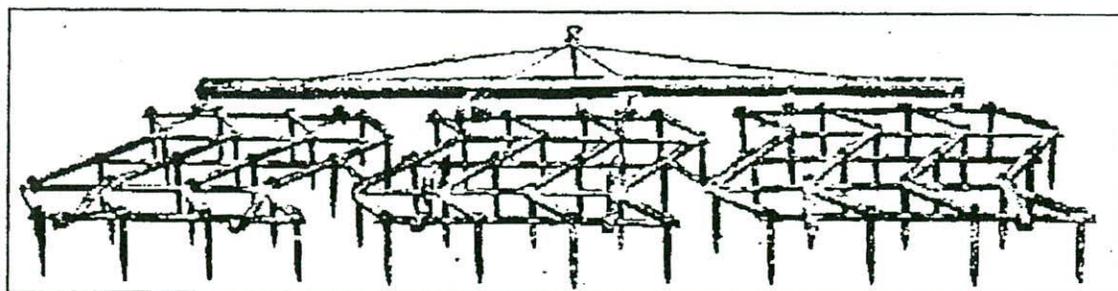


Ilustración 8: reja de discos



Ilustración 9: Juntada manual



Ilustración 10: Juntadora de maíz

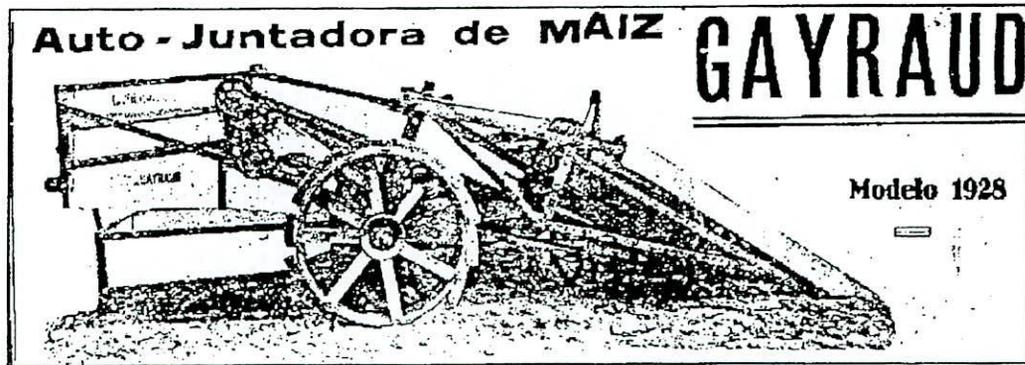
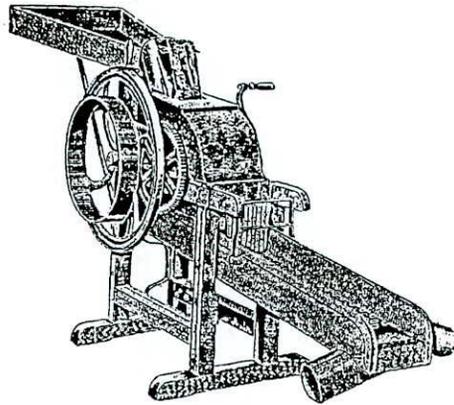


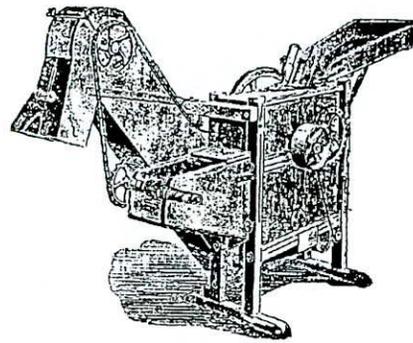
Ilustración 11: desgranadoras de mano

## DESGRANADORAS DE MAIZ

Adaptables para trabajar a mano, con malacate y a fuerza motri  
Disponemos del más variado surtido

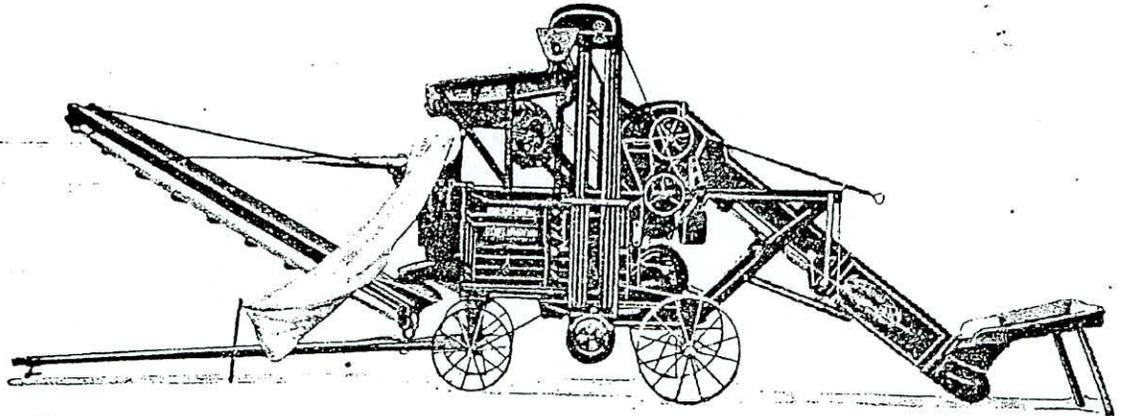


"SIN RIVAL"



"ROSARIO B"  
de dos bocas

Ilustración 12: desgranadora a motor



"PORT HURON-NENA" con elevador de espigas, elevador giratorio de marlos, y elevador para embolsar. Provista de relimpiador (último modelo perfeccionado). Es la máquina ideal y que se recomienda especialmente para el tractor "FORDSON"

CAPACIDAD DIARIA: 500 FANEGAS - FUERZA NECESARIA: 13 H. P.

122

Ilustración 13: segadora

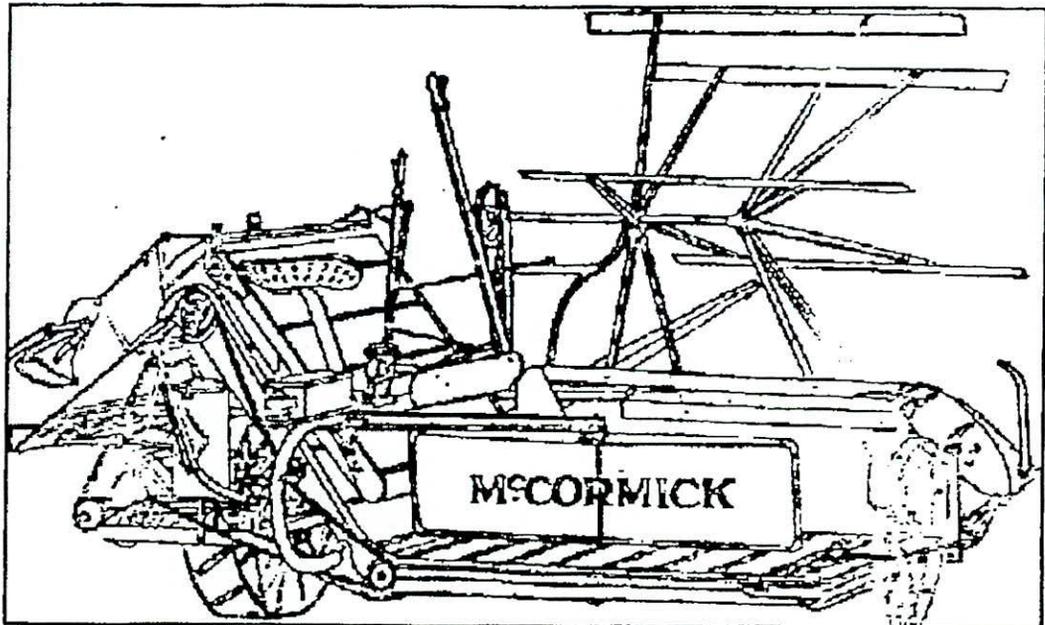


Ilustración 14: segadora atadora

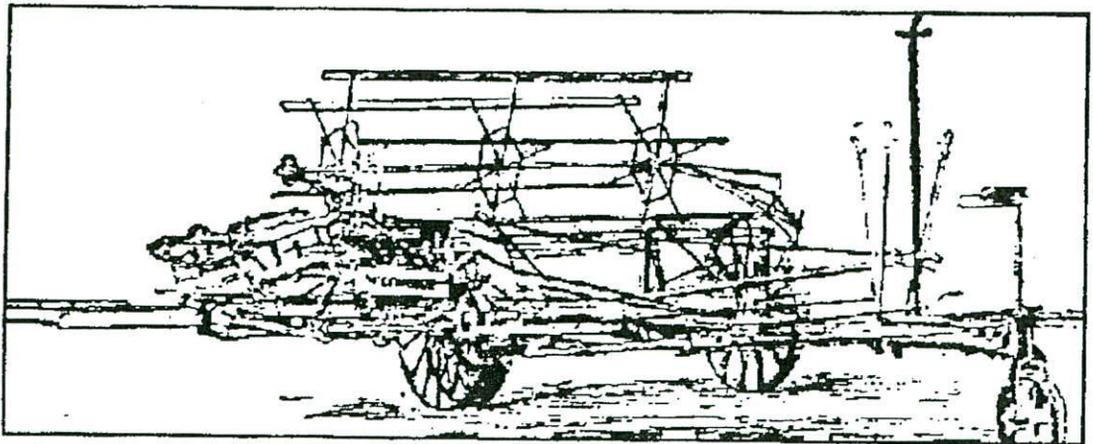


Ilustración 15: espigadora

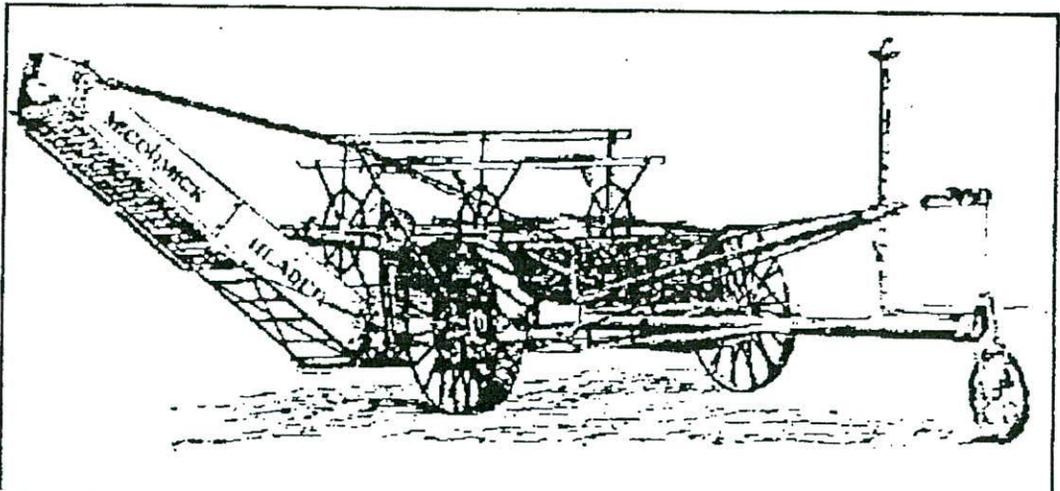


Ilustración 16: trilla a pata de yegua



Ilustración 17: trilla con palo trillador



Ilustración 18: aventador o tarará

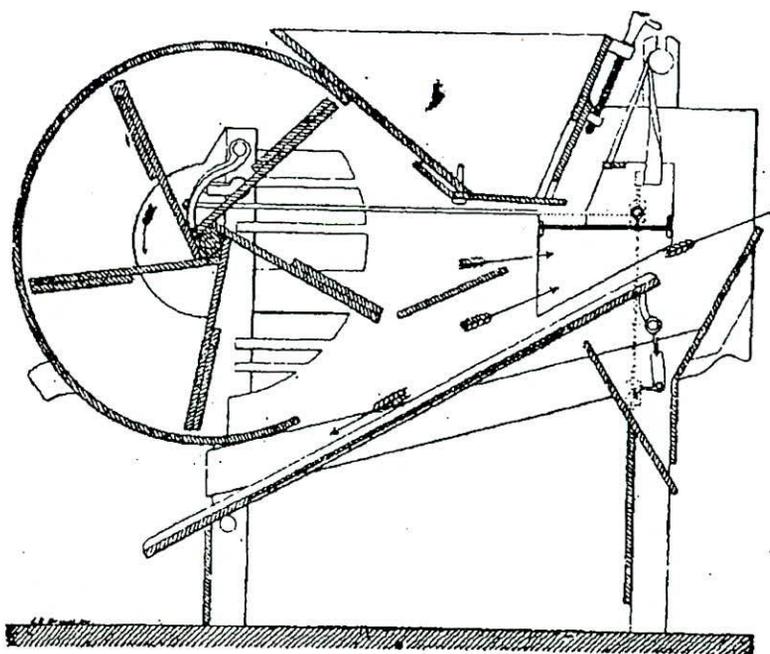


Fig. 153.—Corte del aventador mecánico llamado tarará, sistema Dombasle.

Ilustración 19: trilladora mecánica

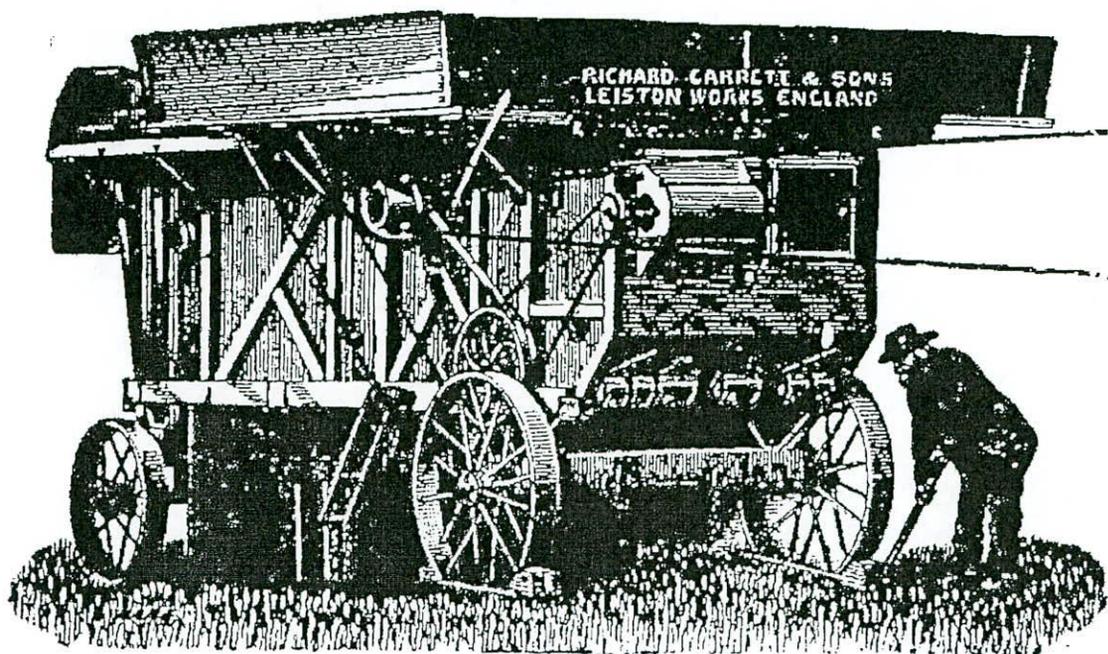


Fig. 152.—Trilladora locomóvil de gran potencia.

Ilustración 20: trilladora pequeña

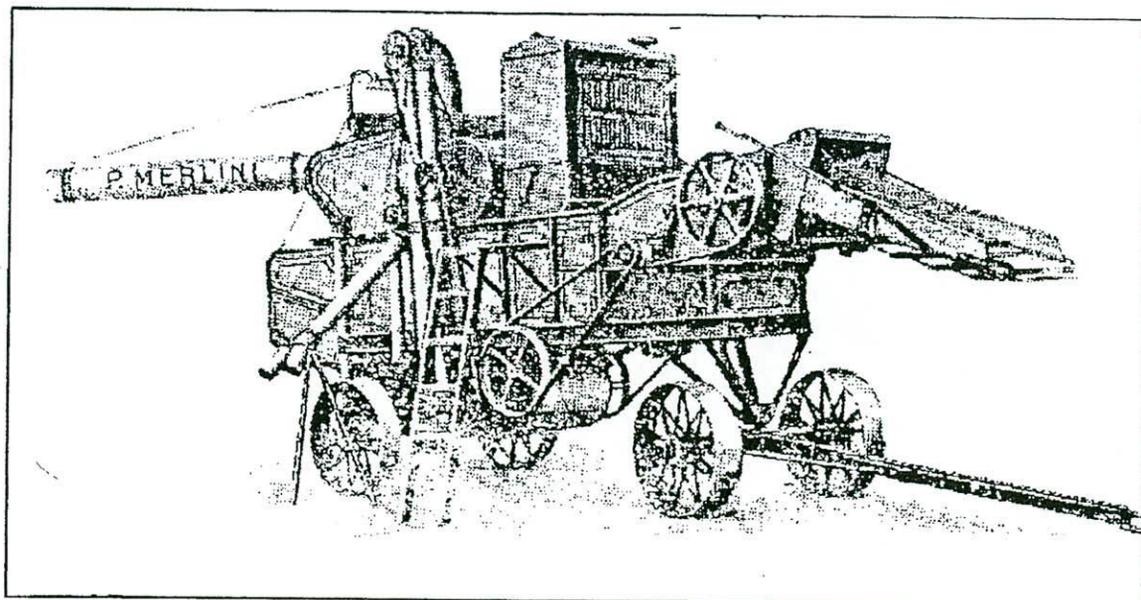


Ilustración 21: motor locomóvil Lanz

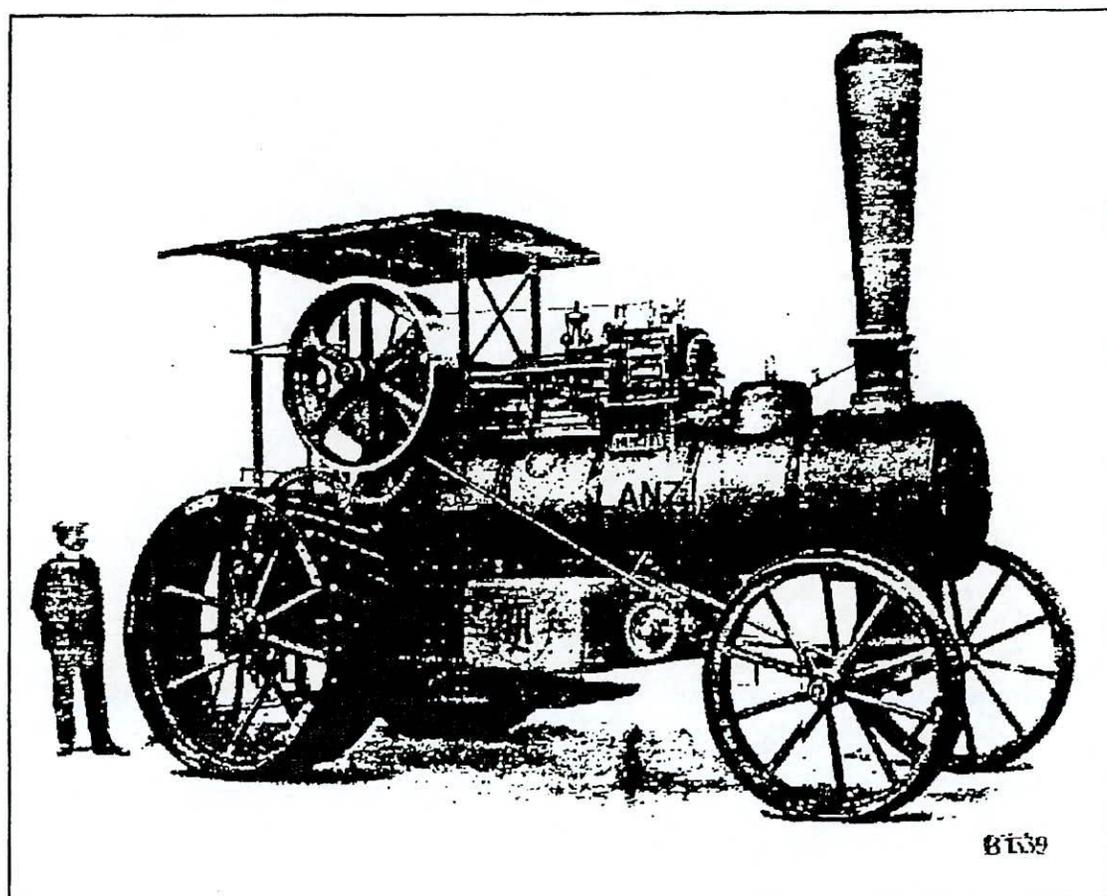


Ilustración 22: tractor con motor a explosión y ruedas acanaladas

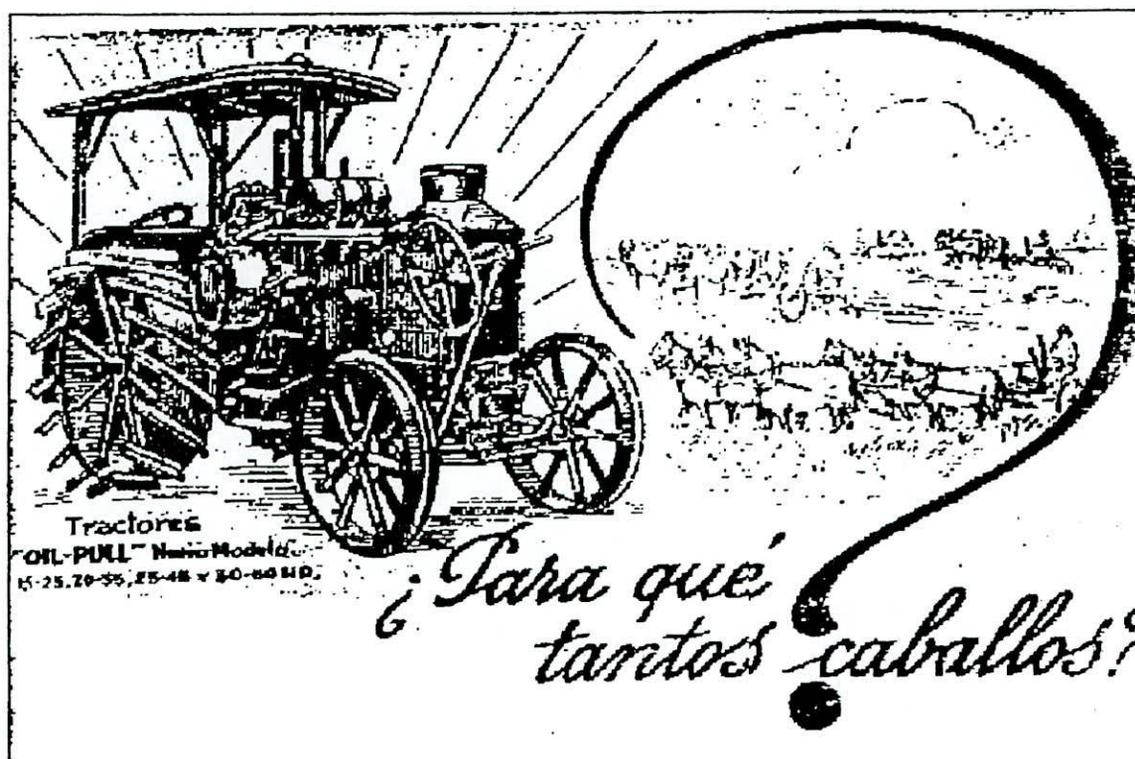


Ilustración 23: tractor con ruedas de púas

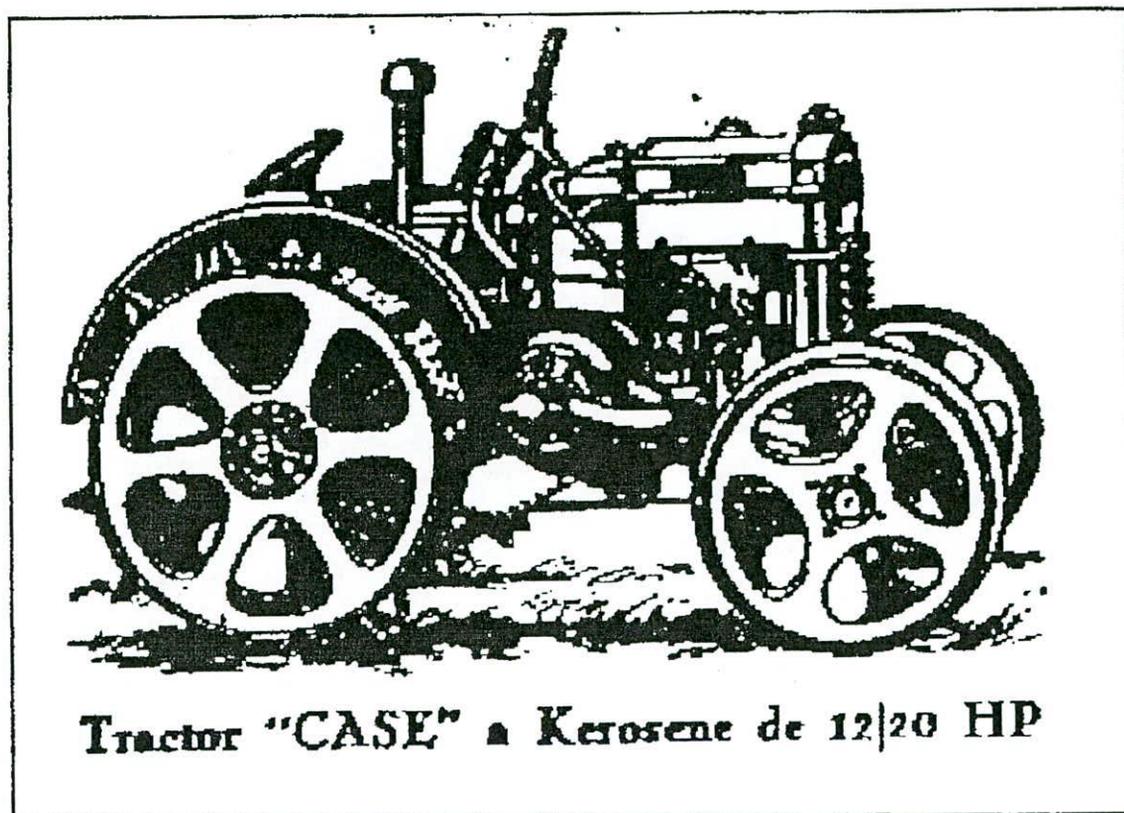


Ilustración 24: tractor de ruedas lisas

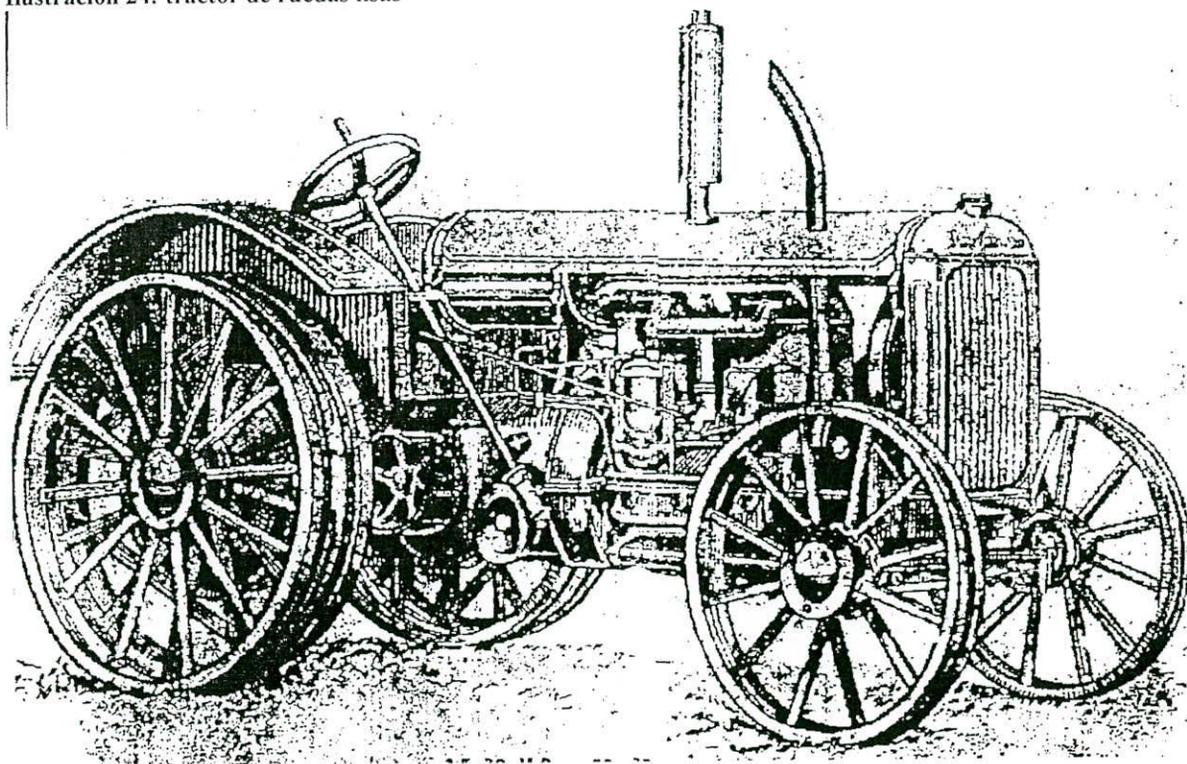
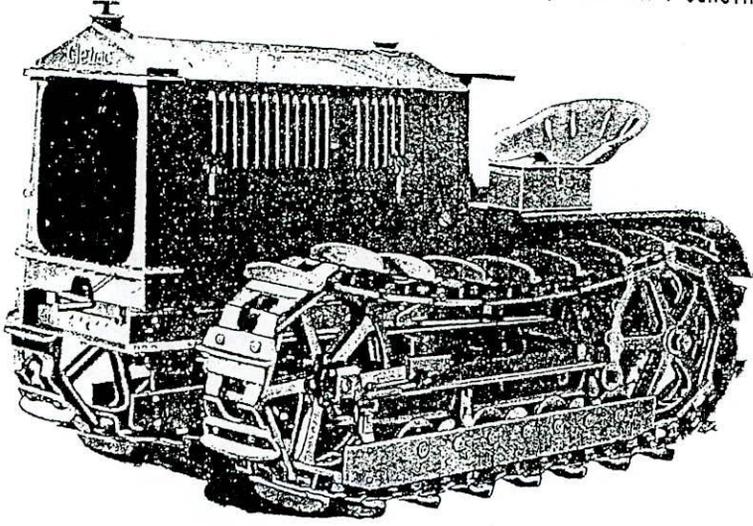


Ilustración 25: tractor oruga

**"CLETRAC"**  
ES EL TRACTOR INSUPERABLE PARA LA AGRICULTURA, INDUSTRIA Y CONSTRUCCIONES DE CAMINOS



UNICOS IMPORTADORES  
**DOMBERG & CIA.**  
(S. A. C.)  
Moreno 401 - B. de Irigoyen 330  
BUENOS AIRES

Sucursales: MENDOZA — ROSARIO — CORDOBA — PARANA — TUCUMAN

Ilustración 26: tractor con ruedas neumáticas

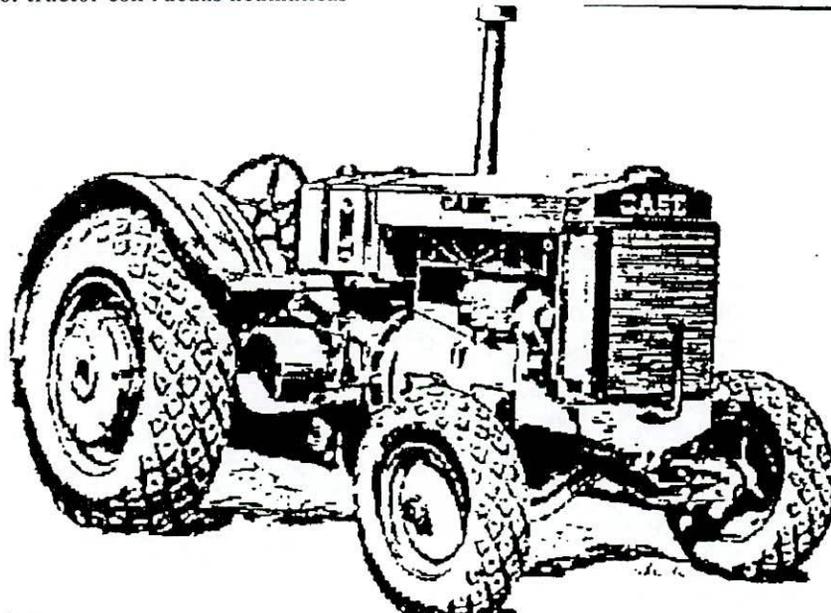


Ilustración 27: corta trilla con recolector

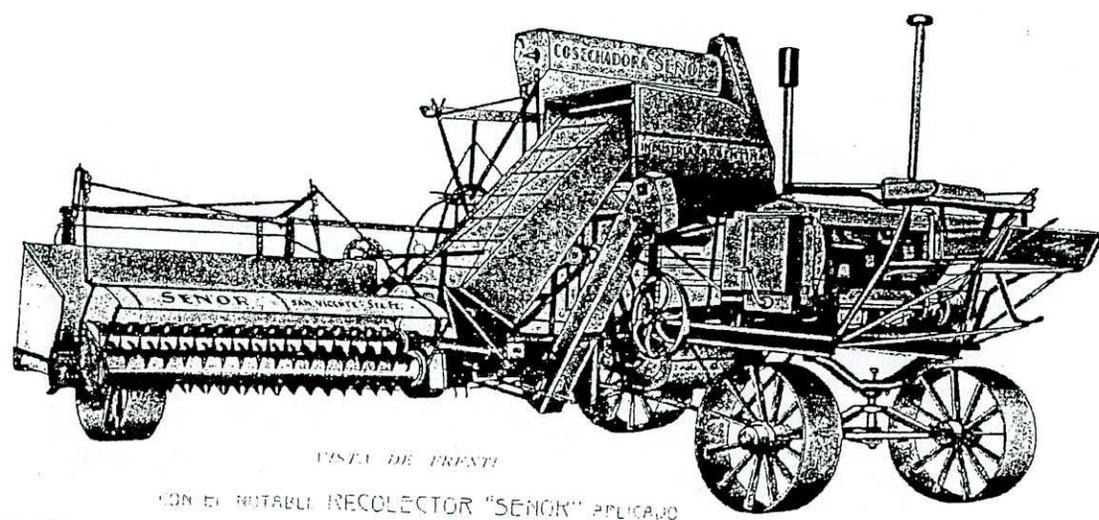
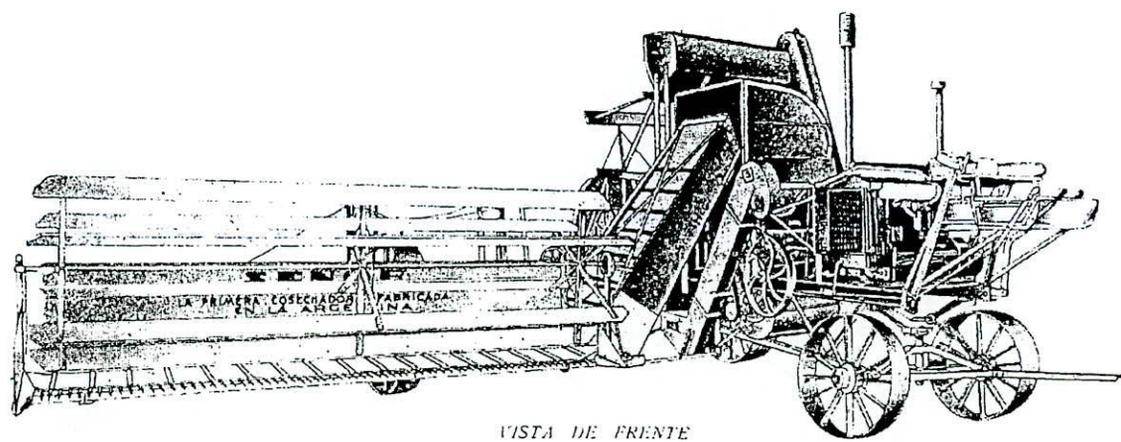


Ilustración 28: corta trilla de arrastre



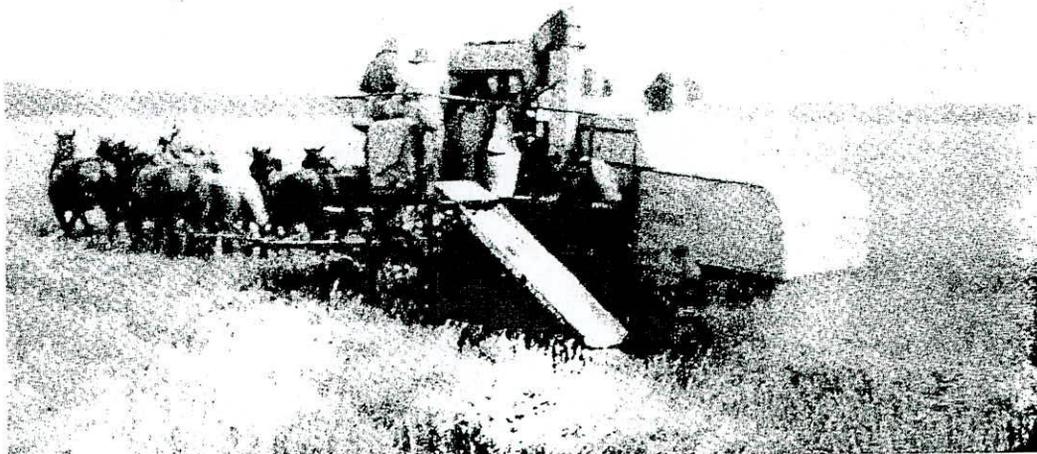


Ilustración 29: cosechadora en acción

Ilustración 30: carro cerealero

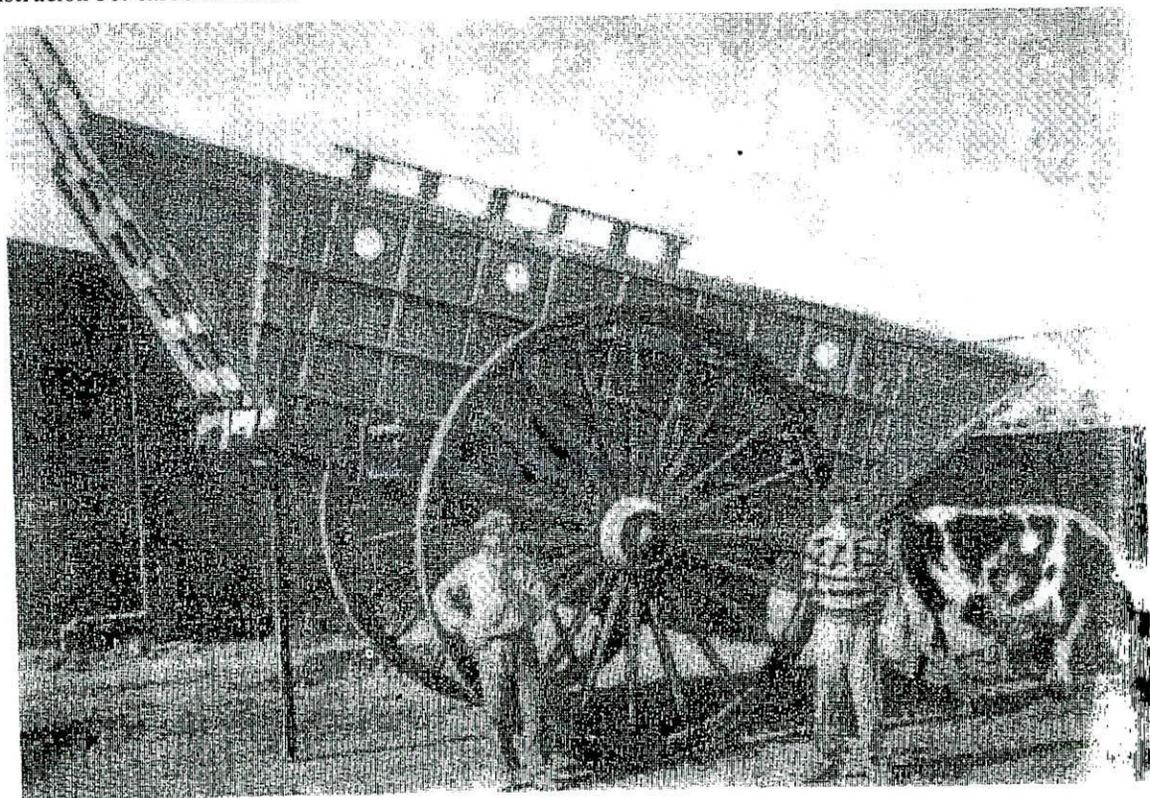


Ilustración 31: camión

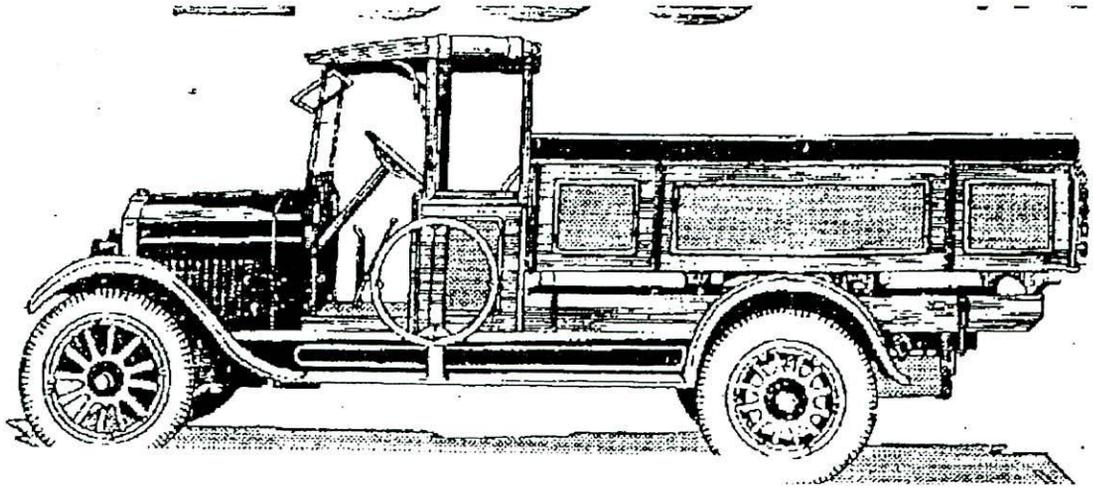


Ilustración 32: camión con acoplado

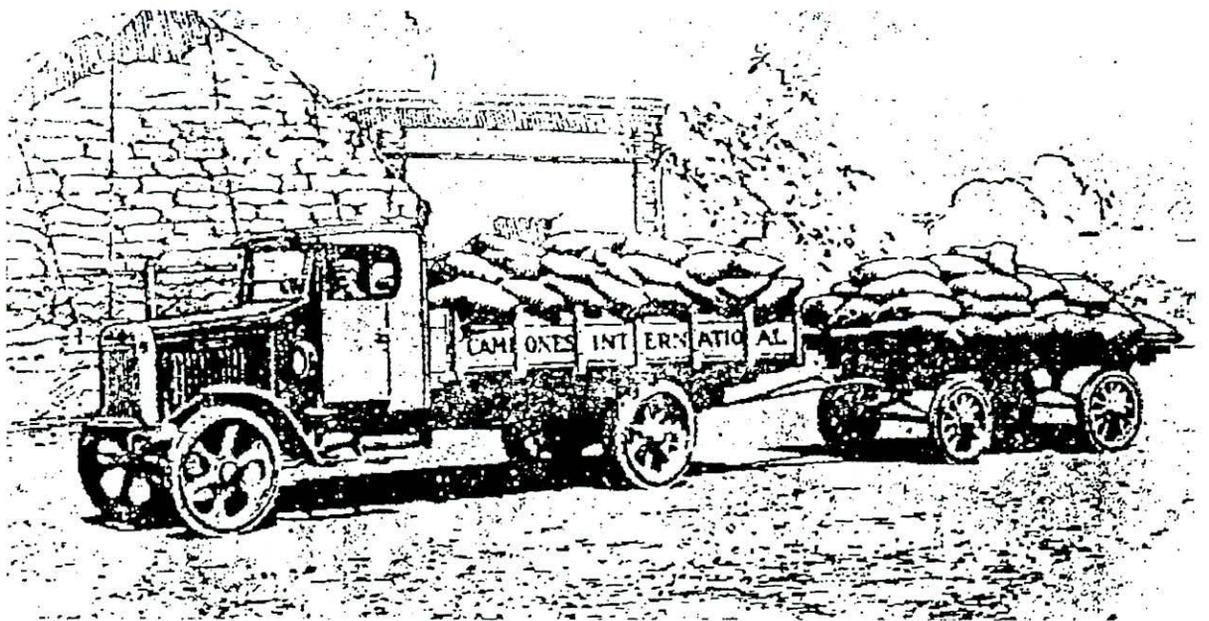


Ilustración 33: burro mecánico

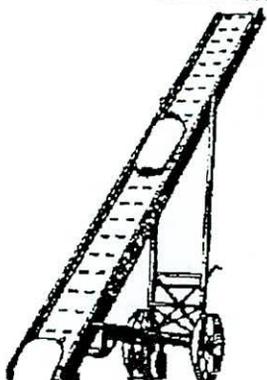
*La Cemac-Pioneer*

economiza de

*1 a 3 cts. m.n.*

por bolsa, por

*"movimiento."*



para descargar carros o camiones,

para apilar bolsas en el galpón,

para transportar bolsas,

para cargar camiones,

para cargar vagones,

la Cemac-Pioneer efectuará estas operaciones con ahorro de tiempo y economía de gastos.

Cereal Machine Co. Ltd.

Pasco Colón N° 1598

Ilustración 34: secadora de granos

## MAIGES HUMEDOS

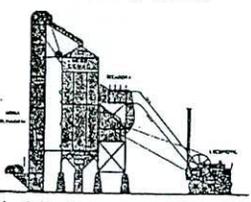
a razón de 62,000 bolsas por día es la capacidad total de las

59

### Secadoras Neumáticas

## "HESS-CEMAC"

VENIDAS EN EL PAIS



Instalación típica de una "Hess-Cemac" No. 3

La adquisición de una "HESS-CEMAC" permitirá al industrial cerealero cumplir sus compromisos, entregando maíz de calidad, SAÑO, SECO, estilo "exportación", y su importancia que el estado del tiempo sea lluvioso o con sol, pues la "HESS-CEMAC" N° 3, que es construida para instalarse a la intemperie, secará al grado requerido — ya sea a 14 1/2 o a 15 grados — el maíz que antes de su entrada a la "HESS-CEMAC" tuviera 16, o 18, o 20 u 22 grados de humedad.

**SUS RESULTADOS SEGUN NUESTROS CLIENTES:**

"Ha dado un resultado inmejorable, reduciendo con pocos pasos los grados de humedad de 18 a 15, contribuyendo en esta forma a obtener grandes beneficios entre los coleros de esta zona".

"En la campaña pasada de maíz hemos secado ciento cuarenta mil bolsas de este cereal, el que se entregó correctamente en las condiciones de SAÑO, SECO y LIMPIO, estilo exportación, sin ninguna clase de dificultades, habiéndose comprobado que el maíz secado con esta máquina no pierde el brillo ni se reviene".

"Ha habido casos de desecación de maíces con 23 grados y más de humedad, que al entrar en la máquina ya estaban calientes, despidiendo mal olor y con un porcentaje muy elevado de granos podridos. Estos maíces, a no haber sido por la máquina secadora, hubiera habido que tirarlos, pues ni para la alimentación de cerdos servían".

SOLICITE EL CATALOGO No. 285 Y LA LISTA No. 292

## ***La estructura de clases del agro pampeano: los explotadores***

### **Introducción**

El estudio del agro pampeano tiene indudablemente muchas vías de acceso, en tanto la “cuestión agraria” sintetiza muchos de los problemas de las sociedades capitalistas. Desde el lugar de la acumulación (o no acumulación) de capital en el agro en la expansión del capital en general (el “desarrollo económico”), hasta las características de la vida política, pasando por la naturaleza de las relaciones sociales, etc. De todo ese vasto sistema de problemas, sólo nos referiremos aquí (y en el próximo capítulo) a un aspecto: el de la estructura de clases de la producción agraria cerealera pampeana. Buscamos responder a la siguiente pregunta: ¿cuál es la naturaleza social del antagonista de nuestro personaje? ¿Se trata de burgueses, pequeño burgueses o campesinos? Como el análisis debe extenderse no sólo sobre los “chacareros” sino también sobre “contratistas de maquinaria agrícola”, “carreros”, “acopiadores” y “cerealistas”, es decir, la fracción de la burguesía agraria que además de tareas comerciales, opera en el transporte, la limpieza y el almacenaje de la producción pampeana, nos preguntaremos también quiénes son estos personajes. Quedan afuera de nuestro interés aquí, entonces, los terratenientes puros y toda la burguesía (terrateniente o no) que opera en el ámbito de la ganadería.

Vamos a examinar la naturaleza de los antagonistas de nuestro personaje comenzando por el “chacarero”. Utilizaremos tres vías de entrada al problema: primero cumpliremos una promesa que hicimos en el segundo capítulo, la de desarmar la ilusión óptica que produce en el análisis de clase el empleo estacional; después trataremos de distinguir capas en el seno de la burguesía agraria, medir su importancia y ubicarlas en el espacio; por último, apelaremos a fuentes secundarias para consolidar la imagen lograda. En la segunda parte analizaremos, por fin, al resto de las personificaciones burguesas del agro.

### **I. El “continente” chacarero**

#### **1. Tiempo de producción y tiempo de trabajo en el agro pampeano**

Recordemos el problema. En el capítulo V de *El Capital*, Marx desarrolla la diferencia entre tiempo de producción y tiempo de trabajo: en un determinado proceso de trabajo pueden darse interrupciones, las que constituyen “intervalos durante los cuales el objeto queda expuesto a la acción

de ciertos procesos físicos en los que el trabajo humano para nada interviene". Como se sabe, el valor de un producto depende de la cantidad de trabajo incorporado, medido en tiempo de trabajo. En la medida en que durante esas interrupciones no hay intervención del trabajo humano, no hay creación de valor nuevo:

"Por tanto, en estos casos, la función de los medios de producción sigue ejerciéndose, a pesar de interrumpirse el proceso de trabajo y, por ende, la función de los medios de producción como medios de trabajo. Tal acontece, por ejemplo, con el trigo una vez sembrado, con el vino que fermenta en la bodega, con los materiales de trabajo de muchas manufacturas, como por ejemplo las tenerías, sujetos a la acción de procesos químicos. En estos casos, el tiempo de producción es siempre mayor que el tiempo de trabajo. La diferencia entre ambos reside en el exceso del primero sobre el segundo."<sup>1</sup>

De esta manera, el cálculo sobre la cantidad de valor incorporado a un producto determinado depende de la cantidad de tiempo de trabajo aportado por cada uno de los agentes de la producción. Intentamos, en este capítulo, una aproximación a la medición de la producción de plusvalía por parte del proletariado rural.

Si examinamos el proceso productivo en la agricultura pampeana, veremos que el tiempo de producción y el tiempo de trabajo divergen fuertemente, con desventaja para el segundo. El tiempo de producción implica dos etapas de tiempo de trabajo separadas por un período de tiempo "muerto". Las dos etapas de tiempo de trabajo son, primero, la arada y la siembra y, luego, la cosecha. El momento restante está ubicado entre ambos, tiempo de descanso y de luna de miel<sup>2</sup>. Para calcular la cantidad de valor aportado por cada tipo de mano de obra es necesario estimar cuanto tiempo de trabajo dedica cada uno, sin contar el tiempo "muerto". En esto último está la clave, porque la base de la subvaloración del proletariado transitorio radica en la confusión de tiempo de producción con tiempo de trabajo: dado que el chacarero está todo el año en el campo y el peón sólo unos meses, sólo puede concluirse que uno es esencial y el otro accesorio. Si restamos al tiempo de producción el tiempo "muerto" nos queda el tiempo de trabajo y aquí, como veremos, las cosas cambian. Hagamos una serie de cálculos sencillos.

### **Cálculo I**

Supongamos una chacra de 100 has. de trigo en la que el chacarero y su familia realizan todas las tareas de siembra y contratan mano de obra para la cosecha. A partir de datos de Miatello para Santa Fe en 1904,<sup>3</sup> tenemos la distribución temporal para cada una de las tareas que muestra el Cuadro I: para una chacra de 100 has. se necesitan 1.150 hs. de trabajo para todas las tareas de siembra (arar, rastrear, rodillar y sembrar).

A estas cantidades habría que multiplicarlas por la cantidad de personal necesaria para manejar los implementos pero, como en todos los casos se trata de aparatos de arrastre (que sólo emplean un conductor) la cuenta es la misma. Veamos el mismo cálculo para la cosecha en el Cuadro 2: se necesitan 1.850 horas para todos los trabajos correspondientes (segar, emparvar y trillar).

## Cálculo II

Estimemos ahora la cantidad de tiempo de trabajo total y el porcentaje de cada tipo de trabajo<sup>4</sup>:

$TTT = Ttf + Ttpc$ $TTT = 1.150 \text{ hs.} + 1.850 \text{ hs.} = 3.000 \text{ hs.}$ $TTT = 38,3\% + 61,7\% = 100\%$
--

De aquí se deduce que en la categoría del más pequeño productor triguero rentable en 1904, el valor producido por la mano de obra “estacional” representa casi 2/3 del total del valor producido. Se nos recordará que la mano de obra familiar también participaba de la cosecha y que, por lo tanto, hemos subestimado su importancia. No hay forma de establecer cuantos brazos podía colocar la familia chacarera en producción, pero suponiendo 3 personas adultas, nos daría un total de 30 días de trabajo familiar para la siega, 30 para emparve y 7 para trilla (67 en total) y 30 días asalariados para la siega, 30 para emparve y 58 para la trilla (118 días, es decir, 1.180 horas)<sup>5</sup>. Entonces,

<ol style="list-style-type: none"> <li>1) <math>TTT = Ttfs + Ttfc + Ttps + Ttpc</math></li> <li>2) <math>TTT = 1.150 \text{ hs.} + 670 \text{ hs.} + 0 \text{ hs.} + 1.180 \text{ hs.} = 3.000 \text{ hs.}</math></li> <li>3) <b><math>TTT = 38\% + 22\% + 0\% + 40\% = 100\%</math></b></li> <li>4) <math>TTT = Ttf + Tta</math></li> <li>5) <math>TTT = 1820 \text{ hs.} + 1.180 \text{ hs.} = 3.000 \text{ hs.}</math></li> <li>6) <math>TTT = 60\% + 40\% = 100\%</math></li> </ol>
---

A pesar de todo, aún una familia con 3 adultos participando en la cosecha, no puede eliminar el trabajo total del peón de cosecha. Esto sólo ya nos señala el peso del trabajo asalariado en la agricultura triguera.

Alrededor de las 200 has. comienza a cambiar la situación, ya que a medida que crece el área sembrada de la chacra, disminuye el peso de la mano de obra familiar en la siembra (y obviamente también en la cosecha): si hasta las 100 has. la familia chacarera podía realizar todas las tareas de siembra es dable pensar que ya en las 200 has. sólo pueda hacerse cargo de 66% de la tarea y que hasta

las 500 has. sólo 33% y sobre las 500 nada<sup>6</sup>. Hasta las 200 hectáreas nos queda lo que muestra el Cuadro 3: 2.300 horas totales para los trabajos de siembra. Para la cosecha también calcularemos que en vez de participar 3 adultos sólo lo hacen dos. Entonces, tendremos 3.700 hs. para la cosecha (1.850 x 2), de las cuales la participación asalariada suma 2.800 hs. mientras la familiar es de 900. Como se ve en el Cuadro 4, el total (siembra más cosecha) da 6.000 horas. Haciendo la distribución, la nueva cuenta es:

<ol style="list-style-type: none"> <li>1) <math>TTT = Ttfs + Ttfc + Ttps + Ttpc</math></li> <li>2) <math>TTT = 1510 \text{ hs.} + 900 \text{ hs.} + 790 \text{ hs.} + 2.800 \text{ hs.} = 6000 \text{ hs.}</math></li> <li><b>3) <math>TTT = 25\% + 15\% + 13\% + 47\% = 100\%</math></b></li> <li>4) <math>TTT = Ttf + Tta</math></li> <li>5) <math>TTT = 2.410 \text{ hs.} + 3.590 \text{ hs.} = 6.000 \text{ hs.}</math></li> <li>6) <math>TTT = 40\% + 60\% = 100\%</math></li> </ol>
---

Si suponemos que ya en las 500 has. sólo puede la familia chacarera aportar el 33% del trabajo en siembra y una persona en la cosecha, nos queda que, como muestra el Cuadro 5, las 14.000 horas totales se repartirían de la siguiente manera:

<ol style="list-style-type: none"> <li>1) <math>TTT = Ttfs + Ttfc + Ttps + Ttpc</math></li> <li>2) <math>TTT = 1.900 \text{ hs.} + 1.130 \text{ hs.} + 3.850 \text{ hs.} + 8.120 \text{ hs.} = 14.000 \text{ hs.}</math></li> <li><b>3) <math>TTT = 12\% + 8\% + 26\% + 54\% = 100\%</math></b></li> <li>4) <math>TTT = Ttf + Tta</math></li> <li>5) <math>TTT = 3.030 \text{ hs.} + 11.970 \text{ hs.} = 14.000 \text{ hs.}</math></li> <li>6) <math>TTT = 20\% + 80\% = 100\%</math></li> </ol>
---

Por encima de las 500 has. la participación del trabajo familiar se reduce a cero, por lo que podemos aceptar que la situación queda como indica el Cuadro 6: las 22.500 horas necesarias se repartirían así:

<ol style="list-style-type: none"> <li>1) <math>TTT = Ttfs + Ttfc + Ttps + Ttpc</math></li> <li>2) <math>TTT = 0 \text{ hs.} + 0 \text{ hs.} + 8.620 \text{ hs.} + 13.880 \text{ hs.} = 22.500 \text{ hs.}</math></li> <li><b>3) <math>TTT = 0\% + 0\% + 38\% + 62\% = 100\%</math></b></li> <li>4) <math>TTT = Ttf + Tta</math></li> <li>5) <math>TTT = 0 \text{ hs.} + 22.500 \text{ hs.} = 22.500 \text{ hs.}</math></li> <li>6) <math>TTT = 0\% + 100\% = 100\%</math></li> </ol>
---

### **Cálculo III**

Hasta aquí tenemos una imagen aproximada de la importancia de cada tipo de trabajo en cada categoría según tamaño de unidad productiva. Pero cada categoría de tamaño de unidad productiva tiene un peso diferente en el total de la producción pampeana. Entonces, para entender cabalmente el peso del trabajo asalariado en la agricultura triguera, debemos calcular el peso de estas categorías en el total de la producción (Cuadro 7).<sup>7</sup> Así, se precisan, redondeando unas 15.000.000 de horas para todas las tareas culturales del trigo para todas las explotaciones de 100 has., unos 38.000.000 para las de hasta 200, 46.000.000 las que se ubican entre 200 y 500 y 43.000.000 más para las que superan la última frontera.

### **Cálculo IV**

Tomemos ahora el total de trabajo en horas para cada tarea por categoría y calculemos el tiempo de trabajo para cada categoría en función de los porcentajes obtenidos en II<sup>8</sup>, como se ve en el Cuadro 8. Veamos ahora el peso total de cada tipo de trabajo, en el Cuadro 9: las 143 millones de horas de trabajo necesarias, se reparten, redondeando, en 34 millones de horas de trabajo familiar contra 110 millones de trabajo asalariado.

En resumen: como muestra el cuadro recién mencionado, la producción triguera está abrumadoramente dominada por la producción asalariada. Por otro lado, si calculamos el porcentaje de cada tipo de mano de obra, vemos que el peón estacional, ese “complemento” anual, mero “peón adventicio”, es responsable del 53% del total de la producción, lo que equivale a decir que es el principal productor de valor de la economía triguera. En efecto, el productor familiar es responsable sólo del 24% del total, mientras el peón de siembra, 23%. En total, el 76% del valor producido en el agro cerealero en 1908 proviene de la fuerza de trabajo.

### **Cálculo V**

Para el maíz, las cuentas deben ser diferentes. El proceso de siembra es menos complicado que el del trigo, ya que sólo se ara y siembra y en muy pocos casos se realiza aporcada o carpida.<sup>9</sup> Nos queda entonces que en el maíz se realizan las siguientes tareas en la siembra: arar, rastrear y sembrar. Para la cosecha las tareas son: deschalar, entrojado y desgranado. Hagamos el cálculo para la siembra, siempre con las estimaciones ya citadas de Miatello<sup>10</sup> y cuyos resultados pueden verse en el Cuadro 10: 1.000 horas para todas las tareas. Veamos la cosecha, siguiendo los datos del Cuadro 11: 4.000 en total.

Vamos a aceptar, igual que antes, que la familia puede, hasta las 100 has. realizar todas las tareas de siembra y que puede, para la cosecha, aportar el trabajo de 3 adultos. Nos queda entonces que para recolectar 100 has. se necesitan 6<sup>11</sup> personas durante 50 días de recolección, con lo que, la participación de la mano de obra familiar en la recolección es del 50%. Lo mismo para el entrojado y para la desgranada 15%. Nos queda que la participación familiar en la cosecha maicera es de 150 días en la recolección, 30 días en la entrojada y 6 en la desgranada. En total, 186 días, o lo que es lo mismo, 1.860 hs. Los obreros trabajarán 150 días en la recolección, 30 días en el entroje y 34 días en la desgranada, lo que suma 214 días.

En resumen,

- 1)  $TTT = Ttfs + Ttfc + Ttps + Ttpc$
- 2)  $TTT = 1.000 \text{ hs.} + 1.860 \text{ hs.} + 0 \text{ hs.} + 2.140 \text{ hs.} = 5.000 \text{ hs.}$
- 3)  **$TTT = 20\% + 37\% + 0\% + 43\% = 100\%$**
- 4)  $TTT = Ttf + Tta$
- 5)  $TTT = 2.860 \text{ hs.} + 2.140 \text{ hs.} = 5000 \text{ hs.}$
- 6)  $TTT = 57\% + 43\% = 100\%$

Veamos ahora como se modifica la situación cuando llegamos las 200 hectáreas: a esta altura la mano de obra familiar en la siembra sólo puede hacerse cargo del 66% de las tareas, con los que nos queda que, para 200 has. se necesitan 200 días de trabajo, de las cuales 132 son de mano de obra familiar y 68 de asalariados. En la cosecha la participación se reduce en la misma medida: en lugar de aportar 3 adultos, sólo lo hacen 2, con lo que nos queda que para la recolección necesitamos 12 personas para 200 has., de las cuales sólo se aportan 2. Entonces, necesitamos 600 días de trabajo, de los que 500 son asalariados y 100 familiares. Para el entrojado necesitamos 6 personas durante 20 días, de las que 2 son familiares y 4 asalariadas correspondiéndoles 120 días en total, de los que 40 son familiares y 80 asalariados. Por último, la desgranada necesita 130 días de trabajo de los cuales 8 son familiares y 72 asalariados. Sumando, nos queda: trabajo familiar (siembra más cosecha) 280 días; trabajo asalariado (siembra más cosecha) 720 días. En resumen,

- 1)  $TTT = Ttfs + Ttfc + Ttps + Ttpc$
- 2)  $TTT = 1.320 \text{ hs.} + 1.480 \text{ hs.} + 680 \text{ hs.} + 6.520 \text{ hs.} = 10.000 \text{ hs.}$
- 3)  **$TTT = 13\% + 15\% + 7\% + 65\% = 100\%$**
- 4)  $TTT = Ttf + Tta$
- 5)  $TTT = 2.800 \text{ hs.} + 7.200 \text{ hs.} = 10.000 \text{ hs.}$
- 6)  $TTT = 28\% + 72\% = 100\%$

Hagamos la cuenta para las 500 has: aquí necesitamos 5.000 horas para la siembra (1.000 x 5), de las cuales sólo 1.665 son familiares (33%) y 3.335 son asalariadas. En la cosecha, la juntada demanda ahora 30 hombres para 500 has. durante 50 días, de los cuales sólo uno es familiar, lo que significa que los asalariados deberán trabajar del total de 15.000 horas, unas 14.500, mientras 500 son de mano de obra familiar. En el entrojado, 6 hombres trabajarán 3.000 horas de las cuales sólo 600 serán familiares y las otras 2.400 serán asalariadas. Por último, en la desgranada, la participación sería la siguiente: 20 hombres, de los que sólo uno es familiar, trabajarán durante 100 hs., lo que hace un total de 2.000, de las cuales 1.900 serán asalariadas y 100 familiares. Sumando todo da lo siguiente:

<p>1) <math>TTT = Ttfs + Ttfc + Ttps + Ttpc</math>  2) <math>TTT = 1.665 \text{ hs.} + 1.200 \text{ hs.} + 3.335 \text{ hs.} + 18.800 \text{ hs.} = 25.000 \text{ hs.}</math>  3) <math>TTT = 7\% + 5\% + 13\% + 75\% = 100\%</math>  4) <math>TTT = Ttf + Tta</math>  5) <math>TTT = 2.865 \text{ hs.} + 22.135 \text{ hs.} = 25.000 \text{ hs.}</math>  6) <math>TTT = 12\% + 88\% = 100\%</math></p>
---

Por último, por encima de las 500 has. no hay participación de la mano de obra familiar ni en siembra ni cosecha. La cuenta nos queda de la siguiente manera: para 750 has. se necesitan 7.500 horas para la siembra y unas 30.000 hs. para la cosecha. En total, 37.500 hs. de trabajo asalariado.

<p>1) <math>TTT = Ttfs + Ttfc + Ttps + Ttpc</math>  2) <math>TTT = 0 \text{ hs.} + 0 \text{ hs.} + 7.500 \text{ hs.} + 30.000 \text{ hs.} = 37.500 \text{ hs.}</math>  3) <math>TTT = 0\% + 0\% + 19\% + 81\% = 100\%</math>  4) <math>TTT = Ttf + Tta</math>  5) <math>TTT = 0 \text{ hs.} + 37.500 \text{ hs.} = 37.500 \text{ hs.}</math>  6) <math>TTT = 0\% + 100\% = 100\%</math></p>
---

### Cálculo VI

Nos falta calcular el peso de cada categoría en el total de la producción maicera. Sigamos con atención el Cuadro 12: unas 28 millones de horas serán necesarias para todas las tareas maiceras hasta las 100 has., 19 hasta las 200, 16 hasta las 500 y 23 millones de horas de trabajo para las unidades superiores a la última categoría.

### Cálculo VII

Veamos ahora el peso de cada tipo de trabajo por categoría (Cuadro 13), que expresado en porcentajes y cifras totales se resume en el Cuadro 14. Como en el caso del trigo, la producción maicera está abrumadoramente dominada por la producción asalariada y si observamos el peso de la producción del peón estacional, el “complemento”, llega a 64%, mucho más que en el trigo, cultivo considerado más “capitalista” que el maíz. El productor familiar es responsable del 26% del total, mientras el peón de siembra, el 9%. En total, la fuerza de trabajo produce el 73% del valor de la producción maicera. También en el maíz la vida secreta de las plantas es plusvalía... Veamos un último cálculo antes de concluir.

### **Cálculo VIII**

En el texto anterior hemos dado por supuesto que a medida que aumentaba el tamaño de la unidad productiva, disminuía la cantidad de mano de obra familiar involucrada en las tareas de cosecha. Así, suponíamos que hasta las 100 has. trabajaban 3 familiares<sup>12</sup>, hasta las 200 2, de 200 a 500 1 y de allí en adelante, ninguno. Esto se fundamentaba en que, con el crecimiento de la dimensión de la explotación, la mano de obra familiar abandonaba el trabajo directo para asumir tareas “gerenciales” (desde el control general al abastecimiento de los insumos necesarios y el conjunto de tareas que implica un establecimiento grande) o bien por consecuencia lógica de un mayor nivel de ingresos (un productor de 500 has. difícilmente haga trabajar en la trilla a sus hijas mujeres o probablemente envíe a alguno de sus hijos a estudiar a la ciudad o a incorporarse como arrendatario como parte de una estrategia familiar de acumulación de capital). Sin embargo, puede parecer que se pretende desvalorizar al trabajo familiar introduciendo supuestos difícilmente probables. Para evitar esto, podemos eliminar tal supuesto y observar luego el resultado tomando como ejemplo el cultivo del trigo.

Suponemos entonces que, a cualquier tamaño de unidad productiva, corresponderá siempre el aporte de 3 adultos para la cosecha. Eso significa que la participación del peón de cosecha se mantendrá siempre en los mismos porcentajes. Lo mismo sucederá con el trabajo familiar en la cosecha. Los únicos que se modificarán serán los del trabajo familiar y asalariado en la siembra. Tal situación ha sido representada en el Cuadro 15.

Nótese que hemos incluido la posibilidad de que aún por encima de las 500 has. se mantenga el trabajo familiar en la siembra, lo que hace nuestra estimación aún más generosa. Hechas las cuentas que corresponden nos queda el Cuadro 16. Como puede apreciarse, no hay un cambio radical. En realidad, con cifras más bajas, se comprueba igual que el mayor productor de valor del agro pampeano es el peón temporario de cosecha y que, en conjunto, la mano de obra asalariada alcanza a dos tercios de la producción de valor. Si el resultado anterior arrojaba la cifra de 76%, un promedio entre ésta y la

más pesimista sería tal vez lo más equilibrado. Tal promedio llegaría al 69%, con lo que creemos se comprueba la validez del análisis que hemos hecho.

Es nuestra conclusión, entonces, que el “continente chacarero” es un continente burgués y que, aún en la categoría más chica, común en la época para la que hicimos el cálculo, el arrendatario de 150 has. puede ser considerado tranquilamente un pequeño burgués explotador, a mitad de camino entre lo que Lenin llamaría “campesino medio” y “campesino rico”. En que medida su situación difiere cualitativamente del proletariado, lo podemos apreciar en el siguiente caso:

“Don José Erbiti, llegó a los 18 años (1901) a la Argentina dirigióse a su llegada al Partido de Ayacucho, a la Estancia la Alameda donde estuvo un corto tiempo sin trabajo. Colocándose más tarde con uno de los arrendatarios, ganando a razón de \$1,50 por día en calidad de arador. Posteriormente se trasladó a Tandil dedicándose al trabajo de tambo por dos años. Entre 1904 y 1909 fue alambrador y pocero en Pampa Central -Paraje de Charramendi- logrando acumular \$3.000, con el capital reunido arrendó una chacrita de 70 hectáreas, permaneció en ésta durante seis años al cabo de los cuales pasó a arrendar el campo de 500 hectáreas que hoy ocupa, dedicándose a la agricultura y ganadería.”<sup>13</sup>

Este personaje demoró 9 o 10 años de duro trabajo y ahorro para poder arrendar la magra cantidad de 70 hectáreas. Pero bastó llegar a este punto para, en sólo 6 años poder arrendar una superficie más de 6 veces mayor. De paso nos señala la fuente que, con 500 has., en 1916, aproximadamente, realizaba no sólo agricultura sino también ganadería, lo que apoyaría la idea esbozada antes de que, en fechas cercanas al Censo 1908 la diversificación productiva era más real que la monocultura reflejada por el censo, con todas las consecuencias que ya explicamos.

¿Qué otras conclusiones se derivan de este análisis? Primero, que la producción cerealera argentina está dominada por la producción asalariada y es minoritaria (aunque no despreciable) la de la mano de obra familiar. 2do. El principal productor del agro argentino es el peón estacional de cosecha, cuyo peso en el conjunto de ambos cereales oscila entre el 40 y el 60% del total. Segundo, que en tanto explotador de fuerza de trabajo, un pequeño burgués es un tipo de relación social propia del capitalismo en una etapa temprana de su desarrollo; no es una categoría proveniente de un contexto pre-capitalista ni es tampoco una creación no capitalista ex novo, sino fruto del mismo proceso de desarrollo capitalista. En tercer y último lugar, el capitalismo agrario pampeano no es, a deducirse de lo anterior, un capitalismo con relictos pre-capitalistas ni un capitalismo “deformado” sino uno con un grado elevado de desarrollo *en evolución*. Precisamente, la presencia minoritaria de la pequeña burguesía, en una etapa tan temprana de su historia, revela el nivel de desarrollo importante del mismo.

Antes de despedirnos de este tema queremos abordar una serie de objeciones al trabajo que hemos realizado, en particular, a dos: 1º. Que no consideramos el conjunto del trabajo chacarero; 2º.

Que los chacareros contratan la trilla y, por lo tanto, no explotan fuerza de trabajo asalariada en la cosecha. Veamos.

La primera objeción, fruto de la experiencia laboral de un amigo historiador, tiene dos argumentos: a. el argumento del pañolero; b. la producción familiar no capitalista. Sobre el primero se me ha señalado que hay muchas tareas previas y posteriores al trabajo productor de valor propiamente dicho (limpieza de herramientas, reparaciones, etc.). Al igual que en una fábrica, en la que hay obreros especializados en esas tareas (el encargado del pañol de herramientas), el chacarero realizaría allí un trabajo productivo que no entra en mis cálculos. Es cierto, no entra, pero cualquiera puede darse cuenta de que la magnitud que tales tareas tienen no guarda relación con las que aquí analizamos. Su incorporación, en el supuesto caso de que estuvieran a cargo del chacarero, no alteraría sustantivamente cifras que ya son generosas. De algo parecido se trataría la exigencia de incorporar a la cuenta la función del chacarero como “cuidador” de los cultivos. Otra vez, vale lo que acabamos de decir. Además, todas las fuentes señalan claramente que los cultivos se dejaban “a la buena de Dios”, entre otras cosas porque lo que podía arruinarlos total o parcialmente (langosta, epidemias, incendios) no tenía arreglo.

El punto b también se refuta fácilmente: la integración de los chacareros al mercado era muy intensa, de modo que presumir que su consumo provenía exclusivamente de lo producido en la chacra es, no sólo una exageración, sino una falsedad ya refutada por la investigación empírica. Trabajos como costura, producción de alimentos y otros por el estilo, además, eran propios incluso de la clase obrera, de modo que por un poco de trabajo de huerta no vamos a transformar al chacarero en un pobre campesino. Además, lo que intentamos ver es la magnitud del trabajo asalariado en la producción de mercancías, lo que excluye todo trabajo doméstico (chacarero u obrero). Sería absolutamente impropio incorporarlo a la cuenta.

La segunda objeción es, sin dudas, la más importante. Me fue formulada por Javier Balsa y ha sido incorporada a su libro en una frase al pasar. Hay varios argumentos en contra de su posición. El primero, que había muchos chacareros poseedores de trilladora. El segundo, que el chacarero empleaba igual muchos obreros en la emparvada y la siega, tareas que se realizaban con sus máquinas y a cargo de sus bolsillos. Recuérdese que el chacarero debía segar y emparvar en forma simultánea, sobre todo los que usaban espigadora (que era la máquina más popular entre los “italianos” de Santa Fe, según Miatello). De modo que el alquiler de brazos en forma simultánea por un chacarero de 150 hectáreas, si quería terminar a tiempo, superaba las 20 personas (nótese que hemos obviado este problema en nuestro cálculo anterior, concediendo que siega y emparvada podían hacerse por separado, lo que implica un acto de enorme “generosidad” para los objetores de mis cuentas).

El tercer argumento tiene que ver con que el chacarero paga la trilla. Es decir, contrata lo que hoy se denomina un “servicio”. Y que los que contrataban la trilla no eran sólo los más pequeños: en toda la región pampeana, en 1908, no había más de 2.500 trilladoras, entre otras cosas, porque era una máquina muy potente, que sólo rendía en predios muy grandes (arriba de las 500 has.) y que estaba en

completa inactividad el resto del año. Es lógico, entonces, que hasta grandes capitalistas contrataran la trilla (asunto que, como veremos páginas más abajo, da como resultado una enorme dimensión al fenómeno del “contratismo”). Si, como sacamos la cuenta, la enorme mayoría de la plusvalía producida por los obreros se realizaba en la trilla, ¿por qué un productor con capacidad de compra no iba a adquirirla y regalarle esas masas de plusvalía al dueño de la máquina? El misterio se aclara fácilmente: para producir semilla limpia en bolsa, en eso consiste la trilla, el capital se hace presente, como en todos lados, de dos maneras: como capital constante y como capital variable. Como capital constante: las máquinas y la materia prima, en este caso, la trilladora y las espigas emparvadas. Como capital variable, el salario de los obreros. Es una norma no escrita pero perfectamente conocida por todos los capitalistas (porque se la dicta su interés y la propia dinámica del mercado), que cada capitalista retirará de la masa de plusvalía resultante el equivalente a la magnitud del capital que cada uno ha puesto. Está claro que el valor puesto por el chacarero es el producto de 150 has emparvadas. ¿Qué magnitud tiene el capital puesto por el contratista? El desgaste de la máquina el tiempo que aquella está en función en el proceso de trabajo. Esa es la razón por la cual “contratar” la trilla es una forma de explotar a los obreros sin poseer la trilladora. Obviamente, el chacarero que tiene trilladora es más “capitalista” (o mejor, un capitalista mayor) que el que no la tiene, pero a cierto tamaño, comprar semejante máquina puede trabar la acumulación inútilmente: el chacarero que contrata la trilla obtiene menos plusvalía pero aumenta su escala productiva con más rapidez. Muy distinto sería si el patrón de trilladora comprara las parvas al chacarero: en ese punto, todo el capital puesto en juego sería suyo, siendo titular, por lo tanto, de toda la plusvalía resultante.

En conclusión, aunque la cuenta de peor para el chacarero que no tiene máquina y, en ese sentido, dependa más del trabajo familiar, sigue siendo un explotador de fuerza de trabajo asalariada. Por otra parte, el que otra fracción de la burguesía se quede con una parte de la plusvalía, no disminuye en nada el peso del trabajo asalariado en la producción de la riqueza social agraria, simplemente reparte la ganancia entre más participantes (aunque si el chacarero se limita a contratar la trilla, va de suyo que la participación del trabajo familiar desaparece en esta tarea y, por lo tanto, se incrementa aún más el peso de la fuerza de trabajo).

## **2. La estructura de la explotación agraria**

El análisis de la estructura agraria presupone un análisis detallado de las figuras que adopta el propietario de medios de producción, es decir, la burguesía. Dicho de otra manera, se trata de observar la existencia de capas y fracciones de la clase a estudiar. En el caso de la burguesía que opera en el agro, como señalamos antes, no tiene importancia, para su caracterización como tal (aunque sí para determinar su tamaño y sus fuentes de ingreso) la forma de la propiedad (de uso –arrendamiento- o jurídica -treateniente). Ambos son propietarios, ya que la propiedad de la tierra no es más que el pago

de una cantidad de renta por anticipado. La burguesía agraria puede ser propietaria o no de la tierra sobre la que opera y puede realizar sobre ella cualquier tipo de actividad. Eso no afecta a su definición como tal. Si es propietaria y arrienda parte de su propiedad, sus ingresos incluyen ganancia y renta. Si no arrienda y explota la totalidad de su propiedad, también obtiene renta y ganancia. Si no es propietaria, sólo obtiene ganancia, pero no por comprar la tierra se libra de la renta, simplemente la ha pagado por adelantado. Por esa razón, el burgués prefiere no comprar la tierra porque eso significa inmovilizar parte de su capital, que de esa manera no puede oponerse a ninguna forma de trabajo y, por lo tanto, no le permite apropiarse de nuevas masas de plusvalía.

Como aclaramos ya, es cierto que la propiedad o no de la tierra tiene sus efectos y genera distintas posibilidades de acción, pero todas ellas pueden resumirse en una diferencia de tamaño: un propietario de 200 has., a igual dotación tecnológica, puede ser considerado un burgués más grande. Lo mismo sucede con la aparcería, que pareciera constituir una forma de arrendamiento leonina que sometería a su titular a algo más parecido a un proletariado permanente a destajo del terrateniente: un aparcerero de 200 has. sería más chico, como capitalista, que un arrendatario. Para lo que aquí nos interesa, podemos simplificar el análisis y dejar de lado el problema de la propiedad de la tierra. Los cálculos que hicimos en el acápite anterior son válidos con prescindencia de la propiedad jurídica: el arrendatario más chico de la pampa húmeda es un pequeño burgués explotador. Si es propietario simplemente se ubica un escalón más arriba, de modo que siempre sucede lo mismo: para todos nuestros cálculos siempre tomamos el criterio más perjudicial a nuestra hipótesis.

Lo que nos proponemos aquí es detectar qué peso tiene cada capa de la burguesía agraria cerealera, entendiendo que podemos encontrar tres figuras: el semiproletariado, la pequeña burguesía y la burguesía. La metodología que utilizaremos, deudora de Alfredo Pucciarelli, será la siguiente: se identifican tipos de productores según las relaciones sociales dominantes (si explota trabajo ajeno permaneciendo como productor directo parcial –pequeña burguesía; si explota fuerza de trabajo sin comprometerse en la producción directa –burguesía; o si es explotado al menos parcialmente –semi-proletariado), se calcula la magnitud absoluta y relativa de cada capa y, finalmente, se observa su despliegue espacial. Obtendremos así un panorama general de la estructura agraria a mitad de camino de la primera mitad del período bajo estudio (1870-1920).

La fuente elegida, indudablemente, ofrece numerosos problemas, aunque tiene algunas virtudes. A partir del *Censo* de 1908 podemos separar (cosa que es imposible con el de 1914) el área sembrada de cada producto por escala de extensión de las explotaciones agrícolas según departamento/partido. Estos datos nos permitirán elaborar un cuadro que permita ubicar los grupos sociales más importantes a nivel provincial y departamental. A partir de aquí esperamos poder regionalizar el conjunto pampeano en forma similar a como Pucciarelli hace con Buenos Aires.

Como dijimos, la fuente tiene problemas importantes. Por empezar, no nos describe la “unidad productiva”, es decir, la empresa capitalista, sino sólo la escala de la extensión sembrada. En efecto, el *Censo* cuenta las chacras, huertas y lotes de estancia cultivadas, pero no especifica si se trata de

explotaciones diversificadas (agricultura o ganadería) o con varios cultivos. Tampoco se recompone la unidad de propiedad, es decir, si un solo propietario tiene más de un campo o arrienda más de un campo. De modo tal que lo que se registra es una unidad productiva imaginaria en la que se hace monocultivo. Obviamente, el resultado necesariamente es el más contrario a nuestra hipótesis de un desarrollo capitalista avanzado, en tanto seguramente hay un subregistro de las capas burguesas más grandes. Sin embargo, estas dificultades refuerzan los resultados.

Es cierto también que tomamos una foto defectuosa (el Censo 1908) para representar una película de al menos 70 años de duración. Creemos, no obstante, que la imagen que ofrece es representativa por lo menos hasta los años '20. En esa década comenzarán cambios de los que intentaremos dar cuenta mediante otras fuentes. La ventaja del Censo es que constituye una muestra de alcance total, lo que le otorga relevancia frente al estudio de caso.

La información censal nos ofrece la cantidad de hectáreas sembradas por escala de extensión de las explotaciones agrícolas desglosadas en la siguiente escala: 10 has. y menos; 11 a 25 has.; 26 a 50 has.; 51 a 100; 101 a 200; 201 a 300; 301 a 500; 501 a 750 y 750 y más. Hemos realizado el siguiente corte: de 1 a 50 has; de 51 a 200 y de 201 y más. La razón del corte es que lo consideramos representativo de tres tipos diferentes de productores: de 1 a 50 has se extiende el grupo de los semiproletarios, que no alcanzan a producir lo suficiente para sostenerse y deben acudir al mercado de trabajo a ofrecerse como jornaleros (25 has y menos) y el de aquellos productores maiceros en su gran mayoría, que no contratan mano de obra asalariada ni para la siembra ni para la cosecha. Hasta aquí se extiende el estrato de la pequeña burguesía cuyo nivel de acumulación es casi nulo, igual que su participación en el conjunto de la producción, incluso del maíz, el cultivo más adaptable al productor descapitalizado (en la medida en que hasta 50 has. la misma familia chacarera puede realizar absolutamente todos los pasos de la labor, lo que no sucede en el trigo y el lino). De las 50 has. hasta las 200 se extiende lo que podemos denominar con absoluta propiedad, pequeña burguesía. Es propietaria de los medios de producción, y contrata mano de obra asalariada en la cosecha, careciendo en general de empleados permanentes. El límite de esta fracción de la burguesía rural está dado por aquellos cuyas necesidades de gestión empresarial han absorbido el tiempo antes dedicado a la producción: a partir de las 200 has. tanto la magnitud de la tarea de siembra como las necesidades generales de gerencia de la explotación obligan a contratar mano de obra permanente incluso para la tarea señalada y ya no tan solo en la cosecha. A partir de aquí entramos en los dominios plenos de la burguesía, cuyo techo, obviamente, no existe. Veamos el asunto por provincias.

Toda clasificación tiene algo de arbitrario, razón por lo cual corresponde justificar las elecciones metodológicas adoptadas. En primer lugar, ya hemos señalado la razón de los cortes realizados para obtener cada una de nuestras categorías. Cada corte intenta señalar diferencias cualitativas en la capacidad de acumulación de los productores que a su vez esta en relación directa con la posibilidad de utilizar o no mano de obra asalariada. Pasando cada uno de los niveles el productor sufre una mutación importante. Está claro que hemos cometido una serie de arbitrariedades: 50 hectáreas en Chacabuco o Pergamino, en las mejores tierras del país, no son equivalentes a otras tantas en La Pampa o en Entre Ríos. Sin embargo,

hemos preferido mantener las dimensiones elegidas para evitar otras arbitrariedades como las resultantes de variar constantemente los patrones de medida.

Vamos a caracterizar socialmente cada departamento según predomine en él alguna de las categorías mencionadas. Habrá entonces departamentos pequeño burgueses, burgueses y semiproletarios, de modo que otra arbitrariedad manifiesta se cometerá al agrupar aquellos que claramente están dentro de la categoría frente a otros que apenas cumplen los requisitos. Por ejemplo, los partidos del sur de Buenos Aires son mucho más claramente burgueses que los equivalentes santafesinos o un poco más (aunque no mucho) que los cordobeses, lo que lleva a incluir en cada área elementos que no son exactamente iguales. Sin embargo, esto sucede en cualquier tipo de clasificación. No obstante, el criterio para definir como burgués, pequeño burgués o semiproletario a cada partido\departamento, es bastante exigente en tanto que se evalúan los tres productos principales y se busca confirmar con los otros en caso de duda. De tal manera, la definición pasa no por la situación del producto principal (trigo, maíz, etc.) sino por el conjunto de la producción agrícola. En la enorme mayoría, los partidos burgueses ostentan más del 50% de la producción en manos de la categoría “burgués”, con lo cual ese aspecto de la clasificación es bastante firme.

Más endeble es la clasificación de los departamentos por producto ya que en este caso se aceptaba como triguero, linero o maicero cuando alguno de estos tres productos predominara sobre los otros aunque no llegara al 50%. Así, en un departamento donde el maíz ocupara el 32% de la superficie, el trigo el 33% y el lino 35%, sería considerado linero, a pesar de la poca diferencia. Insisto: toda clasificación tiene este tipo de abusos. Más importante es el problema que se plantea cuando en un departamento además de las tres señaladas existe otra u otras de similar importancia como la avena y la cebada en el sur de Buenos Aires o la alfalfa en algunos partidos entrerrianos. En este caso hemos decidido colocar solo los productos que estén entre los tres primeros del departamento\partido, dejando el lugar en blanco si no corresponden a los tres elegidos, para mantener de esta manera la homogeneidad del cuadro.

Examinaremos la situación hacia 1908 por provincias, primero en general y luego por subdivisiones internas (departamentos, partidos, etc.). Luego intentamos agrupar regiones según producto y composición social. Iniciamos nuestro viaje en sentido norte/sur, comenzando por Santa Fe.

## **Santa Fe**

A partir de la información censal hemos calculado el peso de cada una de las categorías en la producción santafesina por producto, tal como se ven el Cuadro 17. En resumen, vemos que el estrato de semiproletarios tiene una participación mínima en el conjunto de la producción agrícola. El porcentaje más bajo se da en el trigo y en el lino por las razones antes apuntadas: no puede realizarse la tarea sin contratación de mano de obra asalariada. Como también puede apreciarse, los mayores porcentajes (que aun así son muy bajos) se dan en los cultivos forrajeros y en el maíz. Aun en el maíz, donde el chacarero puede sembrar con su familia 50 hectáreas, puede también realizar la juntada manual y puede incluso

hacer la desgranada sin contratar personal ya que se usa desgranadora de mano, su importancia es escasa.

Los porcentajes correspondientes a la pequeña burguesía son los más altos en todos los cultivos, aunque como veremos más adelante, no se trata de una presencia homogénea en toda la provincia. Hay dos anotaciones que realizar: una es que, si bien no aparece en el cuadro, el sector dentro de la pequeña burguesía responsable por la mayor parte de la producción es la ubicada entre las 100 y las 200 hectáreas, es decir, la menos pequeña de la pequeña burguesía. Hay que destacar nuevamente que esto es así en el trigo y en el lino, no en el maíz, donde el sector de 50 a 100 es más importante. Así las cosas, podemos decir que el trigo y el lino parecen ser la producción típica de la pequeña burguesía acomodada mientras el maíz lo es de la pobre.

El ámbito de la burguesía propiamente dicha es, como se ve, nada despreciable. Su participación es muy alta en los tres cultivos principales, especialmente en el trigo. En los tres la participación se acerca a la mitad del total de la producción, hecho que, igual que en el caso bonaerense (en el que supera la mitad) debe llamar la atención acerca de lo erróneo de la visión basada en la dicotomía terrateniente-chacarero, entendido éste como un productor pequeño. En realidad, estamos viendo aparecer una fuerte burguesía. Su tamaño puede verse en el dato que figura en el último renglón del cuadro: allí se mide la participación en el total de los productores con más de 750 has. En el trigo y en el lino, se trata de casi la quinta parte de la producción mientras, cosa sorprendente, supera la cuarta parte en el maíz, cultivo asociado siempre al chacarero pobre.

Examinando el problema por departamentos obtenemos los datos que ofrece el Cuadro 18. Como puede verse, en la mayoría de los departamentos domina en forma evidente la pequeña burguesía. Como puede apreciarse en el mapa adjunto, la provincia esta casi completamente abarcada por una sola región que la atraviesa en forma vertical empezando por los departamentos de San Cristóbal, San Justo y San Javier pasando por Castellanos, Las Colonias, La Capital, San Martín, San Jerónimo y bajando hasta Iriondo, Caseros y Constitución. Quedan fuera de esta región los departamentos de Belgrano, San Lorenzo y General López, donde domina la producción burguesa, aparentemente aislados (luego se vera por que decimos "aparentemente"). Lo mismo sucede con los departamentos de Garay y Rosario, dominados por la producción de semiproletarios y pequeña burguesía pobre. Estos últimos son responsables de una producción muy escasa, por lo que no son cuantitativamente importantes. Podemos señalar, además, que la pequeña burguesía pobre dedicada al maíz tiene una mayor importancia hacia el sur de la provincia en los departamentos de Iriondo, Caseros, Constitución y Rosario, donde constituye el estrato dominante. Los departamentos de San Cristóbal, Castellanos, Las Colonias, San Justo, San Javier, La Capital, San Martín y San Jerónimo son el territorio propio de la pequeña burguesía acomodada dedicada a la producción triguera o linera. Los departamentos de producción mayoritariamente burguesa son indistintamente de trigo o maíz, lo que demuestra que no hay una asimilación social estricta de cada producción.

**Córdoba**

Si pasamos a Córdoba, la situación es completamente distinta a la de Santa Fe. Aquí domina claramente la producción burguesa, como puede verse en los cuadros siguientes. El Cuadro 19 ofrece la información del total provincial, con alguna sorpresa. En efecto, aunque alguna bibliografía haya sostenido la presencia de pequeños chacareros, lo que aquí domina es la producción burguesa, es decir, en unidades de producción superiores a las 200 hectáreas. La provincia es mayoritariamente triguera ya que del total de la producción se lleva este cereal el 74%, frente al 10% del maíz y otro porcentaje similar del lino. Los porcentajes de la participación burguesa son muy elocuentes: en el 84% de la producción (trigo más lino) las unidades de más de 750 hectáreas tienen un peso notable, más de la cuarta parte del total de dichos cereales. En general, la participación de la pequeña burguesía apenas llega al tercio del total, mientras que la del semiproletariado y el campesinado es prácticamente nula llegando en el lino y el trigo al 1% y en el maíz, al 10% donde, además hay que recordar que la magnitud aparece sobredimensionada por la contabilización de toda la producción provincial, incluyendo a departamentos que corresponden al área agrícola tradicional en la cual ese cereal integra cultivos de subsistencia.

En resumen, Córdoba es más parecida socialmente al sur de Buenos Aires que a Santa Fe, lo que es coincidente con la idea de que estas tierras, las últimas en ponerse en producción, fueron pobladas por fracciones burguesas migrantes de zonas más cercanas a la colonización original, donde la renta había subido rápidamente.

Veamos ahora la participación por departamentos, para encontrarnos con otra sorpresa tan interesante como la anterior (Cuadro 20). El cuadro muestra palmariamente esto que señalábamos: en todos los departamentos, con la sola excepción de San Justo, domina la producción burguesa. En algunos departamentos como Juárez Celman las unidades productivas de más de 750 hectáreas llegan a representar más del 60% del total de la producción y en la mayoría oscila entre el 15 y el 20%. En este sentido, Córdoba es la inversa de Santa Fe. Por otro lado, la presencia de las unidades correspondientes al semiproletariado es casi nula: en el trigo y el lino en la mayoría de los departamentos no supera el 1% y sólo en uno llega al 12%. En el maíz, en la mayoría de los departamentos no supera el 10% y el máximo llega al 27%, debiéndose recordar que en toda la provincia la producción maicera sólo ocupa el 10% del área sembrada. La pequeña burguesía, en toda la provincia, apenas supera el 30%. Por departamentos, en tres su participación es baja, en Unión, Juárez Celman y Marcos Juárez. En el resto, con la excepción de San Justo, su participación oscila entre el 35 y el 40%.

### **Entre Ríos**

Siguiendo con Entre Ríos, el panorama ofrece una imagen donde puede apreciarse el dominio de la pequeña burguesía en el conjunto de la producción, especialmente en los dos productos más importantes, el trigo y el lino, que juntos totalizan el 88% de las has. sembradas de la provincia, con un 53% el primero y 35 el segundo. Veamos el cuadro 21. El panorama que se presenta es similar al

santafesino, pero se diría que en el conjunto de la provincia se nota una aparente (luego veremos por qué) mayor presencia de la pequeña burguesía más pobre.

Si lo vemos por departamento, la situación es la que refleja el Cuadro 22. En la zona netamente triguera, que abarca casi todos los partidos con excepción de Federación (maicero), Concordia y Colón (alfalfa) y Victoria (lino), sólo se destacan como dominados por la producción burguesa La Paz, Nogoyá y Gualaguay, mientras el resto, salvo Villaguay, con mayor proporción de semiproletariado, están en manos de la pequeña burguesía. Villaguay merece un párrafo aparte: en su territorio están ubicadas la mayoría de las colonias judías, especialmente Colonia Clara, la mayor. A pesar de esta presencia, el departamento muestra un dominio del semiproletariado. Sin embargo, años más tarde, a fines de la segunda década del siglo, Sagarna y Uzal señalan en la zona un promedio de 145 has. por familia, lo que tal vez muestre la existencia de una realidad social distinta. Más adelante veremos cómo un examen más detallado confirma esta sospecha.

### **Buenos Aires**

Si observamos el paisaje bonaerense, en el conjunto de la provincia se ve que la preponderancia de la burguesía en el conjunto de la producción es abrumadora en la mayoría de los cereales. La situación por partidos se refleja en el Cuadro 23. Si agrupamos a los partidos por producto y tamaño de la unidad económica, usando los datos del Cuadro 24, veremos que por un lado se destaca el área triguera donde prácticamente, con la excepción de Junín y Gral Lamadrid, todos los partidos donde el trigo es el producto principal pertenecen al ámbito de la producción burguesa. Mientras tanto, en el maíz, la situación es más variada: cortadas por una franja de departamentos pequeño burgueses y lineros, se extienden las dos áreas maiceras dominadas por la burguesía. Al norte la primera, con Pergamino, Ramallo, San Pedro y Zárate y al sur la otra, con Bragado, 25 de Mayo, Saladillo, Navarro, Alvear y Tapalqué. El resto de los partidos maiceros de carácter pequeño burgués ofrece una imagen dispersa, Arenales, Colón, Chacabuco, Chivilcoy, Baradero, San Antonio de Areco, Exaltación de la Cruz, Luján Campana y Pilar, por el norte y Lobos, Gral. Belgrano, Chascomús, Paz, Magdalena y Las Flores por el sur. En el centro de la zona maicera se encuentra enclavada la zona de predominio linero, con partidos pequeño burgueses (Rojas, Salto, Gral. Mitre (Arrecifes) y San Andrés de Giles) y burgueses (Carmen de Areco y Suipacha). Como curiosidad se descubre el semiproletario Mercedes, con predominio significativo de la alfalfa.

En los partidos trigueros, especialmente los del sur, se advierte la presencia muy importante de otras producciones como la cebada y la avena. Los partidos trigueros ocupan prácticamente más de la mitad de la provincia pero el grueso de la producción se ubica en la "medialuna fértil" que arranca desde Alvarado y Lobería siguiendo con Necochea, Juárez, Tres Arroyos, Coronel Dorrego, Pringles, Laprida, Las Sierras, Bahía Blanca, Villarino, Puán, Saavedra, Suárez, Lamadrid, Alsina, Guaminí, Bolívar Pehuajó, Trenque Lauquen, Pellegrini, Casares, Nueve de Julio, Tejedor, Lincoln, Pinto y Villegas.

En el caso del maíz, la mayor producción se encuentra en el conjunto de partidos pequeño

burgueses del norte de la zona maicera, que concentran el 21% del total de la producción provincial, seguidos por los partidos burgueses del norte, con un 14% y los del sur con un 11. Veamos qué sucede en La Pampa.

## **La Pampa**

No tenemos datos sobre divisiones departamentales, de modo que ofreceremos sólo los totales provinciales (Cuadro 25). En efecto, La Pampa (en ese entonces territorio nacional) muestra un predominio claro de la producción burguesa en todas los cereales y el lino y en un porcentaje superior al de otras provincias, cuando es común hablar de ella como zona dominada por un campesinado pobre. Lamentablemente, el censo agropecuario no ofrece información departamental para los territorios nacionales.

## **Un intento de regionalización**

El despliegue espacial de esta diversidad que hemos mostrado hasta aquí ha sido frecuentemente ignorado, siendo pocos los investigadores que superan la tentación de considerar a la pampa húmeda como una totalidad homogénea. Eso no significa que no existan propuestas de interpretación en clave regional del espacio pampeano, pero han tendido a ser ignorados por la mayoría de los investigadores.<sup>14</sup>

Toda demarcación regional busca encontrar criterios comunes que hagan aparecer aquello que estaba oculto detrás de otro orden. De allí que los criterios que se tomen dependen siempre de aquello que se busca. En este caso, buscamos a la burguesía agraria cerealera desplegada a lo largo de la pampa. Por eso nuestra regionalización es en extremo sencilla: quién está en dónde haciendo qué.

Hasta aquí hemos tratado de ofrecer un cuadro por provincias, pero el marco provincial no es el más adecuado: en efecto, el área sur de Córdoba parece estar mejor conectada con Buenos Aires que con su propio norte, algo similar a lo que ocurre entre el norte y sur bonaerenses y sus pares pampeanos. Podemos ahora reconstruir la unidad de las regiones más allá de los límites provinciales. Quedan definidas a partir de la cruz de producto y grupo social responsable de su mayor volumen: una región triguera burguesa, otra triguera pequeño burguesa junto con las maiceras burguesas y pequeño burguesas. Los departamentos/partidos agrupados en regiones son separados en función del volumen producido, destacando así áreas principales y secundarias. Nos quedan entonces, las siguientes regiones:

1. El **área triguera burguesa principal** que incluye todos los partidos de Buenos Aires desde el límite con La Pampa hasta la línea que pasa por Lincoln, 9 de Julio, Bolívar, Olavarria, Juárez, Tandil, Balcarce y Pueyrredon, quedando estos partidos incluidos en el área; todos los departamentos del sudeste cordobés menos San Justo, incluyendo Gral. Roca, Río Cuarto, Juárez Celman, Unión, Marcos Juárez,

Tercero Arriba, Tercero Abajo y Río Segundo; toda La Pampa y el departamento santafesino de Belgrano. Podemos incluir aquí a Gral Lamadrid por razones de comodidad.

2. El **área triguera burguesa secundaria**, que incluye solo tres departamentos de Entre Ríos, Nogoya, Gualeguay y La Paz.

3. La **área triguera pequeño burguesa principal**, que incluye el departamento San Justo en Córdoba y los de San Cristóbal, Castellanos, Las Colonias, San Martín y San Jerónimo en Santa Fe.

4. El **área triguera pequeño burguesa secundaria**, nuevamente, reúne a los partidos entrerrianos de Paraná, Diamante, Rosario de Tala, Gualeguaychú y Concepción del Uruguay, pudiendo incorporar aquí a Villaguay, Colón, Concordia, Victoria y Federación en orden a lo ya dicho.

5. El **área maicera burguesa principal** con los departamentos de Gral. López y San Lorenzo, más los bonaerenses de Pergamino, Ramallo, San Pedro y Zárate.

6. El **área maicera pequeño burguesa** que agrupa a los departamentos santafesinos de Iriondo, Caseros y Constitución y los bonaerenses de Arenales, Colón, Chacabuco, Chivilcoy, Baradero, San Antonio de Areco, Exaltación de la Cruz, Pilar, Luján, Las Heras, Lobos, Belgrano, Paz, Magdalena, Chascomús y las Flores. Aquí podemos agregar a Junín.

7. El **área maicera burguesa secundaria**, compuesta por los partidos del centro de Buenos Aires como Bragado, Navarro, 25 de Mayo, Saladillo, Alvear y Tapalque. Aquí podemos agregar a Monte.

8. El **área linera pequeño burguesa principal**, ubicada en Buenos Aires con los partidos de Rojas, Salto, Mitre a los que añadimos a Carmen de Areco y Suipacha a pesar de ser burgueses.

9. El **área linera pequeño burguesa secundaria** con los departamentos santafesinos de La Capital, San Justo y San Javier a los que se suma el semiproletario de Garay.

El mapa de estas regiones nos resultará de mucha utilidad al momento de examinar las huelgas agrarias.

### **Tamaño y acumulación de capital**

Para completar nuestro conocimiento del mundo burgués cerealero, podemos agregar datos sobre el nivel de acumulación de capital, comparando las regiones en términos de mecanización. Para eso,

confeccionamos el Cuadro 26, para observar los promedios de máquinas de los partidos/departamentos que conforman el Área triguera burguesa principal, el 27, correspondiente al Área Pequeño Burguesa Triguera Principal, el 28, dedicado al Área Triguera Burguesa Secundaria, y el 29, para Área Pequeño Burguesa Triguera Secundaria.

Veamos ahora, qué pueden decirnos estos cuadros sobre la participación de cada tipo de productor en la incorporación de maquinaria agrícola. En primer lugar, en una comparación por regiones, podríamos decir que, con la única excepción de el área pequeño-burguesa de Entre Ríos, secundaria por su producción pero notablemente mecanizada (en Villaguay se dan niveles de cosechadoras similares a los del sur de Buenos Aires), la mayor mecanización corresponde a zonas con predominio burgués. El caso entrerriano debe analizarse por separado, cosa que haremos más adelante. La otra cuestión importante, es que no hay una diferencia abismal en la composición orgánica del capital de las diferentes zonas. Si bien a primera vista impresiona la ventaja que los partidos bonaerenses del sur tienen en cuanto a cosechadoras, hay que recordar varias cosas: primero, estas máquinas son pequeñas, por lo que no equivalen ni al trabajo diario de una segadora ni mucho menos al de una trilladora. Por lo tanto, una muy fuerte cantidad de estas máquinas no está denunciando necesariamente una capacidad técnica muy elevada. Por otro lado, numéricamente su importancia no es grande y su participación en la producción era mínima. Es un error tomar como parámetro a la cosechadora para medir niveles tecnológicos. Por esto, la conclusión más importante que podemos obtener hasta aquí, es que la tecnología estaba más o menos bastante bien difundida en toda el área pampeana, aunque la vanguardia tecnológica parecía localizarse en el sur bonaerense, coincidiendo con el predominio de la producción burguesa.

En el maíz es prácticamente imposible realizar el mismo tipo de cuadros que para el resto de los cereales ya que los censos no distinguen entre desgranadoras de mano y de vapor. Sin embargo, podemos señalar que el contratismo está tan extendido aquí como en los otros cereales, aunque probablemente, dado el menor tamaño de los productores maiceros, el componente de cerealistas, terratenientes e independientes sea más importante que el de aquellos. Como atestiguaba Boglich, la desgranada era realizada por “el comercio cerealista y por pequeños empresarios que utilizan exclusivamente mano de obra asalariada”.<sup>15</sup>

De todos modos, lo que estas cifras dicen es que la clasificación que hemos hecho es coherente: la mayor tecnología coincide con la mayor capacidad de acumulación.

## **II. Una mirada cualitativa**

Para superar las limitaciones del Censo 1908, vamos a examinar algunas experiencias particulares, de relevancia para nuestra investigación, desde una mirada más cualitativa. Nos meteremos en el interior de esas subregiones para observar con más detalle sus características

## El paraíso burgués: Tres Arroyos y Necochea<sup>16</sup>

Los partidos que van a ser escenarios de una parte importante de la historia que aquí contaremos, pueden ser examinados de cerca gracias a una fuente excepcional, la *Guía Chacra y Estancias de nuestra tierra* (en adelante, CyE). Se trata de una recopilación fabulosa de datos in situ, llevada a cabo entre 1929 y 1930 en los partidos de Necochea y Tres Arroyos. Lamentablemente para nosotros la tarea concluyó allí. Una comisión se trasladaba chacra por chacra inquiriendo sobre varios temas: nombre del dueño o arrendatario, domicilio por donde recibe correspondencia, ubicación de la chacra, nacionalidad del dueño o arrendatario, lugar de nacimiento, estado civil, nombre de la esposa, cantidad de hijos y su nombre, tamaño de la unidad productiva, calidad del campo y porcentaje de tierra útil dentro de la unidad productiva, cantidad de potreros en que está dividida, número de aguadas, profundidad a la que se encuentra el agua y grado de salinidad, fecha desde la que arrienda el mismo predio o en que lo compró, precio que paga en el momento de la encuesta y de que pagaba en el primer arriendo, tipo de arrendamiento (contrato convencional, mediería, subarrendamiento, porcentaje de cosecha exigida), cantidad de socios que arriendan, otros predios arrendados o poseídos por la misma persona o sociedad y su ubicación, valuación fiscal y precio comercial, casas construidas y su número de habitaciones, material de la misma (zinc, barro o cemento), habitaciones para peones mensuales, herrerías, cocinas, garages y tinglados, cantidad de molinos y de máquinas de cosecha (trilladoras, cortadoras, tractores, cosechadoras, automóviles, camiones con o sin acoplado, limpiadoras de cereales, esquiladoras, enfardadoras, todas con sus respectivas marcas), cantidad de hectáreas sembradas por producto, rendimientos respectivos en fanegas, cantidad de animales por tipo, calidad de la hacienda, premios obtenidos, distancia de la estación o pueblo más cercano y estado del camino. La descripción se acompaña siempre con una foto de la casa central y la marca de propiedad.

Con todo lo detallado que parece, hay datos que faltan: no hay noticia sobre la tecnología de siembra, que es evacuada con la fórmula “demás elementos necesarios para el cultivo de la tierra”. Sólo puede verse si hay diferencias en la dotación de tecnología de siembra por las variaciones que sufre la fórmula: “tiene todos los elementos necesarios...”, “tiene algunos de los elementos necesarios...” o “el señor ... trabaja la tierra con los elementos de su padre (o hermano o del dueño del campo)...”. No hay datos de ningún tipo sobre elementos de transporte (carros, chatas, etc.) que no sean autos o camiones, lo que disminuye artificialmente la dotación de capital de la unidad productiva. Tampoco la información está completa para todos los casos, lo que obliga a excluirlos de cualquier tratamiento. En otros, falta alguna dimensión importante: la estancia de Justo Aldamiz, en el partido de Necochea, tiene 650 hectáreas sembradas con diferentes cereales pero no hay indicación alguna sobre máquinas o implementos, lo que abre la duda sobre si no tiene o no fue registrado, especialmente porque se trata de una estancia de 1.335 has. A veces la cantidad de has. sembradas excede el tamaño declarado de la unidad productiva sin indicios de que arriende a vecinos linderos. En otros no se indica

la cantidad de hectáreas sembradas. Sin embargo, el dato que más nos podría haber dicho sobre el conjunto de las relaciones sociales en el agro pampeano, la cantidad de mano de obra asalariada permanente y temporaria, está completamente ausente.

A pesar de esto, la información contenida en los dos tomos de la guía es realmente fantástica y nos ayudará a testear la imagen obtenida en el Censo de 1908. Es cierto que 20 años separan ambas fuentes y que parece difícil pensar que “no es nada” y que el patrón de tenencia de la tierra, tamaño de unidad y orientación productiva se mantengan inalterables. Sin embargo, a primera vista, los cambios parecieran ser cuantitativos y no cualitativos. Vamos a tabular datos sobre nacionalidad, promedio de tiempo de arrendamiento del mismo predio, tipo de tenencia de la tierra, uso de la misma, tamaño de la unidad productiva, distribución de la producción dentro de la unidad y tecnología.

Siguiendo con el criterio establecido en el acápite anterior, separaremos a los productores en clases, pero, gracias a la riqueza de la fuente que usamos, trataremos de avanzar un poco más allá. Primero repetiremos el corte tripartito con el que encaramos el Censo de 1908. Luego intentaremos un agrupamiento más comprensivo.

A partir de estos cuadros podemos adentrarnos en la estructura social del agro tresarroyense. En el número 30, que especifica la cantidad de tierra controlada por cada estrato en total según propiedad o arrendamiento, podemos observar que en el estrato correspondiente a los semiproletarios, los propietarios son mayoría (casi el doble) mientras que la situación se invierte en los dos siguientes. Si recordamos que lo que se mide es unidades explotadas (excluye a aquellas que están arrendadas o subarrendadas a terceros y no son explotadas por el titular), podemos ver que en Tres Arroyos la mayor parte de la producción recae en manos de arrendatarios, lo que implica una importante presencia de terratenientes absentistas (es decir, sólo se apropian de renta) y/o burguesía terrateniente (se apropia de renta y de ganancia en la medida en que explota parte o todo su predio). Como veremos más adelante, el estrato semiproletario es insignificante en el conjunto de hectáreas bajo explotación. Es en el estrato de la pequeña burguesía donde el arrendamiento más importante que en el resto. En efecto, sobre un total de 23.304 has., sólo 5.003 son de propietarios (21,5%) y el resto arrendadas. Sin embargo, en conjunto, el estrato es muy pequeño. En el estrato de la burguesía es donde vuelve a crecer la participación de los propietarios pero apenas supera el tercio del total. Si pasamos al Cuadro 31, podemos ver con más detalle la participación de cada estrato en el control de tierra y su uso (el 32 expresa lo mismo que el 31 pero en %). El estrato semiproletario es numéricamente pequeño pero su control de tierra y participación en la producción es más pequeño aún ya que, si en número araña el 5%, en producción nunca superan el 0,5%. La pequeña burguesía es numérica y productivamente más importante pero lo primero más que lo segundo: si llega a la cuarta parte en explotaciones, su control de la producción no llega al 10% en agricultura y a la mitad de eso en ganadería. Dentro de la agricultura, cultiva más trigo que otros cereales (aunque la importancia de su producción no triguera en el conjunto es mayor) y en ganadería tiene más vacas que ovejas, lo que podría estar reflejando más que una dedicación prioritaria a la cría bovina, el peso de los animales lecheros y de carne para

consumo propio, ya que como veremos en el 18, la pequeña burguesía es fundamentalmente cerealera antes que ganadera. Si volvemos a la burguesía vemos que su dominio es absoluto en número pero mucho más abrumador en control de producción. Si en el primero supera los dos tercios, en el segundo está siempre por arriba del 90%. Su peso en el total es mayor en ganadería que en agricultura. Si vemos por producción, podemos concluir que el 90% de la producción tresarroyense de cereales está en sus manos, lo que implica un alto desarrollo de las fuerzas productivas y de la división social del trabajo. Alcanza su mayor dominio en la producción lanar pero es muy similar en todos los casos.

Si vemos ahora los Cuadros 33 y 34, podemos tener una idea más precisa aún sobre la participación de cada estrato en el total de producción y su dedicación prioritaria<sup>17</sup>. El conjunto del partido es más agrícola que ganadero (55,5 contra 44,5%), más triguero que otros cereales (30,8 contra 24,7%) y más lanero que vacuno (23,1 contra 21,4%). El trigo es la principal producción de todo el partido aunque no por un margen demasiado grande (entre 5 y 8% de ventaja sobre cualquier otro). Le sigue el resto de la producción cerealera y luego lanares y vacunos. En conjunto la tierra aparece bastante uniformemente distribuida por producción, lo que contrasta con las diferencias entre propiedad y arrendamiento, síntoma de que no había grandes diferencias entre las opciones productivas de uno y otro. Si lo vemos por categoría, vemos que el semiproletariado seguía de bastante cerca esta pauta, si se exceptúa la mayor importancia dada a los vacunos, aunque eso debe tener que ver con la presencia de animales para leche y consumo personal. En cambio, la pequeña burguesía es abrumadoramente agricultora (78,2% en cereales frente a 21,8 en ganadería). Sin embargo, su escaso peso sobre el total le impide modificar significativamente el conjunto. Es la burguesía la que sigue la pauta más estrechamente aunque se nota un mayor peso (aunque leve) de la producción ganadera. En conjunto, tendríamos hasta ahora un partido dominado por la burguesía, dedicada a una importante diversificación productiva, mayoritariamente arrendataria.

Veamos, ahora, Necochea. Como puede verse en el Cuadro 35, el dominio del arrendamiento en las unidades en explotación es bastante mayor en Necochea que en Tres Arroyos. En Necochea casi el 76% de las explotaciones están arrendadas y sólo un cuarto son de propiedad. El porcentaje de unidades explotadas por arrendatarios es más alto en la pequeña burguesía, donde alcanza a casi el 86%. El más bajo está en la burguesía, con casi 75%. En el Cuadro 36 podemos ver como la participación baja en número de explotaciones de los semiproletarios vuelve a traducirse en una más baja aún participación en la producción, alcanzando con mucho el 0,4%. Algo similar aparece en la pequeña burguesía (más importante que en Tres Arroyos pero igualmente poco significativa) que tiene una participación mucho mayor en los cereales que en la ganadería (las hectáreas dedicadas a la agricultura triplican a las dedicadas a la ganadería). Dentro del conjunto de su producción, la pequeña burguesía es fundamentalmente triguera, siguiendo en importancia los otros cereales, el ganado vacuno y por último, las ovejas. La burguesía también dedica la mayor parte de sus esfuerzos a la agricultura cerealera y, en especial al trigo, aunque el conjunto de sus opciones productivas está más equilibrado que en las categorías anteriores pero no alcanza el grado de homogeneidad de Tres

Arroyos, especialmente por la baja importancia de su ganado lanar. En la ganadería la importancia del vacuno en la categoría burguesa casi duplica la del lanar (Cuadros 37, 38 y 39). En resumen, de trata de un partido tan burgués como Tres Arroyos, con un poco más de pequeña burguesía, con una orientación productiva más definida en favor de la agricultura y, dentro de ésta, del trigo, en explotaciones mayoritariamente arrendadas.

Podemos, entonces, tomar los resultados de la *Guía* como indicador de la fiabilidad de las conclusiones obtenidas del Censo 1908. Recordemos la información obtenida de Tres Arroyos y Necochea a partir del Censo 1908, y comparémosla con la de la *Guía*, siguiendo el Cuadro 24. Lo que aquí medimos es el peso de los productores trigueros en ambos partidos en 1908 comparados con los productores en su unidad, tal como aparecen en la *Guía*. Lo que vemos entre paréntesis bajo el acápite “trigo” es el peso de esta actividad en el conjunto de la producción cerealera de cada partido según el *Censo* de 1908. Es clara la fuerte divergencia que se da en ambos partidos entre ambas fechas: la pequeña burguesía de Necochea se reduce a menos de la mitad, mientras la tresarroyense a casi la cuarta parte. La importante desviación entre ambos partidos (mientras en Necochea se reduce a la mitad el peso de la pequeña burguesía, en Tres Arroyos lo hace a un cuarto) puede deberse al distinto peso del trigo en la estructura productiva: cuanto mayor es el peso de este cereal, mayor es la posibilidad de coincidencia entre el registro del censo y la unidad de explotación real (Necochea tendría una producción más monocultural que Tres Arroyos, más diversificada). En ambos casos, el peso de la producción burguesa supera el 90%, lo que es muy superior a lo que estimamos nosotros y otros autores.

¿Qué podemos deducir de esto? Primero, que, si extrapolamos la situación local al conjunto, tenemos que el peso de la producción burguesa podría aumentarse entre un 10 y un 20%, con lo que pasaría de un 60 a un 75 u 80% del total. El resto quedaría en manos de la pequeña burguesía, cuyo ingreso depende fundamentalmente de mano de obra asalariada. Podríamos terminar esta incursión por la estructura social del sur bonaerense resumiendo brevemente el resultado: más que cualquier otra cosa, lo que parece predominar en el sur es lo que podemos llamar “chacra mixta”, de entre 200 y 1.000 has., predominantemente cerealera aunque con grados importantes de producción ganadera, en explotaciones arrendadas.

### **El significado de veinte años**

¿Es posible extrapolar estos resultados al conjunto de la región pampeana? Es decir, ¿podríamos utilizar como factor de corrección un porcentaje del 10 al 20%? Por el contrario, si la diferencia la adjudicamos a 20 años de acumulación de capital, lo que no es disparatado, entonces los datos del *Censo* se quedan como están. Como sea, el ejercicio parece confirmar su validez, en todo caso, consolidando sus datos como un piso. Es decir, cuando hablamos de “chacareros”, nos referimos a un constructo ideológico que esconde a pequeña burguesía explotadora y a burguesía “media”.

Otros datos indirectos confirman estas apreciaciones. En relación a la situación entrerriana, podemos aceptar el resultado del *Censo*, remitiendo al lector a nuestro análisis de la colonización judía, que combinaba estímulo a la acumulación de capital junto con una actitud remisa a permitir la expansión territorial.<sup>18</sup> Que la provincia de Santa Fe, sobre todo hacia el centro norte es el reino de la pequeña burguesía no debe sorprender a nadie, de modo que la imagen de 1908 vuelve a ser confirmada en sus líneas generales. También es conocido que el sudeste cordobés tiene una estructura más “burguesa” que el centro de Santa Fe y es más parecido al sur de la misma provincia.<sup>19</sup>

### III. Los otros burgueses: contratistas y cerealistas

Desde siempre se supo que la estructura agraria pampeana incluía una serie de personajes importantes que, además de los chacareros, resultaban cruciales a la hora de entender los problemas de la agricultura. Lamentablemente, no han recibido hasta ahora ningún tratamiento sistemático. En la medida en que varios de ellos resultan antagonistas de nuestro protagonista, resumiremos aquí la información encontrada, aunque más no sea para comprender su naturaleza.

#### 1. Contratistas de maquinaria agrícola

Si podemos estar razonablemente seguros de que las segadoras son las máquinas mejor distribuidas de toda la pampa, en la medida en que eran accesibles a chacareros y burgueses por igual, las máquinas más caras e importantes, las trilladoras, no siempre estaban en manos del productor sino en las de un tercero, el contratista. El contratista está ausente en casi todos los documentos de origen oficial, muy especialmente de los censos. Sólo en el de 1937 aparece como categoría ocupacional: “aquellos que realizan tareas agrícolas (aradas, siembras, cosechas, etc) por cuenta ajena y por un tanto”. Eran, en todo el país, 8.810. De estos, 2.735 estaban en la región pampeana (apenas un 20% más que los que concentraba Mendoza) y se repartían de la siguiente manera: 582 en Buenos Aires, 898 en Córdoba, 298 en Entre Ríos, 838 en Santa Fe y 119 en La Pampa. Comparados con las 37.000 cosechadoras que el mismo censo certifica, el número de contratistas no parece ser importante. Puede haber situaciones intermedias: ¿diferenciaría el censista al chacarero con exceso de máquinas que se transformaba en contratista al terminar su propia cosecha?<sup>20</sup> Dudosamente. Si esto fuera así, el contratismo habría estado mucho más extendido que el contratista.<sup>21</sup> El censo sólo mide lo que hoy se denomina “contratismo puro”, a diferencia de lo que sería el “productor contratista”.

Casi todos los textos que hablan del contratismo lo consideran una práctica muy reciente, tanto como los años '40.<sup>22</sup> La presencia de los contratistas es tan antigua como la agricultura pampeana misma, al menos desde que esta se transforma en cultivo de exportación. Ya hemos citado a Zevallos

mencionando la experiencia de contratistas de trilla a pata de yegua, que iban “de era en era realizando la trilla por un tanto”, en una definición que concuerda con exactitud con la que dará el censo citado, 60 años más tarde. Las investigaciones del Ministerio de Agricultura durante el segundo gobierno de Roca, revelarán lo extendido de la práctica:

“Los colonos por lo general no pueden gastar 3.000 a 4.000 pesos oro, que es lo que cuesta una buena trilladora con su motor, y por otra parte, no les convendría hacer semejante gasto para extensiones cultivadas relativamente pequeñas. Y como el espíritu de asociación, la idea de formación de sociedades cooperativas no hace camino aun entre los cultivadores de Entre Ríos, resulta que tienen forzosamente que hacer trillar el trigo por terceros, pagando un tanto por la trilla de cada 100 kilogramos de productos, a los dueños de las maquinas, los que son: ya comerciantes y acopiadores de granos a la vez, ya dueños del terreno arrendado por el colono o explotado como medianero, ya por fin, personas ajenas a la explotación. (...) Los convenios o contratos de los colonos con los dueños de trilladora son variables, según los elementos con que cuenta el colono, el número de personas de trabajo que hay en la familia, las costumbres de cada localidad, etc. Pero lo más común es que el trillador corra con todos los gastos de trilla, poniendo el colono tan sólo los animales para el transporte de la máquina trilladora y su motor hasta el lugar de la trilla.”<sup>23</sup>

El mismo sistema esta atestiguado en Miatello y en Huret. Señalaba este último:

“La recolección se efectúa en todas partes por medio de segadoras mecánicas y trilladoras a vapor o al aceite de nafta. La trilla se realiza por empresas, pues todos los cultivadores no poseen trilladoras a vapor. Varios contratistas llegan a la hacienda con su personal y su material, efectuando en algunos días la tarea.”<sup>24</sup>

Todavía en los '30, Boglich atestigua la persistencia del fenómeno:

“La trilla del cereal emparvado se halla a cargo de las casas cerealistas de la campaña o de pequeños empresarios que poseen equipos de maquinas trilladoras y realizan esas operaciones por cuenta de los comerciantes cerealistas o de los mismos colonos. En estas labores no interviene el colono ni sus familiares, pues son efectuadas exclusivamente por asalariados.”<sup>25</sup>

El contratismo estaba muy ampliamente extendido: chacareros con exceso de máquinas, cerealistas y terratenientes son los más importantes “contratistas”. El contratismo tiene varias funciones: 1) como salida al exceso de capital de chacareros con pocas probabilidades de explotar más tierra; 2) como crédito encubierto, facilitando el acceso a la producción a chacareros descapitalizados; 3) como homogeneizador y difusor de la tecnología; 4) como instrumento de control y de extracción de

excedentes del chacarero pobre, por parte del cerealista y el terrateniente. El problema consiste en cómo medir el alcance del contratismo (que como ya señalamos, no equivale a medir la cantidad de contratistas). Tenemos, por ahora, un modo aproximativo, el de observar el fenómeno de la no coincidencia de los partidos/departamentos con mayor mecanización y los de mayor producción. Según Cilley Vernet:

“Las trilladoras están distribuidas en la Provincia, en forma muy variable, no guardando relación con las exigencias locales; aunque si bien es cierto que considerando en conjunto una región, no resulte así. Se observa este hecho en la región norte, por ejemplo, que tiene la mayor extensión de tierra cultivada, donde se encuentran localidades con un reducido número de estas máquinas que no bastan a llenar las necesidades de la misma. En una gran parte de los casos, no se encuentran diseminadas en relación a la intensidad del cultivo, supliéndose esta insuficiencia con el exceso de máquinas resultante en cualquier otro punto. Así ha sucedido en ciertos partidos, que casi todas las máquinas que han funcionado no son de la localidad y proceden generalmente de los alrededores y a veces de parajes relativamente lejanos.”<sup>26</sup>

Hay en Buenos Aires, según la misma fuente, 892 trilladoras repartidas entre 739 personas, lo que significa que hay, por lo menos, 153 dueños de dos trilladoras. Repasando el listado de trilladoras que ofrece Cilley, se descubre que hay 220 máquinas que han trabajado fuera de su localidad, lo que significa que por lo menos el contratismo llegaba al 28%, medido sobre el total de máquinas que efectivamente trabajaron. Debe tenerse en cuenta que esto mide sólo la cantidad de máquinas que trillaron fuera de la localidad de origen, lo que significa que puede haber muchos más contratistas que trillaron en su lugar de origen y que no pueden descubrirse. Además, hay 262 trillas realizadas por máquinas que no eran de la localidad, lo que quiere decir que hay por lo menos 21 máquinas que trillaron en dos partidos aparte del propio.

Cilley ofrece también la cantidad de explotaciones trilladas por cada trilladora (aunque no en todos los casos). Si tenemos en cuenta que sólo 51 trilladoras han trillado una sola explotación en toda la campaña, eso significa que el resto de las 794, 743, han trabajado en dos o más. Si damos por sentado que esas 51 máquinas pertenecen a productores (burgueses o chacareros) que sólo han trabajado en su tierra, podemos suponer que el resto ha formado parte del contratismo, en tanto que ha trillado su cosecha y al menos la de otro productor más. Si de 794 dueños de trilladoras, 743 han practicado el contratismo, eso significa que éste alcanza al 94% de los propietarios de maquinaria. Si esto es así, el contratismo era una práctica notablemente extensa, al menos en la provincia de Buenos Aires y no había, prácticamente, dueño de trilladora que no la practicara. Lo que no podemos saber es qué porcentaje de contratistas eran chacareros, dueños de casas cerealistas o capitales independientes. Hay partidos con exceso de maquinaria que no son productores, como Lobos o San Isidro, por lo que, probablemente fueran el asiento de capitales independientes. Esto significa, entre otras cosas y dicho de paso, que la

mecanización es llevada adelante por una pluralidad de sujetos, lo que equivale a señalar que chacarero pobre no equivale a agro atrasado.

En el maíz es prácticamente imposible realizar el mismo tipo de cuadros que para el resto de los cereales ya que los censos no distinguen entre desgranadoras de mano y de vapor. Sin embargo, podemos señalar que el contratismo está tan extendido aquí como en los otros cereales. Como atestiguaba Boglich, la desgranada era realizada por “el comercio cerealista y por pequeños empresarios que utilizan exclusivamente mano de obra asalariada”.<sup>27</sup>

Sobre la importancia de estos “pequeños empresarios”, distintos del chacarero sobre mecanizado y que aquí hemos denominado “independientes”, muy poco tenemos para decir. Sabemos que había “empresarios de trilla” pero no tenemos más que noticias aisladas, por ejemplo, el caso de Clemente Cabanetts, frances fundador de la cooperativa agrícola “El Progreso agrícola de Pigue”, en 1898, que era administrador de máquinas trilladoras en Olavarría, un partido bonaerense con alto nivel de contratismo.<sup>28</sup> Sin embargo, noticias aisladas no permiten cuantificar su peso. Algunas situaciones especiales deben haber fomentado el contratismo: en las colonias judías la entrega de créditos para la compra de insumos, al mismo tiempo que la prohibición de expandirse más allá de las 150 has. y de emplear asalariados gestaba una dinámica particular. Con créditos, pero dificultado en el acceso a más tierra, el colono tenía vía libre a la adquisición de maquinaria. No es casualidad, entonces, que el “semiproletario Villaguay”, departamento donde estaba la colonia Clara, tenga un nivel de mecanización altísimo, comparable al del sur bonaerense incluso en la vanguardia tecnológica representada por la cosechadora. Estas limitaciones gestaban migraciones de capital que no salían de la actividad agraria sino más bien implicaban un proceso de integración vertical de la misma (chacareros que convergían en el área comercial como cerealistas, empresarios de trilladoras, compañías de transporte, etc.).<sup>29</sup>

La trilla era una tarea descomunal y la trilladora no podía moverse porque sí. Por haberse acordado tarde de contratar la trilla, Elías Marchevsky y sus compañeros colonos judíos de La Pampa, por ejemplo, tuvieron que garantizarle a un contratista de Bordenave que podría trillar el fruto de 1.800 has. para convencerlo de movilizarse hasta la zona. Relata también la competencia entre los chacareros para que su trigo se trillara primero, antes de la lluvia, además de las penurias de los chacareros de pocas hectáreas cuyo campo quedaba fuera de la línea de paso de un contratista.<sup>30</sup>

Las compañías de colonización ligadas al negocio capitalista en sentido estricto actuaban de otra manera. Según Girbal de Blacha, el concesionario del centro agrícola “La Luisa” de Trenque Lauquen, José Guazzone (probablemente Giuseppe Guazzone, el mayor productor de trigo del mundo, al decir de Scobie), es acusado por sus colonos de lo siguiente:

“...Don Guazzone se ha quedado con el producto integral de la cosecha (...) no hay médicos ni medicamentos para nosotros. Por lo que es de la manutención pagamos la yerba por ejemplo 8 pesos la arroba, y la misma vale 3 p. 90 en Tque Lauquen (...) Se queda el Patrón con la seguridad de los animales y del material cuando hay unos cuantos chacreros que han pagado mucho más que lo que debían; no da

ninguna escritura de la tierra...”

Según nos informa Girbal, Guazzone es propietario de la empresa de colonización “La Habilidadora” de Olavarría, “cuya misión principal es hacer producir sus propias tierras por medio del arrendamiento, tanto en Olavarría como en Trenque Lauquen”.<sup>31</sup> Que el tal Guazzone no les provea de los elementos necesarios, no debe provocar ninguna sorpresa ya que en el Centro La Luisa, de la estación Berutti, en Trenque Lauquen, sólo trabajaron en 1895 cuatro trilladoras, de las que tres son, aparentemente, copropiedad de Guazzone...<sup>32</sup> De lo que esta historia nos informa es de la medida en que las compañías de colonización podían actuar como limitadoras de la mecanización, succionando excedentes de los chacareros y poseyendo las máquinas indispensables, con las que aumentaría la extracción del excedente con los precios extorsivos que le permite el monopolio de la tecnología. Este Guazzone parecía ser al menos copropietario de 4 trilladoras como mínimo. Sus formas de acción eran típicas:

“los acaparadores de la tierra mandaban a trillar cuando a ellos se les antojaban, ni siquiera le avisaban al agricultor y daban comienzo de una punta de la colonia y terminaban por riguroso turno las veinte o treinta chacras de esos agricultores que no podían trillar con otra máquina más que la que mandaba el acaparador de la tierra...”<sup>33</sup>

Chacareros poco capitalizados, con dificultad para mecanizarse y acceder a parcelas más grandes en arrendamiento o propiedad, problema que se acelera rápidamente, debían caer bajo la dependencia de sus arrendadores, que, a medida que pasa el tiempo y aumenta la demanda de tierras, adquieren más poder frente a los chacareros. Los mecanismos son tanto un monto mayor de renta como el sobreprecio por servicios de contratación obligatoria. Cuando la crisis estalla, afecta más a aquellos que están en una mayor dependencia. No es raro que Santa Fe fuera el eje de la rebelión chacarera, en la medida en que, por varios mecanismos, el pequeño burgués está siendo expropiado de sus condiciones de producción. La función expropiadora de la trilladora es ampliamente reconocida, por lo que no es extraño que una de las exigencias más importantes del Grito de Alcorta fuera borrar de los contratos la obligación de trillar con las máquinas que determine el terrateniente o el subarrendador. También el acopiador utilizaba la trilladora como instrumento de dominación:

“Las máquinas trilladoras y desgranadoras de esos acopiadores por lo general llevan un personal tan ducho en el arte de explotar al colono, que hay casos, aparte de los varios que voy a denunciar, en que ni las gallinas se salvan. En lo relacionado con la fecha de la trilla, también prefijada en el boleto, ésta se lleva a cabo cuando el acopiador cree necesario o le conviene y postergarla de 30 a 60 días, es cosa que poco le preocupa aunque el colono esté expuesto a desmejorar o perder parte de su cereal por lluvias, incendios u otras circunstancias. Omito aquí la ganancia sin tasa ni medida que obtiene el

acopiador con la trilladora o desgranadora y de acuerdo con los precios que por trilla y bolsa cobra o descuenta al colono, desde el momento que debido al arreglo que de antemano mantienen los acopiadores, dueños de máquinas en general, éstos son uniformes y por lo tanto hacen inoficiosa la intervención del colono para modificarse. (...)

Toda balanza de máquina trilladora o desgranadora está a cargo exclusivo de otro empleado del acopiador, llamado apuntador. Estos empleados son considerados tanto mejores cuanto mejor conocen el manejo de la balanza preparada, y más hábiles resultan para manejarlas. Son a sueldo y tienen como sobresueldo de pesos 1 a pesos 1,20 por cada bolsa de cereal que puedan sustraerle al colono sin pesar, operación que realizan con la mayor naturalidad y al menor descuido del chacarero...”<sup>34</sup>

Ejemplos de grandes empresas que daban “servicios” de trilla pueden verse en el caso de los Ariaudo, de Córdoba, en su momento poseedores de la única trilladora a vapor de la colonia Deán Funes.<sup>35</sup>

Es evidente que en algún momento los contratistas de maquinaria entraron en lo que parece un período de transformación que facilitó el olvido de su historia anterior a los '50. Probablemente ese momento fue la década de 1930, cuando el viejo contratista apoyado en la propiedad de la trilladora se vio desplazado por la compra de cosechadoras por parte de los chacareros, que ahora realizaban por su cuenta la cosecha. Es probable también que de aquí, de chacareros que se funden en los '30 y se apoyan en el la propiedad de las máquinas, salga la nueva generación de contratistas. Un dato interesante es que los contratistas, que como veremos tienen un protagonismo notable en las huelgas de 1918-22, están ausentes de la huelga de 1928.

## 2. Los cerealistas

Como señalamos más atrás, la persistencia de la dicotomía terrateniente\chacarero ha cerrado el camino a imágenes más complejas de la estructura social pampeana, olvidando el análisis de las formas de comercialización y sus actores. Desde el “ramero” a las grandes comercializadoras se extiende un universo bastante desconocido de firmas dedicadas al mercado interno que a veces podían desarrollar una alta complejidad, uniendo empresas colonizadoras, explotación directa, molinos, etc. Su papel en el desarrollo agrario no ha merecido gran atención hasta ahora.<sup>36</sup> Dado que en los enfrentamientos que observaremos tienen una participación central los “rameros” y las firmas cerealistas, dedicaremos este acápite a describirlos aunque sea de manera sucinta.

James Scobie describe la estructura de comercialización pampeana colocando a su cabeza a las grandes comercializadoras internacionales, las “cuatro grandes”: Bunge y Born, Dreyfus, Weil Brothers y Huni y Wormser. Estas empresas residían y operaban en Buenos Aires, pero tenían galpones en los principales puertos del país y en algunos casos, en ciudades importantes del interior. Pero la figura que dominaba en los pueblos era el “acopiador”, empresa de tamaño grande para un

pueblo de campaña pero minúscula para las “cuatro grandes”. Los acopiadores recibían el cereal trillado directamente del chacarero y eran la cara visible del mercado mundial para éste. Con él contraían deudas y él era el que finalmente pagaba.<sup>37</sup>

La base material de la empresa acopiadora era el “galpón”, normalmente al lado de las vías férreas o directamente en la estación de ferrocarril. Los galpones podían ser simples tinglados de chapa o podían estar equipados con máquinas para el tratamiento de los cereales (limpiadoras, secadoras, clasificadoras). La estructura del personal empleado era simple: además del personal administrativo estaban los apuntadores (que contaban las bolsas que entraban y salían y calaban las bolsas para ver la calidad del grano) y los capataces, encargados de manejar a los estibadores y hombreadores permanentes.

Existían centenares de estas empresas, en tanto cada estación mediana tenía la suya y cada pueblo más o menos importante tenía varias. Entre las “cuatro grandes” se extendía un degradado de empresas menores, cuyo punto final estaba en el galpón de estación chica, pero con puntos intermedios de gran relevancia. Es el caso de algunas grandes casas como Genoud, Benvenuto y Martelli o Traverso, grandes subcontratistas del sur santafesino. La primera de ellas ya a fines del siglo XIX tenía presencia en todo el norte bonaerense, en Arrecifes, Zárate Ramallo, Baradero, San Nicolás, Pergamino y San Pedro.<sup>38</sup> Igual que Traverso, la firma Genoud, Benvenuto y Martelli se ocupa de colonización y arriendo de campos, oficia como prestamista, da “servicio” de trilla, es decir, opera en un conjunto de actividades agrarias. Por ejemplo, en época del conflicto de Alcorta, arriendan la Adela, propiedad de la Condesa Adelina Pombo de Botto, con 20.000 hectáreas entre Alcorta, Chabás y Bigand y la subarrendan, lo mismo que en la colonia La Sepultura y en Los Leones.<sup>39</sup> Obviamente, ambos grupos empresarios forman parte de la burguesía santafesina más podesosa.<sup>40</sup>

#### **IV. El impacto de la expansión gran industria en la pequeña y mediana burguesías agrarias (1920-1940)**

Como señaló hace tiempo Javier Balsa, la mayoría de la bibliografía sobre la crisis del '30 ha tendido a soslayar las transformaciones agrarias que produce en la pampa.<sup>41</sup> La situación no ha cambiado mucho en tanto que Barsky y Gelman, en su reciente historia del agro no pueden mencionar ningún otro trabajo que el del propio Balsa.<sup>42</sup> Precisamente, será esta interpretación la que analizaremos aquí, a partir de la cual trataremos de entender las transformaciones que operan sobre los oponentes de nuestro protagonista, transformaciones que sin dudas ayudarán a comprender los cambios que se operarán en los durante este período.

Barsky y Gelman reseñan de la siguiente manera los efectos inmediatos de la crisis:

“La caída de los precios agrícolas a alrededor de un tercio de los vigentes hasta 1928 provocó la quiebra de miles de unidades agrícolas. Los colonos se veían imposibilitados de cubrir sus deudas con los comerciantes e intermediarios que les habían dado adelantos para la compra de alimentos e insumos ... de manera que la caída de estas unidades arrastró también a muchos de esos comerciantes e intermediarios. (...)

El nivel de endeudamiento de los propietarios de tierras había crecido fuertemente en las décadas de 1910 y 1920, ello tanto a través del Banco Hipotecario Nacional ... como por los bancos privados. Los precios de los granos y del ganado bovino descendieron considerablemente y lo mismo sucedió con el precio de la tierra, aunque en menor proporción. Pero la tierra hipotecada lo era sobre valores anteriores, lo que implicaba cuotas con intereses sobre un capital imposible de amortizar con los nuevos valores de la producción.”<sup>43</sup>

Comienza a partir de entonces la expulsión de productores, tanto propietarios como arrendatarios. Barsky y Gelman no son muy precisos a la hora de señalar qué pasó con los productores agrarios en los '30, aunque se señalan cambios en el régimen de tenencia de la tierra y un proceso general de disminución del promedio general del tamaño de la unidad productiva.<sup>44</sup>

Los datos de Balsa para la evolución de los productores de Tres Arroyos coinciden con los datos generales reconocidos para la época, a saber, que aumenta la cantidad de tierra en manos de productores de entre 200 y 700 has., no por disminución de los más chicos sino por división de los estratos más elevados, en particular los de más de 5.000. El fenómeno suele achacarse a la tendencia a la retracción ganadera frente a la agricultura, tendencia que arranca en 1921. Datos muy generales, que finalmente no nos dicen nada sobre lo que realmente pasó con la estructura agraria *en relación* a la crisis. Vamos a hacer, entonces, una interpretación propia con carácter especulativo.

Como Balsa señala, la clave del período parece ser el cambio tecnológico que significa la cosechadora, que va a permitir la estabilización del mundo chacarero en las décadas siguientes.<sup>45</sup> Ella le permite prescindir de los obreros y realizar todas las tareas con mano de obra familiar. Dicho de otra manera, se deduce de su perspectiva que lo que ha sucedido es un proceso de pauperización y desclasamiento en el interior de la burguesía agraria: detrás de la continuidad aparente del personaje, observamos su transformación. Ese proceso de transformación es opacado por la comparación intercensal: entre 1914 y 1937 los productores más chicos (hasta 200 has.) no disminuyen en cantidad, con lo cual pareciera que el impacto de la crisis ha sido nulo y que los cambios se produjeron en la cima. Sin embargo, sabemos que hubo miles de ejecuciones (entre 1933 y 1936 Barsky y Gelman hablan de 19.771 remates sólo por el Banco Hipotecario).<sup>46</sup> Parece fácil, entonces, concluir que la continuidad de la cifra esconde el cambio de los individuos que la componen. Es decir, que ha habido un proceso de proletarización de masas chacareras, previsiblemente los más chicos, combinado con la pauperización de los “medios”. Es decir que sectores pequeñoburgueses se proletarizaron y su espacio fue llenado por burgueses pauperizados.

El cambio censal esconde también que la unidad productiva dedicada a la agricultura ha crecido en promedio, es decir, que el chacarero promedio post-crisis es más grande y que requiere mucho más capital para desarrollar la actividad. En efecto, ahora hay que tener por arriba de las 200 has. en producción, además de tractor, camión y cosechadora propios cuando hacia 1920 nada de eso era necesario para explotar fuerza de trabajo directa o indirectamente (por la contratación de la trilla). En esas condiciones es posible utilizar la mano de obra familiar como soporte de la empresa. Es decir, el piso mínimo de la pequeña burguesía se ha elevado, lo que demuestra que la crisis ha operado un desplazamiento hacia abajo de capas enteras de burguesía agraria.

El propio Balsa señala que los productores de menos de 150 has. expulsarían miembros de la familia como asalariados permanentes, lo que significa que el piso del semiproletariado agrario también ha subido un escalón: ahora con 150 has. no sólo no se puede explotar fuerza de trabajo sino que ni siquiera se puede retener a los miembros de la propia familia. Antes de pasar a otro aspecto del problema, es menester realizar una serie de precisiones. Balsa cree que, gracias a la cosechadora, el chacarero de hasta 300 has. podía prescindir de fuerza de trabajo y que, con poca “ayuda”, podía alcanzar, las 600. Si esto fuera así, el proletariado pampeano habría desaparecido por completo y prácticamente toda la burguesía cerealera se habría “pequeburguizado”. Una afirmación tan fuerte amerita un examen más detenido del que le presta Balsa, que en ningún lugar justifica semejante dato.

Si tomamos el catálogo de las cosechadoras Bernardín de 1930, nos encontraremos con una serie de manifestaciones de clientes satisfechos con la máquina de la empresa. Debemos creer que, tratándose de publicidad, las cifras expuestas no serán precisamente las peores. Así, el chacarero Emilio Quaino escribe a la empresa para decirle que “la máquina automotriz Bernardín, adquirida para la cosecha 28/29”, se ha comportado magníficamente porque “ha trabajado 198 horas, habiendo trillado 155 cuadras con un resultado ... ampliamente satisfactorio.”<sup>47</sup> Hay alguno por allí, un tal Bartolo Baudino, que declara que “hubo días que llegué a cortar y trillar 22 cuadras.” Nótese que se trata de una cosechadora automotriz, es decir, mucho más veloz que las tiradas a caballo. Bien, dejando de lado la exageración de don Bartolo (que no dice cuántas horas tuvo ese día ni cuál fue el promedio), la performance que estima con precisión Quaino da como resultado que una cosechadora automotriz Bernardín es capaz de cosechar 260 has. en 20 días. Entre días perdidos y todo, redondeemos en 300 has. por mes.<sup>48</sup> Ése es, por otra parte, el máximo tiempo que una cosechadora puede trabajar en una unidad productiva: la cosechadora exige que el trigo esté maduro para ser cortado, a diferencia de la espigadora, que podía permitirse el lujo de dejar madurar el la semilla en la parva. Por la misma razón, no puede dejarse mucho tiempo el trigo maduro en la planta porque se perdería mucho por desgrane. De ninguna manera, entonces, un campo de 600 has. puede ser cosechado por una sola máquina, se necesitan por lo menos dos.

Ahora bien, hemos calculado que estas máquinas requieren en total unos cinco operarios, entre los que la manejan y manipulan las diversas partes más quienes recogen las bolsas del rastrojo. Hemos también supuesto que la familia chacarera podía aportar tres adultos a la producción. De modo tal que,

aún el chacarero de hasta 300 has. sigue siendo un pequeño burgués explotador. Eso es lo que explica que durante los años '30 y '40 siguieran produciéndose conflictos de obreros de cosecha en Córdoba, el norte de Buenos Aires y Santa Fe, donde los chacareros eran más chicos que en la zona de Tres Arroyos. También hay que tener en cuenta que la cosechadora afecta al universo del trigo, no del maíz, donde las cosas siguen más o menos como antes. Lejos está, entonces, de desaparecer la fuerza de trabajo asalariada aun con el evidente avance de la mano de obra familiar.

Hay otros procesos activados por la crisis como modo de enfrentar sus consecuencias. Ya se mencionó el posible pasaje de muchos chacareros al sector del contratismo. Una vía importante lo constituyó el pasaje al tambo de muchos productores santafesinos y cordobeses. Una tan o más importante es el desarrollo de las cooperativas agrarias.

En efecto, ya a mitad de la década del diez *La Tierra*, Piacenza en particular, había abogado por la constitución de cooperativas de producción, sobre todo para la compra de trilladoras:

“La adquisición de máquinas trilladoras para desalojar a quienes desempeñan una tarea que puede hacerla el colono perfectamente: la organización colectiva de ciertos trabajos que hoy se realizan por parte de intermediarios inútiles, son cuestiones que debemos solucionar para que en el país cesen los colonos de ser víctimas inocentes de todos sus expoliadores. Las secciones [de la FAA] deben emplear todos sus recursos disponibles para intensificar esta acción.”<sup>49</sup>

Durante toda la década siguiente se desplegarán cooperativas en muchos pueblos de las provincias litorales, dedicadas sobre todo a capturar la etapa de la comercialización, siguiendo el ejemplo canadiense. Como señalaba Kautsky, la cooperativa es una gran empresa agrícola, de modo que con su desarrollo, el mundo chacarero procede a una concentración y centralización concertada del capital agrario, alcanzando mayores dimensiones, aptas para las nuevas exigencias.

## V. Conclusiones

Al comienzo de este capítulo nos preguntábamos por la naturaleza social del antagonista del proletariado rural pampeano. Observamos en este capítulo que se trata de un conjunto de fracciones y capas burguesas, caracterizadas todas por la producción de plusvalía agraria (producción y transporte) y su circulación (comercialización). El proletariado pampeano no se enfrenta ni a un pequeño productor independiente que contrata mano de obra excepcionalmente, ni a los grandes comercializadores mundiales de cereal.

Esa pequeña y mediana burguesía agraria vivió un proceso de expansión casi continua durante la etapa del dominio manufacturero, aunque hacia el final se encontró atrapada por el aumento de la renta y la competencia mundial. El desarrollo de la gran industria va a resultar en un intento de superación de la crisis que en realidad sólo va a profundizarla. Veremos, en consecuencia, en los '30,

un proceso de concentración y centralización de capitales, provocado por el desarrollo de la gran industria, con la eliminación de muchos pequeños y medianos capitales. La estructura resultante observa a chacareros más grandes y más capitalizados que ahora se enfrentarán a los obreros en varios ámbitos en los que antes el choque se producía con otras figuras burguesas, en particular con los viejos contratistas.

## Notas

<sup>1</sup>Marx, Carlos: *El Capital*, tomo 2, capítulo V, "El tiempo de circulación", p. 108-114

<sup>2</sup>Sergio Maluendres ha mostrado como, en este momento del proceso productivo, los chacareros de La Pampa (y nosotros creemos que se trata de una pauta general) aprovechaban para contraer matrimonio. Véase su trabajo: *Ciclo agrícola y matrimonios en el sureste de La Pampa (1910-1944) (El caso de las localidades de Guatrache y Alpachiri -Departamento de Guatrache, La Pampa, Republica Argentina)*, Ponencia presentada en Xmas. Jornadas de Historia Económica, Bs. As., 1989.

<sup>3</sup>A menos que se indique lo contrario, todos los cuadros son elaboración propia a base de Miatello, Hugo: *Investigación agrícola en la provincia de Santa Fe*, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, Bs. As., 1904, p. 502-4. Se tomaron los guarismos correspondientes a la mejor tecnología y por ende a la menor demanda de mano de obra: arada en rastrojo con arado doble, rastra de tres cuerpos, rodillo de madera, siembra con sembradora. Corte con espigadora, trilla con motor de 10 caballos y trilladora con cilindro de 5 pies (que según el mismo autor emplea 27 obreros -p. 497). La trilladora tiene una capacidad de 200 a 400 quintales por día. El promedio de rendimientos de la década 1900-1910 fue de 7 quintales por hectárea, lo que tomando una media de trillado cercana a los 300 quintales diarios da unas 42 has. trilladas por día de 10 horas, según el Ministerio de Agricultura (*Memoria*, 1907-10, p. 8. Citado por Scobie, James: *Revolución en las pampas*, Solar, 1984, p. 108)

<sup>4</sup>TTT: Tiempo de Trabajo Total; Ttf: Tiempo de trabajo familiar; Ttfs: Tiempo de trabajo familiar siembra; Ttfc: Tiempo de trabajo familiar cosecha; Tta: Tiempo de trabajo asalariado; Ttps: Tiempo de trabajo peón siembra; Ttpc: Tiempo de trabajo peón cosecha.

<sup>5</sup>Como ya señalamos, el chacarero, por lo general, contrata la trilla, por lo que su participación allí es reducida cuando no nula, lo que hace que sobrevaloremos su participación. De todos modos, justificamos la cantidad de adultos a partir de la siguiente afirmación de Miatello: "La superficie media que puede cultivar una familia de 2 a 3 personas de trabajo es 62 hectáreas; (...) Al Sud, con auxilio de peones adventicios, cultiva cada familia 200 y 300 hectáreas arrendadas." (op. cit., p. 118). Es decir que con más de 100 hectáreas las tareas de siembra requieren personal asalariado. La estructura familiar de la tarea de siembra puede mantenerse hasta las 300 has., la cita no lo dice pero lo deducimos. Más allá la mano de obra asalariada es el eje de la labor. Por otro lado, hemos calculado que la familia chacarera tenía en promedio 3 adultos disponibles para las tareas productivas (sin distinción de sexos), a partir de la información de la Guía Kraft para Tres Arroyos (*Guía Estancias y chacras de nuestra tierra*, tomo, I Tres Arroyos). El promedio aproximado de personas por unidad productiva oscila entre 5 y 6. Ahora bien, hay que descontar por lo menos a la mujer del chacarero, dedicada a las labores domésticas, más la población infantil (numerosa dada la juventud de la población en general) y la que supera los 60 años (escasa, por la razón inversa a la anterior). Tres adultos libres parece una cifra razonable, si se recuerda que la Guía menciona la cantidad de hijos pero no si trabajan en la unidad económica. Es necesario recordar que un chacarero trata a la mano de obra familiar como asalariado infrarremunerado en especies. Por esto, difícilmente podría retener a sus hijos adultos más allá de cierta edad, cuando un empleo, un arrendamiento o el casamiento lo tienten o fuercen a buscar un mejor nivel de vida que el de la ausencia crónica de dinero en su bolsillo y la dependencia estrecha del padre.

<sup>6</sup>Suponemos que cada familiar puede trabajar unas 33 has., lo que significa que para 200 hectáreas asumimos que hay un mayor trabajo familiar, en tanto que consideramos que dos tercios de la mano de obra son puestos por la familia (4 personas o su equivalente en fuerza de trabajo) y sólo un tercio por asalariados (dos personas). Esto significa que reconocemos una mayor participación del trabajo familiar que si sólo consideráramos 3 adultos

como toda fuerza de trabajo disponible. Nuestro cálculo sobreestima, entonces, el peso real de la familia chacarera, más aún si se recuerda que a medida en que crece la unidad productiva decrece la disponibilidad de la fuerza de trabajo doméstica que debe ir asumiendo, cada vez más, tareas “gerenciales” o bien es destinada a satisfacer otras “apetencias” como el estudio de profesiones liberales por alguno de los hijos.

<sup>7</sup>Fuente: *Censo Agropecuario Nacional* de 1908, tomo dedicado a agricultura. Las hectáreas surgen de sumar las superficies que para cada categoría elegida aparecen en el censo. Las horas por hectárea, de una regla de tres simple: si se precisan 1.150 hs. para 100 has., se necesitan 11,50 hs. para una ha.

<sup>8</sup>Para facilitar la comprensión, los porcentajes corresponden siempre a la línea 3) y están en negrita.

<sup>9</sup>“El maíz del gran cultivo no recibe, por lo general, labores de ninguna clase desde que queda sembrado, hasta la cosecha. Como se ha dicho antes, sólo en las cercanías de las ciudades donde la extensión sembrada con maíz por cada agricultor es relativamente pequeña, así como también en aquellas regiones en que el suelo arenoso no daría buenas cosechas sin un prolijo cultivo, es donde se carpe y aporca el cereal.” Raña, Eduardo: *Investigación agrícola en la provincia de Entre Ríos*, 1904, p. 177-82.

<sup>10</sup>Los implementos de siembra son los mismos que en el trigo. La recolección es manual y la desgranadora es de 4 y 1/2 pies con 800 a 1.200 quintales de promedio diario. Miatello mismo opina, sin embargo, que el rendimiento más común de esta máquina es de 700 a 800 quintales, por lo que aceptaremos esta última cifra como válida. Hemos calculado, a partir de datos de Coscia, Adolfo: *El desarrollo maicero argentino (cien años de maíz en la Pampa)*, Hemisferio Sur, Bs. As., 1980, p. 113, un rendimiento maicero por ha. de 17 quintales entre 1900 y 1915 (excluyendo los años excepcionalmente malos), lo que significa que la desgranadora de referencia podía procesar el producto de 47 has. por día.

<sup>11</sup>Si bien 3 personas pueden hacer la tarea en 100 días, lo cierto es que ningún chacarero puede darse el lujo de tardar 3 meses y medio para la recolección.

<sup>12</sup>La cantidad de tres adultos (más de 14 años) puede parecer poco justificada, especialmente por nuestra suposición de que la mujer chacarera no trabajaba en la producción de cereales. Debe recordarse que, aún hoy, la jornada de trabajo doméstico urbano no remunerado de un ama de casa no baja de las 10 horas diarias (Kritz, E.: *El trabajo femenino. Actividad doméstica y crisis económica. El caso de Argentina*, Perú, OIT, 1984) La jornada de una mujer chacarera debía ser mucho más larga: “el trabajo doméstico contiene un elemento de producción, orientado al consumo familiar, a diferencia de lo que ocurre en la familia urbana, en la cual el consumo se hace cada vez más dependiente de bienes producidos fuera de la unidad doméstica.” (Benería, Lourdes: *Reproducción, producción y división sexual del trabajo*, Santo Domingo, 1984, p. 25). Las mujeres chacareras, por lo general, eran las encargadas del trabajo de granja, de alimentos básicos como el pan, etc. Pero, aún suponiendo que la mujer del chacarero trabajara en la producción capitalista, es dable suponer que, en una familia que normalmente llegaba procrear 5 hijos, muchos de los cuales no llegaban a la edad adulta, no sería raro encontrar como máximo 3 adultos disponibles, recordando que se trata de una población joven (datos para Santa Fe, en 1914, según Nari, Marcela: *La reproducción de la fuerza de trabajo en la ciudad de Buenos Aires: trabajo a domicilio y trabajo doméstico*, 2do. Informe, Univ. de Bs. As., 1992, p. 70). Por otro lado, al llegar a la edad adulta, el chacarero debería favorecer la expulsión de los hijos, en la medida en que resultaría completamente antieconómico mantener una persona adulta durante todo el año para “ahorrar” unos pocos salarios durante los tres o cuatro meses del ciclo productivo. Por fuentes indirectas sabemos que era común que las mujeres de la familia no trabajaran en la cosecha. Ver Nario, Hugo: *Bepo*, CEAL, 1989, donde se cuenta la historia de la familia de un chacarero maicero catalán, Redeus, que mantenía a sus tres hijas a prudente distancia de los peones cosecheros. También Taylor, op. cit.

<sup>13</sup>*Vida agraria*, Revista ilustrada, Nro. 2, Buenos Aires, 1927, citado por Alvarez Norberto y Blanca Zeberio, “Los inmigrantes y la tierra. Labradores europeos en la región sur de la campaña bonaerense (Argentina) a principios del siglo XX.”, en *Estudios migratorios latinoamericanos*, Año 6, nro. 17, 1991.

<sup>14</sup>En general han sido Osvaldo Barsky y Alfredo Pucciarelli los más preocupados por una mirada espacialmente diferenciada. Véanse Barsky, Osvaldo, Alfredo Pucciarelli y Andrés Barsky: “Configuración espacial de los principales ámbitos regionales agrarios del país” y Barsky, Andrés: “La puesta en valor y producción del territorio como generadora de nuevas geografías. Propuesta metodológica de zonificación agroproductiva de la Pampa Argentina a partir de los datos del Censo Nacional Agropecuario 1988”, ambos en Barsky, Osvaldo y Alfredo Pucciarelli: *El agro pampeano*, FLACSO-CBS, Bs. As., 1997. En particular, éste último resume prácticamente todos los criterios utilizados por los diferentes intentos de construcción de una tipología regional.

<sup>15</sup>Boglich, op. cit., p. 239

<sup>16</sup>Un análisis más detallado de la fuente se encuentra en nuestro *Tierra y libertad*, op. cit.

<sup>17</sup>El cuadro fue realizado calculando para la ganadería las unidades ganaderas según ya se explicó. La cantidad de hectáreas dedicadas a ganadería se dedujo de restar del total de la tierra en producción las dedicadas a la agricultura. Esto significa asumir que todo lo que no se sembraba era dedicado a pastura, lo que puede ser un supuesto grueso y tiende a magnificar la importancia de la ganadería ya que del total de hectáreas de las unidades no se ha restado aquellas partes no aptas para la producción o, sencillamente, no trabajadas bajo ninguna forma.

No obstante, creemos que la desviación no debe ser muy grande. Dentro de las tierras dedicadas a la ganadería se encuentra también la dedicada a los equinos y porcinos. Si la importancia de los segundos es menor, la de los primeros es muy importante, tanto en número como porque la razón de unidad ganadera es 1,4 (un caballo= 1,4 vacas = 7 ovejas), lo que hace que contabilicemos como tierra dedicada a vacunos u ovinos mucho más de lo que realmente es.

<sup>18</sup>Véase nuestro “Filantropía y capital. A propósito de la agricultura en las colonias judías”, inédito.

<sup>19</sup>Un ejemplo de migración de chacareros santafesinos en busca de tierras más baratas en el sudeste de Córdoba, que logra expandir su unidad productiva convirtiéndose en empresario exitoso, es el de la familia Ariaudo. Ver Massei, Alejandra: “Una familia de empresarios rurales en el Sudeste de Córdoba (1894-1930)”, ponencia presentada en el I Congreso Latinoamericano de Historia Económica, Montevideo, 5 al 7 de diciembre de 2007.

<sup>20</sup>Las altas cifras de contratismo de Santa Fe y Córdoba pueden ser indicadoras de una de las posibles salidas a la crisis para algunos chacareros: amenazados por la proletarianización la posesión de maquinaria agrícola les permitiría seguir en el negocio que conocen antes que migrar a las ciudades.

<sup>21</sup>Hay que distinguir al contratista de maquinaria agrícola de los contratistas-tanteros, que toman tierras de terceros. La complejidad que tienen las empresas agrarias reales lleva a que un mismo personaje pueda ser ambas cosas a la vez, dificultando su mensura. Llovet, Ignacio: “Contratismo y agricultura”, en AA. VV.: *El desarrollo agropecuario pampeano*, GEL, Bs. As., 1991.

<sup>22</sup>Buratovich, Tadeo: *Maquinistas y contratistas*, Museo y Archivo Histórico de Arequito, Arequito, 2000; también Llovet, que reconoce que el contratismo de maquinaria es una práctica que se remonta a fines del siglo XIX, ve nacer el contratismo “moderno” en los años ’50.

<sup>23</sup>Raña, *Investigación...* op. cit., p. 152

<sup>24</sup>Huret, op. cit., p. 408

<sup>25</sup>Boglich, *La cuestión...*, p. 238

<sup>26</sup>Cilley Vernet (1896), p. 54

<sup>27</sup>Boglich, op. cit., p. 239

<sup>28</sup>Grela, Plácido: *El grito de Alcorta*, CEAL, (Biblioteca política argentina, nro. 107), Bs. As., 1985, p. 17-18.

<sup>29</sup>Dickman cuenta que él, que era chacarero, trabajaba también como empresario de trilladoras y que, con las ganancias obtenidas de la cosecha podía vivir el resto del año estudiando medicina en Buenos Aires. Dickmann, Enrique: *Recuerdos de un militante socialista*, Ed. La Vanguardia, 1949, p. 48-50.

<sup>30</sup>Marchevsky, Elías: *El tejedor de oro. Memorias de un colono judío*, Bastión, Bs. As., 1964, p. 142 y siguientes.

<sup>31</sup>Girbal de Blacha, Noemí: *Los centros agrícolas en la provincia de Buenos Aires*, CONICET, Bs. as., 1980, p. 72

<sup>32</sup>Ibid., p. 91.

<sup>33</sup>Tornatore, A.: *Historia de la evolución y revolución agraria en la Argentina y de la creación de la Federación Agraria Argentina, según uno de sus fundadores*, Ed. del autor, Salto, 1967, p. 17

<sup>34</sup>*La Tierra*, 20/10/15

<sup>35</sup>Massei, op. cit. Véase allí también los cálculos de las ganancias de la trilla, bastante abultadas.

<sup>36</sup>Para un estudio de caso, véase Lluch, Andrea: “Comerciantes y productores rurales en las primeras décadas del siglo XX. Relaciones analizadas a partir de un estudio de caso: el almacén Torroba Hnos.” en Primeras Jornadas de Estudios Agroindustriales, Bs. As.

<sup>37</sup>Scobie, James: *Revolución en las pampas*, Solar, Bs. As., 1968, cap. VI.

<sup>38</sup>Cilly, op. cit., p. 9 a 16.

<sup>39</sup>Grela, op. cit., p. 21 y 49 y 139-140.

<sup>40</sup>Bonaudo, M. y Godoy, L.: “Una corporación...”, pág 159

<sup>41</sup>Balsa, Javier: El impacto de la Depresión en el sur triguero de la pampa argentina”, en *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 37-38, 1994, pp. 189-225.

<sup>42</sup>Barsky, Osvaldo y Jorge Gelman: *Historia del agro pampeano*, Mondadori, Bs. As., 2005.

<sup>43</sup>Barsky y Gelman, op. cit., p. 270.

<sup>44</sup>Se insiste mucho también en las virtudes del Censo de 1937, que permite observar el fenómeno de la estancia mixta, aunque los autores se inclinan a creer que es de vieja data, observable recién entonces gracias al cambio de las categorías censales. Lo mismo con el incremento del arrendamiento como forma de tenencia, en particular el énfasis en el arrendamiento ganadero.

<sup>45</sup>Esta perspectiva se desarrolla con más energía en *El desvanecimiento...*, op. cit.

<sup>46</sup>Barsky y Gelman, op. cit., p. 271.

<sup>47</sup>Cosechadoras Bernardín: *Catálogo 1930*.

<sup>48</sup>Recuérdese que una cuadra equivale a 1,69 has.

<sup>49</sup>*La Tierra*, 30/1/20. La aclaración entre corchetes es nuestra.

## Cuadros capítulo 5

### Cuadros

Tarea	Has. por día de 10 hs.	días por 100 has.
Arar	1,66	60
Rastrear	5	20
Rodillar	4	25
Siembra	10	10
Total en días		115
Total en horas		1.150

Tarea	Has. por día de 10 hs.	Días x 100 has.	Número de hombres	Total
Segar	10	10	6	60
Emparvar	10	10	6	60
Trillar	42	2,4	27	65
Total en días				185
Total en horas				1.850

Tarea	Has. por día 10 hs.	Tf*	Ta*	Total por 200 has.
Arar	1,66	79	41	120
Rastrear	5	26	14	40
Rodillar	4	33	17	50
Sembrar	10	13	7	20
Total en días		151	79	230
Total en horas		1.510	790	2.300

\*Tf: Trabajo familiar; Ta: Trabajo asalariado. Ambos en días.

Tarea	Tf (hs.)	Ta (hs.)	Total (hs.)
Siembra	1.510 (25%)	790 (13%)	
Cosecha	900 (15%)	2.800 (47%)	
Total (hs.)	2.410 (40%)	3.590 (60%)	6.000

Tarea	Tf (hs.)	Ta (hs.)	Total (hs.)
Siembra	1.900 (12%)	3.850 (26%)	
Cosecha	1.130 (8%)	8.120 (54%)	
Total	3.030 (20%)	11.970 (80%)	14.000

<b>Cuadro 6</b>	
Tarea	Trabajo asalariado
Siembra	8.620 hs.
Cosecha	13.880 hs.
Total	22.500 hs

<b>Cuadro 7</b>			
Hasta 100 has.			
Tarea	Hs. por 1 ha.	Has. en 1908	Total (hs.)
Siembra	11,50	522.099	6.004.138
Cosecha	18,50	522.099	9.658.831
Total (hs.)			15.662.969
Hasta 200 has.			
Tarea	Hs. por 1 ha.	Has. en 1908	Total (hs.)
Siembra	11,50	1.277.382	14.689.893
Cosecha	18,50	1.277.382	23.631.567
Total (hs.)			38.321.460
Hasta 500 has.			
Tarea	Hs. por 1 ha.	Has. en 1908	Total (hs.)
Siembra	11,50	1.534.689	17.648.923
Cosecha	18,50	1.534.689	28.391.746
Total (hs.)			46.040.669
Más de 500 has.			
Tarea	Hs. por 1 ha.	Has. en 1908	Total (hs.)
Siembra	11,50	1.462.159	16.814.828
Cosecha	18,50	1.462.159	27.049.941
Total (hs.)			43.864.769

<b>Cuadro 8</b>			
Hasta 100 has.			
Tarea	Familiar	Asalariado	Total
Siembra	5.951.928	-	
Cosecha	3.445.853	6.265.188	
Total			15.662.969
Hasta 200 has.			
Tarea	Familiar	Asalariado	Total
Siembra	9.580.365	4.981.790	
Cosecha	5.748.219	18.011.086	
Total			38.321.460
Hasta 500 has.			
Tarea	Familiar	Asalariado	Total
Siembra	5.524.880	11.970.573	
Cosecha	3.683.254	24.861.961	
Total			46.040.669
Más de 500 has.			
Tarea	Familiar	Asalariado	Total
Siembra	-	16.668.613	
Cosecha	-	27.196.156	
Total			43.864.769

<b>Cuadro 9</b>			
Tarea	Trabajo familiar	Trabajo asalariado	Total
Siembra	21.057.173 (15%)	33.620.976 (23%)	
Cosecha	12.877.326 (9%)	76.334.392 (53%)	
Total	33.934.499 (24%)	109.955.368 (76%)	143.889.867

<b>Cuadro 10</b>		
Tarea	Por día de 10 hs.	100 has.
Arar	1.66	60
Rastrear	5	20
Sembrar	5	20
Total en días		100
Total en horas		1.000

<b>Cuadro 11</b>				
	Has. x día de 10 hs.	Días por 100 has.	Nro. hs.	Total
Recolección	1	100	3	300
Entrojado	10	10	6	60
Desgranado	47	2	20	40
Total en días				400
Total en horas				4.000

<b>Cuadro 12</b>			
Hasta las 100 has.			
Tarea	Hs. por 1 ha.	Has. en 1908	Total
Siembra	10	560.638	5.606.380
Cosecha	40	560.638	22.425.520
Total			28.031.900
Hasta las 200 has.			
Tarea	Hs. por 1 ha.	Has. en 1908	Total
Siembra	10	395.769	3.957.690
Cosecha	40	395.769	15.830.760
Total			19.788.450
Hasta las 500 has.			
Tarea	Hs. por 1 ha.	Has. en 1908	Total
Siembra	10	324.167	3.241.670
Cosecha	40	324.167	12.966.680
Total			16.208.350
Más de 500 has.			
Tarea	Hs. por 1 ha.	Has. en 1908	Total
Siembra	10	476.268	4.762.680
Cosecha	40	476.268	19.050.720
Total			23.813.400

<b>Cuadro 13</b>			
Hasta las 100 has.			
Tarea	Trabajo familiar	Trabajo asalariado	Total
Siembra	5.606.380	-	
Cosecha	10.371.803	12.053.717	
Total			28.031.900
Hasta las 200 has.			
Tarea	Trabajo familiar	Trabajo asalariado	Total
Siembra	2.572.499	1.385.191	
Cosecha	2.968.268	12.862.492	
Total			19.788.450
Hasta las 500 has.			
Tarea	Trabajo familiar	Trabajo asalariado	Total
Siembra	1.134.584	2.107.086	
Cosecha	810.418	12.156.262	
Total			16.208.350
Más de 500 has.			
Tarea	Trabajo familiar	Trabajo asalariado	Total
Siembra	-	4.524.546	
Cosecha	-	19.288.854	
Total			23.813.400

<b>Cuadro 14</b>			
Tarea	Trabajo familiar	Trabajo asalariado	Total
Siembra	9.313.463 (11%)	8.016.823 (9%)	
Cosecha	14.150.489 (16%)	56.361.325 (64%)	
Total	23.463.952 (27%)	64.378.148 (73%)	87.842.100

<b>Cuadro 15</b>				
Has.	TFS	TFC	TPS	TPC
1-100	38%	22%	0%	40%
101-200	25%	22%	13%	40%
201-500	12%	22%	26%	40%
+ 500	6%	22%	32%	40%

<b>Cuadro 16</b>		
	Trabajo familiar	Trabajo asalariado
Siembra	23.689.059 (16%)	30.989.089 (22%)
Cosecha	31.765.770 (22%)	57.556.216 (40%)
Total	55.454.829 (38%)	88.545.305 (62%)

Cuadro 17: Santa Fe (total)

Porcentaje de cada categoría social en el total de cada producción						
Categoría	Trigo	Maíz	Cebada	Avena	Lino	Alfalfa
1-50	2	15	14	9	7	26
51-200	54	45	55	44	53	41
201 y más	44	38	31	47	40	33
más de 750	17	26	10	18	19	11

Fuente: Elaboración propia a partir de Censo 1908

Cuadro 18: Santa Fe (por departamentos)

La Capital			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(31%)	(10%)	(49%)
1-50	5	49	27
50-200	44	44	47
200 y más	51	8	26
más de 750	3	-	14

Belgrano			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(44%)	(20%)	(32%)
1-50	-	1	1
50-200	13	11	11
200 y más	87	88	88
más de 750	70	71	68

Caseros			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(25%)	(54%)	(17%)
1-50	5	13	10
50-200	37	67	67
200 y más	58	20	23
más de 750	4	8	8

Castellanos			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(81%)	(-1%)	(16%)
1-50	2	5	2
50-200	59	88	67
200 y más	39	7	31
más de 750	18	-	7

Constitución			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(12%)	(54%)	(30%)
1-50	7	17	11
50-200	70	73	75
200 y más	23	10	14
más de 750	-	-	-

Garay			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(8%)	(35%)	(56%)
1-50	8	77	67
50-200	92	23	33
200 y más	-	-	-
más de 750	-	-	-

Iriondo			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(29%)	(41%)	(26%)
1-50	2	11	5
50-200	42	56	49
200 y más	56	33	46
más de 750	6	8	5

Las Colonias			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(66%)	(1%)	(30%)
1-50	4	9	3
50-200	65	44	57
200 y más	31	47	40
más de 750	16	21	27

General López			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(36%)	(41%)	(20%)
1-50	1	3	3
50-200	42	29	52
200 y más	57	68	45
más de 750	17	51	12

<b>Rosario</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(4%)	(65%)	(14%)
1-50	12	48	22
50-200	67	43	58
200 y más	21	9	20
más de 750	-	3	10

<b>San Cristóbal</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(52%)	(2%)	(38%)
1-50	8	25	16
50-200	66	66	60
200 y más	26	9	20
más de 750	4	-	-

<b>San Javier</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(3%)	(40%)	(55%)
1-50	82	57	45
50-200	28	39	48
200 y más	-	4	7
más de 750	-	-	-

<b>San Jerónimo</b>			
---------------------	--	--	--

Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(54%)	(17%)	(27%)
1-50	3	17	5
50-200	68	61	61
200 y más	29	22	34
más de 750	11	14	18

<b>San Justo</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(16%)	(9%)	(72%)
1-50	18	17	16
50-200	75	43	63
200 y más	7	40	21
más de 750	-	32	3

<b>San Lorenzo</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(18%)	(57%)	(22%)
1-50	2	17	3
50-200	19	34	28
200 y más	79	49	69
más de 750	71	44	63

<b>San Martín</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(80%)	(2%)	(12%)
1-50	1	2	2
50-200	63	39	52
200 y más	36	59	46
más de 750	1	19	3

(Nota: Los porcentajes que aparecen entre paréntesis no siempre suman 100 porque se tomaron sobre el total de la producción de los tres cereales más la de avena, cebada y alfalfa que no aparecen en el cuadro.)

Cuadro 19: Córdoba (total)

Porcentaje de cada categoría en el total de cada producción						
Categoría	Trigo	Maíz	Cebada	Avena	Lino	Alfalfa
1-50	1	20	15	5	1	12
50-200	32	30	32	15	35	30
200 y más	67	50	53	80	64	58
más de 750	26	16	26	60	28	18

Cuadro 20: Córdoba (por departamentos)

General Roca			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(82%)	(5%)	(7%)
1-50	1	2	1
50-200	40	28	32
200 y más	59	70	67
más de 750	16	25	17

Río Segundo			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(82%)	(7%)	(5%)
1-50	2	27	5
50-200	49	22	36
200 y más	49	51	59
más de 750	8	29	10

Juárez Celman			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(82%)	(5%)	(9%)
1-50	1	10	1
50-200	14	25	12
200 y más	85	65	87
más de 750	65	44	69

San Justo			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(81%)	(1%)	(16%)
1-50	1	6	12
50-200	57	42	53
200 y más	42	52	45
más de 750	25	6	-

Marcos Juárez			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(61%)	(21%)	(12%)
1-50	1	4	1
50-200	7	43	27
200 y más	92	53	72
más de 750	36	18	36

Tercero Abajo			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(78%)	(7%)	(3%)
1-50	1	9	1
50-200	35	34	16
200 y más	64	57	82
más de 750	30	6	46

Río Cuarto			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(70%)	(13%)	(10%)
1-50	4	17	1
50-200	39	47	45
200 y más	57	36	54
más de 750	15	12	7

Tercero Arriba			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(86%)	(6%)	(2%)
1-50	1	22	4
50-200	36	35	37
200 y más	63	43	59
más de 750	20	20	34

<b>Unión</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(75%)	(7%)	(9%)
1-50	-	5	1
50-200	22	25	23
200 y más	78	70	76
más de 750	26	30	28

Cuadro 21: Entre Ríos (total)

<b>Participación de cada producción en el total provincial</b>						
Categoría	Trigo	Maíz	Cebada	Avena	Lino	Alfalfa
1-50	13	33	19	24	13	-
50-200	50	32	40	47	52	-
200 y más	37	35	42	29	35	-
más de 750	18	19	27	16	14	-

Cuadro 22: Entre Ríos (por departamentos)

<b>La Capital</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(62%)	(2%)	(30%)
1-50	14	25	15
50-200	50	56	61
200 y más	36	19	24
más de 750	9	12	10

<b>Federación</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(2%)	(80%)	(6%)
1-50	93	83	83
50-200	7	14	17
200 y más	-	3	-
más de 750	-	-	-

<b>Colón</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(29%)	(14%)	(16%)
1-50	13	17	10
50-200	35	33	40
200 y más	52	50	50
más de 750	38	32	22

<b>Gualedguay</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(46%)	(4%)	(44%)
1-50	8	16	6
50-200	31	21	28
200 y más	62	66	66
más de 750	27	43	36

<b>Concordia</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(7%)	(18%)	(12%)
1-50	45	74	84
50-200	55	26	16
200 y más	-	-	-
más de 750	-	-	-

<b>Gualedguaychu</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(60%)	(7%)	(26%)
1-50	6	16	6
50-200	68	50	63
200 y más	26	24	31
más de 750	9	6	8

<b>Diamante</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(54%)	(1%)	(38%)
1-50	10	12	8
50-200	66	58	65
200 y más	24	30	27
más de 750	10	6	12

<b>La Paz</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(33%)	(30%)	(15%)
1-50	13	50	30
50-200	32	14	50
200 y más	55	36	20
más de 750	29	20	20

Nogoya			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(52%)	(4%)	(31%)
1-50	8	3	14
50-200	33	16	39
200 y más	59	81	47
más de 750	47	57	29

Tala			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(51%)	(4%)	(43%)
1-50	14	37	15
50-200	49	39	58
200 y más	37	24	28
más de 750	15	23	7

Uruguay			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(63%)	(5%)	(22%)
1-50	22	41	22
50-200	58	31	51
200 y más	20	28	27
más de 750	6	10	14

Victoria			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(18%)	(3%)	(78%)
1-50	4	14	8
50-200	61	30	55
200 y más	35	56	37
más de 750	3	4	5

Villaguay			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(49%)	(5%)	(31%)
1-50	57	71	47
50-200	42	28	52
200 y más	1	1	1
más de 750	-	-	-

Cuadro 23: Buenos Aires (total)

Participación de cada categoría en el total de la producción						
Categoría	Trigo	Maíz	Cebada	Avena	Lino	Alfalfa
1-50	2	12	7	5	6	26
50-200	24	38	25	26	42	25
200 y más	74	50	68	69	52	49
más de 750	30	22	24	31	22	25

Cuadro 24: Buenos Aires (por partido)

200 y más	87	73	
más de 750	16	8	

Alsina			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(77%)	(12%)	(1%)
1-50	-	-	-
50-200	24	18	17
200 y más	76	82	83
más de 750	15	30	14

Alvear			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(30%)	(59%)	(11%)
1-50	1	3	3
50-200	30	27	30
200 y más	69	70	67
más de 750	35	24	44

Alvarado			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(62%)	(33%)	
1-50	-	14	
50-200	13	13	

Arenales			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(29%)	(39%)	(24%)
1-50	2	3	2
50-200	55	62	55

200 y más	48	35	43
más de 750	4	4	3

<b>Azul</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(53%)	(29%)	(2%)
1-50	2	23	-
50-200	40	51	77
200 y más	58	26	23
más de 750	-	-	-

<b>Bahía Blanca</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(78%)	(1%)	
1-50	1	2	
50-200	13	13	
200 y más	86	85	
más de 750	17	-	

<b>Balcarce</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(53%)	(36%)	
1-50	1	37	
50-200	6	25	
200 y más	93	38	
más de 750	61	15	

<b>Baradero</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(14%)	(50%)	(29%)
1-50	14	12	8
50-200	66	60	64
200 y más	29	28	28
más de 750	8	17	12

<b>Belgrano</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(44%)	(18%)	
1-50	11	9	
50-200	47	47	
200 y más	42	44	
más de 750	13	12	

<b>Bolívar</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(64%)	(21%)	(2%)
1-50	1	4	-
50-200	21	21	24
200 y más	78	75	76
más de 750	22	30	22

<b>Bragado</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino

	(28%)	(48%)	(12%)
1-50	6	6	-
50-200	41	43	18
200 y más	53	51	82
más de 750	9	15	59

<b>Campana</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(15%)	(42%)	(32%)
1-50	29	27	21
50-200	71	64	58
200 y más	-	9	21
más de 750	-	-	-

<b>Carmen de Arco</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(5%)	(33%)	(63%)
1-50	2	5	3
50-200	29	39	27
200 y más	69	56	70
más de 750	25	27	34

<b>Casares</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(48%)	(25%)	
1-50	1	5	
50-200	21	23	
200 y más	78	72	
más de 750	47	46	

<b>Colón</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(20%)	(43%)	(27%)
1-50	3	5	5
50-200	24	47	49
200 y más	74	48	46
más de 750	30	14	12

<b>Chacabuco</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(29%)	(53%)	(9%)
1-50	22	30	12
50-200	55	51	70
200 y más	33	19	18
más de 750	3	4	5

<b>Chascomús</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(10%)	(66%)	
1-50	6	32	
50-200	32	32	
200 y más	62	36	

más de 750	23	-	
------------	----	---	--

<b>Chivilcoy</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(43%)	(49%)	(8%)
1-50	11	22	11
50-200	78	53	60
200 y más	11	25	29
más de 750	-	-	-

<b>Dorrego</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(83%)	(5%)	
1-50	-	2	
50-200	21	24	
200 y más	79	74	
más de 750	25	20	

<b>Exaltación de la Cruz</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(25%)	(41%)	(30%)
1-50	18	23	10
50-200	57	46	47
200 y más	25	31	43
más de 750	9	8	10

<b>Guaminí</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(80%)	(10%)	
1-50	-	-	
50-200	6	8	
200 y más	94	92	
más de 750	75	66	

<b>Juárez</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(59%)	(4%)	
1-50	2	1	
50-200	33	32	
200 y más	66	67	
más de 750	8	16	

<b>Junín</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(31%)	(31%)	(14%)
1-50	6	9	4
50-200	65	58	62
200 y más	29	33	34
más de 750	6	5	11

<b>Lamadrid</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(86%)		

1-50	-		
50-200	53		
200 y más	47		
más de 750	11		

<b>Laprida</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(66%)		
1-50	-		
50-200	41		
200 y más	59		
más de 750	16		

<b>Las Flores</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(6%)	(70%)	
1-50	27	28	
50-200	52	49	
200 y más	21	23	
más de 750	18	8	

<b>Las Sierras</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(88%)		
1-50	1		
50-200	13		
200 y más	86		
más de 750	55		

<b>Lincoln</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(48%)	(19%)	
1-50	-	2	
50-200	19	31	
200 y más	81	67	
más de 750	33	19	

<b>Lobería</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(59%)	(12%)	
1-50	4	26	
50-200	33	43	
200 y más	63	31	
más de 750	24	3	

<b>Lobos</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(23%)	(39%)	
1-50	29	15	
50-200	55	50	
200 y más	16	35	
más de 750	1	9	

<b>Luján</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(24%)	(32%)	
1-50	18	28	
50-200	65	57	
200 y más	17	15	
más de 750	2	2	

<b>Magdalena</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(36%)	(50%)	(10%)
1-50	47	55	47
50-200	53	45	53
200 y más	-	-	-
más de 750	-	-	-

<b>Mercedes</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(24%)	(25%)	
1-50	66	32	
50-200	20	34	
200 y más	14	34	
más de 750	13	22	

<b>Mitre</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(7%)	(33%)	(57%)
1-50	13	7	6
50-200	81	63	36
200 y más	16	30	58
más de 750	3	5	32

<b>Monte</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(33%)	(34%)	
1-50	6	5	
50-200	41	45	
200 y más	53	50	
más de 750	45	35	

<b>Navarro</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(17%)	(46%)	(23%)
1-50	7	28	17
50-200	38	38	37
200 y más	55	34	46
más de 750	25	17	13

<b>Necochea</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(74%)	(9%)	
1-50	-	2	
50-200	20	11	

200 y más	80	87	
más de 750	49	52	

<b>Nueve de Julio</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(48%)	(34%)	
1-50	3	3	
50-200	32	29	
200 y más	65	69	
más de 750	36	44	

<b>Olavarría</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(52%)	(18%)	
1-50	-	8	
50-200	28	9	
200 y más	72	83	
más de 750	21	11	

<b>Paz</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(51%)	(21%)	
1-50	32	21	
50-200	52	54	
200 y más	16	25	
más de 750	6	11	

<b>Pehuajó</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(63%)	(15%)	
1-50	1	3	
50-200	22	25	
200 y más	77	72	
más de 750	23	24	

<b>Pellegrini</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(74%)	(12%)	
1-50	-	1	
50-200	25	12	
200 y más	75	87	
más de 750	26	37	

<b>Pergamino</b>			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(8%)	(47%)	(38%)
1-50	4	5	5
50-200	54	36	40
200 y más	42	59	55
más de 750	15	32	16

<b>Pilar</b>			
--------------	--	--	--

Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(24%)	(46%)	(11%)
1-50	32	51	35
50-200	63	47	65
200 y más	5	2	-
más de 750	-	-	-

Pringles			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(84%)	(1%)	
1-50	-	-	
50-200	21	6	
200 y más	79	94	
más de 750	18	63	

Puán			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(91%)	(3%)	
1-50	-	1	
50-200	20	18	
200 y más	80	81	
más de 750	21	13	

Pueyrredón			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(58%)	(26%)	
1-50	-	8	
50-200	9	18	
200 y más	91	74	
más de 750	39	17	

Ramallo			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(3%)	(66%)	(27%)
1-50	-	7	5
50-200	65	36	39
200 y más	35	57	56
más de 750	10	43	45

Rojas			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(6%)	(43%)	(48%)
1-50	2	3	2
50-200	59	62	67
200 y más	39	35	31
más de 750	5	6	7

Saavedra			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(93%)		
1-50	-		
50-200	20		
200 y más	80		

más de 750	20		
------------	----	--	--

Saladillo			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(18%)	(43%)	
1-50	8	21	
50-200	40	41	
200 y más	52	38	
más de 750	13	12	

Salto			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(11%)	(42%)	(42%)
1-50	5	5	2
50-200	49	54	53
200 y más	46	41	45
más de 750	12	9	3

San Andrés de Giles			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(19%)	(35%)	(40%)
1-50	18	26	18
50-200	67	56	50
200 y más	15	18	32
más de 750	1	2	13

San Antonio de Areco			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(20%)	(42%)	(35%)
1-50	13	12	8
50-200	68	52	54
200 y más	19	36	38
más de 750	1	24	17

San Nicolás			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(3%)	(64%)	(25%)
1-50	15	23	17
50-200	69	67	70
200 y más	16	10	13
más de 750	4	-	-

San Pedro			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(64%)	(34%)	
1-50	10	8	
50-200	35	26	
200 y más	54	66	
más de 750	36	40	

Suárez			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(86%)	(5%)	

1-50	-	2	
50-200	31	15	
200 y más	69	85	
más de 750	20	54	

Suipacha			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(22%)	(65%)	
1-50	8	3	
50-200	34	30	
200 y más	58	61	
más de 750	24	45	

Tandil			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(65%)	(12%)	
1-50	-	28	
50-200	47	28	
200 y más	53	44	
más de 750	24	45	

Tapalqué			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(7%)	(49%)	
1-50	8	13	
50-200	47	31	
200 y más	45	56	
más de 750	1	39	

Tejedor			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(68%)	(15%)	
1-50	-	3	
50-200	15	8	
200 y más	85	89	
más de 750	55	69	

Trenque Lauquen			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(73%)	(13%)	
1-50	-	-	
50-200	18	14	
200 y más	82	86	
más de 750	25	35	

Tres Arroyos			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(59%)	(4%)	
1-50	-	-	
50-200	27	28	
200 y más	73	72	
más de 750	32	36	

25 de Mayo			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(32%)	(42%)	
1-50	-	7	
50-200	32	36	
200 y más	68	57	
más de 750	42	28	

Villarino			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(55%)	(5%)	
1-50	2	19	
50-200	16	18	
200 y más	82	63	
más de 750	67	44	

Villegas			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(78%)	(8%)	(8%)
1-50	-	-	-
50-200	5	6	7
200 y más	95	94	93
más de 750	71	61	43

Zarate			
Categoría	Trigo	Maíz	Lino
	(76%)	(14%)	
1-50	7	12	
50-200	32	61	
200 y más	61	37	
más de 750	44	9	

Cuadro 25: La Pampa (total)

Porcentaje de cada categoría en el total de cada producción						
Categoría	Trigo	Maíz	Cebada	Avena	Lino	Alfalfa
1-50	1	8	6	4	1	12
51-200	32	26	28	30	21	28
200 y más	66	66	66	66	78	60
más de 750	18	47	8	23	30	36

Cuadro 26

Área triguera burguesa principal				
Relación hectáreas por				
	Segadoras	Trilladoras	Cosechadoras	% B
Villarino	141	1.108	355	82
Puán	112	1.620	512	80
Alsina	124	1.845	2.596	76
Bahía Blanca	132	545	2.259	86
Las Sierras	164	1.897	1.377	86
Saavedra	152	1.781	1.431	80
Suárez	82	1.064	1.249	69
Dorrego	134	1.674	2.491	79
Pringles	131	1.667	625	79
Lamadrid	85	947	429	47
Tres Arroyos	95	1.220	1.042	73
Juárez	75	1.189	622	66
Laprida	130	2.273	936	59
Necochea	105	1.848	667	80
Tandil	97	1.129	856	53
Lobería	95	1.014	269	63
Balcarce	92	1.212	2.020	93
Alvarado	91	1.019	815	87
Pueyrredón	105	1.572	943	91
Pellegrini	122	1.530	17.139	75
Trenque Lauquen	179	1.466	6.373	82
Guaminí	102	495	855	94
Pehuajó	77	1.004	4.518	77
Olavarría	91	997	520	72
Bolívar	75	1.100	755	78
Azul	54	1.215	198	58
Villegas	141	1.109	355	95
Tejedor	169	2.331	23.313	85
Pinto	140	810	3.719	
Lincoln	75	998	4.866	81
Casares	69	1.773	2.502	78
9 de Julio	65	1.070	2.108	65
General Roca	120	1.567	4.280	59
Río Cuarto	110	2.322	9.618	57
Juárez Celman	126	2.093	11.082	85
Unión	124	1.795	13.134	78
Marcos Juárez	123	1.010	9.359	92

Tercero Arriba	169	1.948	6.260	63
Tercero Abajo	95	1.481	23.698	64
Río Segundo	1	1.911	7.433	49
Belgrano	162	2.127	22.129	87
Promedio	113	1.434	4.773	

Cuadro 27

<b>Área Pequeño Burguesa Triguera Principal</b>				
Relación hectáreas por				
	Segadoras	Trilladoras	Cosechadoras	% PB
San Martín	133	1.349	9.062	63
San Jerónimo	206	2.867	12.903	68
Castellanos	126	1.858	12.447	59
Las Colonias	246	2.533	79.356	65
San Cristóbal	64	901	6.308	66
San Justo	121	1.568	16.601	57
Promedio	149	1.846	22.780	63

Cuadro 28

<b>Área Triguera Burguesa Secundaria</b>				
Relación hectáreas por				
	Segadoras	Trilladoras	Cosechadoras	% B
Nogoyá	98	823	33.735	59
Gualeduay	87	1.086	10.866	62
Colón	125	2.035	16.280	52
La Paz	64	956	-	55
Promedio	94	1.225	20.294	57

Cuadro 29

<b>Área Triguera Pequeño Burguesa Secundaria</b>				
Relación hectáreas por				
	Segadoras	Trilladoras	Cosechadoras	% PB
La Capital	67	788	2.410	50
Diamante	74	694	4.109	66
Victoria	82	794	35.746	55
Rosario del Tala	53	611	6.311	49
Gualeduaychú	69	822	6.851	68
Cn. del Uruguay	65	1.353	5.684	58
Villaguay	42	1.269	872	42
Promedio	65	904	8.855	55

Cuadro 30

Tres Arroyos (I): tenencia de la tierra según tamaño						
Tamaño	Arrendamiento	%	Propiedad	%	Total	%
1-50	473	37,9	776	62,1	1.249	100
51-200	18.301	78,5	5.003	21,5	23.304	100
+ 200	208.736	63,8	118.233	36,2	326.969	100
Total	227.510	64,7	124.012	35,3	351.522	100

Cuadro 31

Tres Arroyos (II): uso de la tierra según tamaño y tenencia (en hectáreas)							
Tamaño	Nº	Arrendamiento	Propiedad	Trigo	Otros	Lanar	Vacuno
1-50	31	473	776	407	313	135	181
51-200	163	18.301	5.003	9.964	8.267	1.567	2.072
+ 200	468	208.736	118.233	98.074	78.301	40.110	36.378
Total	662	227.510	124.012	108.445	86.881	41.812	38.631

Cuadro 32

Tres Arroyos (III): uso de la tierra según tamaño y tenencia (en porcentaje)							
Tamaño	%	Arrendamiento	Propiedad	Trigo	Otros	Lanar	Vacuno
1-50	4,7	0,2	0,6	0,4	0,4	0,4	0,5
51-200	24,6	8,0	4,0	9,2	9,5	3,7	5,4
+ 200	70,7	91,8	95,4	90,4	90,1	95,9	94,1
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Cuadro 33

Tres Arroyos (IV): uso de la tierra según tamaño (en hectáreas)							
Tamaño	Trigo	Otros	Total	Lanar	Vacuno	Total	Total
1-50	407	313	720	226	303	529	1.249
51-200	9.964	8.267	18.231	2.186	2.887	5.073	23.304
+ 200	98.074	78.301	176.375	78.911	71.683	150.594	326.969
Total	108.445	86.881	195.326	81.323	74.873	156.196	351.522

Cuadro 34

Tres Arroyos (V): uso de la tierra según tamaño (en porcentaje)							
Tamaño	Trigo	Otros	Total	Lanar	Vacuno	Total	Total
1-50	32,6	25,1	57,7	18,1	24,2	42,3	100
51-200	42,7	35,5	78,2	9,4	12,4	21,8	100
+ 200	30,0	23,9	53,9	24,2	21,9	46,1	100
Total	30,8	24,7	55,5	23,1	21,4	44,5	100

Cuadro 35

Necochea (I): tenencia de la tierra según tamaño (en porcentaje)						
Tamaño	Arrendamiento	%	Propiedad	%	Total	%
1-50	702	77,5	204	22,5	906	100
51-200	21.280	85,9	3.466	14,1	24.746	100
+ 200	193.296	74,9	63.864	25,1	258.001	100
Total	215.278	75,9	68.375	24,1	283.653	100

Cuadro 36

Necochea (II): uso de la tierra según tamaño y tenencia (en hectáreas)							
Tamaño	N°	Arrendamiento	Propiedad	Trigo	Otros	Lanar	Vacuno
1-50	23	702	204	396	275	26	83
51-200	190	21.280	3.466	11.409	8.993	1.987	2.461
+ 200	460	193.296	63.864	85.052	75.413	33.101	59.185
Total	673	215.278	68.375	96.857	84.681	35.114	61.729

Cuadro 37

Necochea (III): uso de la tierra según tamaño y tenencia (en porcentaje)							
Tamaño	N°	Arrendamiento	Propiedad	Trigo	Otros	Lanar	Vacuno
1-50	3,4	0,3	0,3	0,4	0,3	0,1	0,2
51-200	28,2	9,9	5,1	11,8	10,6	5,6	3,9
+ 200	68,4	89,8	94,6	87,8	89,1	94,3	95,9
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Cuadro 38

Necochea (IV): uso de la tierra según tamaño (en porcentaje)							
Tamaño	Trigo	Otros	Total	Lanar	Vacuno	Total	Total
1-50	396	275	671	56	179	235	906
51-200	11.409	8.993	20.402	1.955	2.389	4.344	24.746
+ 200	85.052	75.413	160.465	34.810	61.885	96.695	257.160
Total	96.857	84.681	181.538	36.821	64.453	101.274	282.812

Cuadro 39

Necochea (V): uso de la tierra según tamaño (en porcentaje)							
Tamaño	Trigo	Otros	Total	Lanar	Vacuno	Total	Total
1-50	43,7	30,3	74,0	6,2	19,8	26,0	100
51-200	46,1	36,3	82,7	7,9	17,5	25,3	100
+ 200	33,1	29,3	62,4	13,5	24,1	37,6	100
Total	34,2	29,9	64,1	13,0	22,9	35,9	100

Cuadro 40

Hectáreas	Necochea (74%)		Tres Arroyos (59%)	
	1908	<i>Guía</i>	1908	<i>Guía</i>
1-50	-	-	-	-
50-200	20	9	27	7
200 y más	80	91	73	93

## ***La estructura de clases del agro pampeano: Los explotados***

Este capítulo tiene por función especificar la naturaleza del sujeto cuya vida pretendemos reconstruir. Haremos una primera demarcación, a fin que se entienda de quién hablamos, para luego extendernos en la descripción de los itinerarios que recorre en el proceso de explotación social al que está sometido.

### **I. Origen y desarrollo de la infantería ligera (1870-1920)**

#### **1. El personaje**

¿Cuál es la fracción de la clase obrera que veremos en acción en estas páginas? En principio, parece sencillo de responder: si la fracción “metalúrgica” de la clase obrera es la que actúa como capital variable de la fracción de capital que opera en la rama metalúrgica, va de suyo que la fracción “rural” de la clase obrera debiera ser aquella que provee de plusvalía a la fracción de capital que se le opone. Vista desde el lado del capital, efectivamente, la población que realiza las tareas rurales es la fracción rural de la clase productora de plusvalía. Como a cualquier capitalista, a esta fracción particular del capital le interesa poco de dónde viene (y a dónde va) el material explotable que contrata. Sin embargo, visto desde la clase obrera, el resultado no es el mismo.

En efecto, visto desde el trabajador en cuestión, su relación con el capital rural es más compleja. La fracción rural de la clase obrera debe ser buscada en la intersección de una serie de variables: 1. según la región; 2. según el tipo de trabajo; 3. según la duración de la relación laboral. Vamos de a una.

Según la región. Como hemos visto en el primer capítulo, la reconstrucción del proceso de génesis de la clase obrera argentina no ha recibido todavía un examen definitivo. Cuando hablamos del proletariado rural, no debemos olvidar que se trata de un personaje que, en el caso argentino, recorre una geografía muy extensa, atravesando toda la república. Es, en este sentido, la fracción más “nacional” posible, la más dispersa espacialmente. Como ya se sabe desde el título mismo de este

trabajo, la fracción “rural” de la clase obrera abarca tanto a los trabajadores de la vid en Cuyo, como a los del azúcar del noroeste, pasando por los del algodón y la yerba mate en el noreste y los ganaderos de la Patagonia. En este caso, examinaremos sólo una porción de esa fracción de la clase obrera, la que corresponde a la región pampeana.

Según el tipo de trabajo. Lo que unifica a un conjunto de trabajadores como “fracción rural” es el hecho que la tierra tiene usos múltiples, por lo cual es común que en todas las regiones no sólo haya trabajadores agrícolas sino también ganaderos. Así, dentro de la región pampeana podemos distinguir a los obreros ocupados en la ganadería ovina y bovina y en la agricultura de cereales y oleaginosas. En el caso pampeano, están separados no sólo por tareas diferentes sino incluso por toda una historia diferente. No nos ocuparemos aquí, ya sabe el lector, de los trabajadores de las estancias ganaderas, sino de los dedicados a las faenas agrícolas.

Según la duración del trabajo. Dentro de la agricultura existen también tareas diversas, que imponen no sólo esfuerzos diferentes sino, también, una relación distinta con el capital para el cual entra en funciones. No se trata sólo de que las faenas agrícolas incluyen “oficios” diferentes, como los del “sembrador” y el “cosechero”, sino que ambas funciones llevan a relaciones diferentes con el capital. En el primer caso, la relación suele ser permanente, mientras que en el segundo, es temporaria. Los obreros de la cosecha de cereales y oleaginosas pampeanos sólo establecen con el capital rural una relación temporaria. Nuestro personaje es, antes que nada, un trabajador estacional. Veremos luego de dónde brota la estacionalidad y de qué manera marca centralmente al conjunto de los problemas que aquí examinamos.

Queda definido el campo, valga la imagen, que abarca nuestro personaje: el trabajo estacional de las cosechas cerealeras pampeanas. Pero acá no terminan los problemas, porque ningún trabajador (ninguna persona) vive “estacionalmente”, aunque el capital así lo pretenda. En las sociedades no capitalistas, la agricultura en gran escala encontraba aquí una gran traba, que debía resolverse por otras vías. En efecto, el trabajador estacional debe sobrevivir el resto del año, de modo que hasta que no se lograba conformar una parte de la población con cierta movilidad espacial y social, tener brazos para la cosecha obligaba a mantenerlos todo el año. La existencia de trabajo estacional para las cosechas se solucionaba relativamente fácil bajo el modo de producción feudal, en tanto formaba parte de las prestaciones obligatorias del campesino servil. Lo mismo sucedía en otros modos de producción, como el asiático. En el capitalismo, el trabajador es libre, lo que significa que la responsabilidad por su reproducción no compete al burgués individual, que no tiene que distraer ningún recurso (como el señor feudal, que debía alienar parte de su tierra) para asegurar la subsistencia del trabajador fuera del período laboral. El capital va a resolver este problema por dos vías: la primera, creando una población especial para la realización de las tareas estacionales; la segunda, elevando la productividad del trabajo rural. Como de la última ya hablamos, dediquémonos a observar la primera.

La creación de una capa específica de la población trabajadora para las tareas estacionales, es parte del proceso general de la acumulación originaria que observamos en el primer capítulo. De ese proceso queda una parte que, careciendo de habilidades útiles al capital (oficios), aparece como la más desposeída de cualidades laborales, de manera que es perfectamente intercambiable en tareas simples. Esa porción de la población que bordea el ejército industrial de reserva y, de hecho, se confunde con una de sus capas, la de la desocupación intermitente, es lo que Marx llamó la **infantería ligera del capital**. Analizando el proceso de acumulación, Marx utiliza la metáfora militar para ilustrar la “guerra” en que consiste la producción. El “ejército” de la producción se dispone, entonces, como un ejército en batalla, con sus diferentes destacamentos y secciones. Para “atacar” la producción, el capital utiliza, igual que cualquier ejército, a cada uno de esos destacamentos según corresponda. Para correr en auxilio de fuerzas de vanguardia menguantes, que se agotan en el proceso productivo, se dispone, por ejemplo, de un “ejército” industrial de reserva, es decir, una capa de población que no se ocupa inmediatamente, cuyo tamaño fluctúa según las necesidades de la acumulación. Uno de esos destacamentos especiales, la infantería ligera, igual que su homónima militar, tiene la función de correr allí donde, por cortos momentos, la acción se hace particularmente intensa. Marx no enumera, dentro de las “huestes trashumantes” al proletariado de cosecha, aunque Kautsky sí. Marx observa un panorama agrario en el cual los trabajadores de cosecha todavía tienen una residencia rural y, sobre todo, trabajan muchos meses más que a fines de siglo XIX, por lo cual su estacionalidad es menos marcada. Con el reinado de las segadoras y las trilladoras modernas, el carácter estacional se profundiza, hecho al cual se suma el fenómeno de la residencia urbana para el caso argentino, razón por la cual creemos que la descripción calza bien para nuestro personaje, más parecido a aquello que Kautsky examina. Esta tesis intenta recuperar la experiencia de esa fracción de la clase obrera que, en uno de sus momentos de existencia, se constituye como proletariado rural. En sentido estricto, entonces, el proletariado rural que se aplica a la agricultura tiene estos dos componentes, el permanente y el temporario, cuya disparidad brota de la diferente productividad del trabajo en cada una de las tareas y de su estacionalidad.

Como vamos a ver, forma parte de la infantería ligera no sólo el peón cosechero, sino también aquellos que desarrollaban tareas que implicaban la continuidad del trabajo de la cosecha, como las tareas de transporte (los carreros) y de almacenamiento y despacho (los estibadores). Sería un error, sin embargo, suponer que la infantería ligera desparramaba sus funciones no sólo en el campo del capital agrario, sino también en del transporte y la comercialización, porque todos son capitales agrarios. No hay mercancía hasta que el objeto destinado a tal fin no está en el mercado. Esa es la razón por la cual los obreros del transporte son parte de la producción de la mercancía agraria. Los carreros y los estibadores son productores “agrarios”, aunque éstos últimos realicen su “producción” de valor dentro de empresas comerciales.

Veamos primero la magnitud que alcanza esta capa de la clase obrera en el período bajo estudio, para luego examinar su génesis con más detalle

## 2. La capa más amplia del proletariado argentino

Calcular la cantidad de seres humanos que entregaban su energía a la “fiesta” de la cosecha, presenta tantas complicaciones que tornan en necesariamente aproximativa toda estimación. Basta para demostrarlo, el caos de cifras que una breve reseña puede ofrecer: para 1905 Lahitte estimaba que la cantidad de jornaleros necesarios para la cosecha eran unos 70.000, aunque no especificaba si incluía a estibadores y carreros; para la misma fecha *La Vanguardia* calculaba 150.000 sólo para la trilla. Según Gaignard, eran necesarios unos 75.000 en 1900, mientras que para Bunge, en 1916, la cifra alcanzaba a 300.000 personas, aunque reconocía que lo comúnmente aceptado era 140.000. Eso mismo creía la División de Estadística y Economía Rural en 1911, sin considerar a estibadores y carreros. El Departamento Nacional del Trabajo (DNT) llegaba a ese número sobre la base de suponer en 9.554.000 los jornales necesarios para la siega, (90 días de campaña). Pucciarelli, con base en el censo de 1914 calcula en 500.000 empleos transitorios en los diversos establecimientos cerealeros y 520.000 estima Ortiz para 1908<sup>1</sup>.

Buena parte de la disparidad proviene de errores en los cálculos que resultan de las mismas características del trabajo rural: las tareas se superponen parcialmente y los obreros pasan de una a otra, ocupando varios empleos a lo largo de la campaña y trasladándose de un lugar a otro continuamente. Por otro lado, los registros pertenecen a diferentes épocas, por lo que pueden ser correctos para el año en que se toman, pero no para los siguientes, según varíe el área sembrada, la duración de la cosecha o la tecnología utilizada. Sobre la variación del área sembrada no hace falta insistir ya que es más que evidente. Pero sobre la duración de la cosecha es necesario remarcar algo que no siempre se ha tenido en cuenta: los adelantos técnicos no sólo ahorran mano de obra, también acortan el tiempo de trabajo. En tiempos de la trilla “a pata de yegua” la cosecha comenzaba a fines de octubre y finalizaba bien entrado el otoño, por mayo o junio. La llegada de segadoras y trilladoras acortan este período notablemente: a mediados de noviembre comienza la siega y todo termina a fines de febrero, en poco más de tres meses. Cuando aparece la cosechadora, todo se resuelve en algo más de un mes, entre noviembre y diciembre. Estos datos son cruciales cuando se trata de calcular la cantidad de mano de obra a partir de la duración de la “campaña”.

Comencemos, entonces, por establecer algunos hechos fundamentales: 1. las cosechas de trigo y lino se superponen en el mismo espacio de tiempo, por lo que cualquier cálculo debe incluir el empleo generado por ambas; 2. ambas cosechas comenzaban a mediados de noviembre en el norte de

la región pampeana y finalizaban hacia los últimos días de febrero en el sur de la provincia de Buenos Aires;<sup>2</sup> 3. las cosechas incluían 20 días de siega y emparvada y unos 50 días de trilla<sup>3</sup>; 4. el desfase climático hacía que las cosechas del norte comenzaran entre 15 días y un mes antes que en el sur, por lo que ambas se superponen durante unos 50 días: entre diciembre y fines de enero se encontraba el clímax del trabajo rural<sup>4</sup>; 5. entonces, la “campana” del obrero rural no podía desdoblarse en partes iguales entre el sur y el norte, por lo que cada peón trabajaría con preferencia en uno de los dos lugares y no todos conseguirían trabajo en la otra región, con lo cual, su tiempo laboral no podía ser mayor a 60 días; 6. dado que las cosechas del norte suman entre 2/3 y 3/4 del total, la mayoría de los trabajadores comenzaría a trabajar simultáneamente allí y sólo una proporción menor se desplazaría hacia el sur; 7. esto significa que la cantidad real de empleos estará ubicada en algún lugar entre el total necesario si las cosechas fueran simultáneas en el norte y el sur y el total necesario si ambas fueran consecutivas: entre diciembre y enero estaría ubicado el máximo número de empleos disponibles, describiendo una parábola que ascendería en noviembre en el norte, llegaría al máximo en diciembre y enero en el norte y el sur y descendería en febrero en el sur. Tratemos de cuantificar el proceso.

Según el censo de 1908, la cantidad de máquinas es la que muestra el Cuadro 1. Estas máquinas dieron cuenta de la cosecha 1907-8, que alcanzó a 7.150.000 has. Comenzada la cosecha en el norte de la región, hacia mediados de noviembre, empieza la siega en Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y norte de Buenos Aires, debiendo, en unos 20 días, dar cuenta de 2/3 de la siega total. Para segar (incluyendo emparvado) 12 has. por día se necesitan 10 obreros en las espigadoras y 11 en las segadoras atadoras.<sup>5</sup> Aproximadamente, cada obrero dará cuenta de 1,2 has. por día, lo que en 20 días equivale a 24 has. De aquí puede concluirse que, para segar 4.719.000 has. (2/3 del total) se necesitaron 196.600 obreros empleados simultáneamente. Terminados esos 20 días comienza la trilla, que ocupa, en el norte, durante 50 días el equivalente en tiempo a 2/3 del total de trilladoras, 3.111. Con una dotación promedio de 25 personas, emplean en total, 77.775 obreros. Éstos permanecerán en el norte hasta mediados de febrero, y para ellos habrá terminado allí la cosecha. No termina todavía la siega en el norte, cuando ya comienza a segarse en el sur, a mediados de diciembre.<sup>6</sup> En este momento unos 80.000 obreros del norte estarán moviéndose hacia el sur, donde ya se encontrarían parte de 98.300 que serán empleados allí en la siega. En este punto, los 120.000 que permanecen en el norte (terminando la siega y realizando la trilla) se suman a los que van bajando (que terminaron la trilla en el norte) y a los que fueron directamente hacia el sur, totalizando alguna cantidad entre 200 y 250.000 personas (120.000 segando y trillando en el norte y 100.000 segando en el sur = 220.000). Si esa cifra corresponde a 1908, con 7.150.000 has. sembradas de trigo y lino, en su mayor expansión, en 1912-13, con 8.818.000, debe, tranquilamente haber alcanzado las 300.000 personas, aún restando la mano de obra familiar.<sup>7</sup> Es probable que en esa cifra máxima puedan incluirse también estibadores y carreros.

¿Hay alguna forma de comprobar este cálculo? Si prestamos atención al Cuadro I, veremos lo siguiente: el total de segadoras (espigadoras y segadoras atadoras) es 64.849. Los 2/3 alcanzan a 42.800 máquinas, aproximadamente. Ahora bien, estas máquinas dieron cuenta de 4.719.000 has. de trigo y lino, lo que significa que cada una segó 110 has., aproximadamente, unos 10 días de trabajo. Lo que quiere decir que, cada obrero, en los 20 días que segó en el norte, ocupó labores en 2 máquinas diferentes. Entonces, sólo la mitad de las 42.800 segadoras estuvieron en acción simultáneamente, es decir, 21.400 has. Si multiplicamos por 9 esta cifra<sup>8</sup>, obtendremos el total de obreros utilizados simultáneamente en el norte durante la siega: 192.600. Es tan similar a la cifra anteriormente obtenida, que resulta sospechosa... Podríamos empujar las cifras hacia abajo, pero difícilmente podríamos justificar una estimación, para 1908, inferior a las 200.000 personas. Igualmente difícil sería más de 300.000.

El caso del maíz es más sencillo porque el área está más concentrada, lo que facilita los cálculos ya que el trabajo se nuclea en un momento y lugar. Empecemos calculando la mano de obra de la juntada. Siguiendo a Juan Alvarez, sabemos que se empleaban 10 peones durante 1 mes (8 a 10 horas diarias) para levantar 40 cuadras (66 has. a 1,65 has. por cuadra<sup>9</sup>). De aquí que, 10 hombres a 8 o 10 horas por día durante 1 mes levantaban la cosecha de 66 hectáreas, 198 en 3 meses, 19,8 hectáreas por campaña cada obrero. Precisamos entonces, 150.000 entre 1903 y 1920, fechas entre las que el área sembrada osciló en los 3.000.000 de hectáreas.

Partiendo desde otro punto, los resultados son similares: en 1904, Miatello afirma que cada juntador puede llenar por día entre 8 y 12 bolsas. Ahora bien, estas bolsas equivalen a bolsas de espigas, es decir, la semilla más el marlo. Según Miatello 2 bolsas de espigas hacen 100 kg. de grano<sup>10</sup>, con lo cual, tomando el rendimiento promedio de 10 bolsas diarias, un juntador recogería 500 kg. por día. Una campaña de 90 días permitiría recoger 45.000 kg. (45 toneladas). Si entre 1905 y 1920 la producción osciló en torno a los 5.000.000 de tn., se necesitaron 111.000 obreros. Puede pensarse en una campaña más corta., de 70 días (contando 20 perdidos por mal tiempo o incluyendo la desgranada), pero debe sumarse la mano de obra familiar. En su mayor expansión, durante los '20, con cosechas como las de 1926 y 1927, con 8.000.000 de toneladas, habría llegado a poco más de 170.000 empleos. El tiempo muerto entre trabajo y trabajo reducía mucho la media por juntador, pero un promedio de 8 bolsas por día no era una cifra fuera de lo común. Muy por el contrario, era costumbre que los patrones exigieran 7 bolsas diarias para tener derecho a la comida y 10 era un promedio normal. Los buenos juntadores llegaban a 12 y más, y hasta había de 20 al día<sup>11</sup>. No hay evidencia suficiente para sostener que más de 100.000 personas participaran en la cosecha del maíz entre 1905 y 1910 y 150.000 de allí en adelante, cuando la producción alcanza un promedio de cerca de 6.000.000 de tn.<sup>12</sup>

Queda la desgranada. Siguiendo el censo de 1908, hay en Buenos Aires 7.966 desgranadoras,

3.502 en Santa Fe, 1661 en Córdoba, 4.141 en Entre Ríos y 1.120 en La Pampa, lo que da un total de 18.390. Bastaría multiplicar por 18, cantidad de personas que ocupa una desgranadora, para conocer el dato buscado. Sin embargo, el censo no distingue entre desgranadoras de mano y de vapor, lo que sobredimensionaría enormemente las cifras. Por ejemplo, el área sembrada de Entre Ríos, la menor de todas las provincias, exhibe una cantidad de máquinas superior a la de Santa Fe, que tiene un área seis veces mayor. Como nos informa Raña, las desgranadoras de vapor no se habían generalizado en Entre Ríos en la época de su informe<sup>13</sup>. Además, la desgranada a vapor era mucho más rápida y sencilla que la trilla del trigo. Por esto, a pesar de los volúmenes similares de la producción de ambas, la desgranada no alcanza ni por asomo la importancia de la trilla. En resumen, aceptaremos a la desgranada como tarea menor en el maíz y ocupando un personal que puede considerarse incluido en las cifras manejadas para la juntada.

Para calcular la cantidad de carreros, es necesario contar con los siguientes datos: capacidad de cada carro, cantidad necesaria de los mismos y tiempo de la tarea. Según Miatello, cada carro cargaba, por lo común, 5 toneladas (70 bolsas aproximadamente) y, por lo general, se realizaban dos viajes completos por día (dos de ida y dos de vuelta) en un promedio de distancia de 4 leguas. De aquí se deduce que podía transportar 10 toneladas por día y, en 60 días de trabajo, unas 600 toneladas por campaña. Calculando en 6.000.000 toneladas el promedio de la producción en los primeros 20 años del siglo, unos 10.000 carreros eran suficientes.

La estiba puede calcularse a partir del siguiente dato: "La operación de cargar un vagón de 40 toneladas (incluida la pesada) demanda el empleo de 9 hombres durante dos horas y media."<sup>14</sup> Ahora bien, si 9 hombres cargan 40 toneladas (incluida pesada) en un vagón en dos horas y media, podemos calcular que un hombre, en 150 minutos carga 4,4 toneladas, o sea, 0,03 toneladas por minuto, lo que equivale a 1,8 toneladas por hora y, a 9 hs. por día, 16,2 toneladas diarias. Calculando tiempos muertos por descansos y otros problemas, podemos dejarlo en 10 toneladas diarias. Suponemos también que se tarda lo mismo en cargar el vagón que en el movimiento previo de estibar las bolsas en el galpón cerealista. Si calculamos en 60 días su "campaña", maneja en total 600 toneladas. En esta estimación, se necesitarían, para 6.000.000 toneladas, unos 10.000 estibadores. Tomando en cuenta las otras tareas que debían realizarse (secado de cereales, pesadas reemplazo de bolsas rotas, clasificación, etc.) podemos hacer ascender esta cifra a unos 20.000 para realizar todas las manipulaciones de la cosecha de trigo entre 1905-30.

Si ahora sumamos todas las cifras, descontando posibles usos de mano de obra familiar, nos queda que con 300.000 personas era posible realizar todas las tareas de la cosecha del trigo y con menos de 200.000 las del maíz. Esta cifra fluctuó en función del volumen producido, llegando a ese máximo en los momentos de mayor expansión, durante los '20. Si estas cifras son correctas, la infantería ligera del capital es la fracción más importante, numéricamente hablando, del proletariado

argentino, al menos hasta 1920-30. Todo capitalismo tiene su infantería ligera, lo peculiar de la Argentina es la magnitud gigantesca que alcanza. ¿De dónde salía toda esta gente y qué torsiones generaba su fluctuación permanente en la economía argentina? Algo de eso veremos a continuación.

### 3. La acumulación originaria en la Argentina

En la bibliografía sobre los orígenes de la clase obrera argentina frecuentemente se parte de un desplazamiento, el del concepto de “acumulación originaria” por el de “mercado de trabajo”. Va de suyo que ese desplazamiento no es simplemente terminológico, sino que implica un pasaje de un corpus identificado como “marxismo” a la teoría neoclásica y que nosotros preferimos identificar como la recaída en la ideología desde la ciencia. Dos son las consecuencias de ese desplazamiento: interpretar el proceso de creación de la clase obrera como sinónimo de “creación de oportunidades de empleo”, borrando de la historia la destrucción de las relaciones sociales que fue necesaria para darle paso, por un lado; la confusión acerca del sujeto creado durante el proceso, por otro. No es lo mismo crear un mercado de trabajo que conseguir mano de obra. Lo primero implica la apropiación y la expropiación de los medios de producción. Lo segundo es una adecuación de oferta y demanda, que presupone que ambas han sido creadas. Aún más atrás conceptualmente, es necesario mostrar el proceso social que crea al trabajo como mercancía. Aunque la responsabilidad principal en este punto corresponde a los historiadores liberales a quienes vamos a comentar en breve (Díaz Alejandro y, sobre todo, Roberto Cortés Conde), los socialdemócratas (Hilda Sabato y Luis Alberto Romero) caen en la misma confusión, con similares conclusiones.

“Formación del mercado de trabajo” es, indudablemente, una descripción bastante más amable del proceso de creación de la clase obrera argentina que “acumulación originaria”. Mientras el primero alude a una “construcción”, el segundo resulta siempre un proceso destructivo. Cortés Conde se encarga de describirnos las condiciones que hicieron posible dicha “construcción”:

“Cuando se realizó en 1869 el Primer Censo Nacional se advierten ya importantes desplazamientos de unas provincias a otras. Estos desplazamientos, facilitados más adelante por el ferrocarril, permitieron que la mano de obra excedente en algunas zonas se desplazara hacia otras donde era necesaria y por consiguiente mejor pagada. Se formó así un mercado de trabajo.”<sup>15</sup>

Cortés Conde remata su intervención con una maniobra en apariencia espectacular: demostrar que la inmigración llegaba al país “atraída” por las excelentes condiciones locales y no por problemas en el punto de partida. Una comparación salarial Argentina-Italia le entregó las pruebas necesarias para transformar al Régimen Oligárquico en el universo de las oportunidades. Describir el proceso de

acumulación originaria lleva a otro escenario. Hilda Sabato ha escrito sobre el particular un trabajo que remite a las condiciones de separación del productor de los medios de producción. Sin embargo, no hay diferencias sustanciales entre uno y otro planteo en tanto se reconoce que la Argentina era un lugar "elegido" por los inmigrantes. La bibliografía sobre inmigración suele pensar el problema a partir de la discusión entre el factor "expulsión" y el de "atracción". Se trata, indudablemente, de un falso dilema: que alguien sea "expulsado" no excluye que sea "atraído": nadie sale de Guatemala para caer en Guatepeor...

En la Argentina, la acumulación originaria tiene una factura compleja. Indudablemente, comienza hacia fines del siglo XVIII y recibe un impulso fundamental con la Revolución de Mayo. La Asamblea del año XIII, al decretar la libertad de vientres sentencia el fin de la esclavitud para los hijos de esclavos, ahora obreros. Las sucesivas campañas contra el "indígena", de las cuales la Campaña del desierto y la Conquista del Chaco son las más importantes, aunque con objetivos disímiles: la primera produce la apropiación de los medios de producción pero no la creación de la fuerza de trabajo. La segunda, expropia los medios de producción para producir la fuerza de trabajo sin apropiación. En el primer caso, la esclavitud, la matanza generalizada y la desposesión son lo que cuentan. En el segundo, la transformación de la población. La Campaña del desierto busca apropiarse de la tierra, siendo la fuerza de trabajo un problema menor: ni la población indígena podía ocupar el lugar del proletariado rural, ni la ganadería requería de tanta mano de obra, más cuando la extensión de la propiedad agraria en la pampa proletariza a esa población que, por comodidad, se suele llamar "gaucho". La Conquista del Chaco busca transformar en asalariados a cazadores-recolectores, por eso en lugar de genocidio se propone una transformación social: se dota a la población expropiada de su medio de vida (la selva) de tierra para agricultura (las colonias) y se los reduce espacialmente, de modo tal que queden "libres" para los trabajos estacionales de la caña de azúcar.

Como sea, lo que sucede en Argentina no es diferente de lo que sucedió en Rusia, Canadá, EEUU, Australia, Nueva Zelanda: el capitalismo agrario presupone el exterminio de la población pre-capitalista, normalmente cazadores-recolectores, que deben desocupar el medio de producción fundamental, la tierra. Tal es la primera parte de la acumulación originaria.

La segunda acontece fuera de la Argentina y va a tener como consecuencia la creación de la fuerza de trabajo. En general, tanto en Italia como España, se trata de ex-campesinos proletarizados, ya sea por expulsión del conjunto de la familia campesina o, lo más común, la proletarización de los hijos. Es decir, la segunda parte de la acumulación originaria en la Argentina se produce fuera de las fronteras nacionales. Eso, como veremos en el capítulo siguiente, tiene profundas consecuencias ideológicas. Creados el capital y la fuerza de trabajo, el problema pasa a ser, como se decía en la época, la "provisión de brazos" o cómo se dice ahora, la creación de un "mercado de (fuerza) de trabajo". En el caso de la agricultura, se trata además de hacer frente a una demanda particular.

#### 4. La pauta urbano-rural y la génesis de la infantería ligera

La mano de obra necesaria para la agricultura pampeana no surgió de improviso, como un rayo en un cielo sereno. Las fuerzas internacionales que estaban provocando un desarrollo inesperado de la producción cerealera en las márgenes del Paraná, creaban al mismo tiempo necesidades también nuevas. La agricultura surgía, sobre todo, como una actividad que exigía ser comandada por familias de productores, más que por individuos nucleados exclusivamente por relaciones asalariadas. En general, las unidades de producción dedicadas al cereal raramente pasaban de las 1.000 has. y encontraban su tamaño normal bastante más abajo, entre las 200 y 500 has. en las “tierras nuevas” (Argentina, Australia, Canadá). Esto significaba que alguna proporción de las tareas sería realizada fuera de las relaciones asalariadas, en el interior de otras relaciones, protagonizadas por la mano de obra familiar. Pasado cierto tamaño, la mano de obra familiar no podía hacerse cargo de todas las tareas (en realidad, salvo dimensiones microscópicas, nunca podía hacerlo en un ciento por ciento). Pero, aún así, la mano de obra familiar desplazaba a la asalariada de parte de las tareas, especialmente de la siembra, la más apta a volúmenes reducidos de esfuerzo físico, y la arrinconaba en torno a la cosecha. Surge, combinando el carácter estacional del trabajo rural y la importancia de la mano de obra familiar en la siembra, una demanda específicamente limitada a la cosecha.

Circunscribiéndonos a la agricultura, durante el siglo XIX la expansión del área sembrada va lentamente ejerciendo su influjo sobre los diferentes elementos que compondrán su mercado laboral. La esquila, con su movilización de “comparsas” de obreros itinerantes ya anunciaban lo que podría significar la demanda que generaría la agricultura a gran escala. Fue en las colonias santafesinas donde ese problema se manifestó primero que en cualquier otro lado. Zevallos, en 1880, ha señalado muy vivamente los problemas de este mercado en formación, recuérdese la cita que encabeza el capítulo 4.<sup>16</sup> Lahitte, veinte años después plantea notablemente la torsión peculiar que sufre la agricultura pampeana: por un lado, “las explotaciones agrícolas de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos, que cuentan (...) con unas 9.058.985 hectáreas sembradas (...) se hallan diseminadas en una vasta extensión” de más de 67 millones de hectáreas, “con una población que no pasará probablemente de 2.000.000 individuos”, entre los se puede apenas contar con 500.000 varones de 14 a 60 años (a los que hay que descontar los ocupados en la ganadería, en el comercio y las industrias). Esto llevaba al funcionario a preocuparse por la oferta de mano de obra. Obviamente, urgía a la intervención del Estado,<sup>17</sup> al que reclamaba que asumiera la responsabilidad de adecuar las relaciones sociales en el interior del espacio nacional a los requerimientos del desarrollo de la acumulación de capital en el litoral. Es decir, se que convirtiera en impulsor de un proceso que funciona en parte automáticamente,

el desplazamiento de la población desde otras actividades:

“Además, los cercos de alambre en las estancias con la introducción de las maquinas y el perfeccionamiento de ellas, han dejado sin trabajo a millares de hombres, no solo en Corrientes, sino en todas las provincias. En Tucumán en el ingenio Esperanza, el trabajo de fábrica que hacían antes sesenta a ochenta hombres, hoy lo hacen treinta y cinco. Los guinches, que se propagan rápidamente, dejan centenares de cargadores sin trabajo y así en todas las industrias. Los molinos ocupan para la misma cantidad de trabajo menos de la tercera parte de la gente que hace diez años.”<sup>18</sup>

Las dificultades en el desarrollo del mercado de trabajo se incrementaban porque los inmigrantes no parecían tener como destino deliberado el trabajo estacional, puesto que las posibilidades de acceder a una parcela de tierra (y transformarse en colono) no estaban cerradas:

“Los peones van de Buenos Aires y son generalmente europeos, recientemente llegados, enviados por las oficinas de inmigración en grandes caravanas, que llevan los vapores de la carrera en todos los viajes, alimentando las diferentes líneas de navegación del Río Paraná, que se hacen competencia y no podrían subsistir sin aquel movimiento de internación oficial de los inmigrantes. La población rural es poco numerosa en Santa Fe y no basta a las grandes faenas de la cosecha y puede asegurarse a los que conocen aquellas tierras, que en ellas no hay hombres desocupados desde la primavera al otoño y que se recibe con los brazos abiertos al que llega lamentándose de la falta de trabajo, proporcionándosele en tales condiciones, que si es hombre moral, puede vivir holgadamente y ahorrar para hacerse propietario. De la primavera al verano comienzan a afluir los europeos recientemente llegados en los transatlánticos que trayendo en cada viaje de 800 a 1.000 inmigrantes para Buenos Aires parecen aldeas flotantes. En diciembre el número de brazos esta completo y las faenas en todo su vigor hasta el otoño en que merman; pero la población permanente aumenta cada año por la asimilación de peones, que adquieren concesiones estimulados por las ventajas y el amparo paternal que les ofrece la administración y por el éxito de los colonos a quienes acaban de servir.”<sup>19</sup>

En este momento se reproduce para la agricultura lo que Sabato anota para la ganadería: “los salarios altos pueden contribuir a incrementar la oferta global de mano de obra” pero “si se combina un alto nivel de salarios con condiciones de fácil acceso a los medios de producción, puede obstaculizarse el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo”. Esta situación podría dar lugar a que los trabajadores potenciales encuentren “el camino de la autonomía”.<sup>20</sup> Es un problema diferente del anterior, en el que de relaciones precapitalistas se busca crear relaciones capitalistas. Aquí se trata de evitar la no reproducción de la relación capitalista. El problema es el nivel de acumulación de

capital y donde se dice "autonomía" debiera decirse "aburguesamiento". Sabato incluye dentro del mercado de trabajo (de fuerza de trabajo sería más correcto) un sector al que llama "autónomo", lo que es claramente un error: si el trabajador es autónomo, no vende su fuerza de trabajo. Si no lo hace, entonces no es un obrero. En realidad, esos trabajadores están fuera del mercado de fuerza de trabajo y se han transformado en pequeño-burgueses, en alguna de las tres condiciones que hemos señalado: explotadores, no explotadores, semi-asalariados. Precisamente, porque el mercado de fuerza de trabajo tiene todavía demasiadas puertas abiertas, es que no ha madurado. Por otra parte, aunque Sabato limita el valor de su afirmación para las primeras etapas de la ganadería lanar, no hay motivo para no extenderla hasta el comienzo de siglo, cuando comienza a cerrarse el nuevo ciclo expansivo inaugurado por la economía cerealera.<sup>21</sup>

Para la fecha en que la agricultura se torna importante, la perspectiva de "vivir sin trabajar" prácticamente ha desaparecido y la posibilidad de acceder a los medios de producción se va cerrando progresivamente. Aclaremos: tal brecha existe siempre en la sociedad capitalista: la apertura de nuevos "continentes" de inversión generan siempre oportunidades no sólo para capitales ya establecidos sino también para recién llegados. Éste es un rasgo clave de la sociedad burguesa: como tal clase, la burguesía no está protegida por ninguna prescripción legal. Nada impide el ingreso o la desaparición de parte de sus contingentes, salvo el mismo proceso de acumulación del capital. Es esto lo que permite la posibilidad del "ascenso social", es decir, la posibilidad de acceder al privilegiado rango de explotadores del trabajo, por parte de cualquiera que pueda volcar sus ahorros en el proceso productivo, convirtiendo años de esfuerzos en capital y al trabajador en capitalista. Este proceso tiene, sin embargo, un límite, bien marcado por Sabato: de no reproducirse la relación asalariada desaparecería el capital.

##### **5. La estabilización del mercado de fuerza de trabajo (1890-1920)**

Desde el lento despegue en las colonias santafesinas y entrerrianas, la agricultura pampeana va exigiendo, cada vez con más vigor, la formación de un amplio mercado laboral a su exclusiva disposición, al menos estacionalmente. El área sembrada trepa desde 130.000 hectáreas en 1872-3 a 1.000.000 en 1890. Esto provoca tensiones que se cruzan con las del resto de la economía creando situaciones cada vez más complejas a medida que continúa su desarrollo y se abre al paso del cereal la provincia de Buenos Aires. La magnitud del fenómeno alcanza niveles descomunales y la demanda de mano de obra de las cosechas pampeanas se transforma en el eje de un vasto y complejo proceso de redistribución general de la población trabajadora, empezando por la de los grandes centros urbanos del litoral.

El traslado estacional de buena parte de la población urbana a las zonas rurales en época de

cosecha es de vieja data. Analizando el censo de 1895, Germán Ave Lallemand, captaba allí el fenómeno al que aludimos: unos 300.000 “jornaleros sin ocupación fija” pasan la mayor parte del año desocupados, esperando la llegada de la esquila y las cosechas, migrando a los campos como “golondrinas”. Según el mismo Lallemand, equivalen al 20% del total de “ocupados”.<sup>22</sup> Entre los peones de cosecha más comunes se encuentran los que trabajaban en el tendido de rieles de ferrocarril, que alternaban uno y otro trabajo.<sup>23</sup>

En momentos de desocupación aguda el problema ocupaba las páginas principales de los grandes diarios, revelando que dicha pauta de empleo urbano rural, con variaciones estacionales no se limitó sólo a los grupos de jornaleros con escasa o ninguna calificación, sino que también caracterizó a otros trabajadores, más calificados y por lo tanto mejor remunerados. Los mecánicos son un ejemplo: dicho gremio estaba compuesto por “no menos de 4.500 individuos aunque en el verano cuando funcionan las trilladoras y desgranadoras, hay unos 2.500 de ellos en Buenos Aires”.<sup>24</sup> *La Protesta* también remarca que se trata de obreros de todos “los oficios los que salen a las cosechas”.<sup>25</sup> Esto no sólo sucedía en Buenos Aires. En Rosario:

“Con motivo de las actuales cosechas, son numerosos los obreros de oficios que han abandonado la ciudad para dedicarse temporariamente a las tareas rurales. Según informes recogidos en los círculos donde se reúnen los acopiadores y exportadores, nos dicen que no son menos de 5.000 las personas que han dejado sus herramientas de albañil, carpintero, yesero, panadero, etc., para aprovechar la primera ocasión que se ha presentado de ir a las colonias por dos o tres meses y volver al hogar con trescientos pesos o más.”<sup>26</sup>

Bialet Massé anota que no “son pocos los peones del Rosario, Santa Fe y Córdoba y aun artesanos que abandonan las ciudades tras el mejor jornal que las cosechas ofrecen.”<sup>27</sup> En Córdoba, “la cosa llega a tal punto” que “albañiles, carpinteros y de otros oficios (...) se convierten en trabajadores de máquinas agrícolas (...) en las épocas que les dejan libres los trabajos del campo.”<sup>28</sup> En Bahía Blanca, después “de una prolongada y valerosa resistencia” los barraqueros “han dado por terminada la huelga y resuelto salir a trabajar en las cosechas que se presentan excepcionales por los alrededores.”<sup>29</sup> Esta emigración urbana no provenía solamente de los grandes centros sino también de los pequeños pueblos de la campaña, como los albañiles de Coronel Pringles, que vuelven a continuar la huelga luego de cosechar.<sup>30</sup> No sólo se trata de asalariados urbanos sino también de población de la misma campaña. Según J. B. Justo,

“En las zonas de gran cultivo fórmanse cerca de los pueblos núcleos de propietarios de parcelas tan pequeñas que en ellas se puede apenas producir para el mercado. En Junín, por ejemplo, hay ya 293 propiedades de 1 a 5 hectáreas, pertenecientes en su mayor parte a trabajadores para quienes la tierra

que habitan y cultivan es ante todo un factor de su economía doméstica. En ciertas épocas del año, ellos y sus hijos salen a trabajar como asalariados en las grandes chacras; son esa clase de pequeños propietarios asalariados, cuyo desarrollo es, según Kautsky, paralelo al de la agricultura en grande escala, para proveer a ésta de brazos en las épocas de extraordinaria demanda.”<sup>31</sup>

El influjo de la demanda pampeana de brazos llega más allá todavía, llevando al Estado y los empresarios a estimular la afluencia de brazos externa a la región. Los tentados son los migrantes europeos y los de las provincias del interior. Los “anzuelos” son a) altos salarios; b) aparcería; c) compulsión extraeconómica; d) traslado gratuito; e) servicio militar.

a) **Salarios:** si bien hay mucho de exageración en la cuantía de los salarios rurales, la oferta de remuneraciones relativamente elevadas fue una de las claves para atraer población a las tareas agrícolas. *La Prensa* estimaba que la suma de salarios abonados en la cosecha de maíz superaba los 140.000.000\$, una cantidad verdaderamente “colosal” como señalaba el diario sin exagerar. Debido a esto es que, según la misma fuente, “los obreros desde lejanas tierras fijan su mirada en nuestro país y se dirijan a él en masa de romerías a ofrecer sus brazos de trabajo al gran mercado de la cosecha argentina.”<sup>32</sup> Los diarios realizaban una publicidad encubierta muy ostentosa pero no carente de realismo. Durante la cosecha abundaban en los periódicos de Buenos Aires noticias como ésta, que no dejarían de causar impacto:

“Intendente Alvear: Ayer llegaron 80 peones a la estación Larroudé lo que ha causado entusiasmo entre los colonos que en algunos casos llegaron a ofrecer salarios que excedían de 6 pesos diarios. Se nota gran escasez de brazos, que serían aquí bien remunerados y tendrían una campaña de labor prolongada, tanto en trigo y lino como en pasto y alfalfa para semilla.”<sup>33</sup>

b) **Aparcería:** como forma de ligar de alguna manera al personal temporario, especialmente en las chacras grandes, se solía entregar a algunos peones unas hectáreas de campo para beneficio personal. Este personaje colaboraba luego con la cosecha y durante el resto del año en diferentes tareas. Es obvio que ésta no era una solución al alcance de un chacarero pobre. Miatello llama a este personaje “peón a la rendita”:

“Es un operario de confianza, permanente para todo trabajo durante el año, que recibe alimentación y alojamiento y el producto neto y embolsado de una extensión de la chacra en proporción a sus aptitudes y capacidad, lo que varía de entre 5 y 10 hectáreas, según zonas y cultivos predominantes (...) Muchos de estos peones, que deben ser buenos, se hacen arrendatarios en pocos años. Sin

embargo, en zonas de trigo y lino solamente, les sobra meses de ocio, durante los cuales, en algunos casos, les permite el propietario se ocupen en otras tareas y en otras partes. En este caso de libertad temporaria, se disminuye proporcionalmente la renta: se les asigna menos extensión de producto neto.”<sup>34</sup>

El mismo Miatello afirma que en “algunas colonias del sud, en chacras de maíz, se interesan los peones fijos con un tanto por ciento de la producción, además de su salario; no pasa este del 3 al 5%; esta forma de servicios es rara, sin embargo.” Esta forma de retribución del trabajo surge, según Lahitte, directamente de la carestía de los salarios, cuando “el agricultor (...) para no pagar jornales en dinero los ha interesado en la cosecha de 5 o 6 hectáreas”<sup>35</sup>. Aunque Lahitte señala que esta modalidad tuvo cierta extensión, no parece haber sido importante dada la magnitud de la concesión, si se tiene en cuenta el tamaño de la mano de obra necesaria.

c) **Compulsión extraeconómica:** No hay, realmente, en la región pampeana, ejemplos de una movilización importante de braceros mediante métodos compulsivos. En realidad, se trata sólo de la aplicación más estricta de leyes de represión a la “vagancia” legislada en los diversos códigos rurales provinciales.<sup>36</sup> En periodos de prevista escasez aguda de mano de obra tales reglamentaciones solían entrar en vigor para frenar el alza salarial o evitar la pérdida de la cosecha. Sin embargo, esta fórmula no puede responder a las necesidades enormes de mano de obra que caracterizan a las cosechas pampeanas. Otro caso, más común, es el siguiente: llevados por una agencia de colocaciones hacia el sur de Buenos Aires, donde se les ofreció trabajo de sol a sol, comida sana y abundante y habitación bajo techo, los obreros al llegar descubren que todo es falso. En lugar de lo esperado, encuentran mate cocido amargo, con yerba ardida, comida con “grandes zoquetes de carne con ‘queresa’ y gusanos” con jornadas larguísimas y durmiendo a la intemperie. Además,

“Más de uno había intentado sustraerse a semejante vida, pero la policía, amparadora de los terratenientes, los había hecho volver, exigiéndoles que se mantuviesen a la faena hasta que hubiesen pagado el precio del pasaje. Los obreros de quienes me ocupo, con más astucia y perspicacia que otros aprovecharon la oscuridad de la noche y las ondulaciones del terreno, para huir del lugar maldito...”<sup>37</sup>

Esta anécdota, narrada por el militante socialista Antonio Buira, a la sazón chacarero en la estancia Las Martinetas (F.S. Sud), muestra que al menos en ciertas ocasiones, existió algo aunque sea remotamente parecido a peonaje por deudas. Otra variante de esta presión sobre el obrero es la siguiente:

“[los chacareros] se ponen de acuerdo con los fonderos, a fin de que no fien a los que carecen de recursos pecuniarios inmediatos, quiénes así se hallan obligados, para no morir de hambre a aceptar la mezquina retribución (...) No menos incondicional es el apoyo policial con que cuentan los patrones, para acabar de imponerse a los miserables. Las policías asimilan la categoría de vagos a los obreros desocupados, que se convierten de ese modo en presa para todos los cazadores de hombres y acosados por el hambre y las persecuciones concluyen sometiéndose a la esclavitud.”<sup>38</sup>

d) **Traslado gratuito y pasajes subsidiados:** En épocas de escasez de brazos se exigía a los ferrocarriles nacionales o provinciales facilidades para el traslado de la mano de obra mientras las sociedades rurales se encargaban de hacerlo conocer en interior del país.<sup>39</sup> No se trataba de una gran concesión en la medida en que era común viajar “colado” en trenes de carga. Otras veces, en previsión de una gran cosecha, los organismos provinciales recibían “los informes censales de los departamentos” y trataban “de enviar a los peones que solicitaban trabajo a los puntos donde se tenía conocimiento era mayor la demanda de brazos”, como dice haberlo hecho la Dirección General de Estadística de Santa Fe en 1917-18. El mismo organismo se felicitaba por haber logrado una buena distribución, entre otras cosas, gracias a la colaboración del Ministerio de Instrucción Pública y Agricultura, que aportó los pasajes solicitados por los braceros. Es de dudar que estas noticias sobre la autoproclamada eficiencia estatal sean 100% realistas, sobre todo cuando se recuerda lo menguado de las estructuras y la necesidad de coordinar la afluencia de obreros desde puntos tan dispersos como Entre Ríos, Corrientes, Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Buenos Aires o Resistencia.<sup>40</sup>

Por esto, las quejas de *La Capital* acerca de la escasa actividad del Estado parecen más verosímiles. El diario rosarino denuncia exceso de trabajadores en Cañada Rosquín e informa que el “vecindario se queja por la abundancia de braceros, que no hallando ocupación en esta pernoctan o pululan por las calles del pueblo. Se reclaman de la autoridad medidas de precaución.”<sup>41</sup> Precísando, y a despecho de lo informado por el gobierno santafesino prometiendo informes, dice que como “años anteriores se está dejando sentir en muchas partes de la campaña de la provincia el problema de los braceros, consistente en su desordenado reparto, que ocasiona, como es natural, la congestión de elementos de trabajo en unos puntos y en otros su escasez.”<sup>42</sup> Para concluir que por “lo pronto no deja de extrañar que la oficina de estadística no tenga formada ya la base de tal información desde que se supone la existencia de una sección destinada a todo lo relacionado con los trabajos agrícolas...”<sup>43</sup>

e) **El servicio militar:** si bien no tenemos muchos datos concretos, es común encontrar noticias que informan de pedidos al Poder Ejecutivo exigiendo el licenciamiento de conscriptos para permitir su utilización en la cosecha; pedidos a los que solía responder “suspendiendo” el cumplimiento del “servicio” durante el período en cuestión.<sup>44</sup> Como se ve, los negocios agrícolas resultaban más

importantes que los fervores patrióticos... El reclutamiento cumplía otra función, la de movilizar la mano de obra del interior, mediante una publicidad "de facto", como señala Biale Massé, porque "el correntino que ha ido al campamento de San Lorenzo, ha vuelto a su provincia para atraer a Santa Fe millares de brazos, que llevaban una vida miserable, ganando 6, 8, 10, 12 pesos cuando más y que ahora ganan en una campaña de cosecha o de obraje más que seis años en Corrientes."<sup>45</sup>

En la medida que las dificultades para conseguir mano de obra aumentaron, se intentó atacar el problema desde el ángulo opuesto, es decir, disminuir la demanda de personal, por los siguientes métodos:

a) **Adecuación de la superficie explotada:** cuando la expansión del área sembrada se mostró en toda su amplitud, no fueron pocos los que propusieron un retorno a unidades de explotación más reducidas:

"En años anteriores la especulación se apoderó de los cultivos de maíz, que tomaron en partes proporciones tales que a fuerza de emplear tantos brazos para la cosecha, dieron lugar a muchos desastres financieros: pero hoy se puede notar la tendencia a restringir los cultivos en gran escala, limitando éstos a chacras de 50 a 60 hectáreas, a cargo de una familia de agricultores, circunstancia propicia para iniciar una fuerte propaganda en favor de las mejores condiciones de cultivo."<sup>46</sup>

b) **Mecanización:** este periodo es fecundo en intentos (y logros) mecánicos. Noticias como la siguiente eran muy comunes:

"En los últimos días del mes de noviembre el señor Francisco Lorusso, residente en Los Toldos (Buenos Aires) obtenía patente de invención de una máquina cosechadora de maíz, destinada a suplir casi radicalmente la escasez de brazos y las numerosas deficiencias, que hoy perjudican de una manera notable las condiciones comerciales de ese grano e la Argentina. Al hablar de este invento, es lícito poner de relieve cómo en nuestro país la mecánica, aplicada a las principales funciones productoras y fabriles realmente nacionales, va tomando un desarrollo, que nos demuestra la existencia de hábiles profesionales y por ende una promesa halagüeña para el porvenir de ese ramo industrial importantísimo."<sup>47</sup>

Como se vio en el capítulo 4, el desarrollo tecnológico fue la principal respuesta a la escasez de fuerza de trabajo, solución que caracterizó a la agricultura cerealera a lo largo de toda su historia.

c) **Trabajo nocturno:** esta modalidad era muy común ya en las colonias santafesinas, donde

“aprovechando las noches de luna se corta el trigo.”<sup>48</sup> Pequeña muestra de la intensidad de la labor y el alargamiento de la jornada, calculada por *La Protesta* en 17 y 18 horas diarias. Biallet Massé proponía acortar la jornada capacitando al personal y organizando turnos de trabajo nocturno.<sup>49</sup> Con esto pretendía resolver varios problemas en el marco de la conciliación entre obreros y patronos: mejorar la productividad del trabajo en la cosecha, reducir la jornada laboral y desagotar rápidamente la tarea. Las citas sobre la larga jornada laboral y el trabajo nocturno podrían multiplicarse sin fin, porque es una de las demandas obreras fundamentales de este periodo.

d) **Labor defectuosa:** en varios textos del periodo (en las investigaciones agrícolas de 1904, sobre todo) se protesta por la deficiencia de la labor. Sin embargo, esto no es producto de la incapacidad o de un problema cultural como superficialmente algunos funcionarios consideran, sino de la necesidad de realizar lo más rápido posible la tarea, es decir, aprovechar al máximo el tiempo:

“El chacarero emplea en la cosecha peones que trabajan al tanto por bolsa dándoles la mantención y alojamiento: por consiguiente, cuando es poco escrupuloso o falto de capital trata de terminar ésta lo más pronto posible y con la menor cantidad de peones, permitiendo recoger las espigas en día lluvioso o en mañanas en que los rastrojos están completamente mojados por los fuertes rocíos de la noche. En seguida es conducido el maíz a los galpones o trojas y depositado allí sin previa clasificación, mezclado con tierra y hojas húmedas. El agricultor inteligente y prolijo aun en inviernos húmedos obtiene una buena calidad, pues antes de recoger el maíz obtenido de la chacra, lo extiende en lugar aparte haciéndolo orear y separando las espigas podridas o dañadas -las que sirven a su vez para la mantención de cerdos y cría de aves. Si no posee galpón hace una troja con piso de tablas, tapándola con lonas hasta llenarla y hacer el correspondiente techo.”<sup>50</sup>

Esta claro que el “agricultor inteligente” tendrá costos muy superiores de mano de obra que el “poco escrupuloso”. La mala labor, aun a costa de la calidad del producto, tiene una fuerte relación con la escasez de mano de obra. La misma fuente lo aclara aun más: es sabido que es “un hecho admitido por la experiencia, que el maíz no debe empezar a recogerse hasta que las primeras heladas no hayan contribuido a la completa madurez del grano”. Sin embargo, en “años de abundante cosecha” se empieza a recoger maíz “desde el mes de febrero (...) en muchos casos, aun no maduro (...) temiendo la carestía de brazos”.<sup>51</sup>

De todos los mecanismos utilizados para ahorrar mano de obra o atraerla, sólo algunos tendrán futuro. Dotar a la mano de obra de una pequeña parcela para asegurar su concurrencia ofrecía múltiples problemas: la cesión de hectáreas alcanzaría un nivel muy alto dada la magnitud de la mano

de obra requerida y hubiera significado la creación de un verdadero campesinado minifundista (si se tiene en cuenta que se necesitan unos 200.000 obreros como mínimo para la cosecha, a unas 5 o 10 hectáreas cada uno se trataría de 1 a 2 millones de hectáreas, aproximadamente 1/3 del área sembrada total de cada uno de los cereales más importantes, sólo para asegurar la recolección). El chacarero arrendatario, difícilmente podría realizar acuerdos de este tipo, más si se tiene en cuenta lo reducido de su parcela. El uso de compulsión extraeconómica en forma extendida se hubiera dado de bruces con la política inmigratoria. Achicar la unidad de explotación era una propuesta a contrapelo del fuerte estímulo contenido en las posibilidades expansivas de la agricultura pampeana. De ahí que cuando pudo asegurarse un flujo importante de mano de obra los chacareros extendieron el límite de sus cultivos hasta el máximo laborable por la familia chacarera sin asalariados en la siembra, llegando así a la ecuación óptima de tamaño de unidad productiva. La labor defectuosa fue mejorando paulatinamente debido a las exigencias internacionales aunque nunca llegó a aproximarse al modelo ideal (en especial a aquel soñado por los agrónomos poco interesados en la realidad económica cotidiana).<sup>52</sup>

Las otras posibilidades tuvieron larga vida. Los salarios altos fueron una constante de todo el periodo, y sin duda, el mejor argumento de los empresarios pampeanos para atraer brazos. Los traslados gratuitos o a precios reducidos, si bien no tienen la importancia que se les atribuye, en vísperas de fuertes cosechas sirvieron para evitar el ascenso excesivo de los salarios. El servicio militar debe haber sido una especie de publicidad compulsiva bastante eficiente. Con respecto a la mecanización, queda claro que fue, junto con los salarios, una de las claves en la conformación del mercado de trabajo rural. El alargamiento de la jornada de labor fue una constante, sólo limitada por la lucha obrera.

Concluyendo, cuando el mercado se estabilizó, se debió fundamentalmente al aporte de dos fuentes: a) las migraciones del interior y b) la migración ultramarina.

#### **a) Las migraciones del interior**

Sabemos que las cosechas pampeanas, incluso en la era "pre-moderna", requirieron siempre de la presencia de migrantes del interior del país.<sup>53</sup> Parchappe señala, ya en 1828, que:

"Era la época de la cosecha del trigo, que se prolonga comunmente a los meses de enero y febrero y que, este año, se realizaba muy lentamente debido a la escasez de brazos. Los enganches forzados del ejército habían despoblado la campaña e impedían que los santiagueños vinieran a conchabarse, según costumbre, por el temor a que se los obligara a servir."<sup>54</sup>

Arcondo sostiene que es un fenómeno enmarcado en el origen mismo de la expansión agraria, por lo menos en lo que a Córdoba se refiere. La provincia mediterránea recibe población de su propio norte, de San Luis, La Rioja, Santiago del Estero y Catamarca.<sup>55</sup> La ventaja cordobesa puede deberse a que la dimensión bajo explotación es menor a la del resto de las provincias, es la más cercana a las zonas de emigración y posee (igual que Santa Fe) en su interior tales regiones. Según sus propios datos, entre 1890 y 1895, los departamentos del norte de la provincia están en proceso de emigración. En 1900 estas noticias son comunes:

“Un largo ejército de gente sin trabajo de muchos departamentos del norte y de las provincias vecinas desfila silencioso por nuestros caminos. No podríamos precisar su número pero pueden contarse por millares. Es el éxodo de los desesperados del hambre (...) del proletariado de los campos que termina yendo hacia el sud cuyas tierras son más fértiles y donde las industrias son más prósperas.”<sup>56</sup>

En Entre Ríos la población trabajadora suele reclutarse en Corrientes y aún entre los aborígenes del Chaco.<sup>57</sup>

Los interesados en movilizar esta masa son los colonizadores mismos, que esperan fuertes ganancias con sus colonias, ganancias que peligran con la escasez de mano de obra:

“Córdoba, nov. 25: El Ferrocarril Central Argentino acaba de adoptar una excelente medida al establecer una rebaja del 20% en los pasajes para los peones que quieran ir a las colonias. Esta será válida desde Córdoba a todas las estaciones y ramales de la línea pero se hará efectiva sólo cuando se presenten peones en grupos de cinco. Ésta disposición se juzga acertadísima no sólo porque con ella se facilita el que las colonias dispongan de brazos, según lo demanda la excelente cosecha sino porque permite a los trabajadores pobres del Norte y del Oeste que se trasladen al sur en busca de trabajo.”<sup>58</sup>

Obviamente, la empresa se beneficiaba al asegurar la mano de obra de la cosecha ya que o bien arrendaba tierras o se aseguraba tener una buena carga luego. Esta movilización conmovía las estructuras provinciales:

“Córdoba, nov. 19: Desde hace dos días comienzan a pasar, procedentes del norte y de las sierras bastante cantidad de peones que se dirigen a los campos del sur con objeto de buscar trabajo en las cosechas. Dada la gran cantidad de gente, buena y mala que acudirá a aquellos departamentos conviene, y es necesario, que el gobierno se preocupe seriamente de organizar y aumentar la policía de campaña, para salvaguardar el orden y la seguridad de los intereses de esas regiones.”<sup>59</sup>

Córdoba era una provincia solicitada:

“Córdoba, nov. 30: Para evitar la falta de brazos, la Sociedad Rural de Santa Fe ha dirigido una nota al gobierno de esta provincia en solicitud de que hiciera propaganda para que la masa de los trabajadores del interior acudan a las colonias, adonde se les presenta una ocasión favorable para ganar buenos jornales y competir con los migrantes adventicios, que se llevan un dinero que puede quedar en el país. El gobierno acogió favorablemente la petición y ha ordenado que se remita nota a todos los jefes políticos a fin de que inicien la propaganda en tal sentido.”<sup>60</sup>

Muchas veces los ofrecimientos iban en sentido inverso:

“Rosario, nov. 18: La sociedad Rural Santafesina recibió una nota del señor Ángel Quiroga, establecido en Jujuy proponiendo mandar de 500 a 1.000 hombres a trabajar en las cosechas. Dice el proponente que se haría un servicio humanitario pues el número de personas sin trabajo que hay en la citada provincia, es incalculable. La sociedad nombrada estudia el asunto y cree factible la traslación a ésta de esa gente, aprovechando las rebajas ofrecidas por varias empresas ferroviarias.”<sup>61</sup>

Otra de las provincias donde “se haría un servicio humanitario” era Catamarca:

“El peón argentino en las cosechas. Un vecino de la ciudad de Esperanza, en la provincia de Santa Fe, que residió muchos años en Catamarca, se ha dirigido al gobernador de esta última provincia recomendándole la idea de que inicie una activa propaganda para promover la emigración temporaria a la provincia de Santa Fe, durante la época de las cosechas, de la gente de trabajo catamarqueña, seguro de proporcionar con ello un beneficio a la provincia.”<sup>62</sup>

Santa Fe recibía peones no sólo del norte del país sino también de Entre Ríos,<sup>63</sup> y de su propio hinterland: “Debido a la llegada de muchos peones del norte, la escasez de brazos no se hace tanto sentir” (sic).<sup>64</sup> Miatello señala la importancia creciente de esta migración hacia comienzos de siglo:

“Pero esta categoría de operarios adventicios [se refiere a los europeos] va encontrando en estos últimos años un competidor, que va tomando campo cada año más; es la peonada criolla que de los departamentos del Norte baja hacia el centro y de las limítrofes provincias de Córdoba y Santiago del Estero, todos los años llegan en grupos numerosos, en sus propios medios de movilidad, caballos o mulas, a las colonias del Sud y Oeste de la provincia. En cuanto a salario no son tan exigentes como los extranjeros...”<sup>65</sup>

Se trata no sólo de brazos más abundantes y baratos sino también más mansos... La necesidad de mano de obra no parece ser la única que impulsa estos intentos, si se recuerda que el verano de 1902 fue particularmente agitado en la campaña santafesina. En efecto, la misma fuente agrega que “en cuanto a las condiciones del peón argentino, juzgando por las del catamarqueño (...) son muy convenientes para el agricultor, porque a su sobriedad y subordinación reúne la cualidad de asiduidad en el trabajo.” Miatello mismo explica que “como las doctrinas socialistas están en Italia difundidas, aun entre el proletariado rural, llegan con frecuencia embebidos en ellas y tienden a manifestarlas a veces en forma violenta: es así que hubo, en 1902, en algunas colonias del Centro, conatos de huelgas reprimidos a tiempo y no sin medios violentos.” Un artículo aparecido en *La Protesta* en 1904 intentaba refutar esta idea tan exitosa en el imaginario burgués argentino. Según el diario anarquista, es falso que los peones “criollos” (de Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Catamarca, Rioja y en el norte de Córdoba) no constituyan “elemento propicio para las huelgas”, entre otras cosas porque “en las provincias nombradas ya se han producido casos de resistencia o rebelión proletaria”. Por otra parte, el ejemplo de la huelga de estibadores de 1902 es aleccionador, porque aunque se trajeron correntinos para reemplazar a los huelguistas, “llegados aquí, los correntinos prefirieron secundar la acción de los sublevados”. Según el mismo diario, “la totalidad de las [huelgas] que hemos observado en Buenos Aires, los ha tenido por mantenedores.”<sup>66</sup>

Las migraciones internas varían en importancia, pero se vuelven cruciales ante posibles ausencias de mano de obra o ante la necesidad de reducir su costo. También varía su importancia de provincia en provincia: en Córdoba, según el cónsul italiano, 3/5 de los obreros cosecheros de la provincia provienen de tales migrantes.<sup>67</sup> Cada vez que algún problema podía afectar a las otras fuentes de brazos, se ponía énfasis en estimular estas migraciones. La inestabilidad de las migraciones internacionales estimularon siempre los sueños de “nacionalización” de la cosecha y son frecuentes las demandas para que el gobierno se dedique a fomentar las migraciones del norte del país para eliminar al bracero europeo.

#### **b) La inmigración “golondrina”**

Hay que distinguir dos tipos de migraciones internacionales: la que podríamos llamar inmigración “a secas”, es decir aquella que llega para ubicarse en el seno del proletariado urbano o de alguna de las clases subalternas (o de las poseedoras...), de la llamada “golondrina”, es decir un tipo especial de inmigración estacional que realizaría la cosecha en verano y partiría en invierno para trabajar en el verano europeo. Esta última migración estacional se estabiliza y adquiere importancia

desde 1907 y Bunge calcula su número en 100.000. Miatello los describe así:

“El *lingera* es un tipo característico de obrero temporario; por más que con esta denominación del dialecto piamontés se quiera designar a todo peón ambulante, el ‘*linyera*’ propiamente dicho es un operario agrícola, que de las zonas rurales de la Italia Septentrional, todos los años llega, en corriente numerosa en los meses de octubre y noviembre, a efectuar la cosecha de trigo y lino en las colonias de Santa Fe y Córdoba, principalmente. Constituye la inmigración temporánea que en esos meses alimenta y engrosa las cifras de la estadística nacional. Estos operarios, conocedores prácticos del país, que hablan castellano como el que más, vienen perfectamente orientados, constituidos a veces en cuadrillas formadas, se acogen a su desembarco a la ley de inmigración beneficiándose, toman pasaje gratuito hasta el punto designado de la provincia, en donde, al llegar, ya son requeridos por los colonos. (...) Hace su cosecha el ‘*linghera*’ y a los tres meses vuelve a sus lares, habiendo estado ausente de ellos los tres peores meses del año, por la escasez de trabajo en la rígida estación del invierno en Europa. Hecha deducción de los gastos de viaje de ida y vuelta, siendo mínimos los de residencia aquí, pues tienen comida abundante y sana, el balance de su emigración temporánea le arroja una utilidad neta de 600 liras cuando menos.”<sup>68</sup>

Toda la bibliografía posterior ha repetido sin cuestionar, la existencia del peón golondrina. Quizás la expresión más clara es la de Scobie:

“La última alternativa económica abierta para el inmigrante agrícola fue la que eligieron millares de italianos y españoles: convertirse en peones rurales, migratorios o ‘golondrinas’ eran distintos de los del colono con mentalidad de dueño o los del pequeño capitalista rural, el arrendatario. Había llegado para ganar jornales. Era soltero o bien había dejado su familia en su lugar natal. Su empleador lo alimentaba. Dormía donde podía, en galpones o en los campos, cosa nada imposible durante los veranos argentinos. Sus únicos gastos, por lo tanto, eran los del viaje transatlántico. Cuatro o cinco meses de trabajo en la cosecha de trigo y maíz podían rendirle de 40 a 50 libras esterlinas – cinco a diez veces más de lo que podía ganar en su país – cosa que representaba una ganancia neta que podía llevar de vuelta consigo a Italia o España en mayo. Durante los años 1900-1910 entraron anualmente en la Argentina 100.000 de esos trabajadores, es decir, dos veces más que el promedio de la década anterior.”<sup>69</sup>

Más allá de los salarios maravillosos que no existen, ya tendremos tiempo de demostrarlo, Scobie parece no darse cuenta de que lo que describe no es un “golondrina”, es decir, alguien que llega para la cosecha del trigo y se marcha luego. Su personaje permanece cuatro o cinco meses en la

Argentina, de modo que se pierde el trabajo en el verano europeo. No hay razón para irse justo cuando volvía la cosecha del trigo.

El mito del trabajador “golondrina”, sin embargo, era una convicción del sentido común:

“En efecto, el trabajador de la tierra en época de la cosecha percibe un salario elevado, como no lo perciben con seguridad los obreros de la metrópolis. Sus gastos son, en cambio, mínimos. De otro modo no se explicaría esa inmigración golondrina, que llega y se va, y cuya permanencia en nuestros campos es de la escasa duración de unos meses.”<sup>70</sup>

Incluso alguien insospechable de compromiso alguno con los patrones de la tierra, recuerda que

“Desde 1899, mi padre venía a la Argentina cada dos años, hacía la cosecha y regresaba a Italia. En 1910 se quedó definitivamente. Los viajes los hacía en las bodegas de los barcos. Fuimos siete hermanos; uno de ellos es mujer, otro falleció temprano, y los cinco restantes fuimos ferroviarios.”<sup>71</sup>

El fenómeno dataría de fines del siglo XIX, según declara el cónsul norteamericano en Rosario:

“(debido a la caída de la inmigración) los agricultores se quedan atascados con costos crecientes en el momento de la cosecha. Por esta causa muchos italianos han tomado el hábito de venir a trabajar aquí, con salarios más altos, durante la cosecha, para luego volver a Italia al finalizar la recolección.”<sup>72</sup>

Es curioso, sin embargo, no encontrar alusiones al problema en la prensa obrera. Habiendo revisado treinta años de *La Vanguardia*, *La Protesta* y siete años de *La Organización Obrera*, sólo puedo mostrar dos citas (probablemente de la misma pluma) en la que se alude en forma inequívoca a la existencia de los “golondrinas”.<sup>73</sup> Es común, sin embargo, encontrar la expresión aplicada a los obreros rurales que siguen las cosechas en la Argentina o que viajan desde provincias del interior, pero no en relación al fenómeno internacional.

El cónsul italiano en Córdoba, Chioventa, brinda una pista interesante:

“Certamente affluiscono molti emigranti all’Argentina nei messi che precedono il raccolto qui e seguono la fine dei lavori nella campagna da noi e certamente pure ne partono molti di ritorno in Europa dopo finiti i lavori di qui e prima che comincino quelli di casa loro: solo non sono gli stessi. E naturale che chi deve venire qui scelga il mese di ottobre e chi deve ripartire scelga quello di marzo o

di aprile.”<sup>74</sup>

Es decir, si es cierto que los saldos entre los meses de cosecha parecen mostrar la existencia del ‘golondrina’ nadie puede afirmar que sea el mismo el que entra y sale. Es difícil, después de tanta bibliografía afirmándola, negar la existencia del ‘golondrina’, más teniendo en cuenta que era aceptada por observadores agudos como Miatello, Bunge y Damián Torino. Sin embargo, el cónsul italiano es una fuente autorizada, y su opinión al respecto es tajante. De hecho, como señala *La Prensa* en 1901:

“En efecto, el inmigrante sin oficio (que representa más del 75% del total de individuos que entran al país), si no llega en los meses de la cosecha, cuando la demanda de brazos es activa en todos los centros agrícolas se ve en la dura realidad de pasarse a veces hasta una semana sin hallar un jornal merced al gran número de personas que se encuentran en las mismas condiciones.”<sup>75</sup>

Si se razona un poco, se verá que la existencia del “golondrina” es problemática: ¿por qué retornar a Italia o España en marzo luego de 3 meses de cosecha si esperando 2 meses estaba en plena cosecha de maíz, igualmente remunerativa que la anterior? Llegado a este punto, permanecer en la siguiente cosecha del trigo no exigiría un gran esfuerzo, máxime si se puede alternar en los tiempos sin cosecha con otros trabajos estacionales. En dos años habría participado en 5 cosechas (3 de trigo y 2 de maíz) pudiendo marchar con los ahorros, pagando solo 2 pasajes (uno de ida y otro de vuelta) en lugar de 6 (dos por cada cosecha de trigo), y perdiéndose las cosechas de maíz. Si no hubiera trabajo entre cosecha y cosecha de trigo tendría sentido marcharse a Europa, de lo contrario, lo mismo da estar aquí que allá con la diferencia que ahorra 4 pasajes. Así, su existencia se confundiría con el migrante urbano rural. La opinión que sostenemos aquí es que la permanencia por varios años en el país es mucho más probable que la migración internacional estacional. Esta es la conclusión de Scarzanella:

“Al meno nella provincia di Cordoba dei 15.000 giornalieri italiani utilizzati nel raccolto 1911-1912, 10.000 circa eran operai già residenti in Argentina. Il fatto è che non esiste ‘una corrente di emigrazione annua appositamente dedicata al raccolto’. Chi viene in Argentina si ferma almeno un ano o due. ‘Su tante centinaia di contadini con cui ho parlato, no ho mai trovato uno solo -scrive il console- che avesse fatto una sol volta il viaggio di andata e di ritorno in pochi mesi, che sia stato cioè, anche una sol volta ‘golondrina’.”<sup>76</sup>

Veamos algunos datos objetivos. En 1892, según *L'Operario Italiano*, un pasaje de ida y vuelta salía 178\$ moneda nacional. Según Juan B. Justo, un peón de campo en la provincia de Buenos Aires ganaba, por la misma fecha, 30\$ m/n.<sup>77</sup> Los peones de policía ganaban, según datos de Cortés

Conde, 47,50\$, mientras los obreros de Bagley, 33,31. Supongamos que la estimación de Justo es demasiado baja y que un obrero rural pudiera ganar en la cosecha el doble del peón de policía, es decir, casi el triple que los trabajadores de Bagley: lo obtenido apenas le alcanzaría para pagar el viaje de ida y vuelta. Contando los gastos aquí, salió perdiendo.

Dos textos producidos en la época nos servirán para examinar el asunto con más detalle. El primero, de un español ex colonizador y ex comerciante en la Argentina que llega en 1903 y se va en 1912. Enrique Nadal Molina, de él estamos hablando, dice haber sido un colonizador importante, de 10.000 has., cuya experiencia desmiente el “mensaje” que quiere hacer llegar a sus connacionales: desmitificar las ventajas económicas que ofrece América en general y la Argentina en particular. Su filosofía es que el que quiere puede, aquí o en España y que comparando situaciones, es mejor quedarse en la madre patria. Según Don Enrique, sólo deben migrar aquellos a los que les resulta imposible conseguir algún medio de vida, los haraganes (que tal vez se rescaten o por lo menos España se los saca de encima) y los avivados (que en América estarán en su salsa). Hace un “estado de la cuestión” sobre la literatura de viajeros españoles a la Argentina (Blasco Ibáñez, Rusiñol y el autor de *El crepúsculo de los gauchos*) y trata de demostrar que no han visto más que las cosas buenas. Él se encargará de contar el lado oscuro de la Argentina, es decir, que todo es una farsa pero, como dijimos, su experiencia parece demostrar lo contrario: vino sin nada y en nueve años se va con una posición sólida.

Es evidente que conoce la Argentina, más allá de algunos errores menores (confunde al cabecita negra con el jilguero, cree que la boa es una víbora venenosa, ubica el gobierno de Rosas entre 1847 y 1860 y sostiene que un Pingüino se muere si le da el sol), aunque exagera renglón tras renglón. En lo que nos interesa, afirma que el jornalero del campo cobra más en España que aquí y que la vida del peón en España es más fácil porque hay trabajo más abundante y constante a lo largo de todo el año. Además, en América la mujer no tiene más empleo que en la casa y en la juntada del maíz, mientras abundan los braceros muertos de hambre y los gauchos asesinos. Obviamente, uno de sus principales ataques los dirige contra el obrero golondrina. Describe así la práctica migratoria de los italianos:

“la mayoría de los italianos que van a la recolección agrícola son reemigrantes, alguno de más de treinta años, yendo y viniendo por periodos de dos en dos, de tres en tres o más años, y que el que va por primera vez se incorpora o sale ya junto desde su pueblo y que si a esto se une el que el noventa por ciento de los agricultores argentinos son italianos, se comprenderá que apenas llegan y aun antes de salir de su nación ya van comprometidos con aquel o esotro paisano suyo en la Argentina...”<sup>78</sup>

Nadal señala que un pasaje de ida y vuelta en tercera clase sale 300 pesetas o 130 pesos. Calcula una campaña de 45 días a 3 pesos por día, de los cuales sólo considera efectivamente trabajados 30, en jornadas de 3 de la mañana a las 9 de la noche. Exagera, evidentemente: treinta días de campaña es demasiado poco, la jornada que describe es imposible y los gastos que supone están inflados. También es bajo el salario que toma como referencia: en 1911 los salarios rurales están en 5\$ por día. Sin embargo, aceptando una campaña de 50 días efectivamente trabajados, una exageración pero que aceptamos como ficción metodológica, el migrante obtiene 250 pesos, es decir, se vuelve a casa con 120, el equivalente a dos meses de trabajo, habiendo perdido por lo menos uno entre en el viaje de ida y vuelta, lo que disminuye aún más la ganancia final. Resumiendo: aun con cifras más realistas, lo cierto es que no resulta razonable que alguien atravesase el océano dos veces y se someta a un trabajo bestial sólo para llevarse como ganancia el equivalente a un mes de sueldo. Nadal no niega que alguien pueda ahorrar dinero trabajando en la Argentina, pero limita esa posibilidad a los italianos:

“Principian por salir de su país de manera que lleguen allí al echar mano o dar principio a la recolección, yendo sin impedimenta de mujeres, hijos, ni de ninguna otra clase; se reúnen quince o veinte de ellos, número aproximado que constituye la dotación de una máquina trilladora o desgranadora de maíz; van a regiones ya conocidas y donde tienen conocimiento personal con los agricultores y agentes de trabajo; no toman trabajo hasta no contar con una fracción grande de tierra a recolectar y en casa de un agricultor que saben que paga, cosa que no hacen todos los agricultores; ponen por condición que no tomen más peones el agricultor o agricultores por quien van contratados; toman a destajo el trabajo de la trilla, se conforman con lo que les den de comida y cuando termina la recolección de verano, los italianos se colocan uno aquí y otro allí, en la chacra de un paisano o pariente para arar maíz, ganando la comida y ropa limpia y poco más, pero ahorrándose con esto de pagar manutención y casa durante los dos meses que median entre una y otra cosecha; vuelven a asociarse otra vez para la juntada o recolección del maíz, y al terminar ésta, entran siempre juntos en una máquina desgranadora, donde vienen a sacar entre un peso y peso y medio diario y la comida y durándoles el trabajo de desgranada hasta fines de agosto, cuando la cosecha es grande, con todo lo cual, y si no han tenido enfermedades u otros gastos extraordinarios, se encuentra al final de nueve meses de constante y asiduo trabajo y de toda clase de privaciones, con que el más aventajado, práctico y hábil de estos obreros en el caso más feliz ha reunido de 250 a 300 pesos, que coloca en un Banco, en caja de ahorros o gira a su familia, que es lo más acertado y conveniente, y por último los meses de septiembre, octubre y noviembre, se coloca de arador en casa del amigo o pariente otra vez, o de peón en las obras de ferrocarriles, de peón de albañil, etc., con lo que si no ahorra saca para comer, y al llegar la nueva cosecha, en el mes de diciembre, y suponiendo que ésta y la del mes siguiente sean buenas, al mes de septiembre del segundo año, cuenta con 500 o 600 pesos, pudiendo

volver a su país con mil liras o pesetas a los dos años de haber salido de su casa, y suponiendo que todo le haya salido a medida de su deseo...”<sup>79</sup>

Exagerado y todo, Nadal describe bien el ciclo laboral del infante: de una cosecha a otra pasando por varios trabajos agrarios y no agrarios.

Curiosamente, un libro escrito por la misma época, con similar espíritu crítico aunque diverso propósito, surgido de la pluma de un italiano, viene a dar por cierta la leyenda:

“Resta una terza distinzione essenziale, fra emigrazione permanente ed emigrazione temporanea. Le seimila miglia marine, che stanno fra l’Italia ed il Plata, non hanno impedito alla nostra gente di stabilire con l’Argentina una corrente emigratoria annuale, analoga a quella che esiste con la Svizzera, la Francia e la Germania. Questa facilitá di movimento e questa assoluta indifferenza ai disagi, alle spese ed ai rischi di una lunga navigazion, devono essere ragione di orgoglio e di fede nelle virtù della nostra razza.”<sup>80</sup>

Bevione, que así se llama nuestro amigo, tiene una intención distinta a la de Nadal: si este pretende que los inmigrantes se queden en España, aquél alienta sueños imperiales. En efecto, en su descripción del país Bevione no encuentra nada bueno, salvo la “Doctrina Cívica”: lo único que han sabido hacer los argentinos es “argentinos”. Los inmigrantes italianos no se preocupan de sus connacionales ni de la patria; sus hijos se ofenden si no se les reconoce argentinos. El *ius soli* ha sido el mayor acierto y la carta de triunfo frente al derecho de sangre. Bevione quiere demostrar que sin los italianos la Argentina no existe y que el problema es que sus compatriotas no se han dado cuenta. De allí que no para mientes en señalar las cualidades superiores de la raza itálica. La migración golondrina sería una prueba contundente. Sin embargo, Bevione no ofrece ninguna prueba, ni siquiera por la exageración, al estilo Nadal. Resulta difícil creerle.

*La Tierra*, el órgano de la FAA, es tajante en este sentido:

“Durante el torneo oratorio que tuvo lugar en la cámara de diputados, con motivo del presupuesto, se ha vuelto á tocar un tema que creíamos pasado á la historia: nos referimos a los *braceros* golondrinas. Lamentamos que el amigo Cúneo, que tan minuciosamente estudió el affaire Langosta, no lo haya hecho con las Golondrinas; pues se hubiera terminado de una vez por todas, con la estúpida creencia de que existe aún la famosa Golondrina: hombres que se dan el lujo de venir aquí a ganarse un puñado de pesos durante el verano para volver tan pronto llega el invierno, volver al verano siguiente, etc., etc., hasta enriquecerse. (...)

La coincidencia de la llegada y la salida de unas mismas personas, está muy lejos de ser motivada por la causa que se le atribuye: no gana un obrero lo suficiente para esas idas y vueltas, largas, costosas y molestas.”

Hechas las cuentas, la tierra calcula un gasto de 590 liras en total (gastos de pasaje, hasta la llegada al trabajo, comida, calzado, etc.). Supone, además que en la cosecha del trigo un “golondrina” puede obtener una “ganancia líquida” de 200 liras. Pero, además

“para ganar este dinero, un obrero debe salir de sus “pagos” en los primeros días de Noviembre y regresará recién a mediados de Abril, ocupará pues, entre los días que pierde antes y después del viaje y durante su estadía entre nosotros, cinco meses. Habría empleado, así, cinco meses para ganarse 200 liras. Supongamos ahora, que este obrero no hubiera emigrado y hubiera trabajado en su “pago” ganando un miserable sueldo de 20 liras mensuales, y tendremos que la ganancia líquida de este golondrina habría sido de liras 100. El cálculo de gastos y ganancia que hemos hecho es fundado en la práctica de estos últimos diez años y lo consideramos indiscutible, al efecto estimaremos á quien quiera ocupar estas columnas demostrando lo contrario.”

*La Tierra* concluye, razonablemente, que nadie hace semejante viaje, con todo lo que ello implica, por una ganancia de 100 liras. El fenómeno estadístico es, para el cronista del diario chacarero, una ilusión óptica dada por el hecho que, como explicaba Chioventa, el que sale de Italia al terminar el verano europeo (supongo que acumulando ingresos en la cosecha europea) y llega a la Argentina para aprovechar la demanda de las cosechas pampeanas. “Y del mismo modo, lo hace al regresar”.<sup>81</sup>

Me inclino entonces a pensar, como Scarzanella y Adelman, que el peón golondrina, entendido como aquel que llega en diciembre y se va en marzo es un mito. Quizá la prueba más palmaria de la inexistencia del peón golondrina se encuentre en que el levantamiento de la cosecha nunca corrió peligro, aun en los momentos en que se supone que tal personaje estaba ausente, como a comienzos de 1900, durante el “entredicho” con Italia y durante la Primera Guerra Mundial.

Así, a lo largo del periodo que arranca en 1900-04 hasta 1920-22, la mano de obra de las cosechas cerealeras tiene tres orígenes: a) urbana; b) provincias del interior; c) pueblos de campaña. Los migrantes del interior tienen diferentes características según la zona de que provengan, pudiendo ser, en el caso de provenir del norte, al mismo tiempo zafreros de caña o recolectores de algodón o de trabajadores de la cosecha de la vid. Se trata también de artesanos y trabajadores urbanos de estas provincias que migran temporalmente tal vez como parte de un proceso de migración definitiva. Junto

con los migrantes urbano rurales y la población de los pueblos de campaña, forman un mecanismo que funcionó bastante aceitadamente entre 1890 y 1920 aproximadamente. Es difícil saber cual es la proporción de cada elemento en el total, pero Bunge señala que, de los 300.000 que él estima como cifra correcta de obreros cosecheros, el 33% venía sólo para la cosecha (golondrina), el 30% era el saldo favorable, el 20% del trabajo urbano y el 17% de residentes en campaña. Si sumamos golondrinas y saldos favorables a trabajo urbano, el 83% de la fuerza de trabajo provendría del sector de obreros urbanos que hemos señalado. Pues bien, según se sostiene aquí, la gran mayoría del personal de cosecha es provista por este personaje habitante de las grandes ciudades, que Pianetto calcula en el 30% de la población masculina potencialmente activa en dichos centros urbanos.<sup>82</sup> Veamos ahora, qué tipo de población específica era esta, en términos de su calificación laboral.

### Niños y mujeres

El trabajo de mujeres y niños en las cosechas pampeanas no está suficientemente documentado, aunque hay muchos indicios de una presencia importante, aunque difícil de evaluar. No caben dudas, sin embargo, de que se trataba de un trabajo dominado por varones adultos. Encontramos pocas menciones a participación femenina e infantil en general, aunque puede presuponerse que es posible encontrar a los hijos y la esposa del chacarero pobre colaborando en la siembra. Casi con seguridad no hay allí mujeres asalariadas. En la cosecha del trigo es más difícil que la familia del chacarero participe más allá de la siega. Sabemos, por ejemplo, que una tarea en la que suelen encontrarse implicados mujeres y niños es en la siega con segadora atadora, donde “dos ó tres hombres ayudados á veces por muchachos y mujeres, siguen á las segadoras reuniendo las gavillas en número de 12 á 20 (generalmente 15), y colocándolos parados unas al lado de otras alrededor de cuatro que se han parado primero en cruz, con las espigas siempre para arriba.” En la trilla, cuando el colono ponía parte del personal, acuerdo común en Entre Ríos, “puede hacer alguna economía en el personal que á veces lo tiene en su casa, no necesitando, por consiguiente, pagar jornales.” En esos casos, la mujer o las hijas del colono pueden entrar en el acuerdo. Pero no se trata de asalariadas, aunque “en algunos centros agrícolas”, agrega Raña sin especificar si se trata de familiares del chacarero, “las mujeres toman parte en ciertos trabajos de la trilla, como ser la costura de las bolsas y otro que son demasiado pesados para ellas”.<sup>83</sup>

Sabemos que en la cosecha de la papa era posible encontrar a la esposa y los hijos del chacarero. En la cosecha de la papa “se ocupan también mujeres y menores que forman parte de la familia del agricultor”.<sup>84</sup> Es en las faenas del maíz donde encontramos una presencia infantil y femenina importante aunque difícil de cuantificar. En la siembra, vale lo que dijimos para el trigo, pero también en la aporcadura del maíz:

“un mes después de la germinación, cuando la tierra comienza a cubrirse de pastos y malas yerbas, se procede á la carpida con carpidor de caballos ó con el aporcador provisto de sus azadas carpidoras. Esto tiene por objeto destruir las malas yerbas, y por consiguiente, el trabajo del aporcador es muy superficial. Se concluye la carpida con azada de mano, empleándose seis personas (hombres, mujeres y niños) para completar el trabajo que hace el aporcador, por día.”<sup>85</sup>

Otra vez, Raña no aclara si se trata de asalariadas, pero es probable. Donde sí tenemos datos fehacientes y prácticamente a lo largo de todo el período estudiado, es en la juntada: “Mujeres, hombres y niños, familias enteras realizan este trabajo, y se ven obligados a dormir sobre los campos, sin otro techo que el que logran á veces construir en los maizales, con los esqueletos de las plantas ya despojadas del fruto.”<sup>86</sup> La afirmación de La Vanguardia, de comienzos del siglo XIX es corroborada por Juan B. Justo:

“Ahora, al fin del otoño, cuando las noches ya son húmedas y frías, se hace la cosecha del maíz: hombres, mujeres y niños, familias enteras, salen a ocuparse de este trabajo. ¿Qué alojamiento se les ofrece? Muchos tienen que dormir en el campo, sin más techo que un ligero reparo que ellos mismos construyen de la chalas y los tallos del maíz.”<sup>87</sup>

Por la misma fecha, Miatello, con su habitual tono de tilingo de Barrio Norte, describe el “hogar agrícola” de los juntadores de maíz, exhibiendo una foto de una familia metida en un “tipi” hecho con chalas de maíz. El periódico *Bandera Proletaria* nos ha dejado una vívida descripción del trabajo de la familia obrera en la cosecha del maíz:

“Por eso que familias de numerosa prole se ocupan de la juntada no por que el trabajo sea “liviano” sino por la imperiosa necesidad del vivir. Nosotros invitaríamos a esos señores periodistas y propagandistas oficiales a que abandonen los tibios lechos y vayan de madrugada a contemplar la salida de los juntadores y los vean luego en la “lucha”, veamos si se deciden a realizar el trabajo que aconsejan a otros. Sin ser de día se encaminan al rastrojo hombres, mujeres y niños preparados de las “maletas”, los niños de ambos sexos visten indumento masculino, todos llevan las piernas rodeadas de arpillera para defenderse de la humedad. Ya en la lucha así llamada a la cantidad de surcos que cada familia o individuo se señala como tarea de varios días, empieza la faena que terminará después de la puesta del sol.

A los pocos minutos el rocío o la escarcha les moja hasta las rodillas, se oye el acelerado rachs, rachs, ruido producido al sacar la espiga de su envoltura de chala. Se apuran los juntadores, aprovechando

que la chala está “suave”, luego el sol la pondrá áspera y cortante, el “chamico”, planta parásita que tiene una especie de pelota erizada de espinas oculta entre otras malezas cual áspiz venenoso en acehco, clava en las carnes sus púas rencorosas.

En los primeros días de juntada se hinchan las muñecas, se abren las manos, “pero esto pasará, todo es acostumbrarse”... El padre anima a su prole, “¡vamos, vamos!” y para estimularlos les juega carreras, “tu llevas un surco y yo dos” le dice al hijo más cercano. Así continúan las doce interminables horas, encorvados sobre el surco con la maleta pendiente de la cintura, y arrastrándola entre ambas piernas. (...) Es esta la verdadera imagen del esclavo; buen asunto para un cuadro, se lo ofrecemos a cualquier émulo de Apeles, al que indicamos también que el cuadro podría titularse “el esclavo moderno” por ejemplo. El reposo que se ofrece a los juntadores después de tarea diaria, es el común a todos los trabajadores de las cosechas. Es ya bien conocida la clásica “tapera” vivienda del colono y siendo este el “palacio” que ocupa quien pasa la vida en la chacra, fácil es presumir que será el refugio de los que temporalmente se ocupan en las cosechas.

En otros países, después de la ruda jornada, los trabajadores tienen casa y lecho donde descansar. Aquí no se ha pensado en eso, se considera a los braceros igual que a los animales que viven a la intemperie, por que suponíamos que nadie se atrevería a llamar vivienda a esos improvisados galpones de chala. En esos galpones, los juntadores en la noche veneran los deterioros de las maletas y las manos, de las maletas cosiéndolas, y las manos dejando caer en las grietas de lágrimas candentes de una vela de sebo. Estas son las “delicias” de la juntada. Mentira los grandes jornales, mentira la independencia del trabajo, puesto que el colono fiscaliza todo y despide a aquel juntador que no le rinde ganancia. La verdad, la única verdad, es que la cosecha del maíz como otros trabajos del campo sigue siendo una maldición. Queda en estos toscos trazos señalado el aspecto que “olvidaron” los propagandistas. No les diremos que vayan ellos a juntar maíz. No, tenemos sentimientos de humanidad, e inspirados en ellos es que aconsejamos que nadie junte.”<sup>88</sup>

Como dijimos, la práctica se repite a lo largo del periodo bajo estudio. En 1929 *La Vanguardia* señalaba que

“Juntar maíz en la Argentina significa acampar en pleno rastrojo, durante la época más fría del año, sin disponer de más abrigo que una choza de chala o unas chapas de cinc. En esas condiciones, los juntadores pasan tres y cuatro meses, y entre ellos figuran familias enteras con numerosos pequeñuelos. Es un espectáculo que da compasión y que avergüenza por el enorme atraso técnico que revela. Pretender impedir que toda esta gente sometida a una tarea tan penosa, prepare alguna reclamación, para mejorar su salario, denota, además de un desconocimiento absoluto del derecho que asiste a esos hombres, una falta total de sentimientos humanitarios.”<sup>89</sup>

Boglich va a testimoniar su persistencia durante los '30: "en los trabajos de recolección intervienen no sólo los hombres adultos sino también las mujeres y los niños",<sup>90</sup> década a fines de la cual la FAA pedirá al Departamento del Trabajo que se la exima "de toda responsabilidad por los accidentes que ocurran a los menores de quince años y a las mujeres."<sup>91</sup>

La familia trabajadora solía provenir de los pueblos cercanos:

"La zona productora que reclama más brazos para este trabajo en la provincia de Buenos Aires, es la de Veinticinco de Mayo, que abarca las estaciones Pedernales, De la Riestra, ¿Berraondo?, Islas, San Enrique, La Rubia y La Cantora. En casi todos estos campos, la cosecha de maíz se levanta por medio de contratistas. Estos toman toda la cosecha por un tanto o por bolsa; este último convenio es el más común, siendo de su parte todo lo que se refiere a los peones. Estos realizan el trabajo en familia o individualmente; las familias proceden de los pueblos de los alrededores y cuando son peones sueltos, llegan de toda la república. (...)

Aunque el trabajo es el mismo y la paga es igual por bolsa, la vida se diferencia bastante si el juntador de maíz va solo o con familia. En éstas, la mujer, menos útil para el trabajo, queda al cuidado de los niños que no están en edad de dar rendimiento y también para preparar la comida; todos los demás van para el maizal y han de aguantar la misma jornada."<sup>92</sup>

¿Había mujeres que participaban en forma individual del trabajo, como en las gangs que describen Marx y Engels en Inglaterra? No lo sabemos. Sí que los autores de un pliego de condiciones de una huelga de maíz se sienten en la necesidad de aclarar: "Se entiende que estos precios son tanto para hombres como para mujeres".<sup>93</sup>

## 6. Los carreros

A diferencia de braceros y estibadores, cuyo origen y desarrollo es común, el carrero es un personaje particular, tanto por su génesis como por sus características. Vale la pena detenerse un poco y examinarlo con cierto detalle.

El transporte de la cosecha desde las chacras hasta el galpón cerealista, donde el ferrocarril haría el resto, era una etapa indispensable, a la vez que muy onerosa, de las tareas rurales. Por más de medio siglo, el carrero pampeano fue el nexo indispensable para la circulación de los cereales, que, en esos tiempos, era como decir la riqueza misma. Los orígenes del carrero pampeano parecen hallarse en el mundo colonial. Las necesidades de la circulación comercial imponían el acarreo de bienes a largas distancias. Trechos

hoy cubiertos antes de acabar el día, demandaban semanas enteras en medio de los avatares propios de la época. El “navío” típico, que hacía la travesía Buenos Aires-Mendoza o Buenos Aires-Lima, variaba en sus características pero mantenía las formas generales:

“Las dos ruedas son de dos y media varas de alto, puntos más o menos, cuyo centro es de una maza gruesa de dos a tres cuartas. En el centro de esta atraviesa un eje de quince cuartas, sobre el qual está el lecho o caxón de la carreta. Este se compone de una viga que se llama pértigo, de siete y media varas de larga, a que acompañan otras dos de cuatro y media, y estas, unidas con el pértigo, por cuatro varas o varejones que llaman teleras, forman el caxón, cuyo ancho es de vara y media. Sobre este plan lleva de cada costado seis estacas clavadas, y en cada dos va un arco que, siendo de madera a especie de mimbre, hace un techo ovalado. Los costados se cubren de junco tejido, que es más fuerte que la totora que gastan los mendocinos y, por encima, para preservar las aguas y soles, se cubren con cueros de toro cosidos, y para que esta carreta camine y sirva se le pone al extremo de aquella viga de siete y media varas un yugo de dos y media, en que se unen los bueyes... En viages dilatados, con carga regular de 150 arrovas, siempre la tiran cuatro bueyes, que regularmente llaman pertigueros.”<sup>94</sup>

La descripción corresponde a una carreta de las que hacían la travesía Buenos Aires-Lima y está cronológicamente ubicada en la segunda mitad del siglo XVIII. Si este es el barco, veamos a su timonel:

“Los carreteros, por otra parte, eran célebres por su parsimonia y tranquilidad (inútil sería apurarse cuando había que recorrer cientos de leguas desiertas con esos cascajos...). El autor de “Noticias del Paraguay”, nos pinta de esta manera a la flema de los carreteros paraguayos: “los arrieros, carreteros y peones traginantes con la mayor paciencia sufren y se reacomodan a la incensibilidad de las bestias sin mas alteración qe. encaminarlas suavemente pr. la senda de donde se desvían y sin más gritos qe. fruncir la boca, como quien llama a un gato o despide un ósculo al ayre, que en castellano se dice azuzar o bien llaman a la Bestia por su nombre (que siendo estas de Tragín, todas lo tienen)” Así, parsimoniosamente, las carretas y carretones cruzan las desiertas travesías, con sus ejes quejumbrosos y no faltó un gobernador demasiado puntilloso, a quien los lamentos de los ejes molestaban sobremanera y decidió, mediante auto de Buen Gobierno, “Que todas las Carretas que entren en esta Ciudad traigan el eje retobado en cuero y bien encebado para evitar el incómodo y molesto ruido que con sus chillidos ocasionan... inquietando y perjudicando a todas horas al vecindario.”<sup>95</sup>

Si indígenas, asaltantes, ofidios varios y demás peligros de los largos caminos por pampas desoladas y selvas exhuberantes, no le quitaron el sueño durante los primeros trescientos años de su azarosa y libertaria vida, el primer susto mayúsculo lo recibirá a mediados del siglo pasado y no de manos de ser

vivo alguno. Podemos imaginarnos la escena: al atardecer, luego de todo un día de viaje, el carrero busca lugar para ubicar la carreta y pasar la noche. Enciende el fuego, toma unos mates, cuida el buen estado de sus animales y luego, cuando ya las estrellas iluminan más que la luz de la fogata, tira la manta y se duerme. Está en eso, contando por enésima vez las estrellas. ¡Son tantas! Sin embargo, hay una que no ha visto antes: es rara, blanca, grande y no titila casi. Es más, parece que se acerca. El paisano se incorpora. No puede creerlo, pero la estrella se le viene encima... ¡Y hace ruido! Un sonido, como de zumbido, que se vuelve atronador. ¡Y la luz cada vez más intensa y sus ojos que no pueden despegarse de ella y sus piernas como enterradas al suelo! De repente toda la escena, el fogón, la carreta, los animales desesperados, todo se ilumina enceguedoramente, se siente un horrible silbido y en medio del traqueteo descomunal de pajas, tierra y hasta arboles arrastrados por el viento, la bestia pasa a no más de veinte metros del paisano mudo, quieto y con los ojos abiertos como si el alma se asomara por ellos. Fueron instantes, pero jura que fueron horas, que medía leguas de largo y ... En vano le explicarán en la pulpería, entre risotadas, que no era el diablo en busca de su alma. En todo caso, comprenderá más tarde que, lo que el ferrocarril buscaba era su fortuna:

“Entonces el paisano poblaba en cualquier parte, en cambio hoy ni se le permite cortar paja para hacer un mísero rancho; gracias si se le concede permiso para hacer una cueva de mala muerte a pocas varas de una tranquera, quedando obligado a hacer el servicio de portero y ayudar a los trabajos de la estancia. Antes que la primera locomotora del ferro-carril del Oeste saliera de la antigua plaza del Parque, antes que con su silbido infernal hiciera disparar alarmadas a las manadas de yeguas, millares de paisanos -además de los trabajos comunes- se ocupaban en las tropas de carretas, galeras y chasques, únicos medios de comunicación y transportes que ponían en relación esta ciudad con las provincias y pueblos del interior. En esas faenas se ocupaban millares de paisanos; los primeros expropiados con estos trabajos, ganaban buenos patacones; pero la locomotora, no sólo con su silbato hacia huir a los yeguarizos, sino también alarmó al criollo, quien pronto se dió cuenta que sería desalojado por la competencia del ferro-carril y el telégrafo.”<sup>96</sup>

Es posible confirmar esta triste imagen. Estanislao Zevallos, brillante publicista del siglo pasado, inicia su encomio de la colonización santafesina con una imagen más que poderosa: doña Eulojía, vieja matrona de Rosario, se halla en una situación desesperada. Su héroe, el General Mitre, la había traicionado trayéndole nada más que desgracias. Entre ellas se encontraba la ruina de la flota de carros del sobrino, provocada por la aparición del “Progreso” bajo la forma de ferrocarril.

Ahora bien, ¿se puede postular la transustanciación del viejo carrero pampeano, nacido y perpetuado por las necesidades de la circulación colonial y post colonial, en carrero de cereales a fines del siglo XIX? Si se mira un poco con detenimiento, la transformación es perfectamente posible: el surgimiento de la

agricultura pampeana es casi contemporánea a la extensión de las vías ferreas, con lo cual, la transición de una a otra tarea no exigió un largo período de inactividad. Aparecida la agricultura, los problemas de transporte serían inmediatos, lo que significa que muchos carreros de largo trecho se habrían visto en la posibilidad de elegir entre la gran travesía o viajes cortos, rutinarios pero más seguros, estables y probablemente más rentables al final de la cosecha. Por otro lado, ¿quién más adecuado para la nueva tarea que aquel que ya tiene el carro y ha sido carrero toda su vida?

Tal vez no sea esa sólo la vía por la cual aparece el carrero en el mundo del cereal. Godofredo Daireaux cuenta en una de sus historias la de Don Bernardo Zurutuá, dueño de una tropa de carros dedicada al acarreo de lana. Pero se queda progresivamente sin cargas porque el tren “ya llega al Azul”, depositando su carga en ocho días en Constitución, contra los dos meses de los bueyes de Don Bernardo. Para peor, la municipalidad de Buenos Aires acaba de prohibir el ingreso de carros a la ciudad:

“El mundo, para don Bernardo, se está estremeciendo en sus bases: piensa con tristeza en lo que será de él, cuando, vendidos los bueyes, podrán lentamente las ocho carretas, que son parte de su vida. Dirige a los ferrocarriles destructores de su industria secular maldiciones enérgicas, y asegura, convencido, que ‘se acabó la América’”.<sup>97</sup>

En las memorias de un colono judío tenemos otro dato interesante, que muestra que el destino de los viejos carreros no fue, necesariamente, transformarse en “nuevos” carreros. Elías Marchevsky cuenta la historia de un carrero que hacía viajes desde Bahía Blanca a Mendoza y San Juan:

“Dejé de viajar cuando corrieron rumores de que se iba a construir el ferrocarril desde el río hasta Mendoza. Si eso ocurría ya no tendríamos más carga. Así pasó cuando se construyeron los de la provincia de Buenos Aires. Muchos carreros tuvieron que vender sus carros. Compraron ovejas y se fueron a ocupar campos fiscales más allá del Salado.”

De carrero a ovejero. Muestra que la propiedad de aquellos carros no era poca cosa. Boglich, esa rara mezcla de chacarero y trotskista, da otro origen a nuestro personaje: el carrero es de origen criollo, sí, pero “había sido desalojado de los campos de pastoreo por el progreso arrollador de las nuevas formas de producción adoptadas por nuestra ganadería y nuestra agricultura” y “conservando comopreciado capital sus pequeñas tropillas, lograron rehacer sus medios de vida dedicándose al acarreo del cereal en las zonas de producción...”<sup>98</sup> En esta versión, serían los viejos tropilleros (tal vez los dedicados a la trilla a pata de yegua), los que se transmutan en carreros, mostrando, por cierto, un pasado mucho menos linajudo.

Las vías por las cuales se constituyó el “moderno” sistema de acarreo deben haber sido muchas, entre las cuales la inversión de capitales no agrarios fue una de las más comunes. La remuneración que el carrero

obtenía por el transporte era sustanciosa: el porcentaje del gasto en transporte de la chacra al galpón cerealista (viaje que nunca podía exceder las cuatro o cinco leguas) en el conjunto de la producción triguera, desde la arada hasta tener el producto sobre el vagón en Rosario, equivalía al 3% del total del costo de la producción cerealera. Recuérdese que los carros de los que hablamos y el tipo de tráfico que se realiza no es el que uno se imagina (ver capítulo 4): se trata de grandes carros, con ruedas altas, entre 7 y 8 caballos, que cargan hasta 120 bolsas, haciendo al menos dos viajes por día, de hasta cuatro leguas.<sup>99</sup> Nuestro personaje, ya reciclado, no es siempre, aunque lo parezca, un simple obrero. Según Lahitte:

“Este es un empresario que trabaja personalmente, con uno o más carros; en este caso forma tropa y conchava carreros a un tanto por mes; tiene un número de animales proporcionado al de los vehículos, siendo siempre el doble, por lo menos, al que es necesario para la tracción, para que tengan el descanso suficiente, trabajando la mitad del día.”<sup>100</sup>

El “capital” que posee consiste en el carro y los caballos. Si, como es común, tiene más de un carro, no sólo debe explotar mano de obra, sino que su ganancia parece bastante importante:

“Mientras tanto, una tropa de carros bien organizada, aunque sea trabajando 6 meses al año, representa una renta respetable; por los datos que anteceden es fácil establecer un cálculo racional de entradas y salidas; puede afirmarse que en condiciones normales de trabajo, cada carro puede dejar una utilidad neta de 10 a 12 pesos diarios.”

Una idea de la magnitud de la ganancia de un carrero con dos carros (20 a 24\$ diarios) la da el que el salario promedio del obrero, en la cosecha de trigo 1903-4 (la fecha de la fuente), es de 3,59\$. El carrero obtiene, entonces, entre 5 y 6 veces el sueldo del obrero. Si contamos que solo trabaja 6 meses, durante el año, un carrero con dos carros tiene un ingreso mensual igual al de 3 o 4 obreros, lo que evidentemente, le permite tener un nivel de vida superior. Una estimación más subjetiva es la siguiente: Florentino Giribaldi, militante anarquista, cuando se discute el ingreso a la FORA de los chacareros, sostiene que la categorización de estos como patrones no debe ser impedimento para recibirlos, puesto que los carreros, que sí están en la organización, muchas veces mueven mucho más capital.

La distinción entre la propiedad o no del carro, debió haber sido importante ya que era señalada en los mismos nombres de los sindicatos: Sociedad de Conductores Propietarios de uno y dos Carros (Puerto San Lorenzo, Santa Fe), o Sociedad de Conductores de carros de Las Chispas, por ejemplo. Si en el primer caso, se alude específicamente al hecho de la propiedad, en el segundo, elípticamente se hace lo contrario. Efectivamente, en el último, los carros pertenecen a la casa cerealista del pueblo. Es virtualmente imposible calcular la cantidad de carreros propietarios, de conductores y de los propietarios

que contratan mano de obra. Lo cierto es que, propietarios o proletarios, los carreros se organizaban en sindicatos y solían actuar juntos en los conflictos, con los estibadores y los peones de máquinas trilladoras. La base de esta alianza estratégica estaba en la oposición común en la que los tres se encontraban frente a casas cerealistas y chacareros. La tarifa de acarreo podía esconder tanto un problema salarial cuanto una disputa por la ganancia agraria.

Un sorprendente José Boglich, que todavía no es, evidentemente marxista, arrima una mirada “chacarera” del carrero:

“Además de estos obreros asalariados, existen otros trabajadores como los carreros que sin ser asalariados viven en las mismas condiciones que aquellos, trabajan solamente unos meses, los de la época de la trilla y desgranada, y el resto del año la mayoría lo pasan a la orilla de algún camino real. Esa gente, un poco abandonada, sin domicilio, sin preocupación de preparar los forrajes para los animales de trabajo, temiendo por comprarlo todo, les exige un gasto enorme que forzosamente tienen que resarcirse aumentando las tarifas de acarreo, que ya se pagan con exceso.”<sup>101</sup>

Sin embargo, desde el campo obrero había otra mirada, por supuesto:

“Una práctica que deben adoptar de inmediato es la que se refiere a una tarifa de máximo de carga. Apenas constituidas, algunas sociedades de carreros de la provincia de Buenos Aires, se vieron abocadas a un problema, aunque habían conseguido establecer un precio uniforme en los fletes y acarreos en forma que todos los carros hicieran igual número de viajes, quedaba pendiente una desigualdad cuyo mal efecto se hizo sentir en seguida. Era lógico, pues ya que la organización exigía iguales deberes, debe proporcionar iguales derechos y beneficios, y esto no sucedía por el siguiente motivo: la mayoría de los carreros, dueños de carros, o sea de una herramienta propia, son trabajadores que a costa de grandes sacrificios han podido hacerse propietarios de esta herramienta. Algunos con más suerte la han conseguido mejor que otros, lo cual les permite que puedan cargar tantas bolsas que la mayoría no puede competir con ellos, y esto ha influido para que se crean superiores a los otros y con privilegios; pero como son minoría, (pudo más) la conciencia despierta de los más.”<sup>102</sup>

Esta tensión en el seno del grupo evidencia las contradicciones de una pequeña burguesía en potencia, razón por la cual el articulista se ve obligado a exhortarlos: “Abandonen la ilusión de hacerse ricos, que esto trabajando no se logra, y siempre es preferible el bienestar que la avaricia a riesgo de estropearse y quedar sin nada.” Esta tensión explica el comportamiento disímil de los carreros, al punto de tratar, la organización obrera, de separar a los conductores de los propietarios:

“También hay (en el pueblo de Díaz) una sociedad de carreros compuesta por los propietarios. Lo práctico sería que formasen un Sindicato los conductores y celebrara pactos solidarios con los colonos, estibadores y jornaleros, que son el nervio de la producción y el tráfico en las poblaciones de la campaña.”<sup>103</sup>

Según parece, los sindicatos de propietarios de carros no distinguían entre los socios a quienes trabajaran su carro y quienes poseyeran más (y, por lo tanto, fueran explotadores). Así, el estatuto de la Unión Propietarios de Carros de Gral. Levalle, Córdoba, simplemente señala que si se posee más de un carro se paga una cuota adicional por cada uno.<sup>104</sup> Es difícil saber cuántos sindicatos son de conductores de carros o de propietarios y cuántos propietarios lo son de más de un carro. En general, se comportarán como obreros con “herramienta”, aunque, como veremos más adelante, alguna porción del gremio es claramente pequeño-burguesa.

## **7. Las habilidades de un infante: la calificación**

Debemos especificar el sentido del término “calificación”. En un aspecto, designa un cierto nivel de conocimientos que le permiten desempeñar una profesión, oficio u empleo especial, generalmente mejor remunerado. El obrero calificado sería aquí el que desempeña una profesión que exige un nivel de conocimiento técnico superior a la media: maquinista de ferrocarril, tipógrafo, ebanista. La ausencia de calificación, por el contrario, lo obligaría a realizar trabajos simples o donde el uso de la fuerza física es más importante que el de habilidades: bracero, peón de albañil, barretero, etc. Si el lector no ha realizado nunca un trabajo manual será difícil convencerlo de la innumerable cantidad de conocimientos que necesita un bracero o un peón albañil: inútil será contarle cómo se destruye uno las rodillas por algo tan simple como manejar un balde lleno de mezcla, si no se sabe cómo hacerlo, o cómo se inutiliza una maza o un cortafierro (y, eventualmente, la mano de quien los empuña) si no se posee los elementales conocimientos de un peón de albañil... Sin embargo, si nuestro lector ha realizado siempre trabajo intelectual, fácil será convencerlo apelando a la autoridad de Antonio Gramsci: no existe “el trabajo puramente físico” ya que “en cualquier trabajo físico, aunque se trate del más mecánico y degradado, siempre existe un mínimo de calidad técnica, o sea un mínimo de actividad creativa”.<sup>105</sup> En efecto, aun los trabajos en apariencia más sencillos exigen algún tipo de conocimiento especial. Por ejemplo, un “desgraciado aprendiz” de mecánico, “en realidad, un peón práctico” que “se pasaba semanas enteras (...) agujereando las piezas para remachar (...) vertiendo agua para evitar el recalentamiento de las mechas (...) o cortando con la sierra de mano (...) o chapas

con tijera”, no por eso dejaba de aprender (y aplicar) conocimientos que, a quien nunca ha tenido la experiencia, se le pasan por alto:

“Durante los primeros días me enseñó [el oficial] a manejar las herramientas, sierra de mano, limas, martillo, punzón y cortafierro; máquinas taladradoras a mecha, piedra esmeril y polea pulidora; llaves de diversos tipos y el aguantador. Era un verdadero instructor y mis reflejos neuromusculares se adaptaron rápidamente a sus lecciones. Me enseñó a colocar el cuerpo, brazos, piernas, cuello y cabezas para el uso de cada herramienta y a respirar para evitar la fatiga (...) La respiración adecuada a los movimientos deja trabajar a los pulmones, no le resta exactitud y permite graduar la intensidad del esfuerzo necesario. ¡Treinta y cinco años después, este aprendizaje elemental me sirvió para aprender y ejercer oficios que nunca había practicado!”

Al trabajar en la fragua, continúa nuestro informante, “aprendí así a manejar martillos pesados y mazas con las dos manos, de izquierda y de derecha indistintamente, y revolear el marrón [la maza] con un mínimo de esfuerzo, haciendo jugar todo el cuerpo y cambiando de posición. Este dominio permite pegar la maza en caída vertical, por gravedad. El golpe es neto y certero. No desvía ni deforma lo que se golpea, así se trate de un punzón”. Si un aprendiz de mecánico pareciera un obrero calificado, veamos al mismo no ya como “peón práctico” sino como simple “peón caminero”:

“El trabajo era realmente pesado y penoso, aburrido. (...) Aunque el trabajo era individual, pues cada uno arrancaba y cargaba la suya, se formaban parejas para ayudar al compañero a levantar la carretilla cuando ésta hundía su rueda en el barro o la tierra suelta. A mí me tocó de compañero un húngaro (...) Quedó asombrado al verme trabajar. No conocía mi infancia de campesino y minero, ni el aprendizaje de herrero. Revoleaba el zapapico como si fuera una maza y donde él tenía necesidad de dar dos o tres picadas para arrancar un grueso terrón de la banquina, a mí me bastaba con una. Un día me dijo: ‘Muchacho, no levanta tanto pico, hombre tras muerta’. Él venía cavando detrás de mí...”<sup>106</sup>

En este sentido, no existe el trabajo no calificado ni, mucho menos, el obrero no calificado. Esta distinción trabajo-obrero es importante en cuanto a los obreros de cosecha ya que, al margen de su calificación para *ese* trabajo, suelen ser muchas veces obreros “calificados” urbanos que buscan la oportunidad de buenos sueldos. Es muy común que el obrero rural tenga otra “calificación” además de la propia del empleo en la cosecha, como el caso que acabamos de citar. Esto debe remarcar porque baja “calificación” muchas veces va asociado en la historiografía, con escasa sindicalización o poca combatividad. Además, como veremos más adelante, había obreros calificados en el mundo rural.

Comenzaremos diferenciando categorías laborales para luego agruparlos según el tipo de

conocimiento: 1) maquinista de trilladora y desgranadora, foguista, ayudantes, engrasador, conductores de segadoras y atadoras, emparvadores y estibadores; 2) peones de siega, trilla y desgranada en general; 3) juntadores de maíz, hombreadores, juntadores de papa.

1) Se trata del segmento más elevado de calificación en el trabajo rural. Sus representantes realizan las tareas que necesitan conocimiento especializado, clave en el buen desarrollo del trabajo: maquinistas de trilladoras y desgranadoras son los responsables de la conducción de las más complejas máquinas del mundo rural, necesitan una atenta vigilancia para una buena labor y evitar accidentes; foguistas, ayudantes y engrasadores colaboran en momentos parciales del manejo de estas máquinas, siendo su calificación similar a los anteriores; conductores de segadoras y segadoras atadoras tienen menos calificación desde que las máquinas que dirigen son más simples, no incluyen motores y calderas sino sólo aparatos de arrastre, siendo la habilidad más importante la de guiar adecuadamente y a buen ritmo los animales de tiro, en forma coordinada con los carros que trasladan el cereal a la parva; los emparvadores tienen una tarea complicada que debe permitir la buena conservación del trigo, haciéndolo inmune a la lluvia y el viento; los estibadores cumplen una función similar a los anteriores, sólo que formando las pilas de bolsas (podían llegar a más de 40 bolsas de alto) en los galpones de cereal, de manera que ocuparan todo el espacio disponible evitando posibles caídas.

2) Estos trabajadores realizan trabajos adaptados a diferentes funciones de la máquina y tareas complementarias. No obstante, algunos deben poseer habilidades especiales como el cosedor de bolsas, de cuya velocidad depende la continuidad del trabajo.

3) Los tres se caracterizan por hacer trabajo individual sin participación de máquina alguna. Los juntadores de maíz y papa sólo deben retirar el fruto de la planta y depositarlo en bolsas o canastas; los hombreadores, trasladar sobre los hombros la bolsa desde el carro al interior del galpón cerealista siendo el estibador el que las acomoda.

A pesar de esta tripartición, el verdadero corte se da entre el primer segmento y los dos últimos. En el primero tenemos una suerte de "aristocracia" del trabajo rural, una serie de categorías laborales que colocan a quienes los realizan en la posibilidad de obtener mejores sueldos que el resto e incluso, obtener parte en el total del producto, en una relación con el capital que lo aleja a veces del mero asalariado. Esta última posibilidad es más probable en el caso de maquinistas, foguistas, engrasadores y conductores que en el de emparvadores y estibadores, pero incluso en estos últimos, la diferencia salarial obtenida con respecto a los demás es importante, además de ser, por lo general, obreros que tienen empleo permanente o prioritario. En los dos segmentos siguientes, las diferencias son menores (si las hay, puesto que en última instancia, todo pasa por la relación con la máquina) y no establecen una división tajante entre unos y otros. Nos queda, entonces, la siguiente estructura de la

mano de obra según los tipos de conocimiento y las posibilidades laborales:

- 1) a. maquinista de trilladora y desgranadora
  - b. foguista, engrasador y ayudantes
  - c. conductores de segadoras y segadoras-atadoras
  - d. emparvador y estibador
- 
- 2) a. peones de siega, trilla y desgranada en general
  - b. juntadores de maíz y papa y hombreadores

Para terminar de perfilar mejor esta estratificación tomaremos tres aspectos de la misma: 1) cantidades relativas de ambos segmentos; 2) formas de contratación y 3) aprendizaje técnico.

La proporción de cada tipo de trabajo puede medirse de la siguiente manera: una trilladora o desgranadora ocupa 20 personas término medio, de las cuales, lo que llamaríamos personal más "calificado" es de 4 (maquinista, foguista, engrasador y ayudante), es decir, el 20%; las segadoras y atadoras emplean entre 7 y 8 personas, de las cuales el único que entra en la categoría 1 es el conductor, lo que da cerca del 15%; en la estiba y emparve el cálculo es más difícil: en la emparvada hay 5 horquilleros por cada parvero e igual cantidad de hombreadores por cada estibador (sin contar pulseadores y ayudantes), lo que en ambos casos da un 20% de obreros pertenecientes al segmento de mayor calificación; por último, en la juntada de maíz y papa, el 100% de la mano de obra pertenece al sector menos calificado. Si hacemos la cuenta en términos absolutos, aceptando unas 300.000 personas para el trigo y 250.000 para el maíz, tenemos unos 60.000 obreros "calificados" en el primero de los cereales (20% de todos los trabajos: siega, emparvada, trilla y estiba) y 20.000 para el segundo (debido a que el único lugar en el que hay trabajo más "calificado" es la desgranada).

De aquí se deduce que la mayor parte del trabajo rural era de menor calificación, pero sería superficial no destacar la importante presencia en el campo de obreros urbanos considerados muy calificados (en relación con otros oficios y en el interior del trabajo rural), como mecánicos, obreros industriales acostumbrados al uso de máquinas, etc. No marchaban estos últimos a la cosecha sólo por "altos salarios", sino además porque existía una demanda específica para ellos. Por otro lado, la existencia concatenada y simultánea de trabajo especializado en tal cantidad, permite suponer la presencia de una capa de obreros rurales permanentes y altamente "calificados" para las labores rurales, desempeñando a lo largo del año los oficios más importantes: en la siega (nov.) como conductores; en la trilla (dic-ene) maquinista de trilladora; en el galpón cerealista (feb-ab) como estibador; en la desgranada (may-jul) como maquinista de desgranadora; en la estiba del maíz (ago-nov) nuevamente como estibador. En una zona donde se dieran producciones seguidas de trigo y maíz

tendría trabajo asegurado todo el año, siendo esto un elemento clave para entender por qué, entre otras cosas, el sur de Santa Fe y el norte de Buenos Aires han sido históricamente zonas de fuerte continuidad y tradición de sindicalización rural.

Del otro lado, la existencia de una enorme masa de brazos de menor calificación permitía la presencia de un proletariado flotante en constante traslación, desempeñando todo tipo de trabajos estacionales. Sin embargo, no debe dejarse de remarcar que en modo alguno su historia esta fuera de todo contacto con el trabajo propiamente industrial, no sólo porque parte de su año laboral podía cumplirse en las industrias urbanas, sino porque el trabajo en la trilla tiene todas las características del trabajo industrial, con una disciplina industrial y una organización laboral similar al trabajo fabril.

Las formas de contratación difieren de un segmento a otro aunque es difícil hablar de dos mercados de trabajo distintos o de uno con importantes fracturas. Sin embargo, hay diferencias en la forma de contratación de la mano de obra que es importante destacar:

1) En los maquinistas, su proximidad con el dueño de la máquina y la virtual posición de dominio del proceso productivo efectivo lo convierten de hecho en una especie de capataz. De ahí que su reclutamiento implique una previa confianza, cierta relación más estrecha que al común de los obreros. Lógicamente, esto no era necesario cuando el patrón estaba al pie de la máquina, pero no siempre era así. Además, la relación con el maquinista empezaba antes de la cosecha, pues debían prepararse las máquinas y seguía después de ésta, al limpiar y engrasar la maquinaria para el descanso del invierno. Por esto, la contratación de los maquinistas podía escapar a las reglas generales del mercado rural.<sup>107</sup>

2) En el resto de los obreros, todo era muy informal, sin mediar contrato alguno, con acuerdos de palabra en las fondas de los pueblos, en las estaciones de ferrocarril o en la chacra misma, hasta donde llegaba el peón, especialmente en el caso de la cosecha de maíz. Contratos formalizados dependían de agencias de colocaciones, pero no era lo más usual. De hecho, una somera revisión de los *Boletines* del DNT demuestra que tanto las agencias privadas como las oficiales internaban poquísimos obreros. Sin embargo, su presencia no debe ser subestimada, menos si se recuerdan las innumerables críticas de que fueron objeto.

Veamos un ejemplo del modo de búsqueda más usual:

“Apuntes de un ‘linghera’ (...) A las once y veinte llegamos a Villa Lía, término de nuestro viaje. Con nosotros bajan siete braceros, los cuales se dirigen a un almacén que está frente a la estación. (...) decidimos comunicarnos con los que estaban en el patio del almacén y les preguntamos si tenían trabajo. Nos contestan que no (...) Segunda jornada. A las seis, más o menos, nos despertamos: nos levantamos y acercamos al fuego que ha permanecido encendido toda la noche. (...) caminamos un

kilómetro y preguntamos a un peón de chacra por el estado del maíz y nos dice que está algo atrasado, y que hasta el siete o el ocho de abril no se empezará a juntar. Mientras pensamos qué vamos a hacer, pasa un tren de carga a paso de hombre, y decidimos tomarlo e ir donde nos llevara. (...)”<sup>108</sup>

Aunque no hay canales institucionales sí hay modos consagrados por la costumbre, que establecían algunas convenciones, como la de la “maleta”. La “maleta”, la bolsa con la que se juntaba el maíz, “servía como credencial si la colgábamos en el alambrado de la vía: los chacareros necesitados de juntadores al verla, venían a contratarnos. Y la cana suponía que éramos braceros a la espera de una changa y no nos arreaban”.<sup>109</sup>

La misma fuente, una novela escrita sobre la base de la historia real de un linyera relatada por él mismo al autor, permite observar el aprendizaje técnico de la cosecha del maíz:

“Ni Amalio ni yo teníamos la menor idea de como juntar maíz. Por eso, Gimeno nos había llevado al pueblo y en una talabartería nos había comprado a cada uno una maleta y una aguja chalera que luego descontaría de la paga final. (...) En la chacra de Redeus con Amalio tuvimos que aprenderlo todo, cortar las luchas, ir por un surco y volver por otro, no dejar espiga en las plantas y pasar las espigas de una maleta a la bolsa. (...) El primer día en lo de Redeus habíamos juntado Amalio y yo seis bolsas. Los chanchos hubieran juntado más que nosotros. Pero luego fuimos mejorando el promedio y llegamos a parar entre quince y dieciséis bolsas diarias.”<sup>110</sup>

En el caso de mayor calificación, como el maquinista, éste tenía ya un cierto conocimiento previo adquirido en algún oficio urbano. Por lo general sus conocimientos en el trabajo rural eran muy rudimentarios. Ya Bialet Massé sostenía que buena parte de la mala labor y de las horas perdidas por desperfectos se debían a la poca pericia de los conductores. Sin embargo, el grado de conocimiento debía ser alto: el Ministerio de Agricultura se preocupó por divulgar manuales para el manejo de máquinas rurales y hasta la Universidad Popular de la Boca daba cursos sobre el tema, lo que da una medida del importante grado de calificación necesario para ser maquinista. En general, todas las tareas restantes se aprendían en la práctica y, las más calificadas, con varios años de trabajo, especialmente estibadores y parveros.

Por último, cabe hablar de la calificación física, es decir, que no depende de conocimientos específicos sino de la capacidad física para realizar trabajos pesados: “muchos no aguantan en las máquinas como horquilleros o plancheros, trabajo enteramente pesado, y que lo hacen aun más insoportable las exigencias de los patrones, motivo por el cual muchos abandonan el trabajo, dirigiéndose a sus hogares.”<sup>111</sup>

Esta fracción, entonces, reúne en su seno a personajes diversos y, por lo tanto, distintas experiencias laborales. Lo que era común, sin embargo, era la inestabilidad laboral, condición propia de la infantería ligera. Veamos ahora con detalle el problema de la ocupación-desocupación.

## **8. La ocupación**

Una capa de la clase obrera cuya esencia consiste en la inestabilidad de la relación laboral, no puede ser descrita con precisión si no se examina ese continuo transitar entre empleo y empleo. Podemos hacerlo siguiendo primero ese recorrido cotidiano, aunque también observando la evolución de largo plazo de la condición ocupacional del infante. Veamos el primer aspecto.

### **La desocupación “friccional”**

La escuela neoclásica de economía sólo reconoce, en condiciones de funcionamiento normal del mercado, la existencia de una desocupación “friccional”, es decir, de aquella que se produce por el pasaje de un empleo a otro.<sup>112</sup> Se trata de una desocupación en buena medida “voluntaria”, en tanto es el propio obrero el que decide, por razones de beneficio personal, abandonar un trabajo peor para pasar a uno mejor. Va de suyo que para los economistas neoclásicos (la opinión dominante en la época), los únicos problemas que cabía solucionar eran los atinentes a suavizar este proceso de traslación ocupacional, a fin de hacer más sencillo, rápido e indoloro ese proceso. En relación a esa forma de observar los problemas del mundo del trabajo, surge, ligado en particular al empleo estacional, el problema del “desorden” del mercado de trabajo.

Hemos visto que a fines del siglo XIX e incluso a comienzos del XX, la principal preocupación de la burguesía agraria consistía en asegurar una adecuada cantidad de “brazos” para la cosecha. Pero, hacia la Primera Guerra Mundial ese temor había desaparecido y el complejo mecanismo de “provisión de brazos” había ya adquirido estabilidad. Así, en 1911 el DNT expresaba su confianza en la disposición de brazos porque “si alguna de las corrientes inmigratorias tendiera a disminuir por causas transitorias, bastaría el anuncio oportuno de la demanda para que otras corrientes distintas vinieran a equilibrar la oferta de brazos.”<sup>113</sup>

Estabilidad, sin embargo, no significa orden. Al contrario, según los observadores, el flujo y reflujos constante de personas producía un fuerte “desorden” en el mercado de trabajo. Como consecuencia de este “desorden” la mano de obra podía faltar en un lado y abundar en otro, haciendo realidad “la gran contradicción de la simultaneidad del problema de la desocupación con la falta de brazos”.<sup>114</sup> Era una constante la existencia de desocupación local combinada con fuerte demanda de brazos general, contradicción sólo superada según Bunge por la presencia creciente, desde 1907 de

una masa obrera mayor a la necesaria. Si la esencia del “desorden” consistía en la existencia de excedente de mano de obra en lugares o momentos que no hacía falta y, a la inversa, que escasearan brazos donde fueran imprescindibles, la solución obvia parecía juntar ambas circunstancias.

Solucionar el “desorden” es una utopía que choca con la naturaleza misma del capitalismo, es decir, la “inestabilidad del empleo” es el resultado necesario de la desposesión de los medios de producción. Precisamente, esa “inestabilidad” que resulta de no poseer otra cosa que la posibilidad de ser empleado si el capital quiere, es lo que otorga al capitalista todo su poder. Es la razón por la cual existe un ejército industrial de reserva, que funciona como policía de las pretensiones salariales. En el campo, tal desfase era a menudo buscado adrede para generar una súper oferta local de mano de obra que permitiera bajar los salarios.<sup>115</sup> El fenómeno era archiconocido y tan a menudo utilizado que es difícil distinguir una noticia falsa de una verdadera. Avisos como el siguiente eran como para desconfiar:

“Amstrong (FCCA) nov. 15 -En esta colonia hay una cosecha esplendida (sic). La peonada es muy requerida a precios elevadísimos. Se llega a pagar 200 pesos mensuales y buena manutención. Entre corta y trilla, hay trabajo en esta colonia para cuatro meses, no bajando de 500 los peones que aun pueden ocuparse.”<sup>116</sup>

Otras noticias hablan de obreros “contratados al bajar del tren”. En esos mismos días *La Prensa* y *La Protesta* desmienten simultáneamente las “buenas perspectivas” de Rafaela, donde a consecuencias de las falsas noticias hay 800 peones sin trabajo. Que las noticias lleguen de fuentes tan diversas añade credibilidad. El 12 de diciembre del mismo año, en su página 4, *La Prensa* vuelve a denunciar un hecho similar en General Villegas, donde: “los obreros que contaban con algunos ahorros creyeron que esperando les serian hechas mejores proposiciones, pero gastaron sus economías en la fonda del pueblo y tuvieron que contratarse forzosamente como sus compañeros.”<sup>117</sup>

Antonio Buira, socialista futuro organizador de la Liga Agraria de La Pampa, envía una carta a *La Vanguardia*, denunciando la desocupación en el sur bonaerense previendo contra las noticias falsas que han aglomerado peones prometiendo salarios inexistentes.<sup>118</sup> Un caso comprobado de mentira es el siguiente:

“Es severamente criticada la exagerada noticia que publica *La patria degli italiani* en su edición del 9 del actual concerniente al cálculo del rendimiento de la cosecha en este partido [Guaminí] y a la necesidad de que acudan braceros por centenares para su recolección. Si bien es cierto que las sementeras ofrecen halagadoras perspectivas dada la pequeña extensión de los sembrados se estima que con los elementos disponibles en esta zona se podrá levantar la cosecha sin mayores

inconvenientes.”<sup>119</sup>

Nótese de paso que se trata de un diario italiano acusado de estafar a italianos... Solidaridad étnica, que le dicen. La comprobación de lo dicho por *La Vanguardia* lo da un mes antes el DNT cuando menciona a Guaminí entre los pueblos que no necesitan mano de obra externa.<sup>120</sup> Entre los diarios representantes de intereses patronales y obreros se daban a veces verdaderas batallas en torno a este tipo de publicaciones. Veamos el caso de Coronel Suárez. En noviembre de 1903 el corresponsal de *La Prensa* en dicho pueblo afirma que harán falta 5.000 obreros dada la importancia de la cosecha. Casi un mes después, *La Protesta* sostiene que los peones abundan tanto que ni 3\$ se quieren pagar, fecha por la cual *La Prensa* admite que las heladas en toda la zona sur ha echado a perder buena parte de la cosecha a pesar de lo cual, a Tres Arroyos, no lejos de allí, los “trenes llegan diariamente llenos de peones que después vagan por las calles faltos de ocupación”. En enero las noticias de Suárez vuelven a ser exitistas.<sup>121</sup> ¿Cual es la verdad? Es difícil saberlo.

Al margen de estas “tretas” el modo de distribución de la mano de obra era de por sí, sin que nadie se lo propusiera, caótico. Cada trabajador salía de los centros urbanos siguiendo noticias vagas sobre necesidades de mano de obra en cada sitio, lo que podía llevar al trabajador a recorrer largas distancias, sobre todo en épocas de desocupación:

“Salí en busca de trabajo en las cosechas partiendo de Buenos Aires, rumbo al norte; llegué a la provincia de Santa Fe a Rufino, donde me encontré con no menos de 200 obreros (...) solicitamos trabajo a los señores colonos y terratenientes, los que al ver tanta abundancia de esclavos (...) rebotaban de alegría (...) ofreciendo jornales irrisorios por el esfuerzo de nuestros flácidos músculos. Las playas del ferrocarril de la estación Rufino y sus adyacencias estaban convertidas en verdaderos campamentos de haraposos, de miserables durmiendo a la intemperie cuyo lecho es el natural: la tierra. Aquí no nos deja pernoctar la policía (...) Salgo de este pueblo. ¡No hay trabajo! (...) y corrido por la policía. Sin rumbo fijo, en un tren de carga el que abarrotado de proletarios, jadeante y hosco nos conduce a Laboulaye donde como en el anterior, la infaltable policía (...) nos tiene preparada una recepción solemne (...) Aquí en este pueblo nos ahuyenta a un número como de 30 obreros sin trabajo (...) El carguero avanza. ¿A dónde? No lo sé, lo que sí sé es que fue a reaparecer a la estación Piedritas. Voy a trabajar...”<sup>122</sup>

Existían instituciones privadas y estatales para “guiar” obreros al campo:

a) **agencias de colocaciones:** Por lo general cobraban un porcentaje sobre el sueldo del obrero. Las quejas en su contra son de vieja data. *La Vanguardia* reproduce el contenido de una circular de la

empresa The Barbicane Co.:

“Muy señor mío: Este año (1911) más que ningún otro nuestra misión viene a desempeñar un rol importante dada la escasez de brazos, para las faenas agrícolas y sobre todo de elementos prácticos de trabajo en este país (...) Seguros pues de ser a Ud. útiles en esta ocasión, nos complacemos en ofrecerle peonadas para la cosecha de este año constituidas por hombres dóciles, laboriosos y serios, al precio de \$5 moneda nacional y comida por día, que acudirán donde Ud. nos lo pida, acompañados por un capataz, por partidas de 50, 100 o más (...) Cada uno va provisto de su cedula respectiva por la que se obligan a trabajar durante los 4 meses que duren los trabajos o menos según se nos estipule, y Ud. no tendrá por que entrar en trámites enojosos. Bastará para ello que Ud. se obligue a efectuarnos mensualmente a nosotros el pago de los salarios de cada peón, y nosotros nos encargaremos de devolver a cada hombre a la región de origen, facilitando esto en sumo grado las molestias de la poca estabilidad de las peonadas y la alteración de precios ocasionadas por el albur de la oferta y la demanda. (...) Los elementos que ofrecemos provenientes de los Valles Calchaquíes y de otras regiones de la República y de otros países circunvecinos, sometidos en un todo a las autoridades de las localidades de origen, llevan ya imbuidos el sentimiento del deber y del orden. (...) Si Ud. estuviera de acuerdo con nuestros procedimientos deberá tan sólo abonarnos nuestra comisión de 10\$ por cada hombre pagadera al llegar al trabajo cada hombre por una sola vez y que Ud. podrá girarnos por medio del Banco de la Nación o sucursales del Correo. Este mismo procedimiento debería seguirse para los giros mensuales los que podrán hacerse englobados, a razón de \$5 por cada hombre y por cada día de trabajo durante 1 mes y consecutivamente de acuerdo con lo que especifica el pliego respectivo que incluimos.”<sup>123</sup>

*La Vanguardia* critica, con mucho tino, que nadie sabe qué parte de lo abonado por el propietario a la empresa le tocará al obrero ni qué posibilidad tiene éste de asegurarse el cobro de los salarios si la empresa alega no haber podido cobrar al patrón. Obviamente, si a los patrones las empresas les prometen mano de obra dócil y mansa, a los obreros se les promete condiciones de trabajo excelentes y maravillosos salarios. En General Pacheco fueron contratados obreros mediante agencia en Buenos Aires:

“... a razón de 33 pesos mensuales. Los peones que ya han pagado 2 pesos de comisión, desembolsando también 0,85 por el tren. Tan pronto llegan a su destino les avisa que el sueldo tan sólo es de 25\$ y que, si no se conforman pueden irse como han venido. Después de haberles prometido una comida sana y abundante, les dan apenas el alimento necesario para evitar que mueran de inanición. Se les exige un trabajo excesivo en demasía. Los alojamientos son horriblos. La mayor parte de los

peones duermen en las caballerizas (...) sobre bolsas viejas a medio podrir. Si uno pretende dejar el establecimiento por voluntad propia le hacen todos los descuentos posibles e imaginables sobre los haberes.”<sup>124</sup>

Porque las quejas fueron tantas y porque de hecho las agencias no hicieron nunca nada más que agravar el problema de la distribución de obreros, Biale Massé sostenía la necesidad de reemplazarlas por servicios gratuitos de informaciones de empleo realizados por las secretarías de las sociedades obreras, oficinas de informaciones de municipalidades y procediendo a reglamentar la profesión de agentes.<sup>125</sup> Pasaron 8 años hasta que se organizara, junto al DNT y como una dependencia interna, el Registro Nacional de Colocaciones, con la función de “coordinar la oferta con la demanda de brazos y el empleo de los desocupados”, extendiéndose hacia el interior “valiéndose del concurso del telégrafo nacional”. Sus funciones fueron ampliadas por la ley 9.148 de 1913, reglamentando las agencias particulares, pero no se crearon en el interior las oficinas oficiales gratuitas de colocaciones, por lo que no se mejoró el servicio del Registro. Sobre su creación, *La Prensa* afirma que “la situación que precedió a su sanción, y que indudablemente la inspiró estaba impresionada por las graves denuncias de abusos que habían trascendido a la opinión pública por el cobro anticipado de comisiones y el engaño en cuanto a las colocaciones proporcionadas.”<sup>126</sup> El diario proponía, igual que Biale Masse, “suprimir las agencias particulares de colocación y crear agencias gratuitas” porque “aparte de ser gravosas para la economía de los pobres y de arrancarles una parte de su haber en las circunstancias de mayor necesidad para ellos, guiadas por el aliciente de una ganancia, no han de detenerse de medios para conseguir tal finalidad”. La causa de esta posición “anti-privatista” del diario porteño, es que esa “masa de obreros sometidos a un paro forzoso, acude también a las ciudades (...) a intensificar con su sola gravitación, los problemas sociales que germinan en las grandes aglomeraciones obreras”.<sup>127</sup>

Otras dependencias gubernamentales como el antecesor del DNT, la Oficina de Inmigración dependiente del Ministerio de Agricultura de la Nación, se hacía cargo de activar la distribución de peones para cosecha.<sup>128</sup> Otras organizaciones de carácter benéfico, instalaron instituciones para “guiar” a los obreros, como el Segretariato del Popolo per gli Inmigrati, de los salesianos, que entre 1906 y 1910 coloca 898 obreros, de los cuales 411 son “contadini” y “braccianti”.<sup>129</sup> Había también, por supuesto, lugares informales como fondas y oficinas de correos que de hecho centralizaban pedidos de trabajo.<sup>130</sup> En la práctica eran los “métodos” e “instituciones” más importantes.

Ahora bien, con la guerra del '14 el problema de la desocupación había pasado a ocupar (vaya la paradoja) el centro de los problemas. El DNT, seguro bajo la influencia de Bunge, propone ajustar los flujos estacionales de manera de evitar las consecuencias de la mala distribución del trabajo, entre ellas, la más importante, la obligación de sostener una cantidad de mano de obra superior a la

necesaria:

“La falta de sistema científico que, armonizando con los hechos coordine la demanda y la oferta, hace inevitable la importante cuantía de ese saldo flotante de brazos. La prosperidad del país lo ha tolerado, lo ha podido pagar hasta ahora, pero llega el momento en que ese saldo resulta caro, sobre todo cuando como en este caso, aumenta su volumen. De ahí lo excesivo de algunos jornales de cien días de trabajo en ciento cincuenta, doscientos o más días de gastos.”<sup>131</sup>

Se perjudica además la disciplina del trabajo y la regularidad de la ocupación y es más difícil la capacitación técnica de la mano de obra. También es perjudicial para el industrial y el chacarero, ante los desfasajes del empleo. Las medidas propuestas son restricción y selección de la inmigración, utilización de personal que pueda ser distraído de las obras públicas y ferrocarriles durante la cosecha, entrega de boleta de “retorno al trabajo” para que los que parten puedan volver a su puesto luego, “billetes de cosecha” para viajar a los puntos de labor, etc. Se trata, entonces, de reordenar el mercado de trabajo limitando al máximo la estacionalidad y la población sobrante, forzando a otros tomadores de mano de obra a ajustar su evolución con la de las cosechas; logrando de esa manera una pauta de empleo más estable.

Si la desocupación estaba detrás de las tribulaciones del DNT en 1914-16, para 1917-18, la recuperación económica, la buena cosecha del trigo de ese año y el aumento de la ocupación urbana, provocan la traslación del eje de la discusión, como ya señalamos, a la probable escasez de mano de obra, dada la tendencia negativa de los saldos migratorios. La proposición del DNT de regular los flujos de mano de obra para frenar la desocupación restringiendo la inmigración, toma ahora un nuevo color. Ahora el problema es como reemplazar esa mano de obra por la población local, es decir, el viejo tema de la “nacionalización” del trabajo. Una respuesta inmediata es, como recomendaba el DNT, ordenar el mercado de trabajo y las críticas toman nuevamente por objeto tanto a las deficientes actitudes del Estado como a la acción privada. *La Prensa* sintetiza la nueva opinión:

“[No] se conocen hasta ahora qué medidas de previsión planea el Ejecutivo a efecto de llevar a los agricultores la seguridad de que por falta de brazos no se verán comprometidos sus afanes de todo el año agrícola. (...) Es indudable que el país cuenta en su seno con un considerable contingente de braceros paralizados en las provincias del Norte (...) Es preciso, en consecuencia, publicar y efectuar una propaganda apropiada, capaz de orientar las masas de obreros sin trabajo (...) La intervención oficial en la colocación de obreros durante la cosecha es por esto indispensable (...) Dejar esto librado exclusivamente a la iniciativa particular, es ya un sistema del pasado, de plena inspiración individualista, y si tal género de actividad puede ser coadyuvante es preciso posponerlo al que emerja

de los poderes públicos.”<sup>132</sup>

La nueva situación está provocando un ascenso de los salarios, justo en el momento en el que la agricultura sufre por el problema de los embarques, aunque los precios de los cereales sean altos. Lo que se busca, aun al precio del sacrificio ideológico que consiste en negar la vinculación directa entre actividad privada y bienestar común, es asegurar salarios bajos mediante la concurrencia de una masa abundante. La cosecha no corre peligro porque las “estadísticas acusan cierto equilibrio”, como reconoce el diario, sino porque este equilibrio lleva a una mayor capacidad obrera para reclamar mejores sueldos. Se busca asegurar la estabilidad de los bajísimos salarios conseguidos durante la guerra mediante el mecanismo de aumentar la oferta.

Obviamente, desde 1917-18 comienza a desarrollarse nuevamente la batalla por las necesidades reales de mano de obra entre los diarios obreros y el resto, casi con los mismos argumentos que 15 años antes. *La Protesta*, en varios artículos vuelve a reproducir consideraciones de principios de siglo, igualmente *La Vanguardia*.<sup>133</sup> Por su lado, *La Prensa* publica informaciones de las oficinas provinciales de trabajo según las necesidades de mano de obra de cada región. En la cosecha siguiente la cuestión sigue planteada, señalando el mismo diario las actividades del Departamento Provincial del Trabajo de Buenos Aires, el que solicita 10.000\$ y pasajes oficiosos para los obreros que quieran trasladarse a las cosechas, organizando un servicio de información basado en autoridades locales, a las que se les pide la publicidad de tales noticias, de salarios, etc. También abre un registro de ofertas de trabajo.<sup>134</sup>

Ahora bien, volviendo a 1919, la conflictividad de este año, especialmente las grandes huelgas del sur de Buenos Aires, llevan a su DPT a formular un proyecto que tiene tres finalidades: 1) ideológica: achacar al desorden del mercado de trabajo la causa de las huelgas; 2) político laboral: control policíaco militar de la mano de obra; 3) de política agraria: estabilizar la mano de obra mediante la cesión de tierras. Examinando con detenimiento el proyecto veremos cuál es de las tres, la más importante. El Departamento Provincial del Trabajo (DPT) declara, con respecto al proyecto de su director Figueroa Ozán (participante directo en la represión de la huelga de Tres Arroyos de 1919, como se verá más adelante), lo siguiente:

“Hace pocos meses en la campaña bonaerense, un huracán de tragedia mantuvo en angustiosa alerta a los colonos. Los braceros acicateados por la prédica extremista, se entregaron a la violencia y la roja nota del incendio fundió sin provecho una buena parte del oro noble de los trigales. La acción diligente del Gobierno Provincial puso una valla insalvable a los desmanes, llevó tranquilidad a los hogares y aseguró la paz en la labor fecunda. El decreto del 7 de enero próximo pasado, por el cual se acuerdan beneficios considerables a los braceros haciendo efectivo para ellos el jornal de invierno, constituye el

mejor de los amparos; y garantizándoles la vinculación directa a la tierra al convertirles de parias en propietarios, aporta a la solución del problema agrario un elemento fundamental, decisivo en el camino del orden.”<sup>135</sup>

Si antes de las huelgas el DPT había intentado a través de su bolsa de trabajo algún tipo de coordinación, esta claro que son las huelgas del sur las que deciden el proceso. Figueroa Ozán propone establecer corresponsalías del DPT en cada localidad, que se encargarán de ubicar a los obreros en cada cosecha. Según el decreto del DPT, a partir del 1º de febrero de 1920 se nombraría una comisión de tres vecinos, a la que se enviarían los trabajadores para la cosecha, facilitándoles pasajes a quienes carecieran de recursos. También se publicaría con 15 días de anticipación al levantamiento de la cosecha el número de obreros que se necesita en cada región, los salarios, etc. El patrón y la junta de “notables” representante del DPT en cada localidad establecerían la buena o “mala” conducta del obrero. Al cabo de 10 años de buena conducta en las cosechas y obras públicas, acreditadas en el carnet del que se proveería a cada peón, tendría prioridad en la adquisición de una parcela “para el caso de que la Legislatura convierta en ley el proyecto de fomento de la producción, presentado a su consideración por el actual P.E.”<sup>136</sup>

Si la Sociedad Rural podía titular su comentario “En beneficio de los trabajadores agrícolas”, desde el campo obrero, la posición era, naturalmente, otra: “parece que no tuvieran otro objeto (las disposiciones del proyecto) que proporcionar a los patronos mano de obra barata y obreros sumisos y suficientemente dóciles que estén dispuestos a aceptar la boleta de conchabo donde los referidos patronos acrediten su buena o mala conducta.”<sup>137</sup>

Éste era, supuestamente, un plan para hacer más eficiente el consumo global de la fuerza de trabajo, aumentando así la productividad del conjunto de la economía y, al mismo tiempo, instalar la “paz social” con un sistema de premios al que se “portase bien”. Obviamente, no pasó de una declaración de intenciones. Supone un grado de control y centralización estatal poderoso y una subordinación importante de los intereses inmediatos de los capitalistas. Por otra parte, la “promesa” de prioridad en la adquisición de parcelas al cabo de diez años de buena conducta, si es que se sanciona la mentada ley, es poco menos que una broma. El problema del “desorden” del mercado de trabajo esconde el problema más general del consumo de la fuerza de trabajo, por un lado (el del capitalista) y de la condición general humana bajo el capitalismo por el otro. El núcleo del problema es la explotación.

### **La evolución de la ocupación**

Trataremos ahora de estimar, grosso modo, el nivel de ocupación por etapas. No nos interesa

marcar la evolución año por año sino señalar los periodos de ocupación y desocupación a grandes rasgos entre 1890 y 1920. Se propone la periodización siguiente: a) 1870-1894; b) 1895-1904; b) 1905-1913; c) 1914-1920.

#### **a. 1870-1894**

El período abarca desde el inicio de nuestro estudio hasta la salida de la crisis del '90, cuando se desarrolla a gran escala la agricultura fuera de las colonias santafesinas. Esta primera etapa, entonces, va a estar dominada precisamente por ese ensayo general de lo que la producción agrícola va a significar para la economía argentina, las colonias santafesinas.<sup>138</sup>

Como señala Ezequiel Gallo, Santa Fe será la provincia pampeana que más crecerá entre 1870 y 1895. Mientras Buenos Aires aumentó su población en un 199%, Entre Ríos 117 y Córdoba 67, Santa Fe lo hizo en un 345%. Atraídos por la agricultura de las colonias, arribarán tanto migrantes internacionales como del interior del país. La población de las colonias aumenta dando lugar a la fundación de nuevos pueblos y la transformación en ciudades de algunos ellos.

Ya hemos hablado sobre la expansión del área sembrada, aunque no está mal repasar algunas cifras: desde 1600 has. dedicadas al trigo, en 1869, se pasa a 1.661.300 de trigo, maíz y lino en 1895. Si seguimos las cifras de los años inmediatos a la crisis de 1890 notaremos que nada parece haber afectado la producción agraria, aunque se nota cierto estancamiento entre 1890 y 1892, cuando el área de trigo apenas se mueve entre 760.000 y 850.000 has. Este relativo estancamiento, que expresa un proceso de crisis más general, repercutirá en la aparición de la desocupación masiva y la caída de los salarios y las condiciones de vida:

“Al revés de las expectativas de algunos, la oferta de trabajadores agrícolas ha aumentado. Se creía que la caída en los arribos de inmigrantes desde Europa iba a conducir a una escasez en mano de obra, pero esto ha sido completamente balanceado por un flujo de gente proveniente de las ciudades, donde se ha reducido el plantel de trabajadores en todas las empresas. Las compañías ferroviarias, también, han despedido gente que está buscando trabajo en la campaña.”<sup>139</sup>

Dicho de otro modo, aún en un período de grave conmoción económica, no faltó mano de obra en las cosechas, que absorbieron, al menos parcialmente, la desocupación urbana.

#### **b. 1895-1904**

En general, el área sembrada y la producción crecen en forma espectacular. Entre 1899 y 1900

y 1904-5 el área sembrada de trigo y maíz aumenta cada una aproximadamente 1.000.000 de has. lo que para el trigo significa un crecimiento del 30% y para el maíz, del 100%. Este fuerte estirón representa un desafío importante en cuanto a conseguir la mano de obra necesaria, teniendo en cuenta que las cifras de inmigración no alcanzan hasta 1905 las cantidades promedio "normales" para la primera década del siglo (entre 1895 y 1904 el saldo promedio es de 45.000 personas por año, 1/4 de los saldos promedio de la década siguiente). Se produce al mismo tiempo la expansión de otras actividades que compiten con la agricultura en cuanto a demanda de mano de obra: ferrocarriles, OP y EP<sup>140</sup> (Cuadro 2).

Estos indicadores globales nos permiten una composición de lugar. En efecto, tras la crisis del '90 los indicadores parecen, aunque con desfases, evolucionar en sentido ascendente a partir de 1895. En el caso de la EP con fuertes altibajos, pero siempre con índices superiores a la década de los '80. Si sacamos 1897, 1901 y 1904, tres años sobre 10, la EP sigue su curso ascendente casi recto. En comparación, las OP tienen una secuencia "ciclotímica" pero con excepción de 1896 y 1898, la tendencia clara es a la baja hasta 1904 con un importante repunte entre 1902-3. En FF.CC. lo que se nota es un doble ciclo: uno ascendente, desde niveles muy bajos en 1895 hasta 1899 y otro descendente, a niveles similares a 1895 en 1900 para volver a ascender en 1903-4, pero en niveles bajos comparados con los '80.

Las hectáreas sembradas desde 1899 hasta 1903 muestran un virtual estancamiento que se observa casi como brusca caída si se consideran los niveles productivos. Con el maíz, el área sembrada crece a buen ritmo salvo 1901, siendo el tonelaje coherente con esta evolución. Queda bastante claro que, juntando todos estos índices, la recuperación económica a partir de 1895 tiene un fin entre 1899-1900 y que sólo a partir de 1905 se retoma un crecimiento firme, confirmado por la evolución de los saldos migratorios. De este periodo de, si no crisis, al menos de importantes dificultades económicas, sobresalen 1901 y 1902 como los peores años: si la EP llega a un máximo en 1901, cae en 1902 mientras se acentúa la caída de OP (aunque se recupere en 1902) y el tendido de rieles esta prácticamente suspendido (1899: 16.413; 1900: 16.563; 1901:16.907 y 1902: 17.377<sup>141</sup>).

A esto puede sumarse el estancamiento del área sembrada de trigo y la caída de la producción en 1900 y 1901. En 1901 si el área sembrada de maíz sube, su producción cae en un 15 a 20%. 1901 debe haber sido un año particularmente difícil, seguido de uno no menos, lo que se verifica en el menor saldo migratorio en los 25 años que van desde 1891 a la Primera Guerra Mundial. El auge huelguístico (y su correlato represivo, la Ley de Residencia) así como intentos de reforma del régimen (la Ley Nacional de Trabajo, la ley de reforma electoral de J. V. González y las investigaciones sociales promovidas como las de Biale Massé, Raña, Miatelló, etc.) son hijos de este periodo cuya fase más baja se alcanza en 1901-2. La pregunta a responder es si hubo o no desocupación en el campo.

Según Lahitte, las necesidades de mano de obra para 1904-5 son las que ofrece el Cuadro 3. Como se ve, los mayores tomadores de mano de obra son la cosecha y los ferrocarriles, justo los índices más afectados en 1901-3. La cosecha 1901-2 fue considerada “desastrosa en todas las zonas agrícolas en toda la República con excepción de la provincia de Buenos Aires”. En el norte y centro de Santa Fe y en Córdoba por problemas climáticos, falta de humedad, heladas, etc. En Entre Ríos sólo se consigue cosechar el 52% del área sembrada de trigo y el 70 de la de lino. En Santa Fe 44 y 46 respectivamente. La provincia más afectada fue Córdoba. De tal manera, el aumento de 1901 de la EP y en 1902 de OP, no altera el hecho que en un quinquenio deprimido (1899-1904), 1901-2 deben haber sido años de fuerte desocupación sólo amortiguada por la caída de los saldos negativos. Incluso una producción de menor importancia como el lino, tuvo graves dificultades, especialmente en Santa Fe.<sup>142</sup> Las voces que denuncian esa desocupación son abundantes.<sup>143</sup> En 1902 la dirección de inmigración informa lo siguiente sobre la desocupación en Rosario:

“El trabajo en el Rosario. Exceso de brazos: La gente desocupada en el Rosario oscila de 2.000 a 2.500 personas, de las cuales ha ocupado el ingeniero Sr. Pagnard unas 150 para los trabajos de la ribera, que se conceptúan como duraderos, pagándose desde 2\$ a 3,50 diarios, según su capacidad. También la intendencia y las comisiones populares han empleado como 1.500 personas en carácter provisional para los arreglos de tribunas, plazas, calles, bulevar, parque, lago, hipódromos y local de la exposición rural, con motivo de las fiestas del puerto. A estos se les ha pagado desde 1,50 a 4\$ según ocupación (...) La sociedad de estibadores, que cuenta con 1.800 a 2.000 asociados nacionales y extranjeros, pocas veces puede dar ocupación a ese personal, lo que sucede ahora que hay poco movimiento en las barracas y raras entradas de buques.”<sup>144</sup>

El resto de 1902 y hasta 1903 se nota el mismo fenómeno:

“Interior. Coronel Suárez -De esta población nos escriben haciéndonos saber que por allí hay plétora de peones para recojer la cosecha. Abundan tanto que los señores burgueses quieren aprovecharse negándose a pagar ni 3,00 pesos siquiera pero no obstante que los obreros sobran los explotados andan publicando por ahí que hay falta de peones que les pagan 1.000 pesos y les dará mujer de yapa.”<sup>145</sup>

Oddone señala la existencia, desde 1899, de 40.000 desocupados, a lo que Oved agrega que a fines de 1899 “se habían realizado en Buenos Aires varias manifestaciones de desocupados” mientras en 1900-1 el Partido Socialista “organizó el 12 de agosto manifestaciones de cesantes” donde participaron cerca de 10.000 personas.<sup>146</sup> *La Prensa*, por su parte, calcula en no menos de 20.000 los obreros sin trabajo o con trabajo alternado (de 8 a 15 días por mes) a los que se suman los peones

eventuales (6.500), parientes (8.745), e hijos (17.490). Concluye que la desocupación afecta a 52.735 individuos. Sumando a los desocupados que no son obreros ni peones calcula que la desocupación afecta al 25% de la población.<sup>147</sup> El mismo Bialet Massé señala la abundancia de brazos, adjudicándole la detención de la inmigración. La crisis fue realmente grave para los obreros, a pesar de que algunos no la han considerado una depresión muy aguda.<sup>148</sup> Si no lo parece tal vez se deba a tres cosas: 1) a que se inscribe en un ciclo más largo (1890-1904) depresivo; 2) la expansión agrícola a pesar de precios deprimidos; 3) las crisis en el papel siempre parecen más llevaderas que en el estomago...

Ya en 1903-4 comienzan a verse los síntomas de una mayor demanda laboral. Miatello, en 1904, se quejaba de la escasez de la inmigración a Santa Fe, mientras de todos lados llueven noticias sobre la falta de brazos.<sup>149</sup> Noticias similares llegan desde Santa Teresa, Etruria (Santa Fe), Villa del Rosario, Totoral (Córdoba), Intendente Alvear (La Pampa), Cascallares, Salto, Lobos, Coronel Suárez (Buenos Aires) y Crespo (Entre Ríos).<sup>150</sup> *La Protesta* reconoce la nueva situación:

“Escasez de brazos. Santa Fe, Alcorta, abril 5. La escasez de peones para juntar maíz, está causando grandes perjuicios porque la recolección no puede activarse como convendría, y se está pudriendo mucho producto en planta, lo que dará lugar a quebrantos en los precios. A los juntadores se les paga desde 25 hasta 35 centavos y se les da la comida. Aquí se colocarían fácilmente 300 hombres pues no hay ni el 20 por ciento del personal necesario. Se cree que la escasez de brazos no se subsanará pues los obreros están excamados de desafiar la explotación capitalista y los atropellos policiales en esta localidad.”<sup>151</sup>

Los informes de *La Prensa* sobre el trabajo en Santa Fe muestran, efectivamente, una mayor actividad en todos los órdenes:

“Abundancia de trabajo. Hace dos años que nadie se lamenta como antaño por la falta o escasez de trabajo. Las dos grandes cosechas últimas de la provincia de Santa Fe, con sus vuelcos de millones sobre el Rosario, han hecho prosperar, de manera que podría llamarse asombrosa, todas las manifestaciones de la vida económica del pueblo. En el transcurso de esos dos años han sido abiertas más de trescientas casas de comercio y han duplicado y triplicado sus giros otras centenares de las existentes.”<sup>152</sup>

En resumen, Bunge califica a este periodo de inmigración insuficiente ya que es la agricultura el elemento básico de salida de la crisis del '90 a largo plazo, determinando el inicio de una etapa de escasez de mano de obra que llega hasta 1913. Esto no impide que hubiera ciclos de desocupación,

como el que mencionábamos, desde 1899 a 1903.

#### **b. 1905-13**

La segunda parte del periodo, de 1905 a 1913, es caracterizado, tanto por Cortés Conde como por Pianetto, como de demanda excedente de mano de obra agrícola. Pianetto señala muy bien los elementos que permiten certificar su afirmación: duplicación del área sembrada de trigo y triplicación de la del maíz (entre 1899 y 1910). Aunque Cortés Conde ha matizado esta afirmación al hablar de dos momentos del mercado de trabajo, que va pasando a tener oferta excedente de brazos. Se puede aceptar que hasta vísperas de la 1ra. Guerra Mundial la dinámica global de la economía argentina tendía a favorecer el pleno empleo. Si examinamos los mismos índices anteriormente utilizados (Cuadro 4), podemos seguir la evolución global del volumen del empleo en general y del agrícola en particular.

Como puede verse, pese a que 1905 parece representar un año no tan bueno como 1906, si se tiene en cuenta la caída de la demanda de OP y de la construcción ferroviaria y el bajo rendimiento del maíz, todos los índices suben luego francamente hasta 1911-12. Hasta esta fecha, la situación del mercado parece haber sido de pleno empleo, con incorporación masiva de inmigrantes. Para Bunge, sin embargo, ya hacia 1910 el país no puede soportar su propio crecimiento vegetativo. El mismo Bunge, en su afán de remarcar el carácter no anecdótico de la desocupación, la retrae hasta 1911, siguiendo el valor anual de los nuevos edificios en Buenos Aires (que cae de 258 en 1910 a 22 en 1916 en números índice) agregando que hasta la fecha en la que escribe (1919) no se nota reacción. Pero hay mejores índices para seguir la evolución del empleo. El área sembrada de trigo, ubicada en los 5.800.000 de promedio entre 1906-10, sube a 6.500.000, lo que equivale a un 12% más, aunque en rendimiento (si se exceptúa la mala cosecha de 1913-14) el aumento es mucho menor. El maíz añade 1.000.000 de has. con rendimientos notablemente superiores (si se exceptúa la cosecha de 1910). Si se suma que las vías férreas se expanden en 6.000 km. y muestran cierto estancamiento, está claro que 1910-13 son años de pleno empleo aunque con tendencias declinantes, especialmente si se los compara con los muy elevados saldos migratorios. Estos años, sin ser de desocupación, son de acumulación de tendencias que explotarán a partir de 1914.<sup>153</sup>

#### **c. 1914-1920**

Veamos primero la evolución de los índices en el Cuadro 5. Ningún índice se recupera antes de 1918, porque incluso la cosecha de trigo se da a caballo de 1917-18 por lo que sus efectos se sienten fundamentalmente en este último año. Sin embargo, la buena cosecha de maíz debe haber

marcado en 1917 la tónica cambiante. En el resto de los indicadores la caída llega hasta 1918 (salvo comercio) y hasta 1919 (gobierno). Si miramos los índices de ocupación recién en 1918 comienzan a repuntar y sólo en 1919 alcanzan cifras de 1914. Pero esto es engañoso, porque el año base, 1914, no es precisamente de plena ocupación. En porcentajes, la desocupación, tal como lo muestra el Cuadro 6, se mantiene muy elevada.

Muy a pesar de la recuperación de 1917, hasta 1920 tenemos un porcentaje importante de desempleo. Tal situación puede advertirse en los saldos migratorios negativos hasta 1919, que deben haber ayudado a “desagotar” el mercado, pero no hay que exagerar: todo el saldo negativo del periodo suma 214.175 personas, lo que equivale solo a poco más del 140% del saldo migratorio de 1913, o casi igual al de 1912. Lo que significa que la solución a la desocupación en un mercado saturado desde 1910, no es la emigración sino la recuperación productiva a partir de 1917 (que pasa a niveles más altos que los anteriores). Hasta que esta recuperación productiva no se lleve completamente a cabo la desocupación persistirá. Año por año, el desempleo iniciado en 1914 alcanza su punto más alto en 1916-17 coincidiendo la caída de la ocupación industrial, ferrocarriles, edificación pública y privada (que ahora seguimos bajo la forma de Inversión Bruta Fija) y con las desastrosas cosechas de trigo y maíz de 1916-17. En ferrocarriles, había en explotación, en 1910, 27.993 km. de vías y 33.884 en 1920, lo que daría 6.000 km. en la década. Sin embargo, hay 33.700 en 1915, con lo cual en los 5 años siguientes sólo se agregaron 180 km. En conclusión, el empleo en el tendido de vías, es nulo.<sup>154</sup> Si medidas en superficie sembrada las cosechas no se presentan distintas de otros años, medidas en producción, la situación es desastrosa: la cosecha de trigo es el 60% de los dos años inmediatos, mientras que la de maíz, el 35% de la inmediata anterior y está a años luz de la excepcional cosecha de 1914. Las buenas cosechas de 1917-18 comienzan la recuperación que se posterga hasta 1918-19 en otros rubros. La situación se manifiesta notablemente como crisis social aguda.

En la cosecha 1917-18 se crea un nuevo clima. Di Tella y Zymelmann señalan el cambio, no sin remarcar que “la crisis de 1917 fue excepcionalmente aguda, de intensidad comparable a la gran crisis de 1929, aunque de un carácter totalmente distinto.”<sup>155</sup> Las perspectivas de una buena cosecha en 1917-18 ya hacen pensar en la escasez de mano de obra. Repetto señala en ese año que,

“La preocupación principal para el chacarero consiste en asegurarse el personal necesario para la siega. Esta cuestión asume este año una importancia extraordinaria debida a la mayor extensión de la superficie sembrada y a la ausencia de la inmigración golondrina. (...) Ya circulan por las chacras numerosos trabajadores que desean informarse de las condiciones en que se contratará la corta. Las fondas de los pueblos empiezan a llenarse de “linyeras”. ”<sup>156</sup>

Así, en *La Prensa*, los informes de Córdoba señalan que las perspectivas exigen tomar

medidas que aseguren la recolección:

“Aconseja (el enviado especial de la dirección de agricultura de la provincia de Córdoba) adoptar medidas para facilitar la movilización del elemento trabajador de los departamentos del Norte hacia los del sur, recurriendo a la ayuda directa en dinero a los obreros, y a organizar el traslado para evitar que se aglomeren inútilmente en determinadas zonas, dejando sin brazos a otras.”<sup>157</sup>

Sin embargo, abundan las noticias sobre la suficiente cantidad de mano de obra disponible en varias regiones de la pampa:

“Córdoba, nov. 14. -Las noticias que llegan sobre el rendimiento de las cosechas son muy halagüeñas como así también sobre la abundancia de brazos, que se cree sobrarán. En determinadas zonas, los salarios que habían llegado hasta dos pesos por cuadra han bajado hasta 80 centavos, por igual extensión en vista de la abundancia de brazos. Desde algunos puntos informan que la aglomeración de braceros ha provocado emigraciones en masa hacia otros lugares. Por esta ciudad continúan desfilando numerosos braceros, muchos de los cuales efectúan el viaje a pie y los trenes que pasan con gran cantidad de peonadas. A pedido de las autoridades locales se han enviado refuerzos a distintos puntos de las zonas agrícolas para garantizar el orden, amenazado por la concentración de braceros.”<sup>158</sup>

La escasez de brazos no era tal. Y no podía serlo en función de la enorme desocupación urbana, lugar de residencia de la mayor parte de la mano de obra. Situación similar es confirmada por el informe del DNT reseñado por *La Vanguardia*. Nuevamente la prensa obrera se dedica, con acierto, a desmentir las noticias sobre escasez de brazos:

“El estado conchavador. El Departamento Nacional del Trabajo dice que ha recibido gran cantidad de pedidos de braceros desde La Pampa y Entre Ríos, de modo que los trabajadores puedan estar de parabienes con tales perspectivas de labor y quedar agradecidos a los buenos oficios del estado. Sin embargo, sería conveniente se precavieran contra tales pedidos pues, como otras veces, los obreros irán al campo y tendrán que aceptar las más onerosas condiciones de trabajo o vagabundear miserablemente por pampas y poblados.”<sup>159</sup>

Y decimos que con acierto, porque en el informe del DNT ya citado se reconoce que en La Pampa se han “originado [aglomeraciones] por obreros que sin ninguna orientación precisa se han lanzado a la campaña...”. Otras noticias similares se encuentran en todos los diarios de la época.<sup>160</sup> No obstante, la cosecha 1918-19 es tal vez la última que se benefició de abundancia de mano de obra. La

eterna cantinela patronal de la escasez comienza a tener más fundamento y las exigencias de medidas gubernamentales para garantizar la recolección de la cosecha y mejorar la distribución de braceros se hacen sentir.<sup>161</sup>

## 9. Los salarios

Buena parte del debate sobre el “progreso” argentino se ha centrado en el problema de los salarios. En particular, los salarios de cosecha han sido considerados un acicate importante a la inmigración, un imán para la población urbana y una de las promesas cumplidas del “fare l’America”. De modo que vamos a estudiarlos con detalle. Una breve aclaración debe hacerse antes de comenzar: no nos interesa la confección de una estadística perfecta sino examinar los salarios rurales como *problema*, es decir, tratar de mostrar qué realidad se esconde detrás de los números. La utilidad de una lista tal es siempre relativa y constituye un fetichismo académico centrar toda la atención en la fría e inexpresiva sucesión de cifras cuyo trasfondo social se desconoce. Según la enorme mayoría, el salario rural era elevado. Es necesario, sin embargo, analizar con detalle esta afirmación: 1) ¿En comparación con que otros salarios es elevado?; 2) ¿Para quién era elevado el salario de cosecha?

### Las fuentes y las cifras

El problema de los salarios esconde el problema de la explotación. Desde Marx para acá es cosa sabida: en su crítica a Ricardo, Marx demuestra que el salario no es la retribución al “trabajo”, sino a la fuerza de trabajo. De modo que el intercambio capitalista por excelencia, el que se da entre capital y trabajo, es desigual, en tanto alguien entrega algo a cambio de nada. Esta distinción entre trabajo y fuerza de trabajo no sólo tenía una importancia crucial a la hora de explicar el origen de la ganancia y, por lo tanto, rescatar la coherencia interna de la teoría del valor-trabajo, sino también repercusiones políticas revolucionarias. En tanto intercambio de nada a cambio de todo, el intercambio capitalista es explotación y, por ende, no tiene arreglo dentro del sistema. Lo que es lo mismo que decir que ningún salario es “justo”, ni “bueno” ni “alto”. Todo sistema basado en el trabajo asalariado arrastra consigo la explotación, desde los “talleres del sudor” asiáticos, hasta la Suecia socialdemócrata de los ’60. Este planteo es, precisamente, el que resulta por completo soslayado cuando se examina el “progresismo” del “régimen oligárquico” o, como lo prefiere Cortés Conde, el “progreso argentino”. Buena parte de esa mirada complaciente y apologética es de nueva data.

En efecto, hasta los trabajos de Díaz Alejandro y Cortés Conde, la mirada sobre el período liberal de la historia argentina era particularmente negra. El clásico de José Panettieri sobre los trabajadores de comienzos del siglo XX construyó la “leyenda negra”: una clase obrera súper

explotada, viviendo en pésimas condiciones y con salarios miserables, se rebelaba bajo las formas del anarquismo y el socialismo. Correspondió a los adalides de la historiografía liberal, en particular a Roberto Cortés Conde, el refutar esas conclusiones y construir la "leyenda blanca". Si con la primera resultaba difícil explicar el flujo migratorio permanente, con la segunda resulta tan o más difícil entender la aparición del movimiento obrero y sus tendencias insurreccionales, como la Semana Roja de 1909 o la Semana Trágica. Paradójicamente, quienes debieran terciar en este asunto entre peronistas y liberales, los historiadores socialdemócratas, terminaron coincidiendo con los últimos. Tanto Luis Alberto Romero como Hilda Sabato colaboraron a la relectura de la Argentina liberal como paraíso de los trabajadores. Si hay un ámbito de la vida social de aquel momento en el cual ese mito se afianzó como en ninguno, ese es el del trabajo rural. Valga entonces esta reflexión para iniciar este acápite dedicado a examinar el salario de los obreros rurales.

El primer punto que se debe recordar, entonces, cuando se habla de salarios, es que se trata de una forma, entre tantas, de ingresar al problema de la explotación del trabajo. Esto es lo que ayuda a relativizar la importancia de comparaciones y cifras. El segundo punto importante, es el problema de las fuentes. Como del primero nos vamos a ocupar en breve, examinemos primero este último.

Las fuentes para el estudio de los salarios rurales son de dos tipos: las particulares y las generales. Las primeras son las que ofrecen datos sueltos, para un lugar o para un momento determinado. Las segundas ofrecen datos continuos, ya sea en el tiempo o en el espacio. Las primeras provienen normalmente de periódicos o testigos de los hechos (como Bialek Massé o Zevallos). Las segundas pueden obtenerse de fuentes privadas (como las cuentas de una empresa) pero en general no tienen mayor representatividad en términos absolutos (aunque sí reflejen con más fiabilidad una tendencia de largo plazo). Las mejores son siempre las fuentes generales de carácter público: los informes parlamentarios, los resúmenes estadísticos de secretarías y ministerios, etc. Aquí tenemos la suerte de contar con este tipo de fuentes, que brindan extensión temporal y espacial. Lamentablemente, las series no son continuas y no abarcan todo el período estudiado: comienzan hacia 1899 y se interrumpen entre 1916 y 1924, para volver a aparecer luego intermitentemente hasta 1940. Eso nos ha obligado a recurrir a fuentes particulares, en especial, a los periódicos. Hemos tenido el cuidado de reunir la mayor cantidad de datos particulares antes de incorporar a la serie una cifra determinada, pero ello no reduce la "volatilidad" del origen. De todos modos y, como se verá a continuación, el monto concreto del salario no tiene mucha importancia.

### **La evolución del salario rural**

Debemos ahora, examinar la evolución del salario rural a lo largo de todo el período. Para ello hemos confeccionado la lista que se observa en el Cuadro 7, que corresponde a los salarios pagados en

la cosecha del trigo, la única para la que poseemos datos suficientes y la que más nos interesa por el protagonismo de los obreros de este cereal. La construcción de una lista de salarios reales ofrece graves inconvenientes: la confrontación de los salarios nominales con el costo de vida para toda la región pampeana exigiría años de trabajo; el costo de vida varía de región en región (habría que confeccionar uno para Bahía Blanca, otro para Córdoba, otro para Rosario y Buenos Aires, y aun así estaríamos todavía en ámbito urbano); no hay fuentes para saber qué pasa en la campaña misma; el salario puede ir acompañado de la alimentación, lo que complica aun más los cálculos; las variaciones en la duración de la jornada implican movimientos paralelos en el jornal; el pago en vales; la venta de alimentos y demás enseres sobrevaluados; el salario a destajo, etc. ¿Como debe medirse el costo de vida de un obrero estacional? ¿Como evaluar el costo de vida de un obrero que duerme a la intemperie, se alimenta mal y escaso y prácticamente no tiene otro gasto durante esos meses? Tratar de establecer precisiones en este punto carece de sentido porque hay que tener en cuenta qué tipo de tarea es la cosecha: se trata de un empleo de ocasión, más propio de quien busca acumular una cierta cantidad de dinero que de quien trabaja en un empleo estable. El costo de vida de un peón rural, ya casi imposible de calcular, tiene poco o ningún valor. En conclusión, lo único que nos parece razonable como aproximación es confrontar la serie de salarios nominales expresados en números índice con los índices de costo de vida elaborados por Cortés Conde y el DNT.

Explicemos cómo se construyó la serie: en primer lugar, se trató de reunir datos de todas las provincias, lo que sólo fue posible hasta 1913. En segundo, el salario resultante es el promedio de los salarios percibidos por cuatro categorías distintas, dos de la etapa de la siega, uno de la trilla y uno del emparvado. Las de siega corresponden una a obrero calificado y otra a no calificado, la de trilla es de no calificado y la de emparve es de obrero calificado: conductores de máquinas segadoras, peones de cosecha en general, capataz de parva y peones de trilla en general. Esta elección se hizo para evitar tomar cualquier salario al azar, sin tener en cuenta la categoría, y también para simplificar el cálculo. Se han seleccionado categorías que promediadas dan un resultado representativo de todo el conjunto laboral de cosecha. De todos modos, hay que señalar algunas arbitrariedades: se acepta que el resultado expresa un salario más elevado que el promedio real puesto que se toman los coeficientes de las cuatro categorías, se suman y se divide por cuatro, procedimiento que oculta el hecho que las categorías de conductor y parvero (las más calificadas) son una minoría en el total del personal empleado (hay varios peones "en general" por cada maquinista o parvero). Cálculo más exacto sería ponderar el porcentaje de la masa salarial total y la participación de cada categoría en ella, deduciendo de allí el peso en el promedio de cada una. Sin embargo, tal cálculo se ve dificultado por la enorme variedad de la maquinaria usada y por ende la variabilidad notable en el número de brazos empleados por categoría laboral, y porque el número de personas depende muchas veces de la situación económica (en épocas de crisis se suele reducir el personal aumentando la intensidad de la labor). Por

otra parte, nos interesa aquí la tendencia de los salarios y no su valor absoluto. Debe recordarse además, que cada cifra oculta las tendencias regionales. Por otro lado, los salarios se calculan a diciembre de cada año: si aparecen antes o después de este mes, se aproximan, considerándose como de este mes todos los datos aparecidos de julio a junio (ejemplo: todos los salarios aparecidos entre julio de 1900 y junio de 1901 se consideran correspondientes a diciembre de 1900, es decir, la cosecha 1900-1901). Éste es un recaudo que hay que tomar porque la cosecha se da a caballo entre dos años. Por último, donde no encontramos las categorías laborales señaladas, hemos buscado reemplazarlas por otras similares. Sobre algunos años: 1904 según los datos de Alsina, da un promedio demasiado bajo, probablemente por la disparidad de oficios que contiene. Hemos preferido colocar entre paréntesis la cifra que consideramos más correcta, extraída de *La Protesta*.<sup>162</sup>

Lo que puede deducirse de la evolución de los salarios nominales es muy simple: la marcha de los mismos refleja las tensiones que hemos ido marcando en otros capítulos y señalan claramente los periodos de conflictividad agraria. La serie comienza en 1898, cayendo en 1899. Vuelven a subir en 1900 para caer en los dos años siguientes, desocupación mediante, pudiéndose apreciar un ciclo descendente entre 1898 y 1902 con una leve recuperación en 1900 y breves caídas en 1904 y 1906 (año este último en el que coinciden una notable expansión del área sembrada con una muy baja producción medida en toneladas) hasta 1908 el ciclo es ascendente. Desde aquí comienza un nuevo ciclo descendente que llega hasta 1916, sólo interrumpido en 1911 por el momentáneo cese de la inmigración italiana y, en 1913, por la excepcional cosecha de ese año. Se adivinan dos partes: en este momento, la de 1909-13, con salarios en declive lento pero altos en relación a años anteriores, y de 1914 a 16, de caída brusca, aunque sólo poseemos datos para este último. Este año, en que buena parte de la cosecha se pierde y constituye el punto más bajo de depresión durante la guerra, es el más bajo de toda la serie en términos nominales. A partir de la gran cosecha del año siguiente los salarios se recuperan hasta un máximo nunca alcanzado, en términos nominales, en 1921. Hasta aquí, los salarios nominales siguen la expansión del área sembrada, creciendo hasta 1908-9 en que la inmigración comienza a colmar el mercado laboral. Los saldos hasta 1914 frenan el alza, síntoma de un estancamiento progresivo en la ocupación de tierras, fenómeno agravado por la desocupación de la guerra. Vuelven a subir al calor de las acciones reivindicativas a partir de 1917, hecho favorecido por la recomposición del mercado de trabajo hasta 1921.

Si comparamos la evolución del costo de vida con los salarios expresados en números índice (Cuadro 8), vemos que los momentos de grandes conflictos coinciden con aquellos en que la desocupación es mayor y los salarios caen. Entre 1899 y 1903, el costo de vida le "gana" a los salarios, para pasar a partir de allí a una recuperación fuerte que se interrumpe con la guerra. A partir de 1917 hay una nueva escalada salarial, producto obviamente del proceso de lucha.

Comparados los salarios con los saldos migratorios, vemos que éstos caen hasta 1902 y

comienzan una subida sustantiva hasta 1910. La caída de los saldos hasta 1902 y la lenta recuperación en 1903 sin duda tiene paralelo con los salarios: la crisis económica expulsa población migrante que retorna cuando se retoma la expansión. A partir de aquí, la enorme llegada de brazos corre paralela al aumento salarial: entonces, ¿por que no cayeron los salarios? Precisamente por la paralela ascensión del área sembrada, suficientemente poderosa para incorporar una gran masa de población. Es decir, a pesar de la enorme absorción de mano de obra, su demanda se mantuvo por encima (incluso teniendo en cuenta la expansión del parque de maquinaria), reflejándose en el ascenso de los salarios nominales. Esto no eliminó problemas que llevarán los salarios hacia abajo: el pico más alto de la década (excluyendo 1910), 1906, chocó con uno de los menores rendimientos de la década en cuanto a volúmenes de producción. De ahí que en 1906 los salarios fueran menores a los dos años anteriores. De 1907 en adelante, saldos altos coinciden con cosechas importantes: la mayor cosecha de la década, 1908 coincide con un saldo muy importante, pero menor que el de 1906 lo que se refleja en los salarios más altos. El millón de toneladas menos de 1909 y 1910 frente a saldos muy importantes (1910 es el más alto de la historia) sin duda empujan a la baja con dos excepciones: 1911, por un saldo migratorio muy bajo, producto del entredicho con Italia<sup>163</sup>, y 1913 por la importancia de la cosecha. La de 1912 no fue una cosecha excepcional pero sí lo fue el saldo, el segundo de la historia, consecuentemente el salario cae. No obstante, las oscilaciones anuales no pueden ocultar el movimiento tendencial a la baja a partir de 1909, seguramente reflejando las condiciones generales del mercado de trabajo, pasando globalmente de oferta excedente de trabajo a demanda excedente, hecho bien marcado por Cortes Conde pero que ya era perfectamente visible para observadores contemporáneos, como Alejandro Bunge.<sup>164</sup>

Durante la guerra, los saldos son negativos, reflejando el empeoramiento de las condiciones económicas y la superpoblación del mercado laboral. La emigración permite a éste “desagotarse” haciendo posible una recuperación importante desde 1917-18 hasta 1921. Si vemos los índices de ocupación publicados por el DNT, 1921 es el punto más alto de la inmediata posguerra. Los saldos se vuelven positivos desde 1920 y se recuperan lentamente frente al aumento de la ocupación urbana y la cosecha (cuyo piso es más alto que los de la primera década). Como vemos, la elasticidad de los salarios era muy elevada.

Hasta aquí hemos analizado la situación en la cosecha del trigo. No poseemos datos suficientes como para construir una serie tan larga como esta para el maíz, carreros y estibadores. De estos sólo poseemos información en los años críticos, fundamentalmente para estibadores. Sin embargo, se puede afirmar que la evolución es la misma que en los salarios del trigo en el caso de estibadores y carreros.

**¿En relación a cuáles salarios era elevado el salario rural?**

Al discutir este problema, debemos tomar algunos parámetros desde donde medir el fenómeno. Vamos a confrontar al salario rural pampeano con salarios internacionales, con salarios del interior del país, de otras ramas de la producción y dentro de la misma rama.

1) **En términos internacionales:** Si hacemos caso a *La Prensa*, en relación con los salarios agrícolas de los EE.UU., los salarios argentinos eran inferiores en la siembra pero no en la cosecha, según puede verse en el Cuadro 9. Es difícil apreciar el valor de esta comparación, más cuando está sostenida por una muestra de sólo dos años. Sin embargo, dada la alta integración de la economía argentina, y de su agro en particular, al mercado mundial, la intensa movilización internacional del trabajo y la similitud de condiciones generales en países como Canadá, Australia, EEUU y Argentina, no sería de extrañar que una evidencia tan escueta pueda ser indicio de una coincidencia real.

2) **En relación a los salarios urbanos:** Al confrontar los salarios rurales con los urbanos del mismo período, notamos las primeras sorpresas (Cuadro 10). Por ejemplo, los salarios de la cosecha del maíz en el mismo año (3,12\$ por día), está entre los buenos salarios de la ciudad pero nada excepcional: un yesero o albañil frentista no tenía ningún incentivo para partir al campo en invierno, si no estaban desocupados. Tomando la remuneración en la cosecha del trigo, 3,06 en promedio, el incentivo desaparece también para albañiles y carpinteros. En general, es probable que ninguno de estos trabajadores tuviera ningún interés en ir a la campaña, si se recuerdan las condiciones de trabajo en la trilla o en la juntada. Ahora bien, estos son obreros calificados. Si efectuamos la comparación con peones, la situación es distinta, como se observa en el Cuadro 11.

En efecto, con relación a los salarios de obreros poco calificados, los de cosecha son superiores al menos en un 30% promedio. Para un peón de empleo inestable, el marchar a la campaña todos los años implicaba la posibilidad de alcanzar una mayor remuneración, aun a costa de un esfuerzo muy superior. Sin embargo, es necesario matizar esta afirmación, porque 3\$ en la cosecha del trigo equivale al promedio de empleos mejor pagos (parvero, por ejemplo) y menos (horquilleros), de donde se deduce que la probable ganancia era mucho menor. No obstante, lo dicho puede mantenerse. Para evitar las comparaciones muy atadas a la coyuntura, podemos realizar las mismas para otras fechas. Como muestra el Cuadro 12, en 1913, los salarios de la cosecha de trigo eran inferiores en el caso de peones en general (3,50\$ por día) y peones para recoger maíz (2\$ por día) pero eran similares en el caso de los obreros más calificados del trabajo rural, conductores de maquinas segadoras (5\$ por día) y parveros (6\$ por día).<sup>165</sup> Para efectuar comparaciones de mayor alcance, veamos los salarios de obreros de la fábrica Bagley en \$ m/n que ofrece Cortés Conde, a los que dividimos por 25 para transformarlos en \$ por día (Cuadro 13).

Nuevamente, podemos hacer algunas observaciones: 1) mientras el salario Bagley se mantiene estancado, el rural aumenta en forma sostenida. En efecto, la relación salario rural/salario Bagley pasa de 1,53 en 1900 a 2,30 en 1908, lo que evidentemente está reflejando una mayor dinámica del mercado rural que del urbano. Implica además la existencia de una disyunción entre ambos mercados: mientras la evolución global de las necesidades de mano de obra aumentaba siguiendo el ritmo de la principal demandante, la cosecha de cereales pampeanos, aparentemente la demanda urbana se retrasaba, acumulando mano de obra. Se puede explicar el por qué de una tendencia al desempleo urbano a partir de fines de la primera década del siglo mientras el área sembrada aumenta velozmente. En los periodos sin cosecha, quedarían liberados muchos brazos a los que no se les encuentra ocupación en el sector urbano. Esto podría explicar también por qué hay fuertes huelgas en las ciudades hacia el Centenario mientras en el campo no. Es por esta razón que el salario de cosecha aumentaría su poder de atracción sobre el obrero de fábrica. A partir de 1908, la relación comienza a descender, hasta llegar a 1,52 en 1912, producto tanto de una elevación de los salarios urbanos como de un descenso de los rurales.

Sin embargo, tenemos que hacer la misma salvedad que antes. En 1908 un salario de 5,18 en la cosecha del trigo es el promedio de los salarios más altos y los más bajos. El salario más bajo de cosecha de trigo en 1908 era de 4,07 para peones de trilla en general, lo que significa que para un peón no calificado la diferencia salario rural/Bagley era de 1,80. Es decir, aun en el momento de mayor atracción del salario rural, su poder de convocatoria para un obrero no calificado no alcanzaba a ser el doble del salario urbano. Esto confirma lo que venimos señalando.

Es necesario tener en cuenta que los obreros de Bagley no trabajaban la misma cantidad de horas que los obreros rurales. Si la jornada "Bagley" fluctuó como el resto de los oficios (según Cortés Conde la jornada general baja de 10,20 a 8,30 horas diarias), entonces, el mayor salario rural se obtenía sobre la base de mayor explotación. Si recordamos que una jornada de labor de 16 horas no es impensable, se verá que un salario de cosecha era muy poco superior a un salario Bagley, en términos reales, en su mejor momento (1908) y que, en algunos años de largas jornadas, en realidad, era inferior. El mismo autor nos permite establecer otra comparación, esta vez con los albañiles (Cuadro 14).

Aquí la diferencia salario rural-albañil, es menor que en el caso anterior, sin embargo, no sabemos si "albañil" designa a un obrero calificado o no. De todas maneras, esto refuerza lo que señalamos antes: un creciente distanciamiento del salario rural con respecto a los demás hasta 1908 y una caída a partir de allí. Debe, no obstante, recordarse que el gremio enfrentaba una fuerte desocupación, producto de la baja de la inversión en construcciones desde 1909-10, por lo que, tal vez, los salarios de los albañiles no sean muy representativos.

No tenemos datos abundantes sobre salarios de la "aristocracia" obrera, pero si comparamos el

salario de los “fraternales” con los de la cosecha; vemos lo siguiente: en 1918 un maquinista de primera llegaba a ganar 10,8\$ por día, mientras que un obrero de cosecha (en promedio) alcanzaba 8. Había salarios menores en la “aristocracia” pero también entre los rurales. Si tomamos el sueldo de un foguista de trilladora en 1918 (unos 150\$ por mes) vemos que sólo era superior al de foguista de 4ta clase (entre 90 y 120 por mes) y que el jornal promedio del resto de los obreros rurales (cerca de 110\$) está más cerca de los pasaleñas y limpiamáquinas (80 a 100\$ por mes).<sup>166</sup> Todo esto sin contar la inestabilidad laboral, las peores condiciones de trabajo y las más largas jornadas. El grueso de los obreros ferroviarios estaba muy lejos de sentirse atraído por el campo. Esto significa que el salario de cosecha, en comparación con algunos salarios urbanos, era alto (siempre que se obviara la superior duración de la jornada) pero no alcanzó jamás, ni en sus mejores épocas, a los salarios más altos de los obreros calificados.

3) **Dentro de la misma rama:** Otro tipo de comparaciones podemos hacerlas entre los peones mensuales o de siembra, con los de cosecha. Tomando 1901-1902 como ejemplo, tenemos que, en Buenos Aires, el peón de siembra cobra 1,22\$ y el de cosecha, 3,22 y 3,27 en la trilla, es decir, entre el doble y el triple.<sup>167</sup> La misma diferencia puede apreciarse a lo largo del periodo estudiado sin muchas variaciones.

Podemos señalar algunas conclusiones: 1) el salario de cosecha no era nada excepcional, aunque sí alto en relación a las categorías laborales peor pagas: estamos muy lejos de algunas apreciaciones que afirman que el salario rural era excepcionalmente alto, varias veces superior al mercado urbano; 2) no era el salario más alto: por el contrario, los salarios de oficios calificados lo eran bastante más; 3) el salario de cosecha era elevado para los obreros menos calificados (del puerto, peones de barracas, obreros de fábrica), para los obreros industriales, para los rurales que realizaban tareas de siembra, para los de provincias extra-pampeanas. A los obreros calificados de oficios (muebles, oficiales, albañiles, etc.) mientras existiera ocupación, nada empujaba hacia la campaña tras la cosecha.

Así piensa Juan Álvarez cuando comenta el Tercer Censo Nacional:

“... si no todos los obreros de la ciudad son aptos para las faenas de las cosechas, es indudable que una masa de población bracera, que trabaja en las empresas comerciales, en OP, en el puerto y en la edificación, ha de preferir los jornales atractivos de las colonias a sus ordinarias ganancias en la ciudad.”<sup>168</sup>

Como conclusión general, el salario de cosecha era atractivo sólo para el segmento más pobre

de la clase obrera y no constituía competencia para el resto, aunque esto debe matizarse en lo que corresponde a los obreros de cosecha especializados (maquinistas). Debe desmentirse la idea de que el salario de cosecha era “5 y aún 10 veces superiores a la norma que regía el resto del año”, como afirma Scobie.<sup>169</sup> Este dato es tomado por Scobie de los Sesional Papers de la Cámara de los Comunes de Gran Bretaña y es de 1895. Tal vez sea correcto para una fecha en que la agricultura estaba en muy temprana expansión (sin embargo, es más que dudoso) pero debe descartarse completamente para 1900 en adelante.

Más allá de las exageraciones intencionadas, el salario de cosecha era importante para el obrero rural no tanto por su valor unitario (en realidad, el salario horario del obrero rural estaba entre los más bajos de todos), sino por el monto global que podía obtenerse luego de varios meses con jornadas insoportablemente largas, en las que nada se gastaba y todo se ahorra. Esa era la realidad del salario rural: superexplotación + subconsumo= pequeño ahorro.

### **Las formas del salario rural**

Para completar la imagen real del salario rural más allá de su expresión numérica, debemos hablar ahora de las formas que asume. La forma más común era el salario calculado por día de trabajo, pagado al final de la “campana”, en función de la cantidad de días trabajados. Se puede decir que: a) permite al patrón no abonar los días perdidos por mal tiempo; b) mediante la institución de fracciones de días (medios días, cuartos de días) permite abonar el día hasta el momento que se para el trabajo por cualquier causa (si se para a poco de empezar sólo se paga 1/4 del sueldo diario; si a la mitad, la mitad; si antes del final, 3/4); c) se puede disminuir el salario mediante la elongación de la jornada.

Los salarios mensuales eran menos comunes, porque correspondían a un tipo de tarea especial, con una relación laboral más estable. Se evidencia lo importante de la concesión: si se pierden días de trabajo por cualquier causa, el obrero mensual cobrará igual suma que si no se hubieran perdido; el alargamiento de la jornada también lo afecta pero no el fraccionamiento del día. El salario mensual sólo era percibido por las categorías más altas, como maquinista y foguista; por quienes aportaban algún elemento importante para las tareas, como los animales de arrastre (trollero) o los que realizaban un trabajo que no se suspendía en ningún caso (el cocinero).

El trabajo a destajo era común en algunas labores, en especial las que permitían la medición del trabajo realizado. Podía ser por bolsa (de maíz juntado, de trigo trillado, de cualquier cosa estibada); por quintal o tonelada (de trigo o maíz trillado o desgranado); por cuadra (de trigo segado o lino); por movimiento (por cada actividad que realiza el obrero, como trasladar una bolsa, pesarla, etc.). Este tipo de salario era muy ventajoso para el patrón, mucho más que el diario, ya que se evitaba el control del ritmo de trabajo y sólo pagaba en función de los resultados. Obraba como un estímulo a

la auto-explotación y por esto era la forma más resistida por los sindicatos, pero la más tentadora para los obreros más necesitados:

“El trabajo ‘por tanto’: con este motivo, cambié ideas sobre el particular con muchos camaradas y me ha sorprendido sobremanera que se manifestaron contrarios a la supresión del trabajo “por tanto”, al punto de expresar que no se hacían solidarios con ningún pliego que estipulase una cláusula de esa índole. No comprendo en qué se fundan para oponerse al trabajo por día. Yo creo que padecen un error. Por lo mismo, espero que no tardarán en convencerse de la conveniencia de percibir salarios fijos por día, pues el trabajo a destajo es por demás motivo y alienta la insolidaridad de los obreros en cambio de unirlos siempre más para ser fuertes frente al enemigo común. Entiendo, además, que debemos tender a reducir la jornada de trabajo -a seis horas si fuera posible- sin perjuicio de elevar el salario. Con el trabajo a destajo, realizamos un esfuerzo demasiado intenso, y aunque ganemos diez pesos, de seguro que ellos no compensan ni con mucho las energías empleadas. Es preferible, a mi juicio, trabajar seis horas y ganar, termino medio, cinco pesos.”<sup>170</sup>

Además, dado el analfabetismo de la mayoría de los obreros, era muy fácil para patrones y capataces estafarlos con las cantidades de trabajo realizado. Por último, el salario a destajo tendía a acortar la duración de la cosecha pero, en este caso, no significaba menos retribución para el obrero aunque la jornada diaria se alargase. Sin embargo, tareas accesorias, que a veces demandaban tiempo considerable, como no producían nada (como trasladar la máquina de lugar, por ejemplo) no se tenían como “trabajo” y, por lo tanto, no se pagaban, una forma de reducir los tiempos muertos del proceso de trabajo no contabilizándolos como parte de la jornada. Para el patrón era toda la ventaja mientras que para el obrero, lo que se conseguía era siempre a costa de una mayor auto-explotación. Los chacareros solían defender estas dos formas de pago con el siguiente argumento:

“Jornales muy elevados pagará sin duda, el campo este año. Buenas perspectivas para los numerosos desocupados de las ciudades. Pero para alcanzar estos salarios será menester dejar a un lado ciertas objeciones contra el trabajo a destajo y las jornadas largas de trabajo. Por su índole peculiar y plazo perentorio en que debe ser realizado, el trabajo de la siega no puede ajustarse a las condiciones que rigen de un modo corriente para la mayor parte del trabajo industrial.”<sup>171</sup>

Argumento que, dicho sea de paso, no era necesariamente cierto: ya en 1904 Biale Massé defendía las 8 horas de buena labor frente a las de 16 que, además de agotadoras se alargaban innecesariamente a consecuencia del trabajo deficiente y el escaso conocimiento técnico de los maquinistas.<sup>172</sup> Es sorprendente oír en un funcionario del “régimen oligárquico” la posición pro-obrera

que debería sostener Repetto, responsable de la cita anterior, donde un socialista asume los intereses de los patrones como propios (aunque en realidad, él era “patrón” en su estancia La Vera...). El argumento de que durante la cosecha la jornada debe ser necesariamente extensa era tradición en el Partido Socialista (no hay más que recordar el Programa Socialista para el campo, ideado por Juan B. Justo) y, por supuesto, una rotunda mentira, moneda común en los argumentos patronales que los socialistas hacen suya.

Por último, hay tres cuestiones más en torno al salario rural: 1) a veces incluye la alimentación, lo que impide calcular el monto global del salario efectivamente cobrado; 2) en no pocas veces el pago se realizaba en vales que debían canjearse en el almacén del pueblo, lo que permite a los patrones, con la excusa de no movilizarse por el campo con fuertes cantidades de dinero, reducir el salario o bien, negarse a pagarlo:

“Coronel Suárez (...) En este partido, el trabajo del campo esta acaparado por la casa Sabatini y Mermain, señores de horca y cuchillo que, apoyados por comisarios, caudillejos y autoridades policiales, municipales y ... brutales, además de hacer todo lo antedicho con los obreros, les roban a mansalva gran cantidad del miserable salario que les prometen. Sin ir más lejos, el día 11 del corriente, fueron llevados a la comisaría 25 trabajadores por haberse presentado en casa de los ya citados Sabatini y Metuain, a cobrar sus vales. Al día siguiente y en presencia mía amenazaron a otros tres obreros con mandarles prender si exigían el pago de sus labores, diciéndoles que estaban expulsados por inútiles. ¿Puede darse mayor iniquidad?”<sup>173</sup>

La existencia de “proveeduría” servía para estafar a los peones vendiéndoles en la “casilla” del campamento lo que los obreros necesitaran, cobrándoseles “diez lo que vale uno (...) con lo que el patrón recupera buena parte de lo que pagó en salarios”.<sup>174</sup>

### **El cuadro regional de los salarios**

Debemos ahora examinar los salarios en su marco regional. ¿El salario era el mismo en toda la región pampeana o variaba de subregión en subregión?; ¿si variaba, cuáles eran las causales?; ¿revela, la variación, una brecha importante y, por lo tanto, permite inferir la inexistencia de un mercado de trabajo único?

Según Arcondo, “a medida que nos alejamos de las regiones migrantes, los sueldos son más elevados; situación que se explica por la mayor distancia e inconvenientes que surgen del mayor costo del transporte.” Sin embargo, los datos que aporta son discutibles. Si superficialmente las cifras

parecen darle la razón (Cuadro 15), es difícil extrapolar el panorama de estos tres años a un periodo mayor: 1) son años de crisis económica y de escasos saldos migratorios, lo que puede hacer que bajen los salarios en las dos provincias que dependen menos de mano de obra extranjera; 2) la agricultura recién está expandiéndose en Buenos Aires, lo que puede explicar que un exceso de demanda genere mayores salarios. Si tomamos una mejor perspectiva, desde 1898 a 1909, tenemos el panorama del Cuadro 16.

Teniendo en cuenta que estos salarios son los mismos que exhibe Arcondo, (sólo que él los toma de otra fuente transformados en números índice), los mismos indican que La Pampa, que debería ofrecer salarios más altos, en realidad tiene los más bajos y que Córdoba que debería tener los más bajos, por lo general es al revés: sus salarios son los más altos en 3 de los 7 años, en dos iguala el primer puesto con otras provincias y en dos queda relegada al segundo puesto. Nunca tiene salarios más bajos que Buenos Aires, quien debiera superarla. Esto obviamente desmiente a Arcondo, que sólo explica las diferencias regionales por la distancia a las zonas de emigración. La siguiente lista de salarios de 1908 divide a Buenos Aires en dos grupos (sur y norte) permitiendo eliminar la distorsión que significa mantener bajo la misma rúbrica dos realidades diferentes (Cuadro 17).

Podemos ver aquí que sí se cumple la relación que hemos establecido entre ambas puntas bonaerenses y entre el extremo norte de esta provincia y el resto, pero lo que no encaja es el mayor salario de Santa Fe y Córdoba en relación a Buenos Aires Sur y Pampa Central. Esto es válido para el trigo pero no para el maíz, aunque es lógico que así suceda, ya que la distribución regional de este cereal es distinta.

Volvemos a tener datos comparativos en 1924 (Cuadro 18). Como puede verse, los datos no encajan bien con lo que postula Arcondo: Buenos Aires sur no es la región con los salarios más altos. Bs. As. Norte sí se comporta como esperamos, con salarios bajos igual que Entre Ríos, mientras que La Pampa se acerca más. Sin embargo, Córdoba y Santa Fe siguen escapando al esquema. Resumiendo, no parece haber una correlación directa entre subregiones y salarios. A pesar de todo, se puede concluir lo siguiente: cuando los saldos migratorios internacionales se reducen, las regiones que más ven incrementar los salarios, son aquellas que están lejos de las zonas de migración interna. Podría estar significando que las migraciones internas no pueden reemplazar a las internacionales (es decir a la población urbana migrante) ni evitar una elevación de salarios. Encaja bien en nuestra afirmación de que estas movilizaciones obreras de origen urbano son fundamentales para la recolección de la cosecha y que las migraciones provinciales son un aporte más, que en años normales ni siquiera provocan un descenso de los salarios en las áreas a las que concurren.

Por otro lado, está claro que el salario variaba de subregión en subregión, a veces fuertemente, pero las causas de esta variación pueden deberse a muchos factores más que los señalados. Las coordenadas que, teóricamente, deberían indicar el lugar correspondiente a cada subregión en cuanto a

monto salarial. Estas coordenadas son: importancia de la producción cerealera en la subregión, densidad de población local, cercanía de grandes ciudades (Buenos Aires, Rosario), importancia de la pequeña propiedad, cercanía de regiones de migración interior, etc. Realizar un cuadro cuantificado de estas coordenadas se vuelve casi imposible porque se complica por la diferencia en el momento de incorporación de cada subregión a la producción de cereales, escalonada en el tiempo, por lo que una zona puede estar ofreciendo salarios más altos en algunos años porque su superficie sembrada esta en expansión mientras que otra zona los tiene más bajos porque ya ocupó la tierra laborable y no tiene una demanda de trabajo en aumento. La reacción de los salarios a la oferta y la demanda parece haber sido muy elástica, lo que de paso demuestra el carácter plenamente capitalista que tenía el trabajo de cosecha. Las variaciones no revelan brechas definitivas ni demasiado importantes, pudiendo darse el caso de años con salarios idénticos en toda la pampa y años con diferencias que van del 30 al 50% entre la subregión mejor paga a la peor, pero esto más bien reflejaba circunstancias excepcionales. En todo caso, queda claro que el mercado de trabajo era uno solo.

Además de las fluctuaciones regionales del salario existen también fluctuaciones locales y temporales. Lahitte confirma estas apreciaciones: los salarios describen una parábola a medida que se desarrolla la cosecha, nueva muestra de la elasticidad de los salarios frente a la demanda de trabajo. El mismo Biale Massé sostiene que al principio de la cosecha los contratistas pagan 2,50\$ a horquilleros y embocadores, pero al final pagan 6 y más.<sup>175</sup> Sin embargo, el salario podía, en ocasiones, comenzar muy alto para luego bajar, generalmente como consecuencia de estrategias patronales para aumentar la oferta local de mano de obra.

Por último, para terminar de responder, podemos decir que, habida cuenta que el monto salarial de cosecha equivalía al 40 o 60% del total de gastos de cosecha, el salario rural era pesado para el chacarero. Lo que no equivale a decir que era muy alto: el chacarero no pagaba mucho salario sino *muchos* salarios.

## 10. Condiciones de trabajo

Veamos ahora las condiciones reales en el que se hacían estas tareas. Comencemos con la búsqueda del trabajo. A principios de siglo se describía de esta manera el año del trabajador rural:

“La trilla y el transporte de cereales, favorecidos por el tiempo seco, sigue sin interrupción; el primero, como en mi anterior le decía, no terminará hasta de aquí a un mes o mes y medio, o sea, hasta fines de febrero o mediados de marzo. (...) Una vez concluido el trabajo arriba mencionado queda la conducción de los productos actualmente en actividad: carpida y recolección del maíz y próxima

preparación de la tierra para la siembra del trigo y lino, para cuyo trabajo también se ocupan muchos peones aunque no tan bien remunerados como los anteriores; para la cosecha de maíz se necesitará mayor número de brazos, pero fácilmente no habrá necesidad de traer gente de otra parte teniendo en cuenta que para esa fecha, estarán los peones que van quedando desocupados en las máquinas y que se trasladarán para ocuparse en el arranque y trilla de dicho grano, donde ganan mayores jornales que en el trigo y lino, por cuanto es trabajo que en cuadrillas lo contratan por un tanto por bolsa quintal. También es necesario tener en vista que los peones que, actualmente abandonan los trabajos agrícolas para regresar a sus hogares, con toda seguridad regresarán para tomar parte en esos trabajos (...) En los puertos de Colastiné (...) no deja de encontrar trabajo con facilidad el que va (...) El Chaco es otra fuente de trabajo existente en la provincia que proporciona fácil colocación a una cantidad de brazos sin límites...”<sup>176</sup>

El panorama se completaba con trabajos en obras públicas, construcción de caminos y terraplenes, ferrocarriles, tendidos de rieles, etc. Pero el cambio de trabajo estaba lejos de ser automático: muy por el contrario, el lapso entre las diversas ocupaciones podía ser largo, desde una semana a un mes o más según el grado de ocupación. Dentro del empleo rural, los tiempos transcurridos entre empleo y empleo también eran variables, dependiendo de la coyuntura. Era común en épocas de escasez de trabajo, retornar a Buenos Aires sin conseguir ganar un solo peso.<sup>177</sup> Saliendo desde varios puntos del mapa, los obreros llegaban a la campaña, muchas veces enviados por agencias de colocaciones:

“En el Paseo de Julio las agencias de colocaciones ofrecían a los trabajadores hasta 6 pesos diarios; y aquello era un salir interminable de cuadrillas; flacos y huesudos... El viaje duró toda la noche; cuando los peones descendieron del tren, amanecía y los carros esperaban. Después de media hora de correr por caminos, abrir tranqueras y atravesar rastrojos, llegaron al sitio de la trilla. “Bueno muchachos, ¡tres pesos por día!”<sup>178</sup>

Escenas como esta eran normales en la cosecha. Como ya dijimos, los chacareros hacían falsas promesas y el obrero debía optar por volverse (gastando en pasaje o perdiendo tiempo de trabajo) o quedarse por el precio ofrecido:

“En contrata firmada en dos respetables papeles sellados se conviene entre una cuadrilla de trabajadores y un patrón de 25 de Mayo que los peones ganarían de 1 a 2 pesos diarios y los oficiales tres pesos y en ambos casos la comida, viaje pago de ida y vuelta y condición de permanecer cuando menos dos meses en el trabajo so pena de perder el derecho al pasaje de vuelta. El trabajo se haría en

iguales condiciones que en la metrópoli. Llegan los trabajadores a la estancia que está a siete leguas de 25 de Mayo y cuatro leguas de Isla y se empieza por hacerles trabajar de sol a sol sin descanso a la hora del almuerzo. La galleta de pésima calidad y el puchero corre parejas con la galleta. Reclaman los pobres obreros por la insuficiencia de la comida que se les da y el patrón les contesta que si quieren más que se la compren. El alojamiento no va en zaga a la comida. Se duerme en el suelo.”<sup>179</sup>

Muchas veces las casas cerealistas locales realizaban pedidos a las agencias de la capital, pero con más frecuencia eran los mismos obreros los que llegaban por sus propios medios, trasladándose gratis en lo posible (subiéndose a trenes de carga en marcha o, muchas veces, en momentos de desesperación, “asaltando” trenes en masa y obligando a los empleados del ferrocarril a trasladarlos gratis). Una vez en la estación, si la cosecha era abundante, habría chacareros esperándolos; si no, irían a las fondas y allí se informarían: estado de la cosecha, salarios, chacras donde es posible encontrar empleo, etc. El tren era el medio de transporte por excelencia y por lo general el viaje no se pagaba o bien se usaban pasajes oficiales. Cuando se pagaba el pasaje el viaje podía ser más cómodo:

“Muchos se trasladan de una colonia a otra a pié, recorriendo a veces largas distancias entre los rieles del ferrocarril; otros lo hacen en tren; y una vez tuvimos que hacer viaje en el mismo coche con uno de estos representantes del trabajo, que de la provincia de Santa Fe se iba a la cosecha en Córdoba, de primera con cama.”<sup>180</sup>

Miatello, para quien todo parece perfecto, se olvida que lo más común era muy diferente:

“La locomotora deja oír su estridente grito, y parte, con una hilera larguísima de vagones de carga. Por sobre los techos, en los rincones y en todos los sitios, van cantidades de trabajadores para las cosechas. Hombres viejos y jóvenes, nativos y extranjeros, todos confundidos conversan, gritan...”<sup>181</sup>

Los obreros que partían desde Buenos Aires podían tener alguna ventaja, al tener más fácil acceso al transporte.<sup>182</sup> Los provenientes del interior solían trasladarse en mula o a caballo, al menos a comienzos de siglo. Si tenían suerte y llegaban a un pueblo donde el trabajo abundara, obtendrían buenos salarios. Si no era así, tal vez no tuvieran cómo trasladarse a otro punto. En el comienzo de las tareas, en años normales, cuando la escasez de brazos era la tónica dominante, los salarios solían ser altos y la demanda fuerte. A medida que los obreros seguían llegando la situación se invertía y los recién llegados no encontraban trabajo:

“Simultáneamente ocurre que en otros centros escasea este personal en formas y proporciones

alarmantes. Esto mismo hemos constatado personalmente: en 1903 vimos, por ejemplo, en algunas colonias del departamento San Jerónimo, hasta 150 personas sin trabajo, por haber llegado tarde; tuvo el vecindario que hacer colecta, para pagar el viaje para que se fueran, a los que no tenían medios para hacerlo. Dos días después encontrándonos en el departamento Constitución, constatamos que muchos colonos no podían levantar su cosecha por falta de brazos.”<sup>183</sup>

Para los obreros esto significaba pérdida de dinero y varios días de trabajo. Antes de conseguir empleo, los obreros debían hacer frente a la cotidiana violencia policial:

“¡Hemos viajado 10 horas! Y al bajar, vigilantes y bomberos nos conducen de a dos en fondo a la comisaria local. ¿Por que? Por ser ‘lingheras’ simplemente. ¡Lingheras, compañeros! Al amanecer nos ponen en libertad después de suplir las impertinencias de los galoneados policiales.”<sup>184</sup>

Esta presencia en la campaña parece haber sido más o menos continua, pero sin duda se agravaba en momentos de desocupación donde toda aglomeración de obreros era considerada peligrosa. Se trataba de una táctica intimidatoria contra los obreros, una forma de señalarle desde el momento en que bajaba del tren, cuáles eran los límites de su autonomía y quién era el jefe. Tal era, por ejemplo, el clima que se vivía durante la Primera Guerra:

“Ya ha oscurecido: el tren se detiene, hemos llegado a Rosario. Nos disponemos a bajar. De pronto nos sorprende un rugido como de fiera hambrienta que ve acercarse su presa. Es un cosaco que, sable en mano corre a dos individuos que tratan de huir, a los cuales, al alcanzarlos, les golpea las espaldas. Avanzamos unos pasos, e indignados vemos otro cosaco, tras dos infelices que huyen despavoridos, gritándoles en su lenguaje soez: ‘Parensé, hijos de una gran p... que los voy a c...r’. Nos hacen acercar a su guarida y uno de ellos que ostenta los galones de sargento, subiéndose sobre un montículo (siempre machete en mano) echando el pecho hacia adelante, haciendo alarde de la fuerza brutal que les confiere el ‘gobierno regenerador’ para humillar a los hombres que, obligados por la necesidad, se lanzan a semejantes aventuras. Y desde allí, nos grita soberbio y amenazante: ‘¿quién les ha dado permiso para viajar en tren de carga?’ Como nadie le contestara, da orden al subalterno de desatar las lingheras, y al que le vean un cuchillo de punta se lo vayan quitando. Ante las exigencias arbitrarias del cosaco, mi compañero, con el gesto contestó que llevaba el cuchillo para sus necesidades...”<sup>185</sup>

Una vez conseguido el empleo, comienza verdaderamente la relación obrero-patrón. Ésta no siempre se establecía con el mismo personaje, pudiendo ser “patrón” tanto el chacarero como el cerealista, el empresario de trilladora o el tantero. Este último era, frecuentemente, el más detestado

por los obreros, porque "se quedaban con algunos centavos por bolsa y obligaban a comer sus mejunjes que luego descontaban de la paga como si hubieran sido un manjar".<sup>186</sup> En general, las relaciones solían ser más bien tirantes en el conjunto de las tareas de cosecha. En muchos casos, los pliegos de condiciones<sup>187</sup> prohibían que el patrón tratase directamente con los obreros y se dirigiera a ellos a través del delegado de chacra o de galpón. La figura del patrón es vista a través de una serie de imágenes poco agradables: vampiro, chupasangre, sanguiuela, etc. Estamos muy lejos de cualquier tipo de relación que se pretenda "paternalista" o cosa por el estilo. Es necesario aclarar este punto porque suelen asociarse al mundo rural con dos imágenes arquetípicas: si la primera pretende una arcadía patriarcal, ámbito de relaciones idílicas donde los conflictos no tienen razón de ser, la segunda supone la existencia de una absolutamente opresiva dominación psicológica del "paisanaje" por parte del amo. Ambas comparten la creencia en la ausencia de conflicto típicamente capitalista, siendo reemplazada la lucha de clases es reemplazada por una relación psicológica entre individuos.

Instalado en el lugar de trabajo, según el tipo de tarea sería la "vivienda" que ocuparía: en el maíz, lo más común era una tapera hecha de chalas con forma de "tipi", o bien con "techo a dos aguas". En este "hogar nómada" (al decir de Miatello...) debía pernoctar la familia del cosechero: una endeble estructura que tendría 1,80 a 2 metros de alto por unos 3 de ancho, hecha con algunos palos y cubierta con plantas de maíz y pasto a la que, si se tenía suerte, podía adosarse alguna chapa de zinc que algún "generoso" patrón prestaba...<sup>188</sup> Es obvio que una construcción así no puede parar la humedad que

"penetra por doquier (...) amén de la lluvia [ni tampoco servir para mucho] cuando las fuertes heladas pintan con su blancura de muerte el "techo" y las paredes de esa miserable choza, o cuando en los días grises de tenue y fría llovizna con glaciales vientos azoten el maizal."<sup>189</sup>

Así debían pasarse 2 o 3 meses... En otros casos, más común en el trigo que en el maíz, una carpa servía de dormitorio para los obreros. Una apreciación cercana a lo que significaba dormir en estas carpas en invierno es la siguiente, de boca de un peón caminero:

"Cuando el invierno empezó a dejar sentir los rocíos fuertes y las heladas, goteaba la lona de las carpas. Las lluvias no producen humedad en el interior de ellas, pero la helada sí. Por eso dormíamos vestidos y tapados de los pies a la cabeza para calentarnos con el propio aliento."<sup>190</sup>

Las "camas" consistían en pasto seco a guisa de colchón, el que se cubría con un par de bolsas descosidas que a su vez servían de manta. En la cosecha del trigo el frío no existía, pero sí el calor persistente, la humedad, mosquitos, moscas, jejenes, tábanos y demás, a los que se sumaban arañas y

víboras en zonas como Entre Ríos. El obrero, de noche “tiene que servir todavía de pasto a los mosquitos después de haber servido a los explotadores”<sup>191</sup>. En

“la región noroeste de Santa Fe son atormentados por la mosca, que se halla en proporciones enormes, sigue a las personas envolviéndolas en verdaderas nubes, sobre todo cuando no se quema la paja porque llueve y se pudre. No sé si es peor que el mosquito del Chaco, que aquí, aunque no falta, no es abundante.”<sup>192</sup>

En los trabajos de la estiba la situación habitacional era diferente, ya que, al realizarse en ámbito urbano, las posibilidades eran mayores: los obreros locales dormían en sus casas y los llegados de fuera lo harían en fondas o en casas particulares que arrendaban cuartos para la cosecha, o bien en casas abandonadas o en los andenes y adyacencias de la estación, galpones y, en general, en cualquier lugar que ofreciera un reparo a la lluvia.<sup>193</sup>

Párrafo aparte merece la triste y monótona comida de cosecha. La alimentación era siempre pésima y escasa:

“después de cinco horas les daban mate cocido hecho con yerba ardida y amarga como la hiel. Parecía agua de malvas más bien que mate. Y sin tiempo para fumar un cigarrillo volvía al rastrojo hasta las doce, hora en que iban a almorzar. El almuerzo se componía de grandes zoquetes de carne con “queresa” y a veces con gusanos, malamente hervida y sin espumar, para que el caldo no tuviera desperdicios. Tal puchero era devorado en un cuarto de hora, porque no había más tiempo para eso a que se llama almuerzo. Por la tarde nueva poción del famoso mate de la mañana...”<sup>194</sup>

La combinación “tumba-caldo” “caldo-tumba” y la infaltable polenta en pleno verano, son placeres difíciles de imaginar... Cuando se podía optar por salario sin comida, era preferible.<sup>195</sup> Todo esto sin contar los fabulosos sobreprecios que se hacían a los obreros al venderles alimentos en la “casilla” en la que el patrón guardaba alimentos, vestimenta, etc.:

“Don Belisario Ortiz persona distinguida y muy conocida en Córdoba y Rosario, propietario de varias colonias sobre el ramal de Villa María a Rufino, me hizo conocer el caso de una libreta cuya suma ascendía a 900 y pico de pesos que sumados por él daba sólo doscientos y pico, de manera que, aun dando por bien sentadas las cantidades y los precios, resultaba el peón robado en más de 300 por 100.”<sup>196</sup>

Se formaban verdaderas “coaliciones” para estas estafas:

“Principiaré por decir algo de la infame conducta de los almaceneros de campaña, que por su cuenta o en complicidad con los propietarios rurales y dueños de máquinas aprovechan la ocasión de dar salida a todos los artículos de consumo (yerba adulterada, fideos malsanos, galleta podrida). No hablaré de carne echada a perder ni del agua sucia y llena de langostas podridas, que se les suministra a los peones, quienes tienen que sacarle del bebedero de los animales, pues son pocas las máquinas que tienen un barril de agua para la peonada.”<sup>197</sup>

El cocinero, generalmente de acuerdo con el patrón de trilladora o del maizal, cobraba un porcentaje del salario a cada obrero: cuanto peor fuera la comida (y por lo tanto, más barata) mayor sería su ganancia. Nuevamente, estibadores y carreros escaparían a estas cuestiones, dada su mayor “urbanidad”.

Comenzado el trabajo, este seguía diversos ritmos:

“En estos momentos hay en las zonas maiceras sufriendo los rigores de la temperatura millares de trabajadores de ambos sexos sin exceptuar criaturas de corta edad, porque una de las cosas que más se pondera en esta labor es la de considerarla diciendo que no es trabajo ‘pesado’ y también porque ‘nadie manda’ cuando el trabajo se hace a destajo.”<sup>198</sup>

En efecto, el trabajo de recolección del maíz no tenía un ritmo impuesto fuera de la voluntad del obrero y sus necesidades. El obrero, al trabajar a destajo y ser la recolección una tarea individual, no tiene la obligación de seguir un movimiento coordinado con otros obreros sino que, por el contrario, puede graduarlo a voluntad. El obrero del maíz podía juntar 20 bolsas diarias si necesitaba el dinero, pero limitarse a dos si no le interesaba más y si no tenía la obligación de pagar la comida.<sup>199</sup> Sin embargo, el alto rendimiento en el trabajo a destajo era una imposición de las necesidades del obrero, impulsado a la auto-explotación, con el resultado de alargar las horas de labor y la intensidad de la misma.

El estibador, por su parte, ya sufría la imposición del trabajo “en equipo”:

“Ese trabajo de estibar bolsas de cereales, subiendo una escalera formada por las mismas bolsas, con 70 kilos sobre el hombro hasta una altura de 6, 8 o 10 metros es realmente matador y son pocos los que resisten si la rueda no es grande y el turno seguido.”<sup>200</sup>

El trabajar en equipo obliga a cierta regularidad, lo que no implica, al menos para la estiba, que el ritmo debiera ser necesariamente intenso, puesto que la misma tarea podía hacerse “al tranco” o

“al trote”, usando pulseadores que acomodaban la bolsa en el hombro del hombreador o largándola desde lo alto de la estiba para que sea “barajada” en el aire, colocar muchos hombreadores por cada estibador o pocos. Sin embargo, haciendo el trabajo al ritmo menos intenso tanto como al más agitado, siempre es necesaria la coordinación de las tareas, lo que le quitaba a cada obrero en forma individual la posibilidad de regular su esfuerzo, transformado en una decisión colectiva. La cuestión se agravaba cuando el ritmo era impuesto con ayuda de una máquina. En la trilla, el patrón impone la intensidad de la tarea simplemente aumentando la velocidad de la trilladora. Con cierto grado de profecía, escribía Juan Pisano en 1907:

“De todas las operaciones agrícolas, la trilla es la más sombría e ingrata para el obrero rural. Junto a la trilladora es donde germina esa levadura rebelde y malsana, cuyo alzamiento puede romper un día el equilibrio de las fuerzas económicas del país, como acontece hoy en el mediodía de Francia. Bajo los rayos quemantes de los soles estivales, los obreros trabajan envueltos en inmensas polvaderas asfixiantes, durmiendo sus sueños alcoholizados sobre paja humedecida con caña y sudor. La caravana obrera de inmigración golondrina, sufre las durezas de las labores, alentada por los jornales especiales, pagaderos en épocas de cosechas, que costean su peregrinación de miseria y privaciones.”<sup>201</sup>

Esta situación hace de la trilla la peor de las tareas: por ser rural tiene todos los defectos de la cosecha del maíz, por necesitar de un ritmo determinado, todos los de la estiba, por tener la máquina como rectora, todas las que le son propias y no comparte con otras actividades. Con razón estas máquinas eran llamadas las “mata-hombres”: cuanto mayor era la capacidad de trilla (medidos en quintales trillados por día) menor era la posibilidad de intervalos de descanso entre bolsa y bolsa. Una vez que se ponía en marcha la máquina no había paradas hasta que se atorara. El trabajo continuaba así por 12, 14 y hasta 18 horas, aprovechando las noches de luna.<sup>202</sup> La trilladora imprimía a las labores de cosecha todas las características de la gran industria, en particular, el alargamiento de la jornada de trabajo:

“El foguista levantó presión, se niveló la trilladora y la calzaron; pusieron la correa, diez peones subieron a la parva y empezó la tragedia del trabajo. A las tres y media de la mañana suena el primer pito y la peonada debe comenzar a levantarse, porque a las cuatro o cuatro y media, se saca la lona de la parva y se da principio a la faena. A las ocho, quince minutos de reposo; mate cocido y dos galletas duras. A las doce, media hora o cuarenta minutos para almorzar: puchero, carne última calidad, fideos de la misma clase, agua, sal y galletas. A las tres de la tarde, un cuarto de hora de reposo para el mate cocido; déle firme y parejo sin respirar hasta las siete o las ocho de la noche, término de la jornada. Guiso, carne de máquina, grasa de vaca o mejor dicho, sebo, fideos averiados, sal, pimentón y galleta.

A las diez de la noche la peonada está durmiendo con los huesos molidos y el cuerpo completamente sucio, encima de algún montón de paja trillada y entre los terrones del rastrojo. ¡Quince horas de trabajo y nueve de descanso!”<sup>203</sup>

Las causas de semejante jornada se limitaban a una sola: la necesidad de llevar al máximo la explotación de la mano de obra en época de cosecha. Cuanto más rápido se hiciera más rápido quedaría en disponibilidad el dueño de la trilladora para obtener un nuevo contrato y mayor sería la seguridad del chacarero de ver terminado el trabajo de todo el año, libre ya del peligro de lluvias u otros problemas típicos de esta etapa de las faenas. Es decir, aumentaría y aseguraría la plusvalía por la vía de la extensión de la jornada de trabajo (plusvalía absoluta). Biale Massé, con el típico lenguaje del funcionario estatal, mezcla de ingenuidad y cinismo, aduce otro motivo para explicar la larga duración de la jornada: es la inexperiencia técnica de los dueños de trilladoras lo que hace más largo e inútil el trabajo, producto de las frecuentes interrupciones provocadas por el mal uso de la máquina y la mala organización de la mano de obra. De lo contrario, con una buena capacitación del personal se lograría que una jornada de 8 horas fuera más rendidora que una de 14.<sup>204</sup> Lo que Biale no entiende (o prefiere no entender) es que nada impediría, aún con una “faena” técnicamente superior, que la jornada fuera lo más larga posible. La duración de la jornada no depende de consideraciones técnicas sino de una relación de fuerzas determinada entre la burguesía y los obreros: en Alemania, las mismas condiciones técnicas de Volkswagen soportan una jornada laboral menor que en Brasil o Argentina. La diferencia es la relación de fuerzas en uno y otro lado.

Ya en 1901, entre las resoluciones del Congreso Obrero Agrícola, la primera organización sindical del agro pampeano, figuraba la exigencia de una jornada de trabajo de sol a sol, con descanso de 7:30 a 8 a.m. para el desayuno y de 11:30 a 1:30 p.m. para el almuerzo con otra de 3,30 a 4 p.m. para el mate. En 1919, la Unión de Trabajadores Agrícolas redacta un pliego de condiciones para la trilla, en el que, si se suma la cantidad de horas efectivas de trabajo exigidas por los obreros, se notará que son unas 10 ó 12.<sup>205</sup> Puede uno imaginarse lo que sería la jornada usual de trabajo para que fuera necesaria “reducirla” a 10 ó 12. Efectivamente, Gori la calcula en 14 ó 15, mientras que en el mismo manifiesto la jornada es descripta de la siguiente manera:

“Sale el sol a las cuatro y media y ya va una hora y a veces más que este peón trabaja. A las ocho de la mañana ya están empapadas de sudor las ropas. A esta hora se acostumbra como único refrigerio una tasa de mate casi azucarado y una galleta dura y sin sal. Con este ‘suculento’ desayuno tiene que aguantar otras 3 horas largas (...) Llegan por fin las once (...) debe comer aprisa... Allí no se cena hasta avanzada hora de la noche.”

Esta descripción puede parecer exagerada adrede por un punto de vista parcial, sin embargo, Biale Massé, 15 años antes, calcula que la jornada de trabajo es de 14 horas y el tiempo ocupado por el peón

“... teniendo en cuenta el que necesita para despertar y vestirse, para comer y desvestirse después de la jornada, no baja de 15 a 17 horas y no le queda el tiempo necesario para descansar, volviendo al trabajo sobre-fatigado y al concluir la temporada es un hombre agotado completamente, sobre todo el que ha trabajado en la horquilla de las parvas y trilladoras o en la carga, descarga y estiba de las bolsas.”<sup>206</sup>

En la siega la situación era similar a la trilla en cuanto a ritmo y horario:

“Este trabajo, se realiza en forma casi matemática, no se puede aquí como en otros trabajos, reposar unos segundos para tomar aliento, el más leve retraso alteraría el ritmo del trabajo. Así, el parvero tendrá que colocar el trigo que trae el conductor de la chata, antes que llegue la otra el conductor estará a tiempo al lado de la noria, y así sucesivamente, cada uno desde el puesto que le está asignado.”<sup>207</sup>

En la estiba la jornada era más corta y era común la de 10 horas y aun la de 8, impuesta por la acción sindical.

La temperatura ambiente jugaba un rol fundamental en las condiciones en que se realizaba la labor. En invierno los músculos se entumecían y todas las heridas dolían más, las manos se agrietaban. Oigamos otra vez a nuestro peón caminero recién levantado de dormir:

“Mis manos se hincharon y agrietaron; se formaban grandes ampollas y reventaban dejando la carne en vivo. Esto pasó, pronto, gracias a un remedio infalible: lavarse con agua y jabón, orinarse las manos y después frotarlas en grasa caliente. No resultaba fácil curar los omóplatos. Se endurecían durante el sueño hasta perder la movilidad, quedando duros, como soldados a la espalda. De mañana no podía ni juntar las manos para lavarme la cara a fin de limpiar la lagaña y evitar la conjuntivitis de que adolecían casi todos los peones. En estos tipos de trabajo en campamento se le dispara al agua por temor al frío, y el sudor se seca en el cuerpo y se duerme vestido con la misma ropa que se trabajó. (...) El frío nos endurecía de tal modo las articulaciones que hasta las herramientas se nos caían de la mano al empezar la jornada”.<sup>208</sup>

Súmese a eso la humedad del rocío en la mañana y al atardecer y se tendrá un cuadro completo (si es que no llueve...). José Peter refiere así su experiencia como juntador:

“Es de notar que la cosecha del maíz se realiza a fines de otoño y parte del invierno, trabajando la gente, particularmente en el este y sudeste de la provincia de Buenos Aires, sobre terrenos fangosos y anegadizos. Es común oír decir en el campo, para referirse a un juntador, que “anda rompiendo la escarcha” puesto que el trabajo se comienza al clarear el día, prolongándose hasta bien entrada la noche, con una breve interrupción al mediodía. Los tallos de las plantas de maíz se endurecen tanto a causa de la helada, que producen frecuentes cortaduras en las manos y los brazos, que tardan mucho tiempo en cicatrizar, lo que suele provocar deformaciones muy visibles, particularmente en las articulaciones.”<sup>209</sup>

En verano, las enormes temperaturas en una pampa sin árboles ni reparos hacen extrañar el invierno. Son frecuentes los casos de insolación:

“El trabajo en las trilladoras. Dos casos de insolación

Lincoln, 4. Transportados por sus compañeros, llegaron al consultorio de esta ciudad, dos peones de trilladora atacados de insolación. (...) En sus declaraciones manifestaron que si se mantienen en las condiciones en que trabaja la cuadrilla se producirán accidentes graves pues no descansan en las horas de sol fuerte y carecen de agua potable, teniendo que beber de un depósito de hierro recalentado que ni siquiera se pone a la sombra.”<sup>210</sup>

Por esta razón, Biale Massé proponía prohibir el trabajo “desde las 11 a las 2, en los meses de enero, febrero y marzo”, cuando “la temperatura es de fuego y en los días de viento norte bochornoso es realmente insufrible.” Los obreros “respiran un polvo atroz (...) cuando el viento viene mal con relación a la posición de la máquina.”<sup>211</sup>

Por otro lado, los calores favorecen la proliferación de insectos de todo tipo y la contaminación de las aguas. Esto a su vez ayuda a la expansión de enfermedades gastrointestinales, diarreas, afecciones de la piel y los ojos (por el polvillo flotando en el ambiente), todo agravado por la falta de higiene constante en que se vive y trabaja.

A las enfermedades hay que sumarles los problemas propios de la deficiencia alimenticia y los de tipo neuro-muscular. Los músculos son los principales afectados por el esfuerzo constante. En la estiba eran graves los problemas lumbares, lo mismo que en el maíz, donde se trabajaba agachado:

“A medida que se va llenando [la “maleta”], el esfuerzo es mayor, a veces para salvar un pequeño promontorio forcejean como caballo encajado en un bache. De esta manera, llegan a las bolsas donde se vacían las maletas y se hace un pequeño alto. Al incorporarse, los hombres se asemejan -si se nos

permite la figura- a una bisagra oxidada, obligados por el dolor se colocan en las caderas ambas manos y van lentamente tomando la posición vertical.”<sup>212</sup>

El esfuerzo podía desencadenar la muerte por agotamiento:

“S. de Oficios Varios, Cañada Verde

Acaba de fallecer en forma repentina y al pie de la máquina trilladora nuestro inolvidable compañero José Aguilera. Socio activo de nuestro sindicato dio al servicio de la causa de los trabajadores las mejores energías de su juventud y los mayores atributos de su inteligencia. Muere gastado por el mayor esfuerzo que demanda el trabajo que realizamos en la bolsa, trabajo sobrecargado por desgracia, debido a nuestro alejamiento del sindicato ya que no imponemos nuestra organización.”<sup>213</sup>

Las enfermedades contagiosas tenían un vehículo privilegiado, las ratas:

“La peste bubónica: A raíz de algunas muy buenas cosechas que se obtuvieron en el sud de Córdoba después de 1917-18, muchos fueron los ambientes totalmente inadecuados que se improvisaron para almacenar las enormes cantidades de trigo cosechadas, hecho que coincidió con la aparición de numerosos casos de peste bubónica producidos en los galpones o graneros de las propias chacras. También La Vera pagó doloroso tributo a esta terrible plaga en la persona de una joven empleada para los trabajos domésticos en nuestra propia casa, cuyo galpón y otros sitios anexos se hallaban colmados de pilas de bolsas de trigo.”<sup>214</sup>

Parece que el “socialista” de La Vera necesitaba ver morir una “doméstica” frente a sus ojos para elaborar.... un proyecto de ley:

“El caso producido en La Vera y algunos otros que se fueron presentando, año tras año, en los trabajadores de las estaciones de ferrocarril, me movieron a presentar a la Cámara de Diputados, un proyecto de ley por el cual se establecían las condiciones mínimas que debían reunir los graneros y galpones de las estaciones de ferrocarril, para evitar la entrada y pululación de ratas en ellos y prescribir las medidas de protección que debían adoptarse para defender la salud y la vida de los trabajadores ocupados en el manipuleo de las bolsas.”

Al rubro enfermedades puede sumarse el de accidentes, desde ser arrollado por un tren (a esto se le llamaba “engrasar las vías”) hasta clavarse una espina, la explosión de la caldera del motor o la

caída desde la estiba:

“Desde Tres Lomas. Hombre muerto por un tren.

El día 6 de diciembre, a eso de las 12:30 a. m. un pobre ‘linghera’ de los tantos que ambulaban por los campos buscando trabajo sin lograr hallarlo, intentó subir en un tren de carga puesto en movimiento, para trasladarse a otra parte, donde pensaba alquilar sus brazos a la prepotencia capitalista, pero desgraciadamente fracasó en su intento porque perdió pié cayendo bajo las ruedas del convoy, destruyéndole una pierna por completo, de cuyas consecuencias murió, como a las tres o cuatro horas, caso que no hubiera ocurrido si enseguida hubiera sido atendido por la ‘señora autoridad’ y el doctor de este pueblo que se negó redondamente a concurrir al lugar donde se encontraba el herido, tirado en el patio de la comisaría, que se fue en sangre por falta de asistencia médica. Esta pobre víctima, después de estar tirado dos horas en las vías, los milicos optaron por llevarlo en un catre a la comisaría...”<sup>215</sup>

Herido en medio del campo, lejos de parientes o amigos, poca suerte tenía el obrero rural:

“Llegó el tiempo de la cosecha fina y se fue, dejando sus cosas en un baúl. Cuando esperábamos su regreso llegó una carta. En una emparvada le habían clavado el diente de una horquilla. El verano santafesino es bravo. Se le infectó la herida y escribía desde un hospital de Rosario: ‘que me abran el baúl y ventilen los libros y revistas para evitar el deterioro de la humedad y los insectos; que si la infección seguía y el no regresaba más nos quedáramos con sus cosas’. No supimos más de él.”<sup>216</sup>

Las heridas pequeñas y comunes solían desembocar en infecciones mayores, por lo que los obreros no dejaban de llevar una aguja especialmente destinada a sacar las espinas. Las caídas eran frecuentes y desembocaban en fracturas de brazos y piernas, contusiones por golpes con bolsas en las estibas, caídas desde el “burro”, etc.<sup>217</sup> Según los boletines del DNT, el oficio de estibador era el que pesaba más en la estadística de accidentes: en 1909, el DNT contabiliza 4 estibadores muertos por golpes con las bolsas que cargaban y por “apretamiento” entre las estibas.<sup>218</sup> Sin embargo, la palma entre los accidentes de trabajo se la llevaban las explosiones de calderas:

“Noetinger -A medida que transcurren los días se va uno cerciorando y dando cuenta de la magnitud de la catástrofe ocurrida el domingo pasado a las 13:30 horas en la chacra del colono Federico Reist, arrendatario en el campo ‘Monte Castillo’ del señor Agustín Costa, situada a unas 2 y 1/2 leguas de esta población. Pues al explotar la caldera del motor de una trilladora que llenaba sus funciones en dicha chacra, produjo la muerte al obrero Francisco Coco y heridos gravemente y con quemaduras los

otros: Octavio Coco, Juan Martini e Ignacio Agüero, los que siendo de inmediato atendidos por los doctores Espinosa y Sueldo, fueron transportados al Hospital de Bell Ville dado la gravedad en que se encontraban. Informaciones de último momento hacen saber que dos de ellos mejoran, dentro de la gravedad, y en cuanto a Agüero, le fue necesario amputarle una pierna, siendo su estado delicadísimo. Relatos de personas que se trasladaron al lugar de la catástrofe no salen de su asombro al observar que no ha quedado una pieza de dicho motor en estado de poder ser utilizada; las ruedas delanteras se encontraban a unos 120 metros y las traseras a unos 15 metros del lugar de la explosión y fierros rotos en todas direcciones. Se dio sepultura al cadáver en esta población, siendo sus restos acompañados por numeroso público.<sup>219</sup>

Para el Ministerio de agricultura, las explosiones se explicaban por la impericia de los maquinistas e “intentaba” evitarlos editando un manual, proponiendo un examen de competencia y obligando a la revisión periódica de la máquina por técnicos especializados.<sup>220</sup> En realidad, la explicación no es técnica: las condiciones precarias en las que se trabaja expresan el mayor interés capitalista en aumentar la plusvalía extraída mediante el ritmo de trabajo más brutal, que en cuidar la salud de los obreros. Para el capitalista “el tiempo es oro” y toda actividad que no sea productiva es limitada al mínimo, de modo que la velocidad de la tarea no es el resultado de una incapacidad técnica sino del interés del patrón por explotar más a la mano de obra. Hasta el punto de hacerla explotar literalmente hablando:

“Violenta explosión en O’Brien. Un muerto y tres heridos

Hace algunos días en la chacra de Angel Agustinelli, situada en el cuartel 12 de este partido, hizo explosión el motor de una máquina trilladora propiedad de un señor Bonani. Resultó muerto el mecánico Cirilo Bustamante que prestaba servicio en el referido motor y con heridas leves tres peones que se hallaban próximos a la máquina. El cuerpo del infortunado mecánico fue hallado a más de ochenta metros del lugar de la explosión completamente desfigurado a causa de las heridas recibidas, que le produjeron una muerte instantánea.<sup>221</sup>

Otro tipo de accidentes graves eran los incendios, que si bien producían menos muertos y heridos, dejaban sin trabajo a los obreros:

“Un silbido largo, agudo, cruel y lúgubre despertó a la peonada que, rendida y aniquilada por la abrumadora labor, dormía entre montones de paja. Gruesas gotas perdidas empiezan a caer de las nubes preñadas de agua. Un silencio profundo, interrumpido apenas por el croar de las ranas (...) Todos nos despertamos. Había que proteger presto con lonas a la trilladora, a las parvas y a las pilas de

bolsas de trigo (...) De repente, un relámpago iluminó la profunda negrura (...) El temporal rugía, aullaba, silbaba, sollozaba en salvaje y patética sinfonía. De repente un rayo estalló por encima de la trilladora y una bola de fuego cayó de las nubes, sembrando el pánico entre los seres vivos (...) Al instante, el incendio se declaró violento y voraz. Ardió la trilladora, ardieron las parvas, ardieron las pilas de bolsas y las montañas de paja (...) Solamente los hombres, después de aquella noche infernal, míseros y lamentables, preparamos en silencio nuestras cabalgaduras para ir de nuevo en busca de pan y trabajo.”<sup>222</sup>

La causa más común era otra. Según el Ministerio de Agricultura, aunque muchos incendios son producidos por “actos criminales”, hay un porcentaje muy alto debido al polvo del grano suspendido en el aire alrededor de la trilladora. El polvo procede de los granos cariados (con carbón) y se acumula en el interior de la máquina, formando con el aire una combinación que se inflama con facilidad en presencia de chispa o llama, cosa fácil en los días de pleno sol y gran calor, con los ejes de las máquinas recalentados o mal lubricados. A veces la chispa surge de la electricidad estática producto del funcionamiento de la máquina. Podía solucionarse con un cable a tierra y había máquinas con aparatos para sacar el polvo de carbón y extintores de incendios automáticos. Nuevamente, imaginará el lector cuál será nuestra opinión en este caso.<sup>223</sup>

Los carreros tenían su propio catálogo en materia de accidentes y, de hecho, junto con los estibadores, figuraban entre los gremios más accidentados.<sup>224</sup> El Boletín del Departamento Nacional del Trabajo mencionaba cuatro muertes por “apretamiento” en los carros que guiaban, además de caídas a causa de barquinazos.

Los intentos de mejorar las condiciones del trabajo rural mediante medidas legislativas son muy tardías: la ley sobre accidentes de trabajo (9.688, sancionada en 1915), se extendía sólo parcialmente al sector (amparaba a los que trabajaban con máquinas fijas y al transporte, es decir, a los trilladores y carreros) pero era perfectamente ignorada. Es más, el seguro contra accidentes con frecuencia era descontado del sueldo del obrero:

“El obrero en cuestión (que se fracturó un brazo trabajando en una trilladora en Pilar) permaneció abandonado desde la tarde del día 2 del actual, fecha en que ocurrió el hecho, hasta la mañana de hoy, en que venciendo dificultades extremas pudo encaminarse desde el lugar (...) al consultorio. El humanitario patrón, Antonio Ambrochio, no solamente negó auxilios propios en tales casos, sino que se niega a abonarle los días trabajados hasta el presente, razones que obligaron al obrero Bonaudi a solicitar ayudas particulares... También nos manifiesta Bonaudi que en su carácter de obrero de esa máquina trilladora se encuentra asegurado contra accidentes en la compañía ‘La Continental’ cuyas pólizas son descontadas por el patrón mencionado, ignorando las tramitaciones a seguir [para] que la

compañía (...) le abone la indemnización ...<sup>225</sup>

Las leyes sobre la extensión de la jornada no se hicieron presentes nunca. En 1920 el Congreso Nacional nombró una comisión para estudiar la jornada de trabajo en el campo ya que ésta había sido excluida de la legislación sobre el tema en la industria. El proyecto de estudiar la problemática rural fue sumergido en la comisión de legislación agraria, de la que no volvió a emerger pese a la obligación de presentar un informe a los 60 días.<sup>226</sup> En la provincia de Buenos Aires fue presentado un proyecto de ley por el diputado Joaquín Martínez Sosa, sobre "alojamiento y mejoras generales para el bienestar de los peones que se dedican a las faenas rurales". Si bien la ley incluiría a los peones temporarios, el autor del proyecto aclaró que no se referiría al trabajo en las trilladoras porque "ahí no solamente es necesario preocuparse del alojamiento de los obreros sino que también se impone reglamentar el trabajo, porque debe saberse que hay peones que trabajan diez y ocho y más horas por día".<sup>227</sup> En Córdoba, la ley de reducción de la jornada tampoco alcanza al trabajo rural. En los diarios de sesiones del congreso de la provincia, lo único que se encuentra, tanto en Diputados como en Senadores, es un proyecto de ley de empleo para movilizar la mano de obra del norte de la provincia hacia las zonas de cosecha.<sup>228</sup>

Si la actividad legislativa fue muy escasa,<sup>229</sup> los intentos de lograr una protección legal para estas labores son muy tempranos y corresponden fundamentalmente al Partido Socialista, el que en su programa para el campo exige, aunque limitándose a esto, la obligación de dar alojamiento higiénico a los peones. Originado en la pluma de Juan B. Justo, explicaba así su escepticismo frente a la legislación rural:

"La reglamentación del trabajo, que tanta importancia inmediata tiene en nuestra propaganda política de las ciudades, exige en el campo una táctica especial. Para los peones mensuales, de estancia o de chacra, que trabajan en corto número en ocupaciones variadas de distribución irregular, no puede haber más regla que el convenio directo entre trabajador y patrón. En tiempo de cosecha, la necesidad de realizarla pronto y simultáneamente en todas partes obliga a no perder un minuto de buen tiempo; es cuando los patrones necesitan las jornadas más largas y los trabajadores pueden exigir los más altos salarios. Una vez el trigo emparvado y el maíz en troje, puede regularse el trabajo a un tiempo normal para la trilla y el desgranado, como puede también limitarse la jornada en la esquila de ovejas, que, semana más, semana menos, conservan la lana. Pero más que todo otro ramo del trabajo humano es imposible que aquí la ley preceda a la acción directa de los trabajadores, que la acción política se adelante a la conciencia gremial. En un país como éste, donde aún no hay nada en materia de legislación industrial (...) sería algo más que prematuro pedir desde ya la limitación de la jornada en los trabajos del campo..."<sup>230</sup>

Igual que los ejemplos citados antes, el modo de reflexionar de Justo refleja una “enorme” preocupación: como es muy difícil, mejor no hacer nada... De hecho, los únicos que lograron una mejora efectiva sin necesidad de ley alguna, al menos por cortos períodos, fueron los trabajadores mismos: la limitación de la jornada laboral (8 horas en la estiba y de sol a sol en la trilla), la presencia de agua fresca en los lugares de trabajo, buena comida y carpas habitables serán objeto de conquista gremial. Las leyes “protectoras” (cuando realmente lo eran...) sólo se aplicaban si los sindicatos lo exigían y lo imponían. Y los políticos burgueses, incluyendo a los parlamentarios socialistas, sólo se preocupaban del asunto cuando el incendio amenazaba con devorar todo, como con cierto cinismo lo reconoce *La Prensa*:

“Desde hace algunos años, todos los países agrícolas experimentan agitaciones de los trabajadores rurales, y soportan las consecuencias del “chomage”. Seguramente, a esto se debe que la oficina internacional del trabajo se preocupe, actualmente de un medio tan especial, en estudiar las soluciones pertinentes, después de haber obtenido la opinión de los gobiernos de los países adheridos a las últimas conferencias. Las órdenes del día de octubre del corriente año estaban destinadas a considerar las medidas de protección especial a los trabajadores agrícolas a la adaptación a la labor de los mismos, de la resolución de la conferencia de Washington sobre la reglamentación de la jornada, y a la extensión de las resoluciones de igual origen sobre ocupación de mujeres y menores. En consejo de administración de la referida oficina que, como es sabido, funciona permanentemente, había decidido también someter a los delegados de cada nación proposiciones acerca de la posibilidad de establecer un sistema de lucha contra la desocupación en los campos, y acaba de dar a conocer las opiniones recogidas, así como las condiciones y consejos que entiende apropiados para recomendarlo.”<sup>231</sup>

El argumento fundamental contra la regulación del trabajo de cosecha fue siempre el mismo y, como señala Ascolani, compartido por todos los “reformadores”, desde el derechista Garbarini Islas hasta (con alguna excepción) los diputados socialistas: se trata de un momento particular de las tareas rurales, donde hay que “resignar” pretensiones. Incluso el famoso “Estatuto del Peón” peronista excluye a los trabajadores de la cosecha de sus previsiones.<sup>232</sup>

En línea con esto último debe verse la evolución de las condiciones laborales: en la medida en que sólo la lucha obrera imponía mejoras en las condiciones generales, estas fluctuaban al ritmo de aquella. Así, a comienzos de siglo las condiciones laborales fueron sustancialmente más duras, especialmente en lo relativo a la duración de la jornada. Hacia 1914-15 vuelven a darse circunstancias adversas para los obreros rurales, etapa que llega a su fin hacia 1920, cuando la lucha obrera da por resultado la mejora sustancial de las condiciones laborales, tal vez las mejores de todos los tiempos.<sup>233</sup>

## II. El ocaso de la infantería ligera (1920-1940)

La década del '20 presencia transformaciones radicales en el mercado de trabajo rural, que han sido poco estudiadas y, sobre todo adjudicadas a la crisis mundial cuyo epifenómeno se produce en 1929. En particular, la desocupación en el mundo rural aparece como un problema ligado a la conmoción del '30 y sus consecuencias y no a transformaciones locales. Esta perspectiva es solidaria con una tendencia a ignorar las transformaciones en la estructura social argentina y con la persistencia del mito del "capitalismo en un solo país". En efecto, las transformaciones de las clases sociales, el cambio de su composición interna, su "movimiento", han suscitado poco interés. Al mismo tiempo, esa mirada se combina con la idea absurda de que lo que pasa en la Argentina siempre es "peculiar", nunca es reconducible a un proceso más amplio y más general. Han pasado desapercibidos, por estas razones, dos fenómenos, no sólo el ya mencionado sobre la desocupación en los '20, sino el aún más importante de la desaparición de la infantería ligera. Ambos cambios van a marcar las décadas siguientes, dando lugar a la aparición de un proletariado rural permanente en la región pampeana. Veamos primero ese fenómeno extraño, en apariencia, de la expansión de la desocupación antes de la crisis del '30.

### 1. Un fenómeno novedoso

Aunque ya sabemos la causa de este proceso, cerciorémonos primero de la ausencia de una explicación alternativa, revisando las principales variables del empleo a lo largo de los años '20 (Cuadro 19).

Todos los índices crecen firmemente hasta 1927. La nueva situación se refleja en los altos saldos migratorios, similares a los pre-bélicos entre 1923, 1924 y 1927. En área sembrada, el trigo se ubica por encima de los 7.300.000 en promedio, mientras el maíz llega en su producción a 6.600.000 de toneladas. Los índices de ocupación ascienden sostenidamente (hay que recordar, no obstante, que se trata de índices de ocupación urbana). Así, se puede aceptar que 1924-25 sean años de plena ocupación como afirman Di Tella y Zymelman.<sup>234</sup> Entre 1920 y 1930 la cantidad de vías medida en km. trepa de 33.000 a 38.000, aumentando las posibilidades del trabajo estacional.<sup>235</sup> Ya en 1921 es perceptible la nueva situación: como síntoma de que el trabajo ha dejado de ser preocupante, al contrario de años anteriores, *La Prensa* no incluye entre las preguntas dirigidas a sus corresponsales en las zonas agrícolas, la cantidad de mano de obra disponible o la escasez o abundancia de brazos.<sup>236</sup>

Observemos ahora el momento inmediatamente anterior y el posterior a la crisis en el Cuadro 20.

Como puede deducirse del cuadro, en el trigo la producción evoluciona hasta 1940 en cifras similares a las de la década pasada. Si se hace omisión de la muy mala cosecha de 1930 y de la excepcional de 1939, el promedio de la década 1930-40 llega a 6.000.000 de toneladas, muy poco más que en la década anterior. La situación en el maíz es todavía mejor en relación a la demanda de trabajo. La conclusión es obvia: si hay desocupación en el agro pampeano, no es achacable a la caída de la producción. Tiene otro origen: mientras la producción se mantiene estable, el proceso de aumento de la composición orgánica del capital agrario continúa. El aumento de la capacidad de transporte con el perfeccionamiento del parque automotor, la expansión del tractor, el aumento sostenido del número de cosechadoras de trigo, con mayor capacidad y eficiencia, la casi culminación de la mecanización linera y los comienzos de la maicera, la extensión de la red de elevadores de granos, etc., provocan la expulsión de población en forma continua, *antes* de la "crisis del '30".

Si bien el fenómeno es difícil de medir, hacia 1927-28 la población existente en los pueblos de campaña comienza a ser suficiente para realizar las tareas de cosecha. Las migraciones tradicionales de las grandes ciudades y de provincias vecinas tienden a generar aglomeración de brazos en la campaña. En el cuarto capítulo hemos calculado que las nuevas máquinas han desplazado un 15% de la mano de obra en 1927-28. Suponemos que para 1930 el porcentaje puede llegar al 20 o al 25. A pesar del área sembrada en crecimiento y la ocupación urbana en expansión, la introducción de tecnología en el agro tiene efectos visibles, especialmente en aquellas provincias en que lo primero no se produce. A este crecimiento de la desocupación agrícola para las tareas de siega y trilla, se agrega otra mucha más específica, la de los carreros, afectados por la aparición del camión, ya para 1929-30 desplazados en un 40%. Conceptualizamos así a este periodo, que ya se insinúa en 1926, como de tendencia a la expulsión de población agrícola, que, si no asume características desastrosas es gracias a la excepcional cosecha de 1928-29, que permite las actividades reivindicativas de los obreros rurales pero al mismo tiempo muestra sus límites y características: donde más haya avanzado la mecanización rural, menor será la conflictividad. Una carta llegada a *La Protesta* desde Santa Rosa, La Pampa, es testigo de la nueva situación:

"De la campaña pampeana. Aunque no tengo actitudes para exponer en nuestra prensa el sentir colectivo de los proletarios, me veo forzado a exponer mi criterio sobre la situación por demás deprimente que cruzan los trabajadores de esta zona de la rica Argentina; para los comerciantes de la conciencia y la sangre del pueblo. Pero no así para los honrados trabajadores que de balde hoy recorren los arenales pampeanos en busca de explotadores a quienes alquilar sus brazos. Pues aquí en esta burocrática ciudad son centenares los parias que hace cinco o seis meses están en paro forzoso con las esperanzas de saciar en parte la miseria, levantando el dorado trigo, con que se recrean los

parásitos de la colmena social, para después nuestros hermanos los trabajadores seguir bajando por las populosas vías ferroviarias buscando en vano ocupación pues no se halla, y esto no deriva en que haya fracasado en su totalidad la cosecha ni es de ahora esta enfermedad que sufrimos los explotados del capital y el Estado. Pasa de diez y ocho años que conozco prácticamente la vía crucis del proletariado campesino, y siempre he visto la misma tragedia vía crucis del linghera. Pues en años de abundante cosecha, la mitad de los trabajadores no encuentran ocupación y cada año menos, pues hay sin lugar a dudas, podemos asegurar que un setenta por cien queda sin ocupación en tiempo de la recolección de la cosecha, y eso que hoy no hay tantos emigrantes como en años anteriores. Pero el mal, compañero, debemos de convencernos de una vez por todas, deriva del adelanto industrial y la perfección de la maquinaria, pues antes cortando con espigadoras se ocupaban siete hombres con máquinas, después en la trilladora se ocupaban de diez y ocho a veinte, y el acarreo en chatas ocupaba a infinidad de éstas. Pero hoy habiendo buena cosecha en una chacra de trescientas hectáreas, para levantar la cosecha y acarrearla a la estación en términos de veinte días, se ocupan dos o tres obreros, y esto muchas veces lo hacen los mismos chacareros, maquinistas, cosedor y el que maneja el camión acarreando al pueblo. Así que esta realidad no escapa al criterio de nadie y solamente hay dos medios de solución: o dejarnos morir de inanición o organizarnos para presentar batalla a la avaricia de todo explotador (...) Antonio Iglesias.”<sup>237</sup>

En el mismo sentido se expresaba el anarquista Florentino Giribaldi:

“El problema de la desocupación

(...) Por otra parte, el autor de ese comentario hecho en *Crítica* supone que el fenómeno del industrialismo norteamericano aun no se ha manifestado aquí. Este modesto ex colono y ex ‘linghera’ ilustrará al mismo tiempo con algunas verdades. Desde la trilla con yeguas, al prodigioso trabajo de la cosechadora a motor, hay un gran salto que ha castigado duramente a millares de obreros cercándoles las tranqueras de los trigales y condenándolos al vagabundaje. La cosechadora con tractor hace con dos hombres lo que antes se hacía con veinte en un mes de labor. Pasa a trasto viejo la espigadora, la primitiva atadora y la trilladora con su ejército de obreros. En el maíz pasa otro tanto: la cosechadora se está imponiendo y cuando breve se perfeccione, la fuente de recursos de 20.000 deschaladores se habrá cerrado por completo. (...) El fenómeno del industrialismo está latente entre nosotros, la desocupación es tan permanente y relativa como en cualquier país del mundo: aquí un camión de carga con acoplado ha desplazado a 10 carreros, castigado de rebote a los talabarteros, herreros de caballos, etc. La barredora mecánica, el faenamamiento mecánico en mataderos y frigoríficos ha hecho sumar a los desocupados una falange sin fin (...).”<sup>238</sup>

Durante la cosecha excepcional de 1928-29 la desocupación ya está presente en el agro pampeano, mucho antes de que explote "la crisis del '30". A pesar del aumento del área sembrada y la producción de trigo y lino, y precisamente por esto, se cruzan dos actitudes contradictorias: frente a la abundancia de brazos los obreros se defienden tratando de prohibir el trabajo de la familia del chacarero y asegurando el empleo a los obreros locales, mientras los agricultores, ante la perspectiva de una cosecha enorme peticionan a las autoridades para asegurar el concurso de obreros del norte del país. En noviembre de 1928, el PE cordobés, mediante un decreto ordena medidas para facilitar el traslado del norte de la misma provincia. También trata de lograr rebajas en las tarifas ferroviarias en diciembre de 1928. No se trata sólo de conseguir brazos suficientes sino, fundamentalmente, debido a la caída de precios del trigo, *baratos*. En el mismo sentido debe entenderse el proyecto de ley presentado en el Senado de la misma provincia ese año, con la excusa de paliar la desocupación entre los pobres del norte de Córdoba.<sup>239</sup> Se trata de un mecanismo típico con el cual los departamentos cerealeros del sur se proveen de mano de obra barata cada vez que se presume una buena cosecha (por ejemplo, en la expansión de principios de siglo, en 1917-18 y ahora en 1928-29). El resultado es el buscado.

En Santa Fe, otros síntomas de desocupación son las circulares del DPT a los establecimientos industriales para tratar soluciones al problema que se agrava por la presencia de fuertes saldos migratorios.<sup>240</sup>

## 2. Las consecuencias de la renovación tecnológica

Siguiendo cifras aparecidas en los censos de 1908 y 1937 Pucciarelli calcula que el porcentaje de personal transitorio disminuyó del 67 al 35%. Así, según el mismo autor, pudo aliviarse la presión sobre los precios y remediar la escasez crónica de mano de obra.<sup>241</sup> Buena parte de esta disminución puede adjudicarse a la cosechadora: la enorme cantidad de mano de obra, un verdadero ejército de trabajadores que llegaba a concentrar en épocas de trilla más personal que muchos talleres de la época, se reducen violentamente a menos de la sexta parte si se computa además de la trilla, el emparvado, tarea que suele no ser tenida en cuenta cuando se calcula el personal ocupado en el conjunto de las faenas de cosecha. La magnitud del ahorro de personal puede apreciarse en el Cuadro 21.

El ahorro equivale a unas 26 personas, aunque si lo consideramos con un poco más de generosidad, podemos aceptar 20, la que no es una cifra despreciable. Los Cuadro 22 y 23 nos muestran la magnitud del ahorro pero no en términos de ahorro de brazos, sino en términos de salarios. En este punto, las cifras no son menos impresionantes.

Como se ve, el peso de los salarios en el trabajo de trilla es de casi el 60%. Si a este balance le

reemplazamos el personal por el de una cosechadora podemos tener una idea aproximada del ahorro realizado: con 5 obreros hemos realizado siega, emparvado y trilla, por 1/4 del monto salarial. Pasemos a calcular ahora cual es el efecto sobre la cantidad de mano de obra necesaria en cifras concretas. Podemos calcular las necesidades teóricas de personal revisando el Cuadro 24

Hemos tomado las estimaciones ya citadas de la cantidad de máquinas utilizadas en 1927-28 y las hemos cruzado con la cantidad de hombres por máquina. Obtenemos así, la cifra total de obreros utilizados en la cosecha suponiendo que cada uno sólo hubiera trabajado en una sola máquina durante toda la temporada. Ahora, si se hubiese realizado toda la cosecha con trilladora o con cosechadora, se hubieran empleado, por regla de tres simple, las cantidades de máquinas y hombres que muestra el Cuadro 25.

Estas cifras consignan la cantidad de mano de obra usada por cada máquina pero no computan el emparvado, que es necesario en el trabajo con trilladora. Esta tarea se realizaba con unas 8 personas que emparvaban el producto de 6 hectáreas por día. Si tenemos en cuenta que la cifra que usamos para todos los cálculos es la de la cosecha 1927-28, con 7.500.000 hectáreas, podemos estimar la cantidad de personas ocupadas en el emparvado en unos 200.000 si calculamos la duración de las tareas en 45 días. Si a 723.900 le sumamos esto podemos redondear una cifra de 920.000. Ahora, la tarea que debió realizarse con 920.000 hombres, empleó 780.000 (640.000 del total de máquinas más 140.000 del emparvado de 5.500.000 has), lo que significa ahorrar unas 140.000, (el 15% del total).

Hay tres factores que tienden a agravar la situación del peón rural:

1) La mano de obra familiar tiende a ocupar las tareas de la cosecha ya sea usando los brazos de la propia familia o buscando la colaboración de otros colonos. Es dable pensar que la posibilidad de eliminar totalmente la mano de obra extrafamiliar debe haber hecho más atractivo este mecanismo que antes cuando su inclusión sólo podía significar una disminución secundaria de los gastos.

2) Reducción del tiempo de trabajo: en efecto, la cosechadora realiza el trabajo en forma más rápida. De tres a cuatro meses que duraba la cosecha del trigo, se pasa casi a la mitad o menos, con lo cual el tiempo de remuneración rural es menor.

3) Por último, la cosechadora no sólo permite la disminución de los gastos de cosecha por pago de menor cantidad de jornales, sino que disminuye más los gastos porque los pocos jornales que ahora paga son menores que antes, dado que la desocupación creada genera la concurrencia entre los obreros impulsando los salarios la baja (menos salarios y menor salario).

Un par de citas explicarán esta nueva situación de los obreros rurales:

“Las ironías que el destino gasta a los trabajadores. Superabundancia de braceros  
Preocupa seriamente a las asociaciones proletarias, el gran problema de la superabundancia de

braceros que año tras año se advierte y alza en la zona agrícola, conflictos insospechados, contra los cuales se hace indispensable organizar una acción preventiva, tanto para evitar que esas acumulaciones de desocupados perjudiquen a los que se encuentren trabajando cuanto a buscar la mejor forma de disponer, con la antelación debida, la distribución de hombres de acuerdo con el área sembrada y con el estado de los cultivos. La Federación Obrera Local de Rosario, procediendo de connivencia con la Unión Sindical Argentina ha concertado una política encaminada a solucionar este asunto del exceso de braceros y al efecto han interesado a la Federación Agraria para que concurra con sus informes a llegar al objetivo deseado. ¿Es que la zona agrícola se ha reducido en términos que ahora sobran los trabajadores ocasionales que para la época de la recolección de la cosecha? En manera alguna, por el contrario, día por día se extiende el perímetro de la agricultura con la incorporación de tierras nuevas, recién desmontadas, que en Córdoba como en Santiago del Estero se libran para las sementeras de trigo y otros cereales. Pareciera entonces, que lo que influye en las tareas de la cosecha no es la aminoración de las hectáreas labradas sino la utilización de ciertas máquinas que se han difundido por las colonias y con las cuales los chacareros se las arreglan para efectuar, a veces con el concurso de la familia y unos pocos peones contratados por día, todas las tareas que hasta hace algunos años demandaban el concurso de muchos individuos y trilladoras y embocadoras que iban de colonia en colonia.”

#### “Fases de la proletarización argentina

Las cosechas argentinas hasta hace 5 años producían una movilización de braceros importantísima. La corriente del norte que venía de Santiago y más allá y la corriente del sur cuyo centro eran Buenos Aires y Rosario, incluyendo aquí la inmigración golondrina. La grande extensión de los cultivos daban ocupación a un gran proletariado rural, que de otra manera permanecerá ocho meses de los 12 del año, sin trabajo. Los cultivos han ido extendiéndose y aplicándose nuevas y costosas maquinarias que vienen a traer la desocupación al campo, fenómeno nunca visto antes de ahora. Hace cinco años la situación del jornalero agrícola era mala; hoy se toma desesperante. A pesar de las buenas cosechas, la miseria invade al pueblo: la cuarta clase. Hace cinco años la campaña triguera y de lino duraba cuatro o tres meses, las trilladoras empleaban 15 a 16 hombres durante ese tiempo. Hoy la cosechadora tiende a suplantarse a las trilladoras. Dificil es encontrar un colono con más de 100 cuadras, generalmente propietario, que no tenga una de estas máquinas, con lo cual se ahorra el trabajo de 8 a 10 peones. En colonias como las de Santa Fe, donde haya 15 o 20 de estas máquinas ya esta colmada. Vale decir, la cosecha deja de ser un medio de vida para un centenar de personas y así en centenares de pueblos. Juan Lazarte.<sup>242</sup>

Maria Isabel Tort estima que la cantidad de horas/hombre por hectárea pasa de 10.0

horas/hombre por hectárea con cosechadora y en bolsa en 1931 (según datos de Nemirovsky) a 4 horas/hombre por hectárea (según cálculo de Frigerio) en 1953. Esto significa que para una fecha cercana a 1947 los requerimientos de mano de obra habíanse reducido un 60%. Ahora bien, ¿cómo saber cuál es la capacidad global del parque de maquinaria en 1947 en relación a 1930, en términos absolutos? No hay forma, ya que no sabemos la proporción en que estaba la tecnología capaz de las 4 horas/hombre por hectárea en el interior del parque completo. Ahora bien, Tort estima que Frigerio realizó el cálculo con la técnica mas avanzada, correspondiente a la cosechadora automotriz, que en el Censo 1947 es el 13% del total. Esto significa que el 13% del parque de cosechadoras había aumentado su capacidad en un 60%. Quiere decir que cada cosechadora nueva equivale a 1,60 máquinas viejas, con lo que, reduciendo la máquinas nuevas a las viejas, 6.913 de las primeras equivalen a 11.060 de las segundas, con lo cual el parque real (aproximado, hipotético) de máquinas cosechadoras equivalentes tecnológicamente a la de 1930 es de 55.439 (44.379 de las viejas mas 11.060 de las nuevas "reducidas"). En este cálculo estamos asumiendo que las cosechadoras de arrastre no han sufrido evolución alguna (sin embargo, la All Crop no parece ser ejemplo de esto) lo que es un supuesto grueso. No obstante, preferimos una cifra subvaluada.

Volviendo a los cálculos anteriores, para 1930 la cosechadora llega a más de 30.000 unidades, elevando el porcentaje de desplazamiento de mano de obra a mas del 20%. En páginas anteriores habíamos estimado que para una cosecha de 7.500.000 hectáreas de la cosecha 1927-28, con 21.755 cosechadoras se trabajaban 2.000.000 has, con 55.439 (suponiendo que se mantenga estable la cantidad de has. trabajadas por cada cosechadora) se deben haber cosechado el producto de 5.100.000 has. Para 1946-47 el área cultivada era de unas 6.000.000 de has. pero sabemos que el trigo había aumentado su rendimiento un 30%, con lo cual 6.000.000 en 1947 equivalen a 7.800.000 de 1927-28. Esto significa que en 1947 el trabajo de cosecha se realizaba en las proporciones según maquinaria que indica el Cuadro 26.

Para 1927-28 calculábamos que con 9.227 trilladoras eran necesarias (sumándole el personal de atadoras, espigadoras y del emparvado) unas 670.000 personas "teóricas". Para 1947, 2.995 deben haber necesitado 217.000 personas "teóricas". Por otro lado, 51.292 cosechadoras deben haber utilizado (a razón de 5 por máquina) 256.000. Lo que significa que el volumen teórico total de mano de obra es de 473.000. Si se hubieran utilizado sólo trilladoras, hemos calculado que se necesitaría un total de 920.000 personas. En 1947 se había disminuido en un 51% las necesidades de mano de obra, que en términos reales, si recordamos que el total de hombres realmente contratados anualmente llegaba a 300.000, significan 150.000 empleos menos. La cosecha que en 1920 daba trabajo a 300.000 personas y 240.000 en 1930, en 1947 sólo da empleo a 147.000. En los 17 años que van de 1930 a 1947, casi 100.000 obreros agrícolas pierden su empleo. Sin embargo, hemos señalado los efectos de los factores "reemplazo" y "rotación", que hacían que entre ambos, probablemente menos de 200.000 personas

fueran ocupadas a partir de 1930. Pues bien, es probable que para 1947 menos de 100.000 personas fueran ocupadas en la cosecha del trigo.

### **Carreros y estibadores**

Habíamos calculado que durante unos 50 años al menos, unos 10.000 carreros participaron del transporte de los granos de la chacra a la estación, tanto durante las cosechas de trigo como las de maíz. Durante todo ese tiempo, el carrero resultó el auxiliar indispensable, el verdadero “rey del transporte” ... hasta 1920. Por estos años, recibirá el segundo gran sobresalto de su historia, el último...

En efecto, como ya vimos, en este año comienza una muy fuerte importación de camiones de carga que no parará hasta su completo reemplazo por el camión. De esta manera, la situación de los carreros de campaña debe haber sido muy comprometida a fines de los '20, especialmente porque los principales compradores de carros son los dueños de casas cerealistas, lo que les permite desprenderse de este molesto personaje, que no siempre pudo comprar el camión y debió contentarse con poder transportar una parte cada vez más estrecha de la cosecha. Juan Lazarte reseñaba así el fenómeno:

“Junto a la cosechadora ha venido el camión. El transporte de cereales de la chacra a los lugares de embarque se hacía con carros. En esos inmensos carros lentos y pesados. Pueblos había con 300 carreros; de cien muchos. Pues bien: el camión ha suplantado definitivamente al carro. Con los camiones se hace el trabajo de veinte carros, sin el inconveniente de los caballos, lentitud, pérdida, etc. Los carreros no han podido ni comprar camiones, ni hacerse “chauffeurs”, la mayoría ha quedado sin trabajo. Las casas comerciales (ramos generales) los han comprado y puesto al trabajo. Les resulta, pues, una enorme ganancia.”<sup>243</sup>

Qué pasó con los carreros? Algunos pudieron comprar el camión. Otros aprendieron a manejarlo y se emplearon como conductores.

“Los propietarios de camiones, en su mayoría ex carreros, creyéndose con visual superior o más astutos que sus colegas a la primera iniciativa de los capitalistas, en introducir los camiones, ellos vendieron sus carros y adquirieron camiones, aunque a plazos, si no les alcanzaba el dinero. A los primeros tiempos todo fue a pedir de boca, pero cuando la máquina entró en eso y empezó los desgaste, aparejado de roturas y su necesaria compostura, vino el desengaño y eso que aun no se ha entrado en la álgida lucha que determinará la posible extinción de los carros y que los capitalistas aprovecharán vendiendo camiones a plazos a los ex carreros, con el fin de establecer la consabida competencia y poder así, imponer a gusto y capricho, la rebaja de precio en los fletes de acarrero.”<sup>244</sup>

Los más, al parecer, simplemente desaparecieron en la corriente, cada vez más caudalosa, de la clase obrera. Sin embargo, no fue una derrota sin resistencia. A fines de los '20, cuando el problema ya estaba instalado, los carreros reaccionaron, junto con sus compañeros de infortunio y, en la cosecha 1928-29 y, de allí en adelante, hasta el fin, protagonizaron numerosas huelgas en defensa, ya no de la tarifa, sino de cuotas de carga. En efecto, como le sucederá al resto de los obreros rurales, la pelea pasará ahora por la ocupación y el empleo más que por el salario. Las casas cerealistas, camión en mano, se negaron a cualquier acuerdo y fueron reduciendo, cada vez más, el porcentaje de cosecha que permitían transportar a los carreros. Y tuvieron éxito. La derrota de los carreros esta vez fue definitiva y los que no pudieron ponerse a la altura de los cambios partieron rumbo a la fábrica y a la villa miseria.

Había acabado allí una larga, muy larga, historia de independencia y de lucha, pero empezaba otra:

“Conductores de camiones y peones ayudantes: Estos obreros, a quienes se les conchaba por mes y cuando por cualquier causa faltan a su trabajo, les descuentan el jornal, son a quienes podíamos clasificarlos en la “categoría” de los peones rurales y de estancia, salvo pequeñas diferencias, por la característica de la labor que desempeñan.”<sup>245</sup>

### 3. Cambios en la composición

En el interior de la clase obrera rural se producen transformaciones, aunque no las señaladas por Tort y Forni:

“La consecuencia de estos cambios sobre la estructura de la mano de obra ha sido importante, ha bajado considerablemente la demanda de personal poco calificado y ha emergido una nueva categoría profesional compuesto por los trabajadores capaces de manejar este parque de maquinaria.”<sup>246</sup>

La proporción de personal calificado probablemente disminuya, como veremos mas adelante, porque la cosechadora es un implemento de arrastre, como el arado o una segadora, mientras que el motor de la trilladora y la trilladora misma eran maquinaria complicada. Es así que, probablemente, el efecto haya sido exactamente el inverso. Por último, como el fenómeno no se desplegó homogéneamente en todo el espacio pampeano, hay una fuerte diferencia regional. En especial, el norte de Buenos Aires y el sur de Santa Fe permanecerán como reducto de la “vieja clase obrera

rural”, especialmente porque son áreas de fuerte producción maicera (cuya transformación técnica es más explosiva pero mucho más tardía). El sur de Buenos Aires, La Pampa y, en cierta medida, Córdoba, serán las áreas típicas de esta nueva situación del mercado de trabajo.

Examinemos con más detalle las afirmaciones de Tort y Forni. Los cambios técnicos han hecho desaparecer a un conjunto de operadores de maquinaria que exigían pericia en la conducción (segadoras, espigadoras, etc.) y las reemplaza por una máquina que exige exactamente lo mismo. El conductor de una cosechadora de arrastre necesita de los mismos conocimientos que el de una espigadora. Sin embargo, al hacer desaparecer también la trilla y el emparvado, un conjunto de actividades calificadas desaparece y con ellas sus titulares: el maquinista de la trilladora y el emparvador, sobre todo. Si vemos la cosecha del maíz nos encontraremos con que un trabajo simple (el del juntador) ha sido reemplazado por uno que no es más simple pero tampoco es mucho más complejo, el conductor de la cosechadora maicera.

En relación a carreros, la situación es la misma: manejar un carro con bueyes o caballos es bastante más complicado que manejar un camión. Idéntica cosa sucede con el estibador: si al principio, mientras la cosecha seguía manejándose en bolsa, los implementos mecánicos como el apilador perjudicaban sólo al segmento menos calificado (el hombreador), el granel va a eliminar también al más calificado (el estibador). Hay que hacer notar también que la mayor parte de los trabajos de los que hablamos requieren enorme fuerza física, elemento no tomado en cuenta nunca cuando se habla de “calificación”: no cualquiera puede ser “hombreador” o juntador de maíz, fenómeno que ha limitado el trabajo femenino e infantil en la rama.

En realidad, lo que el cambio en el parque de maquinarias ha producido es una homogeneización general de las capacidades técnicas, recluyéndolas todas en el arte de conducir la máquina, una tarea que puede asumir cualquiera que sepa manejar y para la cual se han eliminado requerimientos físico-musculares. La gran industria, entonces, habilita a una enorme masa de trabajadores para incorporarse a las tareas rurales: un adolescente que llegue a los pedales o una mujer embarazada podrán manipular millones de toneladas de cereal desde la cabina de la cosechadora, del tractor o del camión.

#### **4. Adiós, infante, adiós**

“¿Qué hacen en la actualidad los desocupados? Muchos van hacia el norte donde el problema no es tan crítico. Muchos y en su mayoría, van a la ciudad a crear un proletariado y a agudizar la desocupación. Pero dentro de algunos años, una larga caravana entrará como mercancía en los centros fabriles.”<sup>217</sup>

Esto fue dicho en enero de 1928. No es el único proceso que sacude la estructura de la clase obrera (y del resto de las clases subalternas). Fenómenos similares se dan en las canteras, donde la introducción de máquinas molidoras de piedras elimina a los viejos “cortadores”. En la ciudad misma,

la estructura del empleo se transforma, con el desarrollo de la manufactura moderna y de la gran industria en varias ramas de la producción. La clase obrera de los '30 tiene su origen en los años '20, como resultado del desarrollo capitalista local y no como resultado de un impacto externo.<sup>248</sup>

Pero la transformación más importante es otra: la desaparición de la infantería ligera del capital. La eliminación de las migraciones urbano-rurales y luego de las provincias del interior da comienzo el proceso de expulsión de mano de obra del campo a la ciudad, primera etapa de las celebres "migraciones internas" de las décadas siguientes. La pauta de empleo se vuelve más estable ahora, con una menor utilización de mano de obra, oferta de trabajo excedente y diferente organización de las tareas. Según Reboratti:

"En realidad, estas migraciones estacionales pampeanas fueron reemplazadas por otras, la de los contratistas de maquinarias que recorren toda la región pampeana al ritmo de la cosecha, por supuesto, movilizando un número mucho más reducido de migrantes."<sup>249</sup>

En palabras de Pianetto:

"La migración estacional entre campo y ciudad comienza a perder significación en forma acelerada en los primeros años de la década del '20; esto se relaciona, entre otras causas con la creciente mecanización del agro que produce una notable disminución en la utilización de mano de obra extrafamiliar en la tarea de recolección."<sup>250</sup>

Corrijamos a Reboratti: no son los contratistas la novedad sino el número de personas que ocupan. Un contratista con trilladora debe arrastrar 20 empleados tras de sí, como mínimo, mientras que con una cosechadora bastan 3 o 4. La novedad no es el contratista sino la cosechadora y su fenomenal ahorro de mano de obra.

Si leemos la siguiente fuente, entenderemos mejor otro aspecto de la nueva situación:

"Emilio V. Bunge, enero 12: No hay huelgas. El rendimiento de los trigos es fuerte y permite pagar un buen precio a los braceros, que en su casi totalidad, año tras año, son los mismos con los mismos patrones. Entre los braceros errantes, que por lo regular viajan en trenes de carga es de donde salen los descontentos; pero, debo advertir que estos son por lo general los más incapaces para el trabajo. La peonada que cada dueño de trilladora denomina su cuadrilla son casi los mismos año tras año; hombres prácticos que según la calidad del cereal suelen ganar hasta quince pesos diarios no bajando nunca de siete u ocho."<sup>251</sup>

Si estos contratistas pueden realizar su tarea con tanto personal como lleva una trilladora, cuanto mejor con una cosechadora, con todas las consecuencias económicas pero, fundamentalmente, político-sindicales. El nuevo "patrón" de cosechadora puede integrar su reducida cuadrilla con miembros de su familia o vecinos bien conocidos de su pueblo. Se acabaron aquellas gigantescas concentraciones de obreros en los pequeños pueblos de campaña. No por casualidad la región que incorpora con mayor velocidad la nueva tecnología es el sur de Buenos Aires, escenario de las mayores huelgas de braceros de la historia argentina.

Siguiendo el razonamiento, en las ciudades la composición del empleo cambia en consonancia. Ya en 1918, *La Prensa*, sintetizando los problemas que habría para conseguir mano de obra para la cosecha de ese año, destaca la importancia de un nuevo fenómeno:

"Influye también en el sentido de estas observaciones, el hecho de que con motivo del despertar industrial suscitado como medio de suplir la falta de importación de muchos artículos necesarios, ha encontrado últimamente ocupación permanente esa considerable masa sometida a paro forzoso que dio, en años anteriores una característica especial a los grandes centros de población de la República."<sup>252</sup>

Esta transformación clave en el mercado de trabajo no acontece de la noche a la mañana. Sin embargo, claramente su origen puede situarse en la década previa al '30 y coincide no sólo con el "origen" de la industrialización argentina, como ya lo señaló hace rato Villanueva, sino también con ese proceso de aumento de la composición orgánica del capital agrario. Esta coincidencia no es casual: uno empuja al otro. Desde el campo y desde la ciudad, dos procesos convergentes llevan al fin de las migraciones urbano rurales estacionales. Para 1928-30 el proceso habrá avanzado lo bastante como para que esta nueva situación se refleje en el resultado de las huelgas de braceros de 1928-9. Ahora son los obreros de los pueblos de campaña y los migrantes del interior los principales proveedores de trabajo en la cosecha. Esta situación, incluso en el último año mencionado lleva a que aun los migrantes del interior provoquen una sobreoferta de trabajo, a pesar de la expansión del área sembrada, reflejándose en los pliegos de condiciones de las huelgas mencionadas, que exigen como obligación emplear a obreros del pueblo con preferencia a los externos:

"Sindicato de Oficios Varios (Arias)

Para los colonos: En Arias, el día 30 de setiembre, ha sido aprobado el pliego de condiciones para los colonos de la cosecha por la asamblea general y es como sigue: (...) Art. 9no. No se despedirá ningún obrero sin causa justificada; los obreros tendrán que ser federados; el colono será obligado a llevar la gente del sindicato, siempre teniendo en cuenta la gente del pueblo."<sup>253</sup>

La desocupación en el campo, que no proviene de la crisis “explicálo todo” sino de este proceso de desplazamiento de trabajo vivo por trabajo muerto, entra en el conjunto de problemáticas del movimiento obrero. Así, los anarquistas tratan de llevar al campo la lucha por la jornada de 6 horas y la obligación de la “changa solidaria”:

“Necochea

También la asamblea tomó la resolución de establecer la changa solidaria obligatoria para ayudar a los desocupados. Por lo tanto, todo compañero que gane 5 jornadas por semana, está obligado a dar un día de changa a los desocupados. Las changas se repartirán por turno; así que el compañero que le toque dar la changa debe avisar al delegado, para que al día siguiente vaya el changador que está en punta de la lista que habrá en el local del sindicato ...”<sup>254</sup>

A comienzos de los ‘40 los sindicatos obreros exigirán que ni siquiera trabajen los hijos del chacarero y formarán sistemas de jurisdicciones cerradas de trabajo: en el área de dominio de un sindicato sólo podrá darse trabajo a sus miembros, por riguroso turno.<sup>255</sup>

Una segunda transformación es la nueva presencia inmigratoria, los inmigrantes de Europa Oriental. No se trata solo de un cambio de nacionalidad:

“Inmigración barata

Más de la mitad de los emigrantes europeos que llegaron a la Argentina en el año 1928 procedían de Siria, Rusia, Polonia y de varios países balcánicos, especialmente Rumania y Bulgaria. Ese hecho explica la subordinación del problema ético y étnico, muy importante para los nacionalistas, a los intereses económicos del capitalismo. La propaganda inmigratoria de los agentes del gobierno y de las empresas privadas, en las naciones europeas más empobrecidas por la última guerra, tiene esta única finalidad: reclutar brazos al menor precio posible. De ahí la preferencia para traer obreros y sobre todo campesinos de escasa cultura y de muy limitada capacidad para la lucha en el terreno económico. (...) La concurrencia de emigrantes de la Europa Central y de los Balcanes en la colonización argentina, responde al factor económico. Ahora se trata de una competencia en el mercado de brazos, donde triunfan los que poseen menos capacidad para resistir la explotación del capitalismo de aventura. Los bajos salarios facilitan la entrada al país de obreros habituados a la extrema penuria y que aceptan las más inferiores condiciones de trabajo, compitiendo con los trabajadores argentinos y con los de procedencia latina, generalmente más aptos para la lucha de resistencia gremial (...) La diversidad racial e idiomática es un obstáculo para el entendimiento de los asalariados, porque resulta difícil asimilar a elementos tan heterogéneos y más difícil aun ponerlos de acuerdo en la lucha contra el

enemigo común (...) El inmigrante italiano y español es por lo general más exigente y se encuentra en un medio más en concordancia con su psicología, por lo que desarrolla fácilmente sus aptitudes para la lucha mejorativista (...) ese hecho explica que las empresas capitalistas, favorecidas por la política inmigratoria prefieran reclutar obreros y campesinos en la Europa Central y en los Balcanes, que además de desconocer el idioma y de conservar aquí su aislamiento nacional, son fácil presa de los explotadores sin conciencia.”<sup>256</sup>

La importancia creciente de esta inmigración, especialmente de los polacos, hacia 1925, ha sido destacada por Ospital,<sup>257</sup> pero la conclusión sacada por el diario anarquista tal vez no sea del todo acertada dada la probable experiencia conflictiva de estos migrantes (baste recordar que vienen de zonas de experiencia bolchevique, incluso de algunos países donde se constituyeron republicas obreras, como Hungría) y por el hecho que la inmigración española sigue siendo numéricamente importante (pasa a ser la primera en importancia). Lo que es significativo de los nuevos tiempos es esta separación entre el observador (el anarquismo argentino) y el observado (el obrero inmigrante): está expresando la creciente “nacionalización” de la clase obrera argentina y de su movimiento obrero. En efecto, *La Protesta* distingue entre obrero argentino (es decir, nativo, italiano o español) y extranjero (de los países balcánicos). En otros momentos esta separación no hubiera sido notada (en 1920 se editan panfletos para la huelga de braceros en árabe, por ejemplo) y no hubiera sido considerada importante ya que, en última instancia, todos eran extranjeros.

El proceso de renovación tecnológica tiene su origen en la competencia capitalista, que obliga a los capitalistas individuales a elevar la productividad del trabajo. Sin embargo, la competencia entre capitalistas se resuelve siempre con un aumento de la tasa de explotación, además de que hace más tratable a la fuerza de trabajo. Esta posibilidad incentiva la innovación tecnológica, algo que era perceptible durante el ciclo huelguístico de 1917-22:

“La cosecha cerealista en el oeste (...) en diversos puntos (...) se ha cosechado con cosechadora, máquina ésta que, como es sabido, corta, trilla y embolsa automática y simultáneamente (...) Las informaciones recogidas permiten asegurar que en esta zona no habrá escasez de brazos.”

“Recolección de la cosecha (Buenos Aires, región central) (...) Los que trillan son los poseedores de cosechadoras (...) Brazos: Hay elementos necesarios para los trabajos de la cosecha ya que el agricultor la levanta por lo general con miembros de su familia siendo muy limitados los braceros que se contratan.”

“Coronel Suárez (...) Hay abundancia de obreros para la siega y la trilla acaso en razón de que aquí se ha disminuido considerablemente la necesidad de estos en virtud del sistema adoptado por la mayoría de los agricultores para la recolección, que consiste en usar máquinas cosechadoras provistas de

motores que simplifican el trabajo al extremo que el producto sale de la planta casi directamente a la pila.”

“Desvío López. Algunos colonos han adquirido para las faenas de este año las nuevas máquinas ‘Australianas’ que cortan y trillan al mismo tiempo, esperándose el resultado que dan las mismas.”<sup>258</sup>

En la experiencia de un militante anarquista figura la siguiente conclusión, muy significativa:

“En no estar de acuerdo que al colono se le cobre igual sueldo por obrero en la espigadora antigua y en la corta-trilla; sostengo que es un error el de los compañeros. (...) de manera que los camaradas agrarios cobrando en la corta-trilla lo mismo que en la espigadora antigua equivale a decir que los compañeros le han trillado y estibado el cereal gratis al colono. Con este medio equivocado de los camaradas (inconscientemente se entiende) no han hecho más que propagarle al colono la sugestionadora corta-trilla, brindándole en lo futuro mejoras sorprendentes. Ellos mismos lo dicen y aseguran introducir la mencionada máquina en la zona porque les resulta mucho más barata la mano de obra.”<sup>259</sup>

En un informe de 1924, realizado sobre las técnicas de cosecha, el agrónomo regional de La Pampa afirmaba que con la cosechadora,

“El agricultor evita la lucha con el personal, por cuanto se reduce al mínimo. La percepción del arrendamiento al tanto por ciento con el sistema de cosecha usando la cosechadora no puede ser controlada por los propietarios, razón por la cual se generaliza el arrendamiento en dinero.”<sup>260</sup>

Esto permitía a los chacareros “liberarse del control de sus patrones sobre el rinde total de la cosecha”<sup>261</sup> Reducir los salarios, controlar mejor la mano de obra estableciendo una correlación de fuerzas favorable, son resultados universales (y esperados) de cualquier proceso de incorporación de maquinaria. Escapar al control del arrendador también.

La aparición de la cosechadora de cuchilla, entonces, viene a producir un efecto contrario al que se produjo cuando apareció la trilladora. En aquel momento, como ya vimos, se trató de una expulsión “virtual” de fuerza de trabajo: la trilladora viene a crear una posibilidad productiva de otro modo imposible, en un espacio caracterizado por la ausencia de población. El resultado fue, más que la expulsión de trabajadores, su incorporación en masa a la producción. En la medida que se trata de una verdadera renovación tecnológica en el contexto de un virtual estancamiento del área sembrada en los ‘20 y un leve aumento de la productividad en los ‘30. El resultado es la reducción del empleo y la transformación del mercado de trabajo agrícola de demanda excedente de trabajo en oferta excedente.

Veamos el problema en cifras.

“Si la familia del agricultor es numerosa, el jefe y dos o más hijos ejecutan ellos mismos casi todos los trabajos referentes a la cosecha, reduciendo pues, al mínimo el número de asalariados. Si las pretensiones de los jornaleros aumentaran excesivamente, ésta sería la causa principal de la difusión de las cosechadoras, pues el agricultor que, en general es jefe de una familia numerosa haría todo lo posible por cosechar con la espigadora trilladora con el pretexto de eliminar los asalariados y al fin ser completamente libres para el corte y la trilla de las semillas finas.”<sup>262</sup>

La cita resume claramente la posibilidad abierta con la aparición de la cosechadora: eliminar la mano de obra extrafamiliar o al menos disminuir notablemente los gastos de la cosecha al eliminar buena parte del personal necesario. Todavía hay un lugar en el cual el infante puede refugiarse: la cosecha del maíz, pero será por muy poco tiempo.

Llegamos así al fin del recorrido con importantes cambios en el mercado de trabajo que resumiremos de esta manera: 1) eliminación de la movilidad estacional de tipo urbano-rural; 2) mayor importancia de la población local en las tareas; 3) persistencia, aunque disminuida, de las migraciones del interior; 4) oferta excedente de trabajo; 5) menor calificación de la mano de obra; 6) recambio en la nacionalidad de los obreros migrantes; 7) diferenciación regional de la mano de obra.

Paradójicamente, en su momento de mayor debilidad, la infantería ligera adquiere las mejores condiciones de existencia y de agremiación. Para entender las razones de esta paradoja, es necesario observar la lucha de clases a nivel nacional y de la rama en particular.

### **Trabajo y salario en los '30**

Un muy joven todavía futuro dirigente sindical revolucionario, Gregorio Flores, narraba así su experiencia:

“Empecé a ir a la juntada de maíz, en Santa Fe. En la época de la cosecha salían todos los muchachos del pueblo rumbo al campo. Era un trabajo muy pesado en un periodo del año en el que en el campo hace mucho frío, por abril o mayo. Uno agarraba las espigas de maíz para sacarles la chala, con la mano desnuda y sentía la escarcha, fría, blanca. Trabajábamos en condiciones infrahumanas, pesadísimas. Tenía una “maleta”, una bolsa enorme que había que arrastrar entre las piernas, sujeta al cuerpo con un cinto y unos ganchos. Una vez llena, se vaciaba en bolsas. El trabajo se pagaba por bolsa. Dormíamos en unos galpones de zinc. El frío que hacía era increíble. Hacíamos la cama con alfalfa y bolsas de maíz abiertas al medio y nos tapábamos con unas colchas. Si habías trabajado bien

y no eras borracho, habías cortado todo y juntado bien el maíz, el patrón te llamaba al año siguiente. Te escribía, te citaba e ibas a trabajar de nuevo. Había otros que iban a Pergamino a juntar papas. Pero yo no. A los 18 años, saqué la libreta de enrolamiento y me vine a trabajar a Buenos Aires, de peón en la construcción. Estamos en 1950, pleno gobierno peronista.”

Si en la cosecha del maíz no había cambiado nada, en las de trigo y lino, la situación es diferente, porque la desocupación deteriora gravemente su situación:

“Desocupación obrera en la provincia: Sobre este punto se leyó por secretaría el resultado de la encuesta formulada a los gremios adheridos. En primer término fue considerada la desocupación de los trabajadores rurales, según los cálculos aproximados, hay 80.000 trabajadores en la provincia que viven durante 8 meses desocupados y que sólo trabajan de 3 a 4 meses, obteniendo como máximo \$ 300, pero que en la mayoría de los casos no excede de \$ 180, con lo que deben vivir todo el año.”<sup>263</sup>

Una cita resume un hecho verdaderamente inusual: “Cuando no hay cosecha son muchos los hombres, mujeres y niños que deambulan por las chacras exigiendo mendicidad.”<sup>264</sup> Curiosamente, la noticia es de diciembre, cuando se supone que todo el mundo debería estar trabajando...

La situación de los carreros se tornó de grave en enfermedad terminal:

“La lucha que se entabló entre ambos medios de transporte, agudizada por los efectos deprimentes de la crisis, tuvo por resultado una rebaja considerable de las tarifas de acarreo. Las tarifas para el acarreo de cereal de la chacra a la estación (distancia que se puede calcular en 3 leguas por término medio), representaban e el año 1925 la cantidad de \$ 0.45 por cada 100 kilos y en 1934 \$ 0.22 por igual servicio. Si recordamos que la producción de trigo, lino, maíz y avena del quinquenio de 1931-35 arroja un promedio anual de 18.166.763 toneladas y deducimos de esta cifra un 5 % en concepto de cereal retenido en las chacras para semilla, quedándonos un remanente de 17.258.425 toneladas, nos hallaremos en condiciones de verificar que el acarreo de esta masa de cereal habría costado en 1925 \$ 77.762.912.50, mientras que en 1934 se redujo a sólo \$ 37.978.535, con una economía de 39.784.377.50 en provecho de la burguesía agropecuaria.”<sup>265</sup>

La situación de los estibadores, ya a mitad de los '30 no era menos desesperante:

“Los trabajadores ocupados en las labores de carga, descarga, seca, limpieza y clasificación del cereal, así como en otros trabajos accesorios que se realizan en los galpones y depósitos de las estaciones de embarque, fueron desplazados también en gran número en los últimos años por los modernos

elevadores de granos, que ejecutan todas aquellas operaciones mediante los nuevos sistemas de manipulación mecánica. Este hecho, sumado a los efectos de la crisis, ha ocasionado la baja de los salarios de estos trabajadores.

(...) la economía realizada en estas tareas a expensas de las masas jornaleras, alcanza a unos 5 centavos por quintal de grano. Podemos apreciar también en otros 5 centavos por quintal el "reajuste" que se ha llevado a cabo en los sueldos del personal de las casas cerealistas de campaña (personal burocrático, apuntadores, entregadores, galponeros o recibidores, etc.). Estas cifras, insignificantes en apariencia, equivalen, sin embargo, a 1 peso por tonelada, y sobre la cantidad de cereal manipulado representan una economía de \$ 17.258.425 moneda nacional."<sup>266</sup>

Una fuente más impresionista describe la situación con este dramatismo:

"La situación del peón rural argentino asume en estos momentos contornos de verdadera tragedia. Cada día crece el número de peones rurales desocupados a causa del incremento que alcanza el empleo de los medios mecánicos. El tractor hace el trabajo de tres hombres, la cosechadora hace el trabajo de 18 a 20 hombres, los elevadores de granos suprimen a los hombreadores de bolsas, la cinta eléctrica permite hacer grandes pilas de bolsas con el auxilio de poquísimos hombres, la máquina de cosechar maíz quitará el trabajo a muchas decenas de miles de familias rurales, el camión está anulando a los carreros fletadores, etc. La inquietud del peón rural crece por instantes ante el continuo progresar de la mecánica agrícola."<sup>267</sup>

Los salarios describen, obviamente una curva en franco descenso, ubicando a las remuneraciones agrarias en los niveles más bajos en relación al resto de las actividades. Se acabaron las épocas en las cuales la súper explotación podía cambiarse por un salario aceptable para las capas más pobres de la clase obrera. Ahora era el salario propio de esas capas. Boglich ha sintetizado el "aporte" de la clase obrera rural a la superación de la crisis del '30:

"En grado infinitamente mayor que todo el enjambre de leyes "protectoras" de la producción y de los productores, fueron las "economías" realizadas sobre los asalariados las que proporcionaron a la burguesía agraria argentina los elementos que le permitieron afrontar con éxito los reveses de la crisis, sin que aquella se viese forzada a hacer abandono de la producción, salvo en uno que otro caso aislado."<sup>268</sup>

Y aclara:

“Recapitulando lo expuesto, y sumando las cifras de los “reajustes” verificados en las ramas de cultivo de la tierra, cosecha y trilla de cereal fino, recolección y desgrane de maíz, acarreo y manipulación del cereal, realizadas por trabajadores asalariados, nos encontramos frente a la fabulosa cifra anual de \$258.772402,46 moneda nacional. Para simplificar nuestro cálculo nos hemos limitado a considerar únicamente la producción de cuatro cereales básicos: trigo, lino, maíz y avena, tomando las cifras medias del quinquenio de 1931 y 1934, y ello es suficiente para proporcionarnos un índice de la importancia que revisten las rebajas de salarios para la economía de la clase capitalista de nuestro país. Para completar nuestro análisis, cabría considerar igualmente el cultivo de otros cereales, como la cebada, el centeno y el alpiste, cuya siembra abarca alrededor de 1.500.000 hectáreas, con una producción de 1.000.000 de toneladas como asimismo el cultivo de hortalizas, forrajes, árboles frutales, plantas y industriales, etc. (...)

El mantenimiento de la producción agrícola normal a costa de la rebaja de los salarios, por una parte y la suba de los precios de los cereales y el lino, por otra, sin que de esta revalorización mercantil de los productos agrícolas se haya hecho partícipe al proletariado rural mediante el aumento de los jornales, han permitido a la burguesía agraria argentina recuperar su equilibrio económico y volver a constituir un mercado de alto poder adquisitivo para los demás sectores de la burguesía.”

Corroborándolo, el *Anuario* del Ministerio de Agricultura de 1934-35, afirmaba que

“La reducción que se ha venido operando en los gastos de producción agrícola durante estos últimos años y que para la campaña 1932-1933 alcanzara un límite que parecía difícil de superar, hizo que el agricultor, ante la imposibilidad de producir a un precio que sin tener la pretensión de que fuera remunerador, por lo menos los gastos de la explotación, adoptara aquellos métodos que la experiencia y la técnica aconsejaban seguir por ser los más eficaces y rendidores. (...)

El uso de la máquina cosechadora, cada vez más generalizado, es otro de los factores que ha influido en la reducción del costo. Aún cuando la cosecha de los cereales finos no se efectúe en su totalidad con esa clase de máquina, existe un porcentaje grande de agricultores que emplean ese sistema, sobre todo en las zonas de mayor producción cerealista de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, siendo en una proporción menor en Entre Ríos y La Pampa. Vemos así como en estas dos últimas zonas, los gastos de cosecha son los más elevados que se registran, en parte en razón de la desventaja que representa el empleo de la espigadora.

La menor utilización de la mano de obra -operada en razón de que el agricultor trata en lo posible de bastarse a sí mismo, contando para ello con la colaboración de sus familiares- trajo aparejada la reducción de los salarios y sueldo del peón fijo. También se han operado reducciones en los gastos de manutención y vestuario, por el menor precio de los artículos alimenticios y sencillez de las prendas

empleadas. El precio de la trilla como así el del acarreo, han experimentado rebajas que concurren a disminuir los gastos totales.<sup>269</sup>

## Notas

<sup>1</sup>Lahitte, *Informes...*, op. cit., p. 464-466; *LV*, 24/9/05, p. 1; Gagnard, Romain: *La pampa argentina*, Solar, Bs. As., 1989, p. 436; Pianetto, op. cit., p. 302; Cortés Conde, Roberto: *El progreso argentino. 1880-1914*, Sudamericana, Bs. As., p. 200; BDNT, n° 18, p. 605-606; Pucciarelli, op. cit., p. 263; Ortiz, Ricardo: *Historia económica de la Argentina*, Plus Ultra, Bs. As., 1987, p. 541-2.

<sup>2</sup>Según Raña, el 25 de noviembre comenzaba la siega en Entre Ríos, fecha que puede considerarse característica de todo el norte. La de finalización de la cosecha surge de los diarios de la época. Raña, op. cit., p. 124.

<sup>3</sup>Según Miatello, "Las trilladoras inician su tarea en la provincia a los veinte días de haberse iniciado el corte en años normales; pero, a veces, a causa del atraso en la cosecha, o del mal tiempo, suelen retardar algunos días más la salida, que puede prorrogarse hasta fines de diciembre, como ha sucedido en 1902-03. Durando la tarea de 40 a 60 días, resulta que las últimas parvas quedan en pie hasta más de dos meses." Véase Miatello, op. cit., p. 249-65. Lahitte coincide en 50 días en la duración de la "campana" de la trilladora. Lahitte, *Informes...*, p. 254-55.

<sup>4</sup>La siega en el norte comenzaba a fines de noviembre, hacia el 25 en Entre Ríos, (véase nota anterior, afirmación de Raña), el 28 en Córdoba (*LP*, 29/11/02, p. 4), a comienzos de diciembre en Santa Fe (*LP*, 5/12/04, p. 5), hacia el 10 de diciembre en Pampa Central (*LP*, 17/12/02, p. 4 y 8/12/04, p. 6), el 15 en Coronel Suárez (*LP*, 3/12/03, p. 4) y en la misma fecha en Cascallares, en el extremo sur de la provincia (*LP*, 8/12/03, p. 5). Hacia la mitad de enero se terminaba el emparvado y la trilla estaba en pleno en todo el sur (*LP*, 25/1/21, p. 13).

<sup>5</sup>Miatello cuenta 7 obreros para las espigadoras y 8 para las segadoras atadoras, lo que parece poco. Lahitte admite 10 y 11 respectivamente, pero tiene el cuidado de rescatar la diferente productividad por ha. de cada una (12 y 6 has. por día respectivamente). Sobre esta base calcula un promedio de 1.25 jornales por ha.

<sup>6</sup>Si bien calculamos como mínimo 20 días de siega, con lo que, *teóricamente*, el obrero que comenzara a segar en el norte el 20 de noviembre podía estar en el sur el 10 de diciembre, debe recordarse que el tiempo real de siega llegaba, por lo menos, a un mes, contando días perdidos por mal tiempo y desplazamiento de los obreros en el norte (cada obrero debe haber rotado por lo menos en dos máquinas, antes de partir al sur). Esto significa que todavía a fines de diciembre se está terminando la siega en el norte cuando ya lleva unos 10 a 15 días en el sur.

<sup>7</sup>Hay que recordar que en la siega suele participar una cantidad difícil de precisar de mano de obra familiar, que se vuelve insignificante en la trilla.

<sup>8</sup>Tomamos 9 como cifra característica de empleos por máquina segadora promediando las estimaciones de Miatello (7 par espigadoras y 8 para segadoras) y Lahitte (10 y 11 respectivamente).

<sup>9</sup>*LP*, 20/3/20.

<sup>10</sup>Miatello, op. cit., p. 217-220.

<sup>11</sup>Nario, Hugo: *Bepo. Vida secreta de un liniero*, CEAL, Bs. As., 1988, p. 40

<sup>12</sup>La variación de la producción maicera es muy fuerte año a año. Véase SRA, *Anuario*, 1928. Una comprobación de lo acertado de estas cifras lo da el que, para cuando la producción llegue a las 9.000.000 de toneladas, técnicos del Ministerio de Agricultura calcularán 250.000 empleos, y 123.000 para un tonelaje de 4.400.000. Véase *Análisis...*, p. 30. No entendemos de dónde saca Coscia 500 a 600.000 empleos necesarios para 9.000.000 de toneladas. Coscia, Adolfo: *El desarrollo maicero argentino (cien años de maíz en la Pampa)*, Hemisferio Sur, Bs. As., 1980.

<sup>13</sup>Raña, op. cit., p. 177-182.

<sup>14</sup>Mihura, op. cit., p. 20.

<sup>15</sup>Cortés Conde, op. cit., p. 191-192.

<sup>16</sup>Zevallos, op. cit., p. 217-218.

- <sup>17</sup>Lahitte, *Informes...*, p. 464-466.
- <sup>18</sup>Bialet Masse, Juan: *El estado de las clases obreras argentinas a comienzos de siglo*, Prólogo y notas de Luis A. Despontin, Universidad Nacional de Córdoba, Dirección General de Publicaciones, Córdoba, 1968. p. 94.
- <sup>19</sup>Zevallos, op. cit., p. 27-28.
- <sup>20</sup>Sabato, Hilda: *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar 1850-1890*, Sudamericana. Bs. As., 1989, p. 115-17.
- <sup>21</sup>Hay muchas historias exitosas de inmigrantes en la agricultura, que para esta época ya son más difíciles. Véase el caso de don Giuseppe en Daireaux, op. cit., p. 231.
- <sup>22</sup>Ave Lallemand, Germán: "Progresos en la Argentina", en *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina*, p. 181.
- <sup>23</sup>Marchevsky, op. cit., p. 24.
- <sup>24</sup>Gonzalez, Ricardo: *Los obreros y el trabajo. Buenos Aires, 1901*, CEAL, (Historia Testimonial Argentina. nro. 14), Bs. As., 1984, p. 13.
- <sup>25</sup>Idem p. 64 y *LPro*, 14/11/03, p. 3.
- <sup>26</sup>*LP*, 1/104, p. 2.
- <sup>27</sup>Bialet Massé, op. cit., p. 112.
- <sup>28</sup>Ibid., p. 94.
- <sup>29</sup>*LV*, 14/1/04, p. 1.
- <sup>30</sup>*LPro*, 1/2/05, p. 3.
- <sup>31</sup>Justo, Juan B.: *El programa socialista del campo*, La Vanguardia, Bs. As., 1915, p. 28-29.
- <sup>32</sup>*LP*, 22/11/03, p. 4.
- <sup>33</sup>*LP*, 8/12/04, p. 6.
- <sup>34</sup>Miatello, op. cit., p. 114-5.
- <sup>35</sup>Lahitte, *Informes...*, op. cit., p. 38-9.
- <sup>36</sup>Pianetto, op. cit.
- <sup>37</sup>*LV*, 13/2/04, p. 2.
- <sup>38</sup>*LPro*, 2/11/04, p. 1.
- <sup>39</sup>*LP*, 27/11/02, p. 4.
- <sup>40</sup>BDNT, n° 42, 1917, *Anuario Estadístico*, p. 203.
- <sup>41</sup>*LC*, 24/11/20, p. 4 y 8. Lo mismo también en Colonia Belgrano 30/11/20, p. 7
- <sup>42</sup>*LC*, 25/11/20.
- <sup>43</sup>*LC*, 30/11/20, p. 4.
- <sup>44</sup>Véase por ejemplo, *LV*, 8/11/11, p. 1.
- <sup>45</sup>Bialet Massé, op. cit., p. 47.
- <sup>46</sup>BAG, 1901, año 1, n° 4, p. 13.
- <sup>47</sup>*LP*, 19/12/03, p. 7.
- <sup>48</sup>*LP*, 3/12/03, p. 4.
- <sup>49</sup>*LPro*, 2/11/04, p. 1.
- <sup>50</sup>BAG, 1901, Año n°. 4, p. 13.
- <sup>51</sup>Idem.
- <sup>52</sup>Recordemos también que no todos los "consejos" de los "especialistas" eran correctos. "Arar hondo". por ejemplo, una de las consignas más populares de los técnicos del Ministerio de Agricultura, era un disparate ecológico que por una u otra razón (y afortunadamente) los chacareros nunca seguían.
- <sup>53</sup>Garavaglia, op. cit., p. 196.
- <sup>54</sup>Parchappe, op. cit., p. 11.
- <sup>55</sup>Arcondo, op. cit., p. 26.
- <sup>56</sup>*La Libertad*, citado por Bagú, en Pianetto, op. cit., p. 300.
- <sup>57</sup>Reinal O'Connor, Arturo: *Paseos por las colonias*, Casa Editora Tommasi, Bs. As., 1908.
- <sup>58</sup>*LP*, 26/11/02, p. 6. Para la misma provincia puede verse 29/11/02, p. 4 y 16/11/03, p. 5.
- <sup>59</sup>*LP*, 20/11/03, p. 6.
- <sup>60</sup>*LP*, 1/12/02, p. 4.
- <sup>61</sup>*LP*, 19/11/03, p. 6.
- <sup>62</sup>*LP*, 26/11/03, p. 8.
- <sup>63</sup>*LP*, 3/12/03, p. 4.
- <sup>64</sup>*LP*, 4/12/03, p. 5.
- <sup>65</sup>Miatello, op. cit., p. 118.

- <sup>66</sup> *LPro*, 27/10/04, p. 1.
- <sup>67</sup> Scarzanella, op. cit., p. 145-146.
- <sup>68</sup> Miatello, op. cit., p. 114-118.
- <sup>69</sup> Scobie, James: *Revolución en las Pampas*, Ediciones Solar, Bs As, 1982, p. 79-80.
- <sup>70</sup> "La agitación agraria. Hay que prevenirse", *Chacabuco*, n° 1688, 24 de diciembre de 1921.
- <sup>71</sup> Lozza, op. cit., p. 175.
- <sup>72</sup> "Report by Mr. Henry Woolfe on Transportation of Wheat in the Argentine Republic", Washington. 1896, citado por Gallo, Ezequiel: *La pampa gringa*, Sudamericana, Bs. As., 1983, p. 229. Curiosamente Gallo menciona a los "golondrinas" como trabajadores que vienen a la Argentina por "los tres años" de la cosecha. Supongo que quiso decir "meses".
- <sup>73</sup> *Loo*, 20/12/19 pág 1 *Loo*, 26/6/20 pág 1. Por la misma época Repetto menciona también la desaparición del "golondrina". Repetto, op. cit., p. 130.
- <sup>74</sup> Scarzanella, op. cit., p. 148, nota 72.
- <sup>75</sup> *LP*, 21/8/01, citado en González, Ricardo: *Los obreros y el trabajo*, CEAL. Bs. As., 1984, p. 23.
- <sup>76</sup> Scarzanella, op. cit.
- <sup>77</sup> *L' Operaio Italiano*, Anno XX, n° 154, venerdì 1 Luglio 1892 y Cortés, Conde: *El progreso argentino, 1880-1914*, Sudamericana, Bs. As., 1979, p. 214.
- <sup>78</sup> Molina Nadal, Enrique: *El emigrante en América*, Establecimiento tipográfico Antonio Marzo, Madrid, 1913.
- <sup>79</sup> *Ibid.*, p. 234-235.
- <sup>80</sup> Bevione, G.: *L'Argentina*, Fratelli Bocca Editori, Milano-Roma, 1911, p. 130.
- <sup>81</sup> *La Tierra*, 16/2/17.
- <sup>82</sup> Pianetto (1984), p. 310.
- <sup>83</sup> Raña, op. cit., pág 124-55.
- <sup>84</sup> Miatello, op. cit., pág 430.
- <sup>85</sup> Raña, op. cit.
- <sup>86</sup> *LV*, 10/9/04 pág 2.
- <sup>87</sup> Justo, *El programa...*, op. cit., pág 9-10.
- <sup>88</sup> *Bandera Proletaria*, 19/6/26 pág 1.
- <sup>89</sup> *LV*, enero 1929.
- <sup>90</sup> Boglich, José: *La cuestión agraria*, Bs. As., 1935 pág 237-41.
- <sup>91</sup> *LV*, 4/2/39 pág. 10.
- <sup>92</sup> *LV*, 10/4/35 pág 7.
- <sup>93</sup> *Loo*, 22/3/19 pág 3.
- <sup>94</sup> Concolorcorvo, *El lazarillo de ciegos caminantes*, Editora Nacional, Madrid, 1980 p. 126.
- <sup>95</sup> Garavaglia, Juan Carlos: *Mercado interno y economía colonial*, Grijalbo, Mexico, 1983, p. 453.
- <sup>96</sup> Patroni, A.: "Los trabajadores en la Argentina" en V. O. García Costa, *Adrián Patroni y "Los trabajadores en la Argentina"*, Ceal, Bs. As., (1990), p. 200.
- <sup>97</sup> Daireaux, Godofredo: *Tipos y paisajes criollos*, Biblioteca de La Nación, Bs. As., 1913.
- <sup>98</sup> Boglich, op. cit., p. 239.
- <sup>99</sup> Miatello, op. cit., 1904, p. 249-65.
- <sup>100</sup> Lahitte, *Informes...*, op. cit.
- <sup>101</sup> *La Tierra*, 30/1/20.
- <sup>102</sup> *Loo*, 9/4/21, p. 3.
- <sup>103</sup> *Loo*, 19/6/20, p- 4.
- <sup>104</sup> Sociedad Gremial Unión Propietarios de Carros: *Estatutos*, Gral. Levalle, 1920, art. 27, p. 10.
- <sup>105</sup> Gramsci, Antonio: *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Bs. As., Nueva Vision, 1972, p. 12.
- <sup>106</sup> Riera Diaz, Laureano: *Memorias de un luchador social*, Edición del autor, Bs. As., 1979 (tomo 1) y 1981 (tomo 2), p. 136 y 158-59.
- <sup>107</sup> Entrevista a Roque Gardella, peón rural.
- <sup>108</sup> *LPro*, enero de 1918.
- <sup>109</sup> Nario, op. cit., p. 38.
- <sup>110</sup> *Idem*, p. 37-38.
- <sup>111</sup> *LP*, 4/2/04, p. 6.
- <sup>112</sup> Shaikh, Anwar: *Valor, acumulación y crisis*, Ediciones ryr, Bs. As., 2004.
- <sup>113</sup> BDNT, n° 18, p. 605-606.
- <sup>114</sup> Panettieri, Jose: *El paro forzoso en la Argentina agroexportadora*, CEAL, Bs. As., 1988, p. 5.

- <sup>115</sup>Bialet Masse, op. cit., p. 114.
- <sup>116</sup>LP, 16/11/03, p. 5.
- <sup>117</sup>LP, 27/11/03, p. 1; 21/11/03, p. 6; LPro, 28/11/03, p. 4.
- <sup>118</sup>LV, 7/1/05, p. 1.
- <sup>119</sup>LV, 13/12/19, p. 5.
- <sup>120</sup>AGNMI, Exp. n° 58, Legajo 17.034.
- <sup>121</sup>LP, 26/4/03, p. 8; LPro, 19/12/03, p. 4; LP, 25/12/03, p. 7; 26/12/03, p. 4.
- <sup>122</sup>LPro, 9/1/18, p. 3.
- <sup>123</sup>LV, 2/12/11, p. 2.
- <sup>124</sup>LPro, 28/9/04, p. 1.
- <sup>125</sup>Bialet Masse, op. cit., p. 470.
- <sup>126</sup>LP, 26/12/21, p. 3.
- <sup>127</sup>LP, 1/12/21, p. 1.
- <sup>128</sup>Girbal de Blacha, Noemí: *Historia de la agricultura argentina a fines del siglo XIX (1890-1900)*. FECYC. Bs. As., 1982, p. 166.
- <sup>129</sup>Rosoli, Gianfausto: "Le organizzazione cattoliche italiane in Argentina e l'assistenza agli emigrati italiani (1875-1915)", en *Studi emigrazione*, n° 75. Centro Studi Emigrazione, Roma, 1984, p. 389-90.
- <sup>130</sup>LP, 15/11/19, p. 14.
- <sup>131</sup>BDNTAET, 1914.
- <sup>132</sup>LP, 11/12/18, p.5.
- <sup>133</sup>LPro, 18/11/17; 14/9/17, p. 2; 3/2/18, p. 1; LV, 6/12/17 y 14/11/17, p. 10. También LOO, 15/2/19, p. 4.
- <sup>134</sup>LP, 10/11/17, p. 10; 13/11/17, p. 6; 11/12/18.
- <sup>135</sup>BMDGE Y DPT, 1920, n° 207, p. 121.
- <sup>136</sup>LP, 4/11/19, p. 15 y LP, 1/1/20 p. 15; LR, 7/1/20, p. 3; ASR, 1920, n° 4, vol. LIV, 1/3/20, p. 5.
- <sup>137</sup>LV, 10/1/20, p. 5.
- <sup>138</sup>Los datos de este acápite han sido tomados de Gallo, op. cit., cap. V.
- <sup>139</sup>*The Economist*, 9/5/91, en Gallo, op. cit., p. 228.
- <sup>140</sup>Lahitte, *Informe...*, op. cit., p. 464-466.
- <sup>141</sup>Scobie, op. cit., cuadro 1.
- <sup>142</sup>Miatello, op. cit., p. 344.
- <sup>143</sup>LV, 20/9/02, p. 1 y también, LV, 9/8/02.
- <sup>144</sup>LP, 5/11/02, p. 5.
- <sup>145</sup>LPro, 19/12/03, p. 4.
- <sup>146</sup>Odone, op. cit., p. 23-25.
- <sup>147</sup>Bilsky, op. cit., p. 12.
- <sup>148</sup>Di Tella y Zymelman, op. cit., p. 230.
- <sup>149</sup>LP, 17/12/03, p. 6.
- <sup>150</sup>LP, 13/12/03, p. 6; 8/12/03, p. 5; 4/12/03, p. 5; 3/12/03, p. 4; 2/12/03 p. 6; 27/11/03, p. 1; 1/1/04, p. 5.
- <sup>151</sup>LPro, 10/5/04, p. 1.
- <sup>152</sup>LP, 1/1/04, p. 25.
- <sup>153</sup>Bunge (1920), p. 156-160.
- <sup>154</sup>Randall, Laura: *Historia economica de la Argentina en el siglo XX*, Amorrortu, Buenos Aires, 1983, p. 244 y Dorfman, Adolfo: *Historia de la industria argentina*, Bs. As., Hyspamerica, 1986, p. 306, cuadro n° 43.
- <sup>155</sup>Di Tella y Zymelman, op. cit., p. 324.
- <sup>156</sup>Repetto, op. cit., p. 130.
- <sup>157</sup>LP, 10/11/17, p. 10. Véase también LP, 5/11/17, p. 9 y 13/11/17, p. 6 y 11/11/17, p. 8.
- <sup>158</sup>LP, 15/11/17, p. 9.
- <sup>159</sup>LPro, 14/9/17, p. 2.
- <sup>160</sup>LPro, 4/12/17, p. 1; 18/11/17, p. 4; 28/11/17, p. 1.
- <sup>161</sup>LP, 11/12/18, p. 5.
- <sup>162</sup>LPRO, 21/12/04; 25/12/04; 22/11/04; 29/10/04; LP, 6/12/04.
- <sup>163</sup>En 1911, a raíz de una disputa relacionada con aspectos técnicos de las normas de salubridad, quedó interrumpida la inmigración desde Italia, lo que afectó la cosecha de 1911-1912. Scobie, op. cit. p. 104.
- <sup>164</sup>Cortés Conde, op. cit., cap. IV y Bunge, Alejandro: *Los problemas economicos del presente*, Bs. As., 1920.
- <sup>165</sup>BMDGE y DPT, 1914, n° 170, p. 14-15.
- <sup>166</sup>LOO, 30/11/18; Gordillo, op.cit., p. 32.

- <sup>167</sup>BAG, 1902, p. 1414.
- <sup>168</sup>Citado por Pianetto, op. cit., p. 302.
- <sup>169</sup>Scobie, op. cit., p. 104-105.
- <sup>170</sup>L00, 5/4/19, p. 4.
- <sup>171</sup>Repetto, op. cit., p. 130.
- <sup>172</sup>Bialet Masse, op. cit., p. 448.
- <sup>173</sup>LPRO, 18/1/02, p. 3-4.
- <sup>174</sup>Rodriguez Tarditi, J.: "Los trabajadores del campo", en *Revista de Ciencias Economicas*, vol. 26, junio 1926, p. 387.
- <sup>175</sup>Lahitte, *Informes...*, p. 254-255 y Bialet Massé, op. cit., p. 113.
- <sup>176</sup>LP, 4/2/04, p. 6.
- <sup>177</sup>LPRO, 3/1/28 y enero 1918.
- <sup>178</sup>LPRO, 2/12/17, p. 2.
- <sup>179</sup>LV, 25/7/03, p. 2.
- <sup>180</sup>Miatello, op. cit., p. 114-118.
- <sup>181</sup>LPRO, 4/1/18, p. 2.
- <sup>182</sup>Miatello, op. cit., p. 506.
- <sup>183</sup>Ibid.
- <sup>184</sup>LPRO, 4/1/18, p. 2.
- <sup>185</sup>LPRO, enero de 1918.
- <sup>186</sup>Nario, op. cit., p. 61.
- <sup>187</sup>Los "pliegos de condiciones" contenían el conjunto de demandas que los obreros presentaban a los patronos al comienzo de cada huelga.
- <sup>188</sup>Miatello, Hugo: *El hogar agrícola*, Océano, Bs. As., 1915, p. 16 e *Investigación...*, op. cit., p. 404 y LV, 10/9/04, p. 2.
- <sup>189</sup>BP, 28/4/28, p. 3.
- <sup>190</sup>Riera Díaz, Laureano: *Memorias de un luchador social*, Edición del autor, Bs. As., 1979 (tomo 1) y 1981 (tomo 2), tomo 1, p. 159.
- <sup>191</sup>LPRO, 19/11/19, p. 3.
- <sup>192</sup>Bialet Massé, op. cit., p. 115.
- <sup>193</sup>Borda, Ángel: *Perfil de un libertario*, Editorial Reconstruir, Bs. As., 1987, p. 101-102.
- <sup>194</sup>LV, 13/2/04, p. 2.
- <sup>195</sup>Nario, op. cit., p. 41.
- <sup>196</sup>Bialet Massé, op. cit., p. 110.
- <sup>197</sup>LV, 20/4/01, p. 2.
- <sup>198</sup>BP, 19/6/26, p. 1.
- <sup>199</sup>Nario, op. cit., p. 61.
- <sup>200</sup>Chacabuco, 19/3/19, p. 1.
- <sup>201</sup>Pisano, J.: *El proletariado rural*, Tesis presentada para optar al grado de Dr. en jurisprudencia, UBA, 1907.
- <sup>202</sup>LP, 3/12/03, p. 4; LPRO, 2/11/04, p. 1; LP, 18/1/04.
- <sup>203</sup>LPRO, 2/12/17, p. 2.
- <sup>204</sup>Bialet Massé, op. cit., p. 115.
- <sup>205</sup>Oddone, J.: *Gremialismo proletario argentino*, Ed. La Vanguardia, Bs. As., 1949, p. 132-133.
- <sup>206</sup>Bialet Massé, op. cit., p. 114.
- <sup>207</sup>BP, 17/1/25, p. 4.
- <sup>208</sup>Riera Díaz, op. cit., p. 159.
- <sup>209</sup>Peter, José: *Crónicas proletarias*, Esfera, Bs. As., 1968, p. 18.
- <sup>210</sup>LV, 5/2/11, p. 2.
- <sup>211</sup>Bialet Massé, op. cit., p. 117-118.
- <sup>212</sup>BP, 19/6/26, p. 1.
- <sup>213</sup>BP, 3/1/25, p. 2.
- <sup>214</sup>Repetto, op. cit., p. 139-140.
- <sup>215</sup>LPRO, 15/12/17, p. p. 3.
- <sup>216</sup>Riera Díaz, op. cit., p. 175.
- <sup>217</sup>LV, 6/1/29, p. 10.
- <sup>218</sup>BDNT, n° 8, 1909, p. 69-70.

- <sup>219</sup> LCR, 20/12/28, p. 11.
- <sup>220</sup> MASPI (1924b), p. 78.
- <sup>221</sup> LP, 13/2/20, p. 4.
- <sup>222</sup> Dickmann, Enrique: *Recuerdos de un militante socialista*, Ed. La Vanguardia, 1949, p. 45-48.
- <sup>223</sup> MASPI (1924), p. 20-23.
- <sup>224</sup> Recalde, Héctor: *La higiene y el trabajo (1870-1930)*, CEAL, Bs. As., 1988, p. 127.
- <sup>225</sup> LVI, 6/1/29, p. 10.
- <sup>226</sup> *Diario de Sesiones* (1920), p. 407-409.
- <sup>227</sup> *Diario de Sesiones* (1918), 29/5/18, 6ta. sesión ordinaria.
- <sup>228</sup> Moret, Carlos: *Leyes del trabajo* (compilación), 1936, p. 564 y ss. y *Diario de Sesiones*, 1928, p. 342-343 y 60-62, sancionada como ley ese año junto con un proyecto de habitación higiénica.
- <sup>229</sup> Ver Ascolani, Adrián: "Orígenes de la legislación laboral agraria en Argentina. Vinculaciones con la política y la economía (1900-1930)", en Universidad Nacional de Rosario, Escuela de Historia: *Anuario*, n° 16, Rosario, 1995.
- <sup>230</sup> Justo, Juan B.: *El programa...* op. cit., p. 8
- <sup>231</sup> *La Prensa*, 18/12/21.
- <sup>232</sup> "Estatuto del peón". Unsain, Alejandro: *Ordenamiento de las leyes obreras argentinas*. El Ateneo, Bs. As., 1952, p. 199.
- <sup>233</sup> Adrián Ascolani certifica esta magra cosecha legal y agrega algunos ejemplos más en "Orígenes de la legislación laboral agraria...", op. cit. Señala como logros de la legislación la ley de descanso dominical y la de responsabilidad por accidentes de trabajo, el decreto de inspección de calderas y pericia de los maquinistas, la ley de trabajo de mujeres y menores, de 1924, y la que obligaba a pagar los salarios en efectivo. En realidad, la mayor parte de estas disposiciones no se aplican a todos los obreros rurales (queda siempre afuera el bracero) o tienen características represivas. No coincidimos tampoco con su conclusión: "Al autoexcluirse el movimiento obrero de la discusión legislativa, ésta desarrolló espacio en el interior del sistema político y a nivel corporativo. Los beneficios que finalmente el Estado concedió a los obreros rurales no fueron los exigidos por los propios obreros a través de la acción sindical, sino que se redujeron a lo más moderado de los proyectos elaborados por las organizaciones intermedias no obreras y partidos políticos". Ascolani parece echarle la culpa a las organizaciones obreras de la falta de legislación, cuando al mismo tiempo señala que de no ser por la actividad sindical no hubiera pasado absolutamente nada. En realidad, como veremos más adelante, si hay algo que achacarle a la FORA IX en particular es precisamente su excesivo compromiso institucional.
- <sup>234</sup> Di Tella y Zymelman, op. cit., p. 368.
- <sup>235</sup> Randall, op. cit., p. 244.
- <sup>236</sup> LP, 21/12/21, p. 10.
- <sup>237</sup> LPro, 29/12/29, p. 4.
- <sup>238</sup> Lpro, 14/4/28, p. 2.
- <sup>239</sup> LP, 29/11/28, p. 10; LVI, 7/12/28; CSDSPC, 1928, p. 60-62 y 342-346.
- <sup>240</sup> LP, 8/11/28.
- <sup>241</sup> Pucciarelli, op. cit. p. 143.
- <sup>242</sup> BP, 4/1/28, p. 1.
- <sup>243</sup> BP, 4/1/28, p. 1.
- <sup>244</sup> BP, 20/10/28 pág 2.
- <sup>245</sup> Ibid.
- <sup>246</sup> Tort y Forni, op. cit., p. 525
- <sup>247</sup> BP, 4/1/28, p. 1.
- <sup>248</sup> Procesos similares se viven en gráficos, calzado, confección y otras ramas. Véase Bil, op. cit., Kabat, op. cit. y Pascucci, op. cit.
- <sup>249</sup> Reboratti, Carlos: *Peón golondrina: cosechas y migraciones en la Argentina*, CENEP, (Cuaderno n° 24), Bs. As., 1983, p. 6-7.
- <sup>250</sup> Pianetto, op. cit., p. 303.
- <sup>251</sup> ED, 12/1/20, p. 4.
- <sup>252</sup> LP, 11/12/18, p. 5.
- <sup>253</sup> LPro, 28/11/28, p. 4.
- <sup>254</sup> LPro, 10/4/28, p. 1; 6/4/28, p. 1; 5/4/28, p. 3; 15/4/28, p. 1 y 21/5/30, p. 3 y LPro, 24/2/29, p. 3.
- <sup>255</sup> Mascali, op. cit.
- <sup>256</sup> LPro, 15/1/29, p. 1

- <sup>257</sup> Ospital, M. Silvia: *Estado e inmigracion en la decada del '20*. CEAL, Bs. As., 1988.
- <sup>258</sup> *LC*, 27/11/20, p.8.
- <sup>259</sup> *LV*, 8/11/11, p. 1.
- <sup>260</sup> MA-SPI (1925), p. 14.
- <sup>261</sup> *LV*, 21/1/29, p. 6.
- <sup>262</sup> MA-SPI (1925), p. 20.
- <sup>263</sup> *LV*, 30/1/40 pág 7.
- <sup>264</sup> *LV*, 3/12/37 pág 7.
- <sup>265</sup> Boglich, op. cit. pág 237-41.
- <sup>266</sup> *Ibid.*
- <sup>267</sup> *LV*, 22/2/36 pág 8.
- <sup>268</sup> Boglich, op. cit., p. 237 y ss.
- <sup>269</sup> AMA, 1935, p. 517.

## Cuadros capítulo 6

### Cuadros

	Máquinas	Personal	Total
Segadoras	32.367	10	323.670
Espigadoras	32.482	11	357.302
Trilladoras	4.714	25	117.850
Total			798.822

La cantidad de hombres por máquina incluye el personal necesario para el emparvado. La de trilladoras surge de un promedio de las máquinas más grandes, que utilizan 30 empleados, y las menores (20).

Años	EP	OP	KMF	Has. Sembradas		Producción		Saldo Migratorio
				Trigo	Maíz	Trigo	Maíz	
1895	90	101	10	2.000	1.650			44.169
1896	117	487	40	2.260	1.250			89.284
1897	203	53	34	2.500	850			47.696
1898	144	225	81	2.600	1.450			46.659
1899	176	96	111	3.250	1.009	2.766	1.412	48.842
1900	171	58	17	3.379	1.255	2.034	2.510	50.849
1901	245	45	40	3.296	1.406	1.534	2.134	45.700
1902	180	157	54	3.695	1.801	2.823	3.783	16.653
1903	186	120	119	4.320	2.100	3.529	4.450	37.895
1904	148	228	119	4.903	2.287	4.102	3.574	94.481

**Fuente:** Edificación Privada (EP), Obras Públicas (OP), Kilómetros de vías férreas (KMF), Cortes Conde, *El progreso...*, pág. 203; Hectáreas y producción, trigo (1895-1898), Scobie, *Revolución...*, cuadros 1, 5 y 6; idem 1899-904, Sociedad Rural Argentina: *Anuario 1928*, p. 116; idem maíz; Saldos migratorios, Panettieri, *Inmigración...*, p. 28-29

Jornaleros necesarios a las empresas de los ferrocarriles	40.000
Jornaleros para obras hidráulicas en la República	15.000
Jornaleros para edificación en la Capital	25.000
Jornaleros para la cosecha	70.000
Total:	150.000

**Fuente:** Lahitte, *Informes y estudios...*, p. 464-66

Años	EP	OP	KMF	Has. Sembradas		Producción		Saldos Migratorios
				Trigo	Maíz	Trigo	Maíz	
1905	250	77	42	5.675	2.717	3.672	4.951	138.850
1906	262	98	89	5.692	2.851	4.245	1.823	198.397
1907	412	206	181	5.759	2.719	5.238	3.456	119.861
1908	376	217	187	6.063	2.973	4.250	4.500	176.080
1909	395	394	120	5.837	3.005	3.565	4.450	140.640
1910		614	372	6.253	3.215	3.974	703	208.870
1911		571	239	6.897	3.422	4.523	7.515	109.581
1912		88	121	6.918	3.830	5.100	4.995	206.121
1913			127	6.574	4.152	2.850	6.684	145.359

**Fuente:** ídem cuadro anterior

	Ocupación	Área Sembrada		Producción		Inversión Bruta Fija				Saldo migratorio
		Trigo	Maíz	Trigo	Maíz	I	T	C	G	
1914	100	6.261	4.203	4.604	8.260	774	1009	1515	753	-63
1915	98,2	6.645	4.018	4.600	4.093	466	365	943	489	-66
1916	90,2	6.511	3.630	2.889	1.494	354	284	887	379	-40
1917	85,1	7.234	3.527	6.390	4.335	315	261	649	193	-33
1918	97,4	6.870	3.340	4.903	5.696	291	195	730	144	-10
1919	102,4	7.045	3.312	5.904	6.571	424	219	940	138	-1
1920	104,5	6.076	3.273	4.249	5.853	785	509	2016	218	30
1921	104,7	5.763	2.972	5.198	4.475	892	703	2297	405	53

**Fuente:** Ocupación: DNT, *Investigaciones sociales*, 1940, p. 38; área sembrada y producción, Sociedad Rural: *Anuario 1928*, p. 116; Saldos migratorios (en miles), Panettieri, op. cit.; Inversión bruta fija por sectores (en \$ 1950), CEPAL, *El desarrollo económico argentino*, 1958, en Di Tella y Zymelman, *Las etapas...*, p. 312-347.

Años	%
1916	17,7
1917	19,4
1918	12,0
1919	7,9
1920	7,2

**Fuente:** *Revista de Economía Argentina*, 1921

**Cuadro 7: Salarios en \$ por día.**

Años	Salario (\$ m/n)	Años	Salario (\$ m/n)	Años	Salario (\$ m/n)
1898	3,58	1906	4,15	1914	
1899	3,16	1907	5 (4,77)	1915	
1900	3,29	1908	5,18 (5,09)	1916	2,50
1901	3,06	1909	5,11 (5,04)	1917	7,16
1902	3	1910	4,75	1918	8
1903	3,59	1911	5	1919	9,10
1904	2,49 (4,22)	1912	4,54	1920	9,40
1905	4,26	1913	4,76		

**Fuente:** 1898-9, 1903, 1905-8: BDNT, n° 13, 1910, junio, p. 286-7; 1901: BAG, 1902, p. 1402-14; 1902: Marotta, (1975) p. 160-161; 1904: Alsina, en BDNT, n° 18, 1911, 30/9, p. 597-601. 1909: BDNT, n° 18, 1911, 30/9, p. 603-4; 1900: BAG, 1901, n° 21, p. 4-15; 1910-11: *LV*, 6/1/11, p.3; 2/12/11, p. 2; 1912: DGEPSF, *Anuario*, 1912-13; 1913: BMDGEYDPT, 1914, n° 170, p. 14-151; 1916: Sartelli, (1989) p. 61; 1917-21: *LI*, 26/11/17; 6/11/17; *LPRO*, 11/11/17; *LOO*, 30/11/18; 21/6/19; *LP*, 6/1/19; *LPRO*, 18/12/19; 6/12/19; *LV*, 29/12/19; 17/12/19; 25/12/19; 11/12/19; 20/12/19; 21/12/19; 12/1/20; *LP*, 23/12/19; 26/12/19; 21/1/20; *LOO*, 10/1/20; 11/12/20; 27/11/20; 1/1/21; 11/12/20; 11/5/21; *LPRO*, 15/12/21; *LV*, 8/1/21. 1923: *LR*, 13/12/23, p. 2; 1924: MA (1925), p. 10; 1925: Boglich, (1936) p. 236. 1927: *LR*, 26/12/27, p. 7; 1929: *LPRO*, 29/11/29 y 15/2/30 Los salarios entre paréntesis son los que resultan de agregar a los años respectivos los guarismos correspondientes a La Pampa para 1907-8-9, que mantuvimos separada porque no aparece en años anteriores.)

<b>Cuadro 8: índice de costo de vida y salarios en números índice</b>		
Años	Costo de vida	Salarios en números índice
1899	88	88
1900	95	92
1901	101	85
1902	101	84
1903	100	100
1904	96	118
1905	111	119
1906	114	116
1907	122	139
1908	-	144
1909	-	142
1910	128	132
1911	-	139
1912	133	126
1913	76	-
1914	76	-
1915	82	-
1916	88	38
1917	103	108
1918	130	121
1919	122	137
1920	143	142

**Fuentes:** 1899-1912: Cortes Conde, p. 226 (Costo de vida). 1914-1930: DNT, 1940, p. 2 (Costo de vida). Salarios en números índice, elaboración propia.

<b>Cuadro 9</b>					
	1902-3		1904-5		Costo alimentación
	Siembra	Cosecha	Siembra	Cosecha	
Argentina	0,97	2,73	1,20	2,80	0,55
EE.UU.	1,79	2,61	1,79	2,61	0,57

(Fuente: *La Prensa*, 4/1/03, p. 5 y 6/12/04, p. 7 Se trata siempre de \$ por día.)

<b>Cuadro 10: salarios urbanos en 1901</b>	
Oficial albañil	3,10
Albañil frentista	3,75
Carpintero	3,00
Yesero	3,50
Zapatero	2,00

**Fuente:** Panettieri, *El paro forzoso...*, p. 10

<b>Cuadro 11: salarios urbanos no calificados en 1901</b>	
Albañil ½ oficial	2,75
Albañil peón	1,85
Herrero 1/2 oficial	2,10
Herrero peón	1,90
Peones de Boca y Barracas	2,50
Estibadores	2,00
<b>Fuente:</b> González. <i>Los obreros y el trabajo</i> , p. 35, 42, 56, 57	

<b>Cuadro 12: salarios urbanos en 1913</b>	
Mueblero	6,00
Pintor oficial	5,00
Pintor recuadrador	5,80
Pintor dorador	7
Plomero	6,00
Sillero	3,80
Yesero	6
Tipógrafo	5,00
<b>Fuente:</b> ¿?	

<b>Cuadro 13: salarios rurales versus salarios Bagley</b>			
Años	Salarios Bagley	Salarios rurales	Diferencia (%)
1900	2,15	3,29	(+53)
1901	2,44	3,06	(+25)
1902	2,50	-	
1903	2,61	3,59	(+37)
1904	2,03	2,49	(+23)
1905	2,06	4,25	(+106)
1906	2,29	4,15	(+81)
1907	2,64	5,00	(+89)
1908	2,25	5,18	(+130)
1909	2,35	5,11	(+117)
1910	2,36	4,75	(+101)
1911	-	5	-
1912	2,97	4,54	(+53)
<b>(Fuente:</b> salarios Bagley, Cortes Conde, <i>El progreso...</i> , p. 330: rurales, ver supra)			

<b>Cuadro 14: Salarios de albañiles</b>	
Años	Salarios
1903	2,30
1904	2,35
1905	2,40
1906	2,40
1907	2,5
1908	2,5
1909	2,6
1910	2,8
1911	2
1912	3

Fuente: Cortés Conde. op. cit., p. 224

<b>Cuadro 15</b>			
<b>Variación de los jornales por provincias (1901-1902)</b>			
Provincia	Siembra	Cosecha	Trilla
Buenos Aires	100	100	100
Santa Fe	88	93	90
Córdoba	84	91	88
Entre Ríos	48	55	61

Fuente: Lahitte. Emilio: "Estadística de salarios y precios", en *Boletín de Agricultura y Ganadería*. Año II, n° 48, Buenos Aires, diciembre de 1902, p. 1441; elaborado por Arcondo, Aníbal: *Población y mano de obra en...*, p. 27

<b>Cuadro 16</b>					
	Buenos Aires	Santa Fe	Córdoba	Entre Ríos	Pampa Central
1898	2,70	2,70	3	2	-
1899	2,50	2,70	2,50	2	-
1903	3	3,20	3	2	-
1905	3,50	3,50	4	2,50	-
1906	3,50	3,50	3,50	3,50	-
1907	4	5	6	3	3
1908	4	5	5	3,50	4

Fuente: *Boletín del DNT*, n° 9, junio 30, 1909. se tomaron sólo los salarios de los "peones de trilla en general" y se trata de \$ por día

	BAN	BACYS	Santa Fe	Córdoba	Entre Ríos	Pampa Central
Trigo	3	3,50	5	6	3	3
Maíz	3,50	3	3	4	2	2,50

(Fuente: Boletín DNT, n° 9, junio 30, 1909. Las cuatro regiones de Bs. As. se redujeron a dos fusionando las dos Bs. As. C(entro) y S(ur) y eliminando la Oeste, porque no sabemos exactamente a que se refiere. Nuevamente, son \$ por día.)

Denominación	BAS	BAN	Santa Fe	Córdoba	Entre Ríos	La Pampa
Peones	11	6,50	12	12	4,50	10
Maquinistas	14	10,50	14	14	8	12
Emparvadores	14	10,50	14	14	8	12
Ayudantes	10	6,50	12	12	8	10
Chateros	11	6,50	12	12	4,50	10
Amontonadores	10	6,50	11	12	4,50	10

(Fuente: Ministerio de Agricultura: *Sistemas y máquinas...* p. 26)

	Area sembrada		Producción		Ocupación	I	C	G	T	SM
	Trigo	Maíz	Trigo	Maíz						
1922	6.578	3.177	5.330	4.473	103,8	867	2.781	439	1.124	83
1923	6.952	3.435	6.744	7.030	111,2	1.247	4.078	673	1.281	148
1924	7.201	3.708	5.202	4.732	118,7	1.369	3.982	679	1.593	113
1925	7.769	4.297	5.202	8.170	118,7	1.518	3.701	538	1.733	75
1926	7.800	4.289	6.010	8.170	122,4	1.561	3.162	729	1.994	79
1927	7.978	4.346	6.500	7.765	132,4					103

**Fuente:** Saldos migratorios, Panettieri, op. cit.: área sembrada y producción, Sociedad Rural, op. cit., p. 116; ocupación, DNT, op. cit., p. 38; Industria (I), Comercio (C), Gobierno (G) y Transportes y Comunicaciones (T) en millones de \$ de 1950, Di Tella y Zymelman, op. cit.

	Trigo	Maíz
1928	7.600	7.700
1929	9.000	7.500
1930	4.425	7.128
1931	6.321	10.660
1932	5.979	7.603
1933	6.556	6.802
1934	7.787	6.526
1935	6.550	11.480
1936	3.850	10.057
1937	6.782	9.135
1938	5.009	4.500
1939	10.300	4.800
1940	3.600	10.000

**Fuente:** Di Tella y Zymelman (1967), p. 385, 386, 427, 428, 499 y 463. La producción esta expresada en toneladas métricas.

Espigadora		Trilladora		Cosechadora	
Maquinista	1	Maquinista	1	Maquinista	1
Emparvador	1	Foguista	1	Ayudante	1
Ayudante	1	Ayudante	1	Cosedor	1
Chateros	3	Embocadores	2	Carreros	2
Pistín	1	Plancheros	1	Total	5
Total	7	Horquilleros	10		
		Bolsero	1		
		Costurero	1		
		Engrasador	1		
		Pajeros	2		
		Aguatero	1		
		Cocinero	1		
		Apuntador	1		
		Total	24		
		Total	31		

**Fuente:** Miatello, *Investigación ...*, p. 497 y *Sistemas y ...* p. 29-50

Cuadro 22		
Balance de trilladora		
Personal	Día	Campaña
1 maquinista	15.00	
1 foguista	2.50	
1 ayudante	1.50	
2 embocadores	6.00	
2 plancheros	6.00	
12 horquilleros	36.00	
1 bolsero	3.00	
1 costurero	3.00	
1 engrasador	2.50	
2 pajeros	5.00	
1 aguatero	2.50	
1 cocinero	2.50	
26 comidas	18.20	
Total	103.70	4.666,50

Nota: sistema a tracción, 10-12 caballos;  
pies: campaña 45 días hábiles.  
(Fuente: Miatello, *Investigación...*, p. 499)

Cuadro 23		
Balance de la cosechadora		
Personal	Día	Campaña
1 maquinista	15.00	
1 ayudante	1.50	
1 cosedor	3.00	
2 carreros	6.00	
Total	25.50	1147,5

Cuadro 24				
	Atadoras	Espigadoras	Trilladoras	Cosechadoras
Máquinas	19.000	28.000	9.227	21.755
Personal	8	7	20	5
Total	152.000	196.000	184.540	108.775
Total			532.540	108.775

Fuente: elaboración propia.

Cuadro 25				
	Atadoras	Espigadoras	Trilladoras	Cosechadoras
Máquinas	25.900	38.100	12.500	81.300
Personal	8	7	20	5
Total	207.200	266.700	250.000	406.500
Total			723.900	406.500

Fuente: elaboración propia.

Cuadro 26			
Máquina	Hectáreas	Unidades	%
Cosechadora	5.100.000	55.439	65%
Trilladora	2.700.000	2.995	35%
Total	7.800.000		

## *Lucha de clases*

El problema que esta parte de la tesis busca resolver es: ¿de qué procesos son expresión los hechos que vamos a examinar? Los hechos de los que hablamos son el conjunto de huelgas y conflictos protagonizados por la fracción en diferentes coyunturas dentro del período elegido (1870 a 1940). Los procesos a los que nos referimos son aquello que, precisamente, queremos descubrir y que se expondrán a continuación, a partir del examen del período 1870-1916 (capítulo 7), de la coyuntura 1916-22 (capítulo 8) y de la etapa final, 1922-1940 (capítulo 9).

## ***De la clase en sí a la conciencia corporativa (1870-1914)***

Como señalamos en el primer capítulo, la clase obrera surge y se desarrolla primero como un objeto para el capital y luego como clase para sí. Ese pasaje se produce a través de la propia experiencia de clase. Dicha experiencia se corporiza en la conciencia de clase. Esa conciencia se expresa primero en manifestaciones de antagonismo individual. Estas manifestaciones de antagonismo se transforman tarde o temprano en intervenciones colectivas que exigen en algún momento algún tipo de organización. Que el movimiento se realice más rápido o más lento depende siempre de las condiciones peculiares en las que nace la clase obrera. En el caso de la clase obrera argentina, ese proceso se da en el contexto de la expansión sostenida y violenta de la economía capitalista. Observemos primero las condiciones de la experiencia de la clase obrera argentina, antes de examinar la forma peculiar en que la infantería ligera las expresó.

El surgimiento de una oleada huelguística de grandes dimensiones se proyecta hacia el conjunto de la clase obrera siguiendo las líneas del transporte, columna vertebral del sistema económico. Estibadores y ferroviarios, luego marítimos irán constituyéndose en la vanguardia de su clase, uniendo puntos cada vez más distantes del país y actuando de sistema circulatorio del movimiento obrero. Este esquema llegará a su mayor desarrollo hacia 1916-22, constituyendo las huelgas de principios de siglo, un punto de partida de ese proceso. En ese período se condensarán todas las experiencias de la clase y se harán evidentes las estrategias que haya podido construir. Veamos primero el movimiento de largo plazo y sus manifestaciones en el agro.

### **I. La hegemonía burguesa: el pacto desarrollista**

“¡Soldados de la Industria! ¡Obreros de la riqueza nacional! ¡Elejidos y electores! ¡Venid con el viajero a contemplar esas tierras en que cuaja la simiente del engrandecimiento económico! ¡Venid a admirar con entusiasmo sincero las inmensas praderas de trigos ondulantes, que parecen girones de la túnica del sol tendidos sobre los grandes pliegues del terreno! ¡Sufrid el aturdimiento de la vocinglería de las máquinas, que animadas por el aliento irresistible de la inteligencia humana, parecen legiones de gigantes afanados en transformar la faz del Universo! ¡Venid, y amaréis más a vuestra Patria!”

¿En qué contexto se da el nacimiento de la clase obrera argentina? Entendemos por “nacimiento” el momento en que la clase en sí se transforma en clase para sí. En ese proceso, hay dos

movimientos que destacar, uno de largo plazo, el fin de las “fronteras abiertas”, y otro de corto plazo, la crisis que de 1899 se extiende hasta 1902-3. El primero es, en términos más científicos, el proceso de definición de las relaciones capitalistas que va dando paso al nacimiento progresivo de la conciencia de clase. El segundo es la coyuntura en la cual esta conciencia que ha venido creciendo en las sombras, se anuncia a la luz del día.

La clase obrera existe en la Argentina probablemente desde fines de la Colonia.<sup>2</sup> Un estudio detallado de su desarrollo seguramente arrojaría más de una manifestación de antagonismo y más de un destello de conciencia de clase. En la medida en que buena parte de la historiografía que se ocupa de la clase obrera no se ocupa del siglo XIX, y que la que se dedica al siglo XIX no cree en la existencia de la clase obrera, poco es lo que sabemos sobre lo que debe ser, sin duda, una muy rica historia.<sup>3</sup> Es a fines de la década de 1870 cuando comienza a aparecer la conciencia corporativa en algunos gremios, de los cuales los tipógrafos son los primeros. Pero es recién con la huelga general de 1902 y la formación de la FOA que la clase como tal se expresa con tal conciencia.

Existiendo como clase para sí en una proporción de la población para nada desdeñable, el interrogante obvio es la causa por la cual se posterga tanto la conciencia para sí. Para entenderlo es necesario explicar las condiciones que permiten la plena hegemonía burguesa y obliteran el desarrollo de la conciencia de clase. Para eso es necesario explicar el “pacto desarrollista”, la forma que asume la hegemonía de la burguesía argentina en este periodo.

Llamamos “pacto desarrollista” a la ideología que articula el consenso de la hegemonía burguesa. Como toda ideología, se sostiene en un soporte real. También, como toda ideología, contiene una mirada deformada de la realidad. Es fácil imaginar el soporte material de esta ideología: la tremenda expansión de la economía, con su secuela de nuevos ricos, fortunas súbitas y construcciones impactantes. Es la parte verdadera de la experiencia.

Por otro lado, el pacto desarrollista se nutrió de una doble ilusión: la de la mano de obra inmigrante (la promoción de clase: hacer la América es hacerse burgués), a la que se sumó la propia de la burguesía terrateniente (el poder expansivo de la economía borra todas las contradicciones). Paz y Administración era la fórmula para designar al pacto “desarrollista”. Todos los conflictos se diluyen en esta creencia generalizada, justificando el poder de una clase que parece dar oportunidad a todos.

Las pruebas del pacto: los extranjeros tienen todos los beneficios de la ciudadanía sin ninguna obligación; los mismos gestos que producen la destrucción de las condiciones de vida de la población local, crean las de los recién llegados, que colaboran en las tareas represivas, como cuando los colonos santafesinos se dedican al exterminio de indios en la frontera u ocupan lugares de privilegio en el marco de las viejas estructuras de dominación, como los pulperos en el sistema de comercialización pampeano. Las reacciones no faltaron, pero los que las protagonizaron debieron enfrentarse a una alianza muy poderosa: la burguesía terrateniente y la emergente burguesía pionera. Esa es la razón por la cual rara vez se temió por la rebelión de alguna “comunidad” extranjera y se pensara que en la Argentina la lucha de clases “tenía razón de ser”.

Es necesario aclarar algo: las posibilidades expansivas tienen que ver con la promoción de clase y no con la mejora de las condiciones de vida. La sociedad burguesa yace sobre una contradicción central: mientras la política ordena una igualdad general, la economía sanciona una desigualdad grupal. En momentos en que el desarrollo capitalista no ha alcanzado todavía el nivel en que la diferenciación social se hace notoria (o al menos parece disminuir aceleradamente), la ilusión de una sociedad de productores propietarios, es decir, la utopía burguesa de un mundo puramente burgués, suena posible aunque más no sea como promesa. Esto quiere decir que mientras las posibilidades de promoción se mantengan, toda otra forma de conciencia será pospuesta frente a la conciencia de “pionero” (que es la conciencia propia de la burguesía naciente en contextos como el argentino). Como lo señaló en una carta a Marx Raymond Wilmart, el corresponsal de la Primera Internacional en Argentina:

“Hay demasiadas posibilidades de hacerse pequeño patrón y de explotar a los obreros recién desembarcados como para que se piense en actuar de alguna manera.”<sup>4</sup>

Wilmart no hace más que repetir aquello que Engels señalaba en *La situación de la clase obrera inglesa* y que citamos en el capítulo tres, a saber, que mientras existan posibilidades ciertas de “promoción” la conciencia de clase obrera tardará en emerger.

Se trata de explicitar, entonces, la base material del fenómeno subjetivo. Y no basta, en ese caso, con señalar la expansión, puesto que no toda expansión gesta esas posibilidades. La clave se encuentra en el surgimiento de actividades nuevas en un contexto de debilidad general del capital. Estas actividades creaban nichos en los que pequeños ahorros podían transformarse en pequeños capitales. En tanto el capital tuviera problemas para ocupar esos nichos, sobreviviría allí una pequeña burguesía “pionera” siempre a mitad de camino entre el cielo burgués y el fango proletario. La expansión lanar primero, la de la agricultura después y la inexistencia de gran industria en las ciudades fueron las bases materiales de esta pequeña burguesía “pionera”. Hasta 1900 estas vías estuvieron más o menos abiertas y es lo que explica la lenta expansión del movimiento obrero, a pesar de que las condiciones generales podrían haberlo propiciado mucho antes.<sup>5</sup>

Este agotamiento del canal pequeñoburgués para la clase obrera era ya muy visible en la primera década del siglo. El autor del *Manual del emigrante italiano* aconsejaba que

“no se quede en Buenos Aires. Incluso siendo obrero o artesano, yo no le aconsejo que fije su residencia en Buenos Aires. Sería un error inmenso. No se deje seducir por los relatos de este o aquel que puedan haber hecho más o menos fortuna. Ya no es más como entonces: también en Buenos Aires la vida es una áspera lucha, y sin capitales para invertir o sin el arte de hacer algo con las manos no sólo no hará fortuna sino que hasta le faltará lo suficiente para vivir día a día. Conviene entonces que se dirija al interior del país y cuanto más lejos de los centros urbanos lo haga, mayor será su

probabilidad de hacer fortuna.”<sup>6</sup>

El anarquismo expresará el desencanto y su expansión estará ligada al descubrimiento de la mentira: no es cierto que el mundo esté abierto a todas las posibilidades, que el ahorro se realiza fácil y rápidamente se transforma en capital. La crisis “existencial” empuja el surgimiento de nuevas identidades, entre ellas, (y sobre todo) la obrera:

“Sobre las huelgas: El trabajador argentino asoma. En los últimos cinco años desarrolló realmente una capacidad de huelga, pero esa capacidad ha sido organizada por gente llegada de Europa... Hubo muchos lugares en este país donde las relaciones semipatriarcales entre el hombre y el superior se conservaban intactas. Pero las huelgas les han puesto punto final. El proceso es inevitable, aunque en cierto sentido, se lo puede deplorar.”<sup>7</sup>

El estado reconoce el surgimiento de esta identidad bajo el nombre de “cuestión social” y Roca es el primer encargado de lidiar con ella. Hacia 1910, si una década de feroz expansión económica limita la explosión social, no puede ocultar que toda una época de confianza ilimitada ha terminado. El movimiento obrero se expande a pasos agigantados en la década de mayor crecimiento económico del modelo agroexportador. La clave de la paradoja es que el capitalismo pampeano se ha perfeccionado, cerrando vías de promoción. La contradicción central de la sociedad burguesa surge a simple vista y esa conciencia todavía borrosa se expresa con fuerza en el anarquismo. La crisis del pacto se manifiesta de muchas maneras, pero sobre todo en la “demonización” del extranjero, en la inversión de la laudatoria permanente que la burguesía argentina había compuesto como infalible canto de sirena para atraer a la inmigración europea. No sólo se invierte el lenguaje, se invierte también la acción: de protegido contra “naturales” indeseables (gauchos “malos”, campesinos mesiánicos, etc.) se transforma en objeto de cacería. La Ley de Residencia inaugura la crisis del pacto desarrollista.

Sin embargo, mientras duró, el pacto desarrollista se expresó en el agro pampeano con una mezcla de sorprendente paz social y explosiones puntuales de mal humor individual y colectivo. Es hora de exponer, entonces, las formas en que asumió el antagonismo social en esta era de aparente expansión ilimitada y felicidad general.

## **II. De las manifestaciones de antagonismo a las huelgas**

### **a. Relaciones antagónicas**

Es cierto que no hemos podido revisar fuentes más cercanas a los hechos, que podrían darnos

una mirada diferente. Los periódicos de los pequeños pueblos de campaña podrían ofrecernos un cuadro más vivo que los grandes diarios nacionales acerca de las relaciones entre obreros y patrones en la cosecha de los cereales y oleaginosas pampeanos en momentos muy tempranos del desarrollo agrícola. Lamentablemente, poco y nada hemos podido ver de semejante cosa. De modo que la reconstrucción de las manifestaciones de antagonismo es necesariamente escueta.

Es cierto que las características de nuestro personaje y el elevado desarrollo capitalista de la estructura social en la que se insertan habilita un rápido comportamiento de clase, comportamiento que a los observadores de la época se les antojaba, sobre todo desde una perspectiva sarmientina, "mezquino". En efecto, si algo caracteriza a nuestro personaje es el guiarse por criterios estrictamente económicos, alejados de cualquier situación "paternalista" o similar, propio de un contexto precapitalista. Era así incluso cuando muchos "infantes" provinieran de tales contextos. El migrante es una persona especial: desgajado de sus relaciones inmediatas, es un átomo del mercado, casi el obrero ideal, que no tiene, efectivamente, nada más que sus brazos.

Por supuesto, que viajara solo no significa que hubiera roto todos sus lazos sociales. De hecho, no siempre viajaba solo, ya hemos visto el funcionamiento de las cuadrillas, por ejemplo. Además, después de que la primera oleada de connacionales se hubo establecido, el inmigrante siempre tenía alguna relación familiar en su lugar de llegada. Además, el viaje representaba también un lugar en una estrategia de supervivencia más amplia, generalmente anclada en alguna propiedad campesina en Europa o en relación a los campesinos aborígenes del noreste y noroeste argentinos. Pero estas relaciones reforzaban el tipo de comportamiento necesarios durante la cosecha: es en el verano pampeano que se "salva" el año. El infante viene decidido a defender lo suyo.

Dos comportamientos serán propios de este personaje: el regateo y el acuerdo de palabra. En efecto, cabe preguntarse como se resolverían los conflictos que indudablemente se producirían en el momento de ajustar salarios y condiciones de trabajo en cada cosecha, aunque sean de mínima importancia. De existir dichos conflictos debe explicarse por qué no se recurrió a la organización para lograr éxito en los reclamos. Volviendo sobre algo ya mencionado, puede pensarse que mientras el sistema estuvo en crecimiento, la cosecha podía pagarse cara y el chacarero prefería ceder antes que ver peligrar el trabajo de todo el año. Las condiciones de trabajo eran malas, pero tres o cuatro meses de salarios inaccesibles en el área urbana las hacía tolerables, lo que permitía que los conflictos, centrados fundamentalmente en el salario, se resolvieran rápidamente y sin necesidad de intermediación de ningún tipo de acción colectiva. Los conflictos y la acción sindical (muy "sui generis") no estaban ausentes pero eran puntuales y de muy corta duración, casi un regateo. Un regateo normalmente exitoso si hemos de creer en las fuentes que desde 1870 hasta 1914 no hablan de otra cosa que de "falta de brazos en la campaña". Sabedor de poseer una mercancía escasa, el obrero rural la usa con economía de recursos y con mucha eficacia. Carlos Lemee, en 1887, retrataba así la situación angustiosa del chacarero:

“Hemos llegado a la cosecha que ofrece tantas dificultades, puede decirse, como la arada ofrece facilidades. Las principales dificultades que ofrece la cosecha son la fuerza del sol que madura casi instantáneamente las mieses y a veces las arrebató, de modo que la cosecha no admite ninguna demora, y la falta de brazos que hace que no se pueda recoger la mayor parte de las mieses sino mucho tiempo después de su completa madurez. Si todavía el clima fuese estable y el cielo sereno, no se perdería más de lo que se pierde en la manipulación de mieses que ya han pasado al estado de madurez, pero las tormentas son frecuentes: unas son de viento que desparrama las gabillas y encama el trigo o el lino sin segar todavía; otras son de lluvia o de piedra y hacen más daño aún. (...)”

El chacarero que ha sembrado solamente lo que puede cosechar con su familia, ayudado por un peón cuando más, que ha podido apalabrar con tiempo, se ve libre de esas pérdidas, y su pequeña cosecha efectuada a tiempo le deja más utilidad que las grandes sementeras de la cultura extensiva con sus gastos considerables.”<sup>8</sup>

Godofredo Daireaux, en 1901, por su parte, coincidía con Lemée:

“El arrendatario que, al contrario, tiene que valerse para el cultivo, de brazos asalariados, se encuentra frente al problema de economía rural más complicado, más árduo que se le pueda proponer; sobre todo que sus cálculos por bien hechos que estén, se podrán encontrar, y se encontrarán en la mayor parte de los casos, volteados en la práctica, por mil contingencias que no habrá podido prever del todo, por pesimista que haya sido en sus cálculos de probabilidades.”

Al recomendar las cualidades necesarias de un peón de cosecha, señala:

“Especialmente en los momentos de trabajos apurados, y en este país poco poblado todavía, donde no abundan los brazos, hay que tomar lo que se presenta, bueno o malo, de miedo de llegar a no tener nada.”

Y agrega, con respecto a los sueldos:

“Los peones al día se pagan también a tal o cual precio, según la comarca y el trabajo. Más para ellos que para los mensuales rige la ley de la oferta y de la demanda, y en tiempo de cosecha se ha visto subir en ciertos años la tarifa a precios algunas veces exajerados. Lo peor es que, en esos casos, huelga la elección y que tiene uno que echar mano de lo que hay prescindiendo de la calidad.”<sup>9</sup>

Así, como ya mencionamos, los patrones utilizaban “mañas” como la de publicar noticias falsas para lograr un exceso local de mano de obra<sup>10</sup>, el obrero, especulando con su relativa escasez, “espía la ocasión, y cuando llega, es decir cuando el movimiento es general y los brazos escasean pone

al patrón el dogal al cuello y se hace pagar hasta 8 y, hemos visto, hasta 10 pesos por día; es una lucha, un pugilato, ¡hace bien en vencer!”<sup>11</sup> En pleno auge sindical, en 1920, *La Organización Obrera*, el diario de la FORA IX, explicaba que:

“En Morteros (...) Por momentos este pueblo ha sido un gran centro de actividad obrera. En vísperas de la cosecha se encontraron aquí más de 1.500 trabajadores del campo, que se ponían de acuerdo en la plaza o en las calles, para no someterse a los jornales que se les quería pagar, imponiendo salarios que importaban un aumento apreciable sobre los que la costumbre había establecido.”<sup>12</sup>

Nótese que no se menciona ningún sindicato y la manera informal en que se produce la acción: meros acuerdos de palabra en la calle o en la plaza. Para tener una idea de la efectividad del sistema, recordemos la cita de Bialec citada en el capítulo anterior, que al principio de la cosecha los contratistas pagan 2,50 pesos a horquilleros y embocadores pero al final pagan 6 o más, es decir, una diferencia de casi el 150%.<sup>13</sup>

El conflicto se mantiene “microlocalizado”, es decir, limitado al pequeño radio de un patrón y sus peones, sin necesitar de mediación alguna, resolviéndose rápidamente. No estoy sosteniendo la existencia de un periodo de carácter idílico en las relaciones laborales en el campo, pero sí que la capacidad de presión enorme del bracero en el momento más importante de las labores agrícolas hacía innecesaria la acción colectiva más amplia y la organización permanente. El uso de la represión para disminuir los salarios eliminaría la única atracción del trabajo de la cosecha, un jornal elevado, de ahí que esta sólo aparezca en casos imprescindibles, como entre 1918-22. Mientras tanto, la posibilidad de pagar buenos salarios existe y es preferible a arriesgar la cosecha. Puede concluirse que aunque la organización sindical en este periodo no es imposible, crecerá junto con los conflictos precisamente en el momento en que el sistema pierde momentáneamente sus ventajas “naturales”, y que, como ya se dijo, el primer intento serio se diera en 1902, a mitad de camino entre dos fases de crecimiento. Más aun, las organizaciones estables aparecen cuando el sistema pierde definitivamente tales ventajas “naturales”, luego de la década del ‘20. Durante la “edad de oro”, capital y trabajo se enfrentan en tanto que individuos y no como clases. Este hecho de que no se enfrenten como clases esta probado doblemente: si no hay asociaciones que representen a los braceros, tampoco hay asociaciones patronales que hagan lo propio (la FAA no se creó para enfrentar a los braceros). Dichas organizaciones patronales sólo surgen en medio de las huelgas de 1918-22 como por ejemplo, la Unión Agraria de Tres Arroyos o la Asociación Patronal de Serodino, Clark, etc. en Santa Fe.<sup>14</sup>

La escasa historiografía sobre el tema menciona como causa de la falta de organización sindical la no sanción de leyes que reconocieran la legitimidad de las entidades obreras, la ausencia de auténticos líderes sindicales y el carácter extranjero de la mano de obra.<sup>15</sup> Pianetto, la atribuye a la residencia urbana de la mano de obra.<sup>16</sup> Que esto último no era óbice para la organización sindical lo prueba la siguiente afirmación de la Unión de Trabajadores Agrícolas:

“Hemos tenido ocasión de alternar con centenares de estos trabajadores rurales, y una buena parte se ha mostrado pesimista con respecto a su organización. Creen que por su condición de ambulantes es imposible una unión estable y permanente entre ellos. Nosotros propiciamos una forma de organización que puede ser permanente y que para que lo sea debe estar amparada durante los meses que no hay cosechas por otras entidades gremiales que pueden ser un complemento de la Unión de Trabajadores Agrícolas.”<sup>17</sup>

Hacia fines de siglo, las condiciones generales y particulares se unen para darle a esos antagonismos una forma organizada, es decir, para volcarlos al torrente de organización que recorre a la clase obrera.

#### **b. La clase para sí: la conciencia corporativa (1898-1904)**

La infantería ligera va a formar parte de la oleada huelguística que en estos seis años va a reconstruir la vida social argentina, colocando a la clase obrera en primer plano. Vamos a describir primero los hechos dejando para después el análisis.

La lucha obrera desde 1899 en adelante es empujada por la actividad de los estibadores de Buenos Aires y Rosario en pro de mejores salarios y condiciones de trabajo especialmente el peso de las cargas. Desde allí se extiende rápidamente la lucha hacia el litoral. Ya en febrero de 1900 se funda el Centro Cosmopolita de Resistencia y Socorros Mutuos, en San Nicolás, que impulsa una huelga de estibadores por 9 horas y 3\$ de mínimo por día, con éxito. Desde aquí se extiende la organización a otros gremios: albañiles, pintores, carpinteros y herreros conquistando todos las 9 horas en verano y 8 en invierno. Su orientación ideológica es socialista, con importante actividad de militantes como Justo y Juana Gómez de Bejino. Los problemas retornaron cuando, para disminuir el peso de las concesiones hechas, los cerealistas elevan el peso de las bolsas de 80, 90 y hasta 120 kilos. El Centro Obrero elevó una petición al gobierno nacional reclamando una ley que limitara la capacidad de los envases, sin respuesta alguna. En consecuencia, se pasó una nota a las casas cerealistas dándoles un plazo para, una vez cargadas las bolsas existentes en los depósitos, cambiaran los envases por otros de no más de 65 kilos y se nombró “una comisión de vecinos notables para solucionar en una forma conciliativa el conflicto.”<sup>18</sup>

Con el correr de los días, la huelga va llegando a un punto culminante, ya que los cerealistas se sienten cada vez más apremiados para sacar el cereal. No sólo los patrones comenzaban a sentir el rigor del combate: el Comité Ejecutivo del Partido Socialista organiza listas de suscripción para asistir a los obreros ya faltos de recursos, tras cerca de un mes de una huelga que se considera clave para la expansión de las actividades sindicales en la zona. Los obreros ven que el conflicto se extiende

demasiado y que los cerealistas han conseguido rompeshuelgas por vía fluvial gracias a la ayuda del prefecto marítimo, y buscan la negociación. Adrián Patroni, al frente de las acciones, consigue una reunión con el representante de los exportadores, el que, luego de reunirse con éstos, presenta las siguientes bases de arreglo: bolsas de 75 kilos, 25% de aumento en el jornal si pasaran de ese límite, jornada de 8 horas en invierno y 9 en verano, con la obligación de entrar 10 minutos antes y retirarse 30 después. Los obreros se niegan a cargar bolsas de más de 65 kilos: con la oferta de un 25% más de sueldo por cada bolsa que excediese los 70 kilos, se harían pasar todas las que se quisiera y el único resultado hubiera sido un aumento de los salarios. Al final, transcurridos 24 días de huelga y merced a la aparición de una epidemia de peste bubónica, los obreros aflojan, aceptando: 1. Dado que los cerealistas tienen todo embolsado con envases de más de 70 se cargará lo que está en galpones como viene. 2. Como ya hay compra de bolsas de mayor peso, se cargarán con aumento del 25% las que pasen de 70 para la siguiente cosecha de maíz, 3. Pasado el 31 de junio no se cargarán bolsas de más de 70, excepto las que partan para Sud Africa, que son de 90, por las que se pagarán 4\$ diarios.

Si bien la contienda no resultó un triunfo claro para los obreros, al menos "estos vuelven al trabajo como vencedores y no como vencidos", como lo sintetiza muy bien Patroni:

"Los peones, por su parte, también se han perjudicado puesto que han perdido el salario de esos 24 días, pero en cambio han aprendido muchas cosas, entre otras han reconocido la imperiosa necesidad de unirse. Han palpado lo que es el espíritu de solidaridad, y los más han comenzado a darse cuenta de que los trabajadores constituimos una clase social, hoy explotada y vejada porque aún carecemos de la unión necesaria para dejar de ser esclavos de un puñado de audaces que viven a costa del sudor y del hambre del poverío. También han reconocido cuál ha sido la conducta de esos caudillejos que en tiempo de elecciones no saben más que pasar las manos por el hombro a los pobres para luego abandonarlos y reventarlos en casos tan extremos como son los de huelga."<sup>19</sup>

La huelga contó con apoyo de los "industriales y comerciantes" y donaciones de todo tipo: los panaderos se suscribieron con bolsas de pan; otras donaciones fueron fideos, carne, arroz, yerba, azúcar, capones, continuas remesas de dinero.<sup>20</sup> Se impone la tarea de organizar una vasta red de instituciones obreras como resultante de la estrategia patronal de desviar los embarques hacia los puertos no sindicalizados y de encontrar, en éstos, rompeshuelgas para enfrentar a los obreros en conflicto. Esta ampliación del nivel del conflicto, que de local se transforma en regional es favorecida por la presencia de tres o cuatro grandes casas cerealistas con galpones en casi todos los puertos de la zona. A la unidad de la patronal se opone la unidad organizativa de los trabajadores. Este crecimiento se da en plena contienda: los delegados de San Nicolás logran que el 18 de enero el movimiento se extienda a Ramallo, con el fin de evitar que los cerealistas movieran el cereal por este puerto aprovechando su falta de sindicalización. A pesar de que las autoridades detienen a la comisión de huelga, ésta se pone en marcha, con los mismos reclamos que en San Nicolás. Se pide solidaridad a los

estibadores de Boca y Barracas para que eviten que los obreros de Capital se trasladen al litoral a trabajar. La lucha siguió franca y sin negociación alguna de parte de los cerealistas y con creciente solidaridad obrera: en Pergamino los obreros editan un panfleto para alertar a los del pueblo sobre la huelga de San Nicolás; en Rosario se impide toda actividad a los agentes que buscan rompehuelgas y hacen circular listas de suscripción, lo mismo que en Villa Constitución. El resultado dio motivos para festejar: 9 horas diarias y bolsas de no más de 75 kilos.<sup>21</sup>

Otras huelgas en el litoral se dieron en La Plata (8 horas, 70 kilogramos y aumento de 3.50 a 4\$ por día) y, durante marzo, en Villa Constitución, donde se consiguen las 8 horas. En el sur, Bahía Blanca, donde se obtienen 9 horas y 4,50\$ diarios y en Puán, donde más de 100 estibadores exigieron un centavo más por bolsa. Tras un intento fracasado de reemplazar a los huelguistas por rompehuelgas, los obreros vuelven al trabajo.<sup>22</sup>

La lucha continúa durante marzo en el norte de la provincia. en San Nicolás: las casas cerealistas impulsan ahora un nuevo ataque contra los más activos militantes, implantando listas negras. Además se contratan rompehuelgas en Santiago del Estero para reemplazar a los obreros organizados. Llegados al puerto muchos se adhieren al centro, otros optan por volverse y otros salen a las juntas de maíz durante abril.<sup>23</sup> El Centro sigue avanzando firme, controlando las condiciones de trabajo, imponiendo a los capataces de los cerealistas la obligación de operar sólo con socios so pena de 10\$ de multa, debiéndose asociar ellos mismos. Al mismo tiempo intentan fundar una biblioteca y organizar a los cigarreros. Buscan también tender lazos con los estibadores de Villa Constitución y Rosario para que los socios de cada lugar sean al mismo tiempo socios de los demás. Los peones santiagueños siguen sin trabajo, deambulando por el pueblo. La batalla recomienza cuando se cumple el plazo estipulado para no cargar más bolsas de más de 70 kilos. Con la mediación de Patroni se llega a un acuerdo en el que se reconoce que la solución al peso de las bolsas debe ser general en toda la zona, quedando todo en una vaga apelación a una ley que regule el problema.<sup>24</sup>

De este esfuerzo por extender la organización al resto de los puertos nace el que va a ser el núcleo sindical del norte, el Centro Cosmopolita de Trabajadores de San Pedro, organizado en mayo de 1901 a partir de una conferencia de Patroni. Muy rápidamente lanza su primera acción reivindicativa obteniendo para sí y para Puerto Obligado el compromiso de usar peones federados con la cuota al día, pedir los obreros al delegado en embarcadero, que además vigilará el cumplimiento del contrato, jornada de 8 horas, sin cuartos, doble pago los días festivos, horas extras, 3\$ por día en tierra y 3,50 a bordo, eliminación del trabajo a destajo y de las bolsas de más de 70 kilos, pagándose 25% si se supera el peso (hasta el 30 agosto). Entre los cerealistas derrotados estaba Genoud, Benvenuto y Martelli, de dilatada presencia en la zona. La victoria se debió a la época elegida para lanzar la huelga, justo en momentos de gran trabajo con los galpones repletos y los barcos a punto de cargar. En el mismo mes llega la organización a los carreros de Pergamino que logran aumento de tarifas luego de una corta huelga.<sup>25</sup>

La huelga, en realidad un golpe de mano exitoso, es sólo un momento de un proceso de lucha.

Para poder afianzar las conquistas era necesario que el sistema reticular en formación adquiriera la mayor densidad posible. Para fines de setiembre, en uno de los momentos más bajos del trabajo rural, ya que se está terminando de estibar el maíz y aún no comienza la cosecha del trigo, la casa Genoud da inicio a un gran movimiento en contra de las organizaciones de toda la zona. El problema empieza en Ramallo donde su "cacique" político ha armado una sociedad "amarilla" a la que el centro obrero ha respondido tratando de obligar a todos los cerealistas a contratar sólo personal asociado. Se amenaza con la solidaridad de los obreros de San Nicolás, San Pedro, Baradero y Villa Constitución, que trabajan para la misma casa Genoud. Cuando el comisario de Ramallo utiliza como rompehuelgas a obreros de los círculos católicos, organizados por el caudillo local, la amenaza de huelga general contra Genoud se materializa: en San Nicolás produce un choque entre la prefectura y los huelguistas en el embarcadero Brauss Mahn que intentaban frenar a rompehuelgas enviados por Genoud desde Ramallo, siendo arrestados 7 obreros, liberados poco después. Mientras Brauss Mahn trabaja con 44 obreros traídos desde Ramallo y Villa Constitución, *La Prensa* comienza a inventar amenazas de muerte y actitudes "exaltadas". La patronal proyecta formar un centro obrero, patrocinado por todas las casas exportadoras, cuyos asociados, seleccionados convenientemente, trabajarán 8 horas diarias, con bolsas de hasta setenta kilos, con jornal de 3\$ diarios.<sup>26</sup>

Esto demuestra claramente que lo que estaba en juego no era ni los salarios ni las condiciones de trabajo sino la existencia misma de la organización. La llegada de Patroni no logra impedir el accionar represivo de la policía, que apoya a los patrones garantizando el trabajo de los crumiros. Tampoco se llega a ningún acuerdo con Genoud y Brauss Mahn. Desde La Plata se envían refuerzos pero el momento beneficia a los cerealistas ya que no hay trabajo importante. El conflicto entra en un impasse con ventajas para los cerealistas, hasta comienzos de noviembre en que se da por terminada la huelga manteniéndose el trabajo de los crumiros.<sup>27</sup>

Mientras tanto, en Villa Constitución, tras unas huelgas cortas, consiguen arreglar las condiciones de San Nicolás sobre el peso de las bolsas, siempre con el apoyo de los estibadores de Rosario, con influencia anarquista.<sup>28</sup> La situación en el norte de la provincia se estaba complicando, con los inicios de una fuerte desocupación. A pesar de todo, en diciembre, en la cosecha del trigo, el CCT de San Pedro obtiene una nueva victoria, en la primera huelga de peones de trilladoras que conocemos. Consiguen horario de sol a sol, buen alimento, 3\$ por día como mínimo, eliminación de cuartos y del trabajo a destajo. Los dueños de trilladoras son las mismas casas cerealistas que dominan los puertos: Genoud, Benvenuto y Martelli, Dreyfus, Porta, etc. Una de las claves fue la solidaridad de los carreros, que se plegaron a la huelga, más el apoyo del Inspector de la policía local. Estas mismas empresas están enfrentando a los estibadores en Ramallo, a comienzos del mismo mes. Los mismos problemas enfrentan al CCT de Baradero, que presenta un pliego similar al de San Pedro contra los mismos antagonistas. Sin embargo, aquí la huelga se complica con la presencia de crumiros, haciéndose presente el Inspector de policía, Pastor Elena, para mantener el orden ante los choques de huelguistas y crumiros. Muchos dueños de trilladoras accedían a firmar el pliego pero se resistieron al

ser presionados por Genoud y Jeanmarie Lacour, los cerealistas más importantes. La huelga, de unos 700 obreros, termina con una victoria aunque con concesiones. El CCT de Baradero, que ya tiene 1.000 socios y edita un diario (*El Obrero*), se preocupa por extender sus actividades a otros pueblos como Zárate, donde se encarcela a 48 obreros pero se consiguen las demandas exigidas (las mismas que en todo el litoral) gracias a la mediación de Pastor Elena, siendo puestos en libertad los detenidos en momentos en que Pedro Gori llega al pueblo para colaborar con la huelga. Como en los casos anteriores, el comercio apoyó a los huelguistas.<sup>29</sup> Una de las demandas que se imponen, tanto en Baradero como en San Pedro, es la de emplear obreros del pueblo, una conquista necesaria en tiempos de desocupación, que permite al sindicato regular la oferta de trabajo y combatir con eficiencia a los crumiros.

Las etapas finales de la cosecha 1901-2 parecen haber transcurrido sin mayores problemas: sólo en Pergamino se señala la detención de un obrero por haber intentado empujar a la huelga a los obreros de una máquina trilladora de Genoud, puesto en libertad días después. En San Pedro ha comenzado a crecer la influencia anarquista ya que expulsan del CCT a dos obreros de esa tendencia, uno de ellos responsable de la organización de los carreros.<sup>30</sup>

En el resto de la provincia no hay noticias hasta que se produce la huelga de los obreros que construyen el ferrocarril a Pringles, en enero de 1902. Se trata de unos 800 huelguistas. El conflicto comenzó por reclamos salariales en Fortín Pavón de unos 50 u 80 hombres, a los que se pliegan los de Km. 56, unos 450 hombres más. A estos se suman 100 peones contratados en Buenos Aires y que iban camino a punta de rieles desde Bahía Blanca, pero que son retornados a este puerto para evitar que se plegaran al conflicto. La empresa ofrece pagarles 2 días de trabajo y darles el pase a Buenos Aires, pero cuando se va a efectuar el pago se les quiere dar 2,20\$ por día en lugar de los 3 convenidos. A estos 100 se unen ahora otros 50 recién arribados a Bahía desde Buenos Aires, a los que la empresa se niega a pagarles el retorno y los 4\$ a cada uno que les cobró la agencia de colocaciones. Los peones, en general, prefieren ir a trabajar, pero la empresa teme que se plieguen al movimiento y después éste se torne incontrolable. Para mediados de enero, pocos días después del inicio del conflicto, llegan refuerzos desde La Plata para sumarse a las tropas que "custodian el orden" mientras los obreros al puerto de Bahía Blanca y los del ferrocarril noroeste están prontos a solidarizarse. El clima es muy tenso, habiéndose producido un tiroteo en Fortín Pavón, marchando hacia allí un inspector, 2 oficiales y 2 guardia cárceles. Para aliviar la presión, a los primeros 100 se les paga lo convenido y los 50 restantes reciben el pasaje de regreso y el sueldo de 5 días a 5\$. La situación se calma y los trabajos de embarque se normalizan.<sup>31</sup> A los huelguistas se les quiere pagar y despacharlos para Buenos Aires, pero estos contestan presentando un pliego en el que exigen la eliminación de los contratistas. 3\$ diarios, 8 horas en invierno y 9 en verano y reconocimiento de la Sociedad de Resistencia recién constituida. La huelga termina con la mediación de Pedro Gori, solicitada por los huelguistas, con el compromiso de la empresa de no despedir a los trabajadores hasta la finalización de los trabajos, con la eliminación de los contratistas. En forma paralela se funda en el pueblo un Centro Socialista del que

participan los obreros del campo.<sup>32</sup>

A comienzos de marzo de 1902 se desata la huelga de estibadores de Bahía Blanca para renovar el contrato del año anterior y disminuir las horas de trabajo de 9 a 8. Sin embargo, los obreros están divididos y esta circunstancia es aprovechada por la patronal que pacta con algunos luego de 11 días de huelga, mientras la fracción anarquista intenta seguirla tratando de detener a los rompehuelgas. Son unos 300 pero son dispersados por la policía que los acorrala en la Casa del Pueblo y la emprende a garrotazos. La represión sigue en las fondas y alrededores donde se refugian los obreros, siendo encarcelados unos 50 entre anarquistas y socialistas. La huelga continúa muy debilitada hasta desaparecer. Según Marotta los rompehuelgas habían sido traídos de Entre Ríos y Corrientes y los huelguistas reciben la solidaridad de cambistas y guincheros del ferrocarril, junto con los comerciantes del pueblo.<sup>33</sup>

En Santa Fe, en Peyrano, el centro obrero recomienda a los obreros de Capital no concurrir a este pueblo a cosechar maíz pues “es de espiga chica y los maizales están llenos de yuyos”. se ofrece trabajo “a precios muy bajos” y existe una Sociedad Italiana de Socorros Mutuos que intenta formar un frente patronal de acopiadores y chacareros para resistir a los peones. En principio, la lucha es contra José Prunetto (a) “el Maneco”, individuo de mala fama y dueño de almacén, casa de acopios y máquinas trilladoras y desgranadoras. La comisión declara el boicot al almacén de Prunetto.<sup>34</sup> Este Prunetto, un ejemplo de los acopiadores de los que hablamos en el capítulo cuarto, es un personaje típico de los pequeños pueblos de campaña, generalmente el más enconado rival de las asociaciones obreras: dueño de las máquinas y del galpón cerealista así como del almacén, presidente de las instituciones que representan a las “fuerzas vivas” locales, en este caso la Sociedad de Fomento y una Sociedad Italiana. Se le reconoce tener “cuñas” políticas importantes. Es el típico “amo del pueblo” estilo “western”, que hace y deshace a su antojo. Nótese que el individuo en cuestión es italiano igual que el tal Gerlini. A pesar de la nacionalidad italiana de ambos personajes (y probablemente de buena parte de los del pueblo) el clivaje es clasista, ejemplo que contradice las afirmaciones de Devoto ya criticadas.

Mientras tanto, para la cosecha del maíz, las acciones vuelven a Baradero, en la que es tal vez la primera huelga de juntadores que se conozca. Se exige un aumento de 20 centavos por bolsa con comida y 30 sin comida. Pese a la quietud, el movimiento de los puertos es una expresión más del crecimiento de la lucha obrera. Marotta describe este clima en su informe sobre el congreso de estibadores que culmina este proceso: a pesar de lo acuciante de la lucha, entre el 3 y el 7 de abril, los estibadores se reúnen en Buenos Aires para organizar una federación portuaria. Estuvieron presentes sindicatos de Bahía Blanca, Barracas al Sur (hoy Avellaneda), Campana, San Nicolás, San Pedro, Zárate, La Plata, Villa Constitución, Capital Federal, Rosario, Montevideo y una delegación de los carpinteros de instalaciones para el transporte de animales en pie.<sup>35</sup>

La misma confluencia de fuerzas se da en el ámbito rural: durante la cosecha de maíz de 1902 la organización se extiende a Capitán Sarmiento, Estación Álvarez y en el sur a Coronel Pringles. En

Capitán Sarmiento se obtiene un triunfo por parte de los carreros, se organiza el centro y se festeja el 1º de Mayo. Esto coincide con el renacer de la lucha en los puertos ahora que comienza el embarque de la nueva cosecha de maíz: los estibadores de San Nicolás logran doblegar a Genoud y la obligan a firmar el pliego de febrero al que se había negado. La organización continúa ramificándose llegando ahora a Alsina impulsada por el CCT de Baradero.<sup>36</sup> Este proceso de concentración en todo el norte lleva a la organización de mayor escala de los obreros de la campaña, los que ahora intentan formar estructuras mayores: a invitación de los centros socialistas del norte de Buenos Aires y del sur de Santa Fe, se trata de reunir a todos los centros obreros de la ribera del Paraná para junio de 1902.<sup>37</sup>

La idea salió de los mismos pueblos y de la necesidad de hacer más firme y densa la trama de la red organizacional que resulta clave para el triunfo en la zona. La sociedad que hace la propuesta es Peyrano y propone reunirse en Pergamino, dejando ya aclarado que no se tratarán temas relacionados con las ideologías socialista o anarquista, para evitar las discusiones que ya estaban dividiendo a la FOA, crecientemente dominada por el anarquismo. Poco a poco, todos los centros responden positivamente al llamado y el congreso comienza a sesionar al 30 de agosto en la localidad elegida con el objeto de nombrar una mesa directiva, firmar un pacto de solidaridad, constituir un Comité Regional, fomentar la formación de nuevos centros obreros, lograr la reglamentación uniforme del trabajo y del jornal en las máquinas trilladoras y en las chacras, una tarifa uniforme del acarreo de cereales y establecer horarios y jornal uniforme en los trabajos de hombreada de bolsas y uniformidad del peso.<sup>38</sup>

Todo avanzó bien hasta que se produce la ruptura entre socialistas y anarquistas estando los primeros en mayoría, cuando a proposición del Centro Obrero de Zárate se invita a todos los centros reunidos a adherirse a la FOA. El congreso se pronuncia en el sentido de no adherirse a ninguna de las dos centrales existentes (FOA y Comité de Propaganda Gremial), instando a la unificación. Obviamente, los anarquistas deploran la resolución y restan importancia al congreso (el que, afirman, nucleó a 3.500 obreros) teniendo, sus conclusiones, desde su postura, sólo el valor de un buen antecedente. Otras resoluciones del congreso son: protestar contra los impuestos que gravan a las trilladoras y desgranadoras; aconsejar el establecimiento de Cajas de Socorros Mutuos y realizar propaganda activa. Se nombra también al comité federal y se plantea organizar a los obreros de Rojas, Carmen, Exaltación de la Cruz, San Antonio de Areco, Carmen de Areco, Arrecifes, Giles y Salto, para lo cual se nombra como conferenciantes a Antonio Varela y Manuel Marante. La presencia de este último en un puesto tal indica que la presencia anarquista en el congreso era minoritaria pero importante y que no se retiraron los futuros quintistas cuando fracasó la tentativa de adherir la nueva entidad a la FOA (Marante era uno de los anarquistas expulsado del CCT de Baradero).<sup>39</sup> Volveremos más adelante sobre esta organización.

El entredicho con los anarquistas (que critican al socialista Aníbal Poeta, el militante del socialismo más importante y alma mater del Congreso, de tratar de restar adrede miembros a la FOA) y, fundamentalmente la crisis económica agravada, es la que quita vuelo a la novel organización: si

bien en Zárate los carreros obtienen mejoras bajo la dirección anarquista, en toda la región la desocupación y la crisis se agravan con la aparición de epidemias de viruela. Varias localidades comienzan a verse apremiadas por la crisis, aprovechada por los patrones. Los diarios denuncian el exceso de brazos y la desocupación. Igual que en la cosecha anterior, la situación no favorece a los obreros. El Congreso, en realidad ya Federación Obrera de los Centros de la Costa y Norte de Buenos Aires y Sud de Santa Fe, a cargo de su secretario general, Andrés Fernández, tiene problemas para recaudar las contribuciones que deben mantener la organización. En toda la ribera, al acercarse la nueva cosecha, hay preparativos de conflicto: en el ahora anarquista San Nicolás y en Campana, donde 25 obreros venidos de Zárate se dirigen en lancha a Las Palmas a poner al tanto de la huelga desatada allí, son detenidos y trasladados por la prefectura al primer pueblo nombrado. Enterados, en Zárate varios obreros se acercan a Campana a preguntar por la suerte de sus compañeros. En la prefectura son recibidos a balazos siendo heridos tres. Como acto de protesta se declaran en huelga los obreros de la fábrica de carne congelada de Las Palmas y de la de papel de Zárate. El delegado de la FOA, Basterra, se entrevista con el delegado del gobierno nacional y provincial que investiga el hecho y libera a los presos.<sup>40</sup>

En Campana la situación sigue tensa y las huelgas no aflojan. En diciembre, la lucha continúa en todo el litoral, agravado por las huelgas de Buenos Aires y Rosario. En noviembre se produce la huelga general desatada por las centrales obreras y su represión violenta representa un enorme retroceso en el proceso organizativo en todo el norte, con numerosas detenciones y clausura de locales. Incluso los diarios obreros se ven impedidos de editarse. *La Vanguardia* resume los arrestos:

“Ha sido arrestado el compañero Alfredo Torcelli enviado á la Capital Federal con la nota de *sugeto peligroso*. Los compañeros Meyer González, Torcelli (C.), Bolano, Tetamanti y Arrascaeta tienen un vigilante á la puerta de sus respectivos domicilios.

Ensenada – El martes fueron arrestados y enviados a la Capital Federal una treintena de estivadores, entre los que se encuentran los compañeros Marsullo, Muro y Sanrelli.

Rauch – El compañero Luis Boffi fué arrestado el lunes cuando terminaba una conferencia ante numeroso público. Fué trasladado á la Capital Federal, y en el cuartel de bomberos le sacaron las esposas que le habían colocado en Rauch.

Baradero – Ocho compañeros, entre los que se encuentran Bosio, Solari y Alvarado fueron prendidos por el comisario Stagnaro y enviados á La Plata con esta infame nota para Solari: *propagandista de Baradero, Zárate y Campana*. Se ha clausurado el C.C. de T.

Rosario – Los compañeros Ballerini (C), Leoni, Ciattino y Feeselman han tenido que tomar precauciones para no caer en manos de la policía.”<sup>41</sup>

En otros puntos de la república la situación se presenta difícil, aun donde la organización de los obreros rurales acaba de llegar, como en San Franciscó (Córdoba), donde se estrena la Ley de

Residencia con la detención de 6 obreros y su inclusión en la lista de expulsados.<sup>42</sup>

En Buenos Aires, salvo en Pergamino, donde los carreros mantienen sus conquistas, las posiciones obreras retroceden. En San Nicolás la campaña efectuada por los trabajadores del campo resultó "un fracaso lamentable". El resultado es jornales bajos y 15 horas diarias.<sup>43</sup> En Baradero los juntadores de maíz vuelven a las jornadas de estrella a estrella con pésimos salarios y condiciones, si bien se mantienen algunas conquistas. En Alsina recién en julio de 1903 se vuelven a constituir los gremios de estibadores y carreros.<sup>44</sup> Es en la mitad del año cuando comienza a levantar nuevamente el movimiento organizativo con el congreso de estibadores que se reúne en la Boca y que incluye a todos los puertos del litoral y del Uruguay. En San Pedro vuelven a la carga los carreros con solidaridad de estibadores. Los carreros estaban divididos en una fracción minoritaria influida por el mitrismo local y una mayoritaria unida al CCT. Éste apoya a la fracción mayoritaria y obliga a los cerealistas a darles trabajo. También retoman mejores condiciones en Pergamino.<sup>45</sup>

Sin embargo, el movimiento no llega al nivel del año anterior. El Congreso obrero agrícola y su Federación Obrera Agrícola de los centros del norte y de la Costa de Buenos Aires y Sur de Santa Fe, son sólo un sello en mano de su secretario en Pergamino, quien afirma que "dejó de funcionar debido al famoso estado de sitio y Ley de Residencia y por qué no decirlo, la negligencia de los centros adheridos salvo aquellos que pudieron y quisieron cumplir lo pactado en aquel congreso."<sup>46</sup> El balance presentado por su secretario muestra que sólo los centros de San Nicolás, Capitán Sarmiento, Alsina, Junín y Pergamino habían aportado lo que les correspondía. La edición de 500 circulares a los dueños de máquinas, y 5.000 hojas con las resoluciones del congreso, dejó al organismo con un déficit de 8,15\$. Sin aportes el organismo deberá cerrar. En Capitán Sarmiento la desorganización aumenta cuando la sociedad de carreros, en junio de 1903, enfrenta a una casa acopiadora de cereales y "hubo tal lluvia de carros de todas partes, que aquello fue un diluvio." El boicot "murió antes de nacer". Los carros llegaron de los puntos donde no había organización sindical.<sup>47</sup>

En Alsina la situación no está tan mal pero es precaria, tanto en las desgranadoras como en los galpones:

"El 22 de agosto ppdo. fueron despedidos cuatro de los obreros que trabajaban en la máquina desgranadora de Buillar y Laclau, por la soberana razón de que trataron de organizar á sus compañeros para exigir el trabajo de sol á sol, en vez del de estrella á estrella á que se los tenía obligados. Pero conocida la causa por todos los obreros, un acto de solidaridad salvó su situación. Buillard y Laclau no tuvieron más remedio que someterse y aceptar las exigencias de sus asalariados. Pero no hay que engañarse: el triunfo fué fácil porque los brazos escasean. Si los brazos no escasearán, no hubiese bastado el acto solidario para alcanzar el fin propuesto. Es necesario que los trabajadores de campo se organicen si quieren ser tratados con más humanidad por sus patrones."<sup>48</sup>

En Zárate los obreros deben enfrentar la ofensiva patronal de la mano, cuando no, de Genoud,

hallándose en huelga para setiembre de 1903. Desde San Pedro se llama a los peones a organizarse para la próxima cosecha para recuperar lo perdido, mientras *La Vanguardia* vuelve a publicar las resoluciones del Congreso agrícola para que sirvan de orientación a los obreros en la cosecha próxima. En San Nicolás los conferencistas del CCT salen a organizar a Estación Rojo y Conesa e intentan celebrar el segundo congreso de obreros agrícolas en San Nicolás. En Baradero el sindicato había caído en manos de “los pequeños patrones y capataces”, por lo que fue necesario rescatarlo. Esta situación ambigua entre desocupación y reorganización da la tónica a todo 1903, año de débil acción obrera mezclada con fuertes recaídas. A fines de octubre la secretaria de la Federación Obrera Agrícola pide a cada centro una cuota de 5 centavos por cada adherente para iniciar la propaganda y reimprimir los acuerdos del congreso. La Junta Ejecutiva del Partido Socialista insta a los centros de la provincia de Buenos Aires y, muy especialmente a los del norte a que defiendan los acuerdos del congreso.<sup>49</sup>

Con la lenta desaparición de la desocupación, la acción reivindicativa se afianza: en Santa Fe se cosechó bien, con buenos salarios lo mismo que en el norte de Buenos Aires, donde el CCT de San Pedro consigue imponer un pliego sin huelga, lo que muestra un clima económico más favorable. Se manifiesta también una cierta indiferencia frente a la organización.<sup>50</sup> En otros pueblos del norte, esta indiferencia se repite en Junín y Lobos. En Pergamino y en Junín hay disputas entre anarquistas y socialistas en medio de huelga de estibadores, mientras en San Nicolás la huelga soportó la presión policial, agravándose la disputa entre ambas vertientes ideológicas en el pueblo. En este contexto aparece una sociedad nueva de estibadores dirigida por caudillos locales del radicalismo. En resumen, en norte de la provincia sólo San Pedro puede cantar victoria y prepararse para la cosecha de maíz.<sup>51</sup>

Mientras tanto, despiertan a la acción sindical otras zonas de la pampa. En Entre Ríos, en Gualeguay, la situación es desastrosa:

“Debido sin duda á la falta absoluta de instrucción y organización, los obreros de este departamento entrerriano están pasando por una situación por demás angustiada. La falta absoluta de conciencia obrera hace que los trabajadores sufran todas las imposiciones patronales, sin la menor muestra de descontento; y al paso que van no sería extraño que algunos descorazonados explotadores lleguen hasta obligar á los obreros a trabajarles gratuitamente. Hace varios años se pagaban dos pesos de jornal por día, más o menos, y este año sólo se ha pagado *ochenta centavos* para trabajar como bestias 14 y 15 horas diarias. ¿A estos trabajadores no se les ocurrió organizarse en sociedad de mejoramiento? Ya se les ocurrirá cuando los ahorquen más.”<sup>52</sup>

En Gualeguaychú, sin embargo, los carreros consiguen aumentar su tarifa, igual que los de San José de la Esquina, en Corrientes.<sup>53</sup>

En el sur de Buenos Aires, donde la agricultura está creciendo muy rápidamente, comienzan a aparecer organizaciones obreras: en Coronel Suárez el CCT del pueblo se organiza y adhiere a la FOA,

mientras en Tres Arroyos los estibadores se reúnen y declaran la huelga exigiendo 5 \$ diarios y 9 horas de trabajo. Los contratistas ofrecen 4\$ a cambio de mantener los cuartos de día pero la oferta fue rechazada, teniendo finalmente 9 horas, sin cuartos y 4,50\$. Fueron patrocinados por el Centro Socialista local.<sup>54</sup> En el norte el comienzo de la cosecha de maíz da nuevas fuerzas a los centros obreros, beneficiados del aumento de las tareas: en San Nicolás vuelven a la carga los estibadores, que reciben el apoyo de los 50 crumiros traídos del interior, a pesar de los apremios policiales. La huelga es conducida por anarquistas con apoyo socialista y tiene por finalidad eliminar el centro “amarillo” fundado por los patrones, denominado Sociedad de Libre Trabajo. El Centro Cosmopolita Obrero logra también incorporar a los obreros que habían dejado la organización durante el conflicto anterior. El conflicto está planteado contra Dreyfus, por lo que se pide a la FOA y la UGT ayuda para boicotear a la empresa en todo el país.<sup>55</sup>

Los patrones de los embarcaderos se sienten lo suficientemente fuertes como para exigir a los obreros el ingreso a la sociedad de trabajo libre para conseguir empleo. Esta situación obliga a anarquistas y socialistas a realizar acciones conjuntas como manifestaciones de protesta, con conferencias de Acha y Galletti. La huelga sigue en setiembre sin resolución. Todavía en octubre la Sociedad de Libre Trabajo continúa en pie a pesar de los manifiestos que circulan por el pueblo incitando a abandonarla. Mientras tanto, el CCO resiste negándose a cargar los barcos que atracan en los muelles. Frente a otras casas cerealistas, como Brauss Mahn, se desatan nuevas huelgas, pero el objetivo central, eliminar la entidad amarilla creada por los patrones, fracasa, siendo una señal clara de esto el hecho que no se vuelve a mencionar la situación.<sup>56</sup>

En el resto del norte la acción se traslada a Ramallo, cuyos carreros obtienen ventajas tras una breve huelga, y San Pedro, donde se realiza el primer congreso local, que concluye con la obligación de los estibadores de organizar a los peones de campo. Los estibadores de San Pedro están enfrentando el mismo problema que los de San Nicolás, la sociedad de “libre trabajo”, mientras el CCT cae en la órbita del anarquismo.

La expansión de esta tendencia ideológica llega más al sur, a los estibadores de Junín y Chacabuco, donde también se suman los carreros, y a los carreros de Bragado, que se declaran en huelga; por el litoral llegan a Baradero y Zárate, en Santa Fe, con huelgas de carreros en Acebal y Casilda (dos huelgas en este último pueblo en julio por incumplimiento de pliego).<sup>57</sup> Este avance en Santa Fe impulsa a los anarquistas de Rosario, nucleados en el grupo La Aurora Social, a realizar una gira de propaganda por los centros agrícolas de la provincia. En Junín los anarquistas encabezan una huelga de estibadores en octubre por las 8 horas, preferencia por personal de la sociedad y un delegado para cada galpón a fin de controlar la distribución del trabajo. Al acercarse la cosecha, el Grupo Libertario de Rosario dirige un manifiesto a los obreros del campo para organizarse por el salario y reducir la jornada, decisión que toma el congreso de estibadores de Buenos Aires a propuesta de Zárate para los puertos del litoral.

Este avance sostenido del anarquismo que se da desde inicios de 1903 da la tónica de la

situación y el nuevo pico de conflictos estará ahora capitaneado por ellos. Es la cosecha 1904-5 la que presenta la mayor conflictividad y el mayor alcance geográfico, ya que ahora a los focos tradicionales de lucha se suma el sur de Buenos Aires. El movimiento en la cosecha comienza en San Pedro, donde de todas maneras, no parece haberse concretado la huelga para la siega y la trilla, lo mismo que en Capitán Sarmiento. Sí en Chacabuco, de carreros y estibadores, y Junín, donde hay huelga general. De Chacabuco la primera noticia que tenemos es de marzo de 1904, por quejas por estafas en los salarios. Serán los anarquistas los responsables de la agitación en el pueblo y de la organización de estibadores y carreros, que junto con los peones de trilladoras van a la huelga a fines de diciembre. Sabemos del éxito de los carreros en enero y del fracaso de los estibadores en mayo, por la "traición" de "algunos". No estuvo ausente la presión estatal: "La policía como siempre y como en todas partes, digna del aplauso burgués".<sup>58</sup>

En Chivilcoy, el gremio de carreros está en manos de un senador provincial<sup>59</sup>, pero más al sur, en Trenque Lauquen, los obreros de las máquinas trilladoras sufren la presión policial por la publicación de un manifiesto en el que exigen mejoras a los chacareros:

"En los últimos varias conferencias han tenido lugar a las cuáles asistieron trabajadores de las cosechas, que acordaron lanzar un manifiesto exigiendo de los chacareros y patronos de máquinas varias mejoras, para hacer menos inicua la explotación de que son víctimas los trabajadores del campo. La publicación del manifiesto y la agitación que se prepara, sirven de pretexto para la policía para perseguir á mansalva é impunemente á todo trabajador que no se someta corderalmente á las imposiciones capitalistas. Los manifiestos, en la pared pegados han sido rotos por la policía y á los que protestan se les hace callar con los medios brutales, únicos que á su alcance tiene la institución que en este siglo resucito los procederes de épocas de barbarie."<sup>60</sup>

Situación similar se vive en Pigüé, Saladillo, Roque Pérez y 25 de Mayo aunque en estos 4 últimos sin presiones policiales.<sup>61</sup> En Pigüé

"Persiste llena de entusiasmo la huelga de obreros cosecheros de Pigüé, donde como un solo hombre, los obreros abandonaron el trabajo exigiendo mejoras (...) Se espera una pronta solución del conflicto, pues los patronos no pueden soportar grandes perjuicios. Los corresponsales de Pigüé, gente adicta al capital, en sus despachos á los diarios metropolitanos, dicen que faltan brazos en la localidad, lo que es completamente falso, pues hay exceso, tanto aquí como en Puán, Saavedra y Arroyo Corto: lo único que hay es que, en caso de que los chacareros no acepten las condiciones propuestas les será sumamente perjudicial, porque en ese caso, ninguno de los obreros irá a trabajar."<sup>62</sup>

Se exigen aumentos salariales, descanso a medio día, trabajo de sol a sol y que los "señores chacareros que necesiten peones para la presente cosecha" negocien con la comisión.<sup>63</sup>

En el norte de la provincia el punto de mayor acción en el norte de Buenos Aires es Baradero. Declarada la huelga de trabajadores rurales, a comienzos de diciembre, la presión policial es inmediata, según reconoce *La Prensa*. La huelga dura 15 días y fracasa por la acción de la policía y los bomberos, que protegen el accionar de los crumiros, con detenciones de los dirigentes y atropellos de todo tipo.<sup>64</sup>

En el Sur el núcleo de las huelgas es Coronel Suárez. Allí, el CCO anarquista se reúne ya en junio para discutir las bases de contratos para la próxima cosecha. En diciembre la huelga es un hecho. Entre las exigencias están salario de 5 y 6\$ de mínimo, horario de sol a sol, obligación de pedir al CCO los peones, etc. Se realiza una manifestación de cerca de 1.000 obreros recorriendo las calles del pueblo. La municipalidad y la policía local comienzan a detener varios obreros por repartir manifiestos, prohíben reuniones de huelguistas en el local social y consiguen refuerzos de La Plata, que recorren el pueblo haciendo ostentación de armas. El delegado de la FORA en el pueblo informa que fue detenida la comisión del Centro, mientras llegan continuamente nuevos peones al pueblo y circulan patrullas de gendarmería volante venida expresamente. “En resumen, dudo del éxito”, era su lacónica conclusión.<sup>65</sup> Hacia fin de mes la huelga ya se daba por fracasada y la represión domina la situación en verdadero estado de sitio y enviando a la cárcel de Dolores bajo la acusación de sedición a los dirigentes Miguel Fernández, Humberto Bianchi, Sixto Millán y Antonio Galli.<sup>66</sup> Como señala Sebastián Marotta,

“Los peones agrícolas de Baradero y Coronel Suárez son derrotados principalmente por el gobierno de la provincia que, solidario con los hacendados, después de perseguir y detener a los huelguistas, los reemplazan en sus tareas por vigilantes y bomberos.”<sup>67</sup>

Si en Tres Arroyos la enorme desocupación hace fracasar cualquier intento de reivindicación, en Necochea avanza la organización, aunque no conocemos su evolución posterior.<sup>68</sup> Tampoco tuvo mayor suerte en Coronel Pringles. Antonio Buira, en ese entonces, chacarero de la zona, resume la situación en todo el sur:

“He pasado por los pueblos de mayor importancia agrícola del Sud de la provincia de Buenos Aires, como Coronel Suárez, Arroyo Corto, Pigué, a infinidad de estaciones, y conversando con muchos obreros que han caminado leguas y leguas a pié. He podido comprobar la gran abundancia de brazos que hay en las cosechas de este año. He visto también cuadrillas extensas que sin esperanza ninguna de hacer cosecha vuelven a pié por la vía del ferrocarril.”<sup>69</sup>

En el norte de la provincia, sin embargo, todavía hay acciones. En Salto Argentino, se reúnen carreros y estibadores para constituir sociedad “con gran entusiasmo”.<sup>70</sup> De allí surge la Sociedad Carreros Unidos, que “activa la propaganda entre los obreros de esta localidad con el fin de que todos

los gremios se organicen en sociedades de resistencia". Lleva adelante una intensa actividad de conferencias y publicación de manifiestos, buscando organizar a los estibadores para firmar con ellos un pacto de solidaridad y reunir al resto de los obreros para formar la Federación Obrera Local. También presentan pliego de condiciones a los acopiadores.<sup>71</sup>

Por la misma época sabemos del éxito de una huelga de carreros en Zárate<sup>72</sup> y del asalto al local de los estibadores de San Nicolás por parte de la policía, junto con el hostigamiento de los "careros" de la Sociedad de Trabajo Libre.<sup>73</sup> En setiembre del mismo año, sin embargo, reunidos miembros de ambas sociedades, se conviene en unificar la organización de los estibadores de San Nicolás.<sup>74</sup>

En Victoria, Entre Ríos, hay amagos de acción con resultado incierto.<sup>75</sup> En Santa Fe, la cosecha de trigo 1904-5 presenta varias huelgas:

"En consecuencia de la activa propaganda hecha entre los trabajadores agrícolas de las colonias, los peones han promovido disturbios, sublevándose contra los que los ocupan, si no ceden a sus exigencias. El colono Agustín Villata, de San Francisco, por uno de esos alzamientos, tuvo que pedir el auxilio de la fuerza pública."<sup>76</sup>

La situación fue particularmente difícil en Armstrong:

"Con motivo el actual movimiento obrero, hay aquí gran aglomeración de peones y se teme que ocurran accidentes entre aquellos y los chacareros y su personal. Se han formado grupos de peones que impiden que los otros puedan circular libremente y atajan y bajan de los vehículos a los que van a trabajar por cuatro pesos al día. A la policía no le es posible sofocarlo -si se produjese- un levantamiento pues tiene tan sólo tres agentes."<sup>77</sup>

La situación incluso llega a tal que un colono le pega 3 tiros a un peón, quedando este gravemente herido. En Rosario la organización llega a los empleados de casas cerealistas que forman la Unión Empleados Cerealistas. En Córdoba hubo huelga en Juárez Celman, de la mano anarquista.<sup>78</sup>

A partir de 1905 las acciones comienzan a espaciarse, en parte producto de la represión de la huelga general de 1904 y a la recuperación económica. Los gremios que sobreviven enfrentan además a las sociedades patronales, que las hostigan y provocan permanentemente. Un ejemplo claro en este sentido es el de los estibadores de San Pedro, apremiados por sus rivales en noviembre de 1905.<sup>79</sup> Aun así, los gremios que sobreviven no son pocos: en Baradero, por ejemplo, el Centro Obrero, con gran presencia de trabajadores del campo, conmemora el 1º de mayo de 1906, con marcha y concentración a pesar del estado de sitio. Lo mismo sucede en Tres Arroyos.<sup>80</sup> En Azul, los obreros del pueblo luchan por organizar una federación local.<sup>81</sup> En Tres Lomas (Santa Fe), donde no hay organización, 70 obreros rurales llevados a trabajar en la colonia agrícola La Grande, son mantenidos durante veinte

días sin trabajar a la espera de la maduración del trigo, con pésima alimentación y sin pago alguno hasta que enfrentan al administrador y lo obligan por la fuerza a pagar los días perdidos.<sup>82</sup>

En los años siguientes sabemos que progresa la organización en Azul, Rojas y Tres Arroyos, donde los estibadores se pliegan a la conmemoración del 1º de mayo de 1907 acatando la huelga general. De todos modos, se nos informará más adelante, están desorganizados. Son 200 en verano y 20 en invierno. Habían conseguido, organización mediante, la jornada de 8 horas y aumento salarial, pero luego disolvieron la sociedad.<sup>83</sup> Son precisamente los estibadores los que impulsan por primera vez el festejo del 1º de mayo en Bartolomé Mitre (Arrecifes), en ese mismo año. Recientemente organizados, ya tienen una huelga triunfante en su haber. Están adheridos a la UGT.<sup>84</sup> Pocos meses después el delegado en gira de la UGT transmite una imagen sorprendente: la sociedad de estibadores, que había conseguido 120 socios, se disolvió, atacada por la burguesía. Son 120 en verano y 30 en invierno: "La reducción enorme que sufre el personal en invierno explica la selección carneril que con tanta facilidad hacen los explotadores." Se espera su reorganización.<sup>85</sup> Una situación parecida se vive en Pergamino, aunque los carreros se mantienen firmes con 74 afiliados sobre 120 carreros del pueblo. Crece día a día. Hace un año hicieron una huelga y triunfaron. Los estibadores, 200 en verano y 50 en invierno, conquistaron las 8 horas pero luego la perdieron. La última huelga, en 1906, duró un mes y triunfaron. Muy firme se encuentra la organización obrera en Rojas, en particular, los carreros, que tienen afiliados a todos los 150 del pueblo desde hace tres años y ya han ganado tres huelgas. El delegado de la UGT señala que

"Lo que hay de admirable en este gremio es la forma equitativa con que se reparten el trabajo entre los obreros cuando hay escasez. Tienen establecido el turno de tal modo que cada uno trabaja lo que le corresponde, evitando así que haya quienes queden desocupados durante mucho tiempo. Esto lo hacen desde que han impuesto a los patrones la obligación de pedir los obreros a la sociedad."

Con el mismo énfasis, se describe la situación de los estibadores:

"Son 70, todos sindicados. Se organizaron hace dos años y libraron varias huelgas, todas las que resultaron victoriosas para los obreros. Los obreros deben ser pedidos al secretario del sindicato que por la mañana está en la estación para enviar por turno al trabajo a quien le corresponde. Estos, como los carreros, ejercen jurisdicción sobre las estaciones vecinas, donde tienen sus delegados. Ganan 4 pesos los hombreadores y 5 los estibadores por una jornada de 8 horas. Antes trabajaban de sol a sol por 2\$. Los días festivos ganan el doble y suprimieron el cuarto de día."<sup>86</sup>

El panorama no es el mismo en Junín, donde los 200 estibadores (50 en invierno) y los 400 carreros se encuentran desorganizados. Cerca de allí, en Chacabuco, los carreros, en número de 200, están todos organizados. Hicieron seis huelgas generales y las ganaron todas. Los 80 estibadores del

pueblo están completamente desorganizados aunque estuvieron organizados en dos ocasiones y fueron derrotados en otras tantas. Un paisaje peor todavía es el de Salto Argentino, donde las dos organizaciones de carreros (con 100 miembros cada una) se combaten una a la otra. Una de ellas es una cooperativa manejada por un caudillo político. Los estibadores, 30 en total, están apenas un poco mejor, organizados y disfrutando de las 8 horas, pero sin espíritu de combate.

En el norte de la provincia, los estibadores de San Pedro están reorganizándose luego de la desaparición de la Sociedad de Trabajo Libre, pero muy lentamente. Los carreros están divididos en tres asociaciones distintas, la más cercana a la UGT es muy perseguida y minoritaria. Peor está San Nicolás:

“La tiranía burguesa se manifiesta en San Nicolás en toda su repugnancia, pues somete a los obreros en toda forma: la natural tiranía del taller, y luego la tiranía fuera del taller donde el obrero debe obedecer a los caudillos que le prohíben el asociarse con obreros conscientes.”

Los estibadores están todos afiliados a la Sociedad de Libre Trabajo. Los 400 carreros, que supieron estar organizados, ya ni recuerdan esas épocas.<sup>87</sup> Sabemos de huelgas de carreros en General Pueyrredón y de estibadores de Nueve de Julio, y Salto, además de los obreros de los embarcaderos de San Nicolás.<sup>88</sup>

Durante 1908 la actividad se abre con la huelga de conductores de carros y estibadores de Rojas. Concorre como delegado de la UGT Aquiles Lorenzo, detenido por la policía a poco de llegar al pueblo, junto con veinte huelguistas. Se los acusa de incendiarios, siendo Lorenzo trasladado detenido a La Plata. El diario defiende a Lorenzo señalando que el incendio de parvas de que se lo acusa fue producido por el mismo dueño, por el escaso rinde de la cosecha. Los socialistas del pueblo se niegan, según la misma fuente, a que los estibadores apoyen a los carreros.<sup>89</sup> La huelga fracasa y termina con la disolución de ambos sindicatos y la afiliación compulsiva de los obreros a la organización de los “agricultores”. Los patrones quieren obligar a estibadores y carreros a abonar altas cuotas a la “sociedad”, lo que provoca la rebeldía obrera. Se busca reorganizar ambos sindicatos.<sup>90</sup>

En ese mismo año hay actividad en Santa Fe. En San Jerónimo tenemos en abril una huelga de carreros por aumento de salarios. Eran 10 obreros. En Colastiné Sur, también Santa Fe, 800 estibadores van en marzo a la huelga por aumento de sueldo.<sup>91</sup>

Los dos años siguientes no son muy movidos. En 1910 Sebastián Marotta comienza una gira por la provincia de Buenos Aires y comprueba que la desorganización persiste en Salto entre los estibadores y carreros, estos últimos con fuerte competencia de los chacareros. La situación no es diferente en Rojas.<sup>92</sup> Esa parece ser la tónica también en Junín y Pergamino.<sup>93</sup>

Volvemos a tener huelgas en 1911, un conflicto entre carreros y chacareros en Quemú-Quemú, en La Pampa, por las tarifas de acarreo y la oposición a que los últimos transporten sus bolsas en sus carros.<sup>94</sup> Tenemos también en el mismo año, la constitución del Centro de Estibadores de

Inrreville (Córdoba), que luego de una huelga consigue la firma del pliego.<sup>95</sup>

La represión del Centenario no ha pasado en vano. Los diarios obreros reflejan algún tibio despertar en la zona norte de Buenos Aires, pero en el interior del país la “indiferencia” de los obreros rurales es casi total.<sup>96</sup> La gira que Marotta lleva adelante en el sur de Buenos Aires no deja de señalar, sin embargo, la existencia de tendencias a la reorganización, impulsadas, sobre todo, por los ferroviarios y la FOM. En Ayacucho, por ejemplo, los carreros participan de este renacer.<sup>97</sup> Más auspiciosas son las noticias provenientes de Córdoba, sostenidas sobre todo en los ferroviarios y en los obreros de las canteras.<sup>98</sup> Aunque bien es cierto que fuera de esos gremios la situación no progresa, como lo señala Marotta, en gira por la provincia a fines de 1913.<sup>99</sup>

A comienzos de 1914 se producen las últimas huelgas del período en Córdoba (Corral de Bustos) y Santa Fe (Las Rosas), protagonizadas por carreros.<sup>100</sup>

### III. Conciencia de clase y estrategias

Analicemos, a partir de una contabilidad muy elemental, los resultados de esta década y media de acción obrera. Si observamos el gráfico 1, al final del capítulo, veremos que el tipo de acción predominante en forma casi exclusiva es la huelga: sobre un total de 79 acciones, 62 son huelgas. Si le sumamos huelgas que no llegan a declararse (Amenaza de huelga, Amenaza implícita), llegamos a un total de 68 sobre 79. Es decir, los obreros han apelado poco a otros tipos de acciones. Es cierto que algunas de ellas, que normalmente están presentes en toda huelga, están muy subestimadas porque las fuentes no siempre las mencionan (boicot, movilización, piquete, reparto de volantes). El gráfico dista mucho, entonces, de registrar adecuadamente la densidad de acciones que comprende una huelga, por pequeña que sea. Su utilidad se manifiesta mejor cuando pensamos en aquellas acciones que no necesariamente acompañan a una huelga y que, por su naturaleza, difícilmente dejen de registrarse en los diarios, como tomas de comisarías, incendio de parvas o máquinas o acciones armadas. Y lo que caracteriza a esta etapa de lucha, en este sentido, es su ausencia.

Si vemos ahora al sujeto protagonista de la acción (gráfico 2), es indudable que el protagonismo de los estibadores es notable: ellos solos dan cuenta del 43% de las acciones. Los carreros arañan un tercio del total, mientras los obreros de la trilla alcanzan a un cuarto. Curiosamente, mientras la mayoría de las acciones se realizaron en la zona maicera, los obreros de la juntada y la desgranada apenas suman un modestísimo 1% cada uno (que en realidad es menos, porque la cifra está redondeada hacia arriba). Peor es el caso de la siega, que no muestra ninguna acción.

Consecuente con esta distribución, el enemigo principal de nuestro protagonista ha sido en forma abrumadora la casa cerealista, con un 72% de presencia en los conflictos (gráfico 3). Su número está “inflado” en relación a los dueños de trilladora porque, en muchos casos, la casa cerealista es la propietaria de las máquinas de trilla, de modo que su antagonismo se manifiesta en tres ámbitos distintos: en la trilla, contra el obrero trillador, el acarreo del cereal, contra el carrero, y la estiba,

contra el estibador. El segundo antagonista en importancia es el chacarero, que se enfrenta a los obreros y a los carreros.

El motivo de las acciones (gráfico 4) privilegia siempre las condiciones de venta de la fuerza de trabajo: la duración de la jornada (19%), los salarios (27%) y condiciones de trabajo (20%). Cabe aclarar que normalmente estas tres demandas van juntas, lo que se nota en la paridad de los porcentajes. Sucede que la primer huelga de un gremio tiende a considerar todas las cuestiones juntas. Si se tiene éxito, difícilmente alguna de ellas vuelva a aparecer (la jornada de ocho horas, por ejemplo). En cambio, la demanda salarial está presente todos los años por efecto de la inflación. El ítem "reconocimiento sindical" suele aparecer cuando se exige que los obreros sean "pedidos" al sindicato, otorgándoseles así el monopolio de la fuerza de trabajo.

La suerte de las acciones arroja un saldo positivo, aunque su consideración debe tomar en cuenta elementos cualitativos. Si bien más de un 40% de las acciones son victoriosas frente a un quinto de derrotas, hay que tener en cuenta el alto porcentaje de las acciones "sin datos". Normalmente una huelga que fracasa no se publicita, salvo que ello revista un interés político particular (como parte de la lucha de tendencias en el movimiento obrero, por ejemplo). En este caso, más de un tercio de las acciones cuyo resultado final desconocemos puede estar indicando que un balance más adecuado tal vez nos acerca a un 50/50. Un segundo elemento a tener en cuenta es la calidad de las victorias y las derrotas. Es interesante, en este aspecto, observar la evolución del bastión sindical de zona norte, San Nicolás. Sus éxitos abren un desarrollo organizativo en toda la provincia, sin precedentes. Por eso mismo, su derrota inaugura una crisis general.

Si nos preguntamos ahora por quién ha dirigido las acciones (gráfico 6), nos encontraremos con las orientaciones básicas del movimiento obrero argentino durante todo el período bajo estudio en esta tesis: los socialistas, que arrancaron primero y protagonizaron buena parte de las acciones en los inicios, alcanzan a manejar un 40% de las acciones cuya dirección conocemos (se excluyen aquí las que no podemos adjudicar a nadie en particular). Los anarquistas, que comienzan a adueñarse de la situación hacia 1904, superan la mitad, mientras que apenas un 9% corresponde a la última orientación en llegar (pero que será la dominante el resto de nuestra historia) el sindicalismo revolucionario, representado en este período por la Unión General de Trabajadores (UGT).

Los patrones, por su parte, se defendieron sobre todo con la policía (88%), cifra que también incluye una participación importante, sobre todo en los puertos del norte de la provincia de Buenos Aires, de la Prefectura. No hay presencia de policías privados, apenas un caso de bandas civiles (patotas de sindicatos "libres") y algo de gendarmería (gráfico 7). Se verá más adelante la importancia de esta distinción.

El tipo de acción represiva (gráfico 8) guarda relación con lo recién dicho: el 90% de las acciones represivas se concentran en la detención, la amenaza y la organización y protección de rompohuelgas. Dicho de otra manera, la acción represiva por excelencia en esta etapa fue destinada a evitar el monopolio de la fuerza de trabajo por el sindicato. Algo parecido nos dice el relevamiento de

los detenidos por orientación política (gráfico 9): si bien la mayoría es anarquista (46%), los socialistas no quedan muy atrás (38%) y los sindicalistas tienen también lo suyo, teniendo en cuenta que arrancan tarde (12%). Esta pareja actitud hacia todas las orientaciones nos puede indicar que aún la moderación típica de los socialistas resultaba molesta, precisamente porque lo que estaba en juego era la existencia misma del sindicato. No se trata de una coyuntura en la que haya alguna estrategia que supere la lucha económica, en la que la estrategia de la burguesía proceda a separar y castigar con más dureza a aquellos que encarnen la lucha política revolucionaria. También por eso, una práctica importante de la burguesía es la organización de sindicatos patronales (gráfico 10), ligados a las empresas (55% de las acciones patronales) o a la iglesia católica (18%). Los despidos, como arma patronal no aparecen nunca separados de los otros tipos de acción, por eso no se los contabiliza aparte. El gráfico, entonces, puede dar la falsa impresión de que no había despidos de personal. Es significativo la ausencia del lock out, síntoma de que la estrategia básica (detención de comisión directiva, desconocimiento del sindicato y organización de sindicato patronal) funcionaba aceptadamente con la colaboración de las autoridades locales. Sólo en un limitado número de casos fue necesario apelar a las autoridades de mayor nivel (18%).

Mirando el proceso en su distribución temporal (gráfico 11), es fácilmente observable un doble movimiento claramente marcado por el desarrollo del conjunto de las acciones de la clase obrera: el proletariado pampeano acompaña el crecimiento de la lucha que precede y acompaña a la huelga general de 1902 y, obviamente, siente las consecuencias de la contra-ofensiva burguesa en la cosecha de 1902-03; acompaña también el proceso que lleva a la huelga general de 1904 y la recaída posterior. Sin embargo, a partir de 1905, el proletariado rural va a desengancharse del proceso general, siendo notable su inactividad durante los años que rodean al Centenario e incluso los que se caracterizarán por la actividad chacarera que inaugurará el Grito de Alcorta.

Se ha señalado que las huelgas rurales son la extensión de la lucha urbana de la clase obrera,<sup>101</sup> o que la llegada de los obreros "golondrina" desarmaría cualquier posibilidad de acción sindical y organización.<sup>102</sup> Sin embargo, ambas afirmaciones son erróneas: el Centenario estuvo precedido y acompañado por una muy intensa actividad urbana y sin embargo nada se movió en el "campo"; la migración golondrina no existió, mal puede causar el efecto que se le adjudica, pero si ese fuere el caso, habría que explicar por qué en 1911 y 1912 no pasó nada a pesar de la ausencia del "golondrina" italiano. La respuesta es más sencilla: de 1905 en adelante la demanda de fuerza de trabajo rural es muy sostenida y ya vimos como los salarios de cosecha alcanzan su mayor nivel histórico frente a las remuneraciones urbanas. Eso que Bunge y Cortés Conde han marcado, la tendencia a un exceso de oferta en el mercado de trabajo, es válido para el ámbito urbano, pero no para el rural. No hay razones, entonces, para que el infante acompañe al resto del ejército proletario en sus reivindicaciones. Si se repasan los informes de los periódicos obreros, en particular, de sus delegados "en gira", se verá que a pesar de que muchas conquistas se han perdido luego de la oleada huelguística que terminó en 1905, no hay, sin embargo, un retroceso generalizado hacia los peores momentos de la coyuntura 1899-1903.

Concluyendo, el proceso protagonizado por la fracción es el que va de la mera existencia de antagonismos de clase a la huelga contra un patrón y luego la huelga por rama en una ciudad. la solidaridad entre obreros de diferentes localidades y de allí al ingreso a la clase obrera y su lucha ideológica (disputa anarquistas-socialistas). Comienza por los estibadores de los grandes puertos y va penetrando en la campaña desde los puertos más pequeños. Donde mayor es la densidad sindical, el proceso es más rápido y tiene mayor extensión y permanencia (norte de Buenos Aires). Donde es menor, es más lento en llegar pero genera situaciones más represivas, facilitadas por la situación de relativo aislamiento. Aun así, la organización general progresa rápidamente apoyada en el desarrollo más amplio del movimiento obrero, en particular, el de los estibadores de los grandes puertos.

Las orientaciones dominantes son las del socialismo, que parece haber tomado la iniciativa, y del anarquismo, que termina dominando la escena. La estrategia de la clase es la conquista de mejores condiciones para la venta de la fuerza de trabajo (el salario y sus modalidades, la duración de la jornada y su intensidad), lo que impulsa el proceso de organización. No hay acciones que evidencien otra estrategia. Sí existe una disputa por la dirección de esa estrategia entre las distintas tendencias del movimiento obrero. La diferencia no se encuentra entre reforma y revolución, como sugiere la historiografía tradicional del movimiento obrero, sino entre dos formas de llevar adelante el programa reformista: negociación (socialismo) versus acción directa (anarquismo).

Precisamente, la respuesta patronal abona al crecimiento de esta última estrategia: la resistencia a aceptar a las organizaciones, la apelación al uso de rompehuelgas, la creación de organizaciones paralelas ("amarillos") y el apoyo del aparato represivo del estado, hacen difícil conseguir objetivo alguno por la vía de la negociación. Así, se consolida la tendencia a recurrir a direcciones enérgicas y acciones de envergadura. Esa misma situación genera también la tendencia opuesta, a la pasividad y la desorganización, cuando el clima económico mejora. La continuidad de una situación precaria en los obreros urbanos, producto del desfasaje de situaciones entre el campo y la ciudad, da continuidad, en esta última al crecimiento del anarquismo que habíamos visto desarrollarse en el campo frente al socialismo.

También se evidencia, en estos primeros intentos organizativos, la confusión entre obreros y pequeños patrones, en especial entre los carreros. Subsisten también relictos políticos de una etapa anterior (el mitrismo, por ejemplo) y hace su aparición la principal influencia burguesa futura en el movimiento obrero, el radicalismo.

En suma, hemos visto a la infantería ligera participar del nacimiento de la clase obrera argentina, es decir, del momento en que se produce el pasaje de la clase en sí a la clase para sí.

## Notas

<sup>1</sup>Zevallos, op. cit.

<sup>2</sup>Véase Harari, Fabián: *Hacendados en armas*, Ediciones ryr, Bs. As., 2009.

<sup>3</sup>Una excepción es Falcón, Ricardo: *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, CEAL, 1984.

<sup>4</sup>Citado por Falcón, op. cit., p. 44.

<sup>5</sup>Varios textos prueban las crecientes dificultades para el éxito de los pequeños capitales en el lanar, la industria y la agricultura. Véase, respectivamente Sabato, Hilda: *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar 1850-1890*, Sudamericana, Bs. As., 1989 y (con Luis A. Romero): *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado (1850-1880)*, Sudamericana, 1992; Pucciarelli, *El capitalismo...*, op. cit.

<sup>6</sup>Armus, Diego: *Manual del emigrante italiano*, CEAL, Bs. As., 1983, p. 51-52.

<sup>7</sup>*Review of the River Plate*, 3.3.1900, citado por Oved, Isaacov: "El trasfondo histórico de la ley 3.144. de Residencia", en: *Desarrollo Económico*, vol. 16, nro. 61 (abril-junio, 1976), p. 128.

<sup>8</sup>Lemée, Carlos *El chacarero*, Establecimiento tipográfico de El Censor, Bs. As., 1887, p. 21-22.

<sup>9</sup>Daireaux, Godofredo: *Manual del agricultor argentino*, Prudent Hnos. y Moetzel, Bs. As., 1901, p. 328.

<sup>10</sup>LV, 13.12.19, p. 5.

<sup>11</sup>Bialet Massé, op. cit., p. 448.

<sup>12</sup>LOO, 13/3/20, p. 2.

<sup>13</sup>Bialet Massé, op. cit., p. 114

<sup>14</sup>LV, 29/12/19, p. 1 y TP, 22/11/19, p. 1.

<sup>15</sup>Sobre la primera explicación, Luparia, op. cit., 196. La otra es de Cuadrado Hernández, op. cit., p. 80

<sup>16</sup>Pianetto, op. cit., p. 303. En este sentido, acordamos con Rau, op. cit., que la residencia urbana puede ser más una ventaja que una desventaja para la organización. Sin embargo, hay que tener en cuenta que aquí no se trata de obreros rurales que residen en la ciudad contigua al campo en el que trabajan, sino de otra capa de la clase obrera, la infantería ligera, cuya residencia estaba en las grandes ciudades.

<sup>17</sup>TB, 8/11/19, p. 2

<sup>18</sup>LV, 2/2/01, p. 2

<sup>19</sup>LV, 9/2/01, p. 1 y 16/2/01, p. 1

<sup>20</sup>LV, 2/2/01, p. 2

<sup>21</sup>LV, 26/1/01, p. 2

<sup>22</sup>LV, 9/3/01; 16/2/01; 2/3/01; 9/3/01 y 30/3/01

<sup>23</sup>LV, 2/3/01; 9/3/01; 23/3/01.

<sup>24</sup>LV, 25/5/01; 15/6/01; 13/7/01.

<sup>25</sup>LV, 10/8/01; 3/8/01.

<sup>26</sup>LV, 21/9/01; 28/9/01; 27/9/01; LP, 29/9/01.

<sup>27</sup>LP, 2/10/01; 5/10/01; LV, 5/10/01; 2/11/01.

<sup>28</sup>LV, 12/10/01.

<sup>29</sup>LV, 21/12/01; 28/12/01; 30/11/01; LP, 4/12/01; LV, 7/12/01; 8/12/01; LP, 21/12/01.

<sup>30</sup>LPro, 18/1/02; LV, 1/2/02.

<sup>31</sup>LP, 24/1/02; 25/1/02; Marotta, op. cit. p. 161.

<sup>32</sup>LV, 19/4/02 pág 2.

<sup>33</sup>LV, 8/3/20; LPro, 22/3/02; Marotta, op. cit., p. 167.

<sup>34</sup>LV, 29/3/02.

<sup>35</sup>Marotta, op. cit., p. 162.

<sup>36</sup>LPro, 19/4/02; LV, 19/4/02; 10/5/02; 24/5/02; 21/6/02; 30/8/02.

<sup>37</sup>LV, 26/7/02.

<sup>38</sup>LV, 30/8/02.

<sup>39</sup>LV, 20/9/02; LPro, 6/9/02.

<sup>40</sup>LPro, 27/9/02; LV, 20/9/02; 11/10/02; LP, 5/11/02; LV, 11/10/02; LPro, 1/11/02; 8/11/02.

<sup>41</sup>LV, 29/11/02.

<sup>42</sup>LV, 7/2/03; 29/4/02.

<sup>43</sup>LV, 7/2/03; 21/2/03.

<sup>44</sup>LV, 7/2/03; 11/7/03.

<sup>45</sup>LPro, 6/6/03; LV, 4/7/03; 8/7/03; 25/7/03.

<sup>46</sup>LV, 29/8/03.

<sup>47</sup>LV, 1/8/03.

- <sup>48</sup>LV, 6/9/03 pp. 1-2.
- <sup>49</sup>LV, 24/10/03; 17/11/03.
- <sup>50</sup>LV, 9/1/04.
- <sup>51</sup>LV, 16/1/04; LPro, 16/1/04; LV, 23/1/04; LPro, 13/2/04; 20/2/04; LV, 11/4/03; 27/2/04.
- <sup>52</sup>LV, 20/2/04 pág 2.
- <sup>53</sup>LV, 20/2/04; 20/2/04; LPro, 27/5/04.
- <sup>54</sup>LPro, 19/3/04; LV, 2/4/04; 5/4/04; 16/4/04.
- <sup>55</sup>LPro, 8/5/04; 13/5/04.
- <sup>56</sup>LV, 9/7/04; LPro, 14/7/04; LV, 3/9/04; LPro, 14/10/04; 6/10/04.
- <sup>57</sup>LPro, 31/5/04 pág 1 y LPro, 8/7/04 p. 1.
- <sup>58</sup>LPro, 5/3/04 pág 4. 13/10/04 pág 3, 22/10/04 pág 3. 9/12/04 pág 3. 29/12/04 pág 3. 11/1/05 pág 3. 31/5/05 pág 3.
- <sup>59</sup>La Pro, 21/12/04 pág 3.
- <sup>60</sup>LPro, 11/12/04 pág 3.
- <sup>61</sup>LPro, 20/11/04; LV, 10/12/04; LPro, 9/12/04; 29/12/04; 21/12/04; LP, 10/12/04; LPro, 21/12/04; 11/12/04; 28/12/04; LV, 24/12/04
- <sup>62</sup>LPro, 27/12/04, p. 3.
- <sup>63</sup>LPro, 28/12/04, p. 3.
- <sup>64</sup>LP, 4/12/04; 9/12/04; LV, 24/12/04.
- <sup>65</sup>LPro, 26/6/04; 22/12/04.
- <sup>66</sup>LPro, 25/12/04, p. 3, 3/1/05, p. 3, 18/1/05, p. 4.
- <sup>67</sup>Marotta, op. cit. pág 211-12.
- <sup>68</sup>LPro, 25/11/04, p. 3.
- <sup>69</sup>LV, 7/1/05.
- <sup>70</sup>LPro, 26/5/05, p. 3 y 20/5/05, p. 3.
- <sup>71</sup>LPro, 11/6/05, p. 3.
- <sup>72</sup>LPro, 23/05/05, p. 4.
- <sup>73</sup>LV, 8/7/05, p. 1.
- <sup>74</sup>LV, 30/9/05, p. 2.
- <sup>75</sup>LPro, 29/10/04, p. 3.
- <sup>76</sup>LPro, 1/1/05.
- <sup>77</sup>LP, 3/12/04.
- <sup>78</sup>LP, 5/12/04; LPro, 19/12/05.
- <sup>79</sup>LAS, 11/11/04.
- <sup>80</sup>LAS, 1/5/06.
- <sup>81</sup>LAS, 1/10/06.
- <sup>82</sup>LAS, 1/1/07.
- <sup>83</sup>LAS, 16/8/07. En Ingeniero White, en época de cosecha son 1.000 y 100 fuera de cosecha.
- <sup>84</sup>LAS, 16/5/07.
- <sup>85</sup>LAS, 1/10/07.
- <sup>86</sup>LAS, 1/10/07.
- <sup>87</sup>LAS, 1/11/07.
- <sup>88</sup>BDNT, nº3 31/12/07, p. 396.
- <sup>89</sup>LAS, 16/1/08.
- <sup>90</sup>LAS, 1/8/08.
- <sup>91</sup>BDNT, 31/12/08 Nº 7 pág 680-81.
- <sup>92</sup>LAS, 9/4/10.
- <sup>93</sup>LAS, 16/4/10.
- <sup>94</sup>LP, 15/1/11, citado por Craviotti, op. cit., p. 59.
- <sup>95</sup>Luparia, op.cit., pág 195.
- <sup>96</sup>LAO, 15/6/12. Véase también la situación en Tres Arroyos en LAO,12/7/13. Necochea y Balcarce, en LAO, 19/7/13.
- <sup>97</sup>LAO, 2/8/13.
- <sup>98</sup>LAO, 18/10/13.
- <sup>99</sup>En Río Cuarto, LAO, 1/11/12; en Corral de Bustos y Villa María, LAO, 8/11/13.
- <sup>100</sup>LV, 25/3/14, 1/4/14, citado por Craviotti, op. cit., p. 60-61.
- <sup>101</sup>Pianetto, op. cit.
- <sup>102</sup>Adelman, op. cit.

# Cuadros capítulo 7

## Gráficos

Gráfico 1

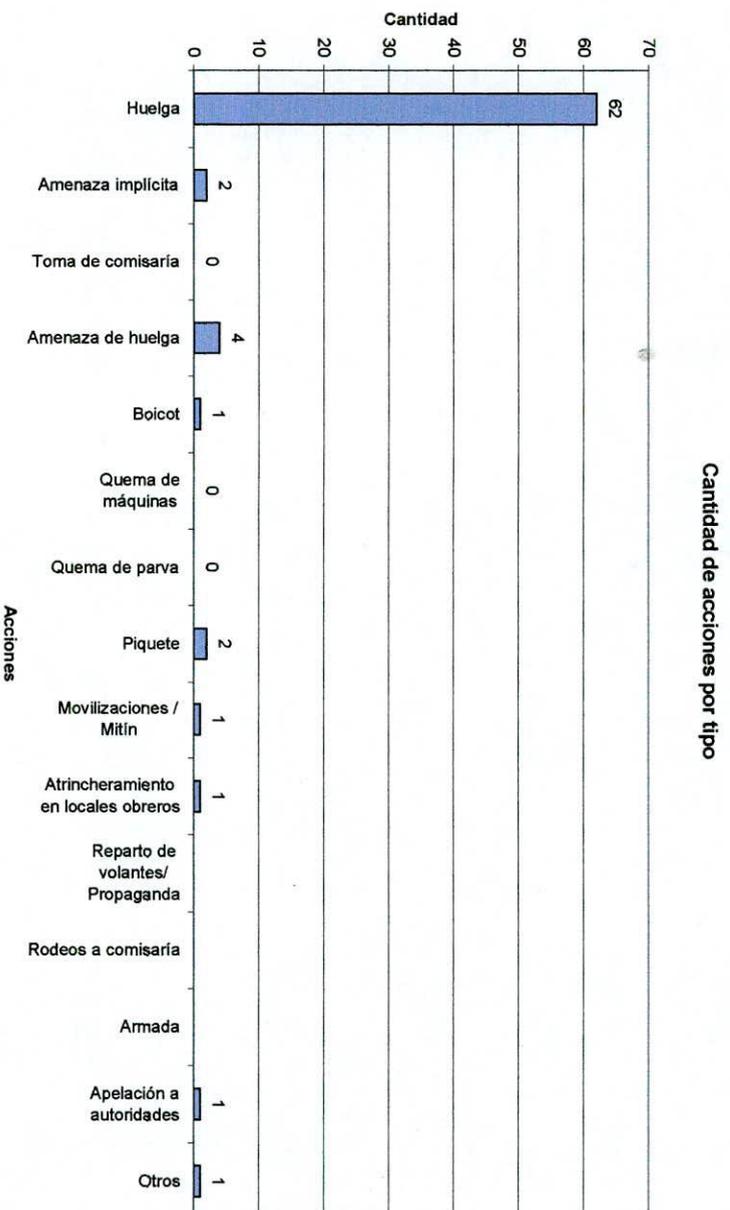


Gráfico 2

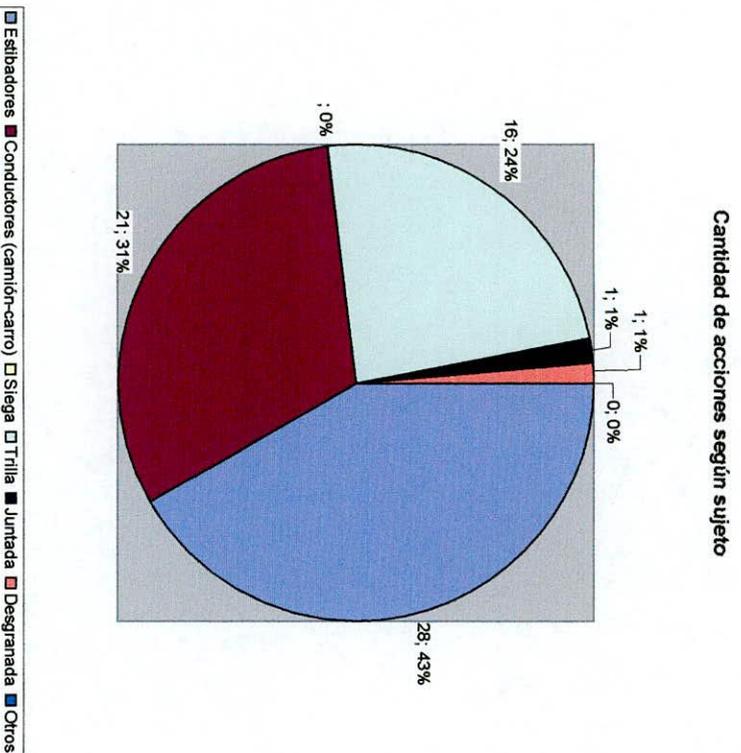


Gráfico 3

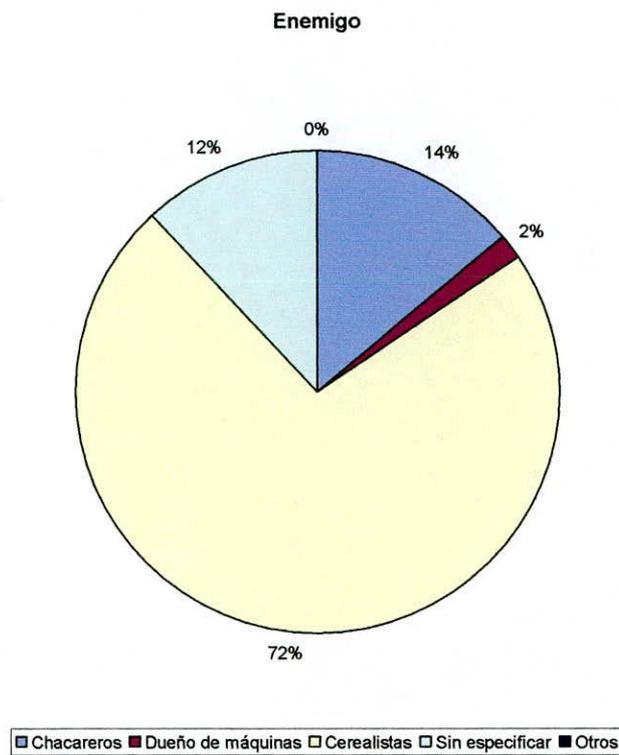
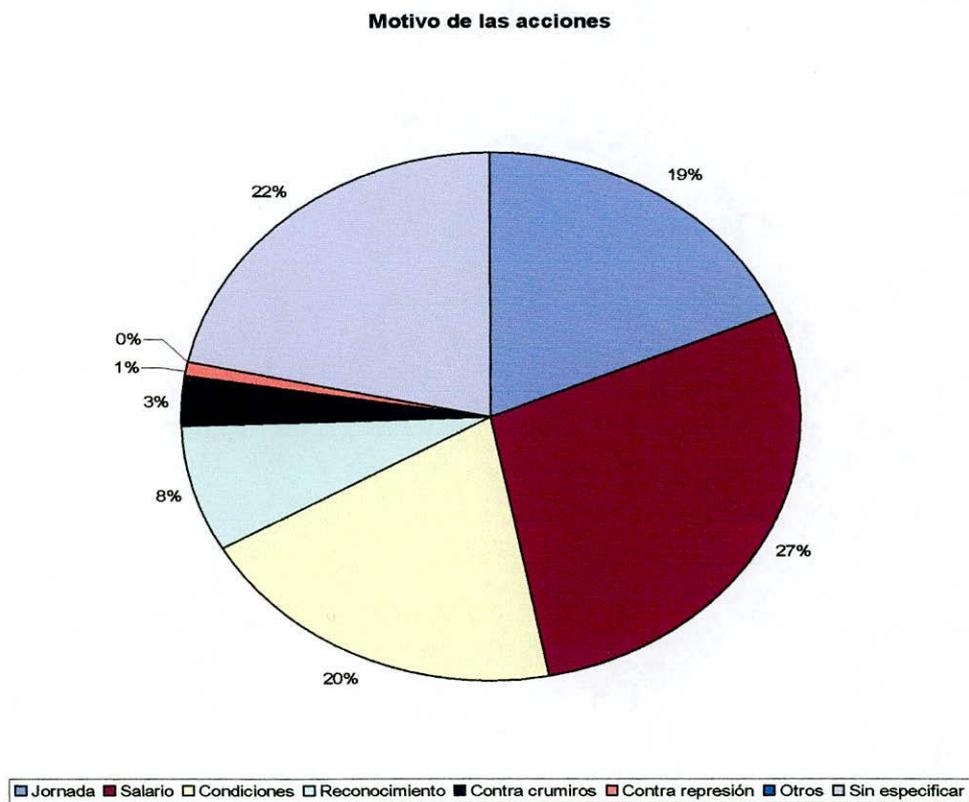
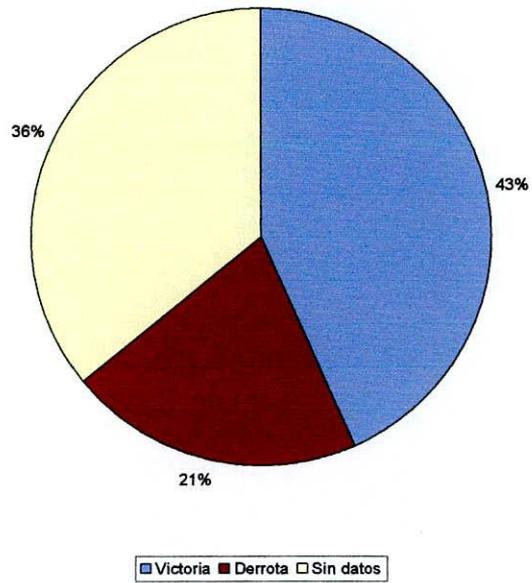


Gráfico 4



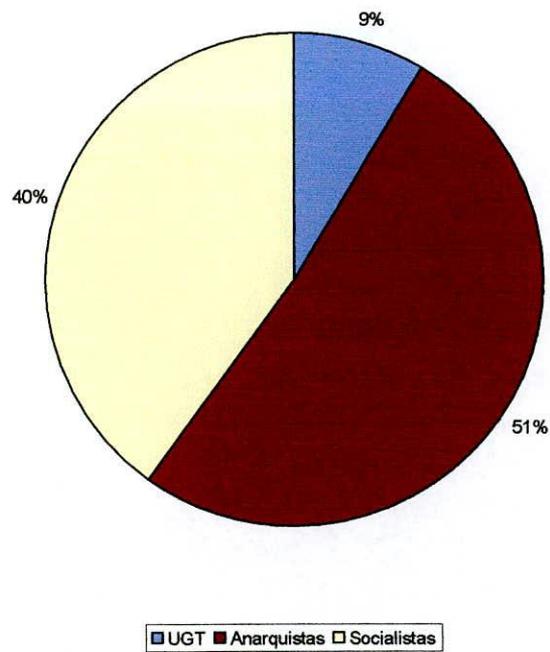
**Gráfico 5**

**Acciones según resultado**

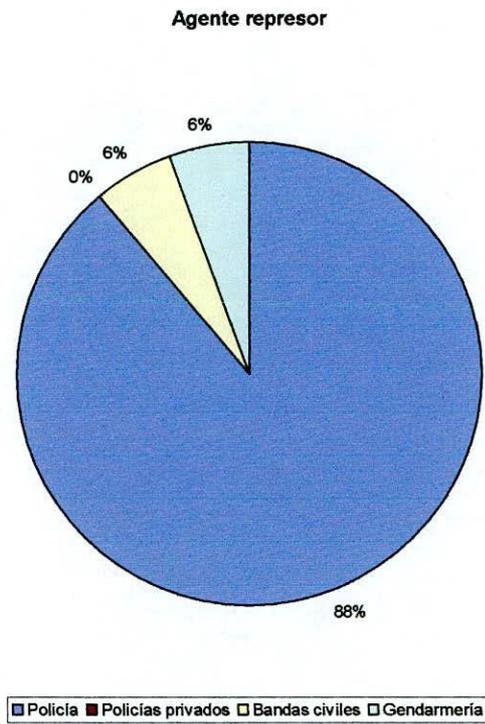


**Gráfico 6**

**Acciones según dirección**



**Gráfico 7**



**Gráfico 8**

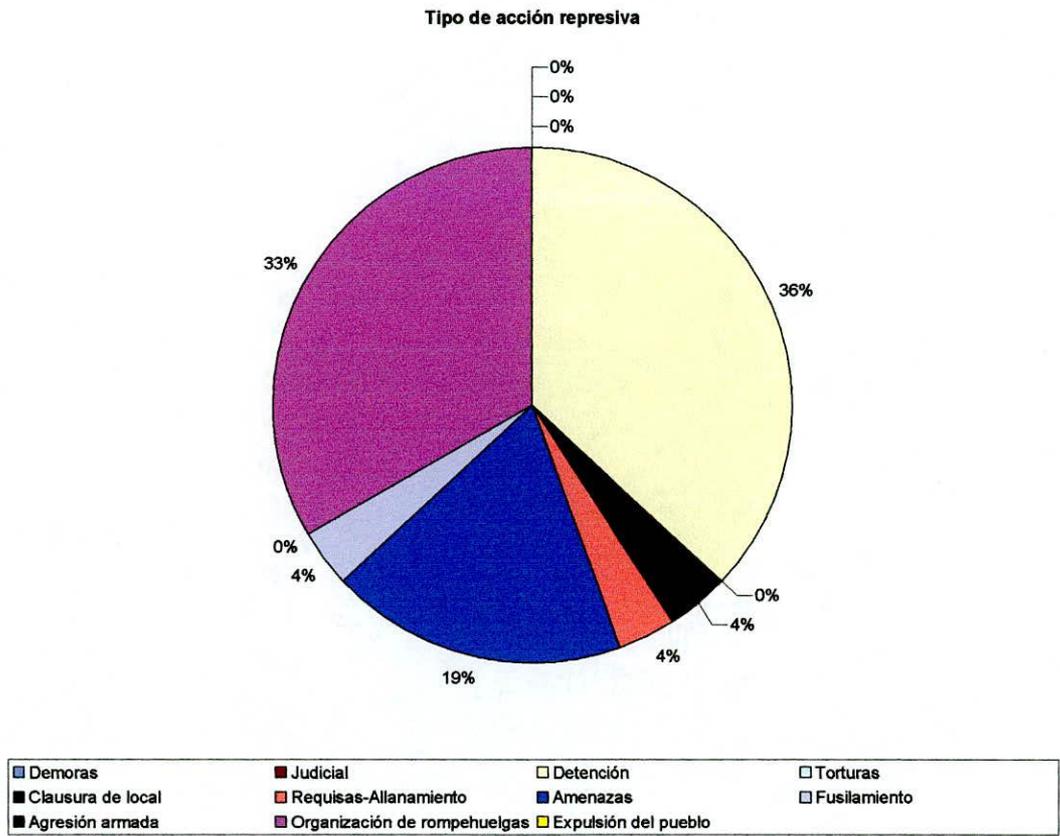


Gráfico 9

Detenidos según orientación política

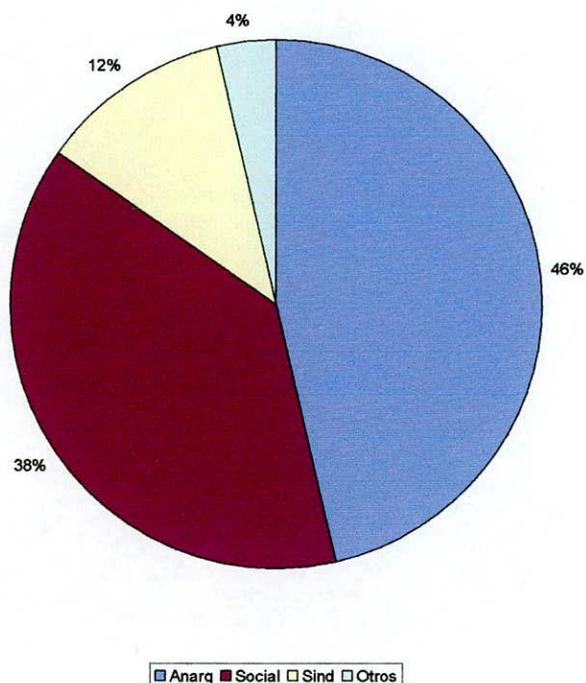


Gráfico 10

Huelgas por cosecha

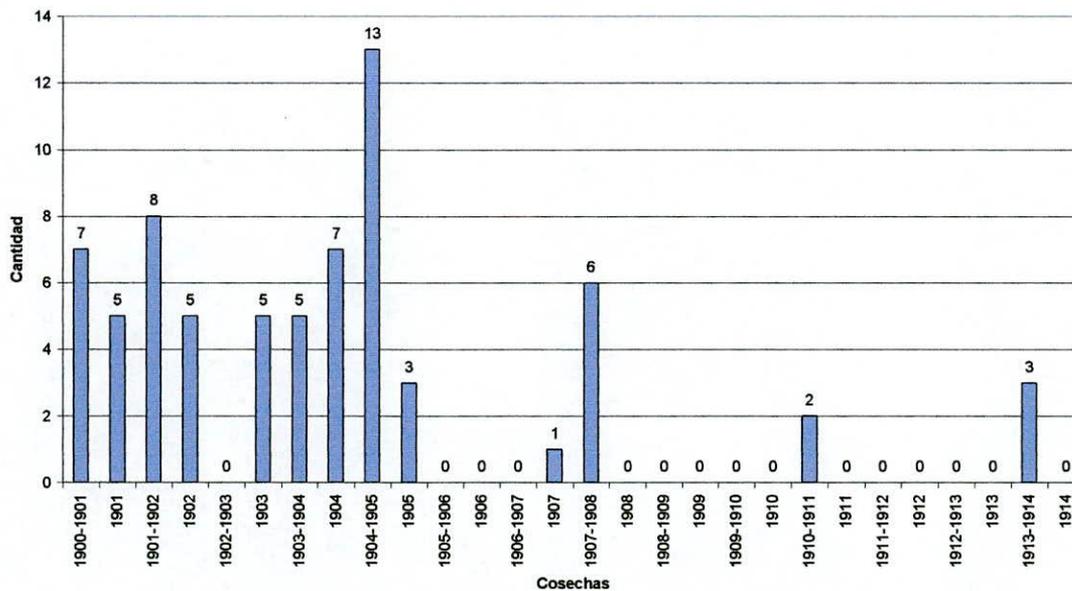


Gráfico 11

